Juan C. Zorrilla de San Martín, S. J.

Historia de la Literatura y Antología Escolar Hispano Americana

Adaptadas a los programas del sistema concéntrico reformado

TOMO II

VI AÑO

(Siglos XVIII-XIX-XX)

NASCIMENTO
SANTIAGO 1931 CHILE

Impreso en los Talleres de
La Editorial Nascimento
Ahumada 125
Santiago de Chile. 1931.

PRÓLOGO

Para conformarnos a la última reforma del plan concéntrico decreto 5636, de 20 de Septiembre de 1927) que aún ha de egir para los alumnos que lo iniciaron antes de 1928, publiamos esta nueva edición de la parte española e hispano-ameicana de nuestra ***Historia de la Literatura,*** *a la que ñadimos una* ***Antología Escolar Hispano-Americana,*** *ara que en un mismo volumen posean los alumnos junto con a doctrina los modelos que la confirmen y que sirvan para los jercicios prácticos gramaticales y literarios que con notable cierto exige el citado plan reformado.*

Como, según el mismo, las ***nociones literarias*** *no se an de estudiar ya por partes cada curso, sino todas paulainamente a medida que se vaya ofreciendo la ocasión en los nodelos, hemos preferido no recargar cada volumen con toda a Preceptiva, sino publicar aparte un manual breve, pero comleto, en que el profesor pueda ir indicando oportunamente los untos que corresponden a sus explicaciones y a los análisis e las obras.*

Hemos ampliado, donde ha sido conveniente, el desarrollo e los autores que expresamente exige el nuevo plan, pero no emos suprimido el resto, que, aunque no sea materia explícita e los exámenes, será siempre de gran utilidad para la formaión de los alumnos, especialmente de los más aventajados.

Esta advertencia que hacíamos en el primer tomo, tiene maor cabida en este segundo en lo que se refiere a autores hisano-americanos, particularmente chilenos y rioplatenses.

Imprimi potest

Aloisius Parola, S. J.
Praep. Prov. Chil-Argent.
Cordubae, 28 Nov. 1929.

Imprimatur

Ernestus Palacios, Vic. Gen.
Jacobopoli, 28 Dec. 1929.



Frontispicio de la Biblioteca Nacional (Madrid)

3.ª EPOCA.—SEUDO-CLASICISMO—SIGLO XVIII

Resumen Histórico

Terminada la sangrienta guerra de sucesión (1700-1712), perdidos Gibraltar, Flandes y las posesiones de Italia, queda establecida en España la familia de Borbón y con ella la influencia francesa, y en el campo literario el Seudo-clasicismo, *que, aunque atenuó el mal gusto, eclipsó por otra parte el espíritu nacional.* Felipe V *(1700-1746) promovió el cultivo de las bellas artes y fundó varias instituciones, entre las que sobresalen la Academia Española y la Academia de la Historia;* Fernando VI *(1746-1759)) por medio de sus grandes ministros Carvajal y Ensenada, conserva la nación en una paz inalterable, y promueve una envidiable prosperidad económica;* Carlos III *(1759-1788) sostiene con varia fortuna dos guerras con Inglaterra, coadyuvando en la segunda a*

la emancipación de los Estados Unidos, pero no logra recuper a Gibraltar; promueve la prosperidad industrial y económic pero con la inicua expulsión de los jesuítas da un golpe fatal espíritu religioso, a la educación de la juventud y a las misione Carlos IV (*1788-1808*) *lucha primero con mala suerte contra Revolución Francesa, y aliado más tarde con Napoleón, da lugar la pérdida del dominio de los mares en la batalla de* Trafalg (*1805*) *ya iniciado el siglo XIX.*

CLASICISMO Y SEUDO-CLASICISMO

Clasicismo (de clase) es en general la escuela o tendencia teraria que pretende realizar la armonía de todas las facultad estéticas guiadas por la razón. Los grandes genios griegos y, a im tación de ellos, los romanos, son por antonomasia los modelos cl sicos.

En la época del *Renacimiento* (siglo XVI) renació también *Clasicismo* literario en las principales naciones europeas. E España esa imitación fué muy amplia; no ahogó, sino que enca zó, sin cortarle las alas, la potencialidad del genio españo En Francia en cambio esa imitación se hizo servil y falsa, inte pretando erróneamente los principios de Aristóteles y de Horaci El corifeo de esa escuela fué Boileau, que la impuso tiránicamen con su poema didáctico *Arte Poético*. Ese falso clasicismo *Seudo-clasicismo,* es el que con la dominación de los Borbones s extendió en el siglo XVIII por toda Europa y en particular e España.

Es, pues, el Seudo-clasicismo:

1.° Una servil imitación y falsa interpretación de los geni griegos y romanos.

2.° Reduce la Literatura a un exagerado código de regla muchas de ellas arbitrarias.

3.º Con el excesivo predominio de la razón corta el vuelo de la imaginación y de la sensibilidad.

4.º A fuer de imitar hasta en el tema a los griegos y romanos, proscribe, como ajenos al arte, los asuntos y tradiciones cristianas.

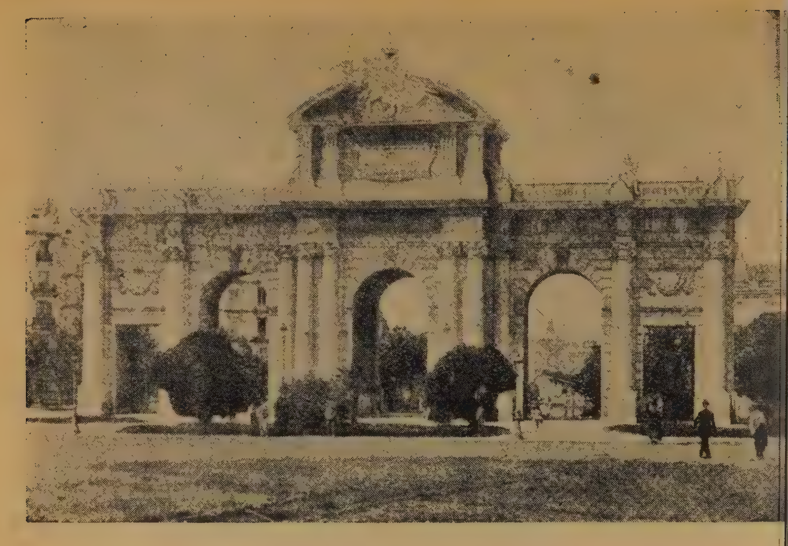
La Academia Española

La Academia de la Lengua fué fundada por el rey Felipe V en 1714 a imitación de la Academia Francesa. Su fin, como indica su lema, es «*limpiar, fijar y dar esplendor*» al idioma. Para ello ha publicado el *Diccionario*, cuya 15.ª edición se editó en 1925, la *Ortografía* y la *Gramática*, cuya última edición se ha adaptado a los últimos adelantos de la filología.

La Academia Española tiene *academias correspondientes* en algunas repúblicas americanas. La chilena fué fundada en 1885.



Exposición Internacional de Barcelona



Puerta de Alcalá (Madrid)

Poesía

IGNACIO DE LUZÁN (1702-1754), con *su Arte Poética,* imitada de Boileau y de los italianos, y escrita en forma correcta, fué uno de los que más contribuyó a difundir la nueva tendencia.

Los dos Moratines son en poesía sus más genuinos y dignos representantes.

NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN (1737-1780) adoptó la nueva escuela, pero sin salir de los metros españoles tradicionales. *Las Naves de Cortés destruídas* es un canto épico escrito en armoniosas octavas reales; *La Caza* un poema didáctico; *La Fiesta de toros en Madrid,* en primorosas quintillas, es el más conocido de sus hermosos poemas cortos tradicionales; en el teatro fué menos afortunado: su tragedia *Guzmán el Bueno* y su comedia *La Petimetra* son de escasas condiciones escénicas.

Leandro Fernández de Moratín (1760-1828), hijo del anterior, es la mayor gloria poética del siglo. Es un modelo acabado de corrección, lenguaje castizo, perfecto conocimiento y uso de los procedimientos del arte literario, pero desprovisto de aquella grandeza de alma y brillantes expansiones de calor y entusiasmo, tan propias del alma española. Fué afrancesado hasta oponerse al movimiento nacional frente a la invasión napoleónica, y hubo de ir a morir desterrado en Francia. Sus poesías *líricas* y *bucólicas* son correctísimas y delicadas. Su epístola o sátira *El Filosofastro* de las mejores de nuestro parnaso. En el teatro imita a Moliere y son dignas del modelo sus célebres comedias *El Sí de las niñas*, *El viejo y la niña*, *Mojigata* y *El Café* o *La Comedia Nueva*.

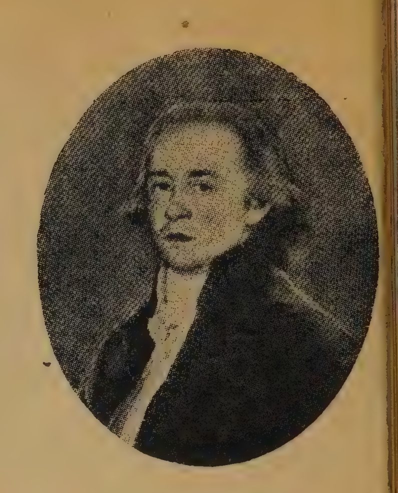
El «sí» de las niñas.—Doña Irene desea ardientemente que su hija Francisca se case con el viejo Don Diego que la pretende. La niña, obligada por su madre, dice que «sí» cada vez que el viejo le pregunta si lo quiere, mas con tanta frialdad que hace notoria su falta de pasión. Don Carlos, sobrino del viejo, y bizarro militar, a quien la niña ama de veras, tiene con ella una entrevista para despedirse y alejarse de su amor contrariado; sorpréndelos el viejo, quien enternecido y convencido de que el «sí» de la niña era fingido para con él, renuncia a su insensata pretensión, y ampara y bendice el razonable amor del capitán.

El Café o la Comedia Nueva.—Don Hermógenes alaba con grandes encomios una comedia nueva que ha escrito Don Eleuterio, con cuya hermana Mariquita pretende casarse por interés. En cambio el sensato crítico Don Pedro hace ver los defectos de la pieza, con lo que incurre en la indignación del autor. La comedia fracasa ruidosamente: Don Hermógenes abandona a sus amigos en desgracia, quienes sólo encuentran amparo en el sesudo censor de sus obras, Don Pedro.

Juan Meléndez Valdés (1754-1817), llamado *restaurador del Parnaso español*, lo fué ciertamente en la poesía ligera con sus encantadoras y bien sentidas *letrillas*, *églogas* y *anacreónticas*




Leandro Fernández de Moratín


Juan Meléndez Valdés

como *Las Flores, Los Segadores, el Canto de la alondra, La Mañana, La Lluvia, La vuelta al campo.*

En la alta poesía sus odas tienden a la hinchazón declamatoria, pero son muy estimables sus odas *A las artes, La presencia de Dios y La prosperidad aparente de los malos.*

NICASIO CIENFUEGOS (1764-1809) sigue la corriente del estilo ampuloso en sus odas de alto vuelo y entusiasmo.

JOSÉ CADALSO (1741-1828) y JOSÉ IGLESIAS (1753-1791) se distinguieron en la poesía ligera y en la sátira. *Los Eruditos a la violeta de Cadalso* es una graciosa sátira en que se enseña el modo de aprender todas las ciencias en una semana.

TOMÁS DE IRIARTE (1750-1791) y FÉLIX DE SAMANIEGO (1745-1801) fueron excelentes fabulistas. Samaniego traduce o imita a La Fontaine; Iriarte, más original, compuso fábulas literarias de ingeniosos temas y gran variedad de metros.

EL TEATRO TRADICIONAL

La escuela española tradicional está representada en el teatro por García de la Huerta, Ramón de la Cruz y González del Castillo.

VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA (1729-1797) sostuvo acaloradas polémicas defendiendo las glorias españolas contra la escuela francesa; entre sus obras dramáticas ocupa un lugar preferente su tragedia *Raquel*, digna de su fama por el asunto, los caracteres y la versificación.

Raquel.—Alfonso VIII ha conquistado a Toledo, pero los cristianos experimentan una derrota, que el pueblo atribuye a castigo de Dios por las ilícitas relaciones del rey con la Judía Raquel. Amotínase el pueblo contra los judíos; Raquel es muerta por su propio padre para salvar a los suyos del exterminio, pero él es a su vez sacrificado por el mismo rey.

DON RAMÓN DE LA CRUZ (1739-1794), es el gran maestro del sainete, pieza cómica de un acto sobre costumbres del pueblo bajo, escrita en versos generalmente octosílabos. (*El Manolo*, *El Muñuelo* etc.).

JUAN GONZÁLEZ DEL CASTILLO (1763-1800) se distinguió igualmente en el sainete, en el que brilló a grande altura. (*El Soldado fanfarrón*).

DIDÁCTICA

Fray BENITO FEIJOO (1676-1764), benedictino, en su *Teatro crítico* y sus *Cartas eruditas* trató con gran sagacidad y erudición las grandes controversias de la época, pero su lenguaje está inficionado de galicismos.

El Padre Francisco de Isla (1703-1781), jesuíta, en lenguaje muy castizo y lleno de vida y donaire fustigó el mal gusto en su famosa novela satírica *Fray Gerundio de Campazas.*

Melchor Gaspar de Jovellanos (1744-1811) fué una de las primeras figuras políticas de su siglo, y uno de los mejores oradores y escritores didácticos que ha tenido España. El estilo de su prosa parece calcado sobre el de Cicerón, como en su célebre *Informe sobre un proyecto de ley agraria.* Como poeta, además de sus composiciones líricas, gozan de justo renombre su tragedia *Pelayo* y sobre todo su drama *El Delincuente honrado.*

El P. Lorenzo Hervás y Panduro S. I. (1735-1809) es considerado como el creador de la *filología comparada* por sus geniales estudios sobre las lenguas, el más famoso de los cuales es el *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas.*

El P. Juan Andrés S. I. (1740-1817), desterrado como el anterior por Carlos III, fué el primer escritor que compuso una historia universal de la Literatura, titulada *Origen, progreso y estado actual de toda la literatura*, y el primero que estudió científicamente lo referente a la *ópera* o drama lírico.

Fray Enrique Flórez (1702-1713) agustino, es el más erudito investigador de la historia eclesiástica de España (*España Sagrada*).



Palacio Real (Madrid)

4.ª EPOCA—SIGLO XIX—RESURGIMIENTO

RESUMEN HISTÓRICO

En el siglo XIX la evolución política de España fué sumamente azarosa. A principios de siglo cúbrese de gloria en la heroica guerra de la independencia contra la invasión napoleónica, a la que se une y sigue la prolongada y sangrienta lucha en América, que dió por resultado la emancipación de las colonias, que constituyen hoy veinte naciones independientes, pero que conservan la cultura y la lengua españolas.

Interiormente sigue a aquellas luchas gloriosas una serie de

disturbios políticos y guerras civiles: a la muerte de Fernando VI *(1833), el turbulento reinado de* Isabel II *(1833-1868), que se ini-cia con la primera guerra carlista y termina con el destronamient de la reina; los efímeros gobiernos de* Amadeo de Saboya *(1871-1873) y los ensayos de república (1873-1874); la segunda guerr carlista (1872-1876), la proclamación de Alfonso XII (1874) a cuyo breve reinado (1875-1885) sucede la regencia de Marí Cristina de Austria durante la minoría de Alfonso XIII, declarad mayor de edad en 1902. En 1898 la guerra con Estados Unido dió por resultado la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.*

En el siglo XX, Alfonso XIII, *venerado de propios y extra-ños, supo con gran acierto conservar la neutralidad de Españ durante la terrible conflagración europea (1914-1918), y ha elevad su nación en estos últimos años a un grado extraordinario de pros-peridad.*

En el siglo XIX continúa reinando en literatura el Seudo-clasicismo *hasta 1830, cediendo entonces el campo al* Romanti-cismo *exaltado hasta mediados de siglo, en que el* Realismo *se pone de moda en la novela llegando en algunos autores hasta la mayores audacias del* Naturalismo, *corrientes que han subsistid hasta ahora, imbuídas a menudo con tendencias doctrinales, so-ciales, psicológicas etc.*

En poesía, pasado el Romanticismo, figuraron algunos poe-tas de corte más clásico y fondo doctrinal, y desde fines del sigl XIX, la llamada generación del 98 *se adaptó en buena parte a l escuela tan impropiamente llamada* Modernismo, *nombre que to-mó en España la imitación de las escuelas* Parnasiana *y sobre tod* Simbolista, *que ya habían pasado de moda en Francia, y que di-fundió en España y América el nicaragüense Rubén Darío.*

Ultimamente, por evolución o por reacción respecto del Mo-dernismo, se han sucedido una serie de efímeras escuelas, Cubismo Futurismo, Creacionismo, Ultraísmo etc., etc.

ESCUELAS LITERARIAS DEL SIGLO XIX Y SIGLO XX

La Escuela Romántica a principios del Siglo XIX *fué ma reacción violenta contra el seudo-clasicismo:*

1.° Renovó la *inspiración cristiana y caballeresca de la Edad Iedia;*

2.° Proclamó *la absoluta libertad del artista;* de ahí el acenuado *sujetivismo* y predominio de la imaginación y sensibilidad obre la razón.

Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo en Francia; Lord Byron n Inglaterra; Manzoni en Italia, fueron los más geniales representantes e la nueva escuela; en España, Zorrilla y el duque de Rivas son los que enarnan el Romanticismo objetivo y tradicional; Espronceda el Romantiismo sujetivo y melancólico.

En Poesía, pasado de moda el Romanticismo exaltado, se impusieon sucesivamente en Francia dos escuelas opuestas: el *Parnasianismo* el *Simbolismo*, cuyas imitaciones en España y América se conocen con el ombre sumamente vago de *Modernismo*. El patriarca de esta escuela es ubén Darío, nicaragüense, a quien siguieron gran número de americanos en España la llamada generación del 98.

La Escuela Parnasiana, reaccionando contra el sujetivismo xagerado de los románticos, cultivó un *arte objetivo*, que en orma rápida, muy concisa y esmerada, presenta sin emoción ersonal cuadros o escenas de gran realismo y colorido local.

La Escuela Impresionista o *Simbolista*, llamada también *ecadente*, pretende reaccionar contra la poesía objetiva de los arnasianos, y para lograrlo:

1.° *Sugerir impresiones* vagas, más que expresar ideas;

2.° *Evitar la claridad* para que cada uno complete o adivine que vagamente se sugiere;

3.° *Prodigar el símbolo*, relación misteriosa entre el mundo aterial y el espiritual;

4.° *Libertarse de la métrica y aun de la gramática.*

Fácil es de ver las extravagancias a que expone y en qu han caído gran parte de los adeptos de esta escuela, que se h fraccionado en múltiples grupos, *cubismo, dadaísmo, creacionismo*, etc., etc.

El Idealismo, Realismo y Naturalismo en la Novela

El *Idealismo* es la tendencia a presentar las cosas con un matiz ta depurado que parezcan desprendidas de todas las imperfecciones y miseria que presentan en la realidad.

El *Realismo* se esfuerza en reproducir fielmente las cosas tal como so o se presentan. Esto no impide que los autores realistas escojan determinados objetos con preferencia a otros. Por eso el realismo presenta infinito grados y puede ser sano o malsano según la moralidad de lo que exprese

El *Naturalismo* es la escuela de aquellos, que para hacer alarde de u exceso de realismo, se complacen en reproducir lo más bajo, repugnante inmoral. Fácil es de ver lo funesto de esta tendencia y la falsedad de su doctrina, pues esa reunión de males físicos y morales no son sino monstruo excepcionales y en manera alguna la reproducción de la naturaleza.

Llámase también Naturalismo porque pretende aplicar a la composición literaria el método de *observación y experimentación* propio de las ciencias naturales: el artista.

1.° *Observa* minuciosamente lo que suele pasar en la naturaleza, en e hombre, en la sociedad.

2.° *Experimenta*, es decir, practica esas observaciones recogidas *colocando* a sus personajes en circunstancias tales, que lo *determinan forzosamente* (según su doctrina) a obrar de un modo *fatal*. Como se ve, el Naturalismo considera a los hombres como máquinas, como si no tuviesen libertad para determinarse por sí mismos: es, pues, la escuela literaria que desarrolla la funesta doctrina del *Materialismo* (o negación de fuerzas espirituales) y del *Determinismo* o *Fatalismo* (negación de la libertad).

En la novela el *Realismo* y el *Naturalismo* tuvieron también por origen el Romanticismo, aunque por razones opuestas. El realismo en general es el principio mismo proclamado por los románticos de inspirarse directamente en la naturaleza. El Naturalismo, realismo exagerado y científico, fué una reacción contra el principio romántico de que no podía haber armonía entre la ciencia y el arte; ya sabemos que el Naturalismo aplica al arte los medios experimentales de la ciencia.

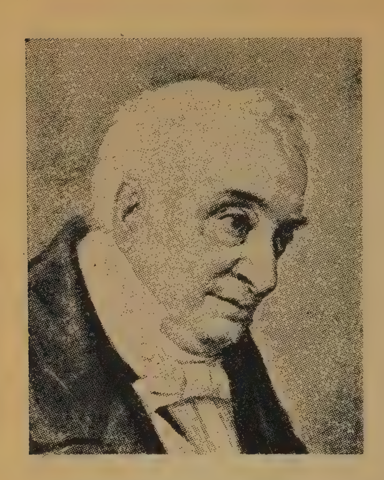


Plaza de América (Sevilla)

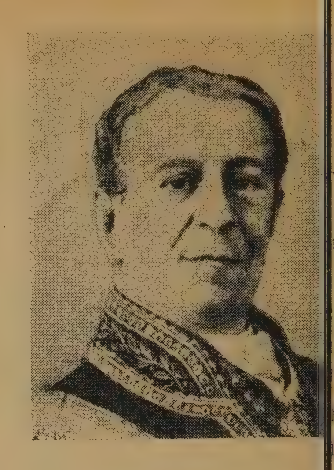
POESIA

Escuela Clásica

Manuel José Quintana (1772-1857), es uno de los mayores [...]as líricos de España, y, aunque declamatorio, es entusias[...] varonil en sus odas *a la Imprenta, a Trafalgar, al Mar, a* [...]*érica, a Padilla, al armamento contra los franceses, a la paz* [...] *España y Francia*, etc. Clásico en la forma, participa ya [...]romanticismo por el espíritu y las libertades que se toma. [...] también notable crítico en sus *Vidas de españoles célebres* [...]us juicios en la *Recopilación de poesías selectas caste*[...]*as.*



Manuel José Quintana



Duque de Rivas

Quintana de volteriano pasó a ser entusiasta de la anti[...] España católica y murió cristianamente. Poco antes ha[...] sido solemnemente coronado por la reina Isabel II.

Juan Nicasio Gallego (1779-1853) es igualmente un gran lírico de[...] busta entonación, sumamente correcto y hábil en emplear dignamente [...] dos los medios del arte. Sus odas del *Dos de Mayo, a la Defensa de Bu[...] Aires,* y su elegía *a la muerte de la Duquesa de Frías* son de lo más perf[...] que produjo la escuela clásica.

Félix José Reinoso (1772-1841), compuso un corto, pero correctís[...] poema sobre la caída de nuestros primeros padres: *La Inocencia Perd[...]* escrita en armoniosas octavas reales y que encierra cuadros magnífi[...]

Alberto Lista (1775-1848) clérigo como los dos anteriores, es como [...] correctísimo en la versificación y en el manejo de los elementos retóri[...] algo frío y amanerado, excepto en algunas odas, como la dedicada *a [...] muerte de Jesús.* Fué maestro de gran número de autores que figura[...] posteriormente.

Escuela Romántica

Iniciada por Martínez de la Rosa, triunfa con el Duque de ;as, Espronceda y Zorrilla.

Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862), político de a, fué un literato muy atildado, de corte clásico, pero, influí- por la corriente, acabó escribiendo piezas románticas. Clá- s son su *Arte Poética*, la hermosa tragedia *Edipo*, la comedia ratiniana *La niña en casa y la madre en la máscara, la Epís- al Duque de Frías sobre la muerte de su esposa*, el inspirado to *A la Defensa de Zaragoza;* románticos los dos dramas his- icos: *La Conjuración de Venecia* y *Aben Humeya.*

Aben Humeya es un pintoresco, patético y trágico episodio de la guerra los moriscos.

La Conjuración de Venecia.—Rugiero descubre a Laura, su amada, conjuración contra el gobierno de los dux que está tramando; la con- sación es oída, y la conjuración, descubierta a tiempo, fracasa. Rugiero, preso y condenado a muerte. Sólo al ser conducido a la sala del suplicio, noce en él a su propio hijo el juez que lo ha condenado, tío de Laura

El Duque de Rivas, don Angel de Saavedra (1791-1861) ebre político y aguerrido militar, después de haber seguido la uela clásica, supo en el destierro apreciar las bellezas de los nánticos extranjeros, y a su ejemplo, fué el primer gran ro- ntico español en sus magníficas odas al *Faro de Malta y a la alla de Bailén*, en sus célebres *Romances Históricos*, y sobre todo su poema en romance heroico titulado *El Moro Expósito*, pre el tema tradicional de Los Infantes de Lara, y su magis- l drama trágico *Don Alvaro* o *La Fuerza del sino*, con el que romanticismo triunfa definitivamente en el teatro.

El Moro Expósito. —En una emboscada tramada por su tío Rui V quez, son muertos a traición por los moros, los siete infantes de Lara, c cabezas son presentadas a su padre Gonzalo Gustios, prisionero de Alr zor en Córdoba. El joven moro Mudarra, que pasa por un expósito, e realidad hijo de Gonzalo y una hermana de Almanzor; cuando llega a nocer su origen, va a Castilla, se hace cristiano, reta a duelo y mata a Velázquez, y libra a su padre Gonzalo Gustios de la nueva y horrible sión en que vivía aherrojado.

Don Alvaro.—Don Alvaro, noble de origen desconocido, da mu involuntariamente al padre de su novia Leonor. Considerados como culpa huyen ambos novios en distintas direcciones. Los hermanos de Le tratan de encontrar a Alvaro. Carlos lo encuentra entre los tercios de lia y muere en el duelo a que lo reta.

Alvaro entra en un monasterio, adonde viene a desafiarlo Alfonso otro hermano de Leonor. Cae moribundo Alfonso y pide auxilio para b morir. Alvaro va en busca de un monje solitario, que resulta ser Leo que disfrazada llevaba vida de penitente en una ermita. Alfonso la recor y la mata. Alvaro desesperado, se despeña en un precipicio

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ (1812-1884) continuó en teatro la obra romántica con su famoso drama trágico *El T vador*, de gran efecto y brillante versificación, seguido de otr semejantes en la inspiración española y cualidades y defec románticos, *Simón Bocanegra*, *Juan Lorenzo*, *Venganza Ca lana*, etc. y la pintoresca zarzuela *El Grumete*.

El Trovador.—Leonor rechaza al conde don Nuño y ama al trova Manrique, que pasa por hijo de la gitana Azucena, cuya madre había do ajusticiada como hechicera por orden de la madre del conde. Desp de varias peripecias, Nuño hace encarcelar al trovador. Leonor obti hablar con él en la cárcel so pretexto de salvarle la vida haciéndole ren ciar a su mano, y en realidad para facilitar su huída. No pudiendo ol nerlo, Leonor se envenena: el trovador es ajusticiado, y en el momento caer la cuchilla, Azucena declara que no es hijo suyo, sino hermano mismo conde, y que ella triunfa al ver realizada su sed de venganza, c preparaba desde que arrebató de pequeñuelo a la víctima.

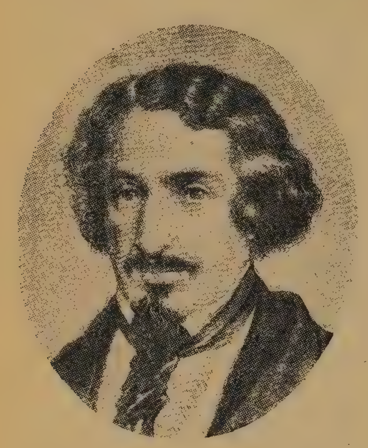
JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH (1806-1880) de humilde ebanista llegó a ser una de las glorias del teatro español, sobre todo con su drama *Los Amantes de Teruel*, que recuerda los del siglo de oro en la grandeza de la concepción, el españolismo y la perfecta ejecución. La Jura de *Santa Gadea*, *La madre de Pelayo* y otros muchos continuaron su fama, así como sus comedias de magia *La Redoma Encantada* y *los Polvos de la madre Celestina*..

Los Amantes de Teruel.—Diego Marsilla, noble de Teruel, pero pobre, va a buscar por el mundo fama y fortuna; preso de los moros en Valencia, rechaza las ofertas de la sultana por conservarse fiel a Isabel de Segura. Cumplido el plazo de seis años, que ésta le diera, vuelve Diego, pero es detenido por orden de la sultana, y sólo llega a Teruel cuando, cumplido el plazo, Isabel de Segura acaba de contraer enlace con un noble a quien no ama. Este muere en duelo a manos de Diego, pero Isabel se niega a casarse con el asesino de su esposo. Diego es muerto por la sultana e Isabel muere de dolor.

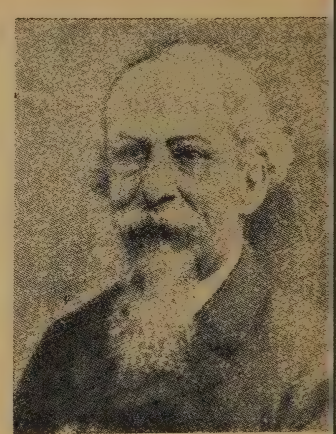
ANTONIO GIL Y ZÁRATE (1793-1861) fué excelente preceptista en su *Manual de Literatura* y *Resumen histórico de la Literatura Española;* en el teatro fué lamentable por lo sectario y falso su drama *Carlos II el Hechizado*, escrito para saciar la corriente anticlerical, y de que él mismo se retractó; en cambio, *Guzmán el Bueno* desarrolla con gran acierto y pasión el conflicto entre el deber y el amor paterno.

JOSÉ ESPRONCEDA (1810-1842) es el más genuino representante del Romanticismo en la lírica. Hombre desgraciado y vicioso, refleja en gran parte de sus creaciones su espíritu sensual y pesimista, la melancolía romántica llamada «mal del siglo». El poema filosófico-fantástico *El Diablo Mundo* es un conjunto sin plan ni orden fijo, pero encierra trozos magníficos, como el himno *a la Inmortalidad*. *El Estudiante de Salamanca* es una leyenda romántica y brillante cuyo protagonista *Félix de Montemar* recuerda a D. Juan Tenorio. *El Canto a Teresa* es una de las elegías más hondas y mejor expresadas sobre el amor contrariado. Los fragmentos que compuso para un poema, *El Pe-*

layo, y sus populares poesías *La Canción del Pirata, El Canto d*
Cosaco, Himno al Sol, oda A la Patria son dignas de su fama p
su virilidad, entusiasmo y armoniosa forma.



Espronceda.



José Zorrilla

José Zorrilla (1817-1893) es el poeta más genuinamen
español, el que mejor encarna el espíritu y tradición de nuest
raza en todos sus matices. Educado por los jesuítas en el C
legio Imperial de Madrid, donde ya comenzó a sobresalir p
sus poesías, abandonó de joven los estudios de leyes, y en med
de una vida oscura se manifestó de repente junto a la tumba d
Larra con una famosa elegía. Desde entonces se dió a imit
la lírica romántica, pero no rayó en ella a gran altura; sólo lleg
a ser genial cuando encontró y explotó la vena de la tradició
nacional, para la cual había nacido: las ruinas medioevales, cri
tianas o moras, de templos y mezquitas, fortalezas y palacio
monasterios y ermitas, con el poder evocador de historias

yendas, reales o fantásticas que despertaban en su fantasía ñadora; todo ese mundo tan grande y tan vario de la caballesca formación de nuestra raza, constituyó la rica y múltiple ateria prima del gran trovador de España.

Entre sus leyendas más perfectas se cuentan *A buen juez ejor testigo, Margarita la Tornera, El Capitán Montoya*, las connidas en los *Cantos del trovador* y sobre todo *La Leyenda del id,* escrita en romance menor, verdadera epopeya, como tamén lo es, aunque inconcluso, el poema *Granada,* cuadro deslumrador de la caída final de los sarracenos, en que es inmenso el rroche de colorido y de formas métricas. *La Leyenda de Alhaar* es la introducción del poema, que contiene la tan conocida *rrera del caballo.*

Los dramas de Zorrilla son igualmente de asuntos, espíritu ambiente netamente españoles; recuerdan y se asemejan a s de Lope de Vega. El más popular es *Don Juan Tenorio*; en él nueva el tema tratado por Tirso, idealizándolo con la figura doña Inés, que obtiene para Don Juan el arrepentimiento y la lvación. El Tenorio, en medio de mil incoherencias y desatinos, ue el mismo autor reconocía, es notable por el vigor, movimien- y exuberante versificación. *Traidor, inconfeso y mártir, El patero y el rey, El puñal del godo* son con el Tenorio los más poulares de sus dramas.

Como prueba de la estima nacional, Zorrilla fué coronado en ranada con una corona de oro, fabricada con el que arrastra en epitas el río Darro, que atraviesa su vega.

Poetas Independientes

Aunque influenciados por la corriente romántica, no se onsideran como pertenecientes al fervor de la escuela, los esritores siguientes:

Dramática

Ventura de la Vega (1807-1865) nacido en Buenos Aire es un poeta correctísimo, que participa del clasicismo y roma ticismo. Su tragedia *La Muerte de César* y su drama *El homb de mundo* ponen de manifiesto esa unión armoniosa de tende cias.

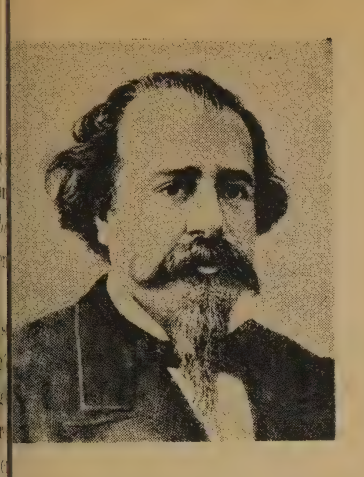
Manuel Bretón de los Herreros (1796-1873) es por s fecundidad, variedad y chiste uno de los mayores autores c micos de nuestra lengua, digno de compararse con los del sig de oro. Compuso obras dramáticas de todas las formas, sobr saliendo en la comedia, entre cuyo inmenso repertorio se puede recordar *A Madrid me vuelvo*, *Muérete y verás*, *La escuela del m trimonio*, *El pelo de la dehesa*, etc.

Narciso Serra (1830-1877), aunque menos fecundo y m nos sostenido, es digno compañero de Bretón en el arte cómic (*La calle de la Montera*, *El último mono*, etc.).

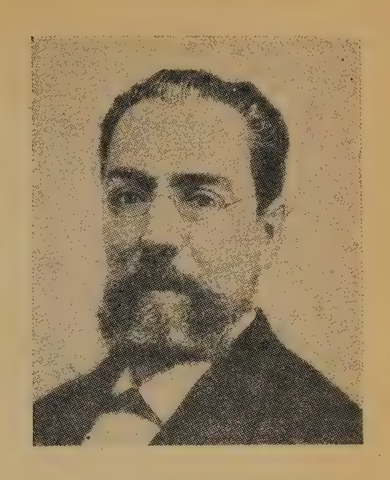
Abelardo López de Ayala, (1828-1879) célebre por su ac tuación política, lo es más por sus incomparables obras dramát cas: *Un hombre de estado*, *El tejado de vidrio*, *El tanto por cient* *Consuelo*, en las que retrata con arte exquisito y gran conoci miento de causa las miserias sociales de la época moderna.

El tejado de vidrio.—El vicioso conde de Laurel trata de corromper a joven Carlos, enseñándole el camino de la seducción y del vicio. El jove siguiendo su consejo, seduce a una dama, que resulta ser la esposa del pr pio Laurel, el cual se encuentra desarmado para defenderse por tener e tejado de vidrio.

Consuelo.—Consuelo y Fernando, aunque pobres, se aman, pero ell seducida por el oro, contrae enlace con Ricardo a quien no ama, y quien l abandona al poco tiempo, dejándola sola y desamparada.




López de Ayala



Manuel Tamayo

MANUEL TAMAYO Y BAUS (1829-1898) figura al lado de Aya-
ı, y como él, es considerado por muchos críticos como digno de
gurar entre los primeros de todos los grandes dramaturgos es-
añoles. Conoce como nadie los resortes del arte escénico, des-
nvuelve con gran talento y conocimiento del corazón humano
n conflicto moral, emplea un lenguaje castizo y escogido, qui-
á en demasía. *Virginia* es la tragedia más perfecta que se ha
scrito en castellano. Sus dramas: *Los hombres de bien*, *Locura
e amor*, *Lances de honor*, y sobre todo el *Drama nuevo* han me-
ecido el unánime aplauso de la crítica.

El drama nuevo.—El honrado Yorik, jefe de una cuadrilla de cómicos,
a recogido y educado como a hijos a los dos huérfanos Edmundo y Alicia,
se ha casado con ésta, pero Alicia y Edmundo se profesan un amor al
ual no saben resistir. Edmundo intenta huir para librarse del peligro, pero
ites tiene que tomar parte en un drama nuevo, en que ellos dos represen-
ın un papel tan semejante al de su propia situación, que su palpable in-

mutación hace caer a Yorik en la realidad de lo que pasa y, a pesar de su primera resistencia, hace sucumbir a Edmundo, junto al cual muere también Alicia.

Locura de Amor es la de Juana la Loca hacia su indigno esposo el Rey Don Felipe I, por salvar al cual de una enfermedad de muerte, acude a todos los sacrificios, y al verlo morir se decide al llevar por doquiera su cadáver para vivir siempre unida a él.

Los Lances de Honor.—Un diputado católico es injuriado y abofeteado públicamente por otro diputado sectario. A pesar de sus principios, reta a duelo a su adversario; mas los hijos de ambos se adelantan, se baten, cae moribundo el hijo del diputado católico, pide perdón de su crimen, muere, y ante su cadáver ambos padres se perdonan, se abrazan, y maldicen los lances de honor.

Jose de Echegaray (1833-1916) gran matemático, fué también notable dramaturgo, que aplicó los medios efectistas externos de la escuela romántica a asuntos de costumbres contemporáneas: aunque sabe sostener el interés, lo hace con medios violentos y espeluznantes, y no pocas veces es inmoral en la tesis y el desenlace. (*El Gran Galeoto*, *O locura o santidad*, etcétera).

El Gran Galeoto.—Llámase así a la maledicencia, de la cual no pueden librarse el honesto caballero Ernesto y la virtuosa dama Teodora, cuyo marido muere por esta causa en duelo. Los parientes del difunto achácanle a ella y a Ernesto la culpa de todo; la lanzan de su hogar, y Ernesto, imposibilitado de defenderse y defenderla de la calumnia, arrostra la maledicencia, y la conduce consigo para ampararla a su propia sombra, dejando a Dios el aclarar a su tiempo la realidad de la inocencia de ambos.

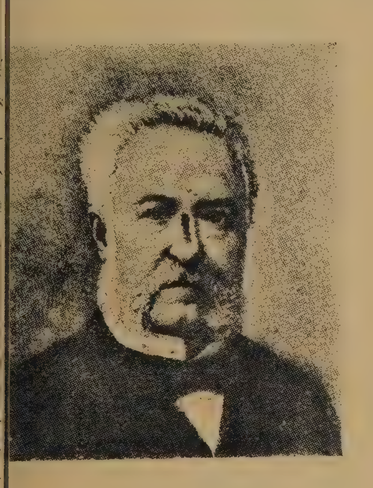
Lírica y Epica

Gabriel García Tassara (1817-1875) es uno de nuestros grandes poetas líricos de alta inspiración y forma grandilocuente, que recuerda a Herrera.

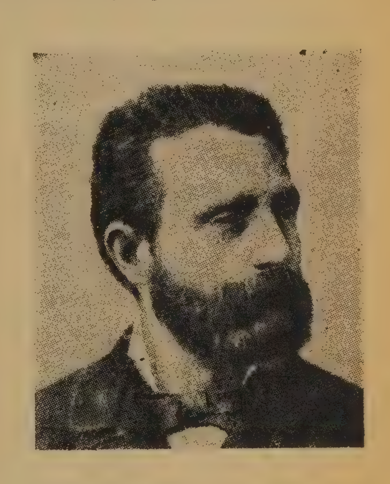
Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881) es un amable poeta,

cuya musa canta las escenas y sentimientos corrientes en un lenguaje lleno de emoción y en forma popular en sus *Ecos Nacionales, Elegías, Armonías.*

JOSE SELGAS Y CARRASCO (1824-1882) es llamado el *cantor de las flores*, y lo merece en todo sentido por la gracia, pureza y amenidad con que sabe expresar los sentimientos más delicados, como cuando da vida y significado a las flores. *La cuna vacía, El Sauce y el Ciprés, La Primavera y el Estío* son poesías tan populares como bellas. Fué también novelista, y sobre todo periodista, de los más brillantes y satíricos del siglo pasado.



Ramón de Campoamor



Gaspar Núñez de Arce

RAMÓN DE CAMPOAMOR (1817-1901), es poeta filosófico y social por la profunda enseñanza, verdadera o falsa, mística o impía, que encierran todas sus composiciones, aun las más cortas. Es completamente original, sin ceñirse a escuela alguna; sólo pretende expresar rápidamente la idea, sin preocuparse

mucho de la perfección de la forma, lo que él llama el *arte por la idea*. Tal es la doctrina que desarrolla en sus *Doloras, Humoradas, Pequeños Poemas y el Drama Universal.*

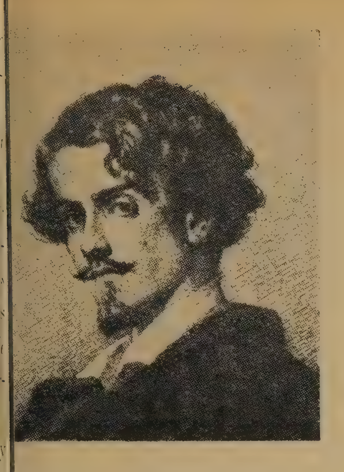
GASPAR NÚÑEZ DE ARCE (1831-1894) es llamado *el poeta de la duda* por los rasgos de escepticismo, reales o artificiosos, pero siempre desoladores, de que están sembrados muchos de sus escritos. Es poeta de forma perfectísima, de viril entonación en sus composiciones líricas como las comprendidas en *Los Gritos del combate*, y de variada y profunda inspiración en sus poemas cortos *El Idilio, el Vértigo, La última lamentación de Lord Byron, la Selva Oscura, La Pesca, La visión de Fray Martín, Raimundo Lulio*, etc.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER (1836-1870) es sentimental y hondo como ninguno, alma delicada e impresionable, que descubre y siente íntimamente la poesía encerrada en todo lo que nos rodea, la que expresa en sus *Rimas* en una forma tan espontánea y natural que casi sin palabras se comunica y graba profundamente en el lector.

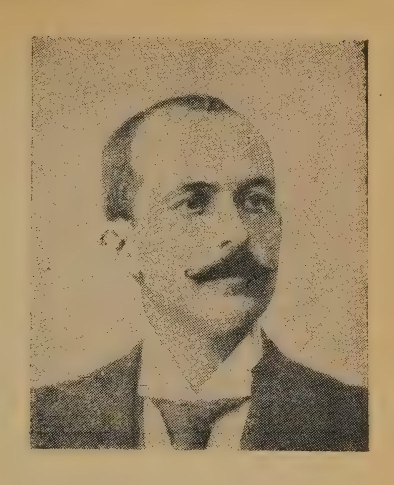
Sus *leyenhas* en prosa respiran el mismo espíritu, y están escritas en un lenguaje y estilo sumamente pintoresco y expresivo.

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN (1870-1905) es uno de los más intensos y sinceros poetas castellanos, profundamente cristiano, de forma diluída y poco rebuscada, que recuerda la de Bécquer. *Castellanas, Extremeñas, Religiosas, Campesinas* son las colecciones de sus poesías, algunas de las cuales como *El Cristo de Velázquez, El ama, Los pastores de mi abuelo* son de las más perfectas y sentidas que se han escrito en nuestra lengua.

MIGUEL COSTA Y LLOVERA (1854) sacerdote mallorquín, es uno de los líricos más hondos y de forma más perfecta de nuestra parnaso: pocas poesías igualan la escultural contextura de *Pino de Formentor, En las Catacumbas, Adiós a Italia*, y otras




Gustavo Adolfo Bécquer



José María Gabriel y Galán

tellanas, que no llegan sin embargo a la perfección de las que publicado en lengua mallorquina.

VICENTE WENCESLAO QUEROL (1836-1889) valenciano, es eo de alto vuelo y emoción profunda; en sus *Rimas* hay obras estras de sentimiento, como las elegías *A la muerte de mi herna Adela, A mis padres en Nochebuena.*

TEODORO LLORENTE (1836-1911) nacido como el anterior en encia, y como él eximio cultivador de la lengua valenciana, lo fué menos de la castellana, a la que tradujo magistralmente verso gran número de las mejores composiciones poéticas Francia y Alemania (*Leyendas de oro, Poetas franceses*, etc.).

FEDERICO BALART (1831-1904) gran crítico literario, fué ıbién un delicadísimo poeta elegíaco. *Dolores* es una colección elegías dedicadas a la memoria de su esposa.

Además de los citados, merecen recordarse el original y enérgico poeta ıtañés *Gumersindo Laverde* (1840-1890); el chispeante *Vital Aza* (1851-

1912) (*Bagatelas, Ni fu ni fa,* etc.); el variado y ameno *Manuel del Pala* (1832-1906) que sobresalió en la poesía de circunstancias y la sátira políti *Manuel de Cabanyes* (1808-1833), poeta muy personal, lleno de fuerza precisión (*La independencia de la poesía*); *Gonzalo Coloma S. J.* (1851-192 hermano del novelista, dotado de gran energía y corrección (*Fruta Tiempo*) y que fué también un profundo y correctísimo orador sagrado; inspiradas poetisas *Carolina Coronado* (1821-1911) mística delicada (*amor de los amores*) y *Carolina Valencia* (1863) de romántica vagued (*Colón*). Entusiasta y ampuloso fué *Bernardo López García* (1840-187 (*Al dos de Mayo*); digno imitador de Núñez de Arce *José Velarde* (18 1892); de gran pasión y fantasía el escolapio *Juan Arolas* (1805-184 poeta social de gran colorido *Emilio Ferrari* (1853-1897); fácil, ame pero poco correcto *Antonio Fernández Grilo* (1845); delicados y místicos franciscano *Fray Restituto del Valle Ruiz*, el presbítero mallorquín *Ju Alcover*, escritor de gran cultura, y *Juan de Contreras* (*Sonetos espiritual* —*El P. Julio Alarcón* (1843-1924), sólido y satírico prosista (*Genialidad* fué un delicado y original poeta (*Recuerdo de recuerdos*), como lo son los F *Augurio Salgado* (1893), *Félix González Olmedo* (1885) (*De la vida*), el ins ne preceptista literario P. *Esteban Moréu* (1863) (*Phartenias*), y el cultísi crítico e historiador P. *Constancio Eguía Ruiz* (1871) (*Violetas silvestres* *Juan Antonio Cavestany* (1861-1925), fué un escritor y poeta de gran c razón y brillante forma (*Versos Viejos, Tras los mares*). Ultimamente han dado a conocer como grandes poetas, de espíritu y escuela netamen española *José M.ª Pemán, Rafael Alberti y Manuel de Sandoval*, y las po tisas *Cristina de Arteaga* y *Pilar de Valderrama*.

Entre los traductores en verso, además del ya citado *Llorente*, han c collado *Javier de Burgos* (1778-1848) con sus admirables versiones de H racio, y en nuestros días *Enrique Díez Canedo* (*Poesía francesa moderna*) *Fernando Maristany*. (Las mejores poesías francesas, inglesas, italian etcétera).

Poetas Modernistas

1) Tienen a veces afinidad con los *simbolistas franceses* y muchos se pueden aplicar los rasgos característicos que allí indicaron, también imitan a veces a los *parnasianos*, al menos la forma, pues emplean el pareado, y el soneto con versos al

ndrinos y con mayor libertad que la forma clásica en la rima.

2) resucitan *metros medioevales* casi olvidados, como el verso *easílabo* y el *dodecasílabo*; la combinación métrica de *tiradas*, mo en el *Mío Cid* con versos varios.

3) gustan de variar indefinidamente el verso, siguiendo el mo, y cortándolo según la conveniencia del sentido o de la na; así en el ritmo anfibráquico los versos serán de tres, seis, eve etc., y hasta diez y ocho y veintiuna sílabas.

N. B.—Es muy de advertir que hoy día suele llamarse modernista a lo escritor que a fuerza de extravagancias, frases sin sentido, y descontados versos, que no son tales, trata de suplir su ignorancia, mal gusto alta de inspiración con esas ridículas parodias del verdadero modernismo. erza es confesar que algunos de los maestros de la escuela dieron pie a *unas* de esas extravagancias.

Rubén Darío, nicaragüense, de quien se hablará en la literara hispano-americana, es el maestro indiscutible de esta escuela.

En España los que más han participado de esa corriente son siguientes:

Salvador Rueda (1857) andaluz, poeta de gran colorido y velista de acentuado sensualismo. *El País del Sol*, *Cantos de la ndimia*, etc

Francisco Villaespesa (1877) imitador de Zorrilla en lo ñador, romántico y enamorado de las bellezas arábigas, es dernista moderado de forma brillante. (*Intimidades*, *Jardines plata*, *Nocturnos del Generalifa*, *La Fuente de las Gacelas* etc., .); en el teatro. (*Alcázar de Perlas*) es excesivamente lírico y ctista como los románticos.

Antonio Machado (1875) modernista de los que imitan os parnasianos en la corrección de la forma y lo plástico de la scripción, es sobriamente sentimental, recuerda a *Bécquer* en manera de percibir y sentir las evocaciones de la naturaleza. *ledades*, *Campos de Castilla*, etc.)

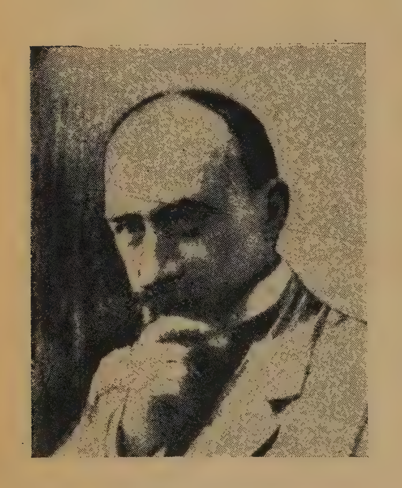
Juan Ramon Jiménez (1881) es un autor muy desigual, q ha tenido etapas modernistas con poesías de confuso sentido, otras en que ha dominado una gran naturalidad y sentimien al modo becqueriano (*Rimas, Elegías, Baladas de Primavera*, etc

En nuestros días han adquirido justa fama dos poetas montañe *Gerardo de Diego* y *José del Río Sáinz*, ambos de hondo sentir y forma moder

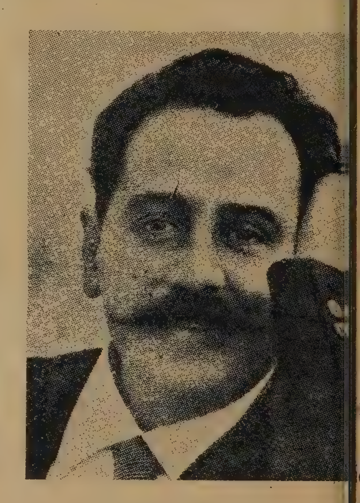
Antonio Zayas, duque de Amalfi, es el más genuino representante parnasianismo, como traductor de Heredia (*Los Trofeos*), y autor de lima simos sonetos (*Joyeles bizantinos, Paisajes, Retratos antiguos, Epinicio*

Dramática Contemporánea

Jacinto Benavente (1866) es autor de extraordina fecundidad, fuerza dramática y realismo, a las veces excesivo inmoral; pone en escena cuadros y conflictos sociales de la vi moderna, especialmente entre la clase media, (*Intereses Cread Lo cursi, La Malquerida, El Nido Ajeno, Alma Triunfante*, etc



Jacinto Benavente



Eduardo Marquina

MANUEL LINARES RIVAS (1867) describe de preferencia alta sociedad con sus problemas y lunares. *La Garra* es la que tenido éxito más ruidoso por su espíritu anticlerical. (*El olengo, Bodas de Plata*, etc.).

EDUARDO MARQUINA (1879) es lírico inspirado en sus *as, Eglogas* y *Elegías;* épico filosófico en su poema *Vendión;* dramático poético en sus dramas históricos, de grande erés y artificiosa versificación, *En Flandes se ha puesto el sol, ña María la Brava; Las Hijas del Cid, El Pavo real*, etc



Hermanos Alvarez Quinteros

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA (1882) ha escrito en colabora- n con su mujer *María de Lejárraga*, a cuya influencia es qui- debida cierta ternura y delicadeza que domina en sus poesías as (*Flores de Escarcha*), sus novelas (*Horas de sol*) y sus pie- teatrales *Canción de Cuna, Lirio entre espinas*, y otras en a menudo extrema la cuerda realista.

JOAQUÍN DICENTA (1863-1917) es un dramático efecti como Echegaray, que busca escenas y palabras violentas p encarnar ideas revolucionarias y socialistas, como en su fam drama *Juan José.*

Los hermanos *Serafín* (1871) y *Joaquín* (1872) ALVA QUINTERO, andaluces, son maestros incomparables del gén chico por la honda poesía, donaire, sano realismo y fluidez diálogo con que hacen vivir las costumbres de Andalucía. *Genio alegre, El Patio, La Azotea, Las Flores, Abanicos y P deretas, Mañana de sol, Amores y amoríos*,etc.

Ultimamente han sobresalido en el drama *Jacinto Grau Delgado* (18 catalán (*El Hijo Pródigo, Las bodas de Camacho*), y el gallego *Ramón de Silva* (1888), dotado de extraordinarias cualidades en la concepci trama y lenguaje (*La Reina Silencio, La corte del cuervo blanco*). En el nero chico es muy popular por su gracia y fecundidad *Pedro Muñoz S*



Plaza de Toros (Madrid)

Novela

Epoca Romántica

El siglo XVIII, fuera del P. Isla, no había producido ningún novelista nota. Igual suerte corrió la novela en la primera mitad del siglo XIX; ı estuvieron en boga novelas mal traducidas del francés y del inglés; ginales apenas merecen citarse: *Hernán Pérez del Pulgar*, de *Martínez la Rosa; El Doncel de Don Enrique de Larra; Sancho Saldaña de Esnceda*, y las de *Patricio de la Escosura*, (1807-1887) como *La Conjuración Méjico*, todas ellas de escaso valor.

Al mediar el siglo aparecen las primeras obras de gran aliento.

Fernán Caballero, pseudónimo de *Cecilia Bohl de Fáber*, 796-1877), fué la que dió un gran impulso a la novela, inspiıdosé en las costumbres contemporáneas, que describe con ıo *realismo*, lo que no impide que sea juntamente una escritora tamente *idealista* y muy *sentimental*. *La Gaviota*, publicada 1848, obtuvo un éxito extraordinario y marca el primer paso la novela moderna. *Lágrimas, Clemencias, Un verano en Bors, la familia Alvareda, Cuadros de costumbres*, continuaron la sta fama y popularidad de que siempre ha gozado tan castiza cristiana novelista.

Enrique Gil y Carrasco (1815-1846), inspirado poeta ico, publicó también poco antes de su temprana muerte la vela histórica *El señor de Bembibre*, una de las más hermosas e se han escrito en nuestra lengua, por el arte de resucitar el sado con una poesía y fuerza de adivinación histórica que die ha aventajado.

Francisco Navarro Villoslada (1818-1895), sigue las ellas del anterior y da la nota más alta de la novela histórica *Amaya* o *Los Vascos en el siglo VIII*, verdadera epopeya en osa por la grandiosidad y maravillosa evocación de las pa-

triarcales costumbres y heroica lucha de razas de aquella épo legendaria. *Doña Blanca de Navarra* y *Doña Urraca de Cast* presentan en menor escala semejantes cualidades.

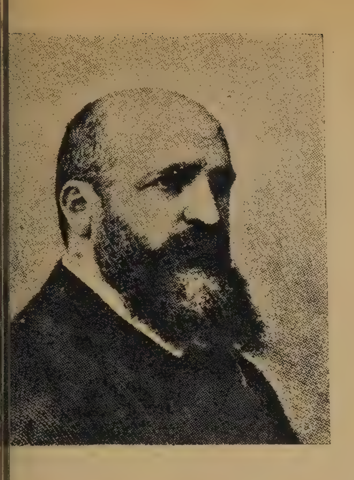
MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ (1821-1888), fué en época el gran novelista folletinesco; innumerables son los no lones de este Dumas español, notable por la fecundidad, inve tiva y despreocupación moral, histórica y artística. Literariame te las que más demuestran sus cualidades de narrador ameno s *El cocinero de su Majestad*, *Martín Gil* y *Men Rodríguez de S nabria*.

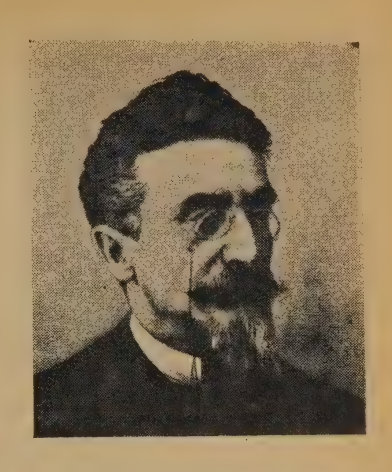
ENRIQUE PÉREZ ESCRICH (1829-1897) es de la escuela maneras del anterior. *El Mártir del Gólgota* es una narración n velesca y emocionante de la pasión del Señor, encuadrada ent leyendas poco conformes al relato evangélico.

EPOCA REALISTA

Desde 1870 se acentúa la tendencia realista iniciada p Fernán Caballero; en algunos escritores llega hasta el natur lismo, como en Pérez Galdós, Pardo Bazán y algunos conter poráneos.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN (1833-1891) es quizás narrador de más intenso *colorido* de los modernos. *El Escándal* *El sombrero de tres picos*, *La Pródiga* son grandes novelas de t sis y de un realismo que en las dos últimas llega al naturalism *El capitán Veneno* y *Las Historietas Nacionales* son de lo m interesante y sano del autor, así como la novela románti *El final de Norma*, y sus espléndidas narraciones *Diario de u testigo de la guerra de Africa* y *De Madrid a Nápoles*.







Pedro Antonio de Alarcón

José María de Pereda

JUAN VALERA (1827-1905), uno de los más *castizos* autores
odernos, fué un *crítico* benévolo de forma muy amena y de
andes conocimientos, muy mesurado y correcto aun en sus
cuentes ironías, no pocas veces de espíritu volteriano; en
s «*Cartas americanas*» llevó a cabo una gran obra de vincula-
ón y mutuo aprecio entre los literatos de la Península y los
nericanos. Fué además poeta académico de corte clásico, y
velista psicólogo de un lenguaje calcado sobre los prosistas
l siglo de oro. Su más famosa novela *Pepita Jiménez* es una
zcla de misticismo cristiano y de sensualismo, y encierra una
tira contra las vocaciones eclesiásticas. *Doña Luz*, *El Comen-
dor Mendoza* y otras se asemejan en forma y en espíritu a la
terior.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA (1833-1906) es el más alto repre-
ntante del realismo de buena ley en la novela. Nadie ha des-

crito como él, y en lenguaje más rico y castizo la belleza y gran diosidad de la montaña y la costa cantábrica, entre las que extiende Santander, su hermosa patria. *Escenas montañesas, Tipos y paisajes, Esbozos y rasguños, Tipos trashumantes, Bocetos al temple* son una serie de incomparables cuadros y escenas tomados del natural; novelas de tesis *De tal palo tal astilla, Los hombres de pro, Don Gonzalo González de la Gonzalera, Pedro Sánchez* y *la Montálvez.* Pero las novelas de costumbres son las que se llevan la palma: *El Sabor de la tierruca, Peñas arriba* y sobre todo *Sotileza*, su obra maestra, maravilloso idilio proyectado sobre un fondo de la vida de mar, puesto de relieve bajo todos sus aspectos.

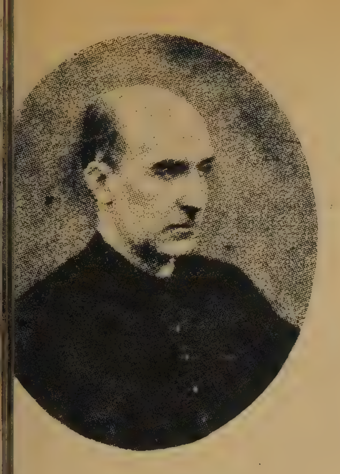
Antonio de Trueba (1821-1889) sin alcanzar la fuerza realista de Pereda, es un fecundo y delicioso narrador de escenas de la vida campesina en las regiones vascas en sus *Cuentos de color de rosa, Cuentos campesinos, Cuentos de madres e hijos.* Trueba es además un encantador poeta popular en *El Libro de los Cantares* y *El Libro de las Montañas.*

El Padre Luis Coloma (1851-1915), andaluz, es novelista de acentuado y sano realismo, tendencia religioso-social y notable creador de variados y bien definidos caracteres. *Pequeñeces* es la novela social que le dió mayor renombre por describir y satirizar en ella cierta alta clase de la corte. Novelas históricas de gran mérito son *La Reina mártir* (María Estuardo), *Jeromín* (D. Juan de Austria) y *Fray Francisco* (Cisneros).

Escuela Naturalista

Sin llegar a la crudeza de Zola, lo imitan, al menos en la técnica, algunos novelistas españoles de nota, entre los que merecen reseñarse:

Benito Pérez Galdós (1845-1920) de vena inagotable





Padre Luis Coloma



Fernán Caballero

an poder de evocación en lo pasado y de observación en lo esente, de lenguaje común y poco cuidado, espíritu netamente ctario y anticlerical. *Episodios nacionales* son una serie de rraciones, a veces verdaderas novelas, sobre escenas de la guerra la independencia y las guerras civiles que la siguieron. Ene sus novelas *Gloria*, *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch* n de las más conocidas y más anticristianas, como en el teao su drama *Electra* es tristemente célebre por los movimientos tireligiosos que provocó entre las turbas.

Emilia Pardo Bazán (1851-1921), autora de obras críticas gran erudición y sensatez, es más conocida por su poética *ida de San Francisco de Asís* y sus novelas, en que, a pesar de s creencias católicas, llega a extremos de naturalismo poco nformes con la moral cristiana, como en *Los Pazos de Ulloa la Madre Naturaleza*, de escenas agrestes en Galicia, *Insolaón y Morriña*, cuyo teatro pone en Madrid.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ (1868-1921), escritor fecund fácil y enérgico; discípulo fiel de Zola, y, como él, a menudo inm ral e impío. (*Cuentos valencianos, Sangre y arena, Arroz y tartan* etc. *Los Cuatro jinetes del Apocalipsis,* sobre la guerra europea

ARMANDO PALACIO VALDÉS (1853) vuelve a un moderad realismo; en *Marta y María, la Hermana de San Sulpicio* y *L Fe* desarrolla la acción con un efecto contrario al de sus idea religiosas.

RICARDO LEÓN (1877) es uno de los grandes novelistas con temporáneos por lo castizo, rico y armonioso del lenguaje, por la brillantez y honda poesía de sus novelas *El Amor de lo amores, Casta de Hidalgos, Comedia sentimental, Alcalá de lo Zegríes.* Muchas de sus varoniles poesías forman la colecció titulada *Alivio de caminantes.*

RAMÓN PÉREZ DE AYALA (1881), discípulo y enemigo de lo jesuítas, como lo proclama en su novela infamatoria *A. M. D. G* es un novelista de estilo brillante, pulido y rebuscado, asunto generalmente sensuales y espíritu anticristiano (*Tinieblas en l cumbre* (*Historia de libertinaje*), *Troteras y danzaderas, Prome teo, Luz de domingo, La caída de los limones*).

En poesía participa de la tendencia simbolista que trata d penetrar en el alma de las cosas por la relación que tienen con la circunstancias de la propia vida (*La paz del sendero, El sender innumerable, El sendero andante*). Ha cultivado también la crí tica en diversas publicaciones de España y América. (*Ensayos*)

A la escuela naturalista, de cuyos excesos más o menos par ticiparon, pertenecen también JOSÉ ORTEGA MUNILLA (1856 de estilo brillante (*La Cigarra*), OCTAVIO PICÓN (1851-1923) mu libre en la descripción de costumbres modernas sin más fi que matar el ocio (*Lázaro*), PÍO BAROJA (1872) pesimista, de es tilo conciso, pero poco esmerado (*Casa de Aitzgorry*), RAMÓN DEL VALLE-INCLAN (1870) de forma esmeradísima y ambient

radicional y poético (*Sonatas de primavera, de estío, de otoño, de nvierno*); Felipe Trigo (1864-1916) pesimista y pornográfico, iscípulo aventajado de Zola (*La sed de amar*).

Novelistas Independientes

Entre los *novelistas independientes* de nuestros días figuran usebio Blasco (1844-1903) con sus entretenidos *Cuentos ragoneses;* Polo y Peirolón (1846-1918) novelista sano de ran fuerza descriptiva en «*Costumbres populares de la sierra e Albarracín*»; el presbítero andaluz Juan Muñoz y Pabón, ue sabe hermanar el gracejo y el fin moral con asuntos de teas apasionados, a veces con exceso (*Amor postal*); El Padre lberto Risco S. J. poeta y novelista de gran facilidad y olorido (*Amor de madre*); Concha Espina de Serna (1877), imia escritora, acabada artista, de cuño netamente español cristiano, digna heredera de Fernán Caballero y Pereda (*La sfinge maragata, La Rosa de los vientos*); Luis Ocharán Mazas 858) montañés como la anterior, y como ella hondo, moral, stizo (*Marichu, Lola*); Pedro de Répide (1882) describe con te los sufrimientos del pueblo en Madrid; Wenceslao Ferández Flórez, pinta con arte y humorismo escenas de Galicia, patria; Alejandro Pérez Lugín (1870), se ha hecho célebre n su preciosa novela *La casa de Troya* sobre costumbres esdiantiles en Santiago de Compostela.

Literatura Didáctica

Crítica Literaria

En la crítica, la época romántica tiene un escritor Maano de Larra (1809-1837), por seudónimo *Fígaro*, autor de

muy sesudos *juicios literarios* y *articulista de costumbres*, de un vena, donaire y estilo que no han sido igualados, y de un humorismo característico, que en el fondo encierra la misantropía enfermiza que le roía el alma y que lo indujo al suicidio. *Un Castellano Viejo*, *Yo quiero ser cómico*, *La Polémica literaria* y otros artículos semejantes, llenos de sal e ironía, son una muestra del original estilo de Larra.

Su novela *El doncel de Don Enrique*, que después puso en drama con el título de *Macías*, ambas de escaso valor, retrata el carácter pesimista del desdichado autor.

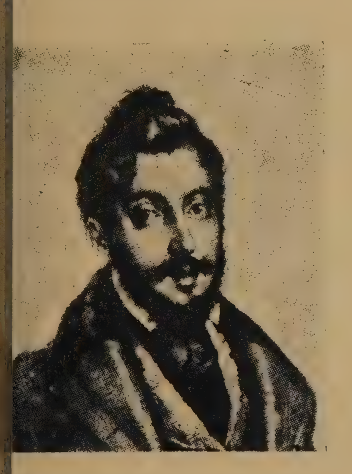
RAMÓN DE MESONERO ROMANOS (1803-1882) en sus *Escenas matritenses* y SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN (1799-1867) en *Escenas andaluzas*, sin llegar a la perfección y brío de Larra, trazan un cuadro animado y de gran interés histórico de las costumbres sociales de la época romántica.



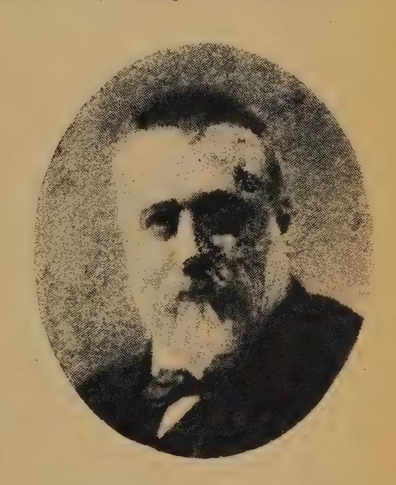
Ministerio de Instrucción Pública (Madrid)

ANTONIO DE VALBUENA (1840) poeta y novelista, es más ›nocido por sus severas y chispeantes críticas, en que a nadie ›rdona con cruel invectiva (*Ripios aristocráticos, id. académicos, . vulgares, id. ultramarinos, Fe de erratas al Diccionario de la cademia*).

LEOPOLDO ALAS (*Clarín*) (1852-1901) aunque crítico cono-



Mariano José de Larra



Marcelino Menéndez y Pelayo

dor de su oficio, no sólo zahiere, sino que ofende la misma oral en sus *Sólos de Clarín, Paliques*, etc.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS (1818-1878) en su *Historia Crí- a de la Literatura Española*, que sólo alcanzó hasta los Reyes ıtólicos, dió en su tiempo un gran paso en la crítica seria y ›cumentada.

El Padre FRANCISCO BLANCO GARCÍA (1864-1903), agustino, cribió una historia crítica de *La Literatura Española en el siglo IX* que supone una extraordinaria erudición y sagacidad, y ıe aún hoy conserva todo su mérito.

MANUEL MILÁ Y FONTANALS (1818-1884) es uno de los pr ceptistas de mayor valor que han contribuído a la restauraci de los estudios sobre las antiguas glorias nacionales. (*Principi de Literatura*, *De la poesía heroico-popular castellana*, etc.).

JOSÉ COLL Y VEHÍ (1828-1876) fué continuador de la ob del anterior con sus *Diálogos Literarios*, muy dignos de encomi

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO (1856-1912) es sin dud la gran figura literaria de la España moderna; hombre de arra gada fe, acendrado amor a su patria y a su raza, sagaz inte gencia, prodigiosa memoria, pasmosa facilidad e inagotab laboriosidad, ha ido produciendo casi desde su niñez una ser enorme de obras literarias, críticas e histórico-filosóficas, cad una de las cuales constituyen un monumento para su gloria dan la última palabra en la materia o señalan nuevos y seguro rumbos para sus discípulos. Su lenguaje es de pura cepa caste llana y su estilo fácil y ameno.

Las Odas, epístolas y tragedias, en que hay correctísimas inspiradas composiciones, demuestran que tenía alma de poeta *La Ciencia Española* fué un brillante alegato contra la acusació de oscurantismo que la impiedad hace a España; *Los Hetodoxo Españoles*, una luminosa exposición de las luchas de la fe en l Península; *El Horacio en España*, una erudita reseña de los im tadores del vate venusino; *La Historia de las ideas estéticas e España*, inconcluso, es un tratado histórico sobre la histori universal de la estética; *La Antología de poetas líricos castellanos La Antología de poetas hispano-americanos* y la edición de la *Obras Completas de Lope de Vega* dan pie a vastos y magistrale prólogos. Estas y otras muchas obras críticas, así como sus dis cursos, hacen de Menéndez Pelayo el maestro de los maestros e materia de crítica e historia literaria.

Entre los discípulos del gran maestro, figuran en primer fila RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL (1869), (*Estudios sobre el poem*

Cid, Leyenda de los Infantes de Lara, etc.), y JUAN MENÉN-z PIDAL (1861-1915) (*Viejos romances asturianos*); FRANCIS- RODRÍGUEZ MARÍN (1855) (*Cantos populares españoles*), OLFO BONILLA Y SAN MARTÍN (1874) (*Cervantes y su obra, is Vives y el Renacimiento*, etc.).

Han cultivado también los estudios humanísticos y la crí- a ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO (1886) (*Historia de la Novela España*); JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (Azorín) (*Clásicos y moder-*, etc.); MIGUEL DE UNAMUNO (1864) (*En torno del casticis-*); JOSÉ MANUEL AICARDO S. J. (1861) (*De Literatura Contem-ánea*): JOSÉ ORTEGA GASSET (1885) (*Meditaciones del Qui-*); MIGUEL MIR, presbítero (1841-1912) (*Romancero euca-ico;* su hermano Juan Mir S. J. (1840-1919) (*Rebusco de voces tizas*); DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ (1862) *l siglo de Oro*); AMÉRICO CASTRO (*Lengua, enseñanza y lite-ura*); JOSÉ ALEMANY Y BOLUFER (*Diccionario enciclopédico*); MIRO DE MAEZTU (*La crisis del humanismo*); JULIO CASARES *ítica profana*); RAFAEL CANSINOS ASSENS (*La nueva lite-ura;* JULIO CÉJADOR (1864-1928) presbítero, erudito y origi- autor de profundos estudios de filología y de una monumen- *Historia de la Literatura Española*, verdadera enciclopedia mundo hispánico sin distinción de fronteras políticas, y en , a su juicio personal, añade el de otros críticos de diferentes uelas.

ANGEL SALCEDO RUIZ (+1924), ROGERIO SÁNCHEZ, JUAN RTADO y ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA han escrito eruditas torias, breves y sintéticas, de Literatura Española.

El escritor francés R. FOULCHE-DELBOSQ es el hispanófilo ranjero más benemérito de la lengua española. Fundó en 94 y dirige aún la *Revue Hispanique.*

El presbítero ASÍN Y PALACIOS (1871) es el primer arabista nuestros días (*Origen de la filosofía hispano-musulmana*).

Filosofía

Jaime Balmes (1810-1848), presbítero, es una de las mayo figuras de Europa en el siglo XIX. Con extraordinaria profu didad, precisión y ameno estilo escribió obras de universal fan como *El Criterio, Cartas a un escéptico, Filosofía Fundamen*



Jaime Balmes



P. Alfonso Torres S. J.

y sobre todo *El Catolicismo comparado con el Protestantism* uno de los tratados más monumentales que se han escrito los últimos tiempos.

El Cardenal Fray *Ceferino González* dominico, compuso una sólida bien documentada *Historia de la Filosofía*.

Ramón Ruiz Amado, S. J. (1861) es un fecundísimo autor didáct que ha consagrado su agudo talento a las cuestiones pedagógicas (*La ed cación intelectual, La educación moral, el Estado y la Enseñanza*, etc.).

Juan Mir, S. J. (1840-1917) en lenguaje sumamente clásico, pero po-
›riginal, compuso profundos tratados filosóficos sobre las cuestiones
importantes y debatidas (*La Religión, La Creación, El Milagro*).

Concepción Arenal (1820-1893) fué una insigne y amable escritora
suntos sociales y jurídicos, escritos en estilo llano pero vigoroso, en los
sostiene principios y doctrinas en que se adelanta medio siglo a su
a (*La Mujer del porvenir, La mujer de su casa, La instrucción del pueblo*,
y la notabilísima obra jurídica *Ensayo sobre el derecho de gentes*).

Félix Sardá y Salvany (1841-1916) fué durante toda su vida incansa-
›ropagador de los principios y doctrinas religiosas en artículos escritos
gran viveza y castizo lenguaje. (*El liberalismo es pecado, Propaganda*
lica).

Adolfo Clavarana (+ 1904) fué un fecundo y constante polemista sa
›, dotado de agudo humorismo (*Lecturas populares*).

El P. Remigio Vilarino S. J. (1865), director del *Mensajero del Corazón*
esús, es un escritor de extraordinaria actividad, sólida doctrina y un
› ameno y flexible, que reviste de atractivos los más variados asun-
(*Vida de Jesuscristo*).

El P. *Luis Rodés* (1881) en su monumental obra *El Firmamento* ofrece
dmirable modelo de obra didáctica en que se hermana la más alta
ia con la forma más galana.

HISTORIA

Además de los ya citados, VICENTE DE LA FUENTE (1817-
›) (*Historia de la Iglesia de España*); MODESTO DE LA FUEN-
1806-1866), *Historia de España*, de ameno estilo y espíritu
al, ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO (1828-1897) *Estudios*
reinado de Felipe IV; ANTONIO CAVANILLAS (1805-1864) y
›OR GHEBART, historias completas de España.

En nuestros días, RAFAEL ALTAMIRA (1866) en su *Historia*
España y de la Civilización Española, traza en estilo conciso
pido un cuadro crítico de la historia con criterio y espíritu
al. EL P. ANTONIO ASTRAIN (1857-1928) en su monumental
oria de la Compañía de Jesús en la asistencia de España y el
acarías García Villada en la *Historia Eclesiástica de España*,

se recomiendan por la documentación, imparcialidad y cla de estilo.

Elocuencia

La política parlamentaria ha dado ocasión en el siglo X un extraordinario desarrollo de la elocuencia. Entre los mucl brillantes oradores de este género obtuvieron particular e influencia JUAN DONOSO CORTÉS (1809-1853), célebre mista católico de estilo grandilocuente y armonioso y que s quizá el más alto ejemplo de sólida y brillante elocuencia; LIO CASTELAR (1832-1899) de influjo avasallador por la estu da riqueza de vocabulario, que nadie ha igualado, el estil riódico y saturado de pedrería, cierta exuberancia mági acumulación de ideas y palabras, pero de fondo poco sóli a menudo falso y frívolo.

En la misma época figuraron ANTONIO APARISI GUIJ (1815-1872) y CÁNDIDO NÓCEDAL (1821-1885) famosos dip dos carlistas en épocas de grandes trastornos. Entre los má cientes el liberal SEGISMUNDO MORET (1838-1913), el conserv ALEJANDRO PIDAL (1846) y el carlista JUAN VÁZQUEZ DE M (1861-1928) representan la elocuencia grandilocuente; ANT CÁNOVAS DEL CASTILLO (1828-1898) y ANTONIO MAURA (1 1925) la oratoria severa y menos adornada.

En la elocuencia sagrada, se distinguieron el gran ap moderno, venerable prelado y fundador ANTONIO M. CLA (1807-1870); los cardenales ANTOLÍN MONESCILLO (1811-1 y BENITO SANZ Y FORÉS (1828-1895); el presbítero LUIS C PENA (1860-1921); los PP. ZACARÍAS MARTÍNEZ NÚÑEZ, ag no, LUIS URBANO, dominico, FRANCISCO JIMÉNEZ CAMP escolapio, JOSÉ VINUESA (1848-1903) y ALFONSO TOR jesuítas.

RESUMEN DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

3.ª Época.—Decadencia.—Siglo XVIII—XX

esía.

zán: Arte Poética, imitada de Boileau e italianos.

Nicolás Fernández de Moratín: Naves de Cortés destruídas: armoniosas octavas. *La Caza, Fiesta de toros en Madrid* (quintillas) *Guzmán el Bueno* (trag.), *La Petimetra* (com.).

Leandro Fernández de Moratín: gran corrección, buen gusto retórico pero poco entusiasmo.

Teatro: El Sí de las niñas, El Viejo y la Niña, El café o la Comedia Nueva, Mojigata

Poesías líricas, bucólicas, epístola *El Filosofastro.*

Meléndez Valdés: gracia y elegancia en la poesía ligera: *Flores Segadores, Alondra, Mañana, Lluvia...*

poesía seria, declamatoria: *A las artes, Presencia de Dios.*

Cienfuegos: poeta lírico ampuloso.

Cadalso e Iglesias: poetas anacreónticos.

Los eruditos a la Violeta de Cadalso, sátira

Iriarte: Fábulas literarias; variedad de metros.

Samaniego: fábulas morales—imit. Lafontaine

tradición nación.
- *García de la Huerta:* tragedia *Raquel.*
- *Ramón de la Cruz:* sainetes (El Manolo)
- *González del Castillo:* id. (El soldado fanfarrón)

áctica. Feijoo: Teatro Crítico, Cartas eruditas, (gran controversista lenguaje con galicismos).

P. Isla S. J. Fray Gerundio de Campazas, novela satírica castiza

Jovellanos: orador clásico.—Poeta dramático. *El Delincuente honrado Pelayo.*

P. Andrés: creador de la Historia de la Literatura.

P. Hervás y Panduro: creador de la filología comparada.

P. Flórez: España Sagrada.

4.ª Epoca.—Resurgimiento.—Siglo XIX

Poesía: escuela clásica

Quintana: lírico, inspirado, declamatorio.
odas: *A la Imprenta, A Trafalgar, Al Mar, A América.*
crítico e historiador: *Vidas de españoles célebres.*
Poesías selectas castellanas (críticas).

Juan Nicasio Gallego: lírico muy artístico y retórico.
Al dos de Mayo, A la Defensa de Buenos Aires, A la muerte de
Duquesa de Frías

Reinoso: La Inocencia perdida, poema en octavas reales.

Lista: lírico, retórico: *Oda a la muerte de Jesús.*

Escuela romántica.

Martínez de la Rosa: muy correcto: transición.
clásicas: *Arte Poética, Edipo* (trag.), *La niña en casa y la ma*
en la máscara (comedia), *A la Defensa de Zaragoza.*
románticas: dramas *Conjuración de Venecia y Aben-Hum*

Duque de Rivas: odas *a Bailén, al Faro de Malta.*
Romances históricos. El Moro Expósito (poema en roma
heroico), el gran drama trágico *Don Alvaro o la fuerza del si*

García Gutiérrez: brillante y efectista: *El Trovador, Simón Bocane*
Venganza Catalana, El Grumete (zarzuela)

Hartzenbush: concepción y ejecución perfecta: *Los Amantes de Ter*
Doña Mencía, Jura de Sta. Gadea, Redoma encantada.

Gil y Zárate: Trat. de Literatura, Historia Literaria.
teatro: *Carlos el Hechizado* (inmoral), *Guzmán el Bueno.*

Espronceda: el gran lírico romántico, sensual, melancólico.
El Diablo Mundo, poema filosófico sin plan.
El Estudiante de Salamanca: leyenda semejante al Tenorio
Líricas: *Canto a Teresa* (elegía), *Pirata, Cosaco, al Sol, a la*
tria.

Zorrilla: poeta de la raza española.
Leyendas: *A buen juez mejor testigo, Margarita la tornera,*
Capitán Montoya, Cantos del Trovador, Leyenda del Cid, Granc
dramas: *Juan Tenorio; Traidor, Inconfeso y mártir, El za*
tero y el Rey, El Puñal del Godo.

Poetas independientes.

Ventura de la Vega: ecléctico, atildado: *Muerte de César* (tragedia), *El hombre de mundo* (drama).

Bretón de los Herreros: fecundidad, variedad, chiste.
comedias: *A Madrid me vuelvo, Muérete y verás, Escuela del matrimonio.*

Narciso Serra, cómico: *El último mono.*

López de Ayala: gran conocimiento y artedrama de costumbres modernas, *Un hombre de estado, El tejado de vidrio, El tanto por ciento, Consuelo.*

Tamayo Baus, gran arte escénico, conflictos morales, castizo.
Virginia (la mejor tragedia castellana).
dramas: *Los hombres de bien, Locura de amor, Lances de honor, Drama nuevo.*

Echegaray: piezas de efecto, románticas, temas sociales.
El Gran Galeoto, Locura o santidad.

Lírica y épica. Tassara.—Gran lírico grandilocuente.

Ruiz Aguilera: temas populares: *Ecos nacionales, Elegías, Armonías.*

Selgas: poeta de las flores: delicado: *La cuna vacía, El sauce y el ciprés, La primavera y el estío.*

Campoamor: Filósofico social: el arte por la idea.
Doloras, Humoradas, Pequeños poemas, Drama universal.

Núñez de Arce: poeta de la duda: forma perfecta, virilidad, inspiración
líricas: *Gritos del combate.*
Epicas: *El Idilio, el Vértigo, la Pesca, La última lamentación de Lord Byron, Selva oscura, La visión de Fray Martín, Raimundo Lulio.*

Bécquer: sentimental, hondo, natural.—*Rimas, Leyendas* (en prosa poética).

Gabriel y Galán: intenso, sincero, fácil.
Castellanas, Extremeñas, Religiosas, Campesinas.

Costa y Llovera: clásico perfecto y hondo, plástico.
El Pino de Fomentor. En las Catacumbas, Adiós a Italia.

Querol: alto vuelo, profundo. *Rimas: En la muerte de mi hermana, A mis padres en Nochebuena.*

Llorente: eximio traductor de poesías.
Balart: gran crítico, poeta elegíaco: *Dolores.*
Laverde Ruiz: energía, original.
Vital Aza: chispeante: *Bagatelas.*
Manuel del Palacio: poesía de circunstancias.
Cabanyes: personal, precisión: *Independencia de la poesía.*
Gonzalo Coloma: fuerza, corrección: *Fruta del tiempo*
Carolina Coronado: mística: *El amor de los amores.*
Carolina Valencia: romántica: *Colón.*
López García: entusiasta: *Al Dos de Mayo.*
José Velarde: imita Núñez de Arce.
Ferrari: social, colorido.
Grilo: facilidad, incorrecto.

Fray Restituto del Valle-Ruiz
Juan Alcover
Juan de Contreras.
} místicos.

Julio Alarcón: prosista hondo y satírico: *Genialidades.*
Poeta delicado: *Recuerdos de recuerdos.*
González Olmedo: De la vida.
Moréu: Parthenias.
Eguía Ruiz: crítico, historiador, poeta: *Violetas silvestres.*
Cavestany: brillante: *Versos viejos, Tras los mares.*

Pemán
Alberti
Sandoval
Cristina de Arteaga
Pilar Valderrama
} tradición nacional.

Traductores en verso.

Llorente: Leyendas de oro.
Burgos: trad. de Horacio.
Díez Canedo: Poesía francesa Moderna.
Maristany: Las mejores poesías francesas, inglesas, italianas, etc.

Poetas modernistas: imitan simbolistas y parnasianos franceses; renuevan metros antiguos, siguen el ritmo más que el verso simétrico. El maestro *Rubén Darío*, nicaragüense.

Salvador Rueda: colorido, sensualismo: *El País del Sol, Cantos de la Vendimia.*

Villaespesa: temas árabes; brillante, sensual.

Jardines de plata, La Fuente de las Gacelas, Nocturnos del Generalife, etc. drama romántico *Alcázar de perlas.*

Antonio Machado, correcto, sentimiento hondo de la naturaleza: Cam- *pos de Castilla, Soledades.*

Juan Ramón Jiménez: desigual, oscuro, sentimental.

Baladas de primavera, Rimas, elegías

Gerardo de Diego
del Río Sáinz } hondo sentimiento.

Antonio de Zayas—parnasiano.

Dramática contemporánea

Benavente: fecundidad, fuerza, conflictos sociales modernos. *Intereses creados, Lo Cursi, la Malquerida, el Nido ajeno, Alma triunfante,* etc.

Linares Rivas: alta sociedad, problemas sociales: *La Garra, El Abolengo, Bodas de Plata.*

Marquina: lírico, épico filosófico: *Vendimión.*

dramático poético: *En Flandes se ha puesto el sol, Doña María la Brava, Las Hijas del Cid.*

Martínez Sierra: delicadeza, a veces muy realista.

lírico: *Flores de escarcha,* novelista: *Horas de Sol,* dramas: *Canción de cuna, Lirio entre espinas.*

Dicenta: efectista: revolucionario: *Juan José.*

Los Alvarez Quintero: género chico, sano realismo, poesía, gracia: *El genio alegre. El patio, La azotea, Amores y amoríos, Abanicos y panderetas, etc.*

Grau: El Hijo Pródigo.

Goy de Silva: La reina silencio.

Muñoz seca; género chico popular

Novela. Epoca romántica, traducción francesa e inglesa.

Martínez de la Rosa: Hernán Pérez del Pulgar.

Larra: El doncel de Don Enrique.

Espronceda: Sancho Saldaña.

Escosura: Conjuración de Méjico

Fernán Caballero (*Cecilia Bohl de Fáber*) iniciadora de la novela m derna, idealista y realista: *La Gaviota, Lágrimas, Clemencia, familia Alvareda, Un verano en Bornos, Cuadros de costumbres*

Enrique Gil: inspirado lírico.

novela: *El señor de Bembibre,* viva resurrección histórica.

Navarro Villoslada: gran novelista histórico; *Amaya o Los Vascos en siglo VIII,* epopeya en prosa; ambiente histor., caracteres, est *Doña Blanca de Navarra, Doña Urraca de Castilla*

Fernández y González: fecundo y folletinesco.

El Cocinero de su Majestad, Martín Gil, Men Rodríguez de S nabria.

Pérez Escrich: semejante: *El mártir del Gólgota.*

Novela realista.

Alarcón: gran colorido, interés narrativo, realismo, a veces naturalism *El final de Norma, El Escándalo, El sombrero de tres picos, Pródiga, El Capitán Veneno, Diario de un testigo de la guer de Africa, De Madrid a Nápoles.*

Valera: Castizo: falso misticismo: *Pepita Jiménez, Doña Luz, El C mendador Mendoza.*

Pereda: descriptivo, castizo. De costumbres: *Sotileza, El Sabor de tierruca, Peñas arriba.* De tesis: *De tal palo tal astilla.* Descri tiva: *Esbozos y rasguños.*

Trueba: vida campesina: candor: *Cuentos de color de rosa;* verso: *Lib de los Cantares.*

Padre Coloma: social, caracteres: *Pequeñeces, Boy;* históricas: *Rei mártir, Jeromín.*

Escuela naturalista.

Pérez Galdós: fecundidad evocación, sectarismo. *Episodios Nacional* —Teatro: *Electra,* anticlerical.

La Pardo Bazán: crítica, novelista: *Vida de San Francisco, Los Pas de Ulloa. La madre Naturaleza, Insolación, Morriña.*

Blasco Ibáñez: fecundo, inmoral; *Cuentos valencianos, Sangre y Arena, Los Cuatro jinetes del Apocalipsis.*

Palacio Valdés: realista moderado: *Marta y María, La Hermana de San Sulpicio, La Fe.*

Ricardo León: castizo, poético; *Amor de los amores, Casta de hidalgos, Alcalá de los Zegríes.* Poesía: *Alivio de Caminantes.*

Ortega Munilla: brillante; *La Cigarra.*

Octavio Picón: muy libre: *Lázaro.*

Pío Baroja: pesimista; *Casa de Aizgorry.*

Valle-Inclán: atildado, poético: *Sonatas de primavera.*

Felipe Trigo: pornográfico: *Sed de amar.*

Pérez de Ayala: brillante, sensual, poeta.

Independientes: Eusebio Blasco: entretenido: *Cuentos Aragoneses.*

Polo y Peirolón: descriptivo: *Costumbres de Albarracín.*

Muñoz y Pabón: gracejo: *Amor postal.*

Alberto Risco: facilidad: *Amor de madre.*

Concha Espina: artista, castiza: *Esfinge Maragata.*

Ocharán Mazas, artista castizo: *Marichu.*

Répide, escenas populares en Madrid.

Fernández Flórez, humorista-escenas de Galicia.

Pérez Lugín, escenas estudiantiles: *La casa de Troya*

Crítica: Larra: juicios literarios y de costumbres; humorista: *Un castellano viejo, Polémica Literaria.*
novela: *El doncel de D. Enrique,* drama: *Macías*

Mesonero Romanos: Escenas matritenses.

Estébanez: Calderón: Escènas andaluzas.

Valbuena: crítico sarcástico. *Ripios, Fe de erratas.*

Leopoldo Alas (Clarín): crítico severo e inmoral: *Sólos de Clarín.*

Amador de los Ríos: laboriosidad: *Historia crítica de la Literatura Española.*

Padre Blanco García: erudito e inteligente: *La Literatura Española en el siglo XIX.*

Milá y Fontanals: crítico y preceptista: *Principios de Literatura, Poesía heroico-popular.*

Coll y Vehí: crítico preceptista: *Diálogos Literarios.*

Menendez y Pelayo: crítico universal, juicios definitivos, estilo castizo

Odas, epístolas, tragedias.
La Ciencia Española, Horacio en España, Los Heterodoxos Españoles. Historia de las ideas estéticas, Antología de líricos castellanos. Id. de poetas hispano-americanos.
Ramón Menéndez Pidal: El Poema del Cid, Infantes de Lara.
Juan Menéndez Pidal: Romances asturianos.
Rodríguez Marín: Cantos populares.
Bonilla San Martín: Cervantes, Luis Vives.
González Blanco: La novela en España.
Azorín: Clásicos y Modernos.
Unamuno: En torno del Casticismo.
Aicardo: Literatura Contemporánea.
Ortega Gasset: Medit. de Quijote.
Miguel Mir: Romancero Espiritual.
Juan Mir: Rebusco de voces castizas.
Blanca de los Ríos: Del siglo de óro.
Américo Castro: Lengua, enseñanza y literatura.
Alemany: Diccionario.
Maeztu: Crisis del humanismo.
Casares: Crítica profana.
Cansinos Assens: La Nueva Literatura.
Julio Cejador: Historia de la Literatura Española
Angel Salcedo Ruiz id.
Rogerio Sánchez id.
Juan Hurtado id.
González Palencia: id.
Foulché-Delbosq: Revue Hispanique
Asín y Palacios: Filosofía hispano-musulmana.

Filosofía: Balmes: profundo, ameno; *El Criterio, Cartas a un Escéptico, Filosofía Fundamental, Catolicismo y Protestantismo.*
Cardenal Ceferino González: Historia de la Filosofía.
Ruiz Amado: pedagogía, sólido, fecundo: *Educación intelectual. Educación moral, El Estado y la enseñanza.*
Juan Mir: tratados filosófico-teológicos: castizo en exceso: *La Creación, El Milagro, La Profecía.*
Félix Sardá y Salvany (1841-1916): Propaganda Católica.
Clavarana: Lecturas populares.

Vilariño: Vida de Jesucristo
Rodés: El Firmamento.

Historia Vicente de Lafuente: Historia de la Iglesia en España.
Modesto de Lafuente: ameno, liberal: *Historia de España.*
Cavanilles: Historia de España.
Ghebart: Historia de España.
Cánovas: Reinado de Felipe IV.
Altamira: liberal, documentado; *Historia de España y de la Civilización Española.*
Astrain: claridad, documentación: *Historia de la Compañía de Jesús en España.*
García Villada: Historia Eclesiástica de España.

Elocuencia política.
Donoso Cortés: católico grandilocuente.
Castelar: brillante, erudito, vacío.
Aparisi Guijarro: carlista.
Cándido Nocedal: carlista.
Moret: liberal.
Alejandro Pidal: conservador.
Vásquez de Mella: carlista.
Cánovas: conservador.
Maura: conservador.

Elocuencia sagrada.
Ven. Antonio Claret.
Cardenales: *Monescillo, Sanz y Foréz.*
Presbítero: *Luis Calpena.*
P. *Urbano,* dominico.
P. *Martínez Núñez,* agustino.
P. *Jiménez Campaña,* escolapio.
PP. *Vinuesa, Torres S. J.*

ANTOLOGIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

(Siglos XVIII—XX)

Las Naves de Cortés Destruídas

Retrato de Cortés

(Nicolás Fernández Moratín)

Cortés, el gran Cortés... ¡divina
[Clío,
tu alto influjo mi espíritu levante!
¿Quién jamás tuvo objeto como el
[mío,
ni tan glorioso capitán triunfante?
¡Con qué aspecto real y señorío
se le muestra a su ejército delante!
¡Oh qué valor que ostenta y qué no-
[bleza!
¡Oh cuánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría,
listadas de oro puro centellantes,
con pernos de preciosa pedrería,
hebillas y chatones de diamantes,
gorjal grabado en cuyo canto había
de perlas y crisólitos pinjantes,
cegando como el sol, a quien parece
el arnés con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada
cual fúlgido cristal resplandeciente
con plumajes y airón empenachada,
que el céfiro halagaba mansamente:
el brazal y esquinela burilada
rayos sacan de luz como el oriente:
música forman guarnecidas de oro
templadas piezas al crujir sonoro.

Al hombro izquierdo el capel
[tremo
Favonio airosamente, y con lazad
de plata y seda atado en una so
que vuelven las vislumbres duplic
[da
roja banda afollada en la pistola
con muchos rapacejos, y enredad
puntas al cinturón, y allí pendien
de Toledo la espada omnipoten

Ancho escudo embrazó de fue
[ace
con labores en torno rutilante,
que más reverberando que el luce
parece de limpísimo diamante:
esculpió en medio por blasón guerre
entre las uñas de un león rapante
un mundo encadenado, y quebra
[tad
las columnas de Alcides derribada

La gruesa lanza estriada y rebuti
de barras de metal lleva en la cu
y un pendoncillo o banderilla asi
que bordó con primor sutil aguj
y al encuentro y veloz acometi
hace corriendo que al impulso cru
cuando con duro y resonante ca
embiste el hermosísimo caballo.

Era alazán tostado, corpulen
de ardiente vista, y con feroz ultra
bate el suelo, mirándose opulento
con tan precioso y bárbaro equipa
de ormesí recamado el paramen

de seda y oro y borlas el rendaje,
de bronces entallados la estribera,
zafiros y balajes la testera.
El soberbio animal la crin extiende,
como quien sabe el dueño que pasea,
con agudo relincho el aire enciende
y atónito y ufano se pompea.
En cuanto ¡oh Betis! tu raudal com-
[prende,
que con verdes olivas se hermosea,
tal monstruo no abortó naturaleza
ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

Fiesta de Toros

(Nicolás Fernández de Moratín)

Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo...
El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende a ver en su arena
la sangrienta lid dudosa,
y todo en torno resuena.

. . . .

Ninguno al riesgo se entrega
y está en medio el toro fijo;
cuando un portero que llega
de la puerta de la Vega,
hincó la rodilla, y dijo:
—Sobre un caballo alazano,
cubierto de galas y oro,
demanda licencia urbano
para lancear un toro
un caballero cristiano.—
Mucho le pesa a Aliatar;
pero Zaida dió respuesta
diciendo que puede entrar;
porque en tan solemne fiesta
nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero,
entre dudas se embaraza,
cuando en un potro ligero
vieron entrar por la plaza
un bizarro caballero,

sonrosado, albo color,
belfo labio, juveniles
alientos, inquieto ardor,
en el florido verdor
de sus lozanos abriles;

cuelga la rubia guedeja
por donde el almete sube,
cual mirarse tal vez deja
del sol la ardiente madeja
entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,
de una cristiana primores,
en el yelmo los plumajes,
por los visos y celajes
vergel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,
con recamado pendón,
y una cifra a ver se alcanza
que es de desesperación,
o a lo menos de venganza

En el arzón de la silla
ancho escudo reverbera
con blasones de Castilla
y el mote dice a la orilla:
«Nunca mi espada venciera».

Era el caballo galán,
el bruto más generoso,
de más gallardo ademán;
cabos negros y brioso,
muy tostado y alazán.

Larga cola recogida
en las piernas descarnadas,
cabeza pequeña, erguida,
las narices dilatadas,
vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
que da Betis, con tal fruto
pudo fingir el deseo
más bella estampa de bruto
ni más hermoso paseo.

Dió la vuelta alrededor;
los ojos que le veían
lleva prendados de amor.
—¡Alah te salve!—decían.—
—¡Déte el Profeta favor!—

Causaba lástima y grima
su tierna edad floreciente;
todos quieren que se exima
del riesgo, y él solamente
ni recela, ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
hacen de ámbar y alcanfor
pebeteros exhalar,
vertiendo pomos de olor
de jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se pára
y de más cerca le mira
la cristiana esclava Aldara,
con su señora se encara
y así la dice, y suspira:

—Señora, sueños no son;
así los cielos vencidos
de mi ruego y aflicción
acerquen a mis oídos
las campanas de León,

como ese doncel, que ufano
tanto asombro viene a dar
a todo el pueblo africano,
es Rodrigo de Vivar,
el soberbio castellano...

Suena un rumor placentero
entre el vulgo de Madrid;
no habrá mejor caballero,
dicen, en el mundo entero,
y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él,
torciendo las riendas de oro,
marcha al combate cruel:
alza el galope, y al toro
busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
desde que le vió llegar,
de tanta gala asombrado,
y alrededor le ha observado
sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
despedida de la cuerda,
de tal suerte le embistió;
detrás de la oreja izquierda
la aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada,
segunda vez acomete
de espuma y sudor bañada,
y segunda vez la mete
sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
con heroico atrevimiento;
el pueblo mudo y atento;
se engalla el toro y altera
y finge acometimiento.
La arena escarba ofendido,
sobre la espalda la arroja
con el hueso retorcido;
el suelo huele y le moja
en ardiente resoplido.
La cola inquieto menea,
la diestra oreja mosquea,
vase retirando atrás
para que la fuerza sea
mayor y el ímpetu más.
El que en esta ocasión viera
de Zaida el rostro alterado,
claramente conociera
cuánto le cuesta cuidado
el que tanto riesgo espera.
Mas ¡ay! que le embiste horrendo
el animal espantoso;
jamás peñasco tremendo
del Cáucaso cavernoso
se desgaja, estrago haciendo,
ni llama así fulminante
cruza en negra obscuridad
con relámpagos delante,
al estrépito tronante
de sonora tempestad,
como el bruto se abalanza
con terrible ligereza;
mas rota con gran pujanza
la alta nuca, la fiereza
y el último aliento lanza.
La confusa vocería
que en tal instante se oyó
fué tanta, que parecía
que honda mina reventó
o el monte y valle se hundía.
A caballo como estaba
Rodrigo el lazo alcanzó
con que el toro se adornaba;
en su lanza le clavó
y a los balcones llegaba.
Y alzándose en los estribos
le alargó a Zaida, diciendo:
—Sultana, aunque bien entiendo
ser favores excesivos,
mi corto dón admitiendo,
si no os dignárades ser
con él benigna, advertid
que a mí me basta saber
que no le debo ofrecer
a otra persona en Madrid.—
Ella, el rostro placentero,
dijo, y turbada:—Señor,
yo le admito y le venero,
por conservar el favor
de tan gentil caballero.

De «la Comedia Nueva o el Café»

(Leandro Fernández de Moratín)

Acto II.—Escena V.

D. Antonio. ¡Calle! ¿Ya está por acá? Pues y la comedia, ¿en qué estado queda?

D. Pedro. Hombre, no me hable usted de comedia (*Se sienta*), que no he tenido rato peor muchos meses ha.

D. Antonio. Pues ¿qué ha sido ello? (*Sentándose junto a D. Pedro*).

D. Pedro. ¿Qué ha de ser? Que he tenido que sufrir (gracias a la recomendación de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasión de escapar, y la aproveché.

D. Antonio. ¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

D. Pedro. Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás a ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mía, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar o disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del día con los antiguos, y dígame si no valen más Calderón, Solís, Rojas, Moreto, cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razón.

D. Antonio. La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer a ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedión?

D. Pedro. No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traía visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré a pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy

acostumbrado a oír desatinos, tan garrafales como los de hoy, jamás se oyeron.

D. Antonio. ¿Qué dice usted?

D. Pedro. Es increíble. Ahí no hay más que un hacinamiento confuso de especies, una acción informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados o mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres; no hay objeto moral, no hay lenguaje ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido común. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los días.

D. Antonio. Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las extravagancias.

Elegía a las Musas

(Leandro F. de Moratín)

Esta corona, adorno de mi frente,
sta sonante lira y flautas de oro,
máscaras alegres, que algún día
ne disteis, sacras musas; de mis ma- [nos.
rémulas recibid, y el canto acabe,
ue fuera osado intento repetirle.
He visto ya cómo la edad ligera,
presurando a no volver las horas,
obó con ella su vigor al numen
é que negáis vuestro favor divino
la cansada senectud, y en vano
uera implorarle; pero, en tanto, be- [llas
infas, del verde Pindo habitadoras
o me neguéis que os agradezca hu- [milde
los bienes que os debí. Si pude un día,
no indigno sucesor de nombre ilustre,
dilatarle famoso, a vos fué dado
llevar al fin mi atrevimiento; sólo
pudo bastar vuestro amoroso anhelo,
a prestarme constancia en los afanes
que turbaron mi paz, cuando inso- [lente
vano saber, enconos y venganzas,
codicia y ambición, la patria mía
abandonaron a civil discordia.

Yo ví del polvo levantarse audaces,
a dominar y perecer, tiranos;
atropellarse efímeras las leyes,
y llamarse virtudes los delitos.
Vi las fraternas armas nuestros muros

bañar en sangre nuestra, combatirse
vencido y vencedor, hijos de España
y el trono desplomándose al vendido
ímpetu popular. De las arenas
que el mar sacude en la fenicia Gades,
a las que Tajo lusitano envuelve
en oro y conchas; uno y otro imperio,
iras, desorden esparciendo y luto
comunicarse el funeral estrago.
Así, cuando en Sicilia el Etna ronco
revienta incendios, su bifronte cima
cubre el Vesubio en humo denso y
[llamas,
turba el Averno sus calladas ondas,
y allá del Tibre en la ribera etrusca
se estremece la cúpula soberbia
que da sepulcro al sucesor de Cristo.

¿Quién pudo en tanto horror mo-
[ver el plectro?
¿Quién dar al verso, acordes armonías,
oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad; bramó iracundo
el huracán, y arrebató a los campo
sus frutos, su matiz; la rica pomp
destrozó de los árboles sombríos
todas huyeron tímidas las aves
del blando nido, en el espanto mudas
no más trinos de amor. Así agitaro
los tardos años mi existencia; y pud
sólo en región extraña el oprimid
ánimo hallar dulce descanso y vida
Breve será, que ya la tumba aguarda
y sus mármoles abre a recibirme;
ya los voy a ocupar... Si no es etern
el rigor de los hados, y reservan
a mi patria infeliz mayor ventura
dénsela presto y mi postrer suspir
será por ella... Prevenid en tant
flébiles tonos, enlazad coronas
de ciprés funeral, Musas celestes
y donde a las del mar sus aguas mez
[cl
el Garona opulento, en silencios
bosque de lauros y menudos mirto
ocultad entre flores mis cenizas.

El Burro Flautista

(Iriarte)

Esta fabulita,
Salga bien o mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.
   Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar,
Pasaba un Borrico
Por casualidad.
   Una flauta en ellos
Halló, que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad
   Acercóse a olerla
El dicho animal,
Y dió un resoplido
Por casualidod.

En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.
«¡Oh! dijo el Borrico,
Qué bien sé tocar!
Y dirán que es mala
La música asnal».
Sin reglas del arte
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad.

El Viejo y la Muerte

(Félix M. Samaniego)

Entre montes, por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña.
ba un Viejo cargado con su leña,
Maldiciendo su mísero destino,
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podía,
Llamaba con colérica porfía
Una, dos y tres veces a la muerte.
Armada de guadaña, en esqueleto,
La Parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el Viejo, temiendo ser difunto,
Lleno más de terror que de respeto.
Trémulo la decía y balbuciente,
«Yo... señora... os llamé desesperado;
Pero...—«Acaba; ¿qué quieres, desdichado?»
«Que me cargues la leña solamente».

Tenga paciencia quien se crea infelice
Que aún en la situación más lamentble
Es la vida del hombre siempre amable.
El Viejo de la leña nos lo dice.

La Presencia de Dios

(Juan Meléndez Valdés)

Do quiera que los ojos
quieto torno en cuidadoso anhelo,
llí, gran Dios, presente
ónito mi espíritu te siente.
Allí estás, y llenando
inmensa creación, so el alto empíreo
lado en luz te asientas,
y tu gloria inefable a un tiempo ostentas.
La humilde hierbecilla,
que huello; el monte, que de eterna nieve
cubierto se levanta,
y esconde en el abismo su honda planta:

El aura, que en las hojas
con leve pluma susurrante juega,
y el sol que en la alta cima
del cielo ardiendo el universo anima:
Me claman, que en la llama
brillas del sol; que sobre el raudo
[viento
con ala voladora
cruzas del occidente hasta la aurora;
Y que el monte encumbrado
te ofrece un trono en su nevada cima;
y la hierbilla crece
por tu soplo vivífico y florece.
Tu inmensidad lo llena
todo, Señor, y más; del invisible
insecto al elefante,
del átomo al cometa rutilante.
Tú a la tiniebla oscura
das su pardo capuz, y el sutil velo
a la alegre mañana,
sus huellas matizando de oro y grana.
Y cuando primavera
desciende al ancho mundo, afable ríes
entre sus gayas flores,
y te aspiro en sus plácidos olores.
Y cuando el inflamado.
Sirio más arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
volando mueves, y su ardor mitigas.
Si entonce al bosque umbrío
corro, en su sombra estás, allí ateso-
[ras
el frescor regalado,
blando alivio a mi espíritu cansado.
Un religioso miedo
mi pecho turba, y una voz me grita:
«en este misterioso
silencio mora; adórale humildoso».

Pero a par en las ondas
te hallo del hondo mar: los vient
[llam
y a su saña lo entregas,
o si te place, su furor sosiegas.
Por doquiera, infinito
te encuentro y siento, en el florid
[prad
y en el luciente velo,
con que tu umbrosa noche entolda
[ciel
Que del átomo eres
el Dios, y el Dios del sol, del gusanill
que en el vil lodo mora,
y el ángel puro que tu lumbre ador
Igual sus himnos oyes
y oyes mi humilde voz, de la corde
el plácido balido
y del león el hórrido rugido.
Y a todos dadivoso
acorres, Dios inmenso, en todas part
y por siempre presente.
¡Ay! oye a un hijo en su rogar fervient
Oyele blando, y mira
mi deleznable ser: dignos mis pas
de tu presencia sean,
y doquier tu deidad mis ojos vea
Hinche el corazón mío
de un ardor celestial, que a cuan
[exis
como Tú se derrame,
y ¡oh Dios de amor! en tu universo
[am
Todos tus hijos somos;
el tártaro, el lapón, el indio rud
el tostado africano
es un hombre, es tu imagen y es n
[herman

La Mañana

(Juan Meléndez Valdés)

Dejad el nido, avecillas;
Y con mil cantos alegres
Saludad al nuevo día,
Que asoma por el Oriente.
¡Oh, qué arreboles tan bellos!
¡Oh, cuán galán amanece,
De animada luz dorando
De los montes la alta frente!
A la Aurora el manto rico
Los céfiros desenvuelven,
Mezclando en el horizonte
La púrpura con la nieve:
Y luego inquietos vagando,
Entre las flores se pierden,
El rocío les sacuden,
Y sus frescas hojas mecen.
Ellas fragantes perfumes
Por oblación reverente
Tributan al sol, que a darles
La vida con su luz vuelve.
¡Oh, qué bálsamo! ¡qué olores!
¡Oh, qué gozo el alma siente
Al respirarlos! Del pecho
Salirse absorta parece.
La vista vaga perdida
Aquí una flor le entretiene,
Que de luz mil visos hace
Con sus perlas transparentes.
Allí el plácido arroyuelo,
Cuyas claras linfas mueve
El viento en fáciles ondas,
Apenas correr se advierte.
Más allá un undoso río
Por la ancha vega se tiende
Con majestad sosegada,
Y cual cristal resplandece.
El bosque umbroso a lo lejos
La vista inquieta detiene,
Y entre nieblas delicadas
Cual humo se desvanece.
El vivo matiz del campo,
Este cielo que se extiende
Sereno y puro, estos rayos
De luz, el tranquilo ambiente;
Este tumulto, este gozo
Universal, con que quieren
Entonar el himno al día
La turba de los vivientes,
¡Oh, cómo me encanta! ¡Oh cómo
Mi pecho late y se enciende,
Y en la común alegría
Regocijado enloquece!
La mensajera del alba,
La alondra, mil parabienes
Le rinde y tan alto vuela,
Que ya los ojos la pierden.
Tras sus nevados corderos
El pastor cantando viene
Su tierno amor por el valle,
Y al rayo del sol se vuelve.
El labrador cuidadoso
Unce en el yugo sus bueyes,
Con blanda oficiosa mano
Limpiándoles la ancha frente.
El humo en las caserías
En volubles ondas crece,

Y a par que en el aire sube,
Se deshace en sombras leves.
¡Cuán hermosa es, dulce Silvia,
La mañana! ¡Cuánto tiene
Que admirar! ¡En sus primores
Cómo el alma se conmueve!
Deja el lecho, y sal al campo,
Que humilde a tu seno ofrece
Sus nuevas flores y juntos
Gocemos tantos placeres.

El Manolo (Sainete)

(Ramón de la Cruz)

Mediodiente, Sebastián, Tío Matute, *tabernero, mujer de* Chiripa, Remilgada.

Medio. O te he de echar las tripas por [la boca,
o hemos de ver quién tiene la pese- [ta.
Sebastián. Aguarda, Mediodiente.
Chiripa. ¿Pues qué es esto?
¿Cómo no miran quién está a la [puerta
de la taberna, y salen con más mo- [do?
y no que por un tris no van la mesa
y las castañas con dos mil demonios
Medio. Los héroes como yo cuando [pelean
no reparan en mesas ni en casta- [ñas.
Chiripa. Yo te aseguro...
Sebastián. Moderaos, princesa,
pues si no me equivoco, el tío Ma- [tute
con su gente y sus armas ya se acer- [ca.

Escena II

Tío Matute. (*Su comparsa y los dich*

Tío. Escuadrón de valientes parr [quiano
ya veis que la opinión de mi tabe [r
está pendiente: nadie los perdon
y cada cual les dé con lo que pued
Medio. Aguárdate, cobarde.
Tío. No le sigas,
y date tú a prisión.
Medio. ¿Pues qué más prueb
quereis, si el otro huye y yo m [qued
de que él os hizo noche la peseta
Tío. Tengas o no la culpa, pues te pi [llo
tú, Mediodiente, pagarás la pena
porque la fama que hasta aquí ha [brá rot
más de catorce pares de trompeta
por ese Lavapiés, preconizando
mis medidas, mi vino y mi con- [ciencia

no ha de decir jamás que hubo en [mi casa
un hurto que importase una lenteja
¿Se ha de decir que hurtaron cua- [tro reales
en una que es acaso la primera
tertulia de la corte, donde acuden
sujetos de naciones tan diversas,
y tantos petimetres con vestidos
de mil colores y galón de seda?
¿Aquí donde arrimados los basto- [nes
y plumas que autorizan las trase [ras
de los coches, es todo confianza,
se ha de decir que hay quien faltó [a ella?
¿Aquí donde compiten los talentos,
después de deletreada la *Gaceta*,
y de cada cuartillo se producen
diluvios de conceptos y de lenguas?
¿Aquí donde las honras de las casas
mientras yo mido, los criados pesan
de suerte que a no ser por mí y por [ellos
muchas cosas quizá no se supieran?
¿Aquí ha de haber quien robe? Ra- [bio de ira.
Que se emborrachen, vaya enhora- [buena,
que a eso vienen aquí las gentes de [honra;
pero ¿quién será aquel, después que [beba,
que hurte, juegue, murmure ni mal- [diga
en el bajo salón de mi taberna?

Medio. Matute, ¿qué apostáis caga- [rro un canto,
y os parto por en medio la mollera?
Tío. ¿Yo amenazado?
Medio. ¿Yo ladrón?
Chiripa. Esposo,
déjale con mil diablos.
Tío. No pretendas
que deje sin castigo su amenaza.
Chiripa. ¡Ay, señor, que amenaza tu [cabeza,
y conforme te puede dar en duro,
también te puede dar donde te due- [la!
Tío. Tú dices bien. ¡Ah cuánto en [ocasiones
las mujeres prudentes aprovechan!
Sebastián. ¡Templanza heroica!
Medio. ¡Formidable aspecto!

Escena III

Remilgada *y los dichos*

Remil. La llave me entregad de la bo- [dega,
que el jarro se acabó del vino tinto.
Tío. Yo tengo capitanes de esperien- [cia
y de robusta espalda que manejen
mejor las cubas, y subirle puedan.
Chiripa. Para esta expedición fuera [más útil
que no faltase tu persona excelsa,
no equivoquen el vino veterano;

pues el que ayer llegó de Valdepe-
[ñas
aun está moro y fuera picardía
consentir que cristianos lo bebieran

Tío. ¡Qué discreción! Ven pues, po
[que al momen
la llave saques y el candil encie
[da

El Mal Predicador

(Fray Gerundio)

Hallábase el Padre Predicador mayor en lo más florido de su eda esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robus y corpulenta; miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionado muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuellierguido; su cerquill copetudo y estudiosamente arremolinado; hábitos siempre limpios y mu prolijos de pliegues; zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hech de aguja con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro un borlita muy airosa... En conclusión era el mozo galán, y juntándose a to esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar u cuentecito, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popula ridad en los modales, boato en el estilo y osadía en los pensamientos, si olvidar jamás de sembrar sus sermones de chistes, gracias, refranes y fra ses de chimenea, encajadas con grande donosura; no sólo se arrastraba lo concursos, sino que se llevaba de calle los estrados.

Era de aquellos cultísimos predicadores que jamás citaban a los Sant Padres, ni aún a los sagrados Evangelistas por sus propios nombres, par ciéndoles que ésta es vulgaridad. A San Mateo le llamaba el Angel histori dor; a San Marcos, el evangélico Toro; a San Lucas, el más divino pince a San Juan, el Aguila de Patmos; a San Jerónimo, la púrpura de Belén; San Ambrosio, el panal de los doctores; a San Gregorio, la alegórica Tiara.. Pues qué, ¡dejar de meter los dos deditos de la mano derecha, con garbos pulidez, entre el cuello y el tapacuello de la capilla en ademán de quien s desahoga el pescuezo haciendo un par de movimientos con la cabeza mien tras estaba proponiendo el tema; y al acabar de proponerle, dar dos o tre brinquitos disimulados, y como para limpiar el pecho, hinchar los carrillo y mirando con desdén a una y otra parte del auditorio, romper en ciert ruido gutural, entre estornudo y relincho! Esto, afeitarse siempre que habí de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete; y luego que hecha o n hecha una breve oración se ponía de pie en el púlpito, sacar con airoso ade

mán de la manga izquierda un pañuelo de seda de a vara y de color, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas más que aire, volverlo a meter en la manga a compás y con armonía, mirar a todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeñoso, y dar principio con aquello de *sea ante todas cosa bendito, alabado y glorificado;* concluyendo con lo otro de *en el principio instantáneo ser de su natural animación*; no dejaría de hacerlo el Padre Predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo San Pablo le predicara; que todas ellas eran por lo menos otras tantas evidencias de que allí no había ni migaja de juicio, ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

Canto Guerrero para los Asturianos

(Jovellanos)

A las armas, valientes astures,
empuñadlas con nuevo vigor,
que otra vez el tirano de Europa
el solar de Pelayo insultó.
Ved que fieros sus viles esclavos
se adelantan del Sella al Nalón,
y otra vez sus pendones tremolan
sobre Torres, Naranco y Gozón.
Corred, corred, briosos,
corred a la victoria,
y a nueva, eterna gloria
subid vuestro valor.
Cuando altiva al dominio del mundo
la señora del Tibre aspiró,
y la España en dos siglos de lucha
puso freno a su loca ambición;
ante Asturias sus águilas sólo
detuvieron el vuelo feroz,
y el feliz Octaviano a su vista
desmayado y enfermo tembló.
Corred, corred, briosos, etc.
Cuando suevos, alanos y godos
inundaban el suelo español;
cuando atónita España rendía
la cerviz a su yugo feroz;
cuando audaz Leovigildo, y triunfante
de Toledo corría a León,
vuestros padres alzados en Arvas
refrenaron su insano furor.
Corred, corred, briosos, etc.
. . . .

Cuando os pide el amor sacrificios,
cuando os pide venganza el honor,
¿cómo no arde la ira en los pechos?
quién los brazos nerviosos ató?
A las armas valientes astures,
empuñadlas con nuevo vigor,
que otra vez con sus huestes el corso
el solar de Pelayo manchó.

Corred, corred, briosos,
corred a la victoria,
y a nueva, eterna gloria
subid vuestro valor.

Al Mar

(Quintana)

¡Calma un momento tus soberbias
[ondas,
Océano inmortal, y no a mi acento,
Con eco turbulento,
Desde tu seno líquido respondas!
Cálmate, y sufre que la vista mía
Por tu inquieta llanura
Se tienda a su placer. Sonó en mi
[mente
Tu inmenso poderío,
Y a las playas remotas de occidente
Corrí desde el humilde Manzanares;
Por contemplar tu gloria,
Y adorarte también, Dios de los
[mares.

Que ardió mi fantasía
En ansia de admirar, y, desdeñando
El cerco oscuro y vil que la ceñía,
Tal vez allá volaba
Do la eterna pirámide se eleva
Y su alta cima hasta el Olimpo lleva;
Tal vez trepar osaba
Al Etna mugidor, y allí veía
Bullir dentro el gran horno,
Y por la nieve que le ciñe en torno
Los torrentes correr de ardiente lava;
Los peñascos volar, y en hondo es-
[panto
Temblar Trinacria al pavoroso true-
[no.
Mas nada, ¡oh sacro mar! nada
[ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso
[seno.

Héme en fin junto a ti; tu hervie
[te espu
El alto escollo sin cesar blanqu
Do entre temor y admiración te mi
Inquieto centellea
En tu cristal el sol, que al Occiden
De majestad vestido, huye y se esc
[
¿Dónde es tu fin? ¿En dónde
Mis ojos le hallarán? Con pie lig
Tú te tiendes y corres, y llevad
Cual en las olas de aquilón sonan
Mi espíritu anhelante
Te sigue al ecuador, te halla en el p
[
Y endeble desfallece
A tanta inmensidad. ¿Te hizo el d
[ti
Para ceñir y asegurar la tierra,
O en brazo aterrador hacerle guer
. . . .

¡Y tanta fué del hombre la osad
Que los quiso arrostrar! Sube a
[mon
Y la tenaz porfía
De su mordaz segur, humilla al sue
Al cedro que resiste a las edad
Al pino que se esconde allá en el cie
Gimieron ambos cuando al mar la
[zad
En nadantes alcázares miraron
Trocar su antiguo ser y su destin
Y al aire dando el vagoroso li
Los leves campos de cristal surcar

Adiós, amada playa, adiós, hogares;
El hombre audaz en la orgullosa popa
Os mira, os huye, y por los anchos
[mares,
Al volver de las ondas se confía.
En vano el rumbo le negaban ellas,
El le arrancó en el cielo
Al polo refulgente y las estrellas.
¿Qué pudo desde entonces
Negarse a su anhelar? Fiero y sañoso
El alto Tormentorio amenazaba,
Con un mar de terror y proceloso
Las puertas del Oriente defendía;
Mas vuela, rompe y le sorprende Ga-
[ma,
Y los hijos de Luso al punto hollaron
El golfo indiano y la mansión de Bra-
[ma;
Colón, arrebatado
De un numen celestial, busca atrevi-
[do
El nuevo mundo revelado a él solo;
Y tres veces el polo
Ve al impávido Cook romper los hie-
[los
Que a fuer de montes su rigor despide,
Descubriendo el secreto vergonzoso
Del yermo inmenso a que sin fin pre-
[side.
¡Gloria eterna a sus nombres! ¡Dad-
[me rosas,
Dadme lauro inmortal que adorne y
[ciña
Sus frentes generosas!
Mirad la tierra a su divino esfuerzo
Enriquecerse toda, y mil tesoros
De su fecundo seno
Benéfica brotar, mirad la aurora
Unida al Occidente,
Y el septentrión al sur. A este porten-
[to
Furioso el Oceano,
Es fama que gritó: «¡Conque es en va-
[no
Haber yo roto el orbe, y que ten-
[diendo
El valladar profundo
De mis terribles ondas,
Un mundo haya negado al otro mun-
[do!»

Al Dos de Mayo

(Juan Nicasio Gallego)

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
del miserable, que esquivando el
[sueño
profundas penas en silencio gime,
no desdeñes mi voz; letal beleño
presta a mis sienes, y en tu horror
[sublime
empapada la ardiente fantasía,
da a mi pincel fatídicos colores,
con que el *tremendo día*
trace al fulgor de vengadora tea;
y el odio irrite de la patria mía
y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora
mano del tiempo le arrojó al averno;
mas ¿quién el sempiterno

clamor con que los ecos importuna
la madre España en enlutado arreo
podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
al pálido lucir de ópaca luna,
entre cipreses fúnebres la veo:
trémula, yerta y desceñido el manto,
los ojos moribundos
al cielo vuelve que le oculta el llanto:
roto y sin brillo el cetro de dos mundos
yace entre el polvo, y el león guerrero
lanza a sus pies rugido lastimero.

Ay! que cual débil planta
que agosta en su furor hórrido viento,
de víctimas sin cuento
lloró la destrucción Mantua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
en quien su honor y su defensa fía,
la condenó al cuchillo.
¿Quién, ¡ay! la alevosía,
la horrible asolación habrá que cuen
[te
que hollando de amistad los santos
[fueros
hizo furioso en la indefensa gente
ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
gritando se despeña
la infame turba que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña,
acá retumba el espantoso trueno:
allí el joven lozano,
el mendigo infeliz, el venerable
sacerdote pacífico, el anciano
que con su arada faz respeto imprime,
juntos amarra su dogal tirano.

En balde, en balde gime
de los duros satélites en torno
la triste madre, la afligida esposa
con doliente clamor; la pavorosa
fatal descarga suena
que a luto y llanto eterno las conden
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuán
[estrag
¡Cuántos ayes do quier! Despavori
mirad ese infelice
quejarse al adalid empedernido
de otra cuadrilla atroz. «Ah! ¿qué
[hice
exclama el triste en lágrimas desh
[ch
«mi pan y mi mansión partí contig
te abrí mis brazos, te cedí mi lech
templé tu sed, y me llamé tu amig
¿y hora pagar podrás nuestro hosp
[da
sincero, franco, sin doblez ni engañ
con dura muerte y con indigno ultr
[je
¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
el monstruo infame a sus ministr
[mir
y con tremenda voz gritando *¡fueg*
tinto en su sangre el desgraciado e
[pir

Y en tanto, ¿do se esconden,
do están, ¡oh cara patria! tus soldad
que a tu clamor de muerte no respo
[de
Presos, encarcelados
por jefes sin honor, que hacien
[alar
de su perfidia y dolo,
a merced de los bárbaros te deja

como entre hierros el león, forcejan
con inútil afán. Vosotros sólo,
fuerte Daoíz, intrépido Velarde,
que osando resistir al gran torrente
dar supisteis en flor la dulce vida
con firme pecho y con serena frente,
si de mi libre musa
jamás el eco adormeció a tiranos,
ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
allá del alto asiento
a que la acción magnánima os eleva,
el himno oíd que a vuestro nombre [entona,
mientras la fama alígera le lleva
del mar de hielo a la abrasada zona.
Mas, ay! que en tanto sus funestas [alas
por la opresa metrópoli tendiendo
la yerma asolación sus plazas cubre;
y al áspero silbar de ardientes balas,
y al ronco són de los preñados bronces
nuevo fragor y estrépido sucede.
¿Oís cómo rompiendo
de moradores tímidos las puertas
caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
los dueños buscan que medrosos hu- [yen!
Cuanto encuentran destruyen
bramando los atroces foragidos
que el robo infame y la matanza cie- [gan.
¡No veis cuál se despliegan
penetrando en los hondos aposentos
de sangre, y oro, y lágrimas sedientos!
Rompen, talan, destrozan
cuanto se ofrece a su sangrienta espa- [da.
Aquí, matando al dueño, se alborozan,
hieren allí su esposa acongojada:
la familia asolada
yace expirando, y con feroz sonrisa
sorben feroces el fatal tesoro.
Suelta, a otro lado, la madeja de oro,
mustio el dulce carmín de su mejilla
y en su frente marchita la azucena,
con voz turbada y anhelante lloro
de su verdugo ante los pies se humilla
tímida virgen, de amargura llena;
mas con furor de hiena,
alzando el corvo alfanje damasquino,
hiende su cuello el bárbaro asesino.
¡Horrible atrocidad! ¡Treguas, oh [musa,
que ya la voz rehusa,
embargada en suspiros mi garganta!
Y en ignominia tanta
¿será que rinda el español bizarro
la indómita cerviz a la cadena?
Nó, que ya en torno suena
de Palas fiera el sanguinoso carro,
y el látigo estallante
los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tum [ba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
y al grito heroico que en los aires [zumba,
¡Venganza y guerra! claman Turia y [Duero.
Guadalquivir guerrero
alza al bélico són la regia frente,
y del patrón valiente

blandiendo altivo la nudosa lanza
corre gritando al mar: ¡Guerra y ven-
[ganza!

Vosotras, oh infelices
sombras de aquellos que la infiel cu-
[chilla
robó a sus lares, y en fugaz gemido
cruzáis los anchos campos de Castilla:
la heroica España, en tanto que al
[bandido,
que a fuego y sangre, de insolencias
[ciego,
brindó felicidad, a sangre y fuego
le retribuye el dón, sabrá piadosa
daros solemne y noble monument
Allí en padrón cruento
de oprobio y mengua, que perpet
[du
la vil traición del déspota se vea:
y altar eterno sea
donde todo español al monstruo ju
rencor de muerte que en sus ven
[cund
y a cien generaciones se difunda.

A la Muerte de Jesús

(Alberto Lista)

¿Y eres Tú el que, velando
la excelsa majestad en nube ardiente,
fulminaste en Siná? y el impío bando
que eleva contra Ti la osada frente,
¿es el que oyó medroso
de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado
¡ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
alzas, gimiendo, el rostro lastimado:
cubre tus bellos ojos mortal velo,
y, su luz extinguida,
en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;
amor, más poderoso que la muerte:
por él de la maldad sufre la pena
el Dios de las virtudes; y, león fuerte,
se ofrece al golpe fiero
bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,
ante siglos de siglos degollada!
Aún no ahuyentó la noche pavoros
por vez primera el alma nacarad
y, hostia del amor tierno,
moriste en los decretos del Eterno

¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
oh paz, oh gloria del culpado mund
¿Qué pecho empedernido no se part
al golpe acerbo del dolor profund
viendo que en la delicia
del gran Jehová descarga su justicia

¿Quién abrió los raudales
de esas sangrientas llagas, amo
[mío
¿Quién cubrió tus mejillas celestiale
de horror y palidez? ¿cuál brazo im
[pí

a tu frente divina
ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:
al santo perdonad, muera el malvado:
si sois de un justo Dios ministros fie-
[les.
caiga la dura pena en el culpado:
si la impiedad os guía,
y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres tú solo
la víctima de paz que el hombre es-
[pera.
Si del Oriente al escondido polo
un mar de sangre criminal corriera,
ante Dios irritado,
no expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo
su cólera en diluvios descendía,
y a la maldad que dominaba el suelo
y a las malvadas gentes envolvía,
de la diestra potente
depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
de los montes el agua vengadora:
el sol, amortecida la alba lumbre,
que el firmamento rápido colora,
por la esfera sombría
cual pálido cadáver discurría;

y no el celo indignado
de su semblante descogió el Eterno.

Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo
[amado,
domador de la muerte y del averno,
tu cólera infinita
extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cual clama:
Padre de amor, por qué me abandonas-
[te?
Señor, extingue la funesta llama,
que en tu furor al mundo derramaste:
de la acerba venganza,
que sufre el Justo, nazca la esperanza.

¿No ves cómo se apaga
el rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesús doliente;
y su triste gemido
oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte:
esgrime, esgrime la fulmínea espada;
y el último suspiro del Dios fuerte,
que la humana maldad deja expiada,
suba al solio sagrado,
do vuelva en Padre tierno al indigna-
[do.

Rasga tu seno ¡oh tierra!
rompe ¡oh templo! tu velo. Moribun-
[do
yace el Criador; mas la maldad aterra
y un grito de furor lanza el profundo:
muere... gemid, humanos,
todos en él pusisteis vuestras manos.

Arte Poética

(Martínez de la Rosa)

. . . .

. . . .

Mas no con breve afán livianamen-
[te
buen gusto adquiriréis, que ni lo pres-
[tan
los áridos preceptos,
ni el sutil raciocinio de la mente:
con modelos bellísimos nutrido
fórmase lentamente,
cual con música acorde el fino oído;
menos juzga que siente,
natural nos parece, no adquirido,
y a la grata beldad acostumbrado,
por instinto condena cuanto advierte
que disgusto le causa, en vez de agra-
[do.
No lo viciéis, y cual segura guía
seguid su voto, oh jóvenes hispanos:
de griegos y romanos
estudiad los modelos noche y día:
y no apartéis jamás de la memoria
que así lograron tan sublime gloria
nuestros ilustres vates castellanos.
Ante los griegos venturosos quiso
mostrar naturaleza
su nativa belleza,
y ellos sencilla, pura,
sin arte ni atavíos,
cual ciegos amadores,
presentaron desnuda su hermosura.
Viéronla los romanos, se prendar
y depuesto el orgullo de señores,
a sus mismos vencidos envidiarc
siguiendo entonces con ardor
[huel
tal vez más rica, noble y ostento
tal vez menos sencilla y menos bel
a natura en sus obras imitaron.

. . . .—

De tanta gloria el español celos
el sagrado laurel ciñó el segundo;
y al tiempo que aspiraba victorio
al imperio del mundo,
adorando sumiso y respetuoso
de Grecia y Roma los divinos ecc
dulce canto entonaba,
y la corona a Italia disputaba.
Así el divino coro
de tanto ilustre vate dió renomb
a aquella edad feliz de *siglo de or*
y a par de la victoria
hizo famoso el castellano nombre.
Seguid, seguid su ejemplo: de m
[mon
sus cantos aprended; y repetidos
cien veces y otras ciento,
el alma aficionad a su belleza
y el gusto y los oídos
a su grato sabor y dulce acento.

. . . .

DON ALVARO O LA FUERZA DEL SINO

(Duque de Rivas)

Jornada V—Escena VI

Don Alvaro y Don Alfonso

D. Alfonso. ¿Me conocéis?
D. Alvaro. No, señor
D. Alfonso. ¿No véis en mis adema-[nes
Rasgo alguno que os recuerde
De otro tiempo y de otros males?
¿No palpita vuestro pecho,
No se hiela vuestra sangre,
No se anonada y confunde
Vuestro corazón cobarde
Con mi presencia?.. .O, por dicha,
¿Es tan sincero, es tan grande,
Tal vuestro arrepentimiento
Que ya no se acuerda el Padre
Rafael de aquel indiano
Don Alvaro, del constante
Azote de una familia
Que tanto en el mundo vale?
¿Tembláis y bajáis los ojos?
Alzadlos, pues, y miradme.
(Descúbrese el rostro)
D. Alvaro. ¡Oh Dios!.. . ¡Qué veo!.. . [¡Dios mío!
¿Pueden mis ojos burlarme?
¡Del Marqués de Calatrava
Viendo estoy la viva imagen!
D. Alfonso. Basta, ya está dicho todo.
De mi hermano y de mi padre
Me está pidiendo venganza
En altas voces la sangre.
. . . .
Fuera el mataros inerme
Indigno de mi linaje.
Fuisteis valiente, robusto
Aun estáis para un combate;
Armas no tenéis, lo veo;
Yo dos espadas iguales
Traigo conmigo; son éstas;
(*Se desemboza y saca dos espadas*)
Elegid la que os agrade.
D. Alvaro. (*Con gran calma, pero sin* [*orgullo*)
Entiendo, joven, entiendo,
Sin que escucharos me pasme,
Porque he vivido en el mundo
Y apurado sus afanes.
De los vanos pensamientos
Que en este punto en vos arden,
También el juguete he sido;
Quiera el Señor perdonarme.
Víctima de mis pasiones,
Conozco todo el alcance
De su influjo, y compadezco
Al mortal a quien combaten.
Mas ya sus borrascas miro,
Como el náufrago que sale
Por un milagro a la orilla,
Y jamás torna a embarcarse.
Este sayal que me viste,
Esta celda miserable,
Este yermo, adonde acaso
Dios por vuestro bien os trae,

Desengaños os presentan
Para calmaros bastantes;
Y más os responden mudos
Que pueden labios mortales.
Aquí de mis muchas culpas,
Que son ¡ay de mí! harto grandes,
Pido a Dios misericordia;
Que la consiga dejadme.

D. Alfonso. ¿Dejaros?... ¿Yo dejaros
Sin ver vuestra sangre impura
Vertida por esta espada
Que arde en mi mano desnuda?
Pues esta celda, el desierto,
Ese sayo, esa capucha,
Ni a un vil hipócrita guardan,
Ni a un cobarde infame escudan.

D. Alvaro. (Furioso)
¿Qué decís?... ¡Ah!.. (*Reportándose*)
¡No, Dios mío!...
En la garganta se anuda
Mi lengua... Señor!... esfuerzo
Me dé vuestra santa ayuda.
Los insultos y amenazas
Que vuestros labios pronuncian,
No tienen para conmigo
Poder ni fuerza ninguna.
Antes, como caballero,
Supe vengar las injurias;
Hoy, humilde religioso,
Darles perdón y disculpa.
Pues que veis cuál es mi estado,
Y, si sois sagaz, la lucha
Que conmigo estoy sufriendo,
Templad vuestra saña injusta.
Respetad este vestido,
Compadeced mis angustias,
Y perdonad generoso
Ofensas que están en duda.
(*Con gran emoción*)
¡Sí, hermano, hermano!

D. Alfonso. ¿Qué nomb
Osáis pronunciar?...

D. Alvaro. ¡Ah!

D. Alfonso. ¡Una
Sola hermana me dejasteis
Perdida y sin honra... ¡Oh furi

D. Alvaro. ¡Mi Leonor! Ah! No s
[honı
Un religioso os lo jura.

. . . .

D. Alfonso. (*Resuelto*)
De estas dos espadas, una
Tomad, Don Alvaro, luego;
Tomad, que en vano procura
Vuestra infame cobardía
Darle treguas a mi furia.
Tomad...

D. Alvaro. (*Retirándose*)
No, que aún fortaleza
Para resistir la lucha
De las mundanas pasiones
Me da Dios con bondad suma.
¡Ah! Si mis remordimientos,
Mis lágrimas, mis confusas
Palabras no son bastante
Para aplacaros; si escucha
Mi arrepentimiento humilde
Sin caridad vuestra furia.
(*Arrodíllase*)
Prosternado a vuestras plantas
Vedme, cual persona alguna
Jamás me vió...

D. Alfonso. (*con desprec*
Un caballe
No hace tal infamia nunca.

Quién sois bien claro publica
Vuestra actitud, y la inmunda
Mancha que hay en vuestro escudo.
D. Alvaro. (*Levantándose con furor*)
¿Mancha?... y ¿cuál?... ¿cual?
D. Alfonso. ¿Os asusta?
D. Alvaro. Mi escudo es como el sol [limpio,
Como el sol.
D. Alfonso. ¿Y no lo anubla
Ningún cuartel de mulato?
¿De sangre mezclada, impura?
D. Alvaro. (*Fuera de sí*)
¡Vos mentís, mentís, infame!
Venga el acero; mi furia
(*Toca el pomo de una de las espa- [das*)
Os arrancará la lengua,
Que mi clara estirpe insulta.
Vamos.
D. Alfonso. Vamos.
D. Alvaro. (*Reportándose*)
No... no triunfa
Tampoco con esta industria
De mi constancia el infierno.
Retiraos, señor.
D. Alfonso. (*furioso*)
¿Te burlas
De mí, inicuo? Pues cobarde
Combatir conmigo excusas,
No excusarás mi venganza.
Me basta la afrenta tuya:
Toma. (*Le da una bofetada*)
D. Alvaro. (*Furioso y recobrando toda [su energía*
¿Qué hiciste?... ¡Insensato!
Ya tu sentencia es segura:
Hora es de muerte, de muerte.
El infierno me confunda.
(*Salen ambos precipitados*)

De «El Moro Expósito»

(Duque de Rivas)

En un salón turbado le recibe
aun trémulo, Giafar, que al verle [afecta
terés y respetos, y a su lado
a almohada de púrpura lo asienta...

Solitaria y magnífica, cual todas,
nía en medio una espaciosa mesa
a donde varios bultos ocultaba
e damasco ormesí rica cubierta.

Gustios la mira y le palpita el pe- [cho;
con el dedo Giafar se la demuestra;
y, *allí el regalo está,* con risa amarga
dice, y del brazo asiéndole, lo acerca;

y de pronto, tirando del tapete,
«He aquí de mi amistad la sola prenda»
grita con voz de trueno y muestra al [padre
de los amados hijos las cabezas...

En estatua de hielo convertido,
fijos los ojos, sin moverse, en ellas,
y los latidos del hinchado pecho

dando tan sólo en él de vida muestras,
quedó Lara infeliz... ¡Ah! ¿cómo pue-
[de
mi débil voz la situación horrenda
con palabras pintar?... Padre es pre-
[ciso,
padre es preciso ser, para entenderla.

Sin habla Gustios, o mejor, sin vida,
estuvo sin moverse una gran pieza:
luego un temblor ligero, imperceptí-
[ble,
apareció en sus miembros, y en vio-
[lenta
convulsión terminó; pero tornando
a la inmovilidad, gira y pasea
los ojos, cual los ojos de un espectro
por una y otra de las siete prendas.

Sonrisa amarga agita un breve ins-
[tante
su labios sin color, y en tanto queman
sus mejillas dos lágrimas, y luego
los tiernos hijos a nombrar comienza

los ojos enclavando en el que nom-
[bra,
y esperando tal vez ¡ay! su respuesta
¡Diego!... ¡Martín!... ¡Fernando!...
¡Suero!... ¡Enrico!...

¡Veremundo!... ¡Gonzalo!... y cuan
[do lleg
a este nombre, dos veces lo repite
y recobrando esfuerzo y vida nueva
entrambas manos trémulas extiend
agarra de Gonzalo la cabeza.,

y la alza, pero al verla sin el cuerp
un grito arroja, y súbito la suelt
cual si hecha de encendido hierr
[fues
Empero torna a asirla, se la llev
a los labios, y un beso en la insensibl
mejilla imprime... La frialdad ho
[rrend
la ascosa fetidez sufrir no pudo
y como cuerpo muerto cayó en tierr

Aquel resto infeliz del hijo suy
cayó sobre su pecho, y desde él rued
por la alfombra, dejando sucio rastr
de sangre helada, corrompida y negr

Ni aun Giafar, ya saciado de ver
[gan
pudo aguantar más tiempo tal escen
y huyó a esconderse, cual se escond
[el tig
cansado de exterminio en su cavern

Canción del Pirata

(Espronceda)

Con diez cañones por banda,
Viento en popa a toda vela,
No corta el mar sino vuela
Un velero bergantín;

Bajel pirata que llaman
Por su bravura *El Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;
Y ve el capitán pirata
Cantando alegre en la popa
Asia a un lado, al otro Europa,
Y allá a su frente Stambul.

Navega, velero mío,
Sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza,
Tu rumbo a torcer alcanza,
Ni a sujetar tu valor.
Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies.
Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra,
Que yo tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes,
Y no hay playa
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.
Que es mi barco mi tesoro...

«A la voz de ¡barco viene!
Es de ver
Cómo vira y se previene
A todo trapo a escapar,
Que yo soy el rey del mar
Y mi furia es de temer.
En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual;
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.
Que es mi barco mi tesoro...

«¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río;
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena,
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navío.
Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la dí,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.
Que es mi barco mi tesoro...

«Son mi música mejor
Aquilones,
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.
Y del trueno
Al són violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.

Que es mi barco mi tesoro.

El Poeta

(José Zorrilla)

Yo tengo en mi guzla de són berberisco
el germen del cuento y el són del cantar,
y se oye en el són de mi canto morisco
la brisa marina que orea el lentisco
y el río que bulle cruzando el palmar.

Yo vivo entre flores y duermo entre aromas,
mi kiosko perfumo con índicas gomas
y esencias de rosa, de mirto y zahar;
arrullo en la siesta me dan las palomas,
mi vida es un sueño sin hiel ni pesar.

Yo sé cuántos mitos la Grecia produjo,
sé cuántos Egipto de la Asia introdujo,
doquier que con pobre misterio, o con lujo,
alzaron los hombres a un dios un altar.
De cantos y cuentos poseo un tesoro:
yo soy el encanto del Indo y del Moro,
yo soy la delicia del árabe aduar.

Yo sé lo que nadie en el mundo ya sabe,
yo sé las mil lenguas en que hablan el ave,
la flor y el insecto, y el viento y el mar.
Yo tengo de todas las lenguas la clave,

yo sé lo que el viento le dice a la nave,
yo sé lo que pía la alondra al volar.

Yo sé lo que augura la mustia corneja,
yo sé lo que dice zumbando la abeja;
del silfo que gime comprendo la queja,
del fénix que expira comprendo el cantar.

Yo tengo en el arpa que guía mi canto
el lánguido canto del ruido del mar,
las íntimas notas que arrancan el llanto,
las que hacen a un tiempo sentir y gozar.

Yo soy el poeta cuyo estro se inspira
del Dios de los mundos lanzándose en pos,
yo soy el poeta de fe que respira
el aura que viene del soplo de Dios;

Yo soy el poeta que sabe el camino
del cielo en que radia la faz del Señor:
yo leo en las hojas de un libro divino
la letra viviente de un Dios creador.

Yo sé cómo un día prendió en los espacios,
cual toldo flotante de ingrávido tul,
en lazos y broches de sueltos topacios,
aliento del mundo, la atmósfera azul.

Yo veo la estela que en pos de sí deja
la tierra a quien guía su fuerza interior;
yo sé por qué es dulce la miel de la abeja,
yo sé por qué vuela tan alto el condor.

Yo sé cómo el viento se lleva a la nave,
yo sé cómo al cielo la luz da color,
yo sé por qué silban el viento y el ave,
yo sé por qué mece la brisa a la flor:
yo sé lo que el hombre sin fe nunca sabe,
yo soy el que tiene del alma la llave,
yo soy el que sabe quién es el Amor.

A Buen Juez Mejor Testigo

(José Zorrilla)

(*Fragmentos*)

. . . .
. . . .

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas
allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
alzábase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo rey a su vuelta
le armó en Madrid caballero,
tomándole a su servicio
por capitán de Lanceros,
y otro no fué que Martínez
quien ha poco entró a Toledo
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro a quien se dirige,
cobrado el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán don Diego,
ni se ablanda a sus caricias,
ni cura de sus lamentos;
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso,
que ni él prometió casarse
ni pensó jamás en ello.
¡Tánto mudan a los hombres
fortuna, poder y tiempo!

. . . .
. . . .
. . . .

Un portero, levantando
el tapiz, en alta voz
dijo:—El capitán don Diego.—
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitán don Diego,
díjole don Pedro, vos?—
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:
—Yo soy.
—¿Conocéis a esta muchacha?
—Ha tres años, salvo error.
—¿Hicísteisla juramento
de ser su marido?—
—No.
—¿Juráis no haberlo jurado?
—Sí juro.—
—Pues id con Dios.
—¡Miente!—exclamó Inés llorando
de despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!...
—Digo que miente, juró.
—¿Tienes testigos?—
—Ninguno
—Capitán, idos con Dios,
y dispensad que acusado
dudara de vuestro honor.—

Tornó Martínez la espada
con brusca satisfacción,
e Inés, que le vió partirse,
resuelta y firme gritó:
—Llamadle, tengo un testigo.
Llamadle otra vez, señor.—
Volvió el capitán don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse
y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo a quien nunca
faltó verdad ni razón.—
—¿Quién?
—Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó,
mirándonos desde arriba.
—¿Estaba en algún balcón?
—No, que estaba en un suplicio,
donde ha tiempo que expiró.—
—¿Luego es muerto?
—No, que vive.
—Estáis loca, ¡vive Dios!
—¿Quién fué?
—El Cristo de la Vega,
a cuya faz perjuró.—

Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.

Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:

«La ley es ley para todos,
tu testigo es el mejor,
mas para tales testigos
no hay más tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos,
escribano, al caer el sol
al Cristo que está en la Vega
tomaréis declaración».

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
sus hojas plegando exhalan,
y el céfiro entre perfumes
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.

Allá por el *Miradero*
por el Cambrón y Visagra
confuso tropel de gente
del Tajo a la vega baja.
Vienen delante don Pedro

de Alarcón, Ibán de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la vega los aguarda,
cada cual comentariando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote a la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme
y las mozas a la cara.
Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento
le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara:
hacia la severa imagen
un notario se adelanta,
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.
A un lado tiene a Martínez,
a otro lado a Inés de Vargas
detrás al gobernador
con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario a Jesucristo
así demandó en voz alta:
—«*Jesús, hijo de María,*
«*ante nos esta mañana*
«*citado como testigo*
«*por boca de Inés de Vargas,*
«*¿juráis ser cierto que un día*
«*a vuestras divinas plantas*
«*juró a Inés Diego Martínez*
«*por su mujer desposarla?*»

Asida a un *brazo* desnudo
una *mano* atarazada
vino a posar en los autos
la seca y hendida palma,
y allá en los aires «¡Sí juro!»
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista a la imagen santa.
Los labios tenía abiertos,
y una mano desclavada.

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.

Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,

donde hasta el tiempo que corre,
y en cada año una vez,
con la mano desclavada
el crucifijo se ve.

MARCELA

(Bretón de los Herreros)

Escena III.—Juliana

Sola estoy, y esta pereza...
Vamos, el viento del Sur
me desalienta. Tenía
que arreglar el *canezú*
de la señorita; pero
para trabajar en tul
no estoy ahora. ¿Y qué haré?
¿Murmurar? El avestruz
de Juanillo no está en casa;
Bonifacio es un gandul;
la cocinera... ¡Ah! Gertrudis,
que ayer vino de Gallur,
y ahí en la casa de al lado
sirve a don Pedro Eguiluz...
Sí, sí. ¡Qué buena muchacha!
Y yo no la he dicho aún...
(*Asomada a una ventana*). ¡Paisana
¡Gertrudis! ¡Hola!
Ya viene (*se supone que la hablan desde otra ventana*). Tal cual; ¿y tú?
Me alegro.—¿Sí? Ganas poco.
Yo cuatro duros y algún
regadillo, porque mi ama,
Dios la dé mucha salud,
es generosa y me quiere;
así tengo yo un baúl
que da gozo. Te aseguro
que mi eterna gratitud...
su tío don Timoteo
es un pedazo de atún,
cominero, impertinente...
¡Qué lástima de ataúd!
Tan plomo para explicarse,
que cuando dice *según*,
si detrás no va el *conforme*
no está contento. ¡Jesús!
Y luego me da una guerra
con su palomar, con su...
Vamos; bien dijo quien dijo
que el servir es mucha cruz.
Mi ama como viuda y rica
goza de su juventud;
¡oh! pero con juicio, aunque esto
no es hoy día muy común.
No le faltan aspirantes;
pero ella, sea virtud,
sea orgullo, o lo que fuere,
no se ha decidido aún
por ninguno. Hay un poeta
que la mira de trasluz,
suspira, gime, se arroba,
y no pronuncia una Q.

Reverso de su medalla
es un compadre andaluz,
capitán de artillería,
que lo mismo es entrar, ¡prum!
Estalló la bomba. Aquella
no es boca, no, que es obús.
El tercero... ¡Y cuál me aburre
su terca solicitud!
es un fatuo, un botarate,
postdata de hombre; el *non plus*
del lechuguinismo; enclenque,
Periquito entre ellas... ¡Puf!
¡Qué peste! Siempre moneando,
siempre cantando el *Mai più*,
siempre hablando de piruetas,
y del solo, y de la *pul*...
Hombre que iría al Japón
por bailar un padedú;
y siempre con golosinas...
¡Así está el que no echa luz!
Y dale con si el peinado
ha de llevar marabús,
y si es color más de moda
el de hortensia que el azul;
si el corsé... Mas viene gente
ya nos veremos. Abur.

Acto II.—Escena V

Don Amadeo, Marcela y D. Martín

D. Martín. Gracias al cielo doy,
que al fin ya libre me veo...
Marcela. ¿De quién?
D. Martín. De don Timoteo.
Bufando de rabia estoy.
Marcela. ¿Pues cómo...
D. Martín.. ¡Malditos sean
sus sinónimos eternos!
Hay hombres de los infiernos
que cuando hablan aporrean.
No acabara en quince días
a no hacerle yo acostar;
y vuelta a su palomar;
y torna a sus profecías;
y retorna al nacimiento..
¡Digo! ¡Pues tenía traza
de dejarme meter baza!
¡Oh, qué hablador tan sangriento!
Aquello era por demás.
Hija, ¡qué nube! ¡qué nube!
Intención mil veces tuve
de enviarle a Satanás.
No lo puedo resistir:
me desesperan, me endiablan
esos que hablan, y hablan, y hablan
sin respirar ni escupir.
Sirve en mi cuerpo un alférez
que es hablador furibundo,
y se llama don Facundo
Valentin Pérez y Pérez.
No hay poder hablar con él.
Sí, sí, ¡facilito es eso!
En soltando la sin hueso
a ninguno da cuartel.
Un día se puso a hablar
conmigo: yo le quería
interrumpir, ¡Bobería!
Sintió que iba á estornudar.
En tan crítico momento
¿qué hace? La boca me tapa.
el estornudo se escapa,
y prosigue con su cuento.
¡Digo! Eso es ser hablador.
Pues con tanta algarabía,
por cartujo pasaría

al lado de ese señor.
Es mucha, mucha crueldad.
¡Válgame Dios, qué carcoma!..
No lo tome usted a broma:
esto es una enfermedad.
Vamos; aun me dan sudores.
¡Qué suplicio| ¡Qué agonía¡
¡Jesús!!! ¡Mala pulmonía
en todos los habladores!
Marcela. Cuenta con la maldición.
D. Martín. Pues qué, ¿me puede alcanzar?
Marcela. No; a usted no, que es para [hablar
la suma moderación.

El Tanto por Ciento

(Ayala)

Acto 1.°

Escena XI.—Pablo y Roberto

Roberto. ¡Oh, qué agradable sorpresa!
¿Viniste?...
Pablo. Ayer.
Roberto. No sabía.
¿Has viajado en compañía
de Gaspar y la Condesa?
Pablo. Juntos no; pero...
Roberto. ¿En Bayona
estuviste?
Pablo. Corto espacio. (*Pausa*)
Roberto. Noto al mirarte despacio
cierto cambio en tu persona.
Tú eras alegre, y hoy, chico... [*Mirándole*)
¿Tienes esplín?
Pablo. Puede ser.
Roberto. ¿Comienzas a padecer
enfermedades de rico?
Pablo. Dicen que has hecho un cau- [dal...
Roberto. Ya sabes tú que mi herencia
fué corta; mas con paciencia
y algún negocio... —Tal cual—
Poca o mucha mi ganancia
toda es tuya.
Pablo. Yo te doy
las gracias.
Roberto. Por algo soy
tu amigo desde la infancia,
y si quieres ser mi socio, (*abrazán-* [*dole*)
ya sabes tú que soy listo,
no perderás.
Gaspar (*viéndolos abrazados*). Por lo [visto
ya está arreglado el negocio.
Señores...

Escena XII.—Dichos, Gaspar

Pablo (*aparte a Gaspar*). ¿Y el usure- [ro?
Gaspar. Este.
Pablo. ¡Roberto!

Gaspar. ¿Te pesa?
Roberto. Y di, ¿qué persona es esa
(*con indiferencia a Gaspar*)
que necesita dinero?
Gaspar. Pablo.
Roberto. ¿Meditas tal vez
alguna empresa? Bien puedes
contar... (*Pasando al lado de Pablo*).
Gaspar. ¿Conque eran ustedes
amigos?
Roberto. De la niñez.
¿Qué es ello?
Pablo. Ya que es preciso,
no lo niego.
Roberto. ¿Qué te altera?
Pablo. Eres mi amigo y quisiera
librarte del compromiso.
Presté una fianza y...
Roberto. Dí.
Pablo. Que tengo todos mis bienes
casi perdidos.
Roberto. ¡Que tienes
perdida tu hacienda!
Pablo. Sí.
Y yo ignorando el pesar
de que estaba amenazado,
vi una quinta, la he comprado,
y no la puedo pagar.
Algo me queda, y yo espero
que del trance en que me ves
me libres, y que me des
a réditos este dinero.
Roberto. Si tal: en viendo la parte
que libras de la fianza,
con entera confianza
podré luego adelantarte...
Pablo. Quince mil duros me cuesta
la finca, y los necesito
al instante.

Escena XIII.—Dichos, Sabino.

Sabino. Señorito,
que está aguardando respuesta
ese hombre.
Pablo (*a Roberto*). ¿Ves mis apuros?
Roberto. ¿Qué firmas tienes?
Pablo. La mía.
Roberto. Pues chico, sin garantía,
ya tú ves, quince mil duros...
Pablo. Hombre, tu oferta amistosa
me ha infundido libertad...
Roberto. Una cosa es la amistad
y el negocio es otra cosa.
El que propones no es bueno,
y ¿qué he de hacer, voto al diablo?
Pablo. Sabes quién soy.
Sabino. (Mi don Pablo,
por lo visto está de trueno).
Pablo. Mi honra.
Roberto. ¿Qué quieres que haga?
El hombre más caballero,
cuando no tiene dinero...
no lo tiene.
Sabino. (Y no lo paga).
Roberto. Hay que tentarse la ropa
para dar dinero.
Sabino. (¡Pues!)
Roberto. Ya ves la alarma, ya ves
el estado de la Europa.
En vista de tanto alarde
militar, sin saber dónde
huye el dinero y se esconde,
que el dinero es muy cobarde.
Pablo. Aun me queda algún caudal.

Roberto. ¿En dónde?
Pablo. En varios lugares.
Roberto. Casas viejas, palomares,
bienes del pueblo.
Pablo. No tal.
Hombre, cuando yo me atrevo
a pedirte...
Roberto. Pues expresa
dónde y cuántos.
Pablo. Una dehesa.
Roberto. ¿En qué sitio?
Pablo. En Castronuevo.
Roberto. ¿En Zamora?
Pablo. Allí se halla.
Soy zamorano.
Roberto. En efecto
que tú...
Gaspar (*ap. a Roberto*). El canal en [proyecto
pasa por el pueblo.
Roberto (*a Gaspar*). Calla.
Tu estado me compromete..
Pablo. (¡Oh!).
Roberto. ¿Cuánto vale?
Pablo. Hoy no sé.
La dehesa tasada fué
en el año treinta y siete.
Roberto. ¿En cuánto?
Pablo. En diez y ocho mil.
Roberto. ¿Duros?
Pablo. Sí. Si es una vega...
Roberto. La vanidad solariega
tasaba en más...
Sabino. (¡Qué sutil!)
Roberto. A mí no me tiene cuenta
en ese sitio.
Gaspar (*aparte a Roberto*). ¿Qué estás diciendo?
Roberto. (Calla). Y tendrás
que perder algo en la venta.
Pablo. Son terrenos de labor.
Roberto. Supongo que serán buenos.
Gaspar (*ap. a Roberto*). Y mira que [los terrenos
han triplicado el valor.
Roberto. Mas ya que en tales apuros
en mí tu amistad confía,
¡qué diablos!.. la dehesa es mía.
Te doy los quince mil duros.
Pablo. Mi madre en la hora postrera,
recomendados dejó
a sus colonos, y yo
si la vendo... no quisiera...
Roberto. Sí, son recuerdos maternos...
Pablo. Yo procuraré que cobres
de otro modo.
Roberto. Mas los pobres
no podemos ser tan tiernos.
Mi dinero no es tan santo.
Pablo. (¡Oh! me hielan y me pasman
sus palabras). (*Con la mayor angustia*).
Sabino. (¡Me entusiasman
los hombres que saben tanto!)
Gaspar (*a Roberto en tono de sùplica*)
Fué tu compañero.
Roberto. De ocio.
Gaspar. Ten piedad: calma su duelo.
Roberto. ¿Y para ganar el cielo
se inventó el hacer negocio?
Por probarte que pretendo (*a Pablo*)
servirte con eficacia,
la compro a carta de gracia:
pacto de retrovendendo.
Ya ves que doy testimonio

de que me aflige tu pena.
Sabino. (Pacto de retro... Me suena
a pacto con el demonio).
Roberto. Fijo un plazo, y si en el día
que cumpla, devuelves esa
cantidad, tuya es la dehesa,
y si no la dehesa es mía.
Sabino. ¿Cuándo se entrega el dinero?

Mire usted que está esperando
Pablo. Acepto.
Roberto. Bien.
Sabino (*a Pablo*). ¿Cuándo?
Pablo. Cuando...
te diga este caballero. (*Señalan*
[*a Robert*

Un Drama Nuevo

(Tamayo)

Ultima escena

. . . .
. . . .
El Apunt. Con que eres tú el villano?

(***En voz alta, y dando nuevamente golpes en el tablado con la comedia***)

Con que eres tú el villano?

(*Yorick, cediendo a la fuerza de las circunstancias, y no pudiendo dominar su indignación y cólera, hace suya la situación ficticia de la comedia, y dice a Edmundo como propias las palabras del personaje que representa. Desde este momento la ficción dramática queda convertida en viva realidad, y tanto en Yorick como en Alicia y Edmundo, se verán confundidos en una sola entidad el personaje de invención y la persona verdadera*).

El Conde (*Yorick*). ¿Con que eres
[el villa
tú el pérfido y aleve,
tú el seductor infame que se atre
a desgarrar el pecho de un ancian
¿Tú, desdichado huérfano, q
[abri
debiste un día a mi piadosa man
que en mí hallaste a la vez padre
[amig
tú me arrebatas la adorada espos
tú mancillas mi frente?
Ya con acción tan noble y genero
logró admirar el hombre a la se
[pient
Y a fe que bien hiciste! Por Di
[viv
que este pago merece aquel que il
[
a otro rindió su pecho compasiv
y en otro amor y confianza pus
No, que aun viéndose herido
[humillad
mi hidalga confianza no deplor

Para el engañador mengua y des-
[doro!
Respeto al engañado!
Pero ¡cómo de mí te habrás bur-
[lado!
¡Cómo te habrás reído! Y bien lo
[entiendo,
que yo también me río! Cuál me
[río!
Saldrán a pesar mío!
Pues, lágrimas ¡salid! Salid co-
[rriendo!

Anegado en lloro, cúbrese el rostro con las manos)

Manfredo (*Edmundo*). Padre!...Pa-
[dre!...
El Conde (*Yorick*). ¿Es verdad? ¿No
[me equivoco?
¿Lo escuché bien? ¿No sueño? Padre
[dijo?
Pero ese hombre está loco!
¿Tu padre yo? Pues caiga despia-
[dada
La maldición del padre sobre el
[hijo!
Manfredo (*Enmundo*). ¿Qué habéis
[hecho!
El Conde (*Yorick*). Y a ti, desventu-
[rada,

(A Alicia, con pausado y tranquilo acento)

¿Qué te podré decir? Sin voz ni
[aliento,
el cuerpo inmóvil, fija la mirada,
parecieras tal vez de mármol frío,
si no se oyese el golpear violento
con que tu corazón responde al mío
¿Dónde la luz, de que en fatal mo-
[mento
vi a tus ojos hacer público alarde,
con mengua del lucero de la tarde?
¿Dónde la faz divina,
en que unidos mostraban sus co-
[lores
cándido azahar y rosa purpurina?
Ya de tantos hechizos seductores
ni sombra leve a distinguir se al-
[canza
en tu semblante pálido y marchito.
¡Qué rápida mudanza!
¡Cuánto afea el delito!
Te hallé, ¡ay de mí! cuando anhe-
[loso y triste
pisaba los abrojos
que de la edad madura
cubren la áspera senda; y a mis ojos
como rayo de sol apareciste
que súbito fulgura.
dando alegre esplendor a nube os-
cura.
Y vuelta la tristeza en alegría,
cual se adora a los ángeles del cielo,
con toda el alma te adoré rendido.
¿Quién dijera que tanta lozanía
era engañoso velo
de un corazón podrido?
Mas ya candor hipócrita no sella
el tenebroso abismo de tu pecho;
ya sé que eres traidora cuanto bella,
ya sé que está mi honor pedazos
[hecho;
ya sé que debo odiarte; sólo ignoro

si te odio ya cual debo, o si aun te [adoro!
¡Ay de ti, que el amor desesperado
jamás ha perdonado! (*Asiéndola de* [*una mano*)
Y si no quieres que el furor me [venza,
y que te haga morir hierro incle- [mente,
mírame, desdichada, frente a fren- [te,
y muere de vergüenza.

(*Haciéndola caer al suelo de rodillas*)

Beatriz (*Alicia*). Piedad!
El Conde (*Yorick*). En vano gemirás [sumisa:
piedad no aguardes.
Manfredo (*Edmundo*). Ella la merece!
El Conde (*Yorick*). Ni ella ni tú
Beatriz (*Alicia*). Mi vida os pertene- [ce:
género es de piedad matar de prisa!
Manfredo (*Edmundo*). Yo solo os [ofendí: sobre mí sólo
descargad vuestra furia.
El Conde (*Yorick*). De ambos fué la [maldad y el impío dolo:
ambos me daréis cuenta de la in- [juria.
Manfredo (*Edmundo*). Ella también [¿Capaz de asesinarla
vuestra mano será?
El Conde (*Yorick*). Pues di, insen- [sato,
en pena a la traición por que la [mato,
¿qué menos que matarla?
Beatriz (*Alicia*). Venga y dé fin [muerte a mi zozobr
Si falla la virtud, la vida sobr

(*Con viveza y energía*)

Pero el honor mi sangre restituy
mi sangre nada más lave la afre [t
El Conde (*Yorick*). Con tal que [viva, morirás content
Tu sangre correrá: también [su
Y la suya primero!

(*Toma dos espadas de una par plia*)

Manfredo (*Edmundo*). Noche fat
Beatriz (*Alicia*). Qué horr
El Conde (*Yorick*). Elige ac

(*Presentándole las espadas*)

Manfredo (*Edmundo*). Sí, y en [pecho clávese mi espa
(*Tomando precipitadamente una pada, y volviendo la punta con su pecho*).

El Conde (*Yorick*). Y la mía en [pecho de tu ama

(*Yendo hacia su mujer, como p herirla*).
Manfredo (*Edmundo*). Oh!

(Corriendo a ponerse delante de Beatriz)

El Conde (Yorick). Defiéndela al me-
[nos. Considera
que la amenaza mano vengativa.
Beatriz (Alicia). Deja por compasión
[deja que muera!
Manfredo (Edmundo). Tú no puedes
[morir mientras yo viva!

(Con fuego, dejándose llevar de su amor)

El Conde (Yorick). Con que ya a de-
[fenderla decidido,
conmigo reñirás?

(Acercándose mucho a él, y con hablar precipitado).

Manfredo (Edmundo). Sí!
El Conde (Yorick). ¿Como fuerte
quién eres y quién soy dando al,
[olvido?
Manfredo (Edmundo). Sí!
El Conde (Yorick). Y en la lid procu-
[rarás mi muerte?
Manfredo (Edmundo). Sí, por Dios!
El Conde (Yorick), Ay! que el cielo
[me debía
tras de tanto dolor tanta alegría!
Beatriz (Alicia).. ¡Repara!. . .
Manfredo (Edmundo). En nada! *(Re-
[chazándola)*
Beatriz (Alicia). Advierte!. . .
Manfredo (Edmundo). Ese hombre es
tu enemigo. *(Fuera de sí)*

Beatriz (Alicia). Dios eterno!
El Conde (Yorick). Soltemos pues la
[rienda a nuestra saña!
Manfredo (Edmundo). El crimen pide
[crímenes! Infierno,
complétese tu hazaña!

(Yorick y Edmundo riñen encarnizadamente)

Beatriz (Alicia). Tente! *(Sujetando a
[Edmundo)*
Manfredo (Edmundo). Déjame!
Beatriz (Alicia). Tente!
El Conde (Yorick). Por culpa tuya
[perderá su brío.
Beatriz (Alicia). Oídme vos entonces:
[sed clemente!

(Pasando al lado de Yorick, y sujetandole)

El Conde (Yorick). ¿Le ayudas contra
[mí?
Beatriz (Alicia). Destino impío,
dame que al fin mi corazón revien-
[te!

(Separándose horrorizada del Conde)

Manfredo (Edmundo). Cielos!
(Sintiéndose herido. Suelta la espada y cae al suelo desplomado)
El Conde (Yorik). ¡Mira!
(A Alicia, señalando a Edmundo con la espada)
Beatriz (Alicia). ¡Jesús!
Manfredo (Edmnndo) Perdón Dios
mío! *[Expira)*

(*Alicia corre adonde está Edmundo, inclínase a él, y después de tocarle, da un grito espantoso y levántase despavorida mirándose las manos*)

Alicia. Sangre!..Edmundo!... Sangre!.. Favor!... Socorro!... (*Corriendo por la escena*)

Yorick. Calla!

Shakespeare. ¿Qué has hecho?

(*Saliendo por la izquierda. Acércase a Edmundo, y le mira y le toca, El Autor, el Transpunte y varios actores y empleados del teatro salen también por diversas partes; con expresión de asombro se acercan a donde está Edmundo, y al verle dan un grito de horror. Algunos doblan la rodilla a su lado, otros permanecen de pie, y entre todos le ocultan a la vista del público*)

Alicia. Socorro!... Socorro!..

Yorick. Calla! (*Siguiéndola*)

Alicia. Sangre!... Sangre por todos lados! Un mar de sangre en que me ahogo!

Yorick. Silencio! (*Sujetándola en sus brazos, y poniéndole una mano e[n] la boca*)

(*Shakspeare sale de entre el gru[po] que rodea a Edmundo, y se adela[n]ta hacia el proscenio*).

Shaksp. Señores, ya veis. (*Dirigié[n]dose al público y hablando con r[a]pidez, profundamente conmovido*) No puede terminarse el dram[a] que se estaba representando. Ci[e]go de entusiasmo Yorick, ha he[ri]do realmente al actor que hac[ía] el papel de Manfredo. Ni es es[ta] la única desgracia que ahora [el] cielo nos envía. El famoso cóm[i]co Walton?

Yorick y Alicia. ¡Walton!

Shaksp. Acaban de encontrarle [en] la calle, atravesado el pecho [de] una estocada.

Alicia. Venga a torrentes sobre [el] mundo la cólera de Dios! (*C[on] grande arrebato*)

Yorick. Misericordia!

(*Cayendo de rodillas, y levantando [las] manos al cielo*).

Shaksp. Rogad por los muertos! A[h!] Rogad también por los matador[es!]

Balada de Cataluña

(Ventura Ruiz Aguilera)

Cataluña tiene un hijo,
tiene un hijo menestral,
que por verla siempre grande
sin descanso velará.

De la máquina sonora
la voz dice sin cesar.
Tric, trac,
Tric, trac;

y responde a la que teje,
hila o prensa, biene o va,
Tric, trac,
Tric, trac,
con cantares que le ayudan
a sufrir y a trabajar.
Cataluña dijo un día,
muchos años hace ya:
—Ya ves, hijo, que soy pobre,
mi pobreza viendo estás.
—Madre (el hijo respondióla),
a ganarme voy el pan,—
Tric, trac,
Tric, trac;
y regando con rocío
de la frente su telar,
Tric, trac,
Tric, trac,
ganó el pan que le pedía
el acento maternal.
—Cataluña, noble madre,
un vestido te he de dar,
y del frío los rigores
a sentir no volverás.—
A su madre así le dijo
el obrero catalán;
Tric, trac,
Tric, trac;
los talleres resonaron,
y tejiendo fué a la par,
Tric, trac,
Tric, trac,
el vestido y la grandeza
que a su madre hizo inmortal.
Cataluña en otros tiempos
dijo al monte y dijo al mar.
—Mi constancia ha de domaros
y mi firme voluntad.—
Al payés rústica azada
y al marino remos da,
Tric, trac,
Tric, trac;
y de azadas y de remos
a los golpes y al compás,
Tric, trac,
Tric, trac,
a la piedra arrancó espigas
y al abismo un cetro real.
Cataluña vió en sus campos
extranjera gente audaz,
y en su pecho hirvió la sangre
del feroz almogavar.
A la guerra van sus hijos
y al taller sus hijos van,
Tric, trac,
Tric, trac;
y alternando las canciones
de la guerra y de la paz,
Tric, trac,
Tric, trac,
conquistó su independencia
y tejió su libertad.
Cataluña, porque tengas
ricas galas que ostentar,
el vapor palpita y ruge,
hila el huso de metal.
Mucho valen esas galas,
tus virtudes valen más,
Tric, trac,
Tric, trac;
en olvido no las eches;
si las llegas a olvidar,
Tric, trac,
Tric, trac.
no la tela de tu gloria,
tu mortaja labrarás.

El Sauce y el Ciprés

(José Selgas)

Cuando a las puertas de la noche
[umbría
Dejando el prado y la floresta amena,
La tarde melancólica y serena
Su misterioso manto recogía;
Un macilento sauce se mecía
Por dar alivio a su constante pena,
Y en voz suave y de suspiros llena
Al són del viento murmurar se
[oía:

—«Triste nací! Mas en el mund
[mora
Seres felices que el penoso duelo
Y el llanto oculto, y la tristeza ign
[ran
Dijo, y sus ramas esparció en
[suel
—«Dichosos ¡ay! los que en la tierr
[lloran»-
Le contestó un ciprés mirando
[ciel

La Cuna Vacía

(Selgas)

Bajaron los ángeles,
Besaron su rostro,
Y cantando a su oído, dijeron:
«Vente con nosotros».

Vió el niño a los ángeles,
De su cuna en torno,
Y agitando los brazos, les dijo:
«Me voy con vosotros».

Batieron los ángeles
Sus alas de oro,
Suspendieron al niño en sus braz
Y se fueron todos.

De la aurora pálida,
La luz fugitiva,
Alumbró a la mañana siguiente
La cuna vacía.

No hay dicha en la Tierra

(Dolora)

(Campoamor)

Del niño, en el vano aliño
De la juventud soñando,
asé la niñez llorando
on todo el pesar de un niño.

Si empieza el hombre penando
Cuando ni un mal le desvela,
¡*Ah!*
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

Ya joven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusión perdida
Me arranca, al partir, el alma.
Si en la estación más florida
No hay mal que al alma no duela,
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

La paz con ansia importuna,
Busco en la vejez inerte,
Y buscaré en mal tan fuerte
Junto al sepulcro la cuna.
Temo a la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

Vanidad de la Hermosura

(Dolora)

(Campoamor)

Ni amor canto, ni hermosura,
porque es ésta un vano aliño,
y además,
aquel una sombra oscura.

—No es más que sombra el cariño?
—*Nada más.*

Esas flores con que ufana
tu frente se diviniza,
ya verás
cuál son ceniza mañana.

—¿Nada más son que ceniza?
—*Nada más.*

¿Y en tu contento no escaso,
que dirás que es un contento,
qué dirás?

—¿Nada más que viento acaso?
—¡Nada más, niña, que viento,
Nada más!

En la edad de las pasiones,
a vueltas de mil enojos,
hallarás
aire, sombras e ilusiones;
¡Nada más, luz de mis ojos,
Nada más!...

Los Dos Espejos

(Dolora)

(Campoamor)

En el cristal de un espejo
a los cuarenta me vi,
y hallándome feo y viejo,
de rabia el cristal rompí.

Del alma en la transparencia,
mi rostro entonces miré,
y tal me vi en la conciencia
que el corazón me rasgué.

Y es que, en perdiendo el mortal
la fe, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y mal!
¡Se ve en el alma, y peor!

Humoradas

(Campoamor)

I

Miré... pero no he visto en parte
[alguna
Ir del brazo la dicha y la fortuna.

II

Bella estación! Todo a gozar con-
[vida
Del placer sin medida...
—Mas ¿qué es eso que vuela?
—Una hoja que cae, y nos revela
La nada de las cosas de la vida.

III

Como todo es igual, siempre he t
[nid
Un pesar verdadero
Por el tiempo precioso que he perd
[do
Por no haber conocido
Que el que ve un corazón ve el mund
[enter

IV

Se oye a los seres que nos so
[querid
Poniendo hasta en los ojos los oído

Estrofas

(Núñez de Arce)

La generosa musa de Quevedo
Desbordóse una vez como un torrente,
Y exclamó llena de viril denuedo:
«No he de callar, por más que con el
[dedo,
Ya tocando los labios ya la frente,
Silencio avises o amenaces miedo».
¡A! si hoy pudiera resonar la lira
Que con Quevedo descendió a la
[tumba;
En medio de esta universal mentira
De este viento de escándalo qu
[zumba
De este fétido hedor que se respira
De esta España moral que se derrum
[ba
Mas porque el gran satírico n
[aliente
¿Ha de haber quien contemple
[autorid

Tanta degradación indiferente?
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se di-
[ce?
¿Nunca se ha de decir lo que se
[siente?

. . . .

No es la revolución raudal de plata
Que fertiliza la extendida vega,
Es sorda inundación que se desata:
No es viva luz que se difunde grata,
Sino confuso resplandor que ciega
Y tormentoso vértigo que mata.
Al menos en el siglo desdichado
Que aquel ilustre y vigoroso vate
Con el rayo marcó de su censura,
Podía el corazón atribulado
Salir ileso del mortal combate
En alas de la fe radiante y pura.
Y apartando la vista de aquel
[cieno
Social, de aquellos fétidos despojos,
De aquel lúbrico y torpe desenfreno,
Fijar llorando sus ardientes ojos,
En ese cielo azul, limpio y sereno,
De santa paz y de esperanza lleno.
Pero hoy, ¿dónde mirar? Un golpe
[mismo
Hiere al César y a Dios; sorda carco-
[ma
Prepara el misterioso cataclismo;
Y como en tiempo de la antigua Ro-
[ma,
Todo cruje, vacila y se desploma
En el cielo, en la tierra, en el abismo.

. . . .

¡Libertad, libertad! No eres aquella
irgen, de blanca túnica ceñida,
Que vi en mis sueños pudibunda y
[bella;
No eres, no, la deidad esclarecida
Que alumbra con su luz, como una
[estrella,
Los oscuros abismos de la vida.

. . . .

¡Ah! No es extraño que sin luz ni
[guía
Los humanos instintos se desborden
Con el rugido del volcán que estalla;
Y en medio del tumulto y la anarquía
Como corcel indómito, el desorden
No respete ni látigo ni valla.
¿Quién podrá detenerle en su ca-
[rrera?
¿Quién templar los impulsos de la
[fiera
Y loca multitud enardecida
Que principia a dudar, y ya no espera
Hallar en otra luminosa esfera,
Bálsamo a los dolores de esta vida?
Excitando su afán calenturiento
Tanta grandeza y tanto poderío,
De la codicia el persuasivo acento
Grítale audaz:—¡El cielo está vacío!
¿A quién temer?—Y ronca y sin
[aliento
La muchedumbre grita:—¡Todo es
[mío!
Y en el tumulto su puñal afila,
Y la enconada cólera que encierra
Enturbia y engrandece su pupila;
Y ensordeciendo el aire en són de gue-
[rra,
Hace temblar bajo sus pies la tierra,
Como las hordas bárbaras de Atila.

. . . .

Y buscará la libertad en vano,
Que no arriga en los crímenes la idea,
Ni entre las olas fructifica el grano;
Su castigo en sus iras centellea
Pronto a estallar, que el rayo y el ti-
[rano
Hermanos son: ¡la tempestad los crea!

Rimas

(Gustavo A. Bécquer)

VII

Del salón en el ángulo obscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo,
Veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuer
[das,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé, cuántas veces el ge-
[nio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: «Levántate y anda!»...
. . . .

LXXIII

Cerraron sus ojos
Que aún tenía abiertos:
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.
La luz que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase a intérvalos
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.
Despertaba el día,
Y a su albor primero
Con sus mil ruidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
«¡*Dios mío, qué solos*
Se quedan los muertos!»
De la casa en hombros
Lleváronla al templo,
Y en una capilla
Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.
De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso y triste
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba...
Que pensé un momento:
«¡*Dios mío, qué solos*
Se quedan los muertos!»
De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando,
Su adiós lastimero.
El luto en las ropas
Amigos y deudos
Cruzaron en fila,
Formando el cortejo.
Del último asilo
Obscuro y estrecho,
Abrió la piqueta
El nicho a un extremo.
Allí la acostaron;
Tapiáronle luego,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.
La piqueta al hombro
El sepulturero,
Cantando entre dientes,
Se perdió a lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras
Medité un momento:
«¡*Dios mío, qué solos*
Se quedan los muertos!»
En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
A solas me acuerdo.
Allí cae la lluvia
Con un són eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco
Acaso de frío
Se hielan sus huesos!
. . . .

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos

El Cristo de Velázquez

(Gabriel y Galán)

¡Lo amaba, lo amaba!
¡No fué sólo milagro del genio!

Lo intuyó cuando estaba dormido.
porque sólo en las sombras del sueño
se nos dan las sublimes visiones,
se nos dan los divinos conceptos,
la luz de lo grande,
la miel de lo bello...
¡Lo amaba, lo amaba!
¡Nacióle en el pecho!
No se puede soñar sin amores,
no se puede crear sin su fuego,
no se puede sentir sin sus dardos,
no se puede vibrar sin sus ecos,
volar sin sus alas,
vivir sin su aliento...
El sublime vidente dormía
del amor y del arte los sueños,
¡los sueños divinos
que duermen los genios!
¡Los que ven llamaradas de gloria
por hermosos resquicios de cielo!
Y el amor, el imán de las almas;
le acercó la visión del Cordero;
la visión del dulcísimo Mártir
clavado en el leño,
con su frente de Dios dolorida,
con sus ojos de Dios entreabiertos,
con sus labios de Dios amargados,
con su boca de Dios sin aliento...
¡Muerto por los hombres!
¡Por amarlos muerto!
Y el artista lo vió como era,
lo sintió Dios y Mártir a un tiempo
lo amó con entrañas
cargadas de fuego,
y en la santa visión empapado
con divinos arrobos angélicos,
con magnéticos éxtasis líricos,
con sabrosos deliquios ascéticos,
con el ascua del fuego dramático
con la fiebre de artísticos vértigos
la memoria tornando a los hombres
ingratos y ciegos,
débiles o locos,
ruines o perversos,
invocó a la divina Belleza
donde beben purezas los genios,
los justos, los santos,
los limpios, los buenos...
Y al conjuro bajaron los ángeles
y al artista inspirado asistieron;
su paleta cargaron de sombras
y luces de cielo,
alzaron el trípode,
tendieron el lienzo,
y arrancándose plumas de raso
de las alas, pinceles le hicieron.
Y el mago del Arte,
el sublime elegido, entreabriendo
los extáticos ojos, cargados
de penumbras de místico ensueño

tomó los pinceles
sonámbulo, trémulo...
De rodillas cayeron los ángeles,
y en el aire solemnes cayeron
todas las tristezas,
todos los silencios...
¡Y el genio del Arte
se posó sobre el borde del lienzo!
Con fiebre en la frente,
con fuego en el pecho,
con miradas de Dios en los ojos
y en la mente arrebatos de genio,
el artista empapaba de sombras
y de luces de sombras el lienzo...

No eran tintas que copian inertes,
eran vivos dolientes tormentos,
eran sangre caliente de Mártir,
eran huellas de crimen de réprobos
eran voces justicia clamando
y suspiros clemencia pidiendo...
¡Era el drama del mundo deicida
y el grito del cielo!
....
¡Y el sueño del hombre
quedó sobre el lienzo!...
....
¡Lo amaba, lo amaba!
¡El amor es un ala del genio!

En Nochebuena

(a mis ancianos padres)

(Vicente W. Querol)

Un año más en el hogar paterno
Celebramos la fiesta del Dios-niño,
Símbolo augusto del amor eterno,
Cuando cubre los montes el invierno
Con su manto de armiño.
Como en el día de la fausta boda
O en el que el santo de los padres lle-
[ga,
La turba alegre de los niños juega,
Y en la ancha sala la familia toda
De noche se congrega.
La roja lumbre de los troncos brilla
Del pequeño dormido en la mejilla,
Que con tímido afán la madre besa,
Y se refleja alegre en la vajilla
De la dispuesta mesa.
A su sobrino, que lo escucha atento,
Mi hermana dice el pavoroso cuento,
Y mi otra hermana la canción mo-
[dula
Que, o bien surge vibrante, o bien on-
[dula
Prolongada en el viento.
Mi madre tiende las rugosas manos
Al nieto que huye por la blanda al-
[fombra;
Hablan de pie mi madre y mis her-
[manos,
Mientras yo, recatándome en la som-
[bra

Pienso en hondos arcanos.
Pienso que de los días de ventura
Las horas van apresurando el paso,
Y que empaña el oriente niebla oscu-
[ra,
Cuando aún el rayo trémulo fulgura
Ultimo del ocaso.
¡Padres míos, mi amor! ¡Cómo enve-
[nena
Las breves dichas el temor del daño!
Hoy presidís nuestra modesta cena,
Pero en el porvenir... yo sé que un
[año
Vendrá sin Nochebuena.

. . . .

¡Padres míos, mi amor! Cuando con-
[templo
La sublime bondad de vuestro rostro,
Mi alma a los trances de la vida tem-
[plo
Y ante esa imagen para orar me pos-
[tro,
Cual me postro en el templo.

. . . .

Las lágrimas correr una tras una
Con noble orgullo por mi faz yo siento,
Pensando què hayan sido, por fortu-
[na,
Esas honradas manos mi sustento
Y esos brazos mi cuna.
¡Padres míos, mi amor! Mi alma qui-
[siera
Pagaros hoy la que en mi edad pri-
[mera
Sufristeis sin gemir, lenta agonía,
Y que cada dolor de entonces fuera
Germen de una alegría.
Entonces vuestro mal curaba el gozo
De ver al hijo convertirse en mozo,
Mientras que al verme yo en vuestra
[presencia
Siento mi dicha ahogada en el sollozo
De una temida ausencia.
Si el vigor juvenil volver de nuevo
Pudiese a vuestra edad, ¿por qué es-
[tas penas?
Yo os daría mi sangre de mancebo,
Tornando así con ella a vuestras ve-
[nas
Esta vida que os debo.
Que de tal modo la aflicción me em-
[barga
Pensando en la posible despedida,
Que imagino ha de ser tarea amarga
Llevar la vida, como inútil carga,
Después de vuestra vida.
Ese plazo fatal, sordo, inflexible,
Miro acercarse con profundo espan-
[to,
Y en dudas grita el corazón sensible:
—«Si aplacar al destino es imposible,
¿Para qué amarnos tanto?»
Para estar juntos en la vida eterna
Cuando acabe esta vida transitoria;
Si Dios, que el curso universal go-
[bierna,
Nos devuelve en el cielo esta unión
[tierna,
Yo no aspiro a más gloria.
Pero, en tanto, buen Dios, mi mejor
[palma
Será que prolonguéis la dulce calma
Que hoy nuestro hogar en su recinto
[encierra;
Para marchar yo solo por la tierra
No hay fuerzas en mi alma.

RESIGNACIÓN

(Federico Balart)

Llevo en un relicario colgado al cuello
Tu retrato y un rizo de tu cabello,
Y, sobre esas reliquias de mis amores,
La imagen de la Virgen de los Dolores.
Cuando en mis amarguras su auxilio imploro,
Al pronunciar su nombre suspiro y lloro;
Porque es esa palabra, de encanto llena,
El nombre de mi esposa y el de mi pena.
¡De penas y de nombres harto sabía
Quien te dió el que llevabas, Dolores mía!
De dolor traspasada cruzaste el mundo,
Y en mi pecho dejaste dolor profundo:
Dolor que, aquí en el fondo del alma herida
Durará lo que dure mi triste vida;
Dolor que, lento y sordo, pero tremendo,
Corazón y memoria me va royendo,
Desde la triste noche que, enajenado,
A la luz de unos cirios pasé a tu lado.

. . . .

Dios, que escuchas mi llanto, que ves mi duelo,
¡Llévame con mi esposa, llévame al Cielo!
¡Junta nuestras dos almas y redimidas,
En éxtasis eterno vivan unidas!
Perdona si te ofenden mis pensamientos,
Perdona si te irrito con mis lamentos;
Perdona si, en la fuerza de mi amargura,
La exaltación del alma raya en locura.
Yo no sé lo que pienso ni lo que digo;
Pero yo te venero, yo te bendigo.
Yo escucharé obediente tu voz airada,
Yo besaré la mano que me anonada.
Recuerda que mis pasos ella seguía

Y que, si hay culpa en algo, la culpa es mía.
  Ella quizá fué débil, pero fué buena;
Yo, que soy el culpado, sufra la pena.
  Este ruego ferviente mi amor te envía:
Si ha de perderse un alma, ¡toma la mía!
  Pero déjame al menos, Dios soberano,
Que, al recibir el golpe, bese tu mano.
  Conozco tu clemencia, y a ella me acojo:
No temo tu castigo, temo tu enojo...
  Oh perdona, perdona si, allá en tu altura,
Te ofenden los lamentos de mi amargura.
  Y pues eres clemente, pues eres justo,
No se cumpla mi anhelo, sino tu gusto.
  Oye tan sólo un ruego de mi agonía:
Si ha de perderse un alma, ¡toma la mía!

El Mantón de Manila

(Salvador Rueda)

¡Oh bandera triunfante de la ale-
[gría!
¡Oh manto de la antigua fiesta espa-
[ñola!
¡Oh palio de las *juergas* de Andalucía
¡Oh túnica radiante de la manola!
  Tú eres el libro antiguo, la rica joya
que habla de los chisperos y las nava-
[jas,
de escenas a que en el lienzo dió
[vida Goya,
de soldados y reyes, majos y majas.
  En las varias costumbres que en
[sus mudanzas
del siglo diez y nueve fueron exordio,
tú en el salón miraste las dulces dan-
[zas
a los sones pausados del clavicordio.
  Te legó a nuestro siglo la vieja gen-
[te
como página llena de resplandores,
como un paño que guarda resplande-
[ciente
recuerdos de cien años fijos con flores
  De la Cruz venerada de Mayo her-
[moso
en las gradas tendidas dejas tus rosas,
y los jóvenes tejen baile vistoso
en parejas que giran vertiginosas.
  Cuando pasa, movido del homena-
[je,
tras la Imagen el pueblo con paso len-
[to,
tú adornas los balcones de cortinaje

y el haz de tus colores tiendes al vien-
[to.
Sobre el cristal luciente de los salo-
[nes,
el fausto de tus sedas la vista asom-
[bra
y descienden tus pliegues en pabello-
[nes
como incendio de tonos sobre la al-
[fombra.
Tanto hermanan tus flores, que me
[extasían,
con la española fiesta, viva y bizarra,
que pienso, arrebatado, que vibra-
[rían
tus hilos amarrados a una guitarra.
En los toros, el bosque de tus bor-
[dados
muestra ramas, corolas, fruto y raí-
[ces,
para que en su tejido fantaseado
duerma la luz el sueño de los matices.
El mantón de Manila compendia a
[España
y es insignia que canta nuestra victo-
[ria;
grabada en cada rosa lleva una haza
[ña
y atada a cada fleco lleva una glo
[ria

La Hermana

(Francisco Villaespesa)

En tierra lejana
Tengo yo una hermana.
Siempre en primavera
Mi llegada espera
Tras de la ventana.
Y a la golondrina
Que en sus rejas trina
Dice con dulzura:
«¡Por aquella espina
Que arrancaste a Cristo,
Díme si le has visto
Cruzar la llanura!»
El ave su queja
Lanza temerosa,
Y en la tarde rosa,
Bajo el sol se aleja.
Desde su ventana,
Mi pálida hermana
Pregunta al viajero
Que camina triste:
«¡Por tu amor primero,
Díme si le viste
Por ese sendero!»
Pero el pasajero
Su Calvario sube,
Y se aleja lento
Dejando una nube
De polvo en el viento.
Desde su ventana,
A la luna grita,
Mi pálida hermana:
«¡Por la faz bendita

Del Crucificado,
Díme qué sendero
Tu rayo postrero
Su paso ha alumbrado!»
La luna, la vaga
Llanura ilumina,
Trémula declina
Y en el mar se apaga.

Acaso yo errante,
Pase vacilante
Bajo tu ventana,
Y sin conocerme,
Mi pálida hermana,
Preguntes al verme:
«Díme, peregrino,
¿Has visto a mi hermano
Por ese camino?»

Dolor

(Antonio Machado)

Y no es verdad, dolor, yo te conoz-
[co,
tú eres nostalgia de la vida buena
y soledad de corazón sombrío,
de barco sin naufragio y sin estrella.
Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino, como
el niño que la noche de una fiesta
se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candela
chispeante, atónito y asombra
su corazón de música y de pena,
Así voy yo, borracho y melancól
[c
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre
[niebl

El Cid

(Manuel Machado)

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.
El ciego sol, la sed y la fatiga...
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyo
—polvo, sudor y hierro—, el Cid ca
[balga

Cerrado está el mesón a piedra
[lodo..

Nadie responde. Al pomo de la espa-
[da
y al cuento de las picas, el postigo
va a ceder... ¡Quema el sol, el aire
[abrasa!
A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules y en los ojos lágrimas.
Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.

«¡Buen Cid, pasad... El rey nos
[dará muerte,
arruinará la casa,
y sembrará de sal el pobre campo
que mi padre trabaja...
Idos. El cielo os colme de ventura!...
¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis
[nada!»
Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita: «¡En mar-
[cha!»
El ciego sol, la sed y la fatiga...
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid ca-
[balga.

Rimas Pastorales

(Juan R. Jiménez)

Bajo la sombra y el sueño
de la dormida arboleda
todo está lleno de luces,
de suspiros y de esencias;
los frescos labios sonríen,
los ojos mágicos juegan
en el alegre bullicio
del amor y de la fiesta...
la noche es dulce y tranquila,
noche azul de primavera,
llena de vagas caricias
y de olor de flores nuevas.
Mírote y hablo, mientras lloran
los violines sus tristezas,
y por no llorar, sonrío
con amable indiferencia.
Todo está lleno de risas,
y, entre el amor de la fiesta,
nadie sabe que mi alma
se está muriendo de pena.

En el Mar

(Eduardo Marquina)

Nuevos caminos el amor me pide,
y del arpa, a su voz, cambio las cuer-
[das.
Mi amor, que se hizo mozo en la
[montaña,
tiene cariños de la mar sonante,

y una dorada veleidad le lleva
a decir versos y a cantar las olas.
De la lentitud pasa el bullicio,
del pisar fuerte al remover del agua,
de las verdes quietudes de los pinos
al blanco resbalar de las espumas.

Mi amor me lleva y al amor me fío
Ni libros ni doctrinas me acompañan
¡oh cavilosas frentes de los sabios
Abro mi corazón al sentimiento,
los ojos abro a la visión dorada,
y una infinita placidez me llena

El Genio Alegre

(Alvarez Quintero)

. . . .

Don Eligio.—Ya comprenderá usted, señorita, que son razones de mayo entidad las que me han impulsado a despedirme.

Consolación.—¿Luego las hay?

Don Eligio.—Confieso que las hay.

Consolación.—Seguiremos buscándolas con un candil. ¿Acaso es una qu yo reciba en este palacio a los pobres que vienen a verme? (*Don Eligi tuerce un poco el gesto*). Eso podrá parecerle mal a la gente frívol a la gente que vive de la etiqueta y de la farsa; pero un hombre tod corazón, como usted, no es posible que desapruebe que trate yo co bondad y cariño a los que sufren, a los que necesitan.

Don Eligio.—No pinta usted más que el lado agradable de las cosas. . .

Consolación.—Y si las cosas tienen un lado que es agradable, ¿a qu se han de mirar por ningún otro? Pero, ¡tonta de mí! Ya caigo en l que ha sacado a usted de sus casillas. Lo del teatrito.

Don Eligio.—Lo del teatrito. . .

Consolación.—Lo del teatrito por fuerza lo ha entendido usted ma ¿Usted se figura que en ese tablado se van a bailar tangos y peteneras

Don Eligio.—¡Presumo que no!

Consolación.—Y cuidado que a mí las peteneras me gustan. Y aun la bailo. Ese teatrito no será más que un recreo casi inocente. . . agrada ble, culto. . . Lo primero que he pensado yo es que comedia que presente, comedia que usted ha de elegir.

Don Eligio.—¿Ha pensado usted eso?

Consolación.—¡Pues, claro! ¿Quién mejor que usted, que tanto sabe

tanto ha leído? Porque yo le hago la justicia de creer que no será usted de los que cierran abiertamente contra el teatro.

DON ELIGIO.—No en mis días. El teatro es lugar de honesto esparcimiento, a la vez que de provechosa enseñanza.

CONSOLACIÓN.—¡Muy bien! ¿Ve usted como no peleamos? Pues usted será el que lleve la voz cantante en el de casa. Y si quiere, para la primera función, elige una comedia de un religioso. Por ejemplo: de Tirso de Molina. ¿No era... fraile Tirso de Molina?

DON ELIGIO.—Sí, sí; pero... Tirso de Molina... Ya maduraremos este asunto. Porque a pesar de que era fraile... es más verde que un apio.

CONSOLACIÓN.—Quien dice Tirso de Molina, dice Lope de Vega... ¿No era cura?

DON ELIGIO.—Sí... sí, era cura... pero era un cura muy especial.

CONSOLACIÓN.—¿Muy especial? ¿Pues qué especialidad tenía?

DON ELIGIO.—Dejemos ahora esto... Es cosa que debe meditarse muy mucho...

CONSOLACIÓN.—Me he fijado en los autores antiguos, porque como de éstos del día dicen por ahí que no escriben más que cosas que no podemos ver... Pero, en fin, sigamos nuestro pleito. Explicado lo del teatro, ya veo que no sólo somos amigos, sino amiguísimos.

DON ELIGIO.—Indudable.

CONSOLACIÓN.—¿Quiére usted que escribamos una obra en colaboración? Usted pone lo serio y yo los chistes.

DON ELIGIO.—(*Apretando la cara para no soltar la risa*).—¡Jesús!

CONSOLACIÓN.—Don Eligio, si le hace a usted gracia alguna cosa que yo le diga, ríase sin cuidado, que yo no se lo cuento a nadie.

DON ELIGIO.—Eso temo; que acabará usted por hacerme reir.

CONSOLACIÓN.—Como que después de tanto hablar vengo a sacar en limpio que nada le molesta a usted de mi persona más que las ganas con que me río; lo que atolondro, lo que ch[illegible]lo; lo que voy de aquí para allá, lo que revuelvo...

DON ELIGIO.—Le diré a usted...

CONSOLACIÓN.—No, no, señor; en este pun[illegible] no me diga usted nada: no hay discusión posible. Tiene usted que tragarme así. A mí no me gustan esos lentes redondos que usa usted, y tampoco le he dicho nada hasta ahora. Yo he hecho siempre, y hago, y haré, todo lo posible para alegrar mi vida y la de aquellos que me rodean. Alegrar la vida es quererla, y quererla es una manera de adorar a Dios, que nos la ha dado.

Convénzase usted, don Eligio: el que está alegre es más noble, m bueno, menos egoísta, más fuerte.

DON ELIGIO.—¿Más fuerte también?

CONSOLACIÓN.—También. Ayer me decía mi primo hablando de esto, qu él vió cuando estuvo en campaña, que los soldados que mejor resist la vida de la guerra son los más alegres, los que saben cantar y rei De modo que yo tengo razón que me sobra por la punta del pelo; qu usted antes se acaloró; que ahora me da un abrazo...

DON ELIGIO.—¿Un abrazo?

CONSOLACIÓN.—O dos, si le parece poco. Y que para tal culpa, tal pen usted le proporcionó a mi tía el disgusto de anunciarle su marcha, ahora va a entrar en esa habitación, donde ella está, a decirle que sig honrándose con su compañía.

DON ELIGIO.—Señorita Consolación, la honra... el honrado...

CONSOLACIÓN.—Ni una palabra más: el abrazo, y adentro. (*Don Eligio abraza, tambaleándose de pura turbación*).

DON ELIGIO.—(*En ademán de darle otro abrazo*).—Repito que...

CONSOLACIÓN.—No repita usted nada: adentro. Advirtiéndole a uste una cosa: que esta escena es única en su género.

DON ELIGIO.—Entendido, entendido... Obligadísimo a su bondad.. (*Hace una cortesía lo mejor que puede y se va en busca de doña Sacr mento, enjugándose un par de gotas que asoman a sus ojos, probab mente de tinta china*).

CONSOLACIÓN.—¡Lo he convencido! ¡Claro! ¡Si no hay como tener raz y no dejar hablar!

BAJO EL SOL

(G. Martínez Sierra)

¡Qué sed tenía el jardín
aquella tarde abrasada!
¡Cómo se abría la tierra
pidiendo una gota de agua!
¡Cómo, borracho de sol,
el jazmín se desmayaba
sobre los hierros en cruz
de la reja; y en la parra
cómo palpitaba el aire
hecho oro sobre las pámpanas!
¡Qué sed tenía el jardín,
qué desasosiego el alma!
¡Parra de mi corazón!
¿dónde habrá una gota de ag

¿dónde estará el buen camino?
¿dónde arderá la luz clara
que nos haga distinguir
la verdad de las palabras
y el deber del desear?
Tierra de sed agrietada,
aun más sedienta que tú
está de verdad mi alma!
Compadeceos de mí,
árboles, flores y pámpanas;
lluvia de oro os miente el sol,
y su mentira os abrasa.
Algo hay que miente también
al espíritu, y le mata,
porque no le deja oír
la voz que verdades habla.
Jazmín que mueres en cruz,
¿dónde habrá una gota de agua?

La Invasión Arabe

(Navarro Villoslada)

El duque con voz sorda, pero profunda y aterradora, exclamó:

—¡Munio, el rey Rodrigo ha muerto!

—¡Gran Dios! contestó el vicario, queriendo retroceder ante la terrible mirada de Eudón. ¿Quién le ha sucedido en el trono? ¿Quién reina en Toledo?

—Munio, prosiguió el duque en el mismo tono: ¡Rodrigo no tiene sucesor; el trono de Toledo se ha hundido; el reino de los godos también ha muerto!

El vicario cayó desplomado sobre un taburete, cubriéndose el rostro con entrambas manos.

Eudón que había extendido los brazos como un magnetizador sobre la cabeza del godo, tornóse súbitamente de espalda, queriendo ocultarle su propia conmoción, su propio espanto.

—¿Qué es esto, señor, qué es esto? dijo el vicario despavorido.

Tornóse el duque, y adelantándose hacia él a guisa de fantasma, le contestó con voz apenas perceptible, por la rápida y hueca:

—Es un huracán del Africa que barre ejércitos como polvo; guadaña de la muerte que hoy viene segando imperios, como ayer segaba cabezas; remolino del mar, que se traga naciones como naves. Un puñado de sarracenos ha concluído en un día con la España cristiana. Doce mil musulmanes contra cien mil godos. ¡Yo los vi, yo los vi! De Toledo acudí a Córdoba, de Córdoba a Sidonia, y sólo pude alcanzar el estertor de un pueblo en la agonía. ¡Yo los vi! Revueltos en el torbellino, gentes cuyo idioma y religión no tienen entre sí la menor semejanza, berberiscos y godos, árabes y romanos, los de Oriente y Occidente, los del Norte y el Sur, día y noche han peleado

sin errar el golpe, ni en el furor de la batalla, ni en el horror de las tinieblas. ¡Arabes y moros! ¡Ah! Su rostro atezado espanta, sus ojos despiden centellas, su sonrisa diabólica fascina, respiran fuego, arma ofensiva parece su gesto con brazo nervudo esgrimen corvo alfanje y antes se cansa el acero de herir, que el brazo de matar. De cuño semejante sus corceles: tales caballo para tales hombres; secos, duros, ferocísimos como ellos. Ligeros como el viento, relinchan alegres al eco del clarín y se lanzan al combate, dejando atrás al viento en su carrera. Tigres sedientos de sangre, parecen animado del espíritu del jinete, y se embriagan con el triunfo, y no desmayan con la derrota. No penséis, Munio, que esas hordas salen allá de páramos helado buscando dulce clima, fértiles campos, vergeles y palacios: no vienen, como los godos, a trocar pieles por túnicas de lino, pedregales por jardines, ni carros y tiendas de campaña por termas, alcázares y coliseos. Su semblant aterra, pero su atavío encanta. Brilla el oro en su pecho, y de lana y sed son sus vestiduras. Cuando al viento de la lid ondea su manto, parecen espíritus alados que baten en bandadas su plumaje de mil colores. Esos hombres no buscan los perfumes, porque vienen de la Arabia, saturada de fragancia; ni perlas y oro, porque emigran del Oriente, cuajado de esmeralda y diamantes. No pelean por territorios, porque nacieron ayer, y hoy son dueños del Africa y del Asia. Combaten por combatir; pelean por matar: su vid es la guerra; su galardón, la muerte en la batalla. Atila fué el azote de Dio contra los romanos; ellos son el azote de Dios contra los hijos de Atila. No hay remedio, Munio. Cuando pasa rodando el terremoto, las más soberbia fábricas se derrumban; cuando suena el fragor del incendio, los tesoros mismos de la ciencia sirven de pábulo a las llamas; cuando llega a la inundación entre todo ruedan ídolos y altares. El mundo no se puede pasar sin bárbaros cuando los godos del Septentrión se civilizan, tienen que venir del Su los musulmanes.

Calló Eudón y se sentó anhelante y fatigado.

Diario de la Guerra de Africa

Primera Misa en Tetuán

(D. Pedro A. Alarcón)

Quiero que el sublime cuadro que hoy ha ofrecido la plaza de Tetuá se refleje y perpetúe en esta humilde crónica con todos sus pormenore quiero que se fije y conserve sobre las hojas de mi libro la luz que presidi

a aquel augusto y misterioso instante; quiero que las pasajeras emociones que agitaron esta mañana al ejército cristiano, cuando se celebraba por primera vez el sacrificio de la Misa, pública y victoriosamente, dentro de los muros de la ciudad agarena, se graben en la historia de mi patria, duren y permanezcan más que nuestros corazones, conmuevan en lo futuro a los hijos de nuestros hijos y eternicen la alegría del más señalado triunfo que hemos alcanzado en Africa; cual ha sido proclamar en alta voz los nombres de Jesús y María sobre las piedras regadas tantas veces con sangre de nuestros mártires y en presencia de los bárbaros verdugos.

Era domingo... Desde por la mañana echóse de ver en los campamentos de uno y otro lado de la ciudad y en las casas de la misma donde había alojados, que se preparaba alguna gran función de aquellas que constituyen la vida de la milicia en tiempos de paz y que tanto escasean en campaña. Todos los soldados arreglaban de la mejor manera posible su uniforme roto y descolorido por los rigores de la guerra; sacaban lustre a sus zapatos; lavábanse cuidadosamente; limpiaban sus armas, no ya por dentro para que funcionasen bien sino por fuera, a fin de que brillasen al sol; peinaban sus crecidos cabellos, y hasta algunos se afeitaban la luenga barba que habían pensado llevar a su país, como un testimonio de las ásperas costumbres del campamento.

A eso de las diez, ya formaban en la plaza de España diez o doce batallones, alguna caballería y mucha parte de la oficialidad del resto del ejército.

Entretanto acababa de disponerse un altar a la puerta de una pequeña mezquita, habilitada para templo católico, y que debía bendecirse e inaugurarse hoy.

Aquel altar se veía adornado con algunas macetas de flores; dos velas moriscas (puntiagudas y pintadas de colores), un crucifijo de cobre y una estampa que representaba a la Virgen María.

Nada más poseíamos con que glorificar a nuestro Dios; pero aquellos tiernos y sencillos homenajes debían de serle tan gratos como las magnificencias del templo de Jerusalén.

Habíase colocado este altar a la puerta de la nueva iglesia, a fin de que el sacrificio pudiese ser visto desde toda la plaza.

El interior del templo poco más ofrecía de notable. Una alfombra turca; otras cuantas macetas; una fuente con agua que había de ser bendita, y algunos chales y pañuelos morunos, formando pueriles adornos en torno

al Sagrario, habían sido afanosamente buscados por todo Tetuán y encontrados al fin en la judería.

. . . .

A eso de las once, cuando todo estaba dispuesto en el altar, y la plaza se hallaba llena enteramente de tropas nuestras, de moros y de judíos, un agudo *punto* de corneta dió la señal de atención, avisando la llegada del general en jefe.

Presentaron las armas los batallones; reinó un instante de silencio; apareció el duque de Tetuán por el arco de la Meca, y todas las músicas entonaron la marcha real. Por la primera vez en toda la guerra, el vencedor vestía de gran uniforme. Acompañábanle casi todos los generales del ejército, cada uno con su lucido Estado Mayor.

Todos los paisanos, compatriotas nuestros,—mercaderes, cantineros, curiosos, gente marinera, pintores, corresponsales de periódicos, etc.—formaban un gran grupo no lejos del altar.

O'Donnell, con su comitiva, se colocó en un alto que la desigualdad del piso hace por el lado en que está la iglesia.

Todas las azoteas que circuyen la plaza estaban coronadas de judías, cuyas clásicas figuras, vestidas de azul, blanco y rojo, se destacaban en el aire.

Allá lejos veíase la gigantesca mole de la próxima sierra de Samsa, cuya levantada y única cima parecía formar parte de la ciudad.

Y en último término dibujábase un apacible y despejado cielo en que irradiaba el sol sus más alegres y cariñosas llamas.

Era un cuadro espléndido y grandioso, que más parecía imaginado por el arte que obra de la casualidad.

Después de bendecir el nuevo templo, el Padre Sabatel se revistió de los ornamentos sagrados y principió la Misa.

Yo no intentaré analizar lo que pensábamos y sentíamos. Lo dejo a tu adivinación. Confío en que lo comprenderá tu alma por sí sola. Una dulce y patética melodía vagaba por el aire. ¡Nunca me pareció tan expresiva la voz de los marciales instrumentos!

La tropa estaba firme sobre las armas: todos los que ceñían espada hallábanse asimismo en pie, con el acero desnudo: los paisanos se habían puesto de rodillas, y los judíos también... por adularnos.

Los pocos moros que aún permanecían en la plaza, seguían apoyados en los quicios de las puertas, observando la ceremonia con gran curiosidad

Después del Evangelio, el Padre Sabatel dirigió a los concurrentes una

sencilla e inspirada plática, que si bien no hubiese entusiasmado a un público compuesto de retóricos, arrancó muchas lágrimas del corazón de nuestros soldados, a quienes les habló de todo lo que podía alegrar y mejorar su espíritu, concluyendo por vitorear a Dios, a la Virgen, a la patria, a la reina y al general en jefe.

Llegó la consagración. Todo el ejército rindió las armas, dobló la rodilla y abatió la frente. . .Cinco o seis bandas de música batieron la marcha real. Los golpes de pecho producían un largo y sordo rumor que parecía el sollozo del ánimo contrito

. . . .

Después de la misa desfilaron las tropas, como en una parada, por delante del duque de Tetuán.

¡Qué aire marcial, qué orden y viveza en los movimientos; qué resolución , qué energía desplegaron aquellos aguerridos batallones! ¡Y con qué amor, con qué entusiasmo, con qué gratitud los veíamos pasar unos en pos de otros, tan fieros y tranquilos, como en los recientes días de gloria y de matanza!

Los judíos, pálidos y trémulos, se estrechaban unos contra otros, como diciéndose: «Estos son los que no *temen a los moríos!*»

Terminado el desfile, el general O'Donnell ha dado libertad a los prisioneros moros que teníamos aquí en nuestro poder. Nada mejor que este acto de clemencia podía revelar a los mahometanos el espíritu de la religión de que hemos hecho tan solemne alarde. . . . .

¡Oh nobles soldados, piadosos cuanto fuertes, tan humildes y misericordiosos en la paz, como arrogantes y terribles en la guerra! ¡Qué orgullosa debe estar de vosotros la patria que representáis dignamente!

El Quijote

(Juan Valera)

Esta Real Academia, en su junta ordinaria del día 12 de Enero del presente año (1905), acordó celebrar una sesión pública y solemne para conmemorar el tercer centenario de la publicación del Quijote, honrándome con el encargo de escribir el discurso que en alabanza del mencionado libro en dicha sesión debía leerse.

Lisonjeado yo con tal encargo y lleno de gratitud por la confianza que n mí pusisteis entonces, no quise ni supe excusarme de cumplido, aunque

reconozco harto bien cuán difícil es salir airoso del empeño y cuán débile son mis fuerzas, abatidas y menguadas por la vejez, para dar cima a tant empresa con algo que satisfaga nuestra aspiración y que no sea indign el alto asunto que ha de tratarse.

. . . .

No he de tratar aquí de probar la validez de este título. Quien lo otorg no es el engreimiento patriótico, ni es el amor propio nacional, ni la moda ni el pasajero favor del público en un momento dado. El Quijote, desde e día en que se publicó, obtuvo la aprobación y el aplauso de las gentes, delei tó y encantó a sus lectores, y no sólo agradó en España y en la hermos lengua en que fué escrito, sino también en las demás naciones y en las diver sas lenguas en que fué traducido. Lejos de decaer su buena fama, lejos d marchitarse con el andar del tiempo el laurel que mereció su autor, bien pue de asegurarse que reverdece más cada día y se muestra más frondoso, flo rido y lozano, dilatándose por donde quiera...

Nosotros, aunque se nos tilde de sobrada soberbia, cuando no por e talento reflexivo, nos aventuramos a colocarle más alto por su inspiració espontánea e ingenua. Tal es el concepto, espontáneo e ingenuo también que del Quijote y de su autor formamos en el día sus compatriotas. Clar manifestación de este concepto es la fiesta unánime y el jubiloso triunf con que recordamos la aparición de la inmortal novela.

Miguel de Cervantes fué un gran poeta, sin duda. Y no menos que en prosa hubiera sido gran poeta en verso, si las circunstancias no le hu bieran sido contrarias...

. . . .

Cervantes, en mi sentir, en todo cuanto escribió, y más que nada en e Quijote, tuvo tal fe en el ser inmortal, y en la omnipresencia de la poesía que para buscarla y hallarla no acudió a la metafísica, no se elevó, traspa sando el tiempo y el espacio, a regiones ultramundanas y etéreas, sino que casi se encerró en los no muy amenos ni pintorescos campos de la Mancha y encantándolos con su ingenio, y tocando en ellos como con una vara de virtudes, hizo brotar del estéril suelo manantiales poéticos más abundante y salubres que los de Hipocrene y Castalia.

Su benignidad, su indulgencia, el cariño con que mira todo lo español haciendo simpáticos hasta los mismos galeotes, prueban lo muy lejos que estaba Cervantes de tratar mal a nuestros reyes, príncipes y gobernantes contra los cuales no podían impulsarle ni remota envidia, ni emulación invero símil desde la insignificante posición en que resignado y conforme él se veía

. . . .

Como quiera que ello sea, yo busco y no hallo la sátira amarga que en el Quijote se esconde. No veo el triste reconocimiento de los males y menos aún el violento remedio que se les debe aplicar. La manía de convertir el arte liberal en arte servil y útil, de cifrar la mayor excelencia y perfección del arte en algo que está fuera del arte mismo, sometiéndole profanamente a tan extraño propósito, es, a mi ver, la causa de tan infundadas interpretaciones. ¿Qué más puede pedirse a una obra artística, para reconocerla perfecta y merecedora de alabanzas inmortales, que la abundancia de gracia con que nos regocija el alma, y la elevación y nobleza del sentido moral con que la purifica, la mejora y la ilustra?

Es por otra parte contradictorio suponer, para que el arte no sea inútil, que toda su utilidad se cifra y resume en una doctrina oculta, cuyo significado no se aclara hasta mucho después de haber pasado la ocasión oportuna de aclararle. La declaración tardía del misterio anagógico del Quijote convertiría libro tan ameno en una broma pesada y cruel que acabaría por hacernos a su autor aborrecible.

Supongamos que Cervantes notó y deploró muchos males que había habido en su época, los censuró con tanta acritud como disimulo y se propuso ponerles eficaz remedio cifrando la receta para su curación en el más enmarañado logogrifo. Como nadie entendió bien el logogrifo, nadie tampoco pudo valerse de la virtud terapéutica que en el logogrifo se escondía, ni curar por medio de ella, ni reformar, ni mejorar a los hombres.

La Galerna

(Pereda)

...Todo iba, pues, lo mejor de lo posible, y así continuó durante otra media hora, y llegó Andrés a reconocer bien distintamente... los acantilados de la Virgen del Mar.

De pronto percibieron sus oídos un pavoroso rumor lejano, como si trenes gigantescos de batalla rodaran sobre suelos abovedados; sintió en su cara la impresión de una ráfaga húmeda y fría, y observó que el sol se obscurecía y que sobre la mar avanzaban, por el Noroeste, grandes manchas rizadas, de un verde casi negro.

Una bruma densísima cubrió los horizontes, y la línea de la costa,

mejor que verse, se adivinaba por el fragor de las mareas que la batían y el hervor de la espuma que la asaltaba por todas sus asperezas.

Cuanto podía abarcar entonces la vista en derredor, era un espantoso resalsero de olas que se perseguían en desatentada carrera, y se azotaban con sus blancas crines sacudidas por el viento. Correr delante de aquella furia desatada, sin dejarse asaltar de ella, era el único medio, ya que no de salvarse, de intentarlo siquiera...

Hasta entonces, todo lo que fuera correr delante del temporal, era acercarse a la salvación; pero desde aquel momento podía ser tan peligroso el avance rápido como la detención involuntaria; porque la lancha se hallaba entre el huracán que la impelía, y el boquete que debía asaltarse en ocasión de que las mareas no rompieran en él...

Una ola colosal se lanzaba entonces al boquete, hinchada, reluciente y mugidora, y en lo más alto de su lomo cabalgaba la lancha a toda fuerza. El lomo llegaba de costa a costa; mejor que lomo, anillo de reptil gigantesco que se desenvolvía de la cola a la cabeza. El anillo aquel siguió avanzando por el boquete adentro hacia las Quebrantas, en cuyos arenales había de estrellarse rebramando; pasó bajo la quilla de la lancha; y ésta comenzó a deslizarse de popa, como por la cortina de una cascada, hasta el fondo de la sima que la ola fugitiva había dejado detrás.

Allí se corría el riesgo de que la lancha se durmiera; pero Andrés pensaba en todo, y pidió otro esfuerzo heroico a sus remeros. Hiciéronle; y remando para vencer el reflujo de la mar pasada, otra mayor que entraba, sin romper en el boquete, fué alzándola de popa y encaramándola en su lomo, y empujándola hacia el puerto... Y la ola pasó también, sin reventar, hacia las Quebrantas, y la lancha comenzó a deslizarse por la pendiente de un nuevo abismo. Pero aquel abismo era la salvación de todos, porque habían doblado la punta de la Cerda y estaban en puerto seguro.

Las Madres

(Antonio Trueba)

De padres a padrastros
hay cuatro leguas;
de madres a madrastras
hay cuatrocientas.
(Copla del autor).

I

—Quiquiriquí!
—Canta el gallo,
y con esta ya van tres.

Ea, muchachos, arriba,
que es cerca de amanecer.
—Todavía es muy temprano...
padre, déjenos usted
otro poquito!
—Que os deje
cuando tenemos la mies
clamando porque cuanto antes
la vayan a recoger?
Ea, arriba, perezosos!
—Antón, déjalos! no ves
que están los pobres muchachos
reventaditos de ayer?
—No, buena procuradora
tienen en ti!
—Que se estén
en la cama hasta que el gallo
cante siquiera otra vez.
—Bien que se estén. Estas madres
los echan siempre a perder!
—Hombre, ¿qué quieres que haga-
[mos?
—No haceros tanto de miel.
—Hijos de nuestras entrañas
¿no los hemos de querer?
que en todo se han de meter
estas mujeres!
—Tratándose
de mis chicos, con el rey
me peleo yo... Hijos míos,
vais en ayunas? Bebed
un poquito de aguardiente
con un bollo. Os voy a hacer
para almorzar unas migas
que estén diciendo... comed.
Abrochaos esos cuellos,
que con el sol os ponéis
lo mismo que unos gitanos...
Válgame Dios de Israel,
que por más que una se mate,
no ha de poder nunca ver
arreglados a estos hijos!
Id con Dios.
—Hasta después.
—Eres la madre... más madre
que se ha visto ni se vé!
—Déjame, Antón, por los clavos
del Señor! Y qué he de hacer?
Si su madre no los quiere,
¿quién ha de quererlos, quién?

II

—Muchachos, que ya es de día.
—Padre, ya estamos en pie.
—Ea, pues, a ver si hoy cunde
la tarea más que ayer.
—Hombre, ¿son algunos negros?
—Ya sales tú?
—Ya se vé
que salgo.
—Pero, señor,

III

—Qué hermosa está la mañana!
Qué bien se está aquí, qué bien!
Desde esta ventana un mundo
en miniatura se vé.
El aire de la mañana
olores va a recoger
al tomillar de los cerros
y aquí los vierte después.
Airecito que vertiendo

olores como la miel
en mi ventana suspiras,
que Dios te bendiga, amén!...
Antón, el sol de Dios sale
por detrás del cerro aquel...
Qué hermoso, Dios le bendiga!
Antón, ¿no le quieres ver?
—Déjame de sol ni sombra,
que harto me abraso con él.
Si no es el sol que tú miras
el que madura la mies;
si el sol que tú miras son
tus hijos.
—Pues bien; ¿y qué?
¡Los hijos son el espejo
en que las madres se ven!...

IV

—¿Qué tienes, hija, estás mala?
Hace ya cerca de un mes
que no duermes, que no comes,
que reir no se te ve;
te vas quedando en los huesos...
¿Qué tienes, vamos a ver?
¿Quieres que se llame al médico?
—No, Antón, porque inútil es.
—¿Pero no sabes qué tienes?
—¡Demasiado, Antón, lo sé.
Los hijos de mis entrañas
van a ir a servir al rey!
—Tonta, y por eso te afliges?
Mira, para conocer
al mundo, no hay mejor cosa
que andar siete años por él.
Todos los hombres debieran
esos estudios hacer.
—Antón, vosotros los padres
así pensaréis tal vez;
pero las madres pensamos
que es el dolor más cruel
ver a los hijos del alma
esos mundos recorrer
muertos de cansancio un día,
otros muertos de hambre y sed,
casi desnudos ahora
tristes y enfermos después,
y siempre maltrataditos
por hombres sin Dios ni ley.
—Es verdad, que hay algo de eso,
pero hija, ¿qué hemos de hacer
si caen soldados los chicos?
—¿Antón, y preguntas qué?
Hasta los últimos clavos
para librarlos vender,;
y si esto no basta, yo
por esos mundos iré
pidiendo de puerta en puerta
para que a servir al rey
no vayan los pobres hijos
que con tanto afán crié!
—Alegando algún achaque
se podrán librar tal vez.
—Eso sería mentir,
y dos veces ofender
a Dios que los ha criado
más hermosos que un clavel.
—Pues venderemos las tierras
ya que te empeñas, mujer.
—Gracias, Antón, de mi alma!
¡Qué Dios te bendiga, amén!
Para las madres la gloria
es siempre a sus hijos ver...
Ah! si Dios nos da dolores,
consuelos nos da también...

La Chamusquina del Tío Frasquito

(P. Luis Coloma, S. J.)

De malísimo humor volvió aquella noche al *Gran Hotel* el tío Frasquito... Comenzó a desprenderse de sus accesorios componentes para meterse en la cama; mas antes, de puntillas y ya en mangas de camisa, hizo un tercer viaje de exploración a la puertecilla sospechosa. El vecino parecía tranquilo, y el tío Frasquito comenzó el viaje de vuelta dando largas y sigilosas zancadas, y tarareando muy bajo con pueril satisfacción aquello de las *Hijas de Eva:*

Tranquila está la venta;
No se oye ni un mosquito...

Quitóse con grandes precauciones la perfumada peluca, y calóse prontamente un gorro de dormir de forma piramidal, terminado en una borlita...

Media hora larga tardó el tío Frasquito en desarmarse del todo; y cuando envuelto en su largo camisón se dejó caer en la cama, hubiérase dicho que el tío Frasquito que se acostaba era la raíz cúbica del tío Frasquito que, rellenado y compuesto, se exhibía en todas partes.

A la luz de la palmatoria que sobre la mesilla de noche ardía, púsose a leer, según su costumbre, una novela del Vizconde de Arlincourt para conciliar el sueño... La primera cabezada del sueño hízole dar con las narices en la mesilla de noche, y el libro rodó por el suelo. Inclinóse sin embargo a recogerlo, porque el capítulo era interesante y quería terminarlo.

A poco, un fuerte olor a trapo quemado llegó a sus narices, haciéndole incorporarse con sobresalto, temiendo los riesgos de un incendio. Miró a todas partes; nada se descubría por ningún lado que denunciase el voraz elemento, y sin embargo, un tufillo a trapo quemado seguía dándole en las narices con progresiva persistencia.

Asomó la cabeza fuera de las cortinas del lecho: miró bajo la almohada, entre las mantas, en la fosforera de porcelana que sobre la mesilla tenía... ¡Nada! ¡Nada! Quizá había caído alguna prenda de vestir en la chimenea, algún calcetín, algún pañuelo...

El tío Frasquito saltó fuera de la cama y corrió allí muy alarmado...

¡Tampoco! El fuego ardía en la chimenea moderadamente, la espesa *grili* metálica que la cerraba no permitía el paso a ninguna brasa.

¡Cosa más singularrr!...

¿Sería quizá en el cuarto vecino o en el corredor de la entrada, o tal ve en el boulevar algún incendio formidable que hiciera penetrar a travé de las maderas sus inflamados miasmas? El tío Frasquito corrió primero la puerta de entrada, a la de comunicación luego, y a la ventana por últim sin encontrar rastro alguno de incendio, con las narices abiertas, olfateand siempre, y percibiendo mientras más se movía de una a otra parte el ala mante tufo más marcado.

—Perro, señor ¿qué se quema?... ¡Si ésto parrrece cosa de magia!—pensaba el tío Frasquito, en camisa en mitad del aposento, con los braz cruzados, el cuello tendido, y dirigiendo a los cuatro ángulos sus naric dilatadas y sus ojos muy abiertos.

Parecióle entonces sentir un calorcillo alarmante en lo alto de la cabez y miró al techo... ¡Nada tampoco! Volvióse rápidamente, y un grito d espanto se escapó de sus labios al verse frente de un espejo... En él se r flejaba su estrafalaria figura, cubierta por el largo camisón y coronada p el gorro de dormir, en cuya punta brillaba una rojiza llamita... ¡Cielo d vino! ¡Allí estaba el incendio! El miedo no raciocina nunca; y el q sintió el tío Frasquito impidióle comprender que la borlita del gorro había inflamado en la palmatoria al inclinarse para recoger en el suelo malhadado libro... Perdió, pues, del todo la cabeza el pobre viejo, lanzó al timbre eléctrico, corrió luego a la puerta pidiendo socorro, y aporrean después la de Jacobo, gritó de nuevo:

—¡Au secours! ¡Au secours!

Abrióse entonces la puertecilla, apareció en ella Jacobo revólver mano... Imposible era reconocer al tío Frasquito en aquel esperpento, Jacobo no vino a dar en la cuenta de quién era hasta que, tendiendo fantasma hacia él los brazos abiertos, gritó angustiado:

—¡Jacobo! ¡Jacobo!

Este, sin comprender nada todavía, dióle por primera providencia gran sopapo en la cabeza; y el gorro inflamado rodó por el suelo, dejando descubierto una calavera monda y lironda, blanca y reluciente como melón invernizo.

Fué todo aquello una grotesca escena de sainete acaecida en segundo; y sin embargo, aquella pequeña y ridícula trivialidad de la vi decidió para siempre de la suerte de Jacobo...

Trafalgar

(B. Pérez Galdós)

—«Desde que salimos de Cádiz—dijo Malespina, —Churruca tenía el presentimiento de este gran desastre. El había opinado contra la salida, porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas, y además confiaba poco en la inteligencia del Jefe Villeneuve. Todos sus pronósticos han salido ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que la presentía seguro como estaba de no alcanzar la victoria. El 19 dijo a su cuñado Apodaca: «Antes que rendir mi navío, lo he de volar o echar a pique. Este es el deber de los que sirven al Rey y a la patria». El mismo día escribió a un amigo suyo, diciéndole: «Si llegas a saber que mi navío ha sido hecho prisionero, dí que he muerto».

«Ya se le conocía en la grave tristeza de su semblante que preveía un desastroso resultado. Yo creo que esta certeza y la imposibilidad material de evitarlo, sintiéndose con fuerzas para ello, perturbaron profundamente su alma, capaz de las grandes acciones, así como de los grandes pensamientos.

«Churruca era hombre religioso, porque era un hombre superior. El 21, a las once de la mañana, mandó subir toda la tropa y marinería: hizo que se hincaran de rodillas, y dijo al capellán con el solemne acento—«Cumpla usted, padre, con su ministerio, y absuelva a esos valientes que ignoran lo que les espera en el combate». Concluída la ceremonia religiosa, les mandó poner en pie, y hablando en tono persuasivo y firme, exclamó:

—«¡Hijos míos: en nombre de Dios prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo con sus deberes! Si alguno faltase a ellos, le haré fusilar inmediatamente; y si escapase a mis miradas o a las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus días, miserable y desgraciado».

«Esta arenga, tan elocuente como sencilla, que hermanaba el cumplimiento del deber militar con la idea religiosa, causó entusiasmo en toda la dotación del *Nepomuceno*. ¡Qué lástima de valor! Todo se perdió como un tesoro que cae al fondo del mar. Avistados los ingleses, Churruca vió con el mayor desagrado la primera maniobra dispuesta por Villeneuve, y cuando éste hizo señales de que toda la escuadra virase en redondo, lo cual, como todos saben, desconcertó el orden de batalla, manifestó a su segundo que ya consideraba perdida la batalla con tan torpe estrategia. Desde luego

comprendió el aventurado plan de Nelson, que consistía en cortar nuestr línea por el centro y retaguardia, envolviendo la escuadra combinada y ba tiendo parcialmente sus buques, en tal disposición, que éstos no pudiera prestarse auxilio.

«El *Nepomuceno* vino a quedarse al extremo de la línea. Rompióse e fuego entre el *Santa Ana* y *Royal Sovereign*, y sucesivamente todos los navío fueron entrando en el combate. Cinco navíos ingleses de la división d Collingwood se dirigieron contra el *San Juan;* pero dos de ellos siguiero adelante, y Churruca no tuvo que hacer frente más que a fuerzas triple

«Nos sostuvimos enérgicamente contra tan superior enemigo hast las dos de la tarde, sufriendo mucho, pero devolviendo doble estrago nuestros contrarios. El grande espíritu de nuestro heroico jefe parecía ha berse comunicado a marineros y soldados, y las maniobras, así como lo disparos, se hacían con una prontitud pasmosa. La gente de leva se habí educado en el heroísmo sin más que dos horas de aprendizaje, y nuestr navío, por su defensa gloriosa, no sólo era el terror, sino el asombro de lo ingleses

«Estos necesitaron nuevos refuerzos; necesitaron seis contra un Volvieron los dos navíos que nos habían atacado primero, y el *Dreanough* se puso al costado del *San Juan*, a medio tiro de pistola por la aleta y popa Figúrense ustedes el fuego de estos seis colosos vomitando balas y metralla sobre un buque de 74 cañones. Parecía que nuestro navío se agrandaba, cre ciendo en tamaño conforme crecía el arrojo de sus defensores. Las propor ciones gigantescas que tomaban las almas parecía que las tomaban tambié los cuerpos, y al ver cómo infundíamos pavor a fuerzas seis veces superio res, nos creíamos algo más que hombres.

«Entretanto, Churruca, que era nuestro pensamiento, dirigía la acció con serenidad asombrosa. Comprendiendo que la destreza había de supli a la fuerza, economizaba los tiros y lo fiaba todo a la buena puntería, cons guiendo así que cada bala hiciera un estrago positivo en los enemigos. todo atendía, todo lo disponía, y la metralla y las balas corrían sobre s cabeza, sin que ni una sola vez se inmutara. Aquel hombre débil y enfe mizo, cuyo hermoso y triste semblante no parecía el más a propósito par arrostrar escenas tan espantosas, nos infundía a todos cierto ardor desco nocido sólo con el rayo de su mirada.

«Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía. Viendo qu no era posible hostilizar a un navío que por la proa molestaba al *San Jua* impunemente, fué el mismo a apuntar el cañón y logró desarbolar al contr

rio. Volvía al alcázar de proa, cuando una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha, con tal acierto, que casi se la desprendió del modo más doloroso, por la parte alta del muslo. Corrimos a sostenerlo, y el héroe cayó en mis brazos. ¡Qué horrible momento! Aun me parece que siento bajo mi mano el violento palpitar de un corazón, que hasta en aquel instante terrible no latía sino por la patria. Su decaimiento físico fué rapidísimo; yo le ví esforzándose por erguir la cabeza, que se le inclinaba sobre el pecho; le ví tratando de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada, exclamó: *Esto no es nada Siga el fuego*...

Ante el cadáver del malogrado Churruca, los ingleses, que le conocían por la fama de su valor y entendimiento, mostraron gran pena, y uno de ellos dijo ésto o cosa parecida:

—«Varones ilustres como éste no debían estar expuestos a los azares de un combate, y sí conservados para los progresos de la ciencia de la navegación». Luego dispusieron que las exequias se hicieran formando la tropa y marinería inglesa al lado de la española, y en todos sus actos se mostraron caballeros, magnánimos y generosos.

Una Audiencia del Papa

(Emilia Pardo Bazán)

Roma, 7 de Enero de 1888.

Por fin han logrado los asendereadísimos romeros españoles lo que tanto deseaban: ver al Papa de cerca, sentir la caricia de su ebúrnea mano sobre la cabeza y el rostro. Este apetecido momento se obtuvo a costa de muchos empujones y fatigas, y de interminable espera en una Logia de Rafael, tan bien pintada de techo como desamueblada de sillas y bancos; por lo cual fué preciso estarse en pie, sin otro entretenimiento que enseñarse mutuamente la carga de rosarios, medallas y efigies que todos llevaban para la bendición. Asaz mal humorados y en demasía impacientes y gruñones, esperaban mis compatriotas, renegando del marqués de la Vega de Armijo, enviado extraordinario de la Regente, con el cual debía hallarse a la sazón el Pontífice, si no mentían las crónicas.

—Así que veamos al Papa, dije a algunos de los que más se quejaban

del cansancio, ni nos acordaremos de la molestia que pasamos ahora. Nos va a suceder lo que al enamorado cuando su novia le da plantón, que le dura la rabieta lo que tarda ella en presentarse.

Y fué como yo lo pensaba. Apenas se agitó la cortina roja indicando que iba a entrar a la presencia de Su Santidad el primer grupo de romeros, una aspiración de júbilo dilató los pulmones, serenáronse los rostros, y los romeros más cercanos a la puerta prorrumpieron en vivas y aclamaciones frenéticas.

Yo entré en el tercer grupo, y me quedé al extremo de la Logia. Monseñor Isbert, auditor de la Rota, llamándome por mi nombre, me hizo colocarme a la cabeza; así es que cuando salió el Papa detrás del cortinaje purpúreo, repentinamente, le vi al lado de Ortega y Munilla y al mío. Y breves momentos después sentí un halago tierno, cariñoso, conmovedor; una caricia de abuelo y de santo; una mano pura, suavísima, que se apoyaba en mi cabeza, en mi frente; y vi como un relámpago la expresiva cara de León XIII, que se inclinaba hacia mí articulando palabras de bendición.

—¡San Francisco de Asís! me decía. ¡El mayor santo después de Cristo! Has escrito de él... Sigue escribiendo, escribe siempre, hija querida (*cara figlia*). Valor, valor... ¡Sigue escribiendo!

Apenas pude balbucir unas frases de gratitud. La mano del Papa me ceñía las sienes con dulce violencia; le tomé la otra, que llevaba medio vestida con blanco mitón de lana, y se la cubrí de besos. El corazón se me deshacía de ternura. Y para que todo el mundo la comparta, voy a tratar de explicar cómo es León XIII.

Más que un organismo humano, parece su cuerpo un pretexto para que esté un alma en el mundo. Háblase mucho en las leyendas y poemas indios de ciertos sabios ascetas que empiezan por no alimentarse sino de manjares puros, de leche de las vacas sagradas, ofrecidas en oblación, y de miel de abejas; luego ni aun ese sustento material admiten, y se nutren sólo del aire balsámico de la selva; más tarde de ayunos y oraciones; y por último llegan, a fuerza de maceraciones y penitencias, a adquirir santidad tan prodigiosa, que la armonía de la creación se les revela, y su subsistencia mortal se identifica con la increada y eterna de Brahma, Siva y Visnú: consagran cuanto tocan, y el universo entero, en una aspiración de amor, se abisma en su alma contempladora y profunda. Pues este sublime mito ariano parece que se ve realizado en la persona del Pontífice. Las líneas etéreas de su cuerpo y rostro; la transparencia de su tez, semejante a vaso de alabastro con una luz puesta dentro; la blancura argentina de sus canas, su cándida veste;

su andar ligero, que apenas se apoya en el piso; todo le da aspecto de ser celestial, ya exento de las imposiciones de la materia, y de las groseras funciones biológicas. Ni carne ni sangre; espíritu no más en este hombre.

Dicen que León XIII escribe hermosos versos latinos; así será, y no he de regatearle al anciano dulcísimo su puesto en el Parnaso; pero imagino que debemos recordar aquí la rima de Becquer: Poesía... eres tú.—No podrá nunca el Papa componer oda en sáficos o adónicos que equivalga a su manera de imponer las manos, de bendecir, de hablar, de andar y hasta de sonreirse.

Poesía, sí, y de la más real y épica, era aquella doble hilera de gente arrodillada, trémula de emoción y alegría, y aquella ancianidad pacífica, augusta, superior a las miserias, a los pecados que perdonaba, abriendo como el pelícano su corazón de fuego para que entrásemos todos en él, dejando con el contacto de su mano una frescura celestial en las sienes, y una gozosa humedad en las pupilas... ¡Ah! Después de sentir aquella diestra redentora que ata y desata en la tierra y en el cielo, yo sé de fijo que ninguno de los que estábamos allí pudo dudar de la bondad divina, ni dejó de lucir ante sus ojos, como aurora boreal, el dogma de la misericordia de la caridad y del perdón...

Castilla

(Ricardo León)

Sagrada tierra de Castilla, grave y solemne como el mar, austera como el desierto, adusta como el semblante de los antiguos héroes; madre y nodriza de pueblos, vivero de naciones, señora de ciudades, campo de cruzadas, teatro de epopeyas, coso de bizarrías; foro y aula, templo y castillo, cuna y sepultura, cofre y granero, mesa y altar; firme asiento de la cruz y del blasón, del yelmo y la corona; crisol de oro, yunque de hierro: ¡salve!

¡Ancha tierra de Castilla! ¡Cómo se dilatan los horizontes bajo el duro callo de los corceles, bajo el airón de las cimeras, a los ojos aguileños de tus capitanes! Sudaba la carne heroica dentro de la fuerte armadura, y el corazón, semejante a una saeta, rasgando la coraza, iba a clavarse en el cristal de los cielos.

¡Hermosa tierra de Castilla! Contemplando las sombras y las vivas luces de tu faz trigueña; los rubios mares de sazonadas mieses, que la brisa

encorva; los altos encinares donde cuelgan su nido las alegres oropéndolas; al rezar en tus monasterios, junto a las sagradas sepulturas; al descifrar los códices de tus archivos olvidados; al recorrer tus villas y tus ciudades, que son relicarios del arte y de la historia; al seguir la corriente de tus famosos ríos; al escalar tus puertos, coronados de nieve, ¡oh patria mía! siento latir en mis arterias, con más ardor que nunca, el generoso fuego de mi sangre española y castellana...

Tornando à ti me siento más fuerte y seguro. Vienen a mi memoria recuerdos de otras edades y siglos dichosos; me parece que las piedras de armas de tus añejas torres son los rostros de mis abuelos que en silencio me miran; y las amapolas de los surcos, son gotas de sangre, de mi propia sangre; y los pinares, templos; y las rocas, blasones; y los caminos, brazos que hacia mí se tienden; y el sol, un signo heráldico de las viejas glorias de mi estirpe.

¡Heroica tierra de Castilla! Es en ti el amor tan fuerte y silencioso como tus hondas soledades; claro el pensamiento como el cristal de tus fontanas; mansas las penas como el curso de tus arroyos; sanos y sencillos los placeres como el olor de tus agrestes flores; dulce el sueño como la miel de tus colmenas; alegre el despertar como el canto de tus alondras; robusta la fe como el tronco de tus robles montecinos.

¡Qué tónico el ambiente, qué austero el paisaje, qué serena la atmósfera sobre el haz de la tostada llanura! Yo he visto las yuntas perezosas, labrando la besana, y hendir la reja el húmedo terruño, y caer, como una lluvia de oro, la simiente; he visto verdear la mies y encorvarse al batir del viento, y madurar al sol, y caer al filo de las hoces, y yacer agavillada en los surcos, y bambolearse en los carros gemidores, y desbordarse en las eras, y crujir los trillos, y molerse en la aceña, y tostarse en el horno, y convertirse en blanquísimas hogazas. He disfrutado en primavera de la hermosura de los campos y he bebido el olor de madreselvas y rosales, de mejoranas y tomillos. Secó mi garganta el áspero dogal de los calores agostizos, y en la callada siesta, busqué el retiro del sombrío tamujal, a la vera del río soñoliento; y al llegar la noche bañé mi frente con las aguas mansas de la luna. Vi pasar, en tardes otoñales, la bulliciosa pastoría; sentí el balar de los corderos, el ladrar de los mastines, el chasquido de la honda y el silbo de los zagales; y en la postrera lumbre del crepúsculo se alzó un cayado, como un cetro de rey. Dormí en las majadas, sobre las hojas perfumadas de resina, embriagado por el vaho de los apriscos y arrullado el sueño por el manso rumiar. Y en el invierno castigué mi carne con el azote de la nieve, y me curtí la

piel con el cuchillo de la helada. Que así a tus hijos haces, ¡oh dura tierra de Castilla! recios también y fuertes como los robles.

Abre el surco, buen castellano; siembra y ara, canta y siega, trilla, muele el trigo en tus aceñas, cuece el pan en tus hornos, cuida de tu peculio, pero no olvides tus glorias! Esa tierra que hieres, tierra sagrada es, llena de osamentas. Viviendo estás sobre una inmensa sepultura. Escucha la voz de los muertos, enseñanza y ley de los vivos.

Nada de lo que fué se pierde en el sepulcro. Llena de derrumbe está la lanza y puesta la adarga en el desván, y llena de polvo en la hornacina la imagen olvidada; pero llega un día en que del pueblo dormido, de la torre solariega, de la capilla destejada, sale Alonso Quijano, el hidalgo que todos llevamos dentro, y se hace fraile o soldado o poeta, y corre por esos mundos con la cruz, la espada o la lira, y vuelve a resonar en el páramo la voz de los antiguos varones.

¡Noble tierra de Castilla! ¿Quién podrá quebrar el bien templado acero de tu raza? ¿Quién podrá echar la llave al sepulcro del Cid, ni dar por muerto y enterrado a Don Quijote? ¡Si hasta el glorioso barro de tus glebas es carne y espíritu!

Manolito Gázquez

(S. Estébanez Calderón (El Solitario)

«No había habilidad en que no descollase, aventura extraordinaria por la que no hubiera pasado, ni ocasión estupenda en que no se hubiese encontrado. Y no se crea que esta inclinación a hacerse el héroe de sus historias era por vanidad, ni que encarecía por gala y afectación, ni menos que se alejaba de la verdad por afición a la mentira. Nada de eso; su imaginación le ofrecía por verdadero cuanto decía; los ojos de su alma veían los objetos cual los refería, y su fantasía lo ponía en el mismo lugar y grado del héroe cuya historia relataba... era velonero, y al propio tiempo cazador; en los rosarios tocaba el fagote o pimpoddo (piporro... pronunciaba de tal manera las sílabas en que se encuentra la *ele* o la *erre*, que substituía estas letras por cierto sonido semejante a la *d*); en los toros era un oráculo.

Manolito tenía gran vanidad en su habilidad de fagotista. Nadie, a juicio suyo, le prestaba a tal instrumento el empuje y sonoridad que él.

—En cierta ocasión (dijo) quise pasmad a Doma y ad Padre Santo.

Pada ello entré en da iglesia de San Pedro un día ded Santo Patrón ed primed Apostod. Allí estaba ed Papa y dos caddenades, y ciento cincuenta y cinco obispos, y toda da cristiandad. Tocaban veinte ódganos y muchos instrumentos, y más de mid pitos y flautas, y entonaban ed *Pange dignu* dos mid y cincuenta voces. Llega D. Manolito con su casaca (iba yo de codto), y me pongo detrás de una codudna que hay a da entrada pod Odiente, así confodme se entra a mano dededcha, y cuando más bullicio había, meto un pimpoddazo, y toda aquella adgazada calló, y da iglesia hizo bum bum a este dado y ad otro como pada caedse. A poco siguió da función, creyendo ed Consistorio que ed teddemoto había pasado, y entonces meto otro pimpoddazo de mis mayúscudos, y da gente se asusta y ed Papa dijo ad punto: «O ed templo se viene abajo, o Manodito Gázquez está en Doma tocando ed pimpoddo». Sadieron a buscarme, yo tenía que haced, y me vine a Sevilla pada id ad dosadio».

La Polémica Literaria

(Mariano José de Larra)

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres que funda sus artículos en la observación de los diversos caracteres que andan por la sociedad revueltos y desparramados. Si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si le hace bueno, *será traducido,* gritan a una voz sus amigos. Si huyó de ofender a nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar a los labios de su lector tal cual picante sonrisa, «es un payaso», exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignación contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, «es un hombre feroz, nadie perdona; ¡Jesús, qué entrañas! ¡Habrá pícaro que no quiere que escribamos disparates!» ¿Dibujó un carácter, y tomó para ello toques de éste y de aquél, formando su bello ideal de las cualidades de todos? ¡Qué picarillo! gritan, como ha puesto a D. Fulano! ¿Pintó un avaro como hay cientos? Pues ése es D. Cosme, gritan todos, el que vive aquí a la vuelta. Y no se desgañite para decirle al público: «Señores, que no hago retratos personales, que no critico a uno, que critico a todos, que no conozco siquiera a ese D. Cosme ».—¡Tiempo perdido! Que el artículo está hecho hace dos meses, y

D. Cosme vino ayer.—Nada.—Que mi avaro tiene peluca y D. Cosme no la gasta.—¡Ni por esas! Púsole peluca para desorientar; pero es él. Que no se parece a D. Cosme en nada.—No importa, es D. Cosme; y le hacen creer todos a D. Cosme, por ver si D. Cosme le mata; y D. Cosme que es caviloso, es el primero a decir: «ése soy yo». Para esto de atender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticados que reconocen en el cuadro de costumbres, se apresuran a echar el muerto al vecino para descontarse de la parte que a ellos les toca? ¡Quién sabe! Confesemos de todos modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados si no creemos que, antes de llegar al último renglón, han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos.

Como cosa de las doce serían cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno, que gustase a todos los que le leyesen, y encomendábame a toda prisa, con más fe que esperanza, a Santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas a medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio ni jocoso, ni general ni personal, ni largo ni corto, ni profundo ni superficial, ni alusivo ni indeterminado, ni sabio ni ignorante, ni culto ni trivial: una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las más, y una baraja completa de transposiciones felices, de éstas que el diablo mismo, que las inventó, no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que escribe... Pero estoy para mí que no debía de hacer más caso de mis oraciones la santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatro; porque ni venía musa, ni yo acertaba a escribir un mal disparate que pudiese dar contento a necios y a discretos. Mesábame las barbas: y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua, que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mosalvete con cara de literato, es decir de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropo, que yo eché en saco roto, cómo tenía que consultarme y pedirme consejo en cosas graves.

Invitéle a que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como aquél que no quería abusar de mi buena crianza poniendo su sombrero debajo de una mesa a modo de florero o de escupidera.

—¿Y qué es el caso? le pregunté; porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

—Qué ha de ser, señor Fígaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico y no bien le había leído impreso, cuando zás, ya me han contestado.

—¡Oh! Son muy bien criados los periodistas, le dije; no saben lo que es dejar a un hombre sin contestación.

—Sí, señor; pero de buenas a primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo también quiero contestar; porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

—Cierto; no se piensa en otra cosa en el día sino en Portugal y en su artículo de Ud.

—Ya se ve; y como Ud. entiende de achaques de contestaciones y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo a que me endilgue Ud. sobre poco más o menos, cuatro consejos oportunos; de modo que la materia en cuestión se dilucide, se entere el público de quien tiene razón, y que quede yo encima, que es el objeto.

—¿Y de qué habla el artículo?

—Le diré a Ud.: de nada; el hecho es que en la cuestión no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrían decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir. . .

—Sí. . . pues eso es muy fácil. . . ¿pero trata de?. . .

—De tabacos, sí señor. Conque yo quisiera que Ud. me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot, que los descubrió, hasta Tissot, por lo menos, que está contra su uso. Con la vasta erudición que Ud. me va a proporcionar, yo haré trizas a mi contrario. . .

¡Ay! amigo, le interrumpí, y qué poco entiende Ud. de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia, lo primero que Ud. debe procurar es ignorarla de pe a pa. ¿Qué quiere Ud.? así corren los tiempos.

. . . .

Realidad y Trascendencia de la Poesía

(Jaime Balmes)

¿Qué importa que no pueda definirse la poesía? Dejará por ésto de ser una realidad, y una realidad de alta trascendencia? ¿Quién ha definido jamás un corazón maternal: ¿y es por ésto una vana ilusión? ¿no es un hecho

a que debemos nuestra vida y la sociedad su existencia? Menguado es el hombre que todo quiera definirlo; menguado es el hombre que no quiere apoyarse en hechos muy reales, sólo porque están envueltos en bellezas ideales y fantásticas: este hombre no conoce ni la naturaleza, ni el corazón, ni el entendimiento; es un miope que ha visto quizá alguna ciencia, pero no el orbe científico: ha visto un levísimo perfil, y ha creído contemplar la fachada del edificio y la totalidad de sus partes.

Quien al tratar de cuestiones poéticas, morales y religiosas, pone siempre de parte el corazón, quien afecta llevar el compás matemático sobre aquellos asuntos que abundan en inspiración y sentimientos, es para mí tan ridículo como el que dijera que para adelantar y no tropezar en los escabrosos senderos del cálculo diferencial o integral, el método más seguro y expedito es entregarse a los vuelos de la fantasía o a los impulsos del corazón.

Bástame saber que la Poesía es una expansión del alma, en que, impulsada por una inspiración misteriosa que se derrama en armoniosos acentos, retrata los grandes espectáculos y las bellezas de la naturaleza, las escenas de la sociedad, bañando sus cuadros de los sentimientos que experimentan al presenciarlos o al recordarlos; o que expresa tal vez una creación ideal, un nuevo mundo que viera su mente en un arrobo divino, o que afectara su corazón con un latido celeste. Esto sólo nos basta para conocer su importancia, para confesar su realidad, para señalarle un puesto distinguido entre los fenómenos que expresan la sociedad, y que anuncian con más certeza los destinos de su porvenir: sí, porque nada hay más real y verdadero que el corazón; no hay expresión más cándida y sencilla, que la dictada por el fuego de la fantasía, y el impulso del entusiasmo.

El Realismo de Pereda

(Marcelino Menéndez y Pelayo)

Pide una especie de lugar común, en todo estudio acerca de Pereda, que se discuta el más o el menos de su *realismo* o *naturalismo*, tomada esta palabra en su sentido modernísimo. Que Pereda emplea procedimientos naturalistas, es innegable; que se va siempre tras de lo individual y concreto, también es exacto; que, enamorado de los detalles, los persigue siempre, y los trata como lo principal de su arte, a la vista está de cualquiera que abra sus libros; que en la descripción y en el diálogo se aventaja más que en la invención y en la composición, es consecuencia forzosa de su tempera-

mento artístico; que no rehuye la pintura de nada verdadero y humano, y, finalmente, que ha vigorizado su lengua con la lengua del pueblo, también es verdad y para honra suya debe decirse. Pero todo esto lo hace Pereda, no por imitación, no por escuela (que en literatura siempre es dañosa), no por seguir las huellas de tal o cual novelista más o menos soporífero de estos tiempos, que, a buscar Pereda modelos, más nobles los tendría dentro de su propia casa, sino porque esa es su índole, porque así fué desde sus principios y porque no podría ser otra cosa sin condenarse a la vulgaridad y a la muerte. No es el naturalismo cuestión de doctrina, que, con visible exclusivismo y ciega intolerancia, quiere imponerse o proscribirse, sino cuestión individual, genial, y, por tanto, relativa.

Unos ven primero lo universal, y buscan luego una forma concreta en que exprimirlo. Otros se van embelesados tras de lo particular, que también y a su modo, es revelación de lo universal. En los reinos del arte se encuentran todos, y todo es legítimo como sea bello, sin pedantescas excomuniones, sin hablar de ideales que mueren ni de ideales que viven, y sin mezclar a la serena contemplación estética intereses ajenos y de ínfima valía, que sólo sirven para enturbiarla. Yo tengo en mis aficiones más de idealista que de realista: pero ¿cómo he de negar al realismo el derecho de vivir y desarrollarse? Es más: en cierto sentido amplio y generalísimo, soy realista, y todo idealista debe serlo, puesto que lo que él persigue no es otra cosa que la *realidad realísima*, la verdad ideal, en una palabra, que es la única verdad que se encuentra en este bajo mundo.

Y, sin embargo, Pereda hace bien en no llamarse, ni querer que le llamen naturalista, no sólo porque él es realista a la buena de Dios, y reduce toda su estética a la proposición de sentido común de que *el arte es la verdad*, sino porque cuando él empezó a escribir su *Escenas Montañesas*, coleccionadas ya en 1864, ni tal nombre se había pronunciado en España, ni estaban siquiera escritas la mayor parte de las obras capitales del género, en el cual yo no incluyo, sino con grandes limitaciones, las de Balzac, ni muchísimo menos los caprichos psicológicos de Stendhal, que ni en su tiempo, ni ahora, ni nunca ha podido formar escuela, ni tienen cosa alguna que ver con las novelas de Zola, por más que éste en su afán de buscar progenitores, le incluya entre los suyos con evidente falta de sentido crítico.

Pereda, pues, cuando en época ya muy lejana, empezó a publicar sus cuadros de costumbres en la *Abeja Montañesa* de Santander, no conocía ni aun de oídas a Flaubert, y no podía adivinar a Zola, que no había escrito probablemente ni una línea de sus obras. De donde resulta, que si a toda

costa se quiere alistar a Pereda entre los naturalistas, habrá que declararle un naturalista profético, y darle por antigüedad el decanato de la escuela.

La verdad es que Pereda, ni entonces ni ahora hizo otra cosa que seguir los impulsos de su peculiarísima complexión literaria, ni se mostró jamás ansioso de teorías y novedades, ni reconoció nunca otros maestros que la hermosa naturaleza que tenía enfrente, y el estudio de nuestros clásicos, de quienes heredó, sin afectación de arcaísmo, el buen sabor de su prosa tan castiza y tan serrana. Y tan cierto es esto, que casi me da vergüenza haberme detenido (siguiendo la corriente), en hablar de literatura extranjera, cuando me propongo hacer el debido encomio de uno de los escritores españoles que han florecido en el presente siglo.

Lo que importa dejar consignado es que si Pereda debe ser tenido por naturalista en el sentido francés de la palabra, quizá la principal razón de esto sea su propia *naturalidad* y el sano temple de su espíritu. Porque lo cierto es, que no conozco escritores menos naturales y más artificiosos que los que hoy pretenden copiar exclusiva y fielmente la naturaleza. Todo es en ellos bizantinismo, todo artificio de decadencia y afeites de vieja, todo intemperancias coloristas y estremecimientos nerviosos en la frase. Si ese estilo es natural, mucho debe de haber cambiado la naturaleza al pasar por los *boulevars* de París. A la vista salta que la naturaleza y la realidad no son en el sistema de Zola y sus discípulos más que un par de testaferros, tras de los cuales se oculta un romanticismo enfermizo, caduco y de mala ley, donde, por sibaritismo de estilo, se rehuye la expresión natural, que suele ser noble, y se persigue con pésima delectación y artificio visible la expresión más violenta y torcida, por imaginar los autores que tiene más color. ¡Y cuánto suelen engañarse!

Precisamente, uno de los méritos más señalados que para mí tiene Pereda, consiste en haber huído de esa búsqueda malsana. Por eso, sin duda, le han llamado algunos *naturalista de la naturaleza.* Y tienen razón, si esto se entiende como en oposición a naturalista de escuela.

CANTABRIA

(Marcelino Menéndez y Pelayo)

Puso Dios en mis cántabras mon-
[tañas
aras de libertad, tocas de nieve
y la vena del hierro en sus entrañas;
tejió del roble de la adusta sierra,
y no del frágil mirto, su corona:

que ni falerna vid, ático olivo,
ni siciliana mies ornan sus campos,
ni allí rebosan las colmadas trojes,
ni rueda el mosto en el lagar hirvien-
[te;
pero hay bosques repuestos y som-
[bríos,
misterioso rumor de ondas y vientos,
tajadas hoces y tendidos valles
más que el heleno Temne deleitosos,
y cual baño de náyades, la arena
que besa nuestro mar; y sus mugidos
como de fiera en corso perseguida,
arrullo son a la gentil serrana
amor de Roma, y espantable al Vas-
[co,
pobre y altiva, y como pobre, her-
[mosa...

La Biblia, el Libro por excelencia

(Donoso Cortés)

Señores: Llamado por vuestra elección a llenar el vacío que ha dejado en esta Academia un varón ilustre por su doctrina, célebre por la agudeza y la fecundidad de su ingenio, y por su literatura y su ciencia merecedor de eterna y esclarecida memoria, ¿qué podrá decir, que sea digno de escritor tan eminente, y de esta nobilísima asamblea, quien como yo es pobre de fama y escaso de ingenio? Puesto en caso tan grave, me ha parecido conveniente escoger para tema de este discurso un asunto subidísimo, que cautivando vuestra atención, os fuerce a apartar de mí vuestros ojos, para ponerlos en su grande majestad y en su sublime alteza.

Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados estrella del Oriente, adonde han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones, y de arrebatar las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca a modular sus gemidos: en él vió Dante sus terríficas visiones: de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido a la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, a Luzbel en su primera conquista, a Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir a las gentes la tragedia del paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de León lla ser senciamente su-

blime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba a Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón a remontarse a las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los obscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

Poesía de la España Tradicional

(Vázquez de Mella)

¡Poesía, poesía! Yo quiero vivir en esa región de la poesía y quiero sumergirme, por decirlo así, en el espíritu nacional de mi patria; siento que soy una gota de una onda de ese río; siento la solidaridad no sólo con los que son, sino con los que fueron, y por eso la siento con los que vendrán. Por eso amo a mi patria y la evoco en mis sueños, y deseo vivir en una atmósfera que no se parezca a la que me rodea en la hora presente. ¡Cuántas veces al apartar la vista de la realidad actual, me dirijo hacia la historia pasada y la evoco y la busco en aquel período de intersección entre una España que termina y otra que comienza! Entonces veo aquella Reconquista que se va formando con hilos de sangre que salen de las montañas y de las grutas, que van creciendo hasta formar arroyos y remansos, y veo crecer en sus márgenes los concejos y las behetrías, y los gremios, y los señoríos, y las Cortes, y a los monjes, y a los religiosos, a los cruzados, a los pecheros, a los solariegos, a los infanzones, enlazados por los fueros, los usatges, los códigos, los poemas y los romanceros; descendiendo hacia la vega de Granada en un ocaso de gloria, para ver allí el alborear de un nuevo mundo con la conquista de

América y del Pacífico; y entonces pasan ante mi fantasía Colón y Elcano, Magallanes y Cortés; los conquistadores, los navegantes y los aventureros; y a medida que el sol se levanta, mi alma arrebatada quiere vivir y sentir y admirar a políticos como a Felipe II y Cisneros; a estadistas como Carlos V y como Juan de Austria; y por impulso de la sangre quiero ser soldado de los Tercios del Duque del Alba, de Recasens y de Farnesio, y quiero que recreen mis oídos los períodos solemnes de Fray Luis de Granada, y las estrofas que brotan de la lira de Lope y de Calderón, y que me traiga relatos de Lepanto aquel Manco a quien quedó una mano todavía para cincelar sobre la naturaleza humana a don Quijote, y quiero ver pasar ante mis ojos los embajadores de los parlamentos de Sicilia y de Munster, que se llaman Quevedo y Saavedra Fajardo, y ver la caída de Flandes al través de las lanzas de Velázquez, y quiero sentarme en la cátedra de Victoria para ver cómo el pensamiento teológico de mi raza brilla en aquella frente soberana, y quiero verle llamear en la mente de Vives sembrador de sistemas, y en la de Suárez ascender hasta las cumbres de la metafísica, y quiero más: quiero que infundan aliento en mi corazón y le caldeen las llamas místicas que brotan en lo más excelso del espíritu español con Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, y quiero ver a los penitentes varoniles y desgarrados en los cuadros terribles de Rivera; quiero en fin, embriagarme de gloria española, sentir en mí el espíritu de la madre España, porque cuando se disipe el sueño, cuando se desvanezca el éxtasis y tenga que venir a la realidad presente, ¿qué importa que sólo sea recuerdos del pasado lo que he contemplado y sentido? Siempre habrá traído ardor al corazón y fuego a las palabras para comunicarle al corazón de mis hermanos y decirles que es necesario que se entienda más su patriotismo cuanto más vacile la patria.

La Lectura de los Clásicos

(Azorín)

La lectura de los clásicos puede poner en el estilo escrito o en la palabra de quien los lea un dejo y un perfume de buen gusto, de elegancia y de distinción. Pero el matiz que los clásicos pongan en el estilo o en la palabra debe ser casi imperceptible; el buen discernimiento y tacto del orador o del escritor sabrá detenerse en la línea tenue que separa la elegancia de la afectación. Nada más enfadoso e insoportable que un estilo falsamente castizo.

El estilo no pueden enseñarlo los clásicos; el estilo es la resultante de nuestras condiciones vitales, orgánicas.

Lo que los clásicos pueden enseñarnos y lo que en sus obras debemos aprender, es a ser como ellos fueron, a hacer lo que ellos hicieron; es decir, a ser de nuestro tiempo—como ellos lo fueron del suyo—; a ser fáciles, libres; a tener desenvoltura en la expresión; a plasmar y desarticular el idioma; a no retroceder ante un desatino, si fuera preciso, con tal de conseguir la exactitud.

La exactitud es lo que debe esforzarse en conseguir todo literato y todo orador. Para lograr esta cualidad es preciso dominar bien el idioma. No podremos dominar bien el idioma si no poseemos un vasto caudal de palabras, y si no conocemos el valor de ellas. Pase y repase el vocabulario de su lengua el político, en él encontrará mil palabras que le servirán para nombrar exactamente las cosas y para indicar sus relaciones. Los idiomas llegan a empobrecerse con el uso diario; en los vocabularios y en el lenguaje del pueblo, duerme multitud de vocablos que han desaparecido del habla culta y ciudadana. Conózcalos el orador y use de ellos con tino. De usarlos desatinadamente y en abundancia, la claridad y exactitud que se persiguen no podríamos lograrlas.

Esté, pues, atento el político a lo que dice y a cómo lo dice. Lo que ha de importarle es ser exacto; no se cuide de la brillantez. Cuando conozca el valor de las palabras y disponga de un léxico variado, podrá expresar los más sutiles y delicados matices de las cosas, sus nexos misteriosos, sus afinidades, sus diferencias, y en esto precisamente consiste el arte.

El Poder Divino de Jesús

(P. Aicardo S. J.)

Llovieron sobre El los azotes y las burlas de la coronación, y cuando parecía su causa en el trance más crítico de substanciarse y El enel punto de mayor humillación, volvió a ser preguntado por Pilatos, que no oyó respuesta ninguna de sus labios. Entonces fué cuando sin comprend aquel silencio, le increpó y le dijo: *Mihi non loqueris?* Te acaban de dejar los tuyos, te ves únicamente a merced de mi sentencia, y ¿no me hablas? Y Jesús en vez de blandearse y debilitarse con la reprensión, se fortaleció y dijo: Tu potestad toda te la da Dios, y por eso quien de ella se prevale para atre-

pellarme, comete doble pecado. Esa es la acción en Jesucristo de la fortalez de Dios: Al acercarse la hora de las supremas flaquezas del hombre, s acercan las supremas muestras de la fuerza y virtud de Dios. Es Jesucrist crucificado, pero se declara Dios y pide por sus enemigos; es befado en s agonía, pero promete al ladrón el Paraíso; es agujereado en pies y mano es despojado de sus vestidos que se los reparten y juegan, es aheleado en s sed postrera; pero todo eso sucede cumpliéndose las profecías; empieza I a agonizar, pero con voz soberana encomienda su espíritu al Padre; se ace ca sobre El la muerte pero no le toca hasta que El inclina la cabeza dándo licencia; muere, pero se entenebrece el sol, se rompe la tierra, se rasga el ve del Sancta Sanctorum, las sepulturas dan resucitados a sus muertos, vis tan éstos a los suyos de Jerusalén, todo el pueblo baja del Calvario golpeá dose el pecho, confiesa la fe el Centurión, temen los sacerdotes, brota sa gre y agua el costado del señor muerto y se llenan de valor los discípul hasta entonces ocultos.

¡Oh gran poder divino, latente durante la Pasión, que ahora se de sentir en el cielo con el eclipse, en la tierra con el terremoto, en el infier con la pérdida y rescate de los cautivos, ¡Oh gran Poder divino que obli a todos a confesar que de veras, sin duda alguna ha muerto el Salvad Lo confiesa el Centurión, confesando que un hombre que así moría era Hi de Dios; lo confiesa la muchedumbre, que golpeándose el pecho baja d Calvario; lo confiesan los envidiados para rematar a los sentenciados, cua do le dejan sin fracturarar las piernas; lo confiesa el soldado que le atravie el pecho; lo confiesa Pilatos al dar licencia para su sepultura; los sacerdot que piden sellos para ella y presidio de soldados, y lo confiesan estos so dados puestos para guardar el sepulcro. ¡Oh gran Poder divino! Todos es que confiesan haberle visto en el mayor grado de debilidad, tienen que co fesar que ha resucitado con la mayor manifestación del Poder divino.

Parodiando palabras de San Agustín, podemos resumir todo lo prob do hasta aquí diciendo: Eres siempre, Señor, Jesús Nazareno, es decir de preciado, pobre y débil; pero siempre eres también del Gran Poder, que del Poder de Dios. Jesús Nazareno del Gran Poder en los brazos de tu M dre y en los brazos de la Cruz, en la cuna y en el sepulcro, en Belén y en Calvario, en Galilea y en Judea, en Nazaret y en Jerusalén; porque siemp eres el cordero inmolado y el leóon de Judá, que se descubrió a San Juan su Apocalipsis.



LITERATURA HISPANO AMERICANA

La Literatura hispano-americana durante la época colonial no fué sino una rama de la española y siguió las mismas corrientes. La conquista y la lucha con la naturaleza y con las tribus indígenas, y más tarde el relativo aislamiento del resto del mundo, fueron circunstancias poco favorables para el desarrollo de las letras. Sin embargo en América fueron escritos los tres poemas épicos más clásicos de la Literatura Española: La *Araucana,* la *Cristíada* y el *Bernardo;* y el Nuevo Mundo dió materia para toda una gloriosa serie de obras históricas y científicas, notables por la novedad y originalidad del asunto, y a las que cada día se atribuye mayor importancia.

Durante la época revolucionaria hubo un verdadero derroche de estro poético y de facundia oratoria, notables por la sinceridad y el entusiasmo, pero en general de escaso valor artístico por falta de preparación y por la influencia de dos escuelas imperfectas: la escuela clásica en decadencia, y poco después la romántica en formación.

Durante la vida independiente nuestra América ha seguido de cerca las tendencias dominantes en Europa, no sólo en España, sino sobre todo en Francia, ha producido obras de gran valor, algunas verdaderamente geniales, que no pocas veces han igualado y aun sobrepujado en algunos géneros a las creaciones del Viejo Mundo.

El acercamiento de España y América se ha intensificado extraordinariamente en los últimos años, tanto en el terreno mercantil y diplomático, como sobre todo en el intercambio intelectual, científico y literario.

En el siglo XIX la poesía lírica y descriptiva, la oratoria y la prensa fueron los géneros más cultivados; menos lo fueron, por razón de las circunstancias, y salvo notables excepciones, los estudios didácticos y de historia crítica, pero en los últimos decenios también éstos han adquirido extraordinario desarrollo.

Lo que a principios del siglo se llamó *Modernismo*, y que con más propiedad llaman algunos *Rubenianismo* (de Rubén Darío), tendencia efectista, más de forma que de fondo, de imitación francesa y asuntos exóticos, fué felizmente una escuela efímera, que pasó en pocos años, pero que dejó honda huella, ya en una serie de otras aún más efímeras y reducidas escuelas, que van en busca de nuevas maneras de llamar la atención con novedades inauditas; ya, en términos generales, en una universal renovación provocada parte por influencia, parte sobre todo por reacción contra el rubenianismo, y que ha dado por resultado general cierto hastío de formas excesivamente mano-

seadas y de poco relieve, mayor empeño en la precisión de los términos y riqueza de lenguaje, en la fluidez del verso y su mejor adaptación al asunto, en la sinceridad del sentimiento, en una palabra, en una vuelta al legítimo clasicismo en su más amplio sentido de perfección y armonía.

En contra de los asuntos versallescos y exóticos de Rubén Darío, un intenso *Americanismo,* más hondo, sensato y realista que el de la efervescencia romántica, se ha enseñoreado noblemente de gran parte de los grandes autores, que se dedican a estudiar, narrar o celebrar la naturaleza y la raza, el pasado, el presente y el porvenir de nuestras jóvenes nacionalidades, enlazando sus glorias y tradiciones con las tradiciones y glorias de España, que consideran como propias. Es de notar que las mismas *escuelas de vanguardia* participan de este noble y grande espíritu, pues sus innovaciones sólo se refieren ordinariamente a la forma.



Pabellón de Argentina en la Exposición de Sevilla



MEJICO

Literatura Indigena

Entre los aborígenes mejicanos consta que fué cultivada la literatura por los *mayas* de Yucatán, muchos de cuyos libros, impresos en pergaminos arrollados, fueron desgraciadamente destruídos por uno de los conquistadores. A esa literatura corresponden los cantos atribuídos al poeta *Netzahualcoyotl*, rey de Texcuco en el siglo XV, los que fueron traducidos al castellano en el siglo XVI, por su descendiente *Fernando de Alba Ixtilxochiltl*, el cual además estudió y consignó en varias obras, escritas en sencillo, correcto y pintoresco estilo, las principales tradiciones de los texcucanos y toltecas.

Epoca Colonial

En la época colonial el virreinato de la Nueva España fué la región de América que, mejor atendida, adquirió mayor cultura y desarrollo intelectual.

Mejicano fué el gran dramaturgo Ruiz de Alarcón; y en Méjico vivieron contribuyendo a su cultura muchos otros grandes escritores del siglo de oro, como *Juan de la Cueva, Mateo Alemán, Bernardo de Balbuena,* etc.
En el siglo XVIII, *Fray Manuel Martínez de Navarrete* (1768-1809) representa la escuela pseudo-clásica con sus poesías bucólicas y eróticas de puro artificio retórico.

Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) fué una inspirada poetisa, profana y mística, dotada de cierto conceptismo, que a las veces da origen a frases y estrofas de gran agudeza y donaire.

Epoca Independiente

Poesía

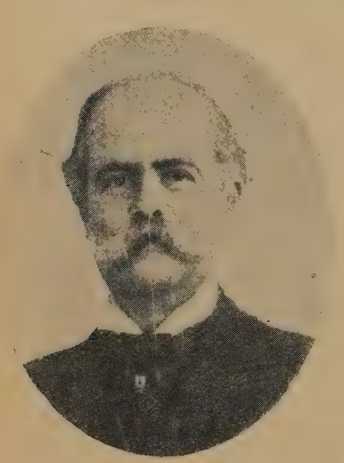
Manuel de Gorostiza (1789-1851) cultivó la comedia moratiniana; sus producciones fueron representadas con gran éxito en España, donde pasó gran parte de su vida.

José Joaquín de Pesado (1801-1861) y Manuel Carpio (1791-1860) sostienen, frente al romanticismo, la escuela clásica, sencillo el primero, exuberante Carpio, ambos hondamente inspirados en la Biblia y en los autores del siglo de oro.

Alejandro Arango y Escandón (1821-1883) autor de un admirable ensayo histórico sobre Fray Luis de León, es además digno discípulo de él en sus clásicas y sentidas poesías religiosas.

José M.ª Roa Bárcena (1827-1908), es poeta lírico y narrativo, de lenguaje y estilo clásicos, que traza magistralmente y con gran colorido paisajes, escenas y tradiciones americanas.

Entre los poetas románticos de Méjico figuran Manuel Acuña (1849-1873) y Manuel María Flores (1840-1885) ambos de viva imaginación y a veces de exaltado sensualismo; Guillermo Prieto (1818-1897) inspirado cantor de las tradiciones populares (*El Romancero Nacional*); José Peón y Contreras (1843-1908), poeta lírico y dramático; Manuel José Othón (1858-1906) que en forma clásica muy correcta celebra con gran inspiración los encantos de la naturaleza en sus *Poemas rústicos, Himno de los bosques* y en su novela *La Gleba.*



Juan de Dios Peza



Amado Nervo

Juan de Dios Peza (1852-1910), notable poeta patriótico y filosófico, lo es mucho más por las encantadoras poesías de temas familiares e infantiles, en que muy pocos podrán rivali-

zar con él y que le han granjeado merecida y amable fama (*Hogar y Patria*, *Cantos del Hogar*).

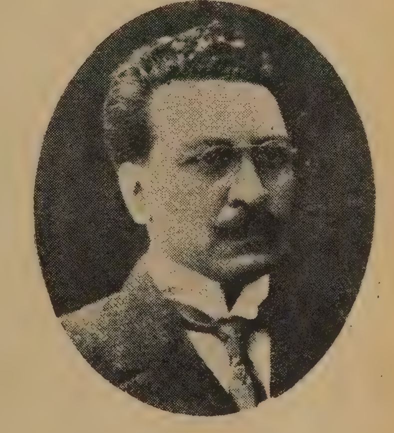
IGNACIO MONTES DE OCA (1840), obispo de San Luis, poeta clásico y de buen gusto, tradujo en verso castellano a Píndaro y los bucólicos griegos.

Modernistas, o precursores del modernismo, aunque muy personales, variados e independientes son MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA (1851-1895), poeta sentimental de gran estro lírico y atildada forma (*Serenata de Schubert*, *Las almas huérfanas*, etc.), y SALVADOR DÍAS MIRÓN (1853-1928), dotado de gran energía y naturalidad, artificioso cincelador de versos según una nueva métrica (*Lo eterno*, *Lord Byron*).

AMADO NERVO (1870-1919) de sentimientos sumamente delicados, prolijo descubridor de recónditas armonías de la naturaleza, y cuya obra está saturada de cierto vago panteísmo, que fué elevándose gradualmente hasta encerrar en sus últimas colecciones poesías netamente cristianas. (*Perlas negras*, *Místicas*, *En voz baja*, *Serenidad*, *Elevación*, etc.).

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ, tan delicado como el anterior, más enérgico y definido en el asunto, y de forma más conforme a los modelos tradicionales. (*Lirismo*, *Senderos ocultos*, *La muerte del cisne*, etc.).

MANUEL DE LA PARRA (1878) cantor de amores ideales, es simbolista vago y melancólico, pero claro y castizo.



Enrique González Martínez

Luis Urbina (1868), periodista ameno y crítico erudito, es un poeta sentimental de lenguaje claro y castizo.

Alfonso Junco de la Vega, es un joven poeta, religioso, casi místico, de hondo sentimiento y forma correctísima, de un simbolismo moderado (*Por la senda suave*).

Ramón López Velarde (1888), poeta regional y sincero, amante de la naturaleza, ha participado últimamente de las osadías de las escuelas más avanzadas.

Historia y Didáctica

En prosa merecen un sitio prominente como eruditos, investigadores y críticos Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), Victoriano Aguero (1854-1911) y Alberto Carreño.

Críticos de talla, oradores y poetas fueron Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) de pura raza indígena, Justo Sierra (1846-1912) y Alfredo Chavero (1841-1906).

Entre los más recientes han figurado en la prensa Federico Gamboa (1864), presidente de la Academia Mejicana, que ha cultivado el teatro, la novela y la crítica (*Del natural, Impresiones y recuerdos*); el brillante poeta Efrén Rebolledo (1877), el modernista José Tablada (1881) y el crítico de castizo lenguaje Alfonso Reyes (1889). Francisco Icaza (1865-1925), además de ser un poeta delicado, fué un crítico e investigador infatigable (*El Quijote durante tres siglos, Paisajes sentimentales*) como el P. Mariano Cuevas, S. J. con su monumental *Historia Eclesiástica de Méjico*, una de las obras más completas, críticas y mejor documentadas de América.

Artemio del Valle Arispe (1888) en su admirable obra «*La gran ciudad de Méjico según relatos de antaño y de ogaño*» ofrece un modelo de narración interesante y de un estilo clásico en un lenguaje intencionadamente arcaico; Mariano Azuela ha publicado últimamente una novela de costumbres *Los de abajo*, sobre las últimas guerras civiles.

ANTOLOGIA

Castigo de Faraón

(Carpio)

. . . .

Un ángel en tanto voló como un rayo,
de Siena hasta el Delta temblando de enojo;
con la ala derecha tocaba el Mar Rojo,
la izquierda tocaba el Libio arenal.
Volaba cubierto de espesa tiniebla,
llevaba en la mano su acero sangriento,
sus negros cabellos vagaban al viento,
sus ojos brillaban con luz funeral.

Cual suele en los campos un gran torbellino
quebrar las cañuelas de verdes espigas,
dejando burladas así las fatigas
y dulce esperanza de algún labrador;
así pasó el ángel airado matando
a cuantos varones nacieron primero;
murió desde el hijo del pobre lechero,
hasta el del monarca de Egipto señor.

Un grito de muerte se oyó a media noche
en todo el Imperio; llevaba la gente
pavor en el alma, sudor en la frente;
de todos los ojos el llanto corrió.
El Rey se levanta del lecho de grana,
los vastos salones recorre aturdido,
sus lágrimas ruedan, y da un alarido
que en todo el alcázar, en todo se oyó.

. . . .

El ángel en tanto se pára en la cumbre
de la alta pirámide, y da una mirada
a todo el Egipto, y envaina la espada,
y quédase un rato pensando entre sí.
De nuevo despliega sus rápidas alas,
y parte, y resuena su espada en el vuelo;
divide las nubes y encúmbrase al cielo,
y dice postrado: —«Señor, ya cumplí»

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
de Tebas y Menfis allá entre las ruinas,
que vieron al ángel en densas neblinas
cual águila negra volando cruzar;
allí Bonaparte a orillas del Nilo,
al dar a los turcos batalla tremenda,
es fama que dijo:—«Aquí va la senda
que ha visto de un ángel la sombra pasar».

La Sementera

(Othón)

Escucha el ruido místico y profun-
[do
Con que acompaña el alma Primave-
[ra
Esta labor enorme que se opera
En mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubi-
[cundo
Que el sol ardiente calentó en la era.
Vendrá Otoño, que en mieses exube-
[ra,
Y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmi-
[go,
A tu paso doblego mis abrojos,
Te doy el alimento y el abrigo.

Y cuando estén en mi regazo opre-
[sos
De tu vencida carne los despojos,
¡Con cuánto amor abrigaré tus hue-
[sos!

De Blanco

(Gutiérrez Nájera)

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina de gótico altar?
. . . .

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea,
Las tiernas ovejas triscando se van;
De cisnes intactos el lago se llena;
Columpia su copa la enhiesta azucena
Y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura:
De nieve parecen las canas del cura,
Vestido de alba de lino sutil;
Cien niñas hermosas ocupan las bancas,
Y todas vestidas de túnicas blancas
En ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la Virgen propicia
Escuche los rezos de casta novicia
Y el Cristo de mármol expira en la cruz;
Sin mancha se yerguen las velas de cera;
De encaje es la tenue cortina ligera
Que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
Parece el arroyo de blancas espumas
Que quieren, cantando, correr y saltar;
Su airosa mantilla de fresca neblina
Terció la montaña; la vela latina
De barca ligera se pierde en el mar.

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! Oh inmensa blancura
Que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
Tú estás en la estatua de eterna belleza;
De tu hábito blanco nació la pureza,
¡Al angel das àlas, sudario al mortal!

Irás por el Camino

(Amado Nervo)

Irás por el camino buscando a Dios, pero atento a las necesidad de tus hermanos.

En cualquier momento, en cualquier lugar, entre cualquier compañ te formularás la admirable pregunta de Franklin: —«¿Qué bien puedo h cer yo aquí?»— Y siempre darás una respuesta en lo hondo de tu corazó

Apareja el oído, los ojos y las manos para que ninguna necesidad, nin guna angustia, ningún desamparo pasen de largo. Y cuando a nadie ve en la carretera llena de huellas, que relumbra al sol; cuando el camino es ya solitario, vuélvete inmediatamente hacia tu Dios escondido.

Si El te pregunta dentro de ti mismo: —«¿Cómo es que no me busca hijo mío?, le dirás: —«Te buscaba, Señor, pero en los otros». —«¿Y me h bías encontrado?»—«Sí, Señor; estabas en la angustia, en la necesidad, en desvalimiento de los otros».

Y El, por toda respuesta, sonreirá dulcemente.

La Hermana Melancolía

(Amado Nervo)

En un convento vivía
Una monja que pasaba
Por santa, y que se llamaba
La hermana Melancolía:
Fruto de savia tardía

Que olvidó la primavera,
Su rostro de lirio era,
Y sus pupilas umbrosas
Dos nocturnas mariposas
En ese lirio de cera.

Nadie la vió sonreir
Porque quiso, en su entereza,
Ennoblecer de tristeza
La ignominia de vivir.
Tan sólo cuando al morir
Miró la faz del Señor,
Arrojando su dolor
Como se arroja una cruz,
Mostró en su frente la luz
De un relámpago de amor.

Y aquella monja sombría
Que nunca se sonrió,
Cuando en su cripta durmió
Sonreía, sonreía...
Hermana Melancolía,
Dame que siga tus huellas,
Dame la gloria de aquellas
Tristezas, ¡oh taciturna!
¡Yo soy un alma nocturna
Que quiere tener estrellas!

Hospitalidad

(Amado Nervo)

Cristo, la ciencia moderna
Te arroja sin compasión
De todas partes: ¡no tienes
Donde residir, Señor!

Las teorías positivas
Y la experimentación
Materialistas, no dejan
Sitio en los orbes a Dios.

En cuanto al alma del hombre,
A piedra y cal se cerró
Hace tiempo a todo ensueño.
En el umbral, la visión,
Muerta de angustia, de frío
Y de soledad quedó...
En las moradas humanas
Ya tan sólo caben hoy
La vanidad, el deseo
Voluptuoso y la ambición.

¡Ya no tienes casa, Cristo!
...Mas ¿cómo no has de irte por
Esos caminos, si apenas
Has sonado el aldabón
De una puerta, te la cierran
Con estruendo y ronca voz?

El pájaro tiene nido,
Cubil la raposa halló;
Y tú en cambio vas expuesto
A la intemperie, al horror
De las noches congeladas,
A tanto abandono... Yo

no valgo dos cuartos, Cristo:
Mi corazón (tú mejor
Que nadie lo sabe) tiene
Poco espacio y poco sol;
Pero ¿qué le hemos de hacer,
Si en esta comarca no
Hay otro?.. ¡Ven, y permite
Que confuso, con temblor
De vergüenza, yo te hospede
En mi propio corazón!

A Gloria

(Salvador Díaz Mirón)

No intentes convencerme de tor-
[peza
Con los delirios de tu mente loca!
Mi razón es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
Mi esperanza inmortal no mira al
[suelo:
No viendo más que sombra en mi ca-
[mino,
Sólo contempla el esplendor del cielo:

Inútil es que con tenaz murmullo
Exageres el lance en que me enredo:
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo
Lleva un broquel impenetrable al
[miedo!

Fiado en el instinto que me empuja
Desprecio los peligros que señalas.
«El ave canta aunque la rama cruja
Como que sabe lo que son sus alas!

Erguido bajo el golpe en la porfía
Me siento superior a la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podrí
Quitarme el triunfo, pero no la glori

¡Deja que me persigan los abye
[to
¡Quiero atraer la envidia, aunque m
[abrum
¡La flor en que se posan los insect
Es rica de matiz y de perfume!

. . . .

¡Confórmate, mujer!—Hemos ve
[d
A este valle de lágrimas que abat
Tú, como la paloma, para el nid
Y yo, como el león, para el combat

Venid los tres

(Juan de Dios Peza)

(en días de tribulación)

Venid... venid a mí; triste y can-
[sado
la frente inclino mustia y abatida:
venid, que por vosotros no he apagado
la estéril llama que me da la vida.

Yo por vosotros todo lo desdeñ
aprendo a sonreir para miraro
y mi dolor más grande es muy pequ
[ñ
junto a la dicha inmensa de besaro

Ven, mi tierna Margot; tú eres la [rosa
que refresca mi espíritu doliente:
estrella de la paz, vierte amorosa
tus ósculos de luz sobre mi frente.

Ven, mi Juan, mi esperanza y mi [consuelo,
en cuyo nombre mi blasón se encierra,
véme con esos ojos de tu abuelo
que tanto me miraron en la tierra.

Y tú, mi triste y pálida María,
que has traducido mi aflicción secre- [ta,
ven a mi corazón, ven, hija mía,
y llora sobre mi arpa de poeta.

Ahora que castos sois, porque [sois niños,
dadme pureza, ensueños, ilusiones;
quiero hartarme de besos y cariños,
y en pago os llenaré de bendiciones.

¡Amadme como os amo! Me habéis [dado
la paz con vuestros besos de ternura.
¡Si yo viviera siempre a vuestro lado
¡Si siempre fuerais niños! ¡Qué ven! [tura!

Busca en todas las cosas

(Enrique González Martínez)

Busca en todas las cosas un alma y un sentido
oculto; no te ciñas a la apariencia vana;
husmea, sigue el rastro de la verdad arcana
escudriñante el ojo y aguzado el oído.

No seas como el necio que al mirar la virgínea
imperfección del mármol que la arcilla aprisiona,
queda sordo a la entraña de la piedra que entona
en recóndito ritmo la canción de la línea.

Ama todo lo grácil de la vida, la calma
de la flor que se mece, el color, el paisaje;
ya sabrás poco a poco descifrar su lenguaje...
¡Oh, divino coloquio de las cosas y el alma!

Hay en todos los seres una blanda sonrisa,
un dolor inefable o un misterio sombrío.

¿Sabes tú si son lágrimas las gotas de rocío?
¿Sabes tú qué secretos va contando la brisa?

Atan hebras sutiles a las cosas distantes;
al acento lejano corresponde otro acento...
¿Sabes tú dónde lleva los suspiros el viento?
¿Sabes tú si son almas las estrellas errantes?

No desdeñes al pájaro de argentina garganta
que se queja en la tarde, que salmodia a la aurora;
es un alma que canta y es un alma que llora...
¡Y sabrá por qué llora y sabrá por qué canta!...

Busca en todas las cosas el oculto sentido;
lo sabrás cuando logres comprender su lenguaje;
cuando escuches el alma colosal del paisaje
y los ayes lanzados por el árbol herido...

Ríe

(Francisco A. de Icaza)

A mi hija

Que tu boca en flor, alegre se ría;
tus indagaciones deja para luego:
que a tu edad conviene, pobrecita
[mía,
la risa y el juego...

Sé de dónde nace tu melancolía.
¡Piensas tántas cosas a tus cinco
[años!
¡Sueñas tántas cosas, pobrecita
[mía!
con tu cabecita de bucles castaños!

Ríe, que tu risa es la luz del día;
tu sonrisa triste es clamor nocturn
No te me parezcas, pobrecita m
en lo pensativo y en lo taciturno.

No quiero llamarte, pobrecita m
¿No estás buena? Ríe. ¿No estás tr
[te? Sal
Vamos por los campos. ¡Viva la a
[gr
—La tuya compensa la que a mí
[falt

La lengua castellana en América

(Luis G. Urbina)

Cuanto pensemos en belleza imaginaria, cuanto lucubremos en filosofía especulativa, cuanto experimentemos en sensación y sentimiento, cuanto tengamos, en fin, que comunicar, que sacar a lo exterior en el natural esfuerzo de nuestros espíritus, lo expresamos en la lengua madre, en el lenguaje que definitivamente nos da carácter en el mundo literario y nos une con los demás pueblos que en el árbol gigantesco de la palabra viva forman una de las tres ramas principales de las lenguas romances, la más vigorosa quizá, la más llena de savia, si bien no tan expresiva, flexible y amplia como la italiana, ni tan fina, sutil y primorosa, ni tan paciente y sabiamente labrada como la francesa. Y por ser así, por estar vinculados a perpetuidad a una de las tres lenguas romances, tenemos derecho a creernos, a sentirnos, a ser una difusión, más o menos remota, pero de originales augurios, del alma latina. El español es la forma única que nos ha dado y nos dará personalidad literaria en el universo de las ideas. . .

. . . .

. . . esa lengua nos subordina a la gran expresión que, a guisa de victorioso estandarte, lleva con orgullo una raza generatriz, y, por ende, nos hace tributarios de una literatura monumental y magnífica: la literatura castellana.

El Ruiseñor cantaba

(Luis G. Urbina)

El ruiseñor cantaba. La noche era divina,
toda cendal de nieve, toda cristal azul;
y en el jardín de plata, la coruscante encina
alzaba entre la sombra su cúpula de luz.

El ruiseñor cantaba. Y en un ambiente extático
dormían las praderas. Cantaba el ruiseñor;
y el viento flébil, alitendido y aromático.
soplaba el adorable cantar, de flor en flor.

Y repintó las cumbres la aurora ardiente y flava
y levantó la alondra su trino matinal,
y abrió su seno el día... y el ruiseñor cantaba
soñando en el nocturno misterio de cristal.

Vino la siesta cálida; la tarde pensativa
vino; la noche negra sus lumbres apagó,
y el ruiseñor cantaba, como si la votiva
lámpara de la luna colgase de un crespón.

Estío, otoño, invierno, primavera... Y el canto
surgía de las verdes entrañas del jardín,
alegre o melancólico—ora risa, ora llanto—
inacabable y único, magnífico y sin fin.

El ruiseñor se había vuelto loco; se había
embriagado de luna, de sueño y de pasión.
¡Y cantaba, cantaba... (como la poesía,
que llevo en el obscuro jardín del corazón).

«En tus llagas escóndeme»...

(Alfonso Junco)

Vengo, Señor, cabe las ígneas hue- [llas
de tus sacras heridas luminosas:
quíntuple abrir de inmarcesibles ro- [sas,
suma constelación de cinco estre- [llas.

Vengo a poblar sus oquedades be- [llas,
a escuchar en sus aulas silenciosas,
y a beber, con acucias fervorosas
la miel de acíbar que pusiste en ellas.

Cuando zozobre mi valor, inerme
y vaya en turbias ansias a abismarme
y llagado también llegue yo a verme

deja a tus dulces llagas allegarme
y en sus íntimos claustros esconder- [me,
y en su divina suavidad curarme

NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS

(Ignacio M. Altamirano)

La noche se acercaba tranquila y hermosa: era el 24 de Diciembre, es decir, que pronto la noche de Navidad cubriría nuestro hemisferio con su sombra sagrada y animaría los pueblos cristianos con sus alegrías íntimas. ¿Quién que ha nacido cristiano, y que ha oído renovar cada año, en su infancia el Nacimiento de Jesús, no siente en semejante noche avivarse los más tiernos recuerdos de los primeros días de la vida?

Yo ¡ay de mí! al pensar que me hallaba, en este día solemne, en medio del silencio de aquellos bosques majestuosos, aun en presencia del magnífico espectáculo que se presentaba ante mi vista absorbiendo mis sentidos, embargados poco ha por la admiración que causa la sublimidad de la naturaleza, no pude menos de interrumpir mi dolorosa meditación, y encerrándome en un religioso recogimiento, evoqué todas las dulces y tiernas memorias de mis años juveniles. Ellas se despertaron alegres como un enjambre de bulliciosas abejas, y me trasportaron a otros tiempos, a otros lugares; ora al seno de mi familia humilde y piadosa, ora al centro de populosas ciudades, donde el amor, la amistad y el placer, en delicioso concierto, habían hecho siempre grata para mi corazón esa noche bendita.

Recordaba mi pueblo, mi pueblo querido, cuyos alegres habitantes celebraban a porfía con bailes, cantos y modestos banquetes la Nochebuena. Parecíame ver aquellas pobres casas adornadas con sus *Nacimientos* y animadas por la alegría de la familia: recordaba la pequeña iglesia iluminada, dejando ver desde el pórtico el precioso *Belén*, curiosamente levantado en el altar mayor: parecíame oír los armoniosos repiques que resonaban en el campanario, medio derruído, convocando a los fieles a la *misa de gallo*, y aun escuchaba, con el corazón palpitante, la dulce voz de mi pobre y virtuoso padre, excitándonos a mi hermano y a mí a arreglarnos pronto para dirigirse a la iglesia, a fin de llegar a tiempo; y aun sentía la mano de mi buena y santa madre tomar la mía para conducirme al oficio. Después me parecía llegar, penetrar por entre el gentío que se precipitaba en la humilde nave, avanzar hasta el pie del presbiterio, y allí arrodillarme, admirando la hermosura de las imágenes, el portal resplandeciente con la escarcha, el semblante risueño de los *pastores*, el lujo deslumbrador de los *Reyes magos*, y la iluminación espléndida del altar. Aspiraba con delicia

el fresco y sabroso aroma de las ramas de pino, y del heno que se enredaba en ellos, que cubría el barandal del presbiterio y que ocultaba el pie de los blandones. Veía después aparecer al sacerdote, revestido con su alba bordada, con su casulla de brocado, y seguido de los acólitos, vestidos de rojo con sobrepellices blanquísimas. Y luego, a la voz del celebrante, que se elevaba sonora entre los devotos murmullos del concurso, cuando comenzaban a ascender las primeras columnas de incienso, de aquel incienso recogido en los hermosos árboles de mis bosques nativos, y que me traía con su perfume algo como el perfume de la infancia, resonaban todavía en mis oídos los alegrísimos sones populares, con que los tañedores de arpas, de mandolinas y de flautas, saludaban el nacimiento del Salvador. El *Gloria in excelsis*... acompañado por alegres repiques, por el ruido de los petardos, y por la fresca voz de los muchachos de coro, parecía transportarme con una ilusión encantadora al lado de mi madre, que lloraba de emoción, de mis hermanitos que reían, y de mi padre, cuyo semblante severo y triste parecía iluminado por la piedad religiosa.

Campeche

(Justo Sierra)

Desde la popa de uno de los buques de corto calado que pueden acercarse a Campeche, la ciudad mural parece una paloma marina echada sobre las olas con las alas extendidas al pie de las palmeras. Allí ni hay rocas ni costas escarpadas: el viajero extraña cómo el mar tranquilo de aquella bahía, que tiene por fondo una larga y suavísima pendiente, se ha detenido en el borde de aquella playa, que parece no presentarle más obstáculo que la movible y parda cintura de algas que el agua deposita lentamente en sus riberas.

El cielo, de un azul claro, luminoso, inmóvil durante horas enteras o puesto de súbito en movimiento por nubes regiamente caprichosas; el fresco y oloroso verdor de las colinas, los caseríos de la falda mostrando apenas entre el follaje sus techos de palma; la vieja, descarnada y soberbia cintura mural que rodea la ciudad y el mar rayado de oro, por donde van lentas y graciosas las canoas como palmípedos blancos que desaparecen al alba en derredor de sus nidos formados en los pérfidos bancos que las olas dejan más

bien adivinar que ver, imprimen a aquel cuadro algo de perpetuamente risueño y puro que encanta y serena las almas.

Mas cuando la rada de la muy noble y leal ciudad, como dicen los blasones coloniales de Campeche, toma un aspecto mágico en verdad, rico de colorido y de vida, es en el nebuloso día de San Juan, en la época de solsticio de Estío, la gran fiesta de las aguas. En tal día los habitantes de la ciudad corren a la playa, corónanse de gente murallas y miradores, y la muchedumbre desborda por el muelle: todos tratan de mirar y deleitarse con el *voltejer*, la alegre fiesta del mar.

Al misterioso murmurio de las olas se mezcla el sonido ronco y triste del caracol, el clarín del Océano, que resuena por doquiera que una barquilla se desliza. El mar, bajo los nublos del cielo y las caricias del viento de lluvia, tiene aires de rey y encrespamientos de león: bajo cada ola hinchada parece respirar y bullir algún pez gigantesco. Todo ello importa muy poco a aquellos marinos y pescadores acostumbrados a los caprichos del mar como a los de una querida, y, sin cuidarse de los elementos se embarcan en esquifes, diminutos a veces, y hombres, mujeres y niños surcan la rada, cantando, tremolando grímpolas y banderas, gritando e improvisando acá y allá regatas vertiginosas aplaudidas por cuatro o cinco mil espectadores.

Al Niño Jesús

(Sor Inés de la Cruz)

Belén, portal dichoso
Casa de pan, que ciñes
Aquel cándido trigo
Nacido en tierra virgen;

Deja que a tus umbrales
No palacios sublimes,
No edificios soberbios
De Babilonia envidie;

Deja que tu pesebre
Sellos mis labios frisen,
Fuentes mis ojos rieguen,
Ojos el alma mire.

En tu inmensa estrechura
Lo grande miro humilde,
Lo incircunscripto breve,
Postrado lo terrible.

¡Oh cómo está la Madre
Agradeciendo humilde
El abrigo a las bestias,
Que el hombre le prohibe.

Mece la jumentilla
Los pajizos cojines,
Y el buey con tardo aliento
De brasero le sirve.

Llorad, ojos, un rato;
Que cuando el hombre aflige
A Dios, de rudas bestias
Asistirse permite.

Aquella bella Aurora
Por quien los campos ríen,
De la eterna y triunfante
Jerusalén insigne,

Llora sobre las pajas
Y en sus hilos humildes
(Torsales de oro) ensarta
Aljófares sutiles.

Y asi le dice al Niño:
«Esta cuna infelice,
Hijo, te pronostica
Alguna tumba triste;

Y siendo tan estrecha,
Desde agora me dice
Que en las pajas te ensayas
Para en la cruz mullirte.»

Jerusalén

(J. J. Pesado)

Cuando aquesta ciudad delincuen- [te
se manchó con la sangre del Justo,
un acento incesante, robusto,
fatigaba los ecos doquier.
Con proféticas voces revela
los arcanos del tiempo futuro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del mu- [ro!
«¡Ay de ti, desdichada Salém!»

En el aire de sangre teñido,
escuadrones de ardientes guerreros
con clarines, banderas, aceros,
discurrir combatiendo se ven.
Despeñados después los recibe
en sus senos el báratro oscuro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del mu- [ro!
«¡Ay de ti, desdichada Salém!»

Los levitas oyeron de noche
dentro el Sancta Sanctorum augus- [to,
de pavor penetrados y susto,
pasos de hombres huyendo en tropel
y una voz que pronuncia: Salga- [mos
presto, presto del sitio inseguro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro
«¡Ay de ti, desdichada Salém!»

El concento del arpa y salterio,
y los ecos del gozo callaron:
los ancianos sus voces alzaron,
los mancebos gimieron también:
vanos son de la virgen los lloros,
es del mago impotente el conjuro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del mu- [ro!
«¡Ay de ti desdichada Salém!».

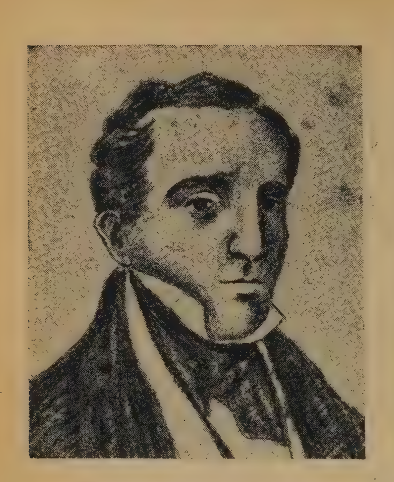


CUBA

Poesía

Iniciador de la literatura cubana moderna fué Manuel de Zequeira (1760-1846) que se distinguió no menos en la poesía bucólica, que en la heroica (*Primer sitio de Zaragoza, El 2 de Mayo*).

José María de Heredia (1802-1839) es una de las grandes figuras literarias de América: sus grandes odas *Al Niágara, Al Teocalli de Cholula, En una tempestad, Al Sol, Al Océano,* ponen de relieve sus extraordinarias dotes líricas: entusiasmo, profundo sentimiento de la naturaleza, viva imaginación para percibir lo bello y para despertar elevadas consideraciones ante los cuadros naturales. El lenguaje y estilo es grandilocuente y recuerda a Quintana.



José María de Heredia
Autor del *Niágara*



José María de Heredia
Autor de *Trofeos*

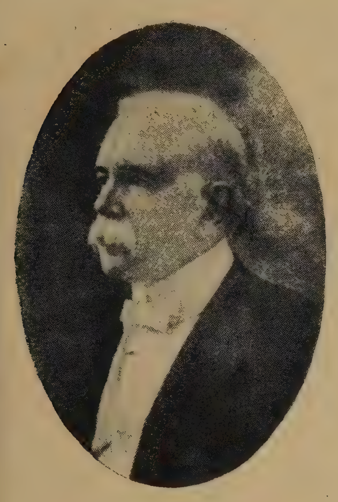
Gloria de Cuba y de América, como el anterior, fué su sobrino, el incomparable sonetista en lengua francesa, José María de Heredia (1842-1905), autor de *Trophées*, y uno de los jefes de la escuela parnasiana.

Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) cubana, pero que vivió casi siempre en España, es quizá la mayor poetisa de nuestra lengua, que manejó y en la que versificó como pocos. Su lírica es de lo más elevado y sentido, no tanto al cantar el amor humano como el amor divino con acento bíblico. Sus dramas románticos *Alfonso Munio*, *Leoncia*, *El Príncipe de Viana* y sobre todo *Baltasar*, su obra maestra, merecen colocarse entre las grandes producciones de la escuela romántica.

Gabriel de la Concepción Valdés (1809-1844), llamado vulgarmente el *mulato Plácido*, aunque a menudo incorrecto y descuidado, es un poeta sentimental, delicado, que gusta de

asuntos populares, como en sus hermnsa letrilla *Flor de caña* y el romance *Xicontecal.* Poco antes de morir por la patria en el cadalso escribió las dos melancólicas elegías *Adiós a mi lira* y *Plegaria a Dios.*

JOSÉ JACINTO MILANÉS (1814-1863) fué un inspirado poeta romántico, autor de composiciones revolucionarias y de primo-



Varona



Martí

rosas poesías ligeras, como *El nido vacío, La tórtola,* y de piezas teatrales de gran fuerza dramática, (*El poeta en la corte, Conde Alarcos,* etc.).

JOAQUÍN LORENZO LUACES (1826-1867) posee un estilo brillante en la poesía filosófica y política. (*El trabajo, La Naturaleza*).

JUAN CLEMENTE ZENEA (1832-1781) es uno de los más hondos y melancólicos elegíacos en lengua castellana, especialmente en las poesías que compuso antes de ser injustamente fusilado (*Diario de un mártir*).

RAFAEL DE MENDIVE (1821-1916) es suave y tierno (*La música de las palmas, La oración de la tarde, La sonrisa de la Virgen, Yumurí,* etc.).

JULIÁN DEL CASAL (1863-1893) es uno de los primeros iniciadores o precursores de la métrica moderna.



G. G. de Avellaneda

NIEVES XENES (1859-1915) notable poetisa, dotada de gran sinceridad y emoción, canta temas sentimentales y patrióticos (*Ante una tumba*).

DIDÁCTICA Y ORATORIA

Han ejercido saludable influencia como críticos literarios el célebre educacionista, filósofo y filólogo JOSÉ DE LA LUZ CABALLERO (1800-1862); JOSÉ ANTONIO SACO (1797-1879), no-

table político, propagandista y publicista incansable en su larga y azarosa vida (*Historia de la esclavitud, Cuestión de Cuba*): JOSÉ VARELA ZEQUEIRA (1854), escritor castizo, crítico, orador elegante y poeta satírico (*Idealismo y realismo en el arte, Caracteres del pueblo cubano*); el castizo y elegante ENRIQUE PIÑEIRO (1839-1911) (*El Romanticismo en España, Poetas del siglo XIX*); ENRIQUE VARONA (1849), director de la *Revista Cubana*, el novelista RAMÓN MEZA (1861-1911) y el erudito y clásico JOSÉ RODRÍGUEZ GARCÍA (1864).

Oradores de extraordinaria elocuencia y ascendiente sobre las multitudes fueron los dos grandes revolucionarios CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES (1819-1869), primer presidente federal de Cuba, y JOSÉ MARTÍ (1855-1895) que fué además un inspirado poeta y escritor erudito.

En nuestros días EMILIA BERNAL DE LABRADA continúa la gloriosa serie de grandes poetisas cubanas; las composiciones de *Alma errante* son de hondo sentir y gran claridad de expresión.

Cubanos son tres de los novelistas más conocidos que figuran actualmente en España, EDUARDO ZAMACOIS (1883), ALBERTO INSÚA (1883) y ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ (1885), todos ellos de escuela naturalista, sobre todo el primero.

ANTOLOGIA

ODA AL NIÁGARA

(José María de Heredia)

Dadme mi lira, dádmela: que siento
en mi alma estremecida y agitada
arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto [tiempo
en tinieblas pasó, sin que mi frente
brillase con su luz!... Niágara un- [doso,
sola tu faz sublime ya podría
tornarme el dón divino, que ensañada
me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
tu trueno aterrador: disipa en tanto
las tinieblas que en torno te circun-
[dan,
y déjame mirar tu faz serena,
y de entusiasmo ardiente mi alma
[llena.
Yo digno soy de contemplarte: siem-
[pre
lo común y mezquino desdeñando,
ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
al retumbar sobre mi frente el rayo,
palpitando gocé: vi al Oceano
azotado del austro proceloso,
combatir mi bajel, y ante mis plantas
sus abismos abrir, y amé el peligro,
y sus iras amé: mas su fiereza
en mi alma no dejara
la profunda impresión que tu grande-
[za.

Corres sereno y majestuoso y luego
en ásperos peñascos quebrantado,
te abalanzas violento, arrebatado,
como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
de la sirte rugiente
la aterradora faz? El alma mía
en vagos pensamientos se confunde,
al contemplar la férvida corriente,
que en vano quiere la turbada vista
en su vuelo seguir al borde obscuro
del precipicio altísimo: mil olas,
cual pensamiento rápidas pasando,
chocan, y se enfurecen,
y otras mil y otras mil ya las alcanzan
y entre espuma y fragor desaparecen

Mas llegan... saltan... El abismo ho-
[rrendo
devora los torrentes despeñados;
crúzanse en él mil iris, y asordados
vuelven los bosques el fragor tre-
[mendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
rómpese el agua, y salta, y una nube
de revueltos vapores
cubre el abismo en remolinos, sube,
gira en torno y al cielo
cual pirámide inmensa se levanta,
y por sobre los bosques que le cercan
al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante
[vista
con inquieto afanar? ¿Por qué no
[miro
alrededor de tu caverna inmensa
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
que en las llanuras de mi ardiente pa-
[tria
nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
y al soplo de la brisa del Océano
bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene..
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
ni otra corona que el agreste pino
a tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,
muelle placer inspiren y ocio blando
en frívolo jardín: a ti la suerte
guarda más digno objeto y más subli-
[me.
El alma libre, generosa y fuerte
viene, te ve, se asombra,

menosprecia los frívolos deleites,
y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Dios, Dios de la verdad! en otros climas
ví monstruos execrables
blasfemando tu nombre sacrosanto,
sembrar error y fanatismo impío,
los campos inundar con sangre y llanto,
de hermanos atizar la infanda guerra
y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
en grave indignación. Por otra parte
ví mentidos filósofos que osaban
escrutar tus misterios, ultrajarte,
y de impiedad al lamentable abismo
a los míseros hombres arrastraban:
por eso siempre te buscó mi mente
en la sublime soledad: ahora
entera se abre a ti; tu mano siento
en esta inmensidad que me circunda,
y tu profunda voz baja a mi seno
de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista mi ánimo enajena
y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
hace que al recibirte
no rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
cubrió tu faz de nubes agitadas,
dió su voz a tus aguas despeñadas,
y ornó con su arco tu terrible frente.

Miro tus aguas que incansables corren,
como el largo torrente de los siglos
rueda en la eternidad: así del hombre
pasan volando los floridos días,
y despierta el dolor... ¡Ay! ya agotada
siento mi juventud, mi faz marchita,
y la profunda pena que me agita
ruga mi frente de dolor nublada.
....

¡Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años
ya devorado habrá la tumba fría
a tu débil cantor. ¡Duren mis versos
cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
al contemplar tu faz algún viajero,
dar un suspiro a la memoria mía.
Y yo al hundirse el sol en Occidente,
vuele gozoso do el Criador me llama,
y al escuchar los ecos de mi fama
alce en las nubes la radiosa frente.

Al Nombre de Jesús

(Gertrudiz Gómez de Avellaneda)

Es grata al caminante en noche fría
La alegre llama del hogar caliente,
Grata al que corre bajo el sol ardien-
[te
La sombra fresca de arboleda umbría

Grato, como dulcísima armonía,
Para el sediento el ruido de la fuente,
Y grato respirar en libre ambiente
Para quien sabe de mazmorra impía.

Es grata, en fin, la lluvia al campe-
[sino;
Grata al guerrero belicosa fama;
Y grato el natal suelo al peregrino;

Pero más que aire, sombra, fuente,
[llama,
Lluvia, patria, laurel, ¡Jesús divino!,
Tu nombre es grato al corazón que
[te ama.

Plegaria

(Gabriel de la Concepción Valdés)

¡Sér de inmensa bondad! ¡Dios po-
[deroso!
A vos acudo en mi dolor vehemente...
Extended vuestro brazo omnipotente;
romped de la calumnia el velo odioso,
y arrancad este sello ignominioso
con que el mundo marcar quiere mi
[frente.

¡Rey de los reyes! ¡Dios de mis a-
[buelos!
¡Vos solo sois mi defensor, Dios mío..!
Todo lo puede quien al mar sombrío
olas y peces dió, luz a los cielos,
fuego al sol, giro al aire, al Norte hie-
[los,
vida a las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis Vos; todo fenece,
o se reanima a vuestra voz sagrada;
fuera de Vos, Señor, el todo es nada,
que en la insondable eternidad perece,
y aun esa misma nada os obedece,
pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de
[clemencia,
Y pues vuestra eternal sabiduría
ve al través de mi cuerpo el alma mía,
cual del aire a la clara transparencia
estorbad que, humillada la inocencia,
bata sus palmas la calumnia impía.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
sangre vertida, que la culpa sella

del pecado de Adán, o por aque-
[lla
Madre cándida, dulce y amoro-
[sa,
cuando envuelta en pesar, mustia y
[llorosa,
siguió tu muerte como helíaca estrella

Mas si cuadra a tu suma omnipo-
[tencia
que yo perezca cual malvado impío,
y que los hombres mi cadáver frío
ultrajen con maligna complacencia...,
¡suene tu voz y acabe mi existencia...!
¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios
[mío!

El Nido Vacío

(José Jacinto Milanés)

¡Ay! los mis lindos amores
idos son, que yo los ví:
quedóseme el nido aquí.

Con alma casta y gozosa
uidaba yo mis cariños,
omo cuida de sus niños
a bella y cándida esposa.
Mas ¡ay! mi ternura hermosa
onvirtióseme en dolores.
Ay! Los mis lindos amores
dos son, que yo los ví:
uedóseme el nido aquí.

No sé yo qué cazador
anzando un dardo cruel,
hirió el mismo nido, y dél
hizo fugar tanto amor.
Pero ignorarlo es mejor
para omitir sinsabores.
¡Ay! Los mis lindos amores
idos son, que yo los ví:
quedóseme el nido aquí.

Desierto el nido ha quedado,
y en él espero a fe mía,
que resucite otro día
amor más afortunado.
Mientras diré lastimado
a mis antiguos dolores:
idos son, que yo los ví:
quedóseme el nido aquí.

La Salida del Cafetal

(Joaquín Lorenzo Luaces)

Tasca espumante el argentino freno,
l bridón principeño generoso;
narca el cuello en ademán rijoso,
le noble árdor y de soberbia lleno.

La dura boca en el membrudo seno
exhala un resoplido estertoroso,
y bate con estrépito ruidoso
con fuerte callo el desigual terreno.

Suelta la crin de la ondulante cola,
abierta la nariz, el ojo esquivo,
poco es el llano a su impaciencia sola.

Salta mi bien, al fin: toma el estril
el restallante látigo enarbola
y parte el bruto con su carga altiv

En Días de Esclavitud

(Juan Clemente Zenea)

¡Señor! ¡Señor! ¡El pájaro perdido
puede hallar en los bosques el susten-
[to,
en cualquier árbol fabricar su nido
y a cualquier hora atravesar el vien-
[to!

Y el hombre, el dueño que a la tie-
[rra envías
armado para entrar en la contienda,
no sabe al despertar todos los días,
en qué desierto plantará su tienda.

Dejas que el blanco cisne en la la-
[guna
los dulces besos del terral aguarde,
jugando con el brillo de la luna,
nadando entre el reflejo de la tarde.

¡Y a mí, Señor, a mí no se me al-
[canza
en medio de la mar embravecida,
jugar con la ilusión y la esperanza
en esta triste noche de la vida!

Esparce su perfume la azucena
sin lastimar su cáliz delicado;
y si yo llego a descubrir mi pena,
me queda el corazón despedazado.

¿Y quién soy yo? Poeta vagabu
[d
que vengo, como réprobo maldit
a cantar, una hora, en este mund
la presencia de Dios y lo infinito!

Vengo a pulsar el arpa un bre
[instant
y en mi suerte más bella sólo espe
encontrar mi sepulcro, como el Dant
por las sendas tal vez del extranjer

La estrella de mi siglo se ha eclips
[d
y en medio del dolor y el desconsuel
el lirio de la fe se ha marchitado,
y no hay escala que conduzca al ciel

Van los pueblos a orar al temp
[sant
y llevan una lámpara mezquina;
y el Cristo allí, sobre la cruz, en tan
abre los brazos y la frente inclina.

Voluptuoso el amor en sus plac
[re
no busca mirtos, ni laurel aguard
y cubren con un velo las mujeres
al ángel adormido de su guarda.

¡Tengo el alma, Señor, adolorida
por unas penas que no tienen nom-
[bres;
y no me culpes, no, porque te pida
otra patria, otro siglo y otros hom-
[bres!

Que aquella edad con que soñé no
[asoma;
con mi país de promisión no acierto;
mis tiempos son los de la antigua Ro-
[ma,
y mis hermanos con la Grecia han
[muerto.

El Camino de Damasco

(Julián del Casal)

Lejos brilla el Jordán de azules on-
[das
que esmalta el Sol de lentejuelas de
[oro,
atravesando las tupidas frondas,
pabellón verde del bronceado toro.

Del majestuoso Líbano en la
[cumbre
erige su ramaje el cedro altivo,
y del día estival bajo la lumbre
desmaya en los senderos el olivo.

Piafar se escuchan árabes caballos
que, a través de la cálida arboleda,
van levantando con sus férreos callos
en la ancha ruta, opaca polvareda.

Desde el confín de las lejanas cos-
[tas
sombreadas por los ásperos nopales,
enjambres purpurinos de langostas
vuelan a los ardientes arenales.

Abrense en las llanuras las caver-
[nas
pobladas de escorpiones encarnados,
y al borde de las límpidas cisternas
embalsaman el aire los granados.

En fogoso corcel de crines blancas,
lomo robusto, refulgente casco,
belfo espumante y sudorosas ancas,
marcha por el camino de Damasco.

Saulo, elevada su bruñida lanza
que, a los destellos de la luz febea,
mientras el bruto relinchando avanza
entre nubes de polvo centellea.

Tras las hojas de obscuros olivares
mira de la ciudad los minaretes,
y encima de los negros almenares
ondear los azulados gallardetes.

Súbito, desde lóbrego celaje
que desgarró la luz de hórrido rayo,
oye la voz de célico mensaje;
cae transido de mortal desmayo;

bajo el corcel ensangrentado rueda;
su lanza estalla con vibrar sonoro,
y a los reflejos de la luz, remeda
sierpe de fuego con escamas de oro.

«Madre América»

(José Martí,)

¿Qué sucede de pronto, que el mundo se pára a oír, a maravillarse, venerar?... Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Sur Bolívar con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos c estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera! Y resu nan en la noche con todas las estrellas encendidas, por llanos y por mont los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México. C la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. L rotos de Chile marchan juntos, brazo a brazo, con los cholos del Perú. C el gorro frigio del liberto van los negros cantando, detrás del estandar azul. De poncho y boca de potro, ondeando las boleadoras, van, a esca de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los p huenches resucitados, boleando sobre la cabeza, la chuza emplumada. Pi tados de guerrear, vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lan de tacuarilla coronada de plumas de colores: y al alba, cuando la luz virgen derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cre ta del monte y corona de la revolución, que va envuelto en su capa de b talla, cruzando los Andes. ¿Adónde va la América y quién la junta y guí Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.

San Martín

(José Martí)

San Martín fué el libertador del Sur, el padre de la República Ar gentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaro a España para que fuese militar del rey

Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a lo españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pe learon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancit hizo huir una noche a una compañía, disparándoles tiros y más tiros desd un rincón del monte; al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía como si estuviese con

tento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén y le hicieron teniente coronel.

Hablaba poco; parecía de acero; miraba como un águila; nadie le desobedecía; su caballo iba y venía por el campo de pelea como el rayo por el aire.

En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América; ¿qué le importaba perder su carrera si iba a cumplir con su deber? Llegó a Buenos Aires; no dijo discursos; levantó un escuadrón de caballería; en San Lorenzo fué su primera batalla; sable en mano fué San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera.

En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo; a Bolívar lo había echado Murillo el Cruel de Venezuela; Hidalgo estaba muerto; O'Higgins salió huyendo de Chile. Pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América.

Hay hombres así, que no pueden ver la esclavitud. San Martín no podía, y se fué a libertar a Chile y al Perú. En diez y ocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fieros; iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos; abajo, muy abajo, los árboles parecían hierba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Chacabuco, lo derrota para siempre en la batalla de Maipú; liberta a Chile.

Se embarca con su tropa y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar. San Martín le cede la gloria. Se fué a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú.

Un escultor es admirable porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debieron querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores.

Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad; los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.



CENTRO-AMERICA Y ANTILLAS

El guatemalteco José Batres y Montufar (1809-1844) en sus poemas históricos *Tradiciones de Guatemala* demuestra una fuerza satírica y agudeza de ingenio extraordinarias; desgraciadamente no se puede menos de lamentar la falta de moralidad de algunos episodios.

Antonio José Irisarri (1786-1868), compatriota del anterior, más que como satírico, es conocido y apreciado por sus estudios filosóficos.

De Guatemala es también el notable publicista y novelista Enrique Gómez Carrillo, (1873-1928), escritor infatigable, variado y poético, sobre todo género de asuntos o acontecimientos del día (*La sonrisa de la Esfinge*, *Grecia*, *Jerusalén y Tierra Santa*, *El encanto de Buenos Aires*, etc.).

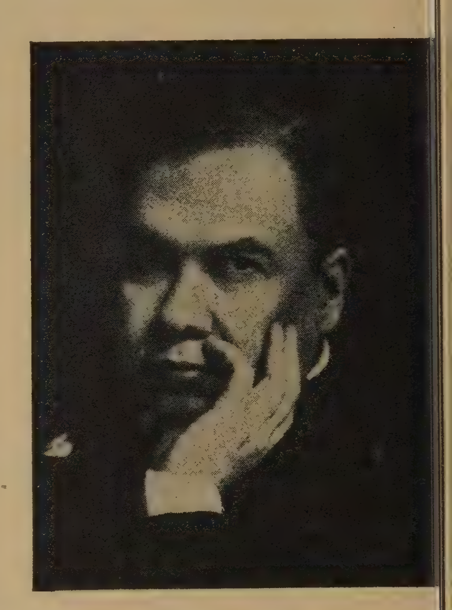
De Puerto Rico son Alejandro de Tapia (1827-1881), escritor que con gran tesón ha ensayado casi todos los géneros,

crítica, novela, lírica, teatro; DOLORES RODRÍGUEZ DE TIÓ (1848), poetisa de tendencia mística y forma clásica muy correcta (*Mis cantares*); JOSÉ GUALBERTO PADILLA (1829-1896) uno de los grandes satíricos de América, en prosa y verso; EUGENIO MARÍA DE HOSTOS (1839-1903), célebre político y orador, que figuró en las cortes de España, crítico, periodista y pedagogo que actuó largo tiempo en Chile; JOSÉ DE DIEGO (1866-1918) la primera figura literaria de Puerto Rico por la elocuencia, fuerza y brillo de sus escritos en prosa y verso sobre propaganda patriótica.

EN SANTO DOMINGO figuró con gran brillo como orador sagrado, y, cuando las circunstancias se lo impusieron, como orador político; Monseñor FERNANDO ARTURO MERIÑO (1833—?), célebre en la historia de su patria por su acendrado patriotismo, su actividad prodigiosa y su celo apostólico; fué rector de la universidad, presidente de la república y arzobispo de la capital; JOSÉ JOAQUÍN PEREZ (1845-1900) escribió poesías de colorido local sobre costumbres populares; SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ (1850-1897) se distinguió en la poesía íntima y en la oda heroica. Sus hijos PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA (1884) y MAX (1885) son escritores de gran cultura, notables críticos de amplia erudición clásica y moderna, autor el primero de una original tragedia en prosa, de forma griega primitiva *El nacimiento de Dionisios*, el segundo de poesías eruditas, de corte helénico e inspiración muy personal (*Anforas*). FEDERICO GARCÍA GODOY, crítico sesudo y brillante, se ha hecho célebre por su noble propaganda patriótica; AMÉRICO LUGO, diplomático y publicista, igualmente entusiasta por el espíritu de raza, se distingue por la galanura y perfección del estilo; MANUEL GALVÁN (1834-1911) y NICOLÁS HEREDIA cultivaron con éxito la novela de costumbres americanas.

RUBÉN DARÍO (1867-1916) nicaragüense, cuyo verdadero

nombre era *Félix Rubén García Sarmiento*, es el patriarca de la escuela modernista en lengua castellana. En él se encuentran reunidas y armonizadas las características que ya anotamos en dicha escuela. Sus innovaciones métricas, que muchos, tanto de sus impugnadores, como de sus discípulos, no han sabido comprender, tienen fundamento racional y encuentran precedentes en los clásicos y primitivos poetas castellanos; es tan renovador como innovador. Es poeta de gran talento e imaginación, de oído finísimo, cincelador admirable de versos y estrofas sonoras, de memoria y poder de asimilación extraordinarias; participa de todas las escuelas y de todos los tiempos.



Rubén Darío

De sentimientos casi siempre sensuales y no pocas veces impíos y blasfemos, de ideas filosóficas vulgares y falsas, volvió en sus últimos años a la verdadera fe, que cantó en primorosas composiciones. Habiendo pasado casi toda su vida fuera de su patria, en Chile, Salvador, Buenos Aires, Madrid, y sobre todo en París, tornó al fin a Nicaragua, donde murió cristianamente en 1916.

Las más famosa de sus colecciones son: *Azul*, *Prosas profanas*, *Cantos de vida y esperanza*, etc.

SANTIAGO ARGUELLO (1871) nicaragüense, es poeta modernista moderado, de gran brío e inspiración.

En HONDURAS RÓMULO DURÓN (1865) es poeta, crítico e historiador de notable erudición y ameno estilo (*Honduras literaria*, *Rectificaciones históricas*); JUAN RAMÓN MOLINA, (1875-1908) modernista de buen gusto en sus artículos de *Tierras, mares y cielos*.

En el SALVADOR, ARTURO AMBROGI se ha distinguido como prosista de gran colorido descriptivo, JULIO E. AVILA como poeta de verso amplio, muy alegórico y original (*Fuentes del alma*).

En PANAMÁ ha sobresalido el insigne literato RICARDO MIRÓ, (1883) poeta trascendental y filósofo, muy sugestivo, de forma sencilla y elegante.

En COSTA RICA se han señalado, como notable crítico y erudito filósofo ROBERTO BRENES MESÉN (1874), que es además un poeta de forma esmerada e inspiración vagamente mística; RAFAEL CARDONA y ROGELIO SOTELO como poetas plásticos, de notable precisión y buen gusto; excelentes narradores y costumbristas CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADA (1882), MANUEL GONZÁLEZ ZELEDÓN (1865) y JUANA FERRAZ DE SALAZAR, autora de la notable novela social *El espíritu del río*.

ANTOLOGIA

EL COLOR DE LAS CIUDADES

(E. Gómez Carrillo)

...Cada rincón del mundo se me aparece bañado por una luz especial... Cierro los ojos y los paisajes van desfilando en mi recuerdo con sus iluminaciones peculiares, con sus resplandores caracteríticos, con sus tintes inconfundibles. Este tono de rosa es el del Cairo. Hay otras ciudades rosadas. Rosada como ésta sólo hay una. Y es entre ligeros velos, que parecen

suspendidos en el éter, la más diáfana, la más pura, la más voluptuosa claridad envolviendo las terrazas, dando esbeltez a las masas arquitectónicas, alargando idealmente las agujas de los alminares. ¡Y la blancura de Cádiz! En pleno día, sobre todo, la deliciosa ciudad andaluza palpita en el sol cual una paloma alba. En frente está Tánger, que también es blanco, y que no lo es del propio modo. Damasco es verde, verde brillante, verde luciente, verde de aguas que corren entre enramadas. ¿Y París? París es gris, no gris cual Londres, no gris de piedra vieja, gris sin humo, gris suave, gris de perla gris.

Marcha Triunfal

(Rubén Darío)

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,
la gloria solemne de los estandartes
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra,
y los timbaleros
que el paso acompasan con ritmos marciales.
¡Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sones,
su canto sonoro,
su cálido coro,
que envuelve en un trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.

El dice la lucha, la herida venganza,
las ásperas crines,
los rudos penachos, la pica, la lanza,
la sangre que riega de heroicos carmines
la tierra;
los negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triunfal de la Gloria;
dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño.
Ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circunda de armiño
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera!
¡Honor al herido y honor a los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:
las viejas espadas de los granaderos, más fuertes que osos
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.
Las trompas guerreras resuenan;
de voces los aires se llenan...
—A aquellas antiguas espadas,
a aquellos ilustres aceros
que encarnan las glorias pasadas,
y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,

y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha,
y el odio y la muerte por ser por la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la Marcha Triunfal!

Tanger

(Rubén Darío)

Salgo del hotel a dar mi primera vuelta por la ciudad, caballero en una mula mansa y vieja, en una silla morisca forrada de paño rojo. Me precede en otra mula, el guía, un español que hace largos años reside aquí, y que conoce el idioma perfectamente. Me sigue, a pie, un morito vivaracho, de grandes ojos negros. Ambos llevan látigos; el guía para los moros del pueblo que no se apartan del camino, y el morito para mi mula. Así pasamos por toda la larga y única calle que pueda merecer este nombre, hasta llegar al gran Zoco, o Zoco de la Barra, el mercado principal. No nos detenemos, pues por esta vez quiero conocer los alrededores. No lejos están las casas en que habitan los cónsules, algunascon hermosos jardines y de arquitectura oriental. Más afuera, en los declives del terreno, o sobre graciosas colinas, hay otras construcciones en donde moran extranjeros. Después es la campaña. Hay profusión de áloes y tunas, lo que en España llaman higos chumbos, y datileros e higueras. Manchas de flores rojas y amarillas entre los repliegues del terreno, y gencianas y geranios. Todo lo ilumina una luz grata y cálida. No muy distante, advierto grupos de casas bajas, aldehuelas como sembradas en el seno de los valles, y de donde se eleva una columna de humo. Y sobre una altura, de pronto, la silueta de un jinete. Unos cuantos soldados entran montados en sus hermosos caballos y armados de las largas espingardas que se creerían tan solamente propias para las panoplias de adorno y las colecciones de los museos y armerías. Son de las tropas que vienen del interior, en donde una insurrección se ha levantado de manera tal, que desde hace algunos días son escasas las caravanas que entran a Tánger, y, por lo tanto, sufre el comercio.

Puerto Rico en el Problema de la Raza

(José de Diego)

. . . .

. . . .

. . . . . .Historia y tierra, nacionalidad y raza, como ha dicho este magno poeta de América, han de ser los elementos inexpugnables de nuestra defensa y la política de todos los pueblos latino-americanos. No estamos así solos y apretados, un millón de portorriqueños, en una isla de 3,600 millas cuadradas, contra cien millones de americanos en la mitad de un continente, sino que están con nosotros todas las tierras habitadas por nuestros hermanos y todos nuestros hermanos en Europa y América, toda nuestra raza, y con ella todas las inagotables energías de su existencia y su misión en el mundo.

La emancipación de Puerto Rico es un ideal de todos los pueblos iberos, una base del programa de la Unión iberoamericana, «al cual únicamente se llegará, como decía en una sabia epístola su presidente, el ilustre Rodríguez San Pedro, llevando como norma la independencia de todos los pueblos que integran nuestra raza». No creo yo, como ha expresado un querido compañero, que seamos los portorriqueños los únicos hombres de América que no podamos realizar el sacrificio de nuestra vida por nuestra libertad en los campos de batalla: ciento contra uno, dije antes; pero esta aritmética de los números es inferior a la divina álgebra de los signos heroicos: nadie mide el amor de una madre, el derecho de una patria, por el número de sus agresores, sino por la fuerza incoercible del derecho y del amor, que sube siempre a cifra espiritual, más alta que la cifra numérica de los ejércitos más poderosos. Pero sin apelar a una emergencia, posible sólo en la fatalidad de un sacrificio irremediable, tengo la convicción de que obtendremos la libertad, en una evolución armónica y progresiva, por el derecho ante el derecho, no en hostilidad contra los Estados Unidos, sino con su amistad, su protección y su justicia.

Desde la cumbre

(José de Diego)

Estoy en pie en la cumbre; atrás, el llano;
debajo, la honda vertical pendiente;
arriba está la bóveda esplendente
donde se interna el ideal humano.
Firme la planta, gélida la mano,
hay que bajar por la áspera vertiente,
al suelo vuelta la humillada frente
y puesto en Dios el corazón cristiano.
Cuando el cuerpo en la tierra se derrumba,
sube el alma en la atmósfera serena...
Puede venir la muerte no temida.
Yo sé que está la fe tras de la tumba,
y en plena luz, tras de la sombra plena,
la eterna fuente de la eterna vida.

El Ruiseñor

(Manuel Padilla Dávila)

Yo soy el ruiseñor, el pajarillo
que, despreciando el haya y la palme-
[ra,
fabrica entre las ramas del tintillo
dulce lecho a su amante compañera.

Yo soy el ruiseñor, arpa del día,
que sueña de la noche hasta en la
[bruma:
la música a mi voz dió su armonía
y su sombra el crepúsculo a mi pluma

Yo soy el ruiseñor, y luto y gala
por la pluma y la voz al par indico
soy de duelo abanico si abro el ala
soy bandolín de amores si abro el
[pico

Los que escuchan mis trinos seduc-
[tores
no advierten si, de júbilo o congojas
celebro el nacimiento de las flores
o lloro la caída de las hojas.

Que, símbolo mi voz de melodía,
al brotar de mi seno puede tanto,
que ya exprese el dolor, ya la ale-
[gría,
nadie logra entender si lloro o canto.

Yo soy el ruiseñor, yo soy el ave
cuya lengua parlera y argentina
del mirlo remedar el canto sabe
y la voz de la errante golondrina.

Cuando anuncio las albas matina-
[les
se alegran a mi voz hasta los riscos,
y abandonan su lecho los zagales
y dejan los rebaños sus apriscos.

Y al ver el sol en la mitad del cielo
busco la sombra que el follaje presta,
y en cualquier rama descansando el
[vuelo
yo mismo arrullo mi tranquila siesta.

Y cuando el sol en el ocaso arde
y está el oriente ya descolorido,
rompo a cantar el himno de la tarde
y torno en busca de mi caro nido.

Así paso la vida hora por hora,
en libertad, feliz, cantando a una
amenas alboradas a la aurora
y plácidos nocturnos a la luna.

Yo soy el ruiseñor, y mientras tanto

que en libertad, feliz, las alas vibre,
en el espacio vibrará mi canto
del mismo modo que mis alas, libre.

La Vuelta al Hogar

(José Joaquín Pérez)

Ondas y brisas, brumas, rumores,
Suspiros y ecos del ancho mar,
¡Adiós! que aromas de puras flores,
¡Adiós! que todo cuanto se alcanza,
Dicha, esperanza
Y amor me llaman allá en mi hogar.

¡Ya ve el proscripto sus patrios la-
[res!
Ve azules cumbres lejos sombrear,
Grupos de nieblas crepusculares
Y el ansia siente del paraíso
Que darle quiso
Dios en el seno del dulce hogar!...
. . . .

Virgen de América suspiradora,
Cautiva indiana, vuelve a gozar;
Si atrás hay sangre, luz hay ahora...
Ayer el hierro y hoy es la idea...
¡Tu gloria sea
Ver a tus hijos junto al hogar!

¡Cuán bella eres acariciando
Todos unidos los que al vagar
—Errantes unos y otros luchando—

Sufrieron ruda la tiranía
Que hacer quería
Huérfanos tristes sin pan ni hogar!...

¡Ya no hay festines patibularios!
¡Ya no hay venganza con que saciar
Su vil conciencia crueles sicarios!
¡Ya no hay vencidos ni vencedores!
¡Sólo hay de flores
Castas coronas en el hogar!...

¡Mi dulce Ozama! Tu bardo amante
A tus riberas torna a cantar,
Y tras él deja, por ti anhelante,
Lejanos climas y humilde histori[a]
¡Tierna memoria
Del peregrino vuelto al hogar!

¡Bajo tus ceibas y tus palmare[s]
Sobre tu césped y entre el mangla[r]
Aun se oye el eco de los cantares
De aquella infancia fugaz, que en h[o-]
[ra]
Engañadoras
Llenó sus sueños de amor y hogar!
. . . .

Sombras

(Salomé Ureña de Henríquez)

Alzad del polvo inerte,
del polvo arrebatad el arpa mía,
melancólicos genios de mi suerte.
Buscad una armonía
triste como el afán que me tortura,
que me cercan doquier sombras de [muerte
y rebosa en mi pecho la amargura.

Venid, que el alma siente
morir la fe que al porvenir aguarda;
venid, que se acobarda
fatigado el espíritu doliente,
mirando alzar con ímpetu sañudo
su torva faz al desencanto rudo,
y al entusiasmo ardiente
plegar las alas y abatir la frente.

¿No veis? Allá a lo lejos
nube de tempestad siniestra avanza
que obscurece a su paso los reflej[os]
del espléndido sol de la esperanz[a]
Mirad cuál fugitivas
las ilusiones van, del alma orgull[o]
no como ayer, altivas,
hasta el éter azul tienden el vuelo,
ni a recibirlas, con piadoso arrull[o]
sus pórticos de luz entreabre el ciel[o]

¿Cuál será su destino?
Proscritas, desoladas, sin encanto,
en el vértigo van del torbellino,
y al divisarlas, con pavor y espant[o]
sobre mi pecho la cabeza inclino.

Se estremece el alcázar opulent[o]
de bien, de gloria, de grandeza sum[a]
que fabrica tenaz el pensamient[o]
bajo el peso se rinde que le abrum[a]
Conmuévese entre asombros,

le la suerte a los ímpetus terribles;
y se apresta a llorar en sus escom-
[bros
l ángel de los sueños imposibles.

Venid, genios, venid, y al blando
[halago
le vuestros himnos de inmortal tris-
[teza,
para olvidar el porvenir aciago
e aduerma fatigada mi cabeza.
Del arpa abandonada,
l viento dad la gemebunda nota,
nientras que ruge la tormenta airada
el infortunio azota
ı ilusión por el bien acariciada,
huye la luz de inspiración fecun-
[da,
la noche del alma me circunda.

Mas, ¡ah!, venid en tanto
y adormeced el pensamiento mío
al sonoro compás de vuestro canto.
¡Meced con vuestro arrullo el alma
[sola!
Dejad que pase el huracán bravío,
y que pasen del negro desencanto
las horas en empuje turbulento,
como pasa la ola,
como pasa la ráfaga del viento.

Dejad que pase, y luego,
a la vida volvedme, a la esperanza,
al entusiasmo en fuego;
que es grato, tras la ruda
borrasca de la duda,
despertar a la fe y a la confianza,
y tras la noche de dolor, sombría,
cantar la luz y saludar el día.

Espíritu Literario de América

(Pedro Henríquez Ureña)

Observando por conjunto, ¿quién no distingue la poesía cubana, ocuente, a menudo razonadora y aun prosaica, de la dominicana, llena mbién de ideología, pero más sobria y a la vez más libre en sus movi-ientos? ¿Quién no distingue entre la facundia, la difícil facilidad, la elegan-ı venezolana, superficial a ratos, y el lirismo metafísico, singular y tras-ndental de Colombia? ¿Quién no distingue junto a la marcha lenta y me-rada de la poesía chilena los ímpetus brillantes y las audacias de la Ar-ntina? Y ¿quién, por fin, no distingue entre las manifestaciones de esos y s demás pueblos de América, este carácter peculiar: el sentimiento dis-eto, el tono velado, el matiz crepuscular de la poesía mexicana? Como s paisajes de la altiplanicie de Nueva España, recortados y acentuados r la tenuidad del aire, aridecidos por la sequedad y el frío, se cubren, jo los cielos de azul pálido, de tonos grises y amarillentos, así la poesía exicana parece pedirles su tonalidad. La discreción, la sobria mesura,

el sentimiento melancólico, crepuscular y otoñal, van concordes con el otoño perpetuo de las alturas, bien distinto de la eterna primavera fecun de los trópicos: este otoño de temperaturas discretas, que jamás ofend de crepúsculos suaves, y de noches serenas. Así descubrimos la poesía m xicana desde que se define: poesía de tonos suaves, de emociones discret

La Siesta de los Zopilotes

(Arturo Ambrogi)

Los zopilotes, abrumados por el ardor canicular, han sofrenado su vu su vuelo tardo y solemne.

Los zopilotes se han detenido, jadeantes, y, escalonándose de una m nera simétrica en las ramas del viejo carao, se dejan vencer por el sopor q fluye de la atmósfera. Los zopilotes, ya acomodados en las ramas del vi carao, doblan el cuello, zambullen la cabeza bajo las alas medio despluma y se quedan inmóviles.

Los zopilotes dormitan.

Y las manchas negras de su plumaje, las manchas intensas y uniform se destacan, netas, sobre el fondo de índigo del cielo diáfano y transparen

Al carao en que los zopilotes se refugian, los años han ido, despiadad despojándolos de todas sus hojas hasta dejarlos mondos. Y es así que ramas se extienden retorcidas, atormentadas, coronando el tronco rugo como los ocho tentáculos de un pulpo.

Los zopilotes dormitan.

Mientras tanto, el sol cae a plomo sobre el cantizal.

Cae a plomo, y hiere las aristas de los cantos, los filos de los guijar rodantes, arrancándoles cegadores destellos. Cae, y reverbera en la ar como sobre una lámina de antimonio.

El poema de las piedras preciosas

(Rafael Cardona)

La Turquesa

Soy la pálida lumbre de la aurora,
reflejada en un témpano de hielo,
donde vive el amargo desconsuelo
de todo lo que sufre y lo que ll
El alma del poeta me atesora:
ese místico pájaro del cielo,

que siente la nostalgia y el anhelo
de cantar los jardines de la aurora.
Ved pasar las siluetas de las vivas
encarnaciones del amor, cautivas
que fueron aldeanas o princesas...
Todas van por el áspero sendero
al lejano ideal, donde un lucero
se enjoya de fantásticas turquesas...

El Agata

En mis ondas parece que yaciera
la extática expresión de la pupila
de un gato, que del fondo de una [pila,
caer los astros sobre el agua viera.
Silenciosa expresión que a la ceguera
de un bosquejo de barro me asimila,
o a los ojos de un Cristo que destila
melancólicas lágrimas de cera.
Cuando del arte al inspirado soplo
modelaba el acero del escoplo
un boceto en arcilla de la Ausonia,
brotaban de mis aguas estancadas
las exangües pupilas apagadas
del divino poeta de la Jonia...

PATRIA

(Ricardo Miró)

¡Oh, Patria, tan pequeña, tendida sobre un Istmo,
donde es más claro el cielo y más vibrante el Sol!
En mí resuena toda tu música, lo mismo
que el mar en la pequeña selva del caracol.

Revuelvo la mirada, y a veces siento espanto
cuando no veo el camino que a ti me ha de tornar...
¡Quizás nunca supiera que te quería tanto,
si el Hado no dispone que atravesara el mar...!

¡La Patria es el recuerdo...! Pedazos de la vida,
envueltos en jirones de amor y de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor.

La Patria son los viejos senderos retorcidos
que el pie, desde la infancia, sin tregua recorrió;
en donde son los árboles, antiguos conocidos
que al paso nos conversan de un tiempo que pasó.

En vez de estas soberbias torres con áurea flecha,
en donde un Sol cansado se viene a desmayar,
dejadme el viejo tronco donde escribí una fecha,
donde he robado un beso, donde aprendí a soñar.

¡Oh, mis vetustas torres, queridas y lejanas,
yo siento las nostalgias de vuestro repicar!
He visto muchas torres, oí muchas campanas,
pero ninguna supo, ¡torres mías lejanas!,
cantar como vosotras, cantar y sollozar.

¡Oh, Patria tan pequeña, que cabes toda entera
debajo de la sombra de nuestro pabellón!
¡Quizás fuiste tan chica para que yo pudiera
llevarte toda entera dentro del corazón!



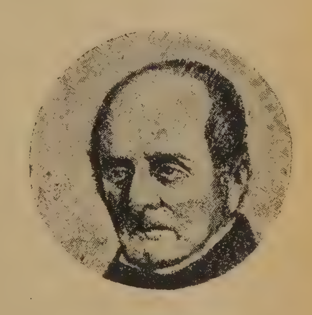



VENEZUELA

La patria de SIMÓN BOLÍVAR (1783-1830) no sólo dió en él a América el incomparable Libertador y hombre de estado, sino también un escritor insigne, gloria de las letras americanas, de gran cultura clásica, de estilo vigoroso y brillante en sus discursos políticos y arengas militares, en sus cartas y artículos o en-



Simón Bolívar



Andrés Bello

sayos, entre los cuales se ha hecho famoso el titulado *«Mi ascensión al Chimborazo»*

ANDRÉS BELLO (1765-1865). El mero hecho de haber sido

Venezuela cuna de Andrés Bello le daría un puesto de honor en América por ser aquel hombre genial la primera figura literaria del continente, no sólo por sus innumerables y variadas obras, sino sobre todo por el saludable influjo literario que ejerció en Chile, Venezuela, en toda América y aun en la misma España.

Su *Gramática* y su *Ortología y Métrica* señalan una gloriosa etapa en la Literatura Española, así como su crítica sobre la historia de la literatura castellana en la Edad Media. Sus geniales descubrimientos o intuiciones en ambas materias han conservado casi toda su fuerza aun en nuestros días.

Como poeta supo aunar la escuela clásica con la romántica; es uno de los poetas más virgilianos y horacianos de la lengua castellana. La traducción libre de la *Oración por todos* de Víctor Hugo y su oda a la *Agricultura de la Zona Tórrida* son de las joyas más preciadas de todo el Parnaso Español.

RAFAEL MARÍA BARALT (1810-1860) en su *Diccionario de Galicismos* sigue las huellas de Bello en su afán de contribuir a la depuración de la lengua. Aunque algo severo y exagerado en sus juicios, su Diccionario es un monumento que honra a Venezuela, y que será siempre una guía útil para los hablistas de la lengua de Cervantes. Cultivó también la poesía, como en su oda clásica a *Colón:* y en la historia nos legó una muy apreciable de Venezuela.

POETAS ROMANTICOS

JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO (1819-1871), que pasó casi toda su vida en España, es un poeta romántico de gran imaginación y exuberancia, autor de poemas filosóficos (*El Proscripto*) dramas (*Un paje y un caballero*); y en colaboración con José Zorrilla publicó *María, Ira de Dios y Un cuento de amores.*

Igualmente románticos son ABIGAIL LOZANO (1821-1866),

entusiasta cantor de las glorias americanas y José Antonio Maitín 1804-1874), cuyas composiciones *El hogar campestre. Orillas del río Choroní* y el *Canto fúnebre* a la memoria de su esposa unen una alta inspiración a una forma correcta.

Fermín Toro (1807-1873) cultivó con éxito la poesía heroica en el *Canto a la Conquista* y la bucólica en *La Zona Tórrida* y la *Ninfa de Arauco.*

Cecilio Acosta (1819-1881) insigne prosista, es también un delicado poeta horaciano; famosa es su preciosa poesía *La Casita blanca.*

Juan Pérez Bonalde (1846-1892) siguió la corriente becqueriana con tendencias místicas y vaporosas.

José Antonio Calcaño (1827-1897) en sus «*Obras poéticas*» encierra hermosas composiciones místicas, filosóficas, idílicas. de gran sentimiento y atildada forma.

Miguel Sánchez Pesquera (1851) y Gabriel Muñoz (1863-1908) fueron inspirados líricos románticos que también imitaron a los parnasianos; poetas de forma clásica y muy correcta Manuel Fombona Palacios (1857-1903) y Juan Arcia (1864);

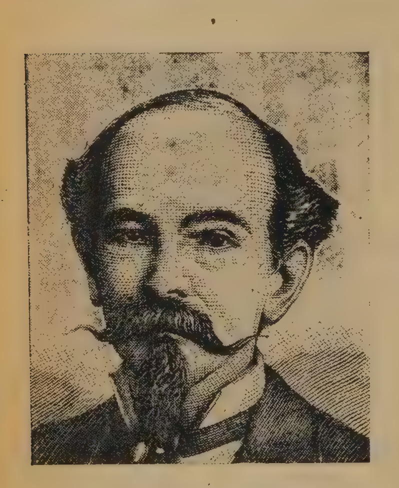
Novelistas

Julio Calcaño (1840) es otro de los muchos y excelentes literatos de este apellido que ha producido Venezuela; ha cultivado con éxito casi todos los géneros; además de eruditas obras de crítica y filología, es autor de la célebre novela histórica *Blanca de Torrestella*, de poesías becquerianas (*Hojas de ciprés*) y de cuentos de costumbres venezolanas (*Noches del hogar*).

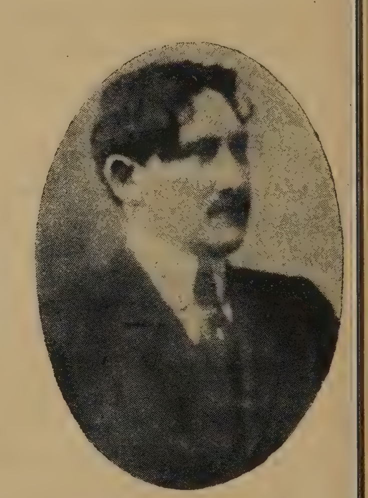
Gonzalo Picón Febres (1860-1918) escritor universal, como el anterior, y como él de gran erudición y esmerado estilo, cultivó la novela de costumbres (*Fidelia, El sargento Felipe,*

etc.) la poesía narrativa y descriptiva (*Claveles*, *Caléndulas*), la crítica (*Literatura Venezolana*) y la filosofía (*El libro raro*).

Satíricos de mucha vena cómica fueron TULIO FEBRES-



Antonio Calcaño



Rufino Blanco Fombona

CORDERO (1860) en su famosa obra *Don Quijote en América* en que defiende la tradición criolla frente a las monomanías exóticas, en un lenguaje digno de Cervantes; y MIGUEL EDUARDO PARDO (1868-1905), periodista, autor de cuentos y de una novela *Todo un pueblo* bien tramada y escrita, satírica hasta lo grotesco.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ (+1927) activo hombre de estado, fué un novelista poético y ameno, de espíritu satírico, lenguaje y estilo muy estudiado, de contextura clásica (*Idolos rotos*, *Sangre patricia*);

novelistas brillantes y castizos son EMILIO GUERRERO (*Lucía*, *El Táchira*) y TERESA DE LA PARRA, que ofrece animado

cuadro de costumbres venezolanas en sus notables novelas *Ifigenia* y *Memorias de Mamá Blanca:* son de gran fantasía y naturalismo PEDRO C. DOMINICI, (*Dionisios, El cóndor*). y RÓMULO GALLEGOS (1882) cuya robusta novela *Doña Bárbara* presenta con gran colorido y riqueza de lenguaje escenas de la vida en los Llanos.

HISTORIA Y DIDÁCTICA

JOSÉ MARÍA ROJAS (1793-1855) y ARÍSTIDES ROJAS (1826-1894) también se consagraron con éxito a la crítica e historia de Venezuela (*Orígenes de la revolución venezolana, Leyendas históricas de Venezuela*). Son además beneméritos de su patria por la notable publicación «*Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*».

RUFINO BLANCO FOMBONA (1874) es un escritor original y revolucionario, de lenguaje muy enérgico y personal, poeta delicado, (*El madrigal de lágrimas*) novelista de fuerte realismo (*El hombre de hierro*), crítico que con gran tesón va prologando y publicando obras de autores americanos.

FELIPE TEJERA (1846), crítico agudo y sincero, es también un brillante poeta (*La Colombíada, La Bolivíada*, etc.).

JOSÉ GIL FORTOUL (1862), presidente de la república, se distinguió en la novela psicológica, y escribió en estilo claro y preciso la *Historia constitucional de Venezuela.*

ENRIQUE MÉNDEZ MENDOZA (1857-1903) es un ardoroso polemista católico, y autor de cuadros de costumbres. CÉSAR ZUMETA (1860) crítico y ensayista ardoroso de estilo terso y brillante (*El continente enfermo*).

Oradores de gran vuelo y vigor fueron EDUARDO CALCAÑO (1831-1904) y ANGEL CARNEVALI (1858); éste se distinguió también en la novela criolla (*Bolivia*).

ANTOLOGÍA

Mi Delirio sobre el Chimborazo

(Simón Bolívar)

Yo venía envuelto con el manto de iris desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir a la Atalaya del Universo. Busqué las huellas de Condamine y de Humbolt; seguilas audaz, nada me detuvo; llegué a la región glacial, y el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso las manos de la Eternidad en las sienes excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandarte ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales; ha surcado los mares dulces; ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes; la Tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el Tiempo no ha podido detener la marcha de la Libertad. Belona ha sido humillada por los rastros de Iris ¿y yo no podré trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la Tierra? Sí, podré; y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, pasé sobre los pies de Humbolt, empañando aún los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento y con mis pies los umbrales del abismo.

Un delirio febril embarga toda mi mente: me siento como encendido de un fuego extraño y superior. *Era el Dios de Colombia que me poseía.*

De repente se me presenta el Tiempo bajo el semblante venerable de un viejo cargado de los despojos de las edades, ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano. «Yo soy el Padre de los siglos y soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fué la Eternidad y los límites de mi imperio los señala el infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte; miro lo pasado, miro lo futuro, y por mí mano pasa lo presente. ¿Por qué te envaneces, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees acaso que el Universo es algo? ¿Que montar sobre la cabeza de un alfiler es subir? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a los sucesos? ¿Pensáis que habeis visto la santa verdad? ¿Imagináis loca-

mente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del Infinito, que es mi hermano».

Sobrecogido de un sagrado temor «¡Cómo, oh Tiempo, respondí, no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino el Universo con mis plantas; toco el Eterno con mis manos; siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando de una guiñada los rutilantes astros, los soles infinitos; he visto sin asombro el espacio que encierra la materia, y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los libros del destino...»

—Observa—me dijo—, aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado; dí la verdad a los hombres...

La fantasma desapareció.

Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos mis pesados párpados; vuelvo a ser hombre, y *escribo mi delirio.*

Del Estudio de las Ciencias Exactas y Naturales

(Andrés Bello)

¡Felices aquellos que pueden dedicarse desde temprano al estudio de algunos ramos de los conocimientos humanos! Todos tienen, sin duda, sus hechizos y sus ventajas, desde la poesía, que, por sus brillantes cuadros, conmueve y hiere la imaginación, hasta la metafísica, que nos hace conocer los resortes secretos de nuestra inteligencia; desde la historia, que nos desenrolla las revoluciones de los imperios y los progresos de la civilización, hasta la filosofía, que perfecciona las facultades intelectuales, y nos hace amar la verdad. Todos estos estudios son muy dignos de cautivar el espíritu de todo ser racional: pero no son menos los que, elevándonos a la contemplación del universo, nos impulsan a estudiar la causa misma que lo anima: aquellos que nos descubren todo lo maravilloso de esos fenómenos numerosos, tan singulares como importantes; que nos explican la teoría de los vientos y las borrascas; la de esos relámpagos que nos alumbran con una luz tan par-

ticular; la de esos temblores que nos asombran con sus fuerzas, y nos intimidan con sus efectos: la de esos cometas, en fin, sobre los cuales absurdas supersticiones transmitidas por la credulidad en lo antiguo, subsisten aún en el vulgo. Todas estas maravillas, todos estos hechos tan singulares, ¿no son capaces de conmover la atención más indiferente y entusiasmar la imaginación más fría? Sin intentar avanzarnos hacia grande horizonte, delante del cual el perezoso echa pie atrás por el espanto que le causan su inmensidad y la dificultad de juzgarle, las cosas más vulgares aún, aquellas que muchas personas desprecian, esos pequeños insectos, esos animalejos, esas plantas, y tantos otros objetos, aun más viles y comunes, despreciados por unos y admirados por otros, ¿no son un mundo de ideas para el que quiere conocer sus costumbres, sus armas, sus astucias, e inclinaciones? ¡Cuán admirable es el encadenamiento que existe entre ellos, y la armonía que preside sus acciones y los diferentes períodos de su vida! Cuando el hombre, en sus profundas meditaciones, puede darse razón de todas esas maravillas, contento con su suerte, tributa gracias al Todopoderoso por haberle hecho conocer lo que el vulgo no puede concebir, ni aún comprender.

A LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

SILVA

(Andrés Bello)

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
en vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta o roja o gualda,
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento,
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte
de inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los pana-
[les;
tú en urnas de coral cuajas la almen-
[dra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmín viviente en tus nopales,

que afrenta fuera al múrice de Tiro;
y de tu añil la tinta generosa,
émula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo, que la herida agave
para los hijos vierte
del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,
que cuando de suave
humo en espiras vagarosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.

Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo,
y el perfume le das, que en los festines
la fiebre insana templará a Lieo.
Para tus hijos la procera palma
su vario feudo cría
y el ananás sazona su ambrosía;
su blanco pan la yuca;
sus rubias pomas la patata educa,
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.

Tendida para ti la fresca parcha
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores;
y para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
y para ti el banano
desmaya al peso de su dulce carga;
el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
providencia a las gentes
del ecuador feliz, con mano larga.

No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo:
no es a la podadera, no al arado,
deudor de su racimo:
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.
. . . .
. . . .

Canto Fúnebre

(José Antonio Maitín)

Fragmentos

I

Llegaron, ¡oh, dolor!, las tristes horas
de un pesar, para mí desconocido.
Ilusiones de paz encantadoras,
contentos de mi hogar, os he perdido.

Perdí el único ser que más me amaba:
la compañera tierna de mi vida,
cuya mano de esposa me alargaba
cargada de cariño y beneficios;
en cuyo corazón sólo encontraba
amor, abnegación y sacrificios.
Ella era mi universo, mi energía,

mi porvenir, mi fuerza, mi concien-
cia;
ella era a quien debía
el sosiego feliz de mi existencia,
de mis serenas horas la alegría,
mi descanso, mi paz, mi independen-
[cia.
. . . .

XVII

¡Adiós, adiós! Que el viento de la
[noche,
de frescura y de olores impregna-
[do
sobre tu blanco túmulo de piedra
deje, al pasar, su beso perfumado;
que te aromen las flores que aquí de-
[jo,
que tu cama de tierra halles liviana.
Sombra querida y santa, yo me
[alejo:
descansa en paz... Yo volveré ma-
[ñana.

A Cristóbal Colón

Fragmentos

(Rafael María Baralt)

Tu frágil carabela,
sobre las aguas con tremante quilla,
desplegada la vela,
¿do se lanza llevando de Castilla
la venerada enseña sin mancilla?

Y, abriéndose camino
del no surcado mar por la onda brava
¿por qué, ciega y sin tino,
del pérfido elemento vil esclava,
la proa inclina adonde el sol acaba?

¿No ves cómo a la nave
desconocidos vientos mueven guerra?
¿Cómo, medrosa, el ave,
con triste augurio que su vuelo en-
[cierra,
al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,
que el rumbo enseña y que a la costa
[guía,
¿no ves cómo a deshora
del Norte amigo y firme se desvía,
y a Dios y a la ventura el leño fía?

¿Y, el piélago elevado
no ves al Ecuador, y cuál parece
oponerse irritado
a la ardua empresa; y cuál su furia
[crece;
y el sol cómo entre nublos se obscure-
[ce?

¡Ay, que ya el aire inflama
de alígeras centellas lluvia ardiente!
¡Ay, que el abismo brama;

y el trueno zumba; y el bajel tremen-
[te
cruje, y restalla, y sucumbir se sien-
[te!

Acude, que ya toca
sin lonas y sin jarcia el frágil leño
en la cercana roca;
mira el encono y el adusto ceño

de la chusma sin fe, contra tu empe-
[ño.

Y cuál su vocería
al cielo suena; y cómo, en miedo y
[saña
creciendo, y agonía,
con tumulto y terror la tierra extraña
pide que dejes por volver a España.

. . . .

La Casita Blanca

(Cecilio Acosta)

¡Luzcan tus tardes de zafir y grana;
rosal disfrutes, de tu mano injerto;
goces, en medio a perfumado huerto,
las auras frescas de gentil mañana!

¡No insomnios turben tu tranquilo
[sueño;
no sombra empañe tus ensueños de
[oro,
de esos que suben hasta el almo coro,
o infiltran en la sien dulce beleño!

¡Palomas bajen a picar tu suelo,
que al lado esté de tu casita blanca,
y a poco veas que su vuelo arranca
la turba inquieta hasta el azul del
[cielo!

¡Mires cual sitio de encantada ninfa,
tersa laguna cual a veces vemos,
y ánsares níveos, de pintados remos,
cortando lentos la argentada linfa!

¡Haya no lejos alfombrada loma;
que se alce apenas a la tierra llana,
y allí subas a ver, cada mañana,
si el alba ríe, o cuándo el sol asoma!

Haya manto de verde y de rocío,
en el momento que los campos dora
la pura luz de la rosada aurora;
y, en calle de naranjos que va a
[río

y se abre al pie de la felpuda falda,
césped encuentres para muelle alfom-
[bra,
follaje rico para fresca sombra,
y fruta en que el color es de oro y
[gualda.

A un lado está la vega; el campo [raso;
los ya formados surcos por la reja;
el último que traza y detrás deja
la tarda yunta en perezoso paso;

y montando en el sauce culminante,
el canario gentil ser rey presuma,
y, ajustando la de oro regia pluma,
a vista de su imperio gloria cante!
. . . .

DIOS

(Abigail Lozano)

¡Señor! En el murmullo lejano de los mares
vibrar oí tu acento con noble majestad;
oílo susurrando del monte en los pinares;
oílo en el desierto, cual ronca tempestad.

Tu voz cruza en las brisas, y en el perfume leve
que brota a los columpios de la silvestre flor;
tu sombra entre las aguas magníficas se mueve;
tu sombra que es tan sólo la inmensidad, Señor!

Tú diste a la esperanza las formas de una fada;
purísima inocencia le diste a la niñez;
si diste sed al hombre, le diste la cascada;
si el hambre, dulces frutos de grata madurez.

Tú diste a la montaña su soledad augusta,
su sombra gigantesca, su religiosa paz;
el estampido al trueno, que al corazón asusta;
su brillo a las estrellas, reflejo de tu faz.

Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas
con cifras misteriosas que el hombre no leyó;
porque jamás supieron, ni sabios, ni profetas,
el inmortal arcano que en ellas se ocultó.

«¡Jehová», dicen las brisas. «Jehová!», dice el torrente.
«¡Jehová!», dicen los Andes; y el huracán, «¡Jehová!».

Y todas las criaturas te llevan en su mente,
porque doquier impreso tu santo nombre está.

Yo sé que Tú inflamaste los soles del vacío,
que sólo el derramado, sonoro y ancho mar,
con sus gigantes voces podrá, no yo, Dios mío,
al són de las borrascas tu gloria celebrar.

¡Señor! Cuando en mis horas de soledad y duelo,
se bañe en sus tristezas mi pobre corazón,
aleja Tú las nubes, mientras remonta el vuelo
hacia tu santo alcázar, mi férvida oración.

Sobre Una Tumba

(José Antonio Calcaño)

¡Qué cerca y al par qué lejos
stán la muerte y la vida!
Él espesor de esa piedra
cuán hondo misterio implica!

De ella abajo todo es noche,
le ella arriba todo es día,
de ella abajo está la muerte,
de ella arriba está la vida.

Día y noche, vida y muerte
separa sólo una línea;
y esa es la sola distancia
para la cual no hay medida.

¡Revolución!

(Gonzalo Picón Febres)

Frente al déspota audaz que piso-
[tea
a sacra ley con bárbaro cinismo.
epercutir se escucha a un tiempo
[mismo
l trueno del cañón y de la idea.
Ya comienza el fragor de la pelea
n bosque, llano, cúspide y abismo;
'a la negra mansión del despotismo
cruje, vacila, estalla y se cuartea.
Tras la diana triunfal, regia y so-
[nora,
la muchedumbre aplaude alborozada,
pero la patria escarnecida llora.
Y es con razón que gime avergon-
[zada,
porque en la lucha cruel y asoladora
no ha triunfado la ley, sino la espada.

VUELTA A LA PATRIA

(Juan Antonio Pérez Bonalde)

«¡Tierra!», grita en la proa el na-
[vegante,
y, confusa y distante,
una línea indecisa
entre brumas y ondas se divisa.

Poco a poco, del seno
destacándose va, del horizonte,
sobre el éter sereno,
la cumbre azul de un monte;

y, así como el bajel se va acercan-
[do,
va extendiéndose el cerro
y unas formas extrañas va tomando;
formas que he visto cuando
soñaba con la dicha en mi destierro.

Ya la vista columbra
las riberas bordadas de palmares;
y una brisa cargada con la esencia
de silvestres violetas y azahares,
en mi memoria alumbra
el recuerdo feliz de mi inocencia,
cuando pobre de años y pesares

y rico de ilusiones y alegría,
bajo las palmas retozar solía,
oyendo el arrullar de las palomas,
bebiendo luz y respirando aromas.

Hay algo en esos rayos brilladores
que juegan por la atmósfera azulada,
que me habla de ternuras y de
[amores
de una dicha pasada;
y el viento, al suspirar entre las cuer-
[das;
parece que me dice: «—¿No te acuer-
[das?»

Ese cielo, ese mar, esos cocales,
ese monte, que dora
el sol de las regiones tropicales
—¡luz!, ¡luz, al fin!—, los reconozco
[ahora:

son ellos; son los mismos de mi in-
[fancia.
Y esas playas que, al sol del mediodía
brillan a la distancia
—¡oh, inefable alegría!—,
son las riberas de la patria mía.

Ya muerde el fondo de la mar hir-
[viente,
del ancla el férreo diente;
ya se acercan los botes, desplegando
al aire puro y blando,
la enseña tricolor del pueblo mío.
¡A tierra! ¡A tierra! ¡Oh! la emoción
[me ahoga,
o se adueña de mi alma el desvarío!

Llevado en alas de mi ardiente an-
[helo,

me lanzo presuroso al barquichuelo
que a las riberas del hogar me invita.
Todo es grata armonía: los suspiros
de la onda de zafir que el remo agita;
de las marinas aves
los caprichosos giros,
y las notas suaves

y el timbre lisonjero,
y la magia que toma,
hasta en labios del tosco marinero,
el dulce són de mi nativo idioma!

¡Volad, volad veloces,
ondas, aves y voces!
Id a la tierra en donde el alma tengo,
y decidle que vengo
a reposar, cansado caminante,
del hogar a la sombra, un solo instan-
[te.

Decidle que, en mi anhelo, en mi
[delirio
por llegar a la orilla, el pecho siente
de Tántalo el martirio;
decidle, en fin, que mientra estuve
[ausente,
ni un día, ni un instante la he ol-
[vidado;
y llevadle este beso que os confío,
tributo adelantado
que desde el fondo de mi ser le envío.

¡Boga, boga, remero! ¡Así...! ¡Lle-
[gamos!
¡Oh, emoción hasta ahora no sentida!
Ya piso el santo suelo en que proba-
[mos
el almíbar primero de la vida.

Tras ese monte azul cuya alta cum-
[bre
lanza reto de orgullo
al zafir de los cielos,
está el pueblo gentil donde, al arrullo
del maternal amor, rasgué los velos
que me ocultaban la primera lumbre.

¡En marcha, en marcha, postillón;
[agita
el látigo inclemente...!
Y a más andar, el coche diligente,
por la orilla del mar se precipita.

No hay peña ni ensenada que en
[mi mente
no venga a despertar una memoria;
ni hay ola que en la arena humedeci-
[da,
no escriba con espuma alguna histo-
[ria
de los felices tiempos de mi vida.

Todo me habla de sueños y canta-
[res,
de paz, de amor y de tranquilos bie-
[nes;
y el aura fugitiva de los mares,
que viene, leda, a acariciar mis sienes
me susurra al oído,
con misterioso acento: «—¡Bien ve-
[nido!»
. . . .

En el album de los muertos

(Arístides Rojas)

«Una tumba, ha dicho un moralista, es un monumento colocado en los límites de los dos mundos. Ella nos presenta, de un lado el fin de las vanas inquietudes de la vida, y la imagen del reposo eterno; mientras del otro despierta en nosotros el sentimiento confuso de una feliz inmortalidad cuyas probabilidades se aumentan a proporción que ha sido más virtuoso aquel cuya memoria recordamos».

Verdad consoladora. Cuando agobiado bajo el peso de las injusticias humanas, quiero dar solaz a mi espíritu, huyo momentáneamente de los vivos para reconcentrarme en el lugar de los muertos. Al pie de las tumbas y a la sombra de los cipreses que las cubren mi alma encuentra entonces la verdadera dicha, porque allí no existen ni la envidia, ni los odios, ni las pasiones mezquinas que hacen amarga la existencia, sino la voz de los padres, de los hermanos, y amigos, todos purificados en el seno de la paz. A solas con los muertos, sin otro testigo que el cielo, mi pensamiento se remonta y mis ojos creen divisar la colina imaginaria que me parece separar las regiones de la muerte de las regiones de Dios.

A la sombra de esos lugares he leído las meditaciones de Hervey y las páginas de ese sublime Libro de los afligidos cuya lectura ha dejado en mi corazón saludables recuerdos.

He querido familiarizarme con la muerte para poder amarla. Ella se ha despojado a mis ojos de todo el lúgubre cortejo con que la reciben las imaginaciones timoratas, para levantarse con todas las alegrías y todas las esperanzas con que la embellecen las nobles ideas del cristianismo.

Hay en el campo de los muertos tanto de augusto, que el alma encuentra en él un alivio al evocar sus más tristes recuerdos a la sombra del árbol amigo. El eco de los campos, los suspiros del viento, el pálido rayo de la luna, el sol naciente y el sol moribundo, la soledad, el silencio, todo encierra en este lugar de la muerte un lenguaje desconocido al resto de la creación. El corazón se desnuda de sus pasiones mundanales, el espíritu piensa en la emancipación del alma: la mirada contempla lo invisible y los oídos creen escuchar ese diálogo íntimo de los muertos en que el tema es inmortalidad, dicha eterna, Dios.

El Balneario de Mocuto

(Rufino Blanco Fombona)

El balneario de Mocuto con sus casitas blancas y el pintoresco manchón de sus quintas de madera y de hierro, donde chispean al sol persianas de vidrios policromos, o alguna bandera bate al viento sus tres colores mirandinos, trepa de la playa al monte y se acurruca en las faldas de piedra y bajo las centenarias arboledas, como si huyera al monstruo azul, al iracundo mar Caribe, que muge contra los malecones sacudiendo una blanca melena de espumas.

De la marina que empieza en la estación del ferrocarril hasta perderse por el camino de El Cojo, o la Florida, parten calles transversales, en dirección del monte, paralelas al arroyo que se desprende, entre peñascos, de la cima, y rompe en dos el pueblo. En su carrera a la montaña el pueblecillo resguarda sus casucas y sus quintas al abrigo de los copudos almendrones que bordean las aceras; detiénese un instante en torno del vastísimo parque guarnecido de cedros eminentes, de palmeras como abanicos faraónicos, y de verdes acacias que la primavera empurpura, para luego desparramarse por las floridas laderas, y contemplar desde aquel anfiteatro, y en seguro la cólera del mar.

El hotel donde posaban Doña Josefa y las dos jóvenes damas, el Casino, un gran edificio de madera sobre altos soportales de mampostería, adosaba su mole contra el monte, hacia el fondo del pueblo, a la derecha. Sus piezas ventiladas, sus corredores latos, despejados, frescos y anchuroso y entablado salón de baile, lo hacían albergue preferido de aquellas personas de ambos sexos que aman el *confort* relativo de una estación de baños. Las habitaciones ocupadas por la familia Linares, a la izquierda, caían sobre unas vegas, con vista al mar. Desde la cama, en la mañanita, o en la *chaise-longue* de las siestas podían ver, por la ventana, el camino de El Cojo, por donde se perdían en parejas los sombreros de panamá y los trajes holgados de franela blanca de los hombres, junto a los parasoles encarnados como amapolas y las muselinas claras de las mujeres; las vegas cubiertas del rocío matinal; los perezosos rocales; las playas, a trechos pedrizales, o ya tiras sabulosas doradas de sol; el piélago azul, y alguna carreta campesina que, al paso de su jamelgo desaparecido bajo los verdes haces de hierba o de malojo, se aleja por la ruta amarillenta, orilla del mar.

Elaboración de la obra genial

(Manuel Díaz Rodríguez)

Era el momento en que debía entregarse con todas sus fuerzas a la realización de su más divino sueño de artista. Tenía que poner muy pronto manos en la obra, porque ya empezaba a ser mucho el tiempo malgastado en cosas vanas. Es cierto que su reputación la envidiaban amigos y enemigos: grande y pura, la había conquistado con el esfuerzo más generoso de su inteligencia, transformado por la pluma en novelas, cuentos, versos, primorosas flores de arte. Pero versos, cuentos y novelas eran cosa baladí, derecho despreciable, comparados con la idea entrevista en un instante supremo del espíritu, con la obra excelsa, apenas tímidamente esbozada, escondida en el cerebro como yacimiento de oro en la tierra profunda.

Esa obra era la única, según él, que podría fijar su reputación en materia dura y perenne: bronce o mármol. La había ideado en la ocasión de su primer triunfo. Al principio fué una sombra muy vaga: luego, en la sombra empezaron a marcarse líneas y puntos claros. Desde entonces no pasaba un solo día sin que la visión del libro futuro no llenara su mente, una vez por lo menos. Casi sin qué la voluntad interviniera, la idea iba creciendo y madurándose poco a poco. Durante las horas de vagar, y en el silencio de la meditación, el pensamiento, desocupado en apariencia, trabajaba, reunía materiales, precisaba contornos, repartía colores, hasta no faltar, con los años, sino la circunstancia oportuna para que el artista, con un solo esfuerzo de la atención, arrancase de las propias entrañas la obra palpitante y viva.



COLOMBIA

La República de Colombia ha sido sin duda entre sus hermanas de América la que ha producido durante su vida independiente mayor número de escritores de gran valor literario.

El derecho de conferir grados universitarios otorgado por el rey a los colegios de los dominicos y jesuítas de Bogotá dió nuevo impulso a la cultura que ya habían difundido casi desde la conquista el seminario y gran número de colegios y escuelas.

Ya en los primeros tiempos de la colonia el clérigo andaluz Juan de Castellanos (1522-1607) compuso en versos más o menos prosaicos un curioso libro *Elegías de varones ilustres de Indias* en la que va incluída una *Historia del Nuevo Reino de Granada*.

En el siglo XVIII Sor Francisca Josefa de la Concepción escribió la *Relación de su vida y Sentimientos espirituales* en un estilo tan castizo como el del siglo de oro.

SIGLO XIX

Historia y Didáctica

Hasta hace pocos años ninguna república americana, si no es Chile, podía compararse con Colombia en la amplitud y solidez con que se había desarrollado la historia, la crítica y la filología.

Miguel Antonio Caro (1843-1909), presidente de la República en 1894, es una de las grandes figuras literarias de nuestra lengua, digno de parangonarse con Andrés Bello. Puede decirse que cultivó con maestría todos los géneros, desde la polémica, filosofía y filología más profunda hasta la más delicada poesía.

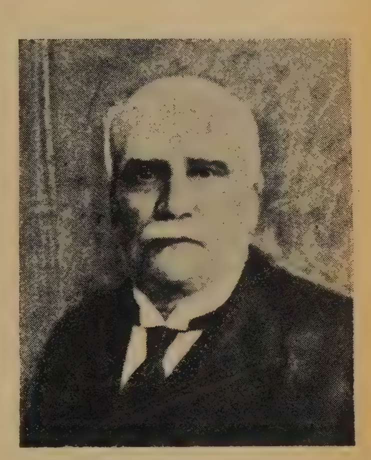
Su magnífica traducción de la *Eneida* en octavas reales, así como la de *Las Geórgicas*, las mejores que se han escrito en castellano, bastarían para su fama de gran humanista y poeta, pero mayor aún es el mérito de sus poesías originales, tales como las espléndidas *A la gloria* y *A la estatua del Libertador* tan hondamente expresadas, y las deliciosas composiciones idílico-filosóficas, *La flecha de oro* y *La vuelta a la Patria.*

Rufino José Cuervo (1844-1911) es otro de los grandes filólogos hispánicos, de pasmosa erudición, como ponen de manifiesto sus *Notas a la gramática de Bello, Apuntaciones sobre el lenguaje bogotano,* y sobre todo su monumental obra *Diccionario Etimológico*, obra única en su género y que desgraciadamente dejó inconclusa.

José Manuel Groot (1800-1857) es quizá el más eminente historiador de su patria con su interesante *Historia de Nueva Granada;* entre sus obras histórico-críticas es digna de recordarse una sólida refutación de la Vida de Jesús de Renán.

José María Vergara (1831-1872), novelista y poeta, escribió también una bien documentada *Historia de la Literatura en Nueva Granada.*

El Presidente, Marco Fidel Suárez (1855), uno de los prosistas modernos más clásicos, ha sido un digno continuador de la obra de Caro y Cuervo con sus profundos y sólidos escritos de filosofía y lingüística (*Jesucristo, Ensayo sobre la gramática de Bello, Miguel de Cervantes,* etc.).



Marco Fidel Suárez

Antonio Gómez Restrepo (1869) es hoy el primer crítico de Colombia y quizá de América; conocedor a fondo del castellano clásico, lo maneja con envidiable dominio y soltura en sus múltiples discursos y estudios literarios, lo mismo que en sus delicadas y correctísimas composiciones poéticas *Amor Supremo, Viaje a Grecia, Mi madre y tú, Recuerdo de amor,* etc.

Aunque de mérito literario inferior a los anteriores, merecen citarse por su fecundidad y la influencia que en su época ejercieron *Manuel M.ª Madiedo* (1818-1888), poeta dramático, novelista y publicista universal, y *José M.ª Torres Caicedo* (1830-1889), poeta, crítico y articulista de costumbres, ambos de ideas liberales. *Isaías Gamboa* (1872-1904), pe-

dagogo y poeta, publicó en Chile los poemas *Fantasía, Primavera* y *Ante el Mar* y la novela *Tierra nativa*.

Entre los eruditos más recientes que continúan la gloriosa tradición de los anteriores figuran el Presbítero RAFAEL M. CARRASQUILLA, presidente de la Academia Colombiana, BALDOMERO SANÍN CANO, muy leído dentro y fuera de su patria; RICARDO SÁNCHEZ RAMÍREZ, LUIS E. NIETO CABALLERO, LUIS LÓPEZ DE MEZA, CARLOS RESTREPO, CARLOS CUERVO MÁRQUEZ, etc,

NOVELA

JORGE ISAACS (1837-1895) ha inmortalizado su nombre con la famosa novela idílica *María*, que recuerda a Pablo y Virginia, pero que está más directamente inspirada en la naturaleza, y escrita en un lenguaje más espontáneo que la del autor francés. A pesar de algunas deficiencias en la ejecución, es una de las joyas más preciadas de la prosa amena en América.

JOSÉ MARÍA SAMPER (1828-1887), fecundísimo escritor, de extraordinaria facilidad, se ensayó en casi todos los géneros: teatro, (*Dios corrige, no mata*), historia (*Galería nacional de hombres ilustres*), poesía (*Ecos de los Andes*), novela (*Un drama íntimo*), y que consignó las etapas de su conversión en la preciosa obra *Historia de un alma*. Su hija BERTILDA SAMPER siguió en la novela las huellas de su padre con inspiración cristiana y amor a la naturaleza. (*Cartas de una campesina, La parábola del sembrador*).

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN (1817-1908), Vice-presidente de la República, escritor castizo, crítico de gran erudición (*Diccionario ortográfico*), es también un chispeante articulista de costumbres y ameno novelista (*El Moro, Entre primos*, etc.).

JOSÉ MARÍA VARGAS VILA (1860) es un escritor tan revolucionario en política, como en doctrina, moral, estilo y aun gramática y lenguaje. Es poeta y novelista fecundo, propagandista

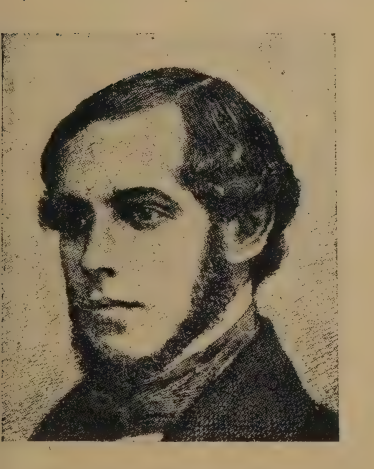
de la rebelión contra la autoridad y la moral del cristianismo. (*El Cisne Blanco, el Huerto del silencio* (poemas) *La Flor del fango*, (novela), etc.).

Tomás Carrasquilla es uno de los primeros novelistas regionales de habla castellana, digno de compararse con Pereda por el sano realismo y lo expresivo y castizo del lenguaje. *Frutos de la tierra* es la más célebre de sus novelas.

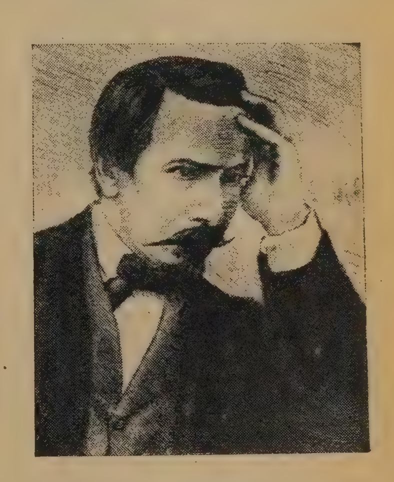
Poesía

Epoca romántica

José Eusebio Caro (1819-1853), padre del ya citado Miguel Antonio, fué en su época el gran polemista de la causa de Dios. En poesía, sin dejar de ser un verdadero artista inspirado y enérgico, fué un innovador en la métrica, dando al ritmo una



José Eusebio Caro

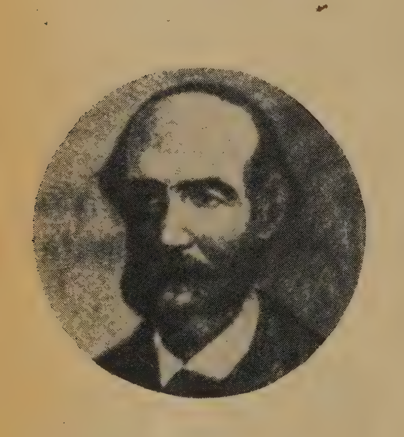


Julio Arboleda

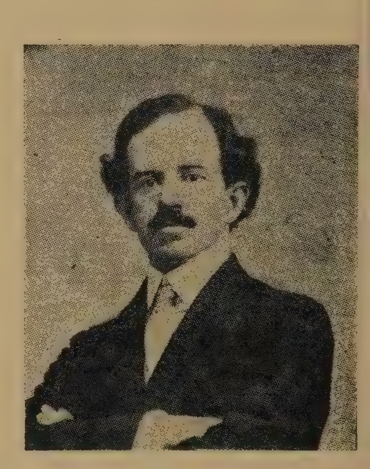
importancia que a veces menoscaba la claridad y fluidez del lenguaje (*La libertad y el socialismo*, *Lara*, *Mi juventud*, etc.).

JULIO ARBOLEDA, (1817-1861), presidente electo de Colombia, debe su justa fama no tanto a sus ardientes odas políticas, llenas de vehemencia, cuanto a su poema épico *Gonzalo de Oyón,* uno de los más bellos que se han escrito sobre asunto americano, por el idealismo, colorido y fuerza descriptiva.

JOSE JOAQUÍN ORTIZ (1814-1892), lírico de alto vuelo, do-



Gregorio Gutiérrez González



Guillermo Valencia

tado de un entusiasmo y grandilocuencia semejante a los de Quintana, cantó la virtud, la patria, la libertad en sus poemas: *Colombia y España,* y *Los Colonos,* y en sus odas *Al Tequendama, Boyacá, La bandera colombiana*, etc.

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ (1826-1872) es poeta bucólico, romántico, sentimental, cuyo poema *Sobre el cultivo del maíz en Antioquia* contiene grandes bellezas de colorido y lenguaje local.

Rafael Pombo (1833-1912) es otra de las grandes glorias literarias de Colombia y de América, poeta de una fecundidad y flexibilidad extraordinarias por la variedad de géneros, temas y matices que ostenta su inspirada obra poética (*Preludio de primavera*, *En el Niágara*, *A José Eusebio Caro*, *Edda*, etc.).

Diego Fallon (1834-1895) se complace en la contemplación de los grandes cuadros de la naturaleza, de los que se eleva a altas consideraciones filosóficas. (*Las rocas de Suesca*, canto *A la luna*).

Belisario Peña (1836) colombiano establecido en el Ecuador, fué poeta clásico que imitó de cerca a Fray Luis de León en la profundidad del sentimiento y elegante sobriedad de la forma (*El Templo*, *A María*, *Luna*, etc.).

Poetas modernos

Guillermo Valencia (1873) es uno de los grandes poetas originales, muy clásico por el sólido conocimiento de la antigüedad griega y romana, muy moderno por el minucioso cultivo de la forma métrica. En versos de singular armonía canta asuntos de las antiguas civilizaciones orientales o motivos de temas filosóficos, como en sus poemas *Anarkos*, *Las Cigüeñas blancas*, *Los Camellos*, *El Centauro*, etc.

Julio Flórez (1869), otro de los vates más populares de Colombia, es de escuela opuesta al anterior, muy espontáneo y sencillo, de forma amable y menos estudiada; se inspira en asuntos de la vida actual con cierto tinte de pesimismo y melancolía (*Fronda lírica*, *Cardos y lirios*, *Gotas de ajenjo*).

José Asunción Silva (1865-1896) es uno de los grandes iniciadores del modernismo; renovó el uso de metros casi olvidados desde el siglo XV, como el dodecasílabo, y supo sacar de ellos ritmos desconocidos en épocas anteriores. Famosísimo es el

Nocturno, tan variamente juzgado por la crítica, pero al que nadie podrá negar profundo sentimiento y melancolía.

AURELIO MARTÍNEZ MUTIS (1887) en pocos años ha adquirido un nombre ilustre en el parnaso hispano-americano, por la grandeza y profundidad de sus concepciones, la vibración del sentimiento, y la suma corrección y armonía de la forma, en que ha sabido comprender y aprovechar con maestría las últimas innovaciones. Su poema *La Religión y la Independencia* obtuvo la flor natural en el Centenario de Colombia; obtúvola en el de *Magallanes* celebrado en Punta Arenas con el poema a aquel héroe *La Esfera conquistada;* con *La Epopeya del Cóndor*, el primer premio de un certamen abierto en París por *Mundial Magazine*. Con el título de *Mármol* ha editado en Chile una colección de sus mejores poesías.

Entre los muchos otros que en Colombia han sobresalido en la poesía, pueden citarse: el presidente RAFAEL NÚÑEZ (1825-1894), poeta filosófico y espiritual; JOSÉ M.ª RIVAS GROOT (1865), poeta elevado (*Las Constelaciones*), crítico y novelista (*El triunfo de la vida*); ENRIQUE W. FERNÁNDEZ (1858) semejante al anterior en la inspiración robusta y cristiana; CARLOS ARTURO TORRES (1867-1911) filosófico libre pensador; JOSÉ JOAQUÍN CASAS (1866), lírico y heroico; la vigorosa poetisa AGRIPINA MONTES DEL VALLE (*Al Tequendama*); el tierno EPIFANIO MEJÍA (*Canto del antioqueño*); el profundo elegíaco DIEGO URIBE (1867); el inspirado jesuíta TEODULO VARGAS (*El crucifijo*); los poetas descriptivos RAFAEL TAMAYO, JOSÉ CAICEDO ROJAS y ALFREDO GÓMEZ JAIME; el becqueriano JOAQUÍN GONZÁLEZ CAMARGO (*Viaje de la luz*), RICARDO NIETO; el publicista ISMAEL E. ARCINIEGAS; el brillante poeta y novelista JOSÉ EUSTACIO RIVERA, autor de la novela de índole épica *La Vorágine*. sobre escenas heroicas en los bosques del Caquetá y Amazonas. Entre los más recientes el armonioso y pintoresco ANGEL M.ª CÉSPEDES; el clásico helénico CORNELIO HISPANO (*Ismael López*) los modernistas MIGUEL RASH ISLA, EDUARDO CASTILLO, CARLOS VILLAFAÑE, LUIS CARLOS LÓPEZ, etc.

ANTOLOGIA

Deliquios del divino amor

en el corazón de la criatura y en las agonías del huerto

(Sor Francisca del Castillo)

El habla delicada
Del amante que estimo,
Miel y leche destila
Entre rosas y lirios.

Su meliflua palabra
Corta como rocío,
Y con ella florece
El corazón marchito.

Tan suave se introduce
Su delicado silbo,
Que duda el corazón
Si es el corazón mismo.

Tan eficaz persuade
Que, cual fuego encendido,
Derrite como cera
Los montes y los riscos.

Tan fuerte y tan sonoro
Es su aliento divino,
Que resucita muertos
Y despierta dormidos.

Tan dulce y tan suave
Se percibe al oído,
Que alegra de los huesos
Aun lo más escondido.

Al monte de la mirra
He de hacer mi camino,
Con tan ligeros pasos
Que iguale al cervatillo.

Mas ¡ay Dios! que mi amado
Al huerto ha descendido,
Y como árbol de mirra
Suda el licor más primo.

De bálsamo es mi amado,
Apretado racimo
De las viñas de Engadi:
El amor le ha cogido.

De su cabeza el pelo,
Aunque ella es oro fino,
Difusamente baja
De penas a un abismo.

El rigor de la noche
Le da el color sombrío,
Y gotas de su hielo
Le llenan de rocío.

¿Quién pudo hacer ¡ay cielo!
Temer a mi querido,
Que huye el aliento y queda
En un mortal deliquio?

Rotas las azucenas
De sus labios divinos,
Mirra amarga destilan
En su color marchitos.

Huye, aquilón; ven austro:
Sopla en el huerto mío:
Las eras de las flores
Den su olor escogido.

Sopla más favorable,
Amado vientecillo;
Den su olor los aromas,
Las rosas y los lirios.

Mas ¡ay! que si sus luces
De fuego y llamas hizo,
Hará dejar su aliento
El corazón herido.

Unidad del Castellano en América

(Rufino J. Cuervo)

(*Apuntaciones sobre el lenguaje bogotano*)

Nada, en nuestro sentir simboliza tan cumplidamente a la Patri como la lengua; en ella se encarna cuanto hay de más dulce y caro para individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y lo cuentos referidos al amor de la lumbre, hasta la desolación que traen l muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantarcillo popula evoca la imagen de alegres fiestas, y un himno guerrero la de gloriosas vic torias; en una tierra extraña, aunque halláramos campos iguales a aque llos en que jugábamos de niños y viéramos allí casas iguales a donde se co lumpió nuestra cuna, nos dice el corazón, que si no oyéramos los acentos d la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extran jeros y suspiraríamos por las auras de la Patria. De suerte que, mirar po la lengua, vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestro mayores; las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroe: y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propen der a su uniformidad es vigorizar sus simpatías y relaciones, hacerlos un solo. Por eso, después de quienes trabajan por conservar la unidad d creencias religiosas, nadie hace tanto por el hermanamiento de las nacione hispano-americanas como los fomentadores de aquellos estudios que tien den a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que la diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas.

Fin y Objeto de la Gramática

(Marco Fidel Suárez)

Pensar que un individuo o una corporación puedan modificar o alterar substancialmente un idioma, es pensar un imposible, porque el lenguaje es de aquellos fenómenos (y esto prueba que no es invención del hombre) que son guiados en su marcha por superior impulso, por misteriosa corriente. Menos arrogante que algunos Césares modernos, lo reconoció así Augusto cuando declaró que todo su poder era insuficiente a inventar e imponer un solo vocablo. En su desarrollo constante, es tendencia del lenguaje el separarse y fraccionarse en diversos usos; ¿cuál será la tarea de la gramática en presencia de este fenómeno? En cuanto ciencia, debe estudiar y comparar las leyes de ese desarrollo, que, por ocultas que sean, no dejan de existir; y ya que otra cosa no puede, debe, en cuanto arte, exaltar y aprobar aquel de entre los usos que, por reunir ciertos caracteres, merezca preferirse. Cierto es que el hombre no podrá jamás evitar la creciente corrupción de los idiomas, que la experiencia nos muestra realizada en todos los tiempos y lugares por la maldición del Señor; pero sí puede diferir tal cataclismo, y para ello no hay otro medio que conceder autoridad a cierto y determinado uso.

Juicio sobre Guillermo Valencia

(Gómez Restrepo)

La fama de Silva empezó a crecer con ocasión de su trágica muerte. A poco comenzó a surgir el astro de Guillermo Valencia, quien impuso triunfalmente las fórmulas de la nueva escuela; aunque, a decir verdad, en él ha habido más de parnasiano que de decadente, como acontece en el insigne poeta francés Henry de Regnier. Valencia se apropió algunos de los procedimientos de los simbolistas franceses; adoptó algunas fórmulas de expresión del decadentismo; pero sus poesías simbólicas, como «Las cigüeñas blancas» y «Los camellos», no están escritas en el estilo hermético de Mallarmé, revelan una imaginación latina. «Anarkos» es una poesía social, que, por el fondo y la forma recuerdan más a Víctor Hugo que a Verlaine;

«En el circo» y «San Antonio» y «El centauro» son arrogantes cantos, llenos de relieve y de plasticidad, y los sonetos son, en su mayoría, de intachable factura parnasiana. En la parte técnica, Valencia ha sido siempre un espléndido versificador dentro de la tradición española, pues sólo en composiciones secundarias y como a despecho ha rendido fugaz tributo a exóticas innovaciones, tan contrarias a la índole de nuestra versificación como el verso libre a la del francés. Valencia, como Regnier, tiene una cultura verdaderamente clásica, la cual es enemiga de la nebulosidad del pensamiento y de la incoherencia de la expresión: cuando siguen su genialidad, buscan instintivamente la proporción, la euritmia; y si conocen el secreto de la sugestión delicada e insinuante, no ignoran la gracia triunfadora del relieve y de la línea...

La Vuelta al Hogar Paterno

(Jorge Isaacs,)

Pasados seis años, los últimos días de un lujoso agosto me recibieron al regresar al nativo valle. Mi corazón rebosaba de amor patrio. Era ya la última jornada de mi viaje, y yo gozaba de la más perfumada mañana del verano. El cielo tenía un tinte azul pálido: hacia el oriente, y sobre las crestas altísimas de las montañas, medio enlutadas aún, vagaban algunas nubecillas de oro, como las gasas de un turbante esparcidas por un aliento amoroso. Hacia el sur flotaban las nieblas que durante la noche habían embozado los montes lejanos. Cruzaba planicies alfombradas de verdes gramales, regadas por riachuelos cuyo paso me obstruían hermosas vacadas, que abandonaban sus sesteaderos para internarse en las lagunas o en sendas abovedadas por floridos pisanos e higuerones frondosos. Mis ojos se habían fijado con avidez en aquellos sitios medio ocultos al viajero por las copas de añosos guaduales en aquellos cortijos donde había dejado gentes virtuosas y amigas...

Estaba mudo ante tanta belleza, cuyo recuerdo había creído conservar en mi memoria, porque algunas de mis estrofas, admiradas por mis condiscípulos, tenían de ella pálidas tintas... El cielo, los horizontes, las pampas y las cumbres del Cauca, hacen enmudecer a quien las contempla. Las grandes bellezas de la creación no pueden a un tiempo ser vistas y cantadas: es necesario que vuelvan al alma empalidecidas por la memoria infiel.

Antes de ponerse el sol, ya había yo visto blanquear sobre la falda de

la montaña la casa de mis padres. Al acercarme a ella, contaba con mirada ansiosa los grupos de sus sauces y naranjos, al través de los cuales vi cruzar poco después las luces que se repartían en las habitaciones.

Respiraba al fin aquel olor nunca olvidado del huerto que se vió formar. Las herraduras de mi caballo chispearon sobre el empedrado del patio. Oí un grito indefinible: era la voz de mi madre: al estrecharme ella en los brazos, y acercarme a su pecho, una sombra me cubrió los ojos: era el supremo placer que conmovía a una naturaleza virgen.

Despedida de la patria

(José Eusebio Caro)

Lejos ¡ay! del sacro techo
Que mecer mi cuna vió,
Yo, infeliz proscrito, arrastro
Mi miseria y mi dolor;
Reclinado en la alta popa
Del bajel que huye veloz.
Nuestros montes irse miro
Alumbrados por el sol.
¡Adiós, Patria! ¡Patria mía,
Aún no puedo odiarte, adiós!

A tu manto, cual un niño,
Me agarraba en mi aflicción;
Mas colérica tu mano
De mis manos lo arrancó;
Y en tu saña desoyendo
Mi sollozo y mi clamor,
Más allá del mar tu brazo
De gigante me lanzó!
¡Adiós. Patria! ¡Patria mía,
Aún no puedo odiarte, adiós!

De hoy ya más, vagando triste
Por antípoda región,
Con mi llanto al pasajero
Pediré el pan del dolor:
De una en otra puerta el golpe
Sonará de mi bastón:
¡Ah! ¡en balde! ¿En tierra extraña
¿Quién conocerá mi voz?
¡Adiós. Patria! ¡Patria mía,
Aún no puedo odiarte, adiós!

¡Ah! de tí sólo una tumba
Demandaba humilde yo!
Cada tarde la excavaba
Al postrer rayo del sol.
—«¡Ve a pedirla al extranjero!»—
Fué tu réplica feroz;
Y llenándola de piedras,
Tu planta la destruyó.
¡Adiós, Patria! ¡Patria mía,
Aún no puedo odiarte, adiós!

En un vaso un tierno ramo
Llevo de un naranjo en flor;
¡El perfume de la Patria,
Aun expiro en su botón!

El mi huesa con su sombra
Cubrirá; y entonces yo
Dormiré mi último sueño
De sus hojas al rumor!
¡Adiós Patria! ¡Patria mía,
Aún no puedo odiarte, adiós!

La Flecha de Oro

(Migel A. Caro)

Yo busco una flecha de oro
que, niño, de una hada adquirí,
y «Guarda el sagrado tesoro».
me dijo: «tu suerte está ahí».

Mi padre fué un príncipe: quiere
un día nombrar sucesor,
y a aquel de dos hijos prefiere
que al blanco tirare mejor.

A liza fraterna en el llano
salimos con brío y con fe:
la punta que arroja mi hermano
clavada en el blanco se ve.

En tanto mi loca saeta,
lanzada con ciega ambición,
por cima pasó de la meta
cruzando la etérea región.

En vano en el bosque vecino,
en vano la busco doquier:
tomó misterioso camino
que nunca he logrado saber.

El cielo me ha visto horizontes
salvando con ávido afán,
y mísero a valles y a montes
pidiendo mi infiel talismán.

Y escucho una voz ¡Adelante!
que me hace incansable marchar;
repítela el viento zumbante,
me sigue en la tierra y el mar.

Yo busco la flecha de oro
que, niño, de una hada adquirí,
y «Guarda el sagrado tesoro».
me dijo: «tu suerte esta ahí».

La Nueva Patria

(Julio Arboleda)

fragmento de «Gonzalo de Oyón»

Como vasta pirámide arrojada
de Norte a Sur en medio al Oceano,
la cúspide, en el choque, despuntada,
derruídos los lados por la mano
del tiempo, en la obra perennal cansada,

mírase al Continente colombiano;
y, cual del cuerpo astillas desprendidas,
se ven sus islas, por el mar, tendidas.

Andes, en forma de melena densa,
sus altas sierras sobre el Norte extiende;
luego reduce su expansión inmensa,
y en larga línea para el Sur desciende;
deja al Oriente la llanura extensa
que hasta el remoto Atlántico se tiende,
y, la frente imperial en fuego ardiendo,
ve los dos mares a sus pies rugiendo.

Esa es la cordillera a cuya cumbre
del cóndor nunca alcanza el raudo vuelo;
la fábrica de enorme pesadumbre
donde, entre algas y témpanos de hielo,
nace la pura y limpia muchedumbre
de aguas que riegan nuestro fértil suelo,
brotando, entre el misterio, tras la niebla
vertiginosa que el abismo puebla.

Al Norte, al Sur, y en curvas, al Oriente,
de las gélidas fuentes desprendidos,
arroyos mil, con pródiga corriente,
enriquecen la tierra: entretejidos,
cual vasta red, por todo el Continente
discurren; luego, en masas recogidos,
van a pedir al piélago profundo
para su tierra paz, comercio al mundo.

Y arrastran al Atlántico sonoro
sus ondas, y al Pacífico suave,
corriendo por las selvas sobre el oro
que brilla terso entre la arena grave.
Y son prendas de unión, mas su tesoro
no está en el oro vil: está en la nave
que surcando sus útiles raudales
dé industria y libertad a los mortales.

De Granada, la nueva, el Virreinato
departe el Marañón de sus vecinos.
Interno y noble mar, donde el aflato
no alcanza de los recios torbellinos,
y de futura unión vínculo grato
entre los industriosos granadinos,
aorta de este mundo colombiano
y río de los ríos soberano.

Y de Granada en la región do gira,
sin jamás apartarse, el sol amante,
y con suave hálito respira,
arrullada entre palmas, la aura errante,
y el taguijó monótono suspira,
del marjal melancólico habitante;
entre el Ande y el mar, que la mejilla
recuesta en paz a la escarpada orilla;

hay un valle feliz: su tierra ondula
en continuas y plácidas colinas,
que la brisa al pasar besa y adula:
por ese valle en ondas cristalinas

el agua precipítase y circula,
serpeando entre flores purpurinas;
y al fin de aquel edén verde y riente
la ilustre Popayán alza la frente.

De sus colinas altas amparada,
como la tigre que asechanza teme
y espera al can al árbol recostada,
detrás del corvo cerro de la Eme
se la mira de lejos engastada;
desde el Cauca a la luz del sol que
[treme
sobre la alba ciudad, en grupos va-
[rios
se ven surgir sus pardos campanarios.
. . . .

Los Colonos

(Ortiz)

Fragmento

. . . .

Rasgando el aire mudo,
cuando apunta la luz del nuevo día,
no bajará quejoso el són agudo
de la campana desde excelsa torre
a celebrar las glorias de María;
mas del pajizo alar de la cabaña
saldrá el clangor, cual de clarín sono-
[ro,
del gallo vigilante,
que salude el lucero de la aurora,
que sube por el éter rutilante
tiñéndose del sol con la luz de oro;
y veráse después cómo a la turba
que su serrallo numeroso puebla,
con voz amante llama
a recoger el derramado grano
del rubio trigo entre la verde grama,
como después que el labrador recoge
en la espaciosa troje
los frutos que le dió pródigo el cielo,
de las chisgas el pueblo numeroso,
en alas de los céfiros traído,
cual en un gran palacio prevenido
por el Dios bondadoso,
sobre un árbol copudo abate el vuelo.
Debajo de la tribu desparece
de repente el follaje; el árbol brilla
como una grande cúpula de oro,
y de tanta avecilla
no cesa un punto el gorjear sonoro.
Así de la Misión todos los niños,
cuando oyen la sonora campanilla,
corren en torno de la Cruz que
[arranca
enhiesta al aire y cercan al anciano,
que entre tantas cabezas infantiles
descuella allí, con su cabeza blanca.
¡Oh! Ni Platón, ni Sócrates, famosos
en los anales del saber, supieron,
tras largos años de velar continuo,
lo que estos pobres niños candorosos,
de los trémulos labios del anciano,
al pie del leño rústico aprendieron.
. . . .

Cultivo del Maíz en Antioquia

(Gregorio Gutiérrez González)

(Fragmento)

Cap. III

Hoy es Domingo. En el vecino pue-
[blo
las campanas con júbilo repican;
del mercado en la plaza ya hormi-
[guean
los campesinos al salir de misa.
Hoy han resuelto los amigos todos
hacer a la patrona rogativas,
para pedirle que el verano cese,
pues lluvia ya las rosas necesitan.
De golpe el gran rumor calla en la
[plaza,
el sombrero, a una vez, todos se qui-
[tan...
Es que a la puerta de la iglesia asoma
la procesión en prolongada fila.
Va detrás de la cruz y los ciriales
una imagen, llevada en andas limpias
de la que siempre, aun en imagen
[tosca,
llena de gracia y de pureza brilla.

Todo el pueblo la sigue y en voz baja
sus oraciones cada cual recita,
suplicando a los cielos que derramen
fecunda lluvia que la tierra ansía.
¡Hay algo de sublime, algo de tierno
en aquella oración pura y sencilla,
inocente paráfrasis del pueblo
del «Danos hoy el pan de cada día»!
Nuestro patrón y el grupo de peones,
mezclados en la turba se divisan
murmurando sus rezos porque saben
que Dios su oreja a nuestro ruego in-
[clina.
Pero no. Yo no quiero con vosotros
asistir a esa humilde rogativa;
porque todos nosotros somos sabios,
y no quisimos asistir a misa.
Y ya la moda va quitando al pueblo
el único tesoro que tenía.
(Una duda me queda solamente:
¿con qué le pagará lo que le quita?)

Elvira Tracy

(Rafael Pombo)

«The Mass is over, come ¡come!
let us go home».
(*De sus últimas palabras*):

¡He aquí del año el más hermoso
[día,
digno del Paraíso! Es el temprano

saludo que el Otoño nos envía,
son los adioses que nos da el Verano.

Ondas de luz purísima abrillantan
la blanca alcoba de la dulce Elvira;
los pajarillos, cariñosos, cantan;
el perfumado céfiro suspira.

He allí su tocador: aun se estreme-
[ce
cual de su virgen forma al tacto blan-
[do.
He allí a la Madre de Jesús: parece
estar sus oraciones escuchando.

¡Un féretro en el centro, un paño,
[un Cristo,
un cadáver! ¡Gran Dios...! ¡Elvira...
[¡Es ella!
Alegremente linda ayer la he visto;
¿y hoy...? Hela allí: ¡solemnemente
[bella!

No ha muerto; duerme. Vedla son-
[reída.
Ayer, en esta alcoba deliciosa,
feliz soñaba el sueño de la vida.
¡Hoy sueña el de otra vida aún más
[dichosa!

Ya de la rosa el tinte pudibundo
murió en su faz; pero en augusta cal-
[ma
la ilumina un reflejo de otro mundo,
que al morir se entreabrió para su al-
[ma.

Ya para los sentidos no se enciende
la efímera beldad de arcilla impura;
mas, tras ella, el espíritu sorprende
la santa eternidad de otra hermosura.

Cumplió quince años. ¡Ay, edad
[festiva,
mas misteriosa y rara! ¡Edad traido-
[ra,
cuando es la niña, para el hombre es-
[quiva,
y a los ángeles férvida enamora!

¡Pobre madre! ¡Del hombre la
[guardaste,
pero esconderla a su ángel no supiste!
¡La vió, se amaron, nada sospechaste,
y en impensado instante la perdiste!

Vió al expirar a su ángel adorado,
y abrió los ojos al fulgor del cielo,
y dijo: «—El sacrificio ha terminado.
¡Ven, vámonos a Casa!», y tendió el
[vuelo.

Por eso luce tan hermoso el día,
indiferente al llanto que nos cuesta.
Hoy hay boda en el cielo; él se gloría;
la Patria de la novia está de fiesta.

La Luna

(Diego Fallon)

Ya del Oriente en el confín profun-
[do
la Luna aparta el nebuloso velo,
y leve sienta en el dormido mundo
su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
su faz humilde al cielo levantada,
y el hondo azul con elocuencia muda
orbes sin fin ofrece a su mirada.

Un lucero no más lleva por guía;
por himno funeral, silencio santo;
por solo rumbo, la región vacía,
y la insondable soledad, por manto.

¡Cuán bella, oh, Luna, a lo alto del
[espacio
por el turquí del éter lenta subes,
con ricas tintas de ópalo y topacio,
franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
de rizos copos, que tu lumbre tiñe;
y de la Noche el iris vaporoso
la regia pompa de tu trono ciñe.

De allí desciende tu callada lum-
lbre
y en argentinas gasas se despliega
de la nevada sierra por la cumbre,
y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda obscura
a largos trechos el follaje tocas,
y tu alto resplandor sobre la altura
en mármol torna las desnudas rocas;

o al pie del cerro do la roza humea,
con el matiz de la azucena bañas
la blanca torre de vecina aldea
en su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorrien-
[do,
vense, a tu luz, las fuentes y los ríos,
en sus brillantes roscas envolviendo
prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡oh,
[Luna!,
vuelo, al través de solitarias breñas,
a los lejanos valles do en su cuna
de umbrosos bosques y encumbradas
[peñas,

el lago del Desierto reverbera,
adormecido, nítido, sereno,
sus montañas pintando en la ribera,
y el lujo de los cielos en su seno.

. . . .

Los Camellos

(Guillermo Valencia)

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros, y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
copiaron el desfile de la Melancolía...

¡Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge!

Dijeron las pirámides que el viejo sol rescalda:
«—Amamos la fatiga con inquietud secreta...»
Y vieron desde entonces correr sobre una espalda,
tallada en carne viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,

y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del jiboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas..., huesos en blanquecino enjambre...,
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles,
alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
que amáis pulir el dáctilo al són de las cadenas;
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre ya en las venas!

¡Oh, artistas! ¡Oh, camellos de la Llanura vasta,
que vais llevando a cuestas el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡Novios de la Palmera Casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas;
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana,
dejándome—camello que cabalgó el Excidio—...
¡Cómo buscar sus huellas al sol de la mañana.
entre las ondas grises del lóbrego fastidio!

¡No! Buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente.

Y si a mi lado pasa la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

Ars

(José Asunción Silva)

El verso es vaso santo: poned en él tan sólo
un pensamiento puro,
en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes,
como burbujas de oro de un viejo vino oscuro.
Allí verted las flores que la continua lucha
ajó del mundo frío,
recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven.
y nardos empapados en gotas de rocío,
Para que la existencia mísera se embalsame
cual de una esencia ignota,
quemándose en el fuego del alma enternecida,
de aquel supremo bálsamo, ¡basta una sola gota!

Constelaciones

(José M.ª Rivas Groot)

El hombre

Amplias constelaciones que fulguráis tan lejos,
Mirando hacia la tierra desde la comba altura,
¿Por qué vuestras miradas de pálidos reflejos
Tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura?

Las Constelaciones

¡Oh soñador, escúchanos! ¡Escúchanos, poeta!
Escucha tú, que en noches de obscuridad tranquila
Nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta
La súplica en tu labio y el llanto en tu pupila.

Escucha tú, poeta, que en noches estrelladas,
Cual bajo augusto templo, descubres tu cabeza,
Y nos imploras, viendo que están nuestras miradas
Tan llenas de dulzura, tan llenas de tristeza.

¿Por qué tan tristes? Oye: nuestro fulgor es triste
Porque ha mirado al Hombre. Su mente y nuestra lumbre
Hermanas son. Por siglos de compasión existe
En astros como en almas la misma pesadumbre.

Por siglos hemos visto la humanidad errante
Luchar, caer, alzarse... y en sus anhelos vanos
Volver hacia nosotros la vista suplicante,
Tender hacia nosotras las temblorosas manos;

Y ansiar en tal desierto, ya lánguida, ya fuerte,
Oasis donde salten aguas de vida eterna;
Ya llega, llama, y sale con su ánfora la Muerte
Brindando el agua muda de su glacial cisterna.

Tronos, imperios, razas vimos trocarse en lodo;
Vimos volar en polvo babélicas ciudades.
Todo lo barre un viento de destrucción, y todo
Es humo, y sueño, y nada... y todo vanidades.

Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;
Es triste ver el ansia que sin cesar le abrasa;
El ideal anhela, requiere lo infinito,
Crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.

Es triste ver al Hombre, que lumbre y lodo encierra,
Mirarnos desde abajo con infinito anhelo;
Tocada la sandalia con polvo de la tierra,
Tocada la pupila con resplandor del cielo.

Poeta, no nos llames—conduele tu lamento:
Poeta, no nos mires—nos duele tu mirada.
Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento;
Tus ojos ¡oh poeta! se pierden en la nada.

Con íntima tristeza miramos conmovidas,
Con íntima dulzura miramos pesarosas,
Nosotras—las eternas—vuestras caducas vidas,
Nosotras—las radiantes—vuestras obscuras fosas.

El hombre

¿Todo es olvido y muerte? Pasan gimiendo a solas
El mar con sus oleajes, la tierra con sus hombres;
¿Y al fin en mudas playas deshácense las olas,
Y al fin en mudo olvido deshácense los nombres?

¿Y nada queda? ¿Y nada hacia lo eterno sube?
Decid, astros presentes a todo sufrimiento;
La ola evaporada forma un cendal de nube,
¿Y el alma agonizante no asciende al firmamento?

¡No, estrellas compasivas! Hay eco a todo canto;
Al decaer los pétalos, espárcese el perfume;
Y como incienso humano que abrasa un fuego santo,
Al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.

Vendrá noche de siglos a todo cuanto existe;
Y expirarán, en medio de hielos y amargura,
Los últimos dos hombres sobre una roca triste,
Las últimas dos olas sobre una playa obscura.

Y moriréis ¡oh estrellas! en el postrero día...
Mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas;
Y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
Sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.

La Tórtola

(Epifanio Mejía)

Joven aún entre las verdes ramas
de secas pajas fabricó su nido;
la vió la noche calentar sus huevos,
la vió la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,
buscó alimento en los lejanos riscos,
trajo de frutas la garganta llena,
y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichosa...
y sin embargo disparó su tiro!
Ella la pobre en su agonía de muerte
abrió las alas y cubrió a sus hijos.

Toda la noche la pasó gimiendo
su compañero en el laurel vecino:
cuando la aurora apareció en el cielo
bañó de perlas el hogar ya frío...

La Muerte del Tigre

(José Eustasio Rivera)

En la tórrida playa, sanguinario y astuto,
mueve un tigre el espanto de sus garras de acero;
ya venció la jauría pertinaz y al arquero
reta con un gruñido enigmático y bruto.

Manchas de oro vivaces, entre manchas de luto
en su felpa ondulante dan un brillo ligero;
magnetiza las frondas con el ojo hechicero,
y la cola es más ágil, y su ijar más enjuto.

Tras las verdes palmichas, con la fuerza del brazo
templa el indio desnudo la vibrante correa.
¡y se quejan las brisas al pasar el flechazo...!

Ruge el tigre, arrastrando las sangrientas entrañas,
y se muere. Y en tanto que yacente se orea,
baja el sol, como un buitre, por las altas montañas.

La Epopeya de la Espiga

(Martínez Mutis)

....
La hostia es la epopeya de la espi-
[ga,
la blanca animación del asfodelo,
el más feliz descanso a la fatiga
y la más pura síntesis del cielo.
Río inmortal que nuestra sed mitiga;
soplo enorme de Dios, a cuyo rastro,
el astro hecho humildad baja a la hor-
[miga

¡y ella se encumbra convertida en [astro!

Sobre Colombia, exangüe y dolori- [da,
el Corazón de Jesucristo impera;
por caminos de gloria, hacia la vida
El llevará la tricolor bandera.
Ya la paz, como un aura bendecida,
presagia los orientes del futuro.
El átomo de arena
funda la inmensidad. Todo se ordena
y se eslabona en la ascendente escala
que va hasta el infinito. El grano os- [cur-
que de la tierra en el riñón resbal-
presto será retoño esmeraldino,
después diadema de oro en el madur-
penacho de la mies; ya en el molin-
caerá como finísima cascada
para trocarse en pan; y en la sagrad-
misa, mientras la voz del campana- [ri-
suelta en ondas solemnes su armonía-
será trigo hecho Dios en el santuari-
cuando sube la blanca Eucaristía-





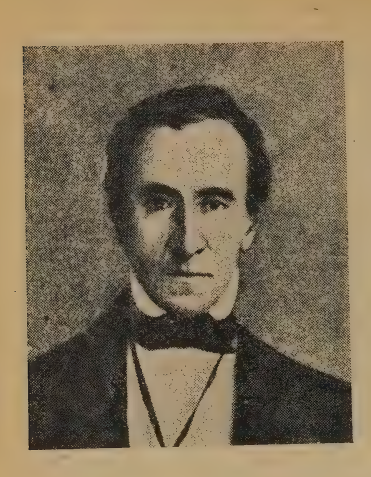
ECUADOR

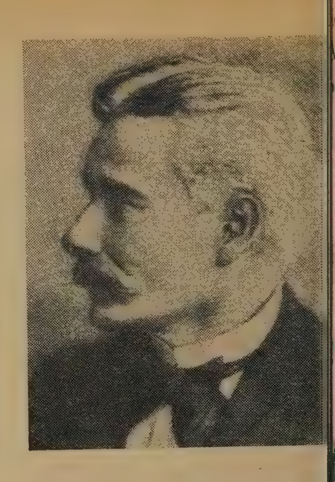
En la época colonial la Presidencia de Quito disfrutó de una regular cultura; las bellas letras no fueron contaminadas con el Conceptismo y Culteranismo, pero hay que llegar al siglo XIX para encontrar los grandes nombres literarios.

Siglo XIX.—Poesía

José Joaquín Olmedo (1780-1847) es de los mayores y más inspirados poetas de toda América.

Su canto *A la victoria de Junín* es de las odas heroicas más espléndidas, entusiastas y grandilocuentes que se han escrito en lengua castellana: vibrante de exaltado patriotismo, se hace eco sonoro del sentimiento nacional colectivo y lo encarna en una forma llena de armonía y de movimiento, saturada de reminiscencias de los grandes clásicos griegos y latinos.







José Joaquín Olmedo *Numa Pompilio Llona*

Semejante, aunque inferior a la anterior, es la oda *al* *neral Flores vencedor de Miñarica.*

Numa Pompilio Llona (1832-1907) es poeta de tend cias filosóficas y de forma atildada, autor de sonetos corre simos (*Cantos Americanos*). En prosa publicó *Las melodías* *dígenas, Bosquejos de literatos colombianos*, etc.

Juan León Mera (1832-1894), aunque de versificac poco florida, es autor dotado de gran sentimiento e imaginaci como lo demuestra su inspirado poema de asunto indígena *virgen del Sol* y su novela *Cumandá o un drama entre salva*

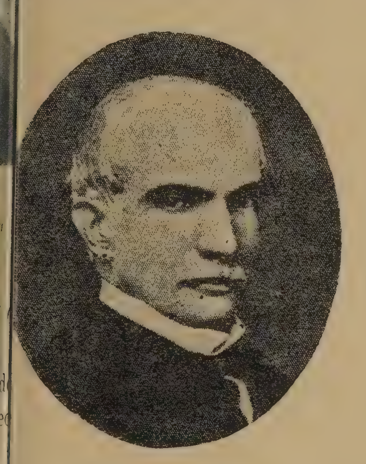
Julio Zaldumbide (1833-1887) canta con acento apasio do temas psicológicos y morales (*Meditación, Eternidad de* *vida*) y tradujo en armoniosos versos el poema *Lara* de L Byron.

Entre los poetas recientes citaremos al cultísimo e inspir Remigio Crespo Toral, al rubeniano José M.ª Egas, al

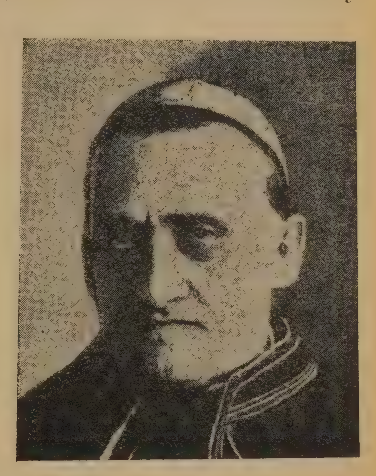
co JORGE CARRERA ANDRADE, y los malogrados MEDARDO ÁNGEL SILVA, profundo elegíaco y ARTURO BORJA, autor de poesías hábilmente cinceladas.

ESCRITORES EN PROSA

GABRIEL GARCÍA MORENO (1831-1875) presidente de la República en dos períodos, más que por sus ensayos poéticos y



Gabriel García Moreno



Federico González Suárez

su erudición científica, es notable literariamente por la vehemencia y brillantez de sus escritos polémicos y políticos, con que sostuvo la causa de Dios y el progreso de su patria hasta que cayó bajo el puñal del asesino.

JUAN MONTALVO (1833-1889), acérrimo enemigo del anterior, fué el corifeo de las ideas liberales más avanzadas, por más que en sus múltiples campañas periodísticas atacó con implacable saña a la mayor parte de los hombres prominentes de todas

las ideas, incluso los de su propio partido. En cuanto a estilo y lenguaje es uno de los prosistas más cervantinos de Améric aunque en extremo rebuscado y pedante.

Por su espíritu anticristiano e inmoral ha tenido la trist prerrogativa de ser el único de los grandes escritores de Améric cuyo nombre figura en el *Indice* de los libros prohibidos por l Iglesia. (*Catilinarias, Capítulos que se le olvidaron a Cervantes Los siete tratados*, etc.).

Federico González Suárez, (1844-1917) arzobispo d Quito, erudito investigador de extraordinaria cultura, talent y actividad, escribió la *Historia Eclesiástica del Ecuador, Bibliografía ecuatoriana*, etc.

Gonzalo Zaldumbide (1885) hijo del poeta Julio, es u crítico de acertado criterio, estilo castizo y muy elegante. (*La evolución de Gabriel D'Annunzio, Rodó*).

Alejandro Andrade Coello didáctico, crítico y poeta, e autor de notables obras pedagógicas (*Nociones de Literatura El Ecuador intelectual*).

ANTOLOGIA

La Victoria de Junín

(Fragmentos)

Canto a Bolívar

(José Joaquín Olmedo)

El trueno horrendo que en fragor [revienta
y, sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo im- [pera.
Y el rayo que en Junín rompe y [ahuyenta
la hispana muchedumbre,
que más feroz que nunca amenazaba
a sangre y fuego eterna servidumbre;
y el canto de victoria

que en ecos mil discurre, ensordecien-
[do
el hondo valle y enriscada cumbre,
proclaman a Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra.

. . . .

¿Quién es aquel que el paso lento
[mueve
sobre el collado que a Junín domina?
¿Que el campo desde allí mide, y el
[sitio
del combatir y del vencer desina?
¿Que la hueste contraria observa,
[cuenta,
y en su mente la rompe y desordena,
y a los más bravos a morir condena,
cual águila caudal que se complace
del alto cielo en divisar su presa
que entre el rebaño mal segura pace?
¿Quién el que ya desciende
pronto y apercibido à la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
nube tremenda: el brillo de su espada
es el vivo reflejo de su gloria:
su voz un trueno; su mirada un rayo.
¿Quién aquel que al trabarse la bata-
[lla,
ufano como nuncio de victoria,
un corcel impetuoso fatigando
discurre sin cesar por toda parte...?
¿Quién, sino el hijo de Colombia y
[Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,
mirad allí los duros opresores
de vuestra patria. Bravos colombia-
[nos,
en cien crudas batallas vencedores,
mirad allí los enemigos fieros
que buscando venís desde Orinoco:
suya es la fuerza, y el valor es vuestro;
vuestra será la gloria;
pues lidiar con valor y por la patria
es el mejor presagio de victoria.
Acometed: que siempre
de quien se atreve más el triunfo ha
[sido:
quien no espera vencer, ya está ven-
[cido».

Dice; y al punto cual fugaces ca-
[rros
que, dada la señal, parten y en den-
[sos
de arena y polvo torbellinos ruedan,
arden los ejes, se estremece el suelo,
estrépito confuso asorda el cielo,
y en medio del afán cada cual teme
que los demás adelantarse puedan;
así los ordenados escuadrones,
que del iris reflejan los colores
o la imagen del sol en sus pendones,
se avanzan a la lid. ¡Oh! ¡quién temie-
[ra,
que su ímpetu mismo los perdiera!

¡Perderse! no, jamás; que en la pe-
[lea
los arrastra y anima e importuna
de Bolívar el genio y la fortuna.
Llama improviso al bravo Necochea,
y mostrándole el campo,
partir, acometer, vencer le manda;
y el guerrero esforzado,
otra vez vencedor, y otra cantado,

dentro en el corazón por patria jura
cumplir la orden fatal, y a la victoria
o a noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo
del atambor en uno y otro bando
y el són de las trompetas clamoroso,
y el relinchar del alazán fogoso,
que erguida la cerviz y el ojo ardien-
[do,
en bélico furor salta impaciente
do más se encruelece la pelea;
y el silbo de las balas, que rasgando
el aire, llevan por doquier la muerte;
y el choque asaz horrendo
de selvas densas de ferradas picas;
y el brillo y estridor de los aceros
que al sol reflectan sanguinosos visos;
y espadas, lanzas, miembros esparci-
[dos
o en torrentes de sangre arrebatados;
y el violento tropel de los guerreros
que, más feroces mientras más heri-,
[dos-
dando y volviendo el golpe redobla-
[do
mueren, mas no se rinden... todo
[anuncia
que el momento ha llegado,
en el gran libro del Destino escrito,
de la venganza al pueblo americano...
. . . .

Odisea del Alma

Fragmentos

(Numa Pompilio Llona)

. . . .
. . . .
«¡Yo también! ¡Yo también! ¡oh
madre! ¡siento
del lidiador intrépido y del vâte,
dentro de mi alma, el generoso aliento!
¡También para el olímpico combate,
el potente vigor y el ardimiento!

Yo por las venas de mi sér difusa
siento una llama ardiente, un fuego
[santo;
y en mis entrañas una voz confusa,
como la voz de la divina Musa,
como un continuo y melodioso canto!

Y aquella voz recóndita y extraña
llena de misteriosas vaguedades,
por doquiera mis pasos acompaña,
junto al río, en el valle, en la mon-
[taña,
de la selva en las vastas soledades...

La flor, la nube, el bosque, la lagu-
[na,
del ruiseñor las trémulas querellas,

el sol que muere, la naciente luna,
en el azul profundo las estrellas...
cuanto en su seno el Universo aduna,

Todo una extraña embriaguez me
[inspira!
¡Todo habla a mi alma un mágico len-
[guaje;
y a su influjo mi sér tiembla y sus-
[pira,
cual, suspensa de un sauce entre el ra-
[maje,
murmura al viento una templada li-
ra!...

¡Cuando de algún poeta soberano
oigo los bellos himnos palpitante,
o recorre sus páginas mi mano,
como el acento de un distante herma-
[no,
en mi alma se alza un eco semejante!..
¡Oh madre! ¡O madre! ¡Aquí bajo mi
[frente
y aquí en mi ansioso estremecido se-
[no,
llevo encerrado un mundo eferves-
[cente,
crepuscular, incógnito, naciente,
de incomparables esplendores lleno!

Siempre del vulgo frívolo distinto,
he sentido emociones misteriosas
de mi alma recogida en el recinto,
siempre he sentido un poderoso ins-
[tinto
que me empujaba hacia las grandes
[cosas!

. . . .

Así, en amor de gloria enardecido,
soñaba el niño en el repuesto valle!...
Mas cesa en la distancia ya el mugido
y en ecos mil de la vecina calle
sube a mi estancia el tumultuoso
[ruido.

. . . .

Dolor sin Consuelo

En la muerte de mi hijo

(Juan León Mera)

Fragmento

. . . .

Yo ví tus ojos por la vez postrera,
ya apagada su luz, a mí volverse;
tu mustio labio ví, cual si quisiera
mi nombre pronunciar, tardo moverse.

Al estrecharte enfin entre mis bra-
[zos
sentí en tu corazón el movimiento
del desatarse los vitales lazos
en el sublime postrimer momento.

«Vete al cielo, hijo mío», pudo [apena
mi lengua balbucir; torné a abrazar- [te
breve, tenue suspiro, dulce suena;
recójolo en mis labios; tu alma par- parte...

¿Qué pasó en mi? Lo sabes tu Dios [justo,
que a prueba tan atroz me sometiste;
yo.. ¡sólo sé que a tu querer me]ajusto,
y que el dolor te ofrezco que me diste!

Sí, te lo ofrezco, ¡Oh Dios!.. ¡Al- [fredo! ¡Alfredo!
ángel que gozas envidiable suerte,
¿por qué te lloro aún?... ¡Ay! no, no [puedo,
prenda del corazón, vivir sin verte.

Falta me haces; mi choza te reclama
tu lecho yace solitario y frío,
triste mi mesa... ¿Dónde no derrama
tu ausencia para mí duelo sombrío?

De mis hijos el número incompleto
veo, los busco, y sólo tú te escondes,
llámolos amorosos cuanto inquieto
y tú sólo a mis gritos no respondes.

Por ti pregunto a la onda en que [solías
en las ardientes horas sumergirte,
y al campo en que triscabas y corrías,
y al árbol do gustabas de subirte:

por ti pregunto al sol de la mañana,
a la tarde, a la noche... y sólo ad- [vierto
que da respuestas a mi pregunta insa- [na
mi propio corazón: ¡Alfredo ha muer- [to!

Así le plugo a Dios—¡Oh caro Al- [fredo!
¡cuán egoísta soy! llorar tu muerte
¿no es tu dicha llorar?... Pero, ¡ay! [no puedo,
prenda del corazón, vivir sin verte.

La Mañana

(Julio Zaldumbide)

Leve cinta de luz brilla en Oriente,
como la fimbria de oro
del ropaje del sol resplandeciente:
y es la señal del ya vecino día.
El pueblo de las aves, que dormía
en el regazo de callada noche,
rompe el silencio en armonioso coro.
y un cántico levanta al que infalible
su cuotidiano sol al mundo envía.
Raya el alba; las sombras que, es- [parcidas
por el aire, tejían silenciosas

el tenebroso velo
en que yacía envuelto el ancho suelo,
ciegas ante la luz y confundidas
se rompen, al ocaso retroceden,
y el espacio y el cetro al día ceden;
recoge el manto la vencida noche,
y aparece triunfante,
entre aplausos y voces de victoria,
en su inflamado coche,
el rey del cielo espléndido y radiante.

Cunde al punto la luz de la maña-
[na;
se alegra el valle, el monte resplande-
[ce;
la niebla que en la noche cubrió el
[suelo
se rompe fugitiva y desvanece,
o en ondeantes penachos sube al
[cielo.
Bulle el viento en los árboles sonoro,
brilla en las verdes hojas el rocío
murmura el arroyuelo
entre las flores dulce, y más osado
rumor levanta el impetuoso río;
allá resuena la floresta umbría
con el alegre y bullicioso coro
de pájaros cantores,
y todo el aire se hinche de rumores.

Despiertan la cabaña y la alquería;
del humo del hogar al cielo sube
la doméstica nube,
y la vista recrea
el afanar del laborioso día;
ya el labrador empuña el corvo arado
y alegre con la idea
de la futura henchida troje, rompe
la faz inculta del fecundo suelo,
poniendo la esperanza y el cuidado
en el labrado surco y en el cielo;
se abre el redil, y saltan las ovejas,
y se van por el campo derramadas,
la tierna grama que mojó el rocío
paciendo regaladas;
allá se agita la afanosa siega,
y la dorada espiga
al corvo diente de la hoz entrega
el precioso tesoro,
galardón del sudor y la fatiga.

Proclama al Ejército Nacional

(Gabriel García Moreno)

¡Soldados! Grandes han sido hasta hoy vuestros sacrificios, pero grande también ha sido vuestra gloria. Cuando por un doble crimen se vendió el honor y el suelo de la patria, y se lanzaron contra nosotros las huestas que debían habernos ayudado a defenderlos, carecíamos de tropas regulares, de armas y recursos suficientes; y parecía temeridad insensata el aceptar el combate sin los necesarios elementos de resistencia. Pero pusimos nuestra esperanza en la protección del cielo; y fuertes, invencibles con su auxilio, asegurásteis la libertad de las provincias interiores, marchando siempre victoriosos.

¡Soldados! La dificultad de continuar las operaciones en terrenos que la mala estación hacía impracticables, la necesidad de reforzar vuestras filas, y el deseo sobre todo de buscar en negociaciones decorosas el término de una lucha sangrienta, obligaron al supremo Gobierno Provisional a daros un reposo momentáneo. En vano entonces se hicieron nobles esfuerzos; en vano el destierro voluntario de los que ejercemos el poder se propuso como medio para echar por tierra el inicuo y vergonzoso tratado de 25 de Enero; inútil fué todo. La obcecación de nuestros enemigos atribuyó a debilidad los ofrecimientos del patriotismo; llegó su osadía al extremo de exigir que reconociéramos como cobardes la validez de ese pacto nulo, colocándonos en la alternativa de la afrenta o de la guerra.

¡Soldados! Miro la indignación pintada en vuestro semblante: ya empuñáis vuestras armas vencedores; y el grito de guerra que lanzáis enardecidos, se extiende como el ruido del trueno desde los valles del Chimborazo hasta las márgenes del Guayas. ¡Guerra, pues, a los traidores y a los bandidos; guerra a los bárbaros opresores de las desgraciadas provincias litorales; guerra, guerra sin tregua a los enemigos de la patria!

¡Compañeros de armas! El éxito de la campaña no puede ser dudoso. Defendéis la más pura, la más santa de las causas, la causa de la independencia nacional, la causa de la libertad del pueblo, la causa de la civilización y de la justicia: habéis triplicado vuestro número, tenéis a vuestro frente un General esclarecido y a jefes y oficiales inteligentes y valerosos, y contáis como antes con la visible protección de la Providencia. No importa que nuestros enemigos se cansen evocando los recuerdos de pasadas discordias, y nos dirijan el torpe lenguaje de los dicterios y la calumnia. Dejad a los cobardes que busquen en los insultos el consuelo de sus derrotas; y preparaos para nuevos combates y para nuevos triunfos.

¡Soldados! Os mando que marchéis a la victoria.

Guaranda, Julio 28 de 1860.

Dualidad del Quijote

(*de «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes»*)

(Juan Montalvo),

Don Quijote es una dualidad; la epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos: el uno visible para todos, el otro, emblema de un misterio, no está a los alcances del vulgo sino de los lectores

perspicaces y contemplativos que, rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van a dar con las lágrimas anexas a la naturaleza humana guiados hasta por la risa. Don Quijote enderezador de tuertos, deshacedor de agravios; Don Quijote caballero en Rocinante, miserable representación de la impotencia; Don Quijote infatuado, desvanecido, ridículo, no es hoy necesario para nada. Este Don Quijote con su celada de cartón y sus armas cubiertas de orín se llevó de calles a Amadises y Belianises, Policisnes y Palmerines, Tirantes y Tablontes; destrozólos, matólos, redújolos a polvo y olvido: España ni el mundo necesitan ya de este héroe. Pero el Don Quijote simbólico, esa encarnación sublime de la verdad y la virtud en forma de caricatura, este Don Quijote es de todos los tiempos y todos los pueblos y bien venido será a donde llegue, alta y hermosa, esta persona moral. . . . .

. . . .

. . . .

Universalidad del Quijote

Si Don Quijote no fuera más que esa imagen seria y gigantesca de la risa, las naciones todas no la hubieran puesto en sus plazas públicas como representante de las virtudes y flaquezas comunes a los hombres, porque una caricatura tras cuyos groseros perfiles no se agita el espíritu del universo, no llama la atención del hombre grave, ni alcanza el aprecio del filósofo. Hay obras que hacen reir quizá más que Don Quijote, y con todo, su fama no ha salido de los términos de una nación: testigo Rabelais, padre de la risa francesa. Panurge y Pantagruel darán la ley en Francia; Don Quijote la da en el mundo. Con decir que Juan Falstaff no es ni para escudero de Don Quijote, dicho se está que en este amable insensato debajo de la locura está hirviendo esa fuente de sabiduría donde gustan de beber todos los pueblos. «El Don Quijote es un libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano». Si como español pudiera infundir sospechas de parcialidad el autor de esta sentencia, extranjero fué el que llamó a Cervantes «honra, no solamente de su patria, sino también del género humano».

Don Quijote es un discípulo de Platón con una capa de sandez: quitémosle su aspada vestidura de caballero andante, y queda el filósofo. Respeto, amor a Dios, hombría de bien cabal, honestidad a prueba de ocasiones, fe, pundonor, todo lo que constituye la esencia del hombre afiloso-

fado, sin hacer mérito de las obligaciones concernientes a la caballería, las cuales siendo de su profesión, son características en él. Aun su faz ridícula, puesta al viso, seduce con un vaivén armonioso de suaves resplandores. Se hace armar caballero, por habilitarse para el santo oficio de valer a los que poco pueden: embiste con los que encuentra, si los tiene por malandrines y follones, esto es, por hombres injustos y opresores de los desvalidos. Trátase de un viaje al fin del mundo: él está ahí, a él le toca e incumbe molestia tan gloriosa, pues va a desagraviar a una mujer, a matar al gigante que usurpó el trono a una reina sin amparo. Todo noble, todo elevado en el fundamento de esta insensata generosidad: echada al crisol de la filosofía locura que tan risible nos parece, luego veríamos cuajarse una pepita de oro aquilatado. El móvil de acciones tan extravagantes, en resumidas cuentas, viene a ser la virtud. Don Quijote es el hombre imaginario, en oposición al real y usual que es su escudero Sancho Panza. ¿Quién no divisa aquí las dos naturalezas del género humano puestas en ese contraste que es el símbolo de la guerra perpetua del espíritu y los sentidos, del pensamiento y la materia?

. . . .

. . . .

Moralidad del Quijote

Cervantes enseñó deleitando, propagó las sanas máximas riendo, escarneció los vicios y barrió con los pervertidores de la sociedad humana; de donde viene a suceder que su alma disfruta de la luz eterna y su memoria se halla perpetuamente bendecida. Tanto como esto es verdadero el principio del divino Sócrates, cual es que sólo por medio de la virtud podemos componer las obras maestras. Cervantes sabría esto, y echó por la senda opuesta a la que siguieron los autores contra los cuales alzó la bandera, hablando de cuyas obras dijo un gran obispo: «Su doctrina incita la sensualidad a pecar y relaja el espíritu a bien vivir». Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes, les hará un bien con tirar su pluma al fuego; provecho moral universal; no el que proclaman los seudo-sabios que adoran al dios Egoísmo y le casan a furto con la diosa Utilidad en el ara de la Impudicia.

Así lo han comprendido los autores que, poniendo el ingenio a las órdenes de las buenas costumbres, cierran con los vicios y los tienen a raya.

. . . .

. . . .

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

(Monseñor Federico González Suárez)

Saludables son y muy provechosas las lecciones de la Historia: ella nos hace formar un concepto muy elevado de la dignidad humana, inspira ideas grandes, vigoriza los ánimos, ennoblece nuestro carácter, comunica generosidad a los pechos más egoístas, pone de manifiesto la acción de la Providencia Divina, que rige y gobierna las sociedades humanas, y en las desgracias de los tiempos pasados nos da ejemplos que imitar y escarmientos para lo futuro. Por esto el estudio de la Historia ha sido el más moralizador de todos los estudios, y continuará siéndolo en adelante: grito de la recta conciencia humana, que escarnece al crimen triunfante y protesta contra las violencias e injusticias de que la virtud suele ser víctima en este mundo. Para medir el grado de civilización de un pueblo bastará conocer la manera como sus escritores han concebido la Historia, y el modo cómo la han narrado a sus contemporáneos. . . . .

En ningún pueblo, en ninguna época se puede separar la historia religiosa de la civil, y es no sólo grave, sino monstruoso el error de aquellos historiadores que prescinden sistemáticamente de las creencias religiosas de los pueblos cuya historia pretenden narrar. Si la historia ha de ser una verdadera ciencia social ¿cómo prescindirá de la moral? ¿cómo prescindirá de las creencias religiosas, que no sólo regulan la moral, sino que forman el carácter y modelan las costumbres de los pueblos? ¿Qué lecciones dará a la posteridad un historiador que en un pueblo no ve más que la serie de los acontecimientos que se suceden unos a otros, e ignora las causas de ellos? ¿Cómo pondrá de manifiesto el triunfo de la justicia quien no encuentra en los hechos históricos bondad ni malicia alguna?. . . Si esta es la ley general que ha de observar todo historiador, sea cual fuere el pueblo cuya historia intenta referir ¿cuánto no se equivocaría el historiador de un pueblo hispano-americano, si prescindiera por completo de la parte que la Iglesia Católica ha tenido en la formación de los pueblos hispano-americanos? La historia de los pueblos hispano-americanos ha de ser imprescindiblemente la historia de la Iglesia Católica en estas regiones, porque usos, leyes, costumbres, hábitos de vida y modos de ser en general, todo, en los pueblos americanos, está informado por la Religión Católica.

Arte Nuevo

(Remigio Crespo Toral)

Hermanos de la lira, ruiseñores
de la remota edad, la nueva os pide
otro ritmo. El laúd de los cantores
del antiguo ideal ya se despide.

Por senda oculta hacia ignoradas [cumbres,
llevando el paso a lo inmortal fu- [turo,
ebrias de inspiración las muchedum- [bres
un astro buscan al confín oscuro.

¿No acertáis a beber en otro vaso
que el que colmó la vieja fantasía?
Reclama el siglo el ritmo de su paso,
su ritmo la más alta poesía.

Magno es el mundo de hoy, la glo- [ria os cela;
sus escogidos sois; es vuestra la hora.
El ideal que en las tinieblas vela
va a sentir la caricia de la aurora.

Y el canto en ondas de pasión di- [vinas,
llegando desde incógnitas fronteras,
va a estremecer las cuerdas argenti- [nas
y a inundar de armonía las esferas.

Y ¿quién detendrá el numen? A- [rrogante
lánzase al frente de la marcha eterna,
empujando a las razas adelante
luz de la humanidad, que las gobierna.

Plegaria lírica

(José María Egas M.)

¡Tu siglo se muere de un mal imprevisto!
¡Tu siglo está loco... Señor Jesucristo!
Ya no hay alma, verso, ni luz ni oración...
¡Y por eso elevo mi plegaria santa
que desconsolada llegará a tu planta
desde el incensario de mi corazón!

Bien sé que el Arquero dispara su flecha;
que Ariel se ha dormido; Calibán acecha;

los cisnes se mueren; se agota el rosal...
Pero, Tú lo puedes... ¡Rabí Nazareno!
(Lo puedes por grande, por dulce, por bueno)
¡Vela por el santo país del Ideal!

Vela por la estirpe de Apolo celeste,
por la lira santa y el carrizo agreste.
Vela por el verso, que es eternidad...
Por los que trajeron un dón de armonía
y bordan con oros de su fantasía
los harapos tristes de la realidad.

. . . .

Vela por los pobres... Angustia secreta
de Arlequín que vende su falsa pirueta
a costa de un duro migajo de pan!
Vela por los tristes... Almas milagrosas
que viven su vida pagando con rosas
toda la amargura que los hombres dan.

Vela por el santo que aprendió tu ciencia
y lleva un miraje de clarividencia
para abrir senderos de meditación...
vela por la gracia de la Fe que guía
y deja un secreto de sabiduría
poniendo dos alas en el corazón...

. . . .

Y hoy que la locura de un mal imprevisto
consume tu siglo... ¡Señor Jesucristo!
y ya nadie quiere decir su canción;
yo elevo en secreto mi plegaria santa,
que desconsolada llegará a tu planta
desde el incensario de mi corazón!



PERU

Epoca Colonial

Lima, la ciudad de los virreyes, fué en la época colonial uno de los grandes centros de cultura de América. Formados en su famosa Universidad de San Marcos y en sus colegios, fueron numerosos los escritores que allí florecieron, y no pocos los que de allí difundieron las letras y las ciencias en otras regiones americanas.

El célebre y original escritor mestizo, el Inca Garcilaso de la Vega (1640-1716), descendiente de Huaina-Capac, dejó consignadas las tradiciones de su raza en relatos llenos de interés y escritos en un lenguaje correcto y florido.

El jesuíta Rodrigo de Valls (1609-1682), limeño, escribió un curiosísimo poema hispano-latino *Lima Fundada*, en versos octosílabos, que pueden leerse en una y otra lengua.

Pablo Antonio Olavide (1726-1803) colaborador del *Mercurio Peruano*, uno de los primeros diarios de América, además

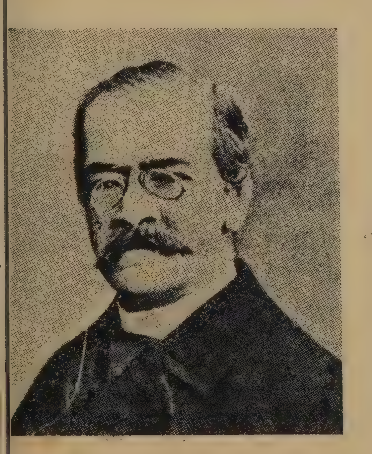
de algunas piezas dramáticas, compuso *El Evangelio en triunfo*, concordancia de los cuatro evangelios, sus *Poemas cristianos*, y una traducción en verso de los Salmos.

MARIANO MELGAR (1791-1814), a pesar de haber muerto fusilado a la edad de veintitrés años, dejó una inspirada colección de *yaravíes* o cantos populares de entonación plañidera.

SIGLO XIX

POETAS SATÍRICOS

FELIPE PARDO ALIAGA (1828-1868), autor de varias comedias, en que pone de relieve sus cualidades de fino observador



Ricardo Palma



José Santos Chocano

(*Frutos de la educación, Una huérfana en Chorrillos*, etc.), debe su celebridad a sus escritos satíricos y jocosos (*Mi levita, El doctor en sus días*) de extraordinaria fuerza cómica.

José Pardo Aliaga (1820-1873), hermano del anterior y como él, discípulo de Lista en España, se distinguió igualmente en la poesía ligera y festiva.

Manuel Asencio Segura (1805-1871) digno émulo de Felipe Pardo en la vena cómica, cultivó con gran éxito el *género chico* en el teatro, como en sus graciosas comedias *El sargento Canuto, Ña Catita, Nadie me la pega*, etc.

Pedro Paz Soldán (1839-1894), irónico fustigador de sus enemigos políticos, continúa la galería de grandes satíricos peruanos. Compuso también gran número de obras de diversos géneros, *Ruinas, Poesías peruanas, Diccionario de peruanismos*, y excelentes traducciones de las *Geórgicas* de Virgilio y del poema de Lucrecio *De rerum natura*.

Poetas Románticos

Clemente Althaus (1835-1885) recuerda a Quintana en la forma grandilocuente, aunque su espíritu participaba más del romanticismo pesimista (*Epístola de Safo a Faón, Ultimo canto de Safo, A Magdalena*, etc.).

Nicolás Corpancho (1830-1863) es entusiasta imitador de Zorrilla en el poema *Magallanes*, en los dramas *El templario, El poeta cruzado* y en sus colecciones de poesías *Brisas del Mar* y *Pensamientos de una noche tempestuosa*.

Carlos Augusto Salaverry (1831-1890), poeta de muy variado numen, cultiva la leyenda (*Estrella del Perú*), el poema filosófico moral en *Misterios de la tumba*, el teatro en sus dramas *Atahualpa, Abel, Arturo*, la lírica en sus *Albores y destellos, Diamantes y perlas, Cartas a un ángel*.

Jose Arnaldo Márquez (1830-1904) hombre de vasta erudición científica, además de sus traducciones de Shakespeare,

fué un poeta original de alta inspiración (*Notas perdidas*, *Prosa y verso*).

POETAS MODERNOS

JOSE SANTOS CHOCANO (1867), uno de los grandes poetas modernistas, discípulo de Rubén Darío, había reflejado anteriormente la tendencia clásica y la romántica, en el variado repertorio de su vibrante musa; esa variedad de estilo es afín de la variabilidad de su espíritu inquieto, soñador y revolucionario. Es poeta grandilocuente, enérgico, enamorado de la hermosura y grandezas de América (*Azahares*, *Alma América*, *Arte y vida*, *La selva virgen*).

ALBERTO URETA (1885) pertenece a la escuela becqueriana, tanto en los asuntos, como en la expresión vaga y melancólica. (*Rumor de almas*).

LEONIDAS YEROVI (1881-1917), LUIS FERNÁN CISNEROS (1883) y ALBERTO GUILLÉN (1897)) han continuado en poesía la serie de humoristas peruanos: en la novela ENRIQUE A. CARRILLO (1876). ADAM ESPINOZA (1881) (1876) es poeta pastoril de índole becqueriana; ALBERTO HIDALGO (1893) épico, profundo, de esmerada forma; JOSÉ M.ª EGUREN (1878) representa la escuela moderna, de gran colorido, versos de ritmo muy estudiado, a veces claro, ordinariamente simbolista de difícil interpretación.

FELIPE SASSONE (1884) y EDUARDO BEDOYA (1888) novelistas y dramaturgos nacidos en el Perú, trabajan en España, donde han tenido algunos éxitos, sobre todo Sassone

ESCRITORES EN PROSA

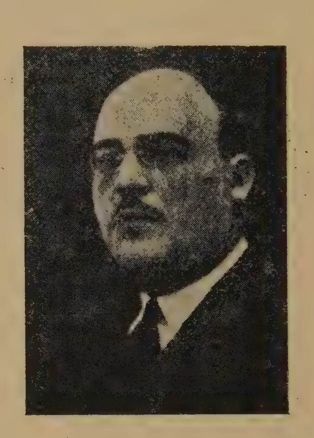
RICARDO PALMA (1833-1919), debe su celebridad, no a sus poesías, algunas muy estimables, sino a su obra *Tradiciones pe-*

ruanas verdadero modelo del género por el arte de resucitar el ambiente colonial, de entrelazar la historia con la leyenda; por la casticidad del lenguaje, lo ameno del estilo, la variedad y por la gracia y donaire, que por desgracia degenera a veces en ironía voleteriana contra las cosas y personas sagradas.

Clorinda Matto de Turner ((1854), célebre por su acendrado patriotismo, es una narradora amena e interesante, que siguiendo el ejemplo de Palma, escribió *Tradiciones Cuzqueñas*, y la novela *Aves sin nido* sobre las costumbres de los indios.



Francisco García Calderón



Ventura García Calderón

Manuel Gonzalez Prada (1844) fué un apasionado y violento polemista volteriano, de forma original y enérgica, constante enemigo del cristianismo. (*Páginas libres*, *Horas de lucha*).

José de la Riva Aguero (1885) uno de los escritores más castizos de América, de extraordinaria cultura, se ha distinguido en la crítica y en la historia.

José Gálvez (1886) profesor de filosofía, ha publicado bajo el título de *Bajo la luna* y *Jardín Cerrado*, poesías dotadas, ya de acentos robustos y heroicos, ya suaves y delicados.

Angélica Palma y Román (1883) hija de Ricardo Palma, es novelista que con gran donaire, fluidez y fuerza descriptiva trata asuntos de costumbres locales y domésticas (*Vencida*, *Por senda propia*).

Raimundo Morales de la Torre es autor idealista de cuentos románticos escritos en estilo armonioso y pulido (*Paisajes íntimos*).

Francisco García Calderón (1883), articulista de gran cultura, variado y ameno, ha visto premiada por la Academia Francesa su obra *El Perú contemporáneo.*

Ventura García Calderón (1886) hermano del anterior, erudito y fecundo periodista como él y autor de cuentos americanos, posee un estilo propio, de singular corrección, gracia y elegancia (*Literatura peruana*, *Literatura uruguaya*, *Semblanzas de América*, etc.).

Víctor Belaúnde (1883), notable orador parlamentario, se ha especializado en estudio de sociología y política; su estilo es algo difuso, pero claro y enérgico (*El Perú antiguo y los modernos sociólogos*, *Los mitos amazónicos del Imperio Incaico*).

Juan B. Lavalle (1887) es crítico y ensayista de gran erudición, buen gusto y forma castiza.

Arturo Montoya (1879) catedrático de Literatura crítica, ha contribuído eficazmente con sus escritos y lecciones a la restauración y al culto del lenguaje castizo.

ANTOLOGIA

Comentarios Reales

El Oro y Plata y otras cosas de estima, no eran de tributo, sino presentadas

(El Inca Garcilaso de la Vega)

El oro y plata y las piedras preciosas que los reyes Incas tuvieron en tanta cantidad como es notorio, no era de tributo obligatorio que fuesen los indios obligados a darlo, ni los reyes lo pedían, porque no lo tuvieron por cosa necesaria para la guerra ni para la paz, y todo esto no estimaron por hacienda ni tesoro, porque, como se sabe, no vendían ni compraban cosa alguna por plata ni por oro, ni con ello pagaban la gente de guerra, ni lo gastaban en socorro de alguna necesidad que se les ofreciese, y, por tanto, lo tenían por cosa superflua, porque no era de comer ni para comprar de comer: solamente lo estimaban por su hermosura y resplandor para ornato y servicio de las Casas Reales y templos del Sol y casas de las Vírgenes, como en sus lugares hemos visto y veremos adelante. Alcanzaron los Incas el azogue, mas no usaron de él, porque no le hallaron de ningún provecho, antes sintiéndole dañoso prohibieron el sacarlo, y adelante, en su lugar, daremos más larga cuenta de él.

Decimos, pues, que el oro y plata que daban al Rey era presentado y no de tributo forzoso, porque aquellos indios (como hoy lo usan) no supieron jamás visitar al superior sin llevar algún presente, y, cuando no tenían otra cosa, llevaban una cestica de fruta verde o seca. Pues como los Curacas, señores de vasallos, visitasen al Inca en las fiestas principales del año, particularmente en la principalísima que hacían al Sol, llamada Raymi, y en los triunfos que se celebraban por sus grandes victorias, y en el tresquilar, y poner nombre al Príncipe heredero y en otras muchas ocasiones que entre año se ofrecían, cuando hablaban al Rey en sus negocios particulares o en los de sus tierras, o cuando los Reyes visitaban el Reino, en todas estas visitas, jamás le besaban las manos sin llevarle todo el oro y plata y piedras preciosas que sus indios sacaban cuando estaban ociosos, porque como no no era cosa necesaria para la vida humana, no los ocupaban en sacarlo

cuando había otra cosa en que entender. Empero como veían que lo empleaban en adornar las Casas Reales y los Templos (cosas que ellos tanto estimaban), gastaban el tiempo que les sobraba buscando oro y plata y piedras preciosas para tener qué presentar al Inca y al Sol que eran sus dioses.

Sin estas riquezas presentaban los Curacas al Rey madera preciada de muchas maneras para los edificios de sus casas. Presentábanle también los hombres que en cualquiera oficio salían excelentes oficiales, como plateros, pintores, canteros, carpinteros y albañiles, que de todos estos oficios tenían los Incas grandes maestros, que por ser dignos de su servicio se los presentaban los Curacas. La gente común no los había menester, porque cada uno sabía lo necesario para su casa, como hacer de vestir y de calzar y una pobre choza en que vivir, aunque entonces se las daba hechas el Consejo, y ahora la hace cada uno para sí con ayuda de sus parientes o amigos; y así los oficiales de cualquier oficio eran impertinentes para los pobres, porque no pretendían más de pasar y sustentar la vida natural, sin la superfluidad de tantas cosas como son menester para los poderosos.

Demás de los grandes oficiales, presentaban al Inca, animales fieros, tigres, leones y osos, y otros no fieros, micos, monos, gatos cervales, papagayos y guacamayos, y otras aves mayores, que son avestruces y el ave que llaman cuntur, grandísima sobre todas las aves que hay allá ni acá. También le presentaban culebras grandes y chicas de las que se crían en los Andes; las mayores, que llaman Amaru, son de a veinticinco y de a treinta pies y más de largo; llévanle grandes sapos, y escuerzos y lagartos fieros. Los de la costa le presentaban lobos marinos y los lagartos que llaman caimanes, que también los hay de a veinticinco y de a treinta pies de largo. En suma: no hallaban cosa notable en ferocidad o en grandeza o en lindeza que no se la llevasen a presentar, juntamente con el oro y la plata, para decirle que era Señor de todas aquellas cosas y de los que se las llevaban, y para mostrarle el amor con que le servían.

Yaraví

(M. Melgar)

Vuelve, que ya no no puedo
Vivir sin tus cariños:
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

Mira que hay cazadores
Que con afán maligno
Te pondrán en sus redes
Mortales atractivos;

Y cuando te hayan preso
Te darán cruel martirio:
No sea que te cacen:
Huye tanto peligro.
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

Ninguno ha de quererte
Como yo te he querido,
Te engañas si pretendes
Hallar amor más fino.
Habrá otros nidos de oro,
Pero no como el mío:
Por ti vertió mi pecho
Sus primeros gemidos.
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

Bien sabes que yo, siempre
En tu amor embebido,
Jamás toqué tus plumas
Ni ajé tu albor divino;
Si otro puede tocarlas
Y disipar su brillo,
Salva tu mejor prenda:
Ven al seguro asilo.
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

¿Por qué, dime, te alejas?
¿Por qué con odio impío
Dejas un dueño amante
Por buscar precipicios?
¿Así abandonar quieres
Tu asiento tan antiguo?
¿Con que así ha de quererte
El corazón herido?
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

No pienses que haya entrado
Aquí otro pajarillo:
No, palomita mía,
Nadie toca este sitio.
Tuyo es mi pecho entero,
Tuyo es este albedrío,
Y por ti sola clamo
Con amantes suspiros.
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

Yo sólo reconozco
Tu bello colorido,
Y sólo sabré darle
Su precio merecido.
Yo sólo así merezco
Gozar de tu cariño;
Y tú sólo en mí puedes
Gozar días tranquilos.
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

No seas, pues, tirana;
Haz las paces conmigo;
Ya de llorar cansado
Me tiene tu capricho.
No vueles más, no sigas
Tus desviados giros;
Tus alitas doradas
Vuelve a mí, que ya expiro.

Vuelve, que yo no puedo
Vivir sin tus cariños;
Vuelve, mi palomita,
Vuelve a tu dulce nido.

El Rey Nuestro Señor

Soneto

(Felipe Pardo Aliaga)

Invención de estrambótico artifi-
[cio,
existe un rey que por las calles vaga;
rey de aguardiente, de tabaco y daga,
a la licencia y al motín propicio:

voluntarioso autócrata, que oficio
hace en la tierra de ominosa plaga;
príncipe de memoria tan aciaga,
que a nuestro Redentor llevó al su-
[plicio;

sultán que el freno de la ley no su-
[fre
y de cuya injusticia no hay reinte-
[gro;
rey por Luzbel ungido con azufre;

czar de tres tintas, indio, blanco y
[negro,
que rige el continente americano,
y que se llama Pueblo Soberano.

Ilusiones

(Carlos Augusto Salaberry)

Venid a mí sonriendo y placenteras
Visiones que en la infancia he idola-
[trado,
¡Oh recuerdos! ¡mentiras del pasado!
¡Oh esperanzas! ¡mentiras venideras!

Ya que huyen mis lozanas prima-
[veras,
Quiero ser por vosotras consolado,
En un mundo fantástico, poblado
De delirios, de sombras y quimeras.

Mostradle horrible la verdad des-
[nuda
A los que roben, de su ciencia ufa-
[nos,
A todo lo ideal su hermoso aliño;

Pero apartadme de su estéril duda;
Y aunque me cubra de cabellos ca-
[nos,
Dejadme siempre el corazón de un
[niño.

La primera campana de Lima

(Ricardo Palma)

Narración histórica

En cierta tarde de Septiembre del año 1535 hallábanse, en un huerto situado en el terreno que hoy se llama el martinete, y que fué el lugar donde Pizarro estableció el primer molino de trigo y la primera panadería, empeñados en una partida de bochas y palitroques, cuatra caballeros, flor y nata de los hombres de la conquista.

Eran éstos el marqués don Francisco Pizarro, gobernador del Perú por Su Majestad don Carlos V; el capitán de arcabuceros y falconetes don Pedro de Candia, caballero de espuela dorada; el alcalde de la ciudad, don Nicolás de Rivera, el viejo; y don Blas de Atienza, compadre de su señoría el marqués, cumplido hidalgo, y que fué uno de los once que, en Cajamarca, se opusieron al suplicio de Atahualpa.

—Truco y retruco,—dijo don Francisco, lanzando la bola o bocha que en la mano tenía.

—Buen golpe, señor gobernador!—exclamó Pedro de Candia.

—Mingo, monigote y palos, retrucar es!—añadió Rivera, aplaudiendo la destreza de Pizarro.

—La oración caballeros!—interrumpió Blas de Atienza.

Y todos se quitaron los chambergos, se persignaron y rezaron entre dientes, a la vez que en la calle se oía un recio toque de corneta y tambor.

Ocho meses de fundada llevaba la ciudad de los Reyes; y para congregar a Misa al vecindario, así como para designar la hora del Angelus y demás actos de religiosa práctica, empleábanse los instrumentos bélicos.

Terminada la plegaria y vuéltose a cubrir los caballeros, dijo Blas de Atienza, que era hombre por quien Pizarro tenía gran respeto, a la par que mucho cariño:

—Paréceme, don Francisco, que más que vida de ciudad hacemos vida militante, y ¡pardiabro! que las verdaderas cornetas del Señor son los bronces sagrados, que no bocinas y parches.

—Tiene razón que le sobra Vuesa Merced—contestó Pizarro—y holgárame de hallar entre nuestros compañeros artífice que de fundir campanas entendiera.

—Pues poco han de valer mis trazas e ingenios—dijo don Pedro de Candia—si en mí no tiene Su Señoría al hombre que ha menester para el empeño.

—Vengan esos cinco, capitán, que palabra le tomo,—repuso el marqués, estrechando la mano del hidalgo.

—Y yo, en nombre del cabildo,—agregó Rivera el viejo,—me obligo a suministrar los metales y cuanto el horno demande.

—Pues a la obra desde mañana, caballeros; y volvámosnos a casa que ya la noche se nos viene encima a todo venir.

Y en efecto. Al día siguiente se principió el acopio de materiales y, en breve estuvo funcionando el horno, cuyos fuelles manejó constantemente el mismo Francisco Pizarro.

La campana, que pesaba mil trescientas libras, y que resultó muy sonora, se dejó oir por primera vez en la Noche Buena de Diciembre, con gran contentamiento del vecindario limeño. El pueblo la bautizó con el nombre de Marquesita.

Fatalmente esta campana apenas funcionó por menos de nueve años, pues en 1544 antojóse de ella el Virrey Blasco Núñez de Vela para fabricar arcabuces. Verdad es que ya no hacía falta; porque dominicos, mercedarios y franciscanos habían fabricado campanas, siendo una de ellas del peso de veinte quintales.

La Poesía

(Ricardo Palma)

—¿Es arte del demonio o brujería
esto de escribir versos? (le decía
no sé si a Calderón o Garcilaso,
un mozo más sin jugo que el bagazo)
Enséñeme, maestro, a hacer siquiera
una oda chapucera.
—Es preciso no estar en sus ca-
[bales
para que un hombre aspire a ser poeta;
pero, en fin, es sencilla la receta.
Forme Ud. líneas de medida iguales,
y luego en fila las coloca juntas
poniendo consonantes en las puntas.
—¿Y en el medio? ¿En el medio?
[¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

Profecía

(Ricardo Palma)

La popularidad es cual veleta
alzada en la eminencia. ¡Torpe y ne-
[cio
el que en ella confía! Hoy entre vítores
la turba acoge al vencedor excelso,
himnos le entonan los poetas, flores
alfombran su camino, y arcos regios,
y festines después, y serenatas,
y luminarias y árboles de fuego.
¡Oh César! No te engrías. Ten pre-
[sente
que es muy voltario el popular afec-
[to,
que así Jerusalén recibió a Cristo
y «crucifije», en breve, gritó el pue-
[blo.
Si hoy la veleta brisas de cariño
la mueven ¡ay! mañana vientos recios,
huracán de odios derribarla pueden.
En la ley de la Historia toma acuerdo,
y no olvides que al día de los triunfos
sigue el día sin sol del vencimiento.

Blasón

(José Santos Chocano)

Soy el cantor de América autóctono y salvaje:
mi lira tiene un alma, mi canto un ideal.
Mi verso no se mece colgado de un ramaje
con un vaivén pausado de hamaca tropical...

Cuando me siento Inca le rindo vasallaje
al Sol, que me da el cetro de su poder real;
cuando me siento hispano y evoco el Coloniaje,
parecen mis estrofas trompetas de cristal.

Mi fantasía viene de un abolengo moro:
los Andes son de plata, pero el León de oro;
y las dos castas funde con épico fragor.

La sangre es española e incaico es el latido;
¡y de no ser Poeta, quizá yo hubiese sido
un blanco Aventurero o un indio Emperador!

Tríptico Criollo

(José Santos Chocano)

El Charro

Viste de seda: alhajas de gran tono;
pechera en que el encaje hace una ola;
y bajo el cinto, un mango de pistola,
que él aprieta entre el puño de su en-
[cono.

Piramidal sombrero, esbelto cono,
es distintivo en su figura sola,
que en el bridón de enjaezada cola
no cambiara su silla por un trono,

Siéntase a firme; el látigo chasquea,
restriega el bruto a su chispeante ca-
[llo
y vanidosamente se pasea...

Dúdase, al ver la olímpica figura,
si es el triunfo de un hombre en su
[caballo
o si es la animación de una escultura.

El Llanero

En su tostada faz algo hay som-
[brío:
tal vez la sensación de lo lejano,
ya que ve dilatarse aquel oceano
de la verdura al pie de su bohío.

El encuadra, al redor, su sembra-
[dío;
y acaricia la tierra con su mano.
Enfrena un potro en la mitad de un
[llano
o a nado se echa en la mitad de un río.

El, con un golpe, desjarreta un
[toro:
entra con su machete en el boscaje
y en el amor con su cantar sonoro,

porque el amor de la mujer ingrata
brilla sobre ese espíritu salvaje,
como un iris sobre una catarata...

El Gaucho

Es la Pampa hecha hombre: es un
[pedazo
de brava tierra bajo el sol tendida.
Ya a indómito corcel pone la brida,
ya lacea una res: él es el brazo.

Y, al són de la guitarra, en el rega-
[zo
de su «prenda», quejoso de la vida,
desenvuelve con voz adolorida
una canción como si fuese un lazo...

Cuadro es la Pampa en que el afán [se encierra
del gaucho, erguido en actitud briosa
sobre ese gran cansancio de la tierra;
porque el bostezo de la pampa ver- [de
es como una fatiga que reposa
o es como una esperanza que se pier- de...

En la Sombra

(José Gálvez)

El sol me ha abandonado y en la [sombra
la bruma del Otoño se difunde.
No hay estrellas y todo
parece envuelto en una negra nube.
Me paseo en la playa lentamente
hasta que me fatigo, y en la arena,
que festonan las aguas,
me tiendo a descansar. Todo silencia.
Sólo las olas dicen su cansado
y eterno soliloquio. ¿Qué nos dicen?
En las espesas sombras
parece que la espuma se sonríe...
Todo es negror. Todo es mudez. La [noche
enjuga con su vasto terciopelo,
mudo, negro y suntuoso
las lágrimas de luz de los luceros.
Todo es sombra y silencio. El mar ja- [dea
como un gigante fatigado. Todo
se funde en esa hora
en el cielo infinito y el mar hondo.
Dentro de mí lo negro señorea
también, y se agiganta con mi duda,
y el tiempo se sumerge
bajo la Eternidad de mis angustias...
Todo en la sombra me parece sueño,
todo en el sueño me parece sombra,
y en mis sentidos tristes
se apaga hasta el murmullo de las o- [las.
El tiempo va pasando. ¿Fué una hora,
fué un siglo, fué un minuto, fué un [instante?
Me siento solo y único,
enorme con mi pena miserable!
Todo se esfuma al exterior. La noche
soy yo mismo—yo mismo!—y el jadeo
del mar es mi sollozo
y mi esperanza en brumas es el [Cielo!

El Romanticismo Uruguayo durante el sitio de Montevideo

(Ventura García Calderón)

Mientras con la inspiración risueña y clásica de don Francisco Figueroa parece prolongarse el eco de otro siglo, se opera en el Uruguay la cisión definitiva con el pasado, y aquel poeta festivo va a ser pronto el sobreviviente,

el anticuario. Montevideo, aldea oscura antaño, ciudad moderna ya, la primera cosmópolis de la América nueva, reúne la gracia colonial con las más recientes innovaciones de la vida y del arte. La llaman Atenas, Nueva Troya.

Allí se han refugiado los primeros románticos de la poesía o de la política.

Pero el patriotismo férvido no excluye el romanticismo lánguido. Esa oriental que canta en el piano la romanza de la Estrella y se pierde ondulando por la calle de 25 de Mayo hacia la iglesia, es la misma que se entusiasma por el caudillo Oribe, o nombra a Rivera (con qué súbita llamarada en los ojos!) el fuerte brazo de la patria. Idéntica pasión, observa un viajero, anima al amor y a la política. Y tan vivaz hoguera atrae desde lejos. Cuando la libertad está en peligro por una tiranía castiza, más temible que la antigua, acuden a refugiarse y conspirar los enemigos de Rozas, los quinientos voluntarios italianos de la legión que manda Garibaldi. Allí está Rivera Indarte, azuzando a Rozas desde las columnas de El Nacional. José Mármol, en sus estrofas insignes, le echa en cara al tirano las cadenas de su patria y no la afrenta propia. Juan María Gutiérrez, Alberti, Mitre, Echeverría, en fin, forman como una nueva mazorca literaria. La más activa vida intelectual coincide con esas álgidas horas de la defensa de Montevideo que ha descrito Andrés Lamas, cuando era necesario improvisarlo todo, pan y pólvora; cuando el presidente Joaquín Suárez entregaba su fortuna personal para salvar la patria, y respondía hidalgamente al ministro que le aconsejaba conservar recibo de sus préstamos: «Yo no llevo cuentas a mi madre». Se funda el Instituto Geográfico-Histórico en 1843; la Universidad en 1845. Hasta parece que la audacia guerrera diera pábulo a las ideas avanzadas. Cuando Garibaldi es almirante, no debe sorprender que los sueños sociales de Fourrier tengan un órgano elocuente, Le Messager, que redactaba un francés emigrado y soñador, Eugène Tandonnet. Y si el primer romántico uruguayo, Adolfo Berro, consagra más tarde su breve juventud a redimir al esclavo, su filantropía parece la enseñanza del francés sociólogo y poeta.

. . . .

. . . .

. . . .

En esos nueve años fulgurantes del Sitio Grande (1842-1851), cuando Montevideo, cercado e invulnerable, merece la admiración universal, coinciden,

por una extraña paradoja, el clasicismo risueño de Figueroa, con los arrebatos de Mármol; himnos o lamentos de los nuevos poetas, con esa Ilíada fragmentaria y sin fausto, en donde el literato patriarcal del Uruguay iba cantando, como un Montaigne que escribiera para hombres de poncho y de chiripá, la humilde epopeya de su barrio.

Preciso es confesar que en tal medio debía parecer Figueroa un desterrado. Todo, hasta el drama del sitio, favorecía el romanticismo. Montevideo era entonces alquitara universal de ideas y de razas. La ciudad en su aspecto físico y moral, se transformaba vertiginosamente. Cualquiera novedad fecunda era adoptada enseguida, lo mismo el daguerreotipo que las ideas sociales de Saint-Simon; así la arquitectura neoclásica del Imperio como la rebeldía literaria del prefacio de Cromwell. «Todo se ha transformado, las cosas y los hombres mismos» escribía Sarmiento, el autor de «Facundo» el 26 de Enero 1846, en el apogeo de la guerra.

. . . .

De los treinta periódicos publicados entonces (número verdaderamente indicador del ritmo de aquella vida) los hubo por lo menos en tres idiomas extranjeros: *L'Echo* (1839-1843), *Le Messager*, al que ya aludimos, *L'Italiano* (1841-1842), *The Britannia and Montevideo Reporter* (1842-1844) El mismo público que los lee es extranjero.

Un censo de 1843 arrojaba por once mil y tantos uruguayos, más de seis mil franceses y de cuatro mil italianos, sin contar españoles, argentinos y brasileños...

Pero en las filas mismas de este ejército se hacía literatura, aunque a veces grosera y chabacana. El poeta Villademoros redactaba el diario federal, titulado «El Defensor de la Independencia Americana»; un bucólico singular, que no escribió lejos del ruido mundanal, compuso en el vivaque su epístola a Doricio, y en el mismo campamento oribista Enrique Arrascaeta publicaba en 1851, un año antes de la caída de Rozas, un volumen de poesías nacionales e hispano-americanas. . . . .



La Paz

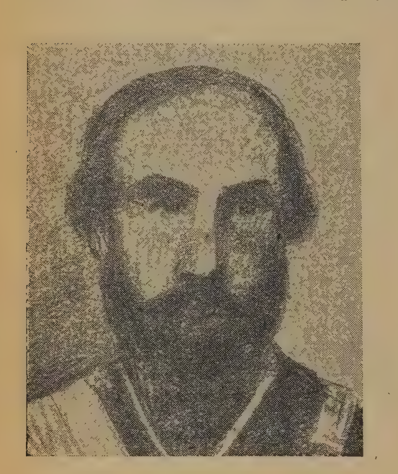
BOLIVIA

El relativo aislamiento en que su posición geográfica colocaba al Alto Perú durante la época colonial, fué un obstáculo para el desarrollo de las bellas letras, que en aquella época no produjeron ningún autor digno de nota.

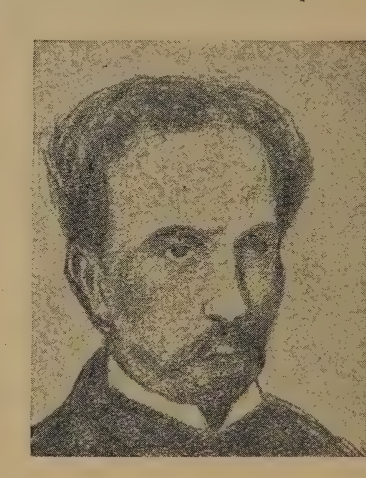
En la época independiente, a pesar de subsistir las mismas causas, y de añadirse a ellas el grave inconveniente de las luchas civiles, no han faltado algunos escritores de relevantes cualidades. Tales han sido, Casimiro Olañeta (179[illegible]-1861) uno de los padres de la patria, que se distinguió por la energía y brillo de su elocuencia; así como LUIS MENDOZA DE LA TAPIA (1811-1872). En la oratoria rayaron también a gran altura, aunque sin la fuerza avasalladora de los anteriores, el poeta DANIEL CALVO,

el elegante y castizo ADOLFO BALLIVIÁN y sobre todo MARIANO BAPTISTA, llamado «príncipe de la tribuna boliviana».

Es de notar también que en la universidad de Charcas (Sucre) se formaron una pléyade de hombres ilustres que fi-



Adolfo Ballivián



Mariano Baptista

guraron fuera de Bolivia en la época de la independencia, tales como Gorriti, Monteagudo, Passo y Castelli.

VENTURA BLANCO ENCALADA (1782-1856), nacido en Bolivia, educado en España, sirvió la causa de América en Chile, donde cultivó también con éxito la literatura en sátiras políticas, fábulas y poesías ligeras.

MARÍA JOSEFA MUJIA (1830-1888), ciega desde su niñez, escribió poesías muy delicadas, llenas de sentimentalismo y melancolía. (*El árbol de la esperanza*, etc.).

RICARDO JOSÉ BUSTAMANTE (1821-1880), poeta de alto vuelo y nobles sentimientos, es quizá el primer literato de Bolivia. Aunque se ensayó en el teatro y compuso hermosas leyendas

y un poema épico (*Hispano-América libertada*) su fama se debe principalmente a sus inspiradas poesías líricas (*A Bolívar*, *Plegaria*, *Orientales*, *Baladas*) y su espléndido poema descriptivo *Preludio al Mamoré*.

En el género novelesco adquirió merecido renombre DANIEL AGUIRRE, sobre todo con su novela *Juan de la Rosa*.

Entre los poetas de las últimas tendencias han sobresalido entre otros FRANCISCO TAMAYO (*Odas, la Prometida o las Océanides*), EDUARDO DÍEZ DE MEDINA (*Tríptico sentimental*), el original GREGORIO REYNOLDS y RICARDO JAIMES FREIRE, residente en la Argentina, poeta, crítico e historiador de grandes méritos, autor de una original teoría sobre la métrica (*Leyes de la versificación castellana*), poeta de corte moderno (*Los sueños de la vida*), historiador concienzudo de Tucumán en tiempo de la colonia.



E. Díez de Medina

ANTOLOGIA

La Defensa de Bolivia (1840)

(Exordio)

(Olañeta)

Adicto al ministerio u opositor a las administraciones de mi país en los asuntos que se ventilan bajo las formas del sistema representativo; considerado, despreciado o perseguido por sus gobiernos; sea que la algazara de los partidos pretenda envolver mi nombre con la hiel de sus pasiones, o sea por último cada una de estas partes o el conjunto, no amortiguarán en mi alma los sentimientos del amor a la patria, superior a todas las persecuciones del poder y a los halagos de la ambición. Magistrado, hombre público, en la vida privada o en cualesquiera otras situaciones, inclusa la proscripción, el primer deber, la obligación más sagrada del ciudadano, es la defensa del honor nacional con el sacrificio de la vida por su independencia, y con el olvido de todos los compromisos por la seguridad de la patria amenazada del extranjero...

Tolerancia

(Baptista)

...Además, no podría echarse en olvido que la paz reclama en todo país, con mayor fuerza en Bolivia, los holocaustos de la paciencia, la fuerza de la resignación, el valor de la tolerancia y hasta la cesión del derecho con esta limitación: la de no comprometer la dignidad de la conciencia y los fueros primordiales de la justicia; la de no renunciar cobardemente a las condiciones esenciales del orden político que se ha adoptado. Cuando el título fundamental se altera, y la usurpación ocupa su lugar, desaparece la autoridad y sólo queda la imposición de la fuerza.

Las Revoluciones

(Ballivián)

...ya que parece abierto el campo para las protestas personales; ya que el atropellamiento de todos los deberes sociales y políticos es el hecho más constantemente observado en la carrera de nuestros hombres públicos; ya que los antecedentes más puros, conquistados a costa de crueles y repetidos sacrificios, no bastan a escudar las reputaciones contra indignas sospechas, me creo también en el deber de consignar una protesta en términos precisos.

Yo protesto, señores, contra las revoluciones, a que jamás he pertenecido. Yo protesto, señores, contra el hecho. Mi protesta, siempre constante, siempre consecuente contra el hecho, es la que me ha despojado del uniforme del soldado, es la que me ha sentado en el banco de los diputados, es la que me ha enrolado en las filas del pueblo. En diversas situaciones políticas a que he sido arrastrado desde una edad temprana, no he podido ofrecer para el bien público, otro contingente que el de mis sentimientos, templados al calor de ese fuego sagrado del amor a la Patria, que no pudo apagarse al soplo de una brisa, que sepultó los mejores años de mi vida en las arenas de una playa extranjera. Yo protesto, señores, contra el hecho sin que esto importe que me halle intimidado para el cumplimiento de mis sagrados deberes.

Yo protesto también cumplir esos deberes, por numerosos y terribles que fuesen los compromisos y peligros a que ese cumplimiento pudiese sujetarme. Yo protesto, señores, cumplir esos deberes, abordando de frente con valor, con lealtad y franqueza, todas las graves cuestiones en cuya discusión se halle solemnemente interesada la conciencia pública. Lo haré así, porque he venido a sentarme en los bancos de la Representación Nacional con la conciencia pura y el corazón tranquilo...

La Amistad

(Daniel Calvo)

. . . .
. . . .
Los que vivís buscando la ventura,
mirad gloria y amor como el engaño
que la ilusión reviste en nuestro daño
con mentida apariencia de verdad.
Sí; sólo la amistad brinda el encanto
de un bienestar pacífico y tranquilo;
ella a nuestro abandono grato asilo
ofrece en su regazo con piedad.

Venid los que vagáis desconsolados
por los senderos áridos del mundo,
los que vivís en el dolor profundo,
los que visteis perdida la ilusión:
en el naufragio de la humana dicha,
faro de salvación es el amigo:
¿no veis en sus miserias al mendigo
con el perro aliviar su corazón?

Habrá una mano cuyo blando in- [flujo
suavice en vuestro seno la amargura;
escucharéis acentos de ternura
que el contento y placer os volverán:
como un abrigo os servirán su estan- [cia
contra el pesar que el existir devora,
cuando sopla con voz aterradora
del infortunio el rápido huracán.

Buscad en el espacio de los cielos
aquella luz que pura centellea,
grato fulgor que el anima recrea,
astro de paz, de dicha, de bondad;
a su influjo benéfico, sagrado,
revivirá en vosotros la esperanza:
entonces ¡oh mortales! sin tardanza
bendecid esa luz... Es la amistad.

El Arbol de la Esperanza

(María Josefa Mujía)

Arbol de esperanza hermoso
en copa y ramas frondoso
y elevado yo te ví:
ora en el suelo tendido
destrozado y abatido
te miro, ¡triste de mí!

¡Sin hojas y sin ramaje
marchito y seco el ropaje
de tu frescura y verdor!
¡cuán corta tu vida ha sido!
Contigo todo he perdido
de la fortuna al rigor.

En tu tronco yo apoyaba
mi porvenir, y esperaba
recoger tu fruto y flor
bajo tu sombra solía
recrear mi fantasía
y adormecer mi dolor.

Siendo de edad aún temprana,
en tu corteza yo ufana
catorce letras grabé;
no eran dichas ilusorias,
ni de amores ni de glorias
las palabras que tracé.

Contigo se ha derribado
todo el bien imaginado
que el pensamiento creó;
cual exhalación ligera
toda ilusión hechicera
contigo ya se extinguió.

Era tierna tu corteza,
tus raíces sin firmeza,
débil tu tronco también;
y así resistir no pudo
del fuerte huracán sañudo
el recio soplo y vaivén.

Muerta mi dulce esperanza,
todo ha sido ya mudanza
de la dicha a la aflicción;
sólo viven la amargura,
el pesar y desventura
dentro de mi corazón.

Et Lux Aeterna Lucebit

(Ricardo José Bustamante)

«¡Cuán bella es la mansión que nos [ha dado
el Dios omnipotente!
Contemplo el bosque, la sonora fuen- [te,
esa laguna azul, florido el prado,
y de la brisa escucho y de las aves
el susurro y los trinos tan suaves
que en plácido concierto
dan encanto mayor a nuestro huer- [to».
Tal decía de Adán la compañera
mirando el Paraíso
en aquel primer día, cuando quiso
Dios brindarnos ventura verdadera.
Mas de ese día los instantes bellos
corrieron a su fin, y los destellos
del globo refulgente
extinguiéronse al cabo en occidente.
La noche envuelve con su manto [el mundo:
Eva y Adán en tanto,
sobrecogidos de indecible espanto,
dudan que torne el luminar fecundo
a cruzar por el éter; —y que puebla
su edén tan bello la eternal tiniebla,
piensan con pena amarga
hasta que el sueño su ansiedad em- [barga.
Mas de aquella pareja el embeleso
renuévase ferviente
viendo al sol asomar en el oriente
tras las primeras ráfagas y el beso
que el alba con sus púdicos amores
daba en la tierra a las primeras flores,
y al ver que discurría
por los espacios el fanal del día.
Así, en honda ansiedad, de los morta- [les
se abisma el pensamiento
cuando avistan el negro pavimento
de la tumba y sus sombras funerales:
así la antorcha de la fe vacila:
el alma empero, si dejó intranquila
su humana pesadumbre,
va a ver el día de la eterna lumbre...

Aeternum Vale

(Ricardo Jaimes Freyre)

Un Dios misterioso y extraño visita la selva.
Es un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.
Cuando la hija de Thor espoleaba su negro caballo,

le vió erguirse, de pronto, a la sombra de un añoso fresno
y sintió que se helaba su sangre
ante el Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

De la fuente de Imer, en los bordes sagrados, más tarde,
la Noche a los Dioses absortos reveló el secreto;
el Aguila negra y los Cuervos de Odín escuchaban,
y los Cisnes que esperan la hora del canto postrero;
y a los Dioses mordía el espanto
de ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos

En la selva agitada se oían extrañas salmodias;
mecía la encina y el sauce quejumbroso viento;
el bisonte y el alce rompían las ramas espesas,
y a través de las ramas espesas huían mugiendo.
En la lengua sagrada de Orga
despertaban del canto divino los divinos versos.

Thor, el rudo, terrible guerrero que blande la maza
—en sus manos es arma la negra montaña de hierro—,
va a aplastar, en la selva, a la sombra del árbol sagrado,
a ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.
Y los Dioses la maza contemplan
que gira en los aires y nubla la lumbre del cielo .

Ya en la selva sagrada no se oyen las viejas salmodias,
ni la voz amorosa de Freya cantando a lo lejos;
agonizan los Dioses que pueblan la selva sagrada,
y en la lengua de Orga se extinguen los divinos versos.
Solo, erguido a la sombra de un árbol,
hay un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos

Scherzo del Bosque

(Franz Tamayo)

Bosque sonoro y verde,
tu antro contemplo,
donde mi voz se pierde,
como en un templo.
¡Luz y congojas!
Mi alma suspira y tiembla
Sobre tus hojas.

Yo sé la dulce historia
de tus otoños,
y la ferviente gloria
de tus retoños,
cuando parleras
despiertan en tus nidos
las primaveras.

Yo sé el grácil donaire
con que deslíe
su perfume en el aire
la flor que ríe.
¡Oh, tú no sabes
todo cuanto me han dicho
fuentes y aves!

Porque el arroyo, cabe
el musgo blando,
voz argentina, sabe
reir llorando,
mientras poetisas
mezclan las aves gárrulas
lloros y risas.

Sonoro y verde bosque,
que en cada rama
mi alma de luz se enrosque,
flexible gama,
y en verdes fiestas
mezcle su poesía
con tus orquestas.

Un poeta en olvido
—¡vivo tesoro!—
es un desconocido
bosque canoro.
Miles a miles
su alma radiante pueblan
sueños y abriles.

Allí la vida duerme,
fervientes ondas,
cual duerme el ruido inerme
bajo tus frondas.
¡Todo palpita
bajo el bosque encantado
que un genio habita!

Cuando sobre tus copas
sople el invierno
y asuele de tus ropas
el verde tierno,
graves y broncos
dirán su queja al viento
tus negros troncos.

Así también la lira,
leño sagrado,
sufre la estéril ira
del cruel hado;
y al rudo viento
que las almas azota
da su lamento.

Mientras tu agosto labres,
abre tus comas
a mi voz, como te abres
a tus palomas,
coro de plumas
que retoza, y sacude
tus viejas brumas.

Bosque sonoro y verde,
tu antro contemplo,
donde mi voz se pierde,
como en un templo.
¡Luz y congojas!
Mi alma suspira y tiembla
sobre tus hojas...

A Través de Santiago del Estero

(Jaimes Freire)

Habían penetrado ya en las comarcas más desoladas del país. El terrible sol que fulguraba sobre ellas abatía las frondas y relampagueaba sobre la tierra seca, a través de las ramas de los algarrobos.

...En una de esas ardientes noches, tan terribles como los peores días, que suelen caer como un manto de fuego sobre el viejo país de los tonocotés, los españoles, imposibilitados de marchar adelante, destrozados por el cansancio y angustiados por la sed, se tendieron sobre la tierra, esperando el nuevo día que podía ser el último de su existencia. Algunos soldados, montados en los pocos caballos que resistían aún, habían conseguido, después de un largo y ansioso viaje, llenar unos odres y traerlos al campamento, donde bastaron apenas para humedecer los labios de los guerreros y de la gente de servicio. Era inútil pensar en renovar la hazaña, pues ni los hombres ni los animales se encontraban en condiciones de dar un paso más. Poco antes de amanecer, el cielo se cubrió de nubes; estalló la tempestad, y los españoles, enajenados de júbilo, vieron caer sobre la tierra la lluvia que traía consigo la salvación. Saludábanla con grandes aclamaciones; poníanse de espalda para recibirla en el rostro y en el pecho; abrían la boca para que penetrara en sus fauces y en sus gargantas; dejaban que en torno de sus cuerpos se formasen charcos y hundían en ellos sus manos con delicia.

Formaron después algunos hoyos hacia los cuales canalizaron el agua, para poder contar con una provisión suficiente que impidiera la renovación de la terrible prueba.

Así, rehechos y vigorizados, los encontró la nueva aurora. Restablecidos el orden y la disciplina, llenos los odres, dispuestos los caballos, emprendieron de nuevo su viaje...





REPUBLICAS DEL PLATA

Poesía Gauchesca

Antes de tratar separadamente el desarrollo literario de cada República del Plata, abarcaremos en conjunto la poesía gauchesca por ser común patrimonio de ambas, y evitar así forzosas repeticiones

La poesía gauchesca es la única literatura regional que haya obtenido gran desarrollo en América. El Gaucho es el producto genuino de la raza, del ambiente y de la tierra en las regiones rioplatenses. De cepa española, injertada de india y africana, centauro nómada de las llanuras y *cuchillas* u ondulantes colinas; domador de potros salvajes y pastor de inmensos ganados en tiempos de paz, flor y nata de los ejércitos en tiempo de guerra el gaucho legendario, caballeresco y altivo, ha heredado, matizada por las circunstancias locales, el alma sentimental y poética de la raza española. Los cantares de sus *payadores* reciben los nombres de *milongas*, *tristes*, *cielitos*, *vidalitas*, etc.

Algunos escritores cultos, ahondando en el alma gaucha, y valiéndose de su expresivo y pintoresco lenguaje, han creado esa literatura gauchesca en que parece resucitar la de los *yoglares* españoles de la Edad Media.

Nacida en esta forma más culta a la sombra de los muros de Montevideo en las primeras luchas de la independencia, se ha conservado pujante en ambas márgenes del Plata hasta nuestros días, en que ha tomado nuevo impulso con el desarrollo del teatro nacional.

El uruguayo Bartolomé Hidalgo (1788-1822) fué el verdadero creador del género. Siendo un literato culto y poeta de corte clásico según el gusto de la época, compuso también aprovechando la jerga de los copleros populares, *cielitos*, *monólogos* y *diálogos* sobre los acontecimientos y luchas de la independencia, en los que ya aparece con todo su vigor, frescura y originalidad la más típica de las formas literarias de América (*cielito de Maipú*, *cielito oriental*, *diálogo de Chano y Contreras* sobre las fiestas mayas en Buenos Aires, etc.).

Las poesías de Hidalgo se hicieron popularísimas en ambas márgenes del Plata; sus diálogos y monólogos se recitaban con gran aplauso en los teatros.

El cordobés Hilario Ascazubi (1807-1875), siguiendo su ejemplo, en redondillas, quintillas y décimas representó escenas del gauchaje con gran compenetración de sentimientos y expresión en *Santos Vega*, relato de la vida de estancia, *Aniceto el Gallo*, en que inserta composiciones en prosa y verso sobre la cruzada contra Rozas, y en *Paulino Lucero*, en que va incluída la narración del sitio de Montevideo.

Estanislao del Campo (1834-1884) natural de Buenos Aires, poeta de gran cultura y buen gusto, se ha hecho célebre por sus poesías gauchescas, *Gobierno gaucho*, *Anastasio el Pollo*, *Aniceto el Pollo*, pero sobre todo por el incomparable diálogo *Fausto*, en el que un gaucho cuenta a otro las impresiones que ha experimentado en la representación de la ópera Fausto en un teatro de Buenos Aires, y de cuya realidad él está persuadido. El mérito principal de este encantador poema está en el

lenguaje, viveza, comparaciones y armoniosa versificación en décimas y redondillas.

José Hernández (1834-1886) natural de San Martín (Buenos Aires) es el autor del gran poema de la literatura gauchesca, Martín Fierro, en el que el héroe narra en primera persona cómo vivía feliz en su rancho con su familia, entregado a las faenas del campo, cuando fué enganchado por la policía para servir contra los indios en la frontera del Chaco; la vida azarosa del campamento, los malos tratos e injusticias, que hacen estallar su indignación y lo fuerzan a desertar e irse a vivir con los salvajes de la Pampa. De allí vuelve a su pago para encontrarse con sus hijos, a los que da profundos consejos, llenos de filosofía popular.

Como se ve por el desarrollo, el poema es una epopeya popular y elegíaca sobre la triste suerte del gaucho tradicional. Encierra escenas muy patéticas y tiernas, descripciónes de gran realismo, y el poema entero está impregnado de un sabor netamente americano, que le hace ocupar un altísimo puesto entre las grandes creaciones de nuestro continente y nuestra raza.

Teatro Gauchesco y Criollo

Iniciado por una compañía de circo en 1886 con el *Juan Moreira de Eduardo Gutiérrez*, fué elevado de nivel por los uruguayos *Elías Regules* en sus dramas *Martín Fierro* y *El entenao*, *Abdón Arostegui* con *Julián Jiménez*, *Orosmán Moratario* con *Juan Soldado*, y *Víctor Pérez Petit* en *Cobarde* y *Tribulaciones de un criollo*, y más recientemente *la Rondalla*.

Continuó la corriente el argentino *Martiniano Leguizamón* que obtuvo un gran triunfo con el drama *Calandria*.

Después de 1900 el teatro gauchesco mejor se llamaría *criollo*, porque se inspira en costumbres más recientes. Enrique

García Velloso, notable escritor argentino, empieza la nueva etapa con *Jesús Nazareno*, y la continúa más tarde con *La Cadena*. Escribió también piezas artísticas y un compendio de Historia de la Literatura Argentina.

Florencio Sánchez (1873-1910) uruguayo, dramaturgo de talla, dotado de gran fuerza y vigoroso realismo, trama artificiosos conflictos para sostener tesis desquiciadoras de la moral cristiana en la familia (*M'hijo el dotor*, *Los Muertos*, *Nuestros hijos* etc.).

Uruguayo también fué Ernesto Herrera (1886-1917), continuador del teatro de Florencio Sánchez, hábil en la trama, en el estudio de los caracteres, en el lenguaje y ambiente, magistralmente tomados del natural (*El león ciego*, *El Pantano*, *La moral de Misiá Paca*, etc.).

El notable poeta argentino Martín Coronado contribuyó al teatro criollo con el patético drama *Piedra de escándalo*, que tuvo gran resonancia. En la misma época figuraron los argentinos *Roberto Payró*, (*Sobre las ruinas*, *Canción trágica*); *David Peña* (*Facundo*); *Arturo Jiménez Pastor* (*La Rendición*); *Julio Sánchez Gardel* (*La montaña de las brujas*); *Alberto Ghiraldo* (*Alma Gaucha*); *José León Pagano* (*Almas que luchan*); *Enrique Berisso* (*Con las alas rotas*); el paraguayo *Otto Miguel Cione* (*El arlequín*) etc.

En nuestros días la poesía gauchesca sigue teniendo inspirados escritores, sobre todo en el Uruguay, donde ha florecido el *Viejo Pancho*, pseudónimo de *José M.ª Trelles*, nacido en España pero vinculado y compenetrado como nadie de la tierra y lenguaje gaucho. En la Argentina *Ricardo Güiraldes* es autor de *Don Segundo Sombra*, notabilísima novela de carácter épico, pero moderna y realista, en que se describe a lo vivo el tipo del gaucho actual, que aún subsiste en la vida de estancia, y conserva aún la dignidad y nobleza del gaucho tradicional.



REPUBLICA ARGENTINA

Epoca Colonial

La Argentina (nombre que aparece literariamente en a misma aurora de la conquista. Es el título de un poema hisórico escrito en desaliñadas octavas reales por Martín del Barco Centenera, capellán de la expedición de Ortiz de Zárate, y n el que narra mezclada con leyendas fantásticas, aquellas roezas y las de Juan de Garay en la fundación de Buenos Aires.

El Pastor de Iberia de Bernardo de la Vega es un poena pastoril de escaso valor literario.

Las Crónicas de la expedición de Pedro de Mendoza po el alemán Schmidel (1554) y los Comentarios del adelantad Alvaro Núñez Cabeza de Vaca son estimables obras histó ricas por la veracidad, los detalles y lo animado del estilo.

Terminada la conquista, durante casi toda la época colonia la instrucción pública en el antiguo virreinato del Río de l Plata estuvo en gran parte en manos de los jesuítas: prueba so de ello la Universidad y el Colegio Máximo de Córdoba, el Co legio de San Ignacio en Buenos Aires; innumerables escuelas centros de cultura, la introducción de la imprenta con tipo fabricados por los mismos indios en las misiones; y los notable trabajos que escribieron sobre historia, geografía, ciencias na turales y linguística, tales como el *Tesoro y Vocabulario de l lengua guaraní* y la *Conquista Espiritual del Paraguay* por e P. Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652), *la Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata* y *Tucumán* por el Pedro Lozano (1697-1752), la *Historia del Paraguay, Río de l Plata* y *Tucumán* por el P. José Guevara (1729-1806), el poem *La Religión en el Nuevo Mundo* del P. Paramás, y otras mucha obras sobre ciencias físicas y naturales.

El dominico cordobés Fray Luis de Tejeda y Guzmá (1604-1680) es el primer poeta argentino conocido; cuya obr en prosa y verso *Libro de varios tratados y noticias* tiene má valor histórico que literario, pero incluye algunos fragment en que no falta la inspiración, como en los *romances al Niñ Jesús.*

Manuel de Lavardén (1754-1810?) es el escritor más cult de su época; fué el mejor y más temible crítico, mordaz poet satírico, inspirado lírico en su *Oda al Paraná*, una de las má perfectas que se escribieron en América durante la colonia. S tragedia *Siripo*, aunque en absoluto sea de escaso valor artístic representa un gran avance para su época.

El capitán español Sebastián Hurtado y su esposa Lucía Miranda caen prisioneros del cacique Siripo, y son muertos por preferir el sacrificio de su vida a la renuncia de su mutua fidelidad.

Junto a Lavardén, aunque de mérito inferior, figuraron al fin de la colonia *Domingo de Ascuénaga*, autor de epigramas y fábulas; el uruguayo *José Prego de Oliver* y *Pantaleón Rivarola*, que celebraron en versos entusiastas y ampulosos las hazañas de la Reconquista.

El Virrey Juan José Vértiz trató de llenar el vacío que produjo en la instrucción pública el extrañamiento de los jesuítas, llevando a Buenos Aires la imprenta que aquellos dejaron en Córdoba, y creando con los bienes arrebatados a los mismos el *Colegio de San Carlos* y la *Universidad de Buenos Aires*, én los que se formaron gran parte de los prohombres de la Revolución.

El canónigo *Juan Baltasar Maciel* (1727-1788) santafecino, primer rector del Colegio de San Carlos, figura entre los hombres más ilustrados de su tiempo; a él se deben los primeros versos en que asoma la poesía gauchesca (*Carta un guaso los triunfos de Ceballos*).



Fundación de Buenos Aires

EPOCA REVOLUCIONARIA

La literatura entusiasta y fogosa de esta primera etapa participa toda ella de la escuela seudo-clásica, característica del siglo XVIII.

Escritores en Prosa

Mariano Moreno (1778-1811), el miembro más ilustrado de la primera junta, y Bernardino Rivadavia (1780-1842), primer presidente constitucional, y ardoroso defensor de los principios liberales, se distinguieron como oradores y publicistas de gran energía, pero de valor literario muy relativo.

Fray Francisco Castañeda (1776-1832), franciscano, es el escritor más fecundo y original de su tiempo, periodista incansable, punzante satírico, predicador elocuente, espíritu extraño, ora elevado y noble, ora vulgar y chocarrero en el lenguaje.

El deán Gregorio Funes (1749-1829), cordobés, orador sagrado y político, es más célebre por su *Ensayo de historia civil del Paraguay, Buenos Aires* y *Tucumán.*

Entre los demás escritores de nota que contribuyeron a la cultura nacional durante la revolución, descollaron el más tarde obispo de Cuyo, *Fray Justo Santa María de Oro* (1772-1836), dominico de San Juan; el canónigo salteño *Juan Ignacio Gorriti;* y el fogoso orador sagrado *Miguel Calixto del Corro* (1775-1851), *natural de Córdoba.*

Florencio Varela (1807-1848), además de sus poesías, más correctas que inspiradas (*Al 25 de Mayo, a la Concordia*), fué un prosista de buen gusto y esmerada forma en sus obras jurídicas e históricas (*La Confederación Argentina, Rozas y las provincias.*)

POESÍA

JUAN CRUZ VARELA (1794-1839) hermano del anterior, es el primer poeta de su época, el mejor fruto de aquella educación seudoclásica con que terminó el régimen colonial. *El Triunfo de Ituzaingó* es la más perfecta y entusiastas de sus odas patrióticas; compuso también odas filosóficas, anacreónticas y dos tragedias, *Dido y Argía*, que contienen escenas de exaltada pasión gallardamente versificadas.

Vicente López y Planes (1787-1856), aunque descuidado en la forma, es poeta de gran sinceridad y energía, autor del *himno nacional*, ardientes obras patrióticas, y un romance heroico sobre la lucha con los ingleses, *El triunfo argentino*.

Esteban de Luca (1786-1824), más correcto que el anterior, compuso como él, odas patrióticas de estilo clásico sobre acontecimientos de la época (*A la libertad de Lima, a Chacabuco, a Montevideo rendido*).

Fray Cayetano Rodríguez (1761-1832), ardoroso polemista patriota, compuso también poesías, más recomendables por la elevación y sinceridad que por la inspiración poética, (*Himno a la patria, al paso de los Andes*).

Florencio Balcarce (1818-1839), a pesar de su prematura muerte, nos legó primorosas composiciones populares, como *El Cigarro, El Lechero, El Picaflor* y la hermosa elegía *La Partida*.



EPOCA ROMANTICA (1830-1852)

La dominación de Rozas señala la época de la efervescencia romántica, cuyo centro fué Montevideo, donde se reunieron y ejercieron benéfica influencia la mayor parte de los intelectuales argentinos, que huyendo de la tiranía, determinaron un movimiento de intensa vida literaria durante los nueve años (1843-1852) del sitio más prolongado que registra la historia moderna.

Poesía

Esteban Echeverría (1805-1851) es el introductor y el más representativo de la escuela romántica francesa, de la exaltación de la fantasía y del sentimentalismo. Fué un poeta reflexivo, que ejerció el arte con altos fines de difundir ideales y cultura. Aunque muy desigual y a menudo incorrecto y desaliñado, es siempre sincero y elevado. Enamorado de las cosas y costumbres de su patria, las describe y celebra con verdadera emoción y cariño en su inspirado poema *La Cautiva*, cuyo sentimental y lúgubre argumento vale mucho menos que los admirables cuadros de la pampa, las tolderías, el incendio del pajonal, las costumbres de los indios, etc.

El capitán Brian, prisionero de los indios, es salvado por su esposa María, que ha matado al cacique Loncay; pero Brian, exhausto de fuerzas, a pesar de los cuidados de María, muere en el desierto y es allí enterrado. María camina dos días por la pampa, donde encuentra un escuadrón de soldados, que le comunica la muerte de su hijo, degollado por los indios, con lo cual la desgraciada muere de dolor.

Menos valen el fantástico poema *Elvira o la novia del Plata* y las poesías sentimentales contenidas en sus colecciones *Consuelos y Rimas* (en ésta va incluída *La Cautiva*) y los poemas *Avellaneda* y *El Angel Caído*.

En prosa fué un vigoroso polemista en *El Dogma Socialista* (social), y narrador ameno en *El Matadero*, novela sobre la época de Rozas.

José Mármol (1817-1871) es un poeta genial de elevadas miras y exuberante imaginación. Célebre por sus terribles invectivas contra Rozas, las más vehementes quizá que se hayan escrito en lengua castellana, demuestra más la fuerza del genio en sus *Cantos de Peregrino*, que, a pesar de sus acostumbrados descuidos e incorrecciones, contiene fragmentos espléndidos, inspirados por las grandezas de la naturaleza, el amor patrio y la elevación del alma hacia el Creador. Sus dramas *El Cruzado* y *El Poeta* son de menos valer. Su popular novela *Amalia* es un cuadro vivo y animado de las persecuciones, conciliábulos y escenas sangrientas de la época de Rozas.

Historia y Didáctica

Juan María Gutiérrez (1809-1898) es el escritor de mayor armonía, la inteligencia de más peso y mesura de mediados del siglo, y uno de los críticos más sensatos y de mejor gusto de América. Sus juicios literarios, aunque generalmente benévolos, están bien fundados, y escritos en un lenguaje castizo y apropia-

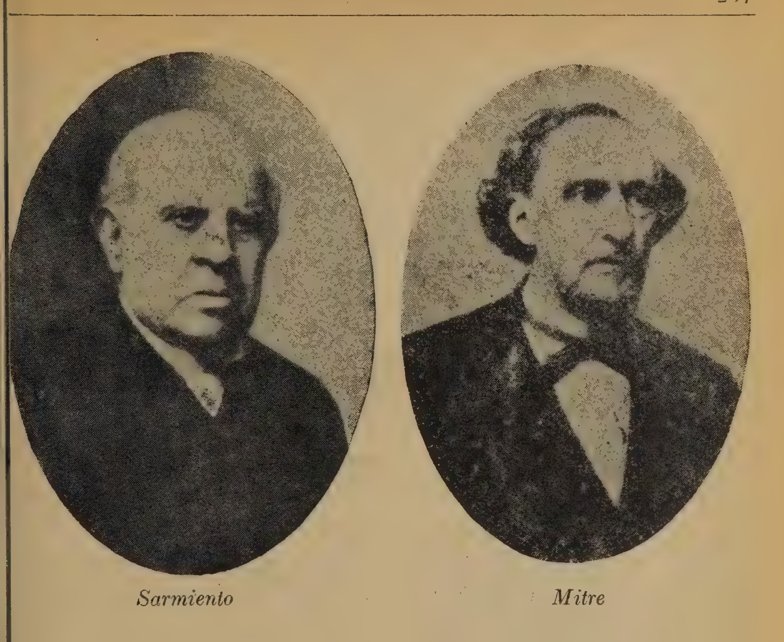
do. La *América Poética* es la obra donde más se ponen de manifiesto esas cualidades.

En poesía es clásico y correcto en la forma, romántico en los temas y en la manera de expresar y sentir las costumbres populares. (*Canto a Mayo, a la Independencia de Chile, El Edén, Irupeya, Caycobé*).

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO (1811-1888) que de maestro llegó a ser Presidente de la República, fué desde su juventud un fecundo y original escritor, apremiado de un constante deseo de difundir la cultura tal como él la entendía, con criterio liberal y según lo que había observado en Estados Unidos. Desterrado en Chile en tiempo de Rozas, contribuyó al renacimiento literario del año 43. Entre sus múltiples obras son las más notables la autobiografía, *Recuerdos de Provincia*, animada descripción de las costumbres de San Juan, su patria, y sobre todo su grandiosa obra *Facundo o Civilización y barbarie*, en que junto con la vida novelesca del terrible caudillo, intercala profundos y originales consideraciones filosóficas y políticas, y traza un cuadro admirable, lleno de fuerza y colorido, de los territorios, aspectos, tipos y costumbres de las provincias argentinas en un estilo algo incorrecto, pero de un vigor y originalidad extraordinarios.

JUAN BAUTISTA ALBERDI (1810-1884) en estilo poco adornado, pero correcto y de clásico lenguaje escribió el famoso tratado *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, una de las obras magnas en la historia del derecho americano.

LUIS DOMÍNGUEZ (1819-1890) amable poeta popular, autor de las décimas *El Ombú*, y de las octavillas a *Montevideo;* compuso una *Historia Argentina*, de la que sólo publicó la época colonial, y que es recomendable por el criterio y el método expositivo.



Sarmiento *Mitre*

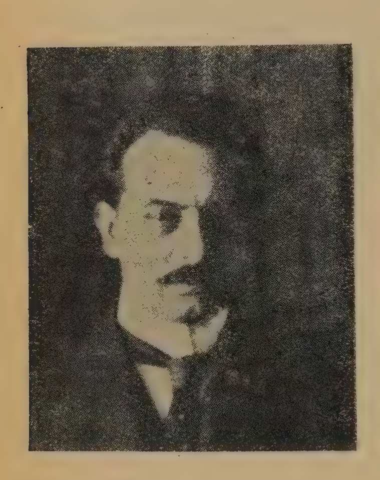
RESTAURACION (desde 1852)

Historia y Didáctica

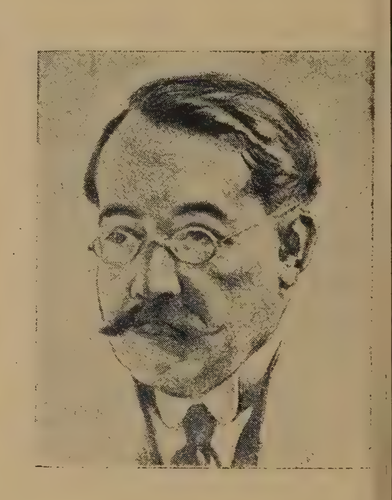
El general Bartolomé Mitre (1821-1906), Presidente de la República, fué también un eximio hombre de letras, de vastísima ilustración, y que ensayó casi todos los géneros. Su fama literaria radica, no tanto en sus poesías, estudios eruditos y discursos, cuanto en sus *polémicas históricas* y sobre todo en sus monumentales *Historia de San Martín* e *Historia de Belgrano*, en las que tomando por centro a aquellos héroes, presenta con gran claridad los hechos y personajes de la época revolucionaria.

Vicente Fidel López (1815-1903) prosista de estilo varia-

do y elegante, tiene el mérito de haber sido el primero que escribió una extensa Historia de la República Argentina, recogiendo los datos, recuerdos y opiniones que corrían en su tiempo, pero la relativa falta de documentación y crítica, y su apasionamiento y parcialidad política y religiosa disminuyen en parte su valor histórico.



Ricardo Rojas



Leopoldo Lugones

Miguel Cané (1851-1905) se distinguió en la literatura ligera, en los artículos sobre recuerdos, viajes, asuntos contemporáneos, escritos todos en un lenguaje flúido, atractivo y picaresco, que a menudo se convierte en volteriano vulgar. (*Juvenilia, Prosa ligera, En viaje*, etc.).

Martín García Mérou ((1866-1$05), poeta y prosista de buen gusto y sencillez de expresión, fué un excelente crítico (*Recuerdos literarios*), historiador, y autor de estudios políticos e impresiones de viajes.

Ricardo Rojas (1882), es poeta inspirado (*Los lises del blasón, El poema del hombre*), orador de talla, y sobre todo emi-

nente crítico e historiador filósofo, de gran cultura, espíritu racionalista, y acendrado amor a su patria, cualidades que brillan en sus hermosas obras *Blasón de Plata* y *La Argentinidad*, y en su extensa, seria y bien documentada *Historia de la Literatura Argentina*, la más completa y crítica que se ha publicado.

PABLO GROUSSAC (1848-1929) aunque francés, escribía el castellano con tal maestría, que pocos le aventajan en el casticismo del lenguaje. Su acertado criterio literario contribuyó notablemente a fomentar el buen gusto con sus múltiples estudios. Fué también novelista y autor de estudios históricos y propagador de ideas avanzadas.

Junto con los anteriores, merecen citarse: *Manuel Ugarte* (*Las nuevas tendencias literarias*), novelista cuyos *Cuentos de la Pampa* han tenido gran aceptación en Europa; *Joaquín González y Estanislao Zeballos* estadistas eminentes, que han cultivado también la literatura amena; *Lucio Mansilla*, cuya obra *Excursión a los indios ranqueles* es de lo más interesante que se ha escrito sobre esa materia; *Pastor Obligado* en sus *Tradiciones argentinas* imita y se asemeja al peruano Ricardo Palma, lo mismo que *Ramón Lassaga* en sus *Tradiciones y recuerdos* y *Francisco Silva*, defensor del regionalismo argentino en su reciente obra *El Libertador Bolívar y el Deán Funes*.

Manuel Pizarro con el título de *Miscelánea* ha coleccionado gran número de discursos y estudios críticos e históricos de elevado criterio y forma enérgica y elocuente. *Vicente Quesada* publicó notables estudios sobre la historia colonial; *Juan Agustín García* con criterio liberal, en elegante y ameno estilo trata en *La Ciudad Indiana* del origen de la sociabilidad nacional. El laborioso y erudito diplomático *Roberto Levillier* trata de un tema semejante en su bien documentada obra *La reconstrucción del pasado colonial*.

José León Pagano es un crítico profundo y acertado (*A través de la España Literaria*), como el director de la revista *Nosotros*, *Roberto Giusti* (*Nuestros poetas jóvenes*) y los críticos teatrales *Juan Pablo Echagüe* y *Alfredo Bianchi*. *José Ingenieros* en original y atractivo estilo ha tratado innumerables temas científicos, distinguiéndose en los sociológicos con criterio evolucionista; *Carlos Octavio Bunge*, autor de novelas y cuentos, debe

su fama a sus profundas obras científicas, como *La Educación*, *Nuestra América*, etc.

Alberto Gerchunoff, periodista y crítico de estilo ardoroso, ha escrito también una obra novelesca «*Gauchos judíos*» llena de colorido e interés. *Ernesto Quesada* ha sobresalido en los estudios de crítica e investigación histórica; *Ricardo Monner Sans*, español residente en Argentina, fué un preceptista y crítico de recto criterio y acendrado gusto, historiador erudito y delicado poeta; *Arturo Costa Alvarez* es filólogo de gran labor y sólidos conocimientos científicos (*Nuestra lengua*). Recientemente *Rómulo D. Carbia* acaba de publicar dos obras importantísimas de inmensa labor y sólida preparación, según un nuevo método: *Historia de la historiografía argentina* y *Manual de historia de la civilización argentina* en colaboración ésta con *Emilio Ravignani*, *Diego L. Molinari* y *Luis M.ª Torres*.

Entre los críticos más recientes, sobresalen notablemente por el criterio, estudio y concienzuda labor, no menos que por el cultivo de la forma *Jorge Max Rohde* (*Las ideas estéticas en la Argentina*), *Julio Noé* (*Nuestra Literatura*), *Alvaro Melián Lafinur* (*Figuras americanas*), *Emilio Suárez Calimano* (*Ensayos*) y los insignes escritores españoles *Mas y Pí* y *Juan Torrendell* (*El año literario*).

Oratoria

Entre los muchos oradores políticos a que ha dado ocasión la formación democrática de la Argentina, brillaron en primera fila:

Félix Frías (1816-1881), orador enamorado de la verdad y del bien, no de gran brillo, pero vehemente y de armoniosa dicción.

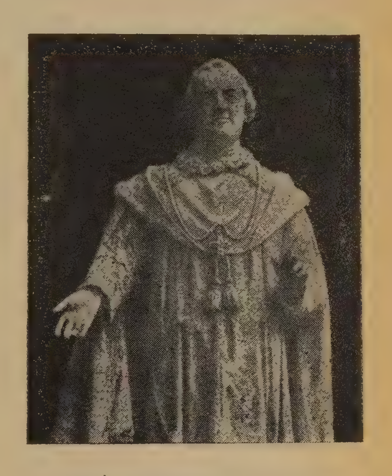
Dalmacio Vélez Sarsfield (1801-1875), eminente jurisconsulto, distinguióse en la oratoria por su gran vigor y universal cultura.

El presidente Nicolás Avellaneda (1837-1885) por la majestad de tono y la armonía en la expresión.

Guillermo Rawson (1821-1890) por la concisión, claridad y la lógica de su razonamiento.

José Manuel Estrada (1842-1894), dignísimo y constante defensor de la Iglesia, unía una lógica inflexible y vastísima erudición a una pasión ardorosa y entusiasta.

Pedro Goyena (1843-1892), paladín de la misma causa, es menos vehemente que Estrada, pero no menos lógico y de forma más ondulante y pulida.



Fray Marcolino Benavente

Aristóbulo del Valle (1846-1896), aunque menos brillante que los anteriores, obtuvo grandes triunfos con sus discursos políticos y académicos.

Belisario Roldán (+1922) fué un gran orador de circunstancias, de forma exuberante y sonora.

En la oratoria sagrada sobresalió el insigne franciscano Fray Mamerto Esquiú (1826-1883) obispo de Córdoba, cuyos sermones, ora deslumbradores, ora sencillos, según las épocas y las circunstancias, llevan el sello de su grande inteligencia, profunda doctrinay acrisolada virtud.

Semejantes al anterior en doctrina y elocuencia, brillaron en la sagrada cátedra el dominico Fray Marcolino Benavente obispo de Cuyo, y el jesuíta Camilo María Jordán.



Buenos Aires en 1850

Poesía

Olegario Andrade (1841-1882), es un poeta grandilocuente y exuberante hasta el exceso, cuyo poderoso estro le hizo alzar el vuelo a cantar asuntos transcendentales, que hubiesen exigido una formación más sólida y completa. A pesar de las deficiencias del pensamiento, de sus vulgarísimas invectivas contra el fanatismo y el despotismo, grandiosos son en la ejecución sus poemas filosóficos *Atlántida y Prometeo*, Es el primero una síntesis poética de las glorias del genio latino, que después de sus triunfos en Roma, en España y Francia, viene a asentar su trono en América y en particular en la Argentina. El Prometeo traza a grandes rasgos la alegoría humana representada en la fábula griega. Entre sus poesías líricas es sublime y marmórea *El nido de Cóndores* al paso de los Andes por San Martín.

Ricardo Gutiérrez (1836-1896) correcto y sencillo en la forma, es sincero y sentimental, de nobles y elevados pensamientos, impregnados de cierto vago cristianismo, como el de su modelo Lamartine. Sus dos poemas románticos *Lázaro* y

La fibra salvaje, encierran cuadros y caracteres interesantes en medio de escenas sangrientas y poco verosímiles. Entre sus muchas e inspiradas poesías líricas son justamente célebres por su elevación, hondo sentimiento y sinceridad *La Oración, El Misionero, La Hermana de Caridad, El Poeta y el Soldado.*

Carlos Guido y Spano (1829-1918) es el poeta de la serenidad, corrección y buen gusto, sin grandes arrebatos ni adornos exuberantes; canta asuntos morales o temas americanos en forma clásica; y en todas sus poesías, como en sus obras en prosa, no menos perfectas, pone de manifiesto la amabilidad de su carácter y su acendrado amor a la patria, al hogar y a la virtud. (*At home, A mi madre, A mi hija, Nenia*, etc.).

Rafael Obligado (1851-1890) siguiendo las huellas de Echeverría, canta los cuadros, costumbres y tradiciones nacionales, pero con mayor inspiración, y en forma más correcta; contornea y pule las estrofas con gran maestría del ritmo y de la rima. Muy populares y justamente apreciadas son sus poesías *La Pampa, Echeverría, El hogar paterno, El hogar vacío*, etc. y sobre todo sus *Tradiciones Argentinas*, entre las que sobresale el hermosísimo poema *Santos Vega el payador.*

Calixto Oyuela (1857) es una de las glorias más puras, nobles y mejor cimentadas de la literatura argentina y aun de toda América; representa en el Río de la Plata la escuela clásica en el sentido más alto y trascendental, la armonía de las facultades, el culto de la tradición española y cristiana, la corrección y el buen gusto. La influencia de su enseñanza escrita y oral ha sido inmensa. Preceptista y crítico de primer orden, es también grande e inspirado poeta de impecable corte clásico. *(Al arte, al Niágara, A Fray Luis de León, España, Canto a la Patria en su primer centenario)*. Su reciente *Antología poética hispano-americana*, es obra de gran valer por lo acertado de la selección y los magistrales juicios críticos.

LEOPOLDO LUGONES (1874) representó a principios del siglo la tendencia simbolista o decadente que heredó de Rubén Darío; autor de indiscutible talento y fuerza de expresión, a veces de acentuado sensualismo, es muy desigual, y ya expresa con gran primor y buen gusto cuadros y escenas de la vida nacional, como en *Odas seculares*, ya compone poesías en que la incoherencia de las ideas y vocablos requieren esfuerzos prolongados y no siempre eficaces para desentrañar el sentido del pensamiento simbolizado (*Los crepúsculos del jardín*, *Lunario sentimental*).

LEOPOLDO DÍAZ (1862) es modernista de los que imitan a los parnasianos cincelando sonetos de esmeradísima perfección, dignos del mismo Heredia.

ALMAFUERTE, seudónimo de PEDRO PALACIOS (1854-1917) es muy original e independiente, espíritu volcánico, amigo de los grandes cuadros y de la entonación profética, con que lamenta los males sociales y aboga por una regeneración y un cristianismo vago, que no es el ortodoxo.

En los últimos años se ha formado en Buenos Aires una escuela o grupo de vanguardia, llamado «*Ultraísta*», que da en la poesía un predominio casi exclusivo a las imágenes y los tropos.

Domingo Martinto (1859-1898). de forma esmerada, es de espíritu romántico con tendencia a cierta tristeza pesimista.

Martín Coronado (1850-1919), lírico de gran variedad de tonos y exquisita forma, debe más su celebridad a sus piezas teatrales, especialmente a *Piedra de Escándalo*.

El P. Lucio Lapalma S. J., que bajo el título de *Musa cristiana* coleccionó un variado repertorio de poesías, es más benemérito de las letras hispánicas por su magistral versión de la *Ilíada*, que ha traducido directamente del griego en armoniosas octavas reales y en lenguaje castizo y de gran riqueza.

Otros dos presbíteros, *Luis Palma* (1863-1894) y *Alfonso Durán* (*Las rutas del ensueño*) han adquirido justa fama por sus composiciones sobre

asuntos religiosos y patrióticos; aquél con cierta exuberancía desbordante; éste en forma y estilo más moderno: también ha ensayado la novela con gran éxito (*Las mártires ignoradas*), y la epopeya clásica en octavas reales en su extensa y patrióiica obra *"Los Argentinos"*.

Alfonsina Storni, además de novelas cortas, ha escrito poesías, manifestándose siempre escritora muy original, elegante, de gran fuerza de expresión y tendencia a consideraciones metafísicas.

Enrique Rivarola, Eugenio Díaz Romero, Héctor Pedro Blomberg son poetas de sentimiento romántico; *Ernesto Barreda* y *Rafael Arrieta* cantan la naturaleza americana en estilo florido y con sugestiones filosóficas; *Luis M. Jordán, Arturo Marasso* y *Ezequiel Martínez Estrada* son clásicos de buen gusto y elevadas consideraciones; *Enrique Banchs* en forma sencilla ahonda en asuntos morales y psicológicos.

Evaristo Carriego y *Francisco López Merino* se han hecho populares por sus sentidas composiciones sobre escenas de la vida íntima del hogar; *Fernández Moreno*, poeta de gran inspiración y naturalidad, sabe revestir de belleza sus recuerdos y las escenas al parecer más vulgares; *Arturo Capdevila* es lírico de gran fuerza; *Arturo Vásquez Cey* muy personal e idealista; *Pedro Miguel Obligado*, siguiendo las huellas de su ilustre padre, canta la naturaleza con gran inspiración y cierto vago pesimismo. *Joaquín Castellanos* (1860), poeta grandilocuente, es, dentro del modernismo, el que más encarna la tendencia anticristiana. El joven *Horacio Caillet-Bois* en pocos años se ha formado un nombre ilustre con sus inspiradas y enérgicas poesías de corte moderno. *Miguel Angel Etcheverrigaray* trata asuntos criollos en verso libre, *Rafael Jijena Sánchez* poemas del lugar Calchaquí.

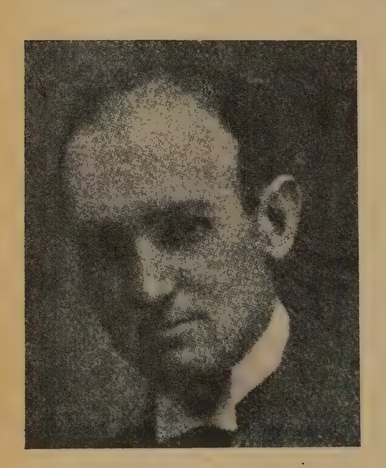
Novela

César Duayen, seudónimo de Ema de la Barra de Llanos, nieta del gran literato chileno Eduardo de la Barra, se ha hecho célebre por su preciosa novela *Stella*, en que refleja con sano realismo y delicado gusto las costumbres de las altas clases de Buenos Aires y desarrolla una trama de gran fuerza moral.

Angel Estrada (1872) insigne prosista de corte académico, es poeta y novelista de acendrado gusto y lenguaje muy castizo (*Redención*).

Carlos M. Ocantos (1860) es autor de novelas de fuerte realismo, lenguaje espontáneo, estilo fácil y algo difuso; optimista y patriota (*Promisión*, *Pequeñas miserias*, etc.).

Gustavo Martínez Zuviría, (seudónimo Hugo Wast) es uno de los novelistas más fecundos de América, de elevados y cristianos ideales, gran interés y bien concertados argumentos, realista de buen gusto en la representación de las costumbres nacionales (*Flor de durazno*, *Casa de los cuervos*, *Desierto de piedra*, *Tierra de jaguares*).



Martínez Zuviría



Enrique Rodríguez Larreta

Enrique Rodríguez Larreta en su famosa novela histórica *La gloria de Don Ramiro* describe con vivo colorido y clásico lenguaje el medio ambiente del siglo XVI visto a través de un criterio liberal. Su nueva novela *Zogoibi*, se desarrolla en un cuadro de costumbres argentinas contemporáneas.

Manuel Gálvez (1882), crítico literario y de bellas artes, poeta inspirado de forma sencilla (*Sendero de humidad*), cul-

tiva con gran éxito la novela de costumbres provincianas (*La Maestra normal*).

Rosario Puebla de Godoy (1867) de sanos ideales como el anterior, es más sencilla y describe escenas gauchas y criollas (*La ciudad heroica, Patriotismo de argentinos*). Es también poetisa de forma popular sobre asuntos religiosos y patrióticos.

Arturo Jiménez Pastor (1872) poeta, novelista y dramático de gran variedad de tonos, posee un estilo espontáneo, lleno de gracia y atractivo. (*Arabescos, La Rendición*, novela y drama, etc.).

Martín Gil, además de sus obras científicas, ha escrito novelas de asuntos nacionales con gran fuerza de observación y lenguaje expresivo (*Prosa rural, Modos de ver*, etc.); *Francisco Sicardi*, de tendencia pesimista, es de estilo robusto, pero incorrecto: *Benito Lynch* se distingue por la sobriedad, nitidez y propiedad de la expresión y la magistral descripción del campo argentino en todas sus más característicos matices (*La Evasión. Los caranchos de la Florida*); *Atilio Chiappori* por la sensibilidad y compasión por los miserables (*La corbata azul*); el ya citado poeta *Roberto Payró* es también narrador de gran fuerza en su novela *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira; José S. Alvarez* (Fray Mocho) (*Viaje al país de los matreros*) *Francisco Soto y Calvo* (*Cuentos de mi padre*) y *Martiniano Leguizamón* (*Montaraz, Tierra nativa*) con gran poesía y cariño saben describir paisajes y escenas del terruño, especialmente de los campos de Entre-Ríos.

ANTOLOGIA

Al Paraná

(Lavardén)

(*Fragmentos*)

Augusto Paraná, sagrado río,
Primogénito ilustre del Oceano,
Que en el carro de nácar refulgente,
Tirado de caimanes, recamados

De verde y oro, vas de clima en clima,
De región en región, vertiendo franco
Suave frescor y pródiga abundancia,
Tan grato al portugués como al hispano...
Desciende ya, dejando la corona
De juncos retorcidos, y dejando
La banda del silvestre camalote,
Pues que ya el ardimiento provocado
Del heroico español, cambiando el oro
Por el bronce marcial, te allana el paso,
Y para el arduo, intrépido combate
Carlos presta el valor, Jove los rayos...
Baja con majestad reconociendo
De tus playas los bosques y los antros;
Extiéndete anchuroso, y tus vertientes,
Dando socorros a sedientos campos,
Den idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que a tu excelsa mano
Deudor no se confiese. Tú las sales
Derrites, y tú elevas los extractos
De fecundos aceites; tú introduces
El humor nutritivo, y suavizando
El árido terrón, haces que admita
De calor y humedad fermentos caros.
Ceres de confesar no se desdeña
Que a tu grandeza debe sus ornatos...
Y los laureados jóvenes, con cantos
Dulcísonos de pura poesía
Que tus melifluas ninfas enseñaron,
Aspiran a grabar tu excelso nombre
Para siempre del Pindo en los peñascos,
Donde de hoy más se canten tus virtudes,
Y no las iras del furioso Janto.
Ven, sacro río, para dar impulso
Al inspirado ardor; bajo tu amparo
Corran, como tus aguas, nuestros versos!...

Triunfo de Ituzaincó

(Juan Cruz Varela)

(*Fragmento*)

. . . .
. . . .

Y el momento llegó: la Parca avara,
De matanza vulgar no satisfecha,
Una víctima grande señalara,
Y Brandzen expiró... ¡Golpe terrible!
¡Oh brasileñas huestes! Más valiera
Que tal honor el hado
En este día atroz no os concediera.
La sangre que el campeón ha derramado
Mil vidas vale, y el estrago horrendo
Ahora empezará. «¡Venganza!» grita
El intrépido Paz: «¡venganza!» clama
Ardiendo en ira el escuadrón tremendo,
Y «¡venganza!» Alvear también responde.
Toma el lugar de su difunto amigo,
Hondo en el pecho el sentimiento esconde,
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.
El soldado le sigue: vanamente,
Con la muerte de Brandzen orgulloso,
El experto ginete brasilero
Oponerse pretende al horroroso,
Al repetido choque: allí el acero
Corta, hiende, destroza, despedaza;
Como torrente el escuadrón furioso
Por sobre miembros palpitantes pasa,
Por sobre moribundos atropella,
Atraviesa de sangre el ancho lago,
Deja a su espalda el espantoso estrago,
Y en sólida falanje al fin se estrella.

La aguda bayoneta la defiende
De aquel ímpetu ciego,
Y el mortífero plomo se desprende
De su prisión de fuego;
Pero más bravo el argentino avanza
Por el camino que le abrió la lanza
Y del fogoso bruto el ancho pecho.
Ciérrase luego: el escuadrón deshecho
Vuelve, júntase, estréchase, acomete
Con ímpetu mayor, con mayor ira,
Y otra vez y mil veces se retira,
Y otra vez y mil veces arremete...

. . . .

Lavalle, ¿dónde está? Cual raudo viento
Que arrebata en furioso remolino
Cuanto encuentra a su paso, y que violento,
Derribando no más, se abre camino;
O cual de la alta cumbre de repente,
Las desquiciadas rocas arrastrando,
Rápido se despeña algún torrente,
Y a los llanos con ímpetu bajando,
Todo arranca en su curso, todo arrasa,
Y sobre escombros espumante pasa:
Así Lavalle y su escuadrón valiente
Atropellan, derriban este día
A todos los que hubieron la osadía
De ponerse insensatos a su frente.
Muy más allá del campo de batalla
Los siguen, los persiguen, los acosan,
Los acaban en fin, y no reposan,
Y a la lid vuelven que pendiente se halla.

. . . .

El Gaucho Martín Fierro

(José Hernández)

Vida del gaucho

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela;
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela...

Yo no soy cantor letrao;
mas si me pongo a cantar
no tengo cuándo acabar,
y me envejezco cantando:
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano,
ni las moscas se me arriman;
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona...

Soy gaucho y entiéndalo
como mi lengua lo explica,
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor;
ni la víbora me pica,
ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje
en el fondo de la mar:
naides me puede quitar
aquello que Dios me dió:
lo que al mundo traje yo
del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del cielo:
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir;
y naides me ha de seguir
cuando yo remonto el vuelo.

Yo no tengo en el amor
quién me venga con querellas,
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama:
yo hago en el trébol mi cama,
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato,
que nunca peleo ni mato
sino por necesidá;
y que a tanta adversidá
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
que hace un gaucho perseguido,
que fué un buen padre y marido
empeñoso y diligente,
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.

. . . .

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía,
y su ranchito tenía,
y sus hijos y mujer. . .
Era una delicia el ver
cómo pasaba los días.

Entonces. . . cuando el lucero
brillaba en el cielo santo
y los gallos con su canto
la madrugada anunciaban,
a la cocina rumbiaba
el gaucho. . . que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
a esperar que venga el día,
al cimarrón le prendía
hasta ponerse rechoncho,
mientras su china dormía
tapadita con su poncho.

Y apenas el horizonte
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar
y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse
cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas,
se sale el otro cantando,
uno busca un pellón blando,
éste un lazo, otro un rebenque,
y los pingos relinchando
los llaman desde el palenque.

El que era pión domador
enderezaba al corral,
ande estaba el animal.
bufidos que se las pela. . .
y más malo que su agüela
se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente
en cuanto al potro enriendó,
los cueros le acomodó
y se le sentó en seguida;
que el hombre muestra en la vida
la astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcobiando
pedazos se hacía el sotreta,
mientras él por las paletas
le jugaba las lloronas,
y al ruido de las caronas
salía haciendo gambetas.

¡Ah tiempos!. . . Era un orgullo:
ver jinetiar un paisano:
cuando era gaucho vaquiano,
aunque el potro se voliase,
no había uno que no parase
con el cabestro en la mano.

Y mientras domaban unos,
otros al campo salían,
y la hacienda recogían,
las manadas repuntaban,
y ansí sin sentir pasaban
entretenidos el día.

Y verlos al cair la noche
en la cocina riunidos,
con el juego bien prendido
y mil cosas que contar,
platicar muy divertidos
hasta después de cenar.

La Vuelta de Martín Fierro

(José Hernández)

(*Muerte del gaucho Cruz*)

El recuerdo me atormenta,
se renueva mi pesar,
me dan ganas de llorar,
nada a mis penas igualo:
Cruz también cayó muy malo,
ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
cuánto tuve que sufrir;
yo no hacía sino gemir,
y aumentaba mi aflicción
no saber una oración
pa ayudarlo a bien morir.

Se le pasmó la virguela,
y el pobre estaba en un grito:
me recomendó un hijito
que en su pago había dejado;
«Ha quedado abandonado,
me dijo, aquel pobrecito».

«Si vuelve, busquemeló,
me repetía a media voz:
«en el mundo éramos dos,
«pues él ya no tiene madre;
«que sepa el fin de su padre,
«y encomiendo mi alma a Dios».

Lo apretaba contra el pecho
dominao por el dolor:
era su pena mayor
el morir allá entre infieles:
sufriendo dolores crueles
entregó su alma al Criador.

De rodillas a su lado
yo lo encomendé a Jesús:
faltó a mis ojos la luz,
tuve un terrible desmayo;
caí como herido del rayo
cuando lo ví muerto a Cruz.

Aquel bravo compañero
en mis brazos expiró;
hombre que tanto sirvió,
varón que fué tan prudente,
por humano y por valiente
en el desierto murió.

Y yo, con mis propias manos,
yo mesmo lo sepulté:
a Dios por su alma rogué,
de dolor el pecho lleno;
y humedeció aquel terreno
el llanto que redamé.

. . . .

Consejos del viejo Vizcacha

Me parece que lo veo
con su poncho calamaco;

después de echar un buen taco
ansí principiaba a hablar:
«Jamás llegues a parar
ande veas perros flacos».

«El primer deber del hombre
es defender el pellejo;
llévate de mi consejo,
fíjate bien en lo que hablo:
el diablo sabe por diablo,
pero más sabe por viejo».

»Hácete amigo del juez,
no le dés de qué quejarse;
y cuando quiera enojarse
vos te debes encoger,
pues siempre es gueno tener
palenque ande ir a rascarse».

. . . .

Fausto

(Estanislao del Campo)

. . . .

El hombre allí renegó
Tiró contra el suelo el gorro,
Y, por fin en su socorro
Al mesmo diablo llamó.

¡Nunca lo hubiera llamao!
¡Viera sustazo, por Cristo!
¡Ahí mesmo, jediendo a misto,
Se apareció el condenao!

Hace bien: persinesé,
Que lo mesmito hice yo.
¿Y cómo no disparó?
Yo mesmo no sé por qué.

¡Viera al diablo! Uñas de gato,
Flacón, un sable largote,
Gorro con pluma, capote,
Y una barba de chivato.

Aquí estoy a su mandao,
Cuente con un servidor,
Le dijo el diablo al dotor,
Que estaba medio asonsao.

Mi dotor, no se me asuste,
Que yo lo vengo a servir:
Pida lo que ha de pedir
Y ordenemé lo que guste:

El dotor medio asustao
Le contestó que se juese...
Hizo bien ¿no le parece?
Seguramente, cuñao.

Pero el diablo comenzó
A alegar gastos de viaje,
Y a medio darle coraje,
Hasta que lo engatuzó.

¿No era un dotor muy projundo?
¿Cómo se dejó engañar?
Mandinga es capaz de dar
Diez gueltas a medio mundo.

El diablo volvió a decir:
Mi dotor, no se me asuste,
Ordéneme en lo que guste,
Pida lo que ha de pedir.

Si quiere plata, tendrá;
Mi bolsa siempre está llena,
Y más rico que Anchorena
Con decir quiero ya está
Mil veces mejor que el oro.

Yo todo le puedo dar,
Retrucó el rey del infierno,
Diga ¿Quiere ser gobierno?
Pues no tiene más que hablar.

No quiero plata ni mando,
Dijo Don Fausto, yo quiero
El corazón todo entero
De quien me tiene penando.

No bien esto el diablo oyó,
Soltó una risa tan fiera,
Que toda la noche entera
En mis orejas sonó.

Dió en el suelo una patada,
Una paré se partió,
Y el Dotor, fulo, miró
A su prenda idolatrada.

¡Canejo!... ¿Será verdá?
¿Sabe que se me hace cuento?
No crea que yo le miento:
Lo ha visto media ciudá.

Ya enderezó como loco
El dotor cuanto la vió;
Pero el diablo lo atajó
Diciéndole: Poco a poco.

Si quiere, hagamos un pato:
Usté su alma me ha de dar
Y en todo lo he de ayudar:
¿Le parece bien el trato?

Como el dotor consintió,
El diablo sacó un papel
Y le hizo firmar en él
Cuanto la gana le dió.

¡Dotor! y hacer ese trato!
¿Qué quiere hacerle, cuñao,
Si se topó ese abogao
Con la horma de su zapato?

Ha de saber que el dotor
Era dentrao en edá.
Asina es que estaba ya
Bichoco para el amor.

Por eso al dir a entregar
La contrata consabida,
Dijo: «¿Habrá alguna bebida
Que me pueda remozar?

Yo no sé que brujería,
Misto, mágica o polvito
Le echó el diablo y... ¡Dios bendito!
¡Quién demonio lo creería!

¿Nunca ha visto usté un gusano
Volverse una mariposa?
Pues allí la mesma cosa
Le pasó al dotor, paisano.

Canas, gorro y casacón
De pronto se evaporaron,
Y en el dotor ver dejaron
A un donoso mocetón.

¿Qué dice?... ¡barbaridá!...
!Cristo padre!... ¿Será cierto?
Mire: que me caiga muerto
Si no es la pura verdá.

El diablo entonces mandó
A la rubia que se juese,
Y que la paré se uniese,
Y la cortina cayó.

Don Segundo sombra

(Ricardo Güiraldes)

Episodios de un rodeo en la pampa

...El rodeo aumentaba de tamaño por los animales que llegaban porque nos acercábamos... Llegamos. Algunos paisanos rondaban el trope asustado de animales. Otros mudaban caballo. Otros con la pierna cruzad sobre la cabezada del basto, liaban un cigarro o platicaban con tranquilidac Los caballos sudados, con los sobacos coloreando de espolazos, o embarra dos hasta la panza, delataban la tarea particualr a que habían sido sometidos

....

En eso oí un griterío y vi que un toro venía en mi dirección, corrido po unos paisanos.

Me enhorqueté al Comadrejo proponiéndome sacarme pronto el ma humor.

Los dejé acercarse. A breve distancia me coloqué bien a punto para lle var a cabo mi intento. Cuando calculé por buena la distancia, grité:

—Con licencia, señores.—Y cerré las piernas al bayo.

Mi pingo era medio brutón para el encontronazo. Por mi parte habí calculado bien. A todo correr, el pecho del bayo dió en la paleta del toro Ayudé el envión con el cuerpo. Quedamos clavados en el lugar del tope. E toro saltó como pelota, se dió vuelta por sobre el lomo.

Había hecho una cosa peligrosa entre todas. Agarrar un animal, en to-

da furia, a la cruzada, es un alarde que puede costar el cuero si la velocidad de cada animal no está calculada con toda justeza.

Buen principio que me comprometía para el trabajo bruto iniciado...

Empezó el torneo bárbaro... Fué un entrevero brutal. Los toros enceguecidos, cargaban por derecho, a pura aspa. Los terneros gambeteaban con la cola alzada. Los demás, medio perdidos, arremetían a la buena de Dios. El paisanaje se desgañitaba gritando. Los ponchos se levantaban en lo alto flameando. Sonaban los rebenques contra las caronas. Las atropelladas y los golpes llegaron a su máximo. No faltó quien se hiciera rueda por el suelo, en una confusión de novillo, caballo y hombre.

Un toro barroso se empeñaba con más tesón que ninguno en porfiar para el lado de los médanos. Le asenté fuertes porrazos, pero no cedía. El bayo excitado hacía fuerza en la boca hasta cansarme los brazos. Lo largué por tercera vez contra el toro, que tomó demasiado adelante, pasando de largo. Haciendo peso para atrás con el cuerpo, para sujetarlo, no pude ver el peligro. Cuando volví la mirada, la cabeza aspuda estaba ya encima. Apreté las espuelas. Inútil. El caballo se me caía, golpeado de atrás, y lo dí vuelta tan ligero como pude, para que el toro pasara olvidándonos.

Así fué, pero Comadreja renguiaba. Lo aparté un trecho y me desmonté. El pobre animal tenía rajado el cuero del anca en un tajo como de dos cuartas. Revisando la herida, ví que e a honda.

Estaba furioso de que ese bicho mañero me hubiera agarrado en un descuido. ¡Quedar de a pie cuando el alboroto y la diversión estaban en lo mejor!...

A todo esto, la animalada se acercaba en tropel mudo. Era una cosa de verse. Cinco mil chúcaros dominados por unos treinta hombres, dispuestos en hilera a sus flancos. Avanzaban. Por los caballos y el modo reconocíamos a la gente. No había ya porfiados ni eran necesarios grandes ataques. Aquello se venía como un solo e inmenso animal, llevado por su propio impulso en un sentido fijo. Oíamos el trueno sordo de las miles y miles de pisadas, las respiraciones afanosas. La carne misma, parecía surtir un ruido profundo de cansancio y dolor. Ya llegaban... Ni bien los primeros animales pisaron el rodeo, los atropellé para imprimirles un movimiento de rotación. Volvieron a menudear golpes y alaridos, hasta que, al fin dominada, la hacienda optó por girar sobre el redondel de barro pisoteado, como si ya hubiera perdido la razón de ser de su carrera.

A Rozas

(*Fragmentos*)

(Mármol)

. . . .

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho.
Para llamar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos a sacudir tu sien?

¡Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna tremenda maldición!...

Cuando a los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia:
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos desde su trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,
También tiene derecho de maldecir como él.

Sí, Rozas, te maldigo. Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino, las de mi patria, no.

Por ti esa Buenos Aires que soportar sabía
Sobre su espalda un mundo, bajo su planta un león,
Hoy débil y postrada no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por ti esa Buenos Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;
Pues de los hombres harto, para ofender a Cristo,
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por ti sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor...

. . . .

La Cautiva

(Esteban Echeverría)

El Desierto

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El desierto
inconmensurable, abierto,
y misterioso a sus pies
se extiende, triste el semblante,
solitario y taciturno,
como el mar, cuando un instante,
al crepúsculo nocturno,
pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades,
del ave y bruto guaridas,
doquier cielo y soledades,
de Dios sólo conocidas,
que El sólo puede sondar.

A veces la tribu errante
sobre el potro rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino
y pasa; o su toldería

sobre la grama frondosa
asienta, esperando el día...
duerme... tranquila reposa...
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas
sublimes, y a par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dado al vulgo ver!
La humilde hierba, el insecto,
la aura aromática y pura,
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.

Las armonías del viento
dicen más al pensamiento,
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza!
!Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
reclinaba en occidente,
derramando por la esfera
de su rubia cabellera
el desmayado fulgor;
sereno y diáfano el cielo,
sobre la gala verdosa
de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas
sus alas de aroma llenas,
entre la hierba bullía
del campo, que parecía
como un piélago ondear;
y la tierra contemplando
del astro rey la partida,
callaba, manifestando,
como en una despedida
en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero
relinchaba un bruto fiero
aquí o allá en la campaña;
bramaba un toro de saña,
rugía un tigre feroz:
o las nubes contemplando,
como extático y gozoso,
el yajá de cuando en cuando
turbaba el mudo reposo
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía;
la silenciosa llanura
fué quedando más obscura,
más pardo el cielo, y en él
con luz trémula brillaba
una que otra estrella, y luego
a los ojos se ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.

El crepúsculo entre tanto
con su claro obscuro manto,
veló la tierra; una faja
negra como una mortaja
el occidente cubrió.

Mientras la noche bajando
lenta venía. La calma
que contempla suspirando
inquieta a veces el alma,
con el silencio reinó.

Entonces, como el ruido
que suele hacer el tronido
cuando retumba lejano,
se oyó en el tranquilo llano
sordo y confuso clamor;
se perdió... y luego violento,
como baladro espantoso
de turba inmensa, en el viento
se dilató sonoroso,
dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
del ágil potro arrogante
el duro suelo temblaba,
y envuelto en polvo, cruzaba
como animado tropel,
velozmente cabalgando;
veíanse lanzas agudas,
cabezas, crines ondeando,
y como formas desnudas
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
con su alarido perturba
las calladas soledades
de Dios, do las tempestades
sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
se atreve a hoyar el desierto
cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
en sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando
de salvajes, atronando
todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
del bruto que arroja espuma:
vaga al viento su melena,
y con ligereza suma
pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
clavando al bruto la espuela,
sin mirar alrededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
de sus lanzas por despojos
llevan cabezas humanas,
cuyos inflamados ojos
respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
al indomable coraje
que abatió su alevosía;
mira con torpe placer
las cabezas que cortaron
sus inhumanos cuchillos,
exclamando:—¡Ya pagaron
del cristiano los caudillos
el feudo a nuestro poder!

Ya los ranchos do vivieron
presa de las llamas fueron,
y muerde el polvo abatida
su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio

sus mujeres, sus infantes,
que gimen en cautiverio,
a libertar, y como antes
nuestras lanzas probarán.—

Tal decía; y bajo el callo
del indómito caballo
crujiendo el suelo temblaba;
hueco y sordo retumbaba
su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
el rostro en manto nubloso,
echó en el vasto desierto
su silencio pavoroso,
su sombría majestad.

Santos Vega

(Rafael Obligado)

Santos Vega el payador,
aquel de la larga fama,
murió cantando su amor
como el pájaro en la rama.

Cantar popular.

El alma del payador

Cuando la tarde se inclina
sollozando al Occidente,
corre una sombra doliente
sobre la pampa argentina;
y cuando el sol ilumina
con luz brillante y serena
del ancho campo la escena,
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
que, en tibia noche de luna,
en solitaria laguna
pára la sombra su vuelo;
que allí se ensancha, y un velo
va sobre el agua formando,
mientras se goza escuchando
por singular beneficio,
el incesante bullicio
que hacen las olas rodando.

Dicen que en noche nublada,
si su guitarra algún mozo
en el crucero del pozo
deja de intento colgada,
llega la sombra callada
y, al envolverla en su manto,
suena el preludio de un canto
entre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquellas
en que la Pampa se abisma
en la extensión de sí misma
sin su corona de estrellas,
sobre las lomas más bellas,

londe hay más trébol risueño,
uce una antorcha sin dueño
ntre una niebla indecisa,
ara que temple la brisa
as blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
n tempestad de su seno,
stalla el cóncavo trueno,
ue es la palabra del rayo,
iere al ombú de soslayo
ojiza sierpe de llamas,
que, calcinando sus ramas,
erpea, corre y asciende,
en la alta copa desprende
rillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,
as brillazones remedan
astos oleajes que ruedan
obre fantástico río;
nudo, abismado y sombrío,
aja un jinete la falda
inta de bella esmeralda,
lega a las márgenes solas...
y hunde su potro en las olas
con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos,
galopando sobre el llano
solitario, algún paisano,
viendo al otro en los reflejos
de aquel abismo de espejos,
siente indecibles quebrantos,
y, alzando en vez de sus cantos
una oración de ternura,
al persignarse murmura;
«¡El alma del viejo Santos!»

Yo, que en la tierra he nacido
donde ese genio ha cantado,
y el pampero he respirado
que el payador ha nutrido,
beso este suelo querido
que a mis caricias se entrega,
mientras de orgullo me anega
la convicción de que es mía
la patria de Echeverría,
la tierra de Santos Vega!

La escuela

(Sarmiento)

Cien niños se reúnen bajo la dirección de un maestro de escuela. El hecho solo de salir cada uno del estrecho círculo de la familia, de la presión de su modo de ser habitual, la reunión de un grupo de seres bajo una autoridad, echa en el ánimo el primer gérmen de la asociación. Es preciso obedecer, es preciso obrar, no ya conforme a la inspiración del capricho individual, sino en virtud de una cosa como deber, según un método como regla, bajo una autoridad como gobierno, con un fin que se dirige más allá del tiempo

presente. He aquí ya la moral inculcada, la naturaleza ruda sometida. *Moris*, la costumbre; el hábito diario de obrar, de dirigir las acciones a un fin. Dícese de las matemáticas que son la disciplina de la razón; las escuelas por el solo hecho de asistir a ellas, a horas fijas, con objeto determinado son la disciplina de las pasiones en gérmen, en desenvolvimiento. No se puede en ellas gritar cuando se quiere, ni reír, ni correr, ni pelear, ni comer: la vida social comienza, y deja trazas imperecederas en el espíritu y en las costumbres futuras del que va a ser hombre. La estadística de todos los países ha probado este hecho sin comprenderlo. El saber leer mal, sin haber hecho uso de la lectura como medio de instrucción, se ha encontrado que es preservativo contra el crimen, puesto que son menos relativamente los criminales de esta clase, que los que da en cifras abultadas la masa del todo destituída del primer rudimento del saber. ¿Qué ha podido influir este comienzo estéril de enseñanza en la moralidad del individuo? Nada. Es la escuela. No se aprende a leer de ordinario sino en la escuela; y la escuela moraliza los apetitos, educa el espíritu doméstico, subordina las pasiones. La escuela congrega los hombres en gérmen, les hace frotar todo el día sin ofenderse. El instinto del niño le lleva a buscarle camorra a otro niño de su edad y fuerza, que encuentra en la calle; el hábito diario de ver cien niños en la escuela bajo las mismas condiciones le quita ese pensamiento hostil; y el espíritu pendenciero del hombre natural, que más tarde se traduce en puñaladas y homicidios, queda sofocado o dulcificado en la fuente. El alma, por otra parte, se sirve de órganos materiales para sus funciones, y es suceptible, por el uso, de robustecerlos y perfeccionalrlos. El novillo endeble se convierte en buey fornido a fuerza de ejercitar sus músculos de tracción. La memoria, el juicio, la percepción de las analogías y de los contrastes, se afinan, se desenvuelven con el más pequeño ejercicio de la inteligencia. Aprender a leer por el solo hecho de ejercitar en ello las facultades mentales sin aplicación a los fines de la lectura, causa una revolución en el espíritu del niño, lo mejora, lo dilata. Centenares de hombres han principiado y abandonado extemporáneamente el estudio, olvidando lo que habían aprendido. Los que han cursado las aulas han olvidado todos o casi todos los textos: personas que sólo estudiaron el latín, y eso mal (y saber latín para los negocios de la vida, para la adquisición de conocimientos, si no son profesionales, es como saber el quichua para el comercio), y sin embargo, es un hecho averiguado que esos hombres que abandonaron el estudio, esos estudiantes de latín, tienen la razón más desenvuelta que los que nada estudiaron.

El Gaucho Cantor

(Sarmiento)

Aquí tenéis la idealización de aquella vida de revueltas, de civiliza-ión, de barbarie y de peligros. El gaucho *cantor* es el mismo bardo, el vate, l trovador de la Edad Media, que se mueve en la misma escena, entre las uchas de las ciudades y el feudalismo de los campos, entre la vida que se a y la vida que se acerca. El *cantor* anda de pago en pago, «de tapera en alpón», cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los lantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un *malón* re-iente, la derrota y la muerte que cupo a Santos Pérez. El *cantor* esta ha-iendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, iografía que el bardo de la Edad Media; y sus versos serían recogidos más arde, como los documentos y datos en que había de apoyarse el historiador uturo, si a su lado no estuviese otra sociedad culta con superior inteligencia le los acontecimientos que la que el infeliz despliega en sus rapsodias in-enuas. En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones dis-intas en un mismo suelo: una naciente que, sin conocimiento de lo que tiene obre su cabeza, esta remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar os últimos resultados de la civilízación europea; el siglo XIX y el XII viven untos; el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas.

El *cantor* no tiene residencia fija: su morada está donde la noche le orprende; su fortuna en los versos y en su voz. Dondequiera que el cielito nreda sus parejas sin tasa, dondequiera que se apura una copa de vino, el *antor* tiene un lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho rgentino no bebe si la música y los versos no lo excitan, y cada *pulpería* iene su guitarra para poner en manos del cantor, a quien el grupo de caballos stacionados en la puerta anuncia a lo lejos dónde se necesita el concurso de u gaya ciencia.

Por lo demás, la poesía original del *cantor* es pesada, monótona, irregu-ar cuando se abandona a la inspiración del momento. Más narrativa que entimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y le las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando efiere sus proezas o las de su afamado malévolo, parécese al improvisador apolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose a la altura poé-

tica por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin vers ficación. Fuera de esto, el *cantor* posee su repertorio de poesías populare quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosílabos. E tre éstas hay composiciones de mérito y que descubren inspiración y se timiento.

Aún podría añadir a estos tipos originales, muchos otros igualmen curiosos, igualmente locales, si tuviesen, como los anteriores, la peculi ridad de revelar las costumbres nacionales, sin las cuales es imposible con prender nuestros personajes políticos, ni el carácter primordial y american de la sangrienta lucha que despedaza la República Argentina

Andando esta historia, el lector va a descubrir por sí solo dónde s encuentra el *rastreador*, el *baqueano*, el *gaucho malo* y el *cantor*. Verá en lo caudillos cuyos nombres han traspasado las fronteras argentinas, y aun e aquellos que llenan el mundo con el horror de su nombre, el reflejo vivo d la situación interior del país, sus costumbres y su organización.

El gaucho malo

(Sarmiento)

Es un personaje misterioso; mora en la pampa; son su albergue los ca dales; vive de perdices y *mulitas*, y si alguna vez quiere regalarse con un lengua, enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilect y abandona lo demás a las aves mortecinas. De repente se presenta el gau cho malo en un pago de donde la partida acaba de salir; conversa pacífica mente con los buenos gauchos, que lo rodean y admiran; se provee de lo *vicios*, y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo y lo apun ta hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza La partida rara vez lo sigue: mataría inutilmente sus caballos, porque e que monta el gaucho malo es un parejero *pangaré* tan célebre como su amo Si el caso lo echa alguna vez de improviso entre las garras de la justicia acomete a lo más espeso de la partida, y a merced de cuatro tajadas que co su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace pas por entre ellos, y, tendiéndose sobre el lomo del caballo, para substraers a la acción de las balas que lo persiguen, endilga hacia el desierto, hasta que poniendo el espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agrega

esta nueva hazaña a la biografía del héroe del desierto, su nombradía vuela por toda la vasta campaña...

Este hombre, divorciado de la sociedad, proscrito por las leyes, este salvaje de color blanco, no es en el fondo un sér más depravado que los que habitan poblaciones. El osado prófugo que acomete una partida entera, es inofensivo para con los viajeros: el gaucho malo no es un bandido, no es un salteador; el ataque a la vida no entra en su idea, como el robo no entraba en la idea del *churriador*; roba, es cierto, pero esta no es su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior, el patrón propone comprarle un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y después de un rato de silencio contesta: «No hay actualmente caballos así». ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento ha recorrido en su mente mil estancias de la pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señales particulares, y convencióse de que no hay ninguno que tenga estrella en la paleta; unos la tienen en la frente, otros una mancha blanca en el anca. ¿Es sorprendente esta memoria? ¡No! Napoleón conocía por su nombre doscientos mil soldados, y recordaba, al verlos, todos los hechos que a cada uno de ellos se referían.

Si no se le pide, pues, lo imposible, en día señalado, en un punto dado del camino, entregará un caballo tal como se le pide, sin que el anticiparle dinero sea un motivo de faltar a la cita. Tiene sobre este punto el honor de los tahures sobre las deudas.

Viaja a veces la campaña de Córdoba, hacia Santa Fe. Entonces se le ve cruzar la pampa con una tropilla de caballos por delante: si alguno lo encuentra, sigue su camino sin acercársele, a menos que él lo solicite.

La poesía

(Juan M. Gutiérrez, argentino)

Las cosas más visibles se nos esconden entre las sombras de nuestras distracciones. Desdeñamos la Poesía, mientras que todo es música y poesía en la naturaleza, puesto que cantan las aves, susurran las ramas y los arroyos, y silba el huracán en las montañas y encima de las ondas hinchadas del mar. El Libro por excelencia, la fuente perenne de la mejor moral, el que

rebosa en espíritu de sabiduría, ya que lo dictó el Espíritu Santo, el código de nuestra religión en una palabra, está escrito en verso con el cálamo de los vates. David lo era y compuso en rima su Salterio para que fuese más digno de Jehová. Job se lamenta en consonantes hebráicos, y los Profetas vieron lo futuro porque estaban dotados de los ojos inspirados de aquellos seres que viven en lo porvenir.

En la inauguración de la estatua del general San Martín

(Mitre)

Señores: Va a descorrerse el velo detrás del cual se oculta la noble imagen del general don José de San Martín, en la actitud heroica en que lo ha inmortalizado el arte, representando el momento en que, al escalar las más elevadas montañas del orbe montado en su caballo de guerra, enseñó a sus legiones el camino del heroísmo, y contempló desde lo alto de ellas, con la mirada profética del genio, las pampas, los mares, los valles y las montañas de la América del Sur, teatro de sus pasadas y futuras glorias.

Esa imagen va a ser presentada al fin a la admiración y a la gratitud de aquella posteridad, a cuyo fallo apeló confiadamente en el momento más solemne de su vida, cuando se despidió para siempre de las playas americanas.

El general San Martín dijo, al descender espontáneamente del alto puesto a que se había encumbrado: «En cuanto a mi conducta pública, mis conciudadanos, como por lo general de las cosas, dividirán sus opiniones: a su posteridad corresponde el verdadero fallo».

Este fallo ha sido pronunciado ya por la voz de dos generaciones.

Tres repúblicas lo han aclamado como el padre y fundador de su independencia y libertad.

La geografía política ha señalado ocho repúblicas independientes dentro del círculo trazado por su espada victoriosa.

El mundo entero lo ha reconocido como el primer genio militar del Nuevo Mundo.

La América toda, lo ha declarado, a la par de Bolívar, el libertador de medio mundo, con quien comparte la gloria de haber sido el apóstol armado de la revolución americana, cuyas banderas victoriosas hizo flamear desde el Atlántico hasta el Pacífico y desde Valdivia hasta la línea del Ecuador, marcada por sus volcanes encendidos.

La historia ha consignado en sus páginas eternas sus inmortales triunfos de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, su atrevido paso de los Andes, su memorable expedición al Perú.

La justicia póstuma de los pueblos ha comprendido, al fin, en el gran capitán y hábil político, al hombre superior a las ambiciones vulgares, que supo dirigir la fuerza con inteligencia y con vigor, y usó del poder con moderación y con firmeza, para hacer servir todo al triunfo de la grande y noble causa a que había consagrado su espada, su corazón y su cabeza. Por fin, señores, la moral humana ha recogido de su vida el bello ejemplo de un hombre que, levantado por sus trabajos y por su genio al apogeo del poder y de la gloria, desciende voluntariamente de él, sin debilidad y sin enojo, comprendiendo que había llenado su misión y no queriendo ser un obstáculo al triunfo definitivo a que había consagrado su vida. Este ejemplo, único en la América del Sur, y que sólo puede ser comparado con el de Washington, levanta y dignifica su figura moral como hombre público.

Tales son los títulos a la admiración y a la gratitud de la posteridad, y tales son los motivos que reúnen a un pueblo en torno de su estatua de bronce, cerrando con este acto el período de la ingratitud y abriendo el de la reparación que le debíamos. . . . .

TUCUMÁN

(Nicolás Avellaneda,)

. . . . ¿La veis elevando con esfuerzo los blancos campanarios de sus iglesias sobre la corona de naranjos y limoneros que la circundan? El naranjo y el limonero, que producen flores y frutos, que embalsaman el ambiente de las tardes con sus perfumes, alimentan al pueblo y dan techumbre a sus hogares, son sus árboles predilectos, porque son su emblema, asociando lo útil a lo bello. No hay suelo hermoso, si no es fecundo. Buscaremos mañana al Tucumán de la leyenda poética, y lo encontraremos penetrando en la espesura de las selvas, escuchando sus rumores sordos que parecen los ecos doloridos de una lejana y vaga tristeza, o viendo descomponerse los rayos vívidos del sol sobre las copas movedizas de los árboles, para caer en hebras de luz matizadas de colores infinitos.

Pero lo encontraremos aún más, cuando hayamos ascendido sobre las cumbres de las montañas, en medio de las trasparencias de la atmósfera,

que aleja y hace desaparecer los horizontes; viendo los bosques descender en graderías hasta la llanura, y ésta abrirse y dilatarse en panoramas formados por los árboles, por las sombras y por los variados matices del campo fértil, al mismo tiempo que el ojo abarca el mayor espacio sometido jamás a su inspección, el pecho se dilata y se respira con expansión indecible, repitiendo instintivamente los versos de Goethe que Humboldt recordó en las cimas del Chimborazo: «Sobre la montaña mora la libertad».

Oigo decir que este Tucumán poético desaparecerá en breve, porque el humo de la locomotora espesa la atmósfera y empaña los cielos. No lo creo,. . .

La naturaleza se embellece y se completa bajo la acción fertilizante de la industria. Lo que vemos, lo que admiramos en los valles y en las montañas, no ha tenido hasta hoy por autores sino los tres artífices primitivos: el aire, el agua y la luz del sol. ¿Cuántos prodigios se producirán cuando se agregue a ellos el trabajo viril e inteligente; cuando ningún hilo de agua descienda de la montaña para insumirse estéril; cuando el árbol espontáneo y el árbol cultivado, la flor de las praderas y la flor de los jardines, entretejan sus ramajes y confundan sus perfumes?

La inteligencia humana habrá entonces pasado como un soplo de vida animando la segunda creación. El nuevo Tucumán se presentará al viajero transformado y embellecido; y si Dios nos depara la suerte de verlo otra vez, lo saludaremos con el grito de admiración del poeta latino: *O matre pulchra filia pulchrior*. ¡Oh hija más hermosa que tu madre hermosa!. . .

El Nido de Cóndores

(Olegario V. Andrade)

I

En la negra tiniebla se destaca,
como brazo extendido hacia el vacío,
para imponer silencio a sus rumores,
un peñasco sombrío,

Blanca venda de nieve lo circunda,
de nieve que gotea,
como la negra sangre de una herida
abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
van pasando calladas
como tropas de espectros que dispersan
las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! Pero [hay algo
en el peñasco mismo,
que se mueve y palpita cual si fuera
el corazón enfermo del abismo.

Es un nido de cóndores, colgado
de su cuello gigante,
que el viento de las cumbres balancea
como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,
en cuyo negro seno
parece que fermentan las borrascas
y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
con inquietud extraña:
¡es que sueña con algo que lo agita
el viejo morador de la montaña!

¡No sueña con el valle, ni la sierra,
de encantadoras galas;
ni menos con la espuma del torrente
que humedeció sus alas!

¡No sueña con el pico inaccesible
que en la noche se inflama,
despeñando por riscos y quebradas
sus témpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora
que pasó en la mañana
arrastrando en los campos del espa- [cio
su túnica de grana!

¡Muchas nubes pasaron a su vista,
holló muchos volcanes,
su plumaje mojaron y rizaron
torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
su agitación extraña:
¡un recuerdo que bulle en la cabeza
del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando vol- [vía,
vencedor inclemente,
trayendo los despojos palpitantes
en la garra potente,

bajaban dos viajeros presurosos
la rápida ladera:
un niño, y un anciano de alta talla
y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
con acento vibrante:
«—Vendrá— exclamaba — el héroe [predilecto
de esta cumbre gigante».

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;
lanzó ronco graznido,
y fué a posar el ala fatigada
sobre el desierto nido.

¡Inquieto, tembloroso, como herido
de fúnebre congoja,
pasó la noche, y sorprendiólo el alba
con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
pasaban en tropel por su memoria;

recuerdos de otro tiempo de esplen-
[dores,
de otro tiempo de gloria,
¡en que era breve espacio a su ardi-
[miento
la anchurosa región del vago viento!

Blanco el cuello y el ala reluciente,
iba en pos de la niebla fugitiva,
dando caza a las nubes en Oriente;
¡o con mirada altiva
en la garra pujante se apoyaba,
cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana, ¡inolvidable día!,
ya iba a soltar el vuelo soberano
para surcar la inmensidad sombría
y descender al llano,
a celebrar con ansia convulsiva
su sangriento festín de carne viva;

cuando sintió un rumor nunca es-
[cuchado
en las hondas gargantas de Occidente:
el rumor del torrente desatado,
¡la cólera rugiente
del volcán que en horrible paroxismo
se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de
[guerra
resonaron después. Relincho agudo
lanzó el corcel de la argentina tierra
desde el peñasco mudo;
¡y vibraron los bélicos clarines
del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
cual las ondas del mar en sus linderos;
infantes y jinetes avanzaban,
desnudos los aceros,
¡y atónita al sentirlos la montaña,
bajó la frente, y desgarró su entraña!

¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios!
[los empuja!
¡Amor de patria y libertad los guía!
¡Donde más fuerte la tormenta ruja,
donde la onda bravía
más ruda azote el piélago profundo
van a morir, o a libertar un mundo!

III

Pensativo, a su frente, cual si fuera
en muda discusión con el destino,
iba el héroe inmortal que en la ribera
del gran río argentino,
al león hispano asió de la melena,
y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor le miró, volvió del Ande
a la cresta más alta repitiendo
con estridente grito: —«¡Este es el
grande!»
Y San Martín, oyendo,
cual si fuera el presagio de la historia,
dijo a su vez: «—¡Mirad! ¡Esa es
[mi goria!»

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
cabalgando en las nubes y en los
[vientos,
le halló la noche y sorprendió la au-
[rora;

¡y a sus roncos acentos,
tembló de espanto el español sereno
en los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
el estridor de la feroz pelea;
viento de tempestad llevó a su nido
rugidos de marea;
¡y descendió a la cumbre de una sie-
[rra,
la corva garra abierta, en són de gue-
[rra!

¡Porfiada era la lid! Por las laderas
bajaban los bizarros batallones,
¡y penachos, espadas y cimeras,
cureñas y cañones,
como heridos de un vértigo tremendo
en la sima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid! En la humare-
[da
la enseña de los libres ondeaba
acariciada por la brisa leda
que sus pliegues hinchaba:
¡y, al fin, entre relámpagos de gloria,
vino a alzarla en sus brazos la victo-
[ria!

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
grito inmenso de júbilo salvaje;
¡y desplegando en la extensión vacía
su vistoso plumaje,
fué esparciendo por sierras y por lla-
[nos
jirones de estandartes castellanos!

V

¡Desde entonces, jinete del vacío,
cabalgando en nublados huracanes,
en la cumbre, en el páramo sombrío.
tras hielos y volcanes,
fué siguiendo los vívidos fulgores
de la bandera azul de sus amores!

¡La vió al borde del mar, que se
[empinaba
para verla pasar, y que en la lira
de bronce de sus olas, entonaba,
como un grito de ira,
el himno con que rompe las cadenas
de su cárcel de rocas y de arenas!

La vió en Maipú, en Junín, y hasta
[en aquella
noche de maldición, noche de duelo,
en que despareció como una estrella
tras las nubes del cielo;
¡y al compás de sus lúgubres grazni-
[dos
fué sembrando el espanto en los
[dormidos!

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el
[viajero
en el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
con inquietud extraña;
¡y al beso de la luz del sol naciente
volvió otra vez a sacudir las alas
y a perderse en las nubes del Oriente!
....

El Misionero

(Ricardo Gutiérrez)

¿Qué ha sido de la espada,
qué ha sido del poder y de la gloria,
con que la España deslumbró la his-
[toria,
al pisar en la América ignorada?...
Lo que fué de la estela
que en las olas del mar dejó el sende-
[ro
de la audaz carabela
que guió de Colón la fe cristiana!...
¡Sólo quedó la cruz del misionero,
abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
la ve la mente que la ciencia absorbe,
la escucha el alma, en su esperanza
[tierna;
todo pasa en el mundo,
todo cambia en los ámbitos del orbe;
la Cruz sólo es eterna!
....
Hombre mortal que brillas
en la aureola de Dios, como una estre
[lla,
yo soy el fraile, que en tu burla humi-
[llas,
yo levanto la Cruz... yo muero en
[ella!...
Yo soy su Misionero,
yo soy su combatiente solitario;
todas las sendas, sobre el mundo en-
[tero,
son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito
de la familia humana;
el hogar de la paz y la alegría
se cierra para siempre al alma mía:
que ata el lazo bendito
que el padre al hijo ligará mañana!!

En la cuna inocente,
donde tu ensayas tu primer respiro,
pongo el sello de Dios sobre tu frente;
y en el lecho doliente,
donde exhalas el último suspiro
de la vida precaria,
yo aliento tu partida,
te enseño el rumbo de la eterna vida,
y te levanto al cielo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late
bajo la noble cota del soldado,
yo te sigo a la brecha del combate,
con la sandalia de mi pie llagado;
y entre el humo y la sangre y la me-
[tralla,
que ocultan a los cielos tus despojos,
te hago besar la Cruz en la batalla,
y te cierro los ojos.

Y yo también, en la existencia
[triste,
soy soldado de Cristo sobre el mun-
[do!...
Bajo la saya que mi cuerpo viste,
llevo el arma divina,

llevo la Cruz sagrada
que las tribus caribes ilumina,
la Cruz, más poderosa que la espada!
la Cruz, que guarda en el hogar pa-
[terno
la fe sublime en que tu amor reposa..
la Cruz, donde repite el niño tierno
la oración de la madre y de la esposa!
la Cruz, que en el regazo
de la sagrada tierra
que las cenizas de tu padre encierra,
cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugie-
[ron,
y a la sombra de Atila se lanzaron,
y a la espantada Europa sorprendie-
[ron,
y entre sus propias ruinas la abisma-
[ron;
el fraile moribundo,
hasta en las catacumbas perseguido,
salvó, en las catacumbas escondido,
el progreso del mundo.

La ciencia, el arte, la verdad, la
[historia,
la civilización, que alza en su huella
al hombre hasta la gloria,
al resurgir la Cruz, renació en ella!
¿Qué fué en un tiempo tu mansión
[paterna,
qué fué el hogar donde tu amor sonríe,
qué fué tu Patria entera
donde hoy sus pasos el progreso es-
[tampa?
Antes de alzar mi Cruz ¿sabes lo que
[era?
¡El salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! Soy el primer cristiano
que recibe del bárbaro la flecha,
y abre en sus hordas la primera bre-
[cha
al pensamiento humano!
Y, sobre el rastro de la sangre mía,
con que el desierto indómito fecundo,
tiende la libertad la férrea vía
por donde cruza el porvenir del
[mundo!

¡Yo caigo en él! ¿Qué pierdo
en la vida, de glorias rodeada,
cuando la muerte mi pupila cierra?...
El pedazo de piedra
que me sirvió de almohada,
y el mendrugo de pan, con que la tie-
[rra
alimentó mi paso en mi jornada!

Sobre la huesa mía
en el mundo infeliz, sólo un lamento
viene a llorar bajo la noche umbría...
¡el gemido del viento!
Caigo bajo la Cruz, con que combato
por la gloria del hombre eternamente
y ahora, mundo ateo, mundo ingrato
¡escúpeme en la frente!

El Ombú

(Luis L. Domínguez)

Cada comarca en la tierra
tiene un rasgo prominente:
el Brasil su sol ardiente;
minas de plata el Perú;
Montevideo su cerro;
Buenos Aíres—patria hermosa—
tiene su Pampa grandiosa;
la Pampa tiene el Ombú.

Esa llanura extendida,
inmenso piélago verde,
donde la vista se pierde
sin tener dónde posar;
es la Pampa, misteriosa
todavía para el hombre,
que a una raza da su nombre
que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
que fecunden sus entrañas;
pero lagos y espadañas
inundan toda su faz,
que dan paja para el rancho,
para el vestido dan pieles,
agua dan a los corceles
y guarida a la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
esmaltan modestas flores
de aromáticos olores
y de risueño matiz:
el bibí, los macachines,
le trébol, la margarita,
mezclan su aroma exquisita
sobre el lúcido tapiz.

No tiene bosques frondosos
ni hermosas aves en ellos;
pero sí pájaros bellos,
hijos de la soledad,
que siendo únicos testigos
del que habita esas regiones,
adivinan sus pasiones
y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte
es el cuervo o el carancho;
si la peste amaga el rancho,
sobre el techo el buho está;
y meciéndose en las nubes,
y el desierto dominando,
las horas está cantando
el vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos,
pero alguna vez asoma
en la cumbre de una loma
que se alcanza a divisar,
el Ombú solemne, aislado,
de gallarda, airosa planta,
que a las nubes se levanta
como faro de aquel mar.

¡El Ombú! Ninguno sabe
en qué tiempo ni qué mano
en el centro de aquel llano
su semilla derramó.

Mas su tronco tan ñudoso,
su corteza tan roída,
bien indican que su vida
cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrama
su raíz sobre la tierra,
y sus dientes allí entierra
y se afirma con afán,
parece que alguien le dijo
cuando se alzaba altanero:
«—Ten cuidado del Pampero,
que es tremendo su huracán».

Puesto en medio del desierto,
el Ombú, como un amigo,
presta a todos el abrigo
de sus ramas con amor;
hace techo de sus hojas,
que no filtra el aguacero,
y a su sombra el sol de Enero
templa el rayo abrasador.

Cual museo de la Pampa,
muchas razas él cobija:
la rastrera lagartija
hace cuevas a su pie;
todo pájaro hace nido
del gigante en la cabeza;
y un enjambre en su corteza
de insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo
de rubí, topacio y oro,
de allí sube a Dios el coro
que le entona al despertar
esa Pampa, misteriosa
todavía para el hombre,
que a una raza da su nombre
que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
que en las llanuras se oculta,
hasta la porción más culta
de la humana sociedad,
como un linde está la Pampa
sus dominios dividiendo,
que va el bárbaro cediendo
palmo a palmo a la ciudad.

Y el rasgo más prominente
de esa tierra donde mora
el salvaje que no adora
otro dios que el *Valichú*,
que en *chamal* y *poncho* envuelto,
con los *laques* en la mano
va sembrando por el llano
mudo horror, es el Ombú.
¡Cuánta escena vió en silencio!
¡Cuántas voces ha escuchado,
que en sus hojas ha guardado
con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
su quietud ha interrumpido;
a su pie se ha combatido
por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
grabadas con el cuchillo,
quizás por algún caudillo
que a los indios venció allí;
por uno de esos valientes
dignos de fama y de gloria,
y que no dejan memoria
porque nacieron aquí...!

A su sombra melancólica
en una noche serena,
amorosa cantilena
tal vez un *gaucho* cantó;
y tan tierna su guitarra
acompañó sus congojas,
que el Ombú, de entre sus hojas,
tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
el señor de aquella tierra,
de su ganado la hierra
presencia alegre tal vez;
o tomando el *matecito*,
bajo sus ramos frondosos,
pone paz a dos esposos,
o en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes,
haciendo círculo al fuego,
los que van a salir luego
a correr el avestruz. . .
Y quizá para recuerdo
de que allí murió un cristiano,
levantó piadosa mano,
bajo su copa, una cruz,

Y si en pos de amarga ausencia
vuelve el gaucho a su partido,
echa penas al olvido
cuando alcanza a divisar
el Ombú solemne, aislado,
de gallarda, hermosa planta,
que a las nubes se levanta
como faro de aquel mar.

Nenia

(Carlos Guido y Spano)

En idioma guaraní,
una joven paraguaya,
tiernas endechas ensaya,
cantando en el arpa así,
en idioma guaraní:

¡Llora, llora, urutaú,
en las ramas del yatay ;
ya no existe el Paraguay,
donde nací, como tú!
¡Llora, llora, urutaú!

En el dulce Lambaré
feliz era en mi cabaña;
vino la guerra, y su saña
no ha dejado nada en pie
en el dulce Lambaré.

Padre, madre, hermanos, ¡ay!
todo en el mundo he perdido;
en mi corazón partido
sólo amargas penas hay;
padre, madre, hermanos, ¡ay!

De un verde ubirapitá,
mi novio, que combatió
como un héroe en el Timbó,
al pie sepultado está;
de un verde ubirapitá.

Rasgado el blanco tipoy
tengo en señal de mi duelo,
¡y en aquel sagrado suelo
de rodillas siempre estoy,
rasgado el blanco tipoy!

Lo mataron los cambá,
no pudiéndolo rendir;
él fué el último en salir
de Curuzú y Humaitá;
¡lo mataron los cambá!

¿Por qué, cielos, no morí
cuando me estrechó triunfante
entre sus brazos mi amante
después de Curupaití?
¿Por qué, cielos, no morí?

¡Llora, llora, urutaú,
en las ramas del yatay;
ya no existe el Paraguay,
donde nací, como tú!
¡Llora, llora, urutaú!

Estrofas

(Calixto Oyuela)

Hoy que al ocaso, de vapor cubier-
[ta,
Mi existencia declina,
Y con luz crepuscular, incierta,
Melancólicamente se ilumina;

Y al descender de la luciente cum-
[bre,
En el tenaz recuerdo
De cuanto fuí y amé, tiniebla o lum-
[bre,
Meditabundo con afán me pierdo:

A ti, dulce y divina poesía,
Con más vivo embeleso
Consagro mi ferviente idolatría,
Y aun sueño recibir tu augusto beso.

No en ti me halaga el primoroso
[manto,
Ni las pomposas galas,
Que ofrecen, no vigor, sino quebranto
Al soberano impulso de tus alas.

¡A mí la ardiente voz, íntimo
[acento
Con que sueñas, o lloras;
El vuelo que te eleva al firmamento,
La luz triunfal con que las cumbres
[doras!

¡Yo amo la inspiración celeste y
[pura,
De rayos coronada,
Que derramó en el mundo la hermo-
[sura,
Reflejo de tu olímpica mirada!

Es tu raudal emanación gloriosa,
Corriente siempre nueva,
Que rodando serena o tempestuosa,
Sonido de alma entre sus ondas lleva.

¡No desdeñosa del mortal te alejes!
Sus míseros empeños
Huyen del áureo estambre con que [tejes
El misterioso encaje de tus sueños

¡Benigna acoge mi modesta ofren- [da,
Y los hondos anhelos
Con que contemplo arder desde mi [tienda
Astros sin fin en tus inmensos cielos!

Y cuando llegue el término pres- [crito,
Y del mundo me ausente,
Oyendo en ti el rumor de lo infinito,
Brille la eternidad sobre mi frente.

La selva misionera

(Leopoldo Lugones)

Las enredaderas cuelgan en desorden como los cables de un navío desarbolado, formando hamacas y trapecios a la azorada versatilidad de los monos; pues todo es entrar libremente el sol en la maraña, y poblarse ésta de salvajes habitantes.

Abundan entonces los frutos, y en su busca vienen a rondar, al pie de los árboles, el pecarí porcino, la avizora paca, el agutí de carne negra y sabrosa, el tatú, bajo su coraza invulnerable; y como ellos son cebo a su vez, acuden sobre su rastro el puma, el gato montés elegante y pintoresco, el aguará en piel de lobo, cuando no el jaguar, que a todos ahuyenta con su sanguinaria tiranía.

Bandadas de loros policromos y estridentes se abaten sobre algún naranjo extraviado entre la inculta arboleda; soberbios colibríes zumban entre los azahares, que a porfía compiten con los frutos maduros; jilgueros y cardenales cantan por allá cerca; algún tucán precipita su oblicuo vuelo, alto el pico enorme, en que resplandece el anaranjado más bello; el negro *yacutoro* muge, inflando su garganta, que adorna roja guirindola; y, en la espesura, amada de las tórtolas, lanza el pájaro-campana su sonoro tañido.

Hay en las cercanías un arroyo, y no faltarán los capivaras, las nutrias, el tapir, que al menor amago se dispara como una bala de cañón por entre los matorrales, hasta azotarse en la onda salvadora; el venado nadador esbelto. Cloqueará con carcajada metálica la chuña anunciadora de tormentas; silbarán en los descampados las perdices, y más de un yacaré soñoliento y glotón sentará sus reales en el próximo estero.

En el suelo fangoso brotarán los helechos, cuyas elegantes palmas alcanzan metro y medio de desarrollo, ora alzándose de la tierra, ora encorvándose al extremo de su tronco arborescente, con una simetría de quitasol. Tréboles enormes multiplicarán sus florecillas de lila delicado; y la ortiga gigante, cuyas fibras dan seda, alzará hasta cinco metros su espinoso tallo, que arroja a la punción un chorro de agua fresca.

Por los faldeos y cimas, la vegetación arbórea alcanza su plenitud en los cedros, urundayes y timbóes gigantescos. El follaje es de una frescura deliciosa, sobre todo en las riberas, donde forma un verdadero muro de altura uniforme y verdor sombrío, que acentúa su aspecto de seto hortense, sobre el cual destacan las tacuaras su panoja, en penachos de felpa amarillenta, que alcanzan ocho metros de elevación; descollando por su elegancia, entre todos esos árboles ya tan bellos, el más clásico de la región: la planta de la hierba, semejante a un altivo jazminero.

Los Heroes

(Leopoldo Lugones)

Galopan en la llama de oro del sol naciente,
son cuatro mil bravuras en un solo torrente.
Son los libertadores. La montaña los mira
con un sombrío ceño de sobresalto y de ira
vibrando en el sonoro temblor de sus peñascos.
Sobre los pedernales riegan chispas los cascos
que la espuela apresura. Los sables echan llamas.
El aire de las cumbres silba en las oriflamas
erizando cabellos y revolviendo crines.
Resuellan las gargantas de oro de los clarines.
A trechos, un caballo cuyo brío estrepita,
sobre la mancha roja del alba se encabrita.
Relinchan las narices, piafan los corazones,
como un huracán negro suben los escuadrones.
Aquel viento de cóleras cuelga sobre el abismo
Los héroes atraviesan una nube. Lo mismo
que una faja de guerra se envuelve en sus cinturas
ese vapor, pues miden tanto sus estaturas,

que aún se ven las espuelas de la hueste que sube
cuando ya los penachos flotan sobre la nube.
Sus pulmones respiran flameantes desahogos.
Si Dios tiene jaurías, así serán sus dogos.
Nada ven; mas acaso guardando el contrafuerte
de la opuesta ladera, los espía la muerte
y á este presagio, vuélvese el asalto bravío
sombríamente mudo, pues nada hay más sombrío
que esos grandes silencios de almas sobre las cimas.
Ya han dejado a sus plantas flores, lluvias y climas,
y sólo entre las claras nieves del firmamento
con un tremor de orquesta les acompaña el viento
La cumbre sube tanto por los éteres vagos,
que sus árboles viéndose tan lejos de los lagos,
reflejan sus ramajes en el azul del cielo.
Y cuando las tinieblas dejan caer su velo
sobre los viejos troncos que hacharon las centellas;
tan cerca de las copas fulguran las estrellas,
que parecen, borrando todo humano vestigio,
el rocío de aquellos árboles de prodigio.
En tanto que la hueste sube por las laderas,
un solemne silencio cae de las banderas.
El soplo de las nieves sobre las carnes vibra
como un filo de acero, pero ninguna fibra
se estremece, pues fieros en su obstinado brío,
prefieren la muerte a temblar—aun de frío!
El sol escolta aquella bravura. Unos tras otros
cruzan los paladines. Los pechos de sus potros
sumérgense en la pálida inmensidad celeste.
Diríase mirando la ascensión de la hueste,
que esos jinetes, sombras de un huracán de guerra,
al darse con los vértigos donde acaba la tierra,
espoleando fantásticas bestias de cataclismo
van a cruzar a nado los golfos del abismo.
En ese instante el drama tiene una peripecia,
bajo el pliegue del viento que sordamente arrecia,
aparece una línea de alas negras. La cumbre
sobre la cual despunta el sol flechas de lumbre,

al mirar ese enjambre que sube en la mañana
rompiendo el ígneo copo de una nube lejana,
como un tropel de proas, que esfumado en la bruma
revienta la onda en una soberbia flor de espuma
se estremece sintiendo maternal sobresalto.
«Ya están aquí los cóndores», dice. La hueste hace alto
para verlos. Son reyes; son verdugos; sus zarpas
asesinan; sus plumas vibran cual sordas arpas;
tienen el ala siendo la fiera; cuando acecha
su mirada, en el arco de los cielos es flecha;
huelen la guerra: el vuelo de sus alas potentes
como ancho estandarte cubre los continentes.
Cuando aparece el cóndor la gloria está cercana.
Los pájaros oyendo la invocadora diana,
que dieron los clarines en el alba, han venido
para ver, olvidando las tibiezas del nido.
Y a tal altura encuentran a los héroes, que cuando
se contempla los cerros que a sus pies van quedando
parece que asombrados de tantas maravillas
todos aquellos montes se han puesto de rodillas.

El nido ausente

(Leopoldo Lugones)

Sólo ha quedado en la rama
un poco de paja mustia,
y en la arboleda la angustia
de un pájaro fiel que llama.

Cielo arriba y senda abajo,
no halla tregua a su dolor,
y se pára en cada gajo
preguntando por su amor.

Ya remonta con su queja,
ya pía por el camino
donde deja en el espino
su blanda lana la oveja.

¡Pobre pájaro afligido
que sólo sabe cantar,
y cantando llora el nido
que ya nunca ha de encontrar!

El Obrero

(Alfonsina Storni)

Me volví a él; sobre su hombro puse
la mano mía: dulce la mirada,
y la voz dulce, dije lentamente:
—¿Por qué esa frase a mí? Yo soy tu
[hermana.

Era fuerte el obrero, y por su boca
que se hubo puesto, sin quererlo,
[blanda,
como una flor que vence las espinas
asomó, dulce y tímida, su alma.

La gente que pasaba por las calles
nos vió a los dos, las manos enlaza
[da
en un solo perdón, en una sola
como infinita comprensión humana

La leyenda de Oberá

(de Blasón de plata)

(Ricardo Rojas)

Era Oberá, más que cacique, encarnación mesiánica de las potencias indígenas. Como Cristo, se decía hijo de Dios, y se le creía nacido de una madre virgen. Juzgábase venido para devolver a la primera estirpe argentina su territorio, sus dioses, su libertad. Acaso conociera, por otros indios sometidos, el dogma que los invasores predicaban, pues algo de aquellos dogmas animaba su propia predicación. Aunque miembro de la nobleza local más que un emperador, era un pontífice de su pueblo. Numen de la raza, él no guerreaba: tocaba a su hijo Guizaró realizar los designios y vaticinios del padre.

Tanta era la fe con que su pueblo le obedecía, que todos los ecos de las invasiones llegaban hasta la choza oracular. Oberá los oía, y consultados los astros, pronunciaba el consejo. Pero he aquí que un día, después de tantas muertes y despojos perpetrados en la patria por el hombre extranjero, cambió de revelación el arúspice: un cometa apareciera en el cielo, y su luz ordenaba la expulsión de los invasores. Oberá llamó entonces a Tapuy

Guazú, el más poderoso de los caciques adictos, y mostrándole el augurio celeste, le envió a reunir los jefes en la asamblea tradicional, a fin de que concertaran la guerra.

Los jefes se reunieron a la ribera del río natal. La noche era trágica sobre los bosques y las aguas. Las constelaciones familiares parecían lividecer ante el astro fatídico, cuya caída cortaba con un trazo purpúreo la soledad de la noche. Inmenso ante ella, apareció el gran sacerdote con su corona de cuero y de plumas, en la diestra su báculo decorado con uñas de tigre. Acompañábale Guizaró, su hijo, quien traía en la mano un signo alto y nuevo, tomado acaso a los extranjeros en una lucha anterior. Rodeaban a Oberá los más poderosos jefes, entre ellos Ibiriyú, tatuados el rostro fiero y el pecho nervudo; Urambia, anciano ya, que había conquistado el cacicato por su juvenil elocuencia; Curemó, con el cuello ceñido por un collar de dientes humanos, emblema de su bravura; Tanumbonó, cuya voz era rotunda como su nombre; Cuyopey, tan dispuesto siempre a la guerra, que acostumbraba a venir a estas convocatorias ya apercibido de sus armas, Yaguatatí, diestro por igual en el manejo de la lanza o en el disparo de la flecha; y otros menos ilustres, y la muchedumbre turbulenta como el río natal, engrandecidos todos por el vasto misterio nocturno, en aquel escenario de silencio que las selvas circundantes abrían... Oberá proclamó la orden del cielo, les prometió su ayuda omnipotente; y mostróles en manos de Guizaró el signo nuevo, que era una cruz hecha de lanzas truncas, a cuya advocación debían luchar.

Capitaneaba entonces la conquista del Plata don Juan de Garay, quien, sabedor de esta concentración guaraní, previno a Villa Rica y la Guayra, y él partió personalmente, con 130 hombres de caballería, a instalar su castro en las riberas del Ipané, sitio estratégico para defender la Asunción por el norte. Entonces aparecieron en el real castellano los dos indios Pitum y Corazí, que venían en nombre de Oberá para retar a duelo singular a dos españoles. Ambos eran ágiles y fornidos; lucían por todo adorno sendos botones de cuerno incrustados en el mentón; y venían armados de lanzas, arcos y bolas. No intimidó todo esto a los soldados Enciso y Espeluca, quienes obtuvieron permiso de Garay para salir a justar con ellos. Ambos españoles se presentaron al campo armados con su rodela y su sable. El encuentro fué una doble proeza de coraje y de saña; pero, fuese la diferencia de las armas o el mayor denuedo de los castellanos, éstos resultaron vencedores. Pitum acometiera a Enciso, pero éste le quebró con el sable el dardo, mientras Corazí desplomaba a Espeluca, botando sobre él su lanza. Al fin, tajeada la

mejilla del uno y cortado el brazo del otro, ambos indios huyeron hasta llegar a su campamento, donde los dos se presentaron vestidos de sangre.

El valor que probaban semejantes mutilaciones no les valió de excusa a los ojos del fiero Tapuy Guazú, quien mandó encender una pira, y ante su pueblo armado, el cuerpo de los héroes, rojo de sangre, fué reducido a cenizas.

Los caciques reunidos en asamblea decidieron entonces la invasión en masa. Sólo el prudente Urambia se opuso entre ellos a la guerra invocando la superioridad de los cristianos y los signos que en otros pueblos habían augurado a los hechiceros la inevitable derrota. Oberá recordó entonces su origen divino y su misión salvadora, prometiendo a las tribus los auxilios de la tierra y del cielo. Sabedor de ello Garay, marchó al Norte de Ipané con propósito de cortar el paso a ejércitos que venían en auxilio de Oberá. Vencidos éstos, arrasó cuatro pueblos indígenas a degüello y a incendio, y contramarchó hacia el Sur a dar la batalla decisiva con los ejércitos del Paraguay y Paraná, confederados bajo el nombre resplandeciente de Oberá. Pocas batallas hubo en la historia de nuestra conquista más regadas de sangre, y más glorificadas de heroísmo. Juan de Garay, él mismo, combatía como un cruzado. Guizaró quedó en el entrevero del campo, herido por un tiro de arcabuz. El diestro Guayatatí, perseguido por Martín de Valderrama y Juan de Osuna, prefirió suicidarse, clavándose en el corazón su propio dardo.

La cruz de los indios fué rescatada. Las tribus, derrotadas y sin jefes, abandonaron en tropel la batalla, y los españoles quedaron victoriosos, aunque en vano buscaron a Oberá, que desertó de su santuario y se internó fugitivo en los montes.

Cumplido el trágico vaticinio de Urambia, tal vez el libertador, que se decía hijo de un Dios y de una Virgen, murió como Yaguatatí o se arrojó sin esperanzas en las aguas del Paraná...

La caridad de las damas argentinas

(Belisario Roldán)

¡Madres que habéis visto a vuestros hijos llorar por un capricho, derramando lágrimas verdaderas que rodaban por el carmín de las mejillas: pensad que hay niños que lloran porque tienen frío, porque bajo el trapo precario vibra una siniestra trepidación de carnecitas; pensad que hay niños que lloran porque tienen hambre, porque en la desolación del cuartujo,

diez veces se abrieron sus labios pidiendo pan y otras tantas recibieron de la madre un sollozo por respuesta...; pensad que hay niños que lloran porque sienten la nostalgia de una caricia, de un beso, de un arrullo, de un regazo; pensad que hay niños que lloran porque una noche han comprendido que están solos en el mundo...! Ah, caridad, santa caridad, ala eucarística que se abate desde un plano invisible para poner un poco de Dios sobre la tierra: desciende hasta la enorme caravana pequeña y pálida; llegue sin intervalos tu caricia a todo el lote de las almas en embrión, y que suframos solos los hombres..., que no sufran los niños, al menos porque no debe nevar en primavera.

Niños pobres: Interminable caravana pequeña y pálida, caritas donde la vida ha labrado livideces prematuras; almas que se están forjando en el dolor; cuerpos débiles que tiritan bajo la injuria del harapo; pequeños pies descalzos, grandes ojos húmedos; hermanos de Coseta, niños pobres: para vosotros ésta ceremonia...; para vosotros un poco de pan, un poco de abrigo, un poco de alegría; para vosotros también todas las lágrimas que acaban de derramar todas las madres... Orad por ellas: quieren ir hacia vosotros en una sacrosanta teoría de ternuras; pedid a vuestro Dios que las bendiga, porque ved si son madres: quieren daros escuelas, talleres, hospitales y asilos, asilos donde hallaréis como un remedo del amor maternal que ellas derraman a raudales sobre sus hijos...

Y vosotras, señoras, seguid en el noble empeño. Persuadíos de que la caridad es no sólo un sentimiento, sino también un arte, acaso una ciencia. Ejercitadla artísticamente.

Obstinaos sobre todo, en ser eficaces; y así como en la leyenda árabe brotaban flores al paso del hada hasta en el peñascal más abrupto, que a vuestro paso por los páramos del desamparo, florezcan esperanzas y sonrisas...; seguid en este santo apostolado de mujeres y de madres y pensad que, cuando vuestra presencia ilumina la doliente desnudez del patio pobre, esos infelices creen ver el cielo reflejado en la pupila bienhechora; pensad que, cuando vuestros dedos divinizados por el contacto espiritual con el Nazareno, se adelantan a restañar heridas tales, es que en aquel momento, Dios mismo se está asomando al mundo, pensad, en fin, que un día subirá hasta vuestros hogares, como un solemne susurro de olas mansas, la oración de los niños, de los niños, que cuando se arrodillan, unidas las manecitas en el supremo fervor de la plegaria cristiana, parece que en el espacio se tendiera un arco de luz entre los ángeles de Aquél y los que desde aquí, desde el valle, reviven en su ingenuo balbuceo el formidable alegato de Carlitos

La Silla que ahora nadie ocupa

(Evaristo Carriego)

Con la vista clavada sobre la copa
Se halla abstraído el padre desde hace rato:
Pocos momentos hace rechazó el plato
Del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo casi furtivamente,
Llega en silencio alguna que otra mirada
Hasta la vieja silla desocupada
Que alguien de olvidadizo, colocó en frente.

Y, mientras se ensombrecen todas las caras,
Cesa de pronto el ruido de las cucharas;
Porque insistentemente, como empujado

Por esa idea fija que no se va,
El menor de los chicos ha preguntado
Cuándo será el regreso de la mamá.

Un Viejo

(Fernández Moreno)

Junto a sus muchos años
florecía mi infancia,
como al pie de un gran roble
una florcita blanca.

Aun veo su figura,
trataré de evocarla.

Perfectamente limpia
la vestimenta parda;
los zapatos holgados
y la boina ajustada.
El pelo blanco y corto,
rasurada la barba,
los ojillos muy vivos,
voluntariosas las quijadas,
mucha vida interior
y parco en las palabras.

Muy hombre de su hogar,
cenaba y se acostaba.
¡Nunca le viera el sol

olgándose en la cama!
Los domingos, la iglesia,
el Concejo, en la plaza.
Tal partida de bolos,
e más, si se cuadraba.

Era entendido en todo:
ardinero en su casa,
abrador en los campos,
astor en la montaña.
Era su hacienda mucha,
mas siempre trabajaba.
Conocía al dedillo
as hierbas que sanaban,
componía huesos
or ciencia no estudiada.
Era la fortaleza
unada con la maña,
si daba consejo,
n su boca delgada
evolaba una abeja
era entonces la gracia.

Nunca quiso apartarse
le su casona aldeana;
amaba demasiado
aquellas piedras agrias,
aquellos ríos broncos,
aquellas nieves cándidas,
los altos trigos rubios,
las eras de esmeralda...

Pastor y labrador
a la manera hidalga,
herbolario, algebrista,
fué padre y patriarca.
Nació, vivió, murió
dentro de un pueblo y dentro de una
[raza.

De aquella piedra enorme,
de aquella encina magna,
voláronse los hijos
a tierras ignoradas.

De la paterna fuerza,
de su energía estática,
para andar por la vida
ellos se hicieron alas.

Batalla de San Lorenzo

(Hugo Wast)

Tres, cinco, diez segundos, nada más, pero que nos parecieron un etero relámpago, y al fin el crujido seco de los sables y la más espantosa carnicería que hayan visto los ojos de un hombre.

Ha habido en la historia tan grandes batallas que hacen palidecer la memoria de aquel combate. Pero eso ocurre solamente en la imaginación e los que no lo presenciaron y no lo conocen sino por la fría narración de us cronistas. Mas para los que saboreamos la trágica embriaguez de ver ecidirse la suerte de toda una campaña y de una tropa brillante y valerosa

y de una escuadrilla de cien cañones, en tres minutos escasos, nada hay com parable a esa visión.

Cayeron los sables de los granaderos, que habían brillado al sol, mos trando el pulido de la hoja, y se alzaron de nuevo sucios de sangre, y volvie ron a caer, y ondularon las filas de los realistas, como las cañas bajo el hu racán.

Vimos la gran figura de San Martín, y a pocos pasos de él al capitá Zavaleta que llevaba de asistente al sargento Chaparro. Las espadas de lo jefes permanecieron limpias porque eran para mandar o defenderse, pero e sable de Chaparro, ¡Santo Dios! ¡qué destrozos hizo!

Una bala hirió el caballo de San Martín. El animal se encabritó y lueg rodó fulminado. No pudimos contener un grito y creció el espanto cuand vimos a Zabala, el jefe español, con sus barbas de león, abrirse paso por en tre las filas de sus propios soldados y correr a batirse mano a mano con e jefe patriota, a cuyo alrededor se había producido un espantoso tumulto.

San Martín levantóse de nuevo y saltó sobre el caballo que le ofrecía un granadero, y el capitán Zabala, que lo buscaba, enfurecido y magnífico para decidir de una lucha singular la suerte de la batalla, se encontró co la punta del sable de Chaparro, que se le hundió en la garganta, y el jef realista cayó a su vez, para no levantarse sino en brazos de sus soldados cuyos clarines y tambores empezaron a tocar retirada.

Aquello fué la obra del rayo, y ciertamente no mediaron cinco minutos entre la aparición de los granaderos junto a las tapias del convento y e toque de retirada, que significaba la derrota.

Tres veces más se repitió la carga de los granaderos sobre el cuadro español, deshecho y en fuga. El campo quedó sembrado de muertos y heri dos y los botes se llenaron de fugitivos, y al atracar el que traía a bordo a capitán Zabala gravemente herido, se izó en el mástil una bandera blanca.

La Gloria de Don Ramiro

(Enrique Larreta)

Santa Rosa de Lima

En el Perú, en el año 1605, en la ciudad de los Reyes. En una noche de fines de octubre. La ciudad duerme bajo el brillo de las constelaciones y seis campanarios se levantan, aquí y allá, más obscuros que la sombra. Lu-

iérnagas y cocuyos enciéndense a millares encima de los huertos y atravie-an los árboles tenebrosos. El húmedo ambiente está henchido de perfumes, óyese, como en la quietud de los campos, el concierto de los grillos y las anas, sólo entrecortado por la voz de los serenos o los pasos de algún tras-ochador que vuelve de los garitos.

Poco a poco, soñolienta vislumbre enrojece en lo alto los cerros de San ristóbal y Amancaes. Una brisa sutil y lánguida llega del mar. Los ga-os no han cantado todavía.

No lejos de la Plaza Mayor, en el huertecillo de humilde vivienda, na mujer, cuya blanca vestidura parece relucir en la sombra, va y viene or los senderos cual inquieto fantasma. Es Rosa, la hija menor de Gaspar lores y María de Oliva. Todas las mañanas, antes de la salida del sol, junta iadosamente, en el jardín cultivado por ella, las flores que un instante espués ha de llevar a la Virgen del Rosario, en la vecina iglesia de Santo omingo.

Aun en las noches más oscuras sus pupilas reconocen las corolas mejor biertas, y parécele que todas claman hacia ella con místicas voces, anhe-osas de morir sobre la pureza de los altares.

Hacia el ángulo del huerto, la puertecita de encalada celda recorta n la obscuridad el dorado resplandor de un candil encendido. Es la ermi-a doméstica construída por Rosa para entregarse a la contemplación y la enitencia sin abandonar a sus padres y a sus hermanos.

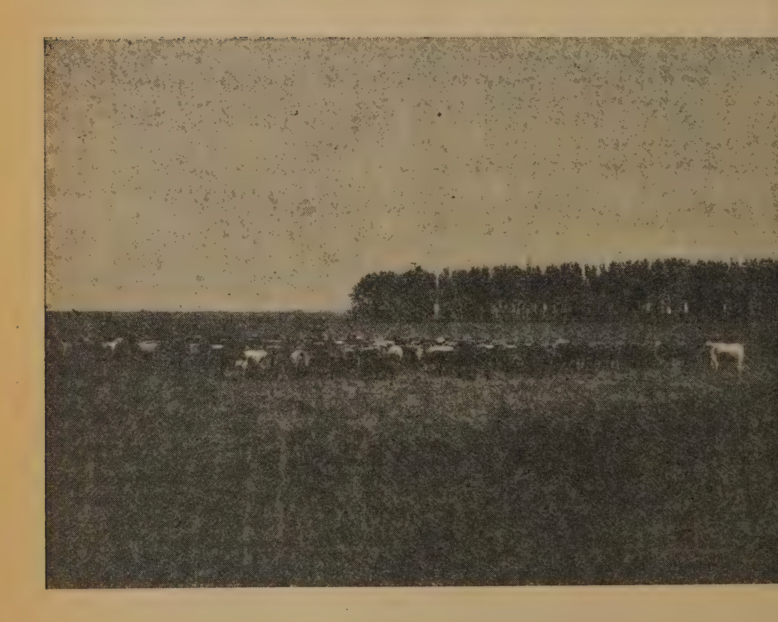
No ha escogido esa vida guiada por el remordimiento o los pesares. Ia nacido santa. Es milagrosa desde la cuna. Su primer aliento difundió n su morada un hálito del Paraíso. Es el lirio conventual, bendecido por ios en la tierra y en la simiente. Diríase que los ángeles mueven y aderezan odo lo que ella pone bajo su intento. Las personas que la visitan advierten laridades y frescuras de otra vida en torno de su persona; y, de noche e la reconoce en las más obscuras estancias por la misteriosa luz que des-renden sus cabellos.

Un alto en la ruta

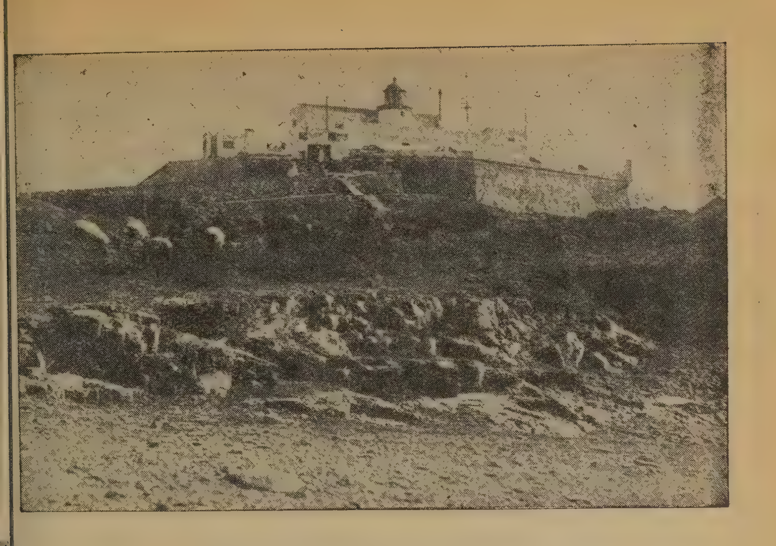
(Manuel Gálvez)

La casa está en la loma. Va debajo el camino.
Marzo en el valle luce verdor alegre y suave.
Desciende entre barrancas encajonado el río.

Las casitas dispersas muestran sus arquerías
coloniales. Algunos cerros son blanquecinos;
los lejanos, azules. En la vastedad suena
la diana de una banda militar. Sobre el filo
de las cumbres cercanas, unos árboles peinan
las nubes, que parecen vellones corderinos.
Zahuman el ambiente limas y chirimoyas.
Pasan por el sendero, montadas en burritos,
mujeres de la raza nativa. El sol fenece.
Se siente el alma nueva; lo antiguo va al olvido.
¡Vivir aquí! Mas desde niño, ignorando el mundo...
¡Si uno a veces pudiera dejar de ser el mismo!



En la pampa



Montev'deo.—Fortaleza del cerro

URUGUAY

Epoca Revolucionaria (1810-1830)

Montevideo no fué fundada hasta muy entrado el siglo VIII; en menos de un siglo la vida colonial no pudo dar ocaón al florecimiento de la bella literatura, pero dió sus frutos en s primeros años de la vida independiente.

Junto a sus muros, entre los guerrilleros de los prolongados tios, fué donde se inició y desarrolló vigorosamente la poesía uchesca, cuyo primer representante de renombre, verdadero eador del género, fué Bartolomé Hidalgo.

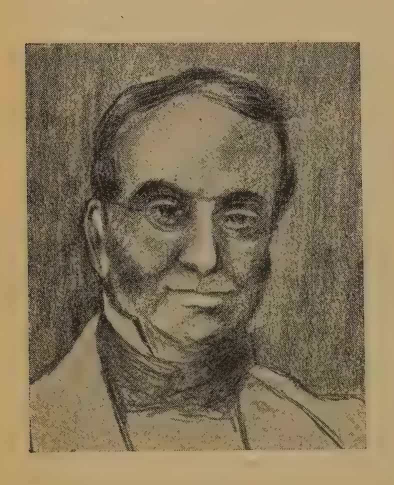
El primer poeta culto que aparece con algún relieve es osé Prego de Oliver, ya citado en la literatura argentina, ue escribía versos según el gusto de la época desde fines del

siglo XVIII, y es autor de una elegía de estilo académico sobr
la muerte heroica de *Abreu* en la lucha con los ingleses.

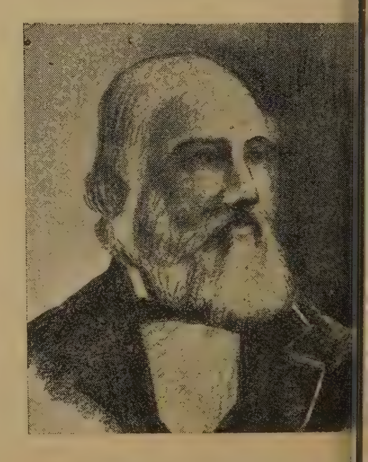
El presbítero Juan Francisco Martínez compuso en 1806 un drama d
corte clásico y en verso: *La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengad*
que, a pesar de su escaso mérito literario, fué representada con gran éxit
por celebrar el reciente triunfo de las tropas de Montevideo sobre los in
gleses en la reconquista de Buenos Aires.

En la literatura erudita, y dentro de la escuela clásica de l
época, la primera y notabilísima figura es:

Francisco Acuña de Figueroa (1790-1862), poeta d
extraordinaria fecundidad y de una fecundia proverbial, con qu
durante medio siglo cantó todos los acontecimientos, y cultiv
los más variados géneros, distinguiéndose de un modo especia
en la poesía ligera y de circunstancias, y singularmente en l
gracia y donaire de sus innumerables epigramas y en las *Toraida*



Francisco Acuña de Figueroa



Alejandro Margariños Cervantes

género creado por él, y que consiste en descripciones pintorescas, humorísticas y satíricas de las corridas de toros. Entre las de circunstancias es muy interesante su *Diario del sitio de Montevideo;* y entre sus composiciones serias, la elegía a *Montevideo en amargura* y las tituladas *La madre africana* y *Gemidos del dolor*. Acuña de Figueroa es autor del vibrante y robusto *himno nacional del Uruguay*.

Epoca Romántica (1830-1878)

Poesía

Alejandro Magariños Cervantes (1825-1893) es otra de las más venerables figuras de la literatura uruguaya por la influencia que ejerció durante largos años sobre la juventud de su época como rector de la Universiadad de Montevideo, por la gran fecundidad en todo género de composiciones y por su acendrado patriotismo.

Sin ser un poeta de alto vuelo, tienen gran mérito para su época el poema *Celiar*, la novela histórica *Caramurú*, sus *Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata*, y sus colecciones de poesías *Palmas y Ombúes*, *Brisas del Plata*, *Veladas de invierno*, *Horas de melancolía*, etc.

Adolfo Berro (1819-1841), muerto en la flor de los años, dejó escritas algunas poesías románticas llenas de inspiración y suave melancolía.

Juan Carlos Gómez (1820-1892) continuó la escuela romántica, influenciado por los desterrados argentinos. Poeta sentimental y filosófico, de armoniosa forma, es más célebre por sus notables escritos de controversia sobre cuestiones políticas y jurídicas.

Melchor Pacheco y Obes (1809-1851), orador de gran aliento, fué también un poeta romántico de hondo sujetivismo.

Pedro Pablo Bermúdez (1916-1860) debe su fama de poeta a su drama *El charrúa*, que fué representado con gran éxito, y su robusta poesía del

mismo nombre, en que en lenguaje algo incorrecto, pero lleno de vigor hace una soberbia descripción de la raza indígena.

El presidente *Bernardo Berro* (1800-1868), a pesar del ambiente romántico en que vivió, fué poeta de corte clásico, el mejor quizá de su tiempo, como pone de manifiesto su inspirada y sentida *Epístola a Doricio*, escrita en bien torneados tercetos y lenguaje castizo.

Aurelio Berro (1834-1911) pertenece igualmente a la escuela clásica Su *Canto al monumento de la Independencia*, premiado al inaugurarse este en la Florida, es un modelo en su género.

Historia

La historia se inicia con algunos escritos del presbítero *Dámaso Larrañaga* (1771-1848), vicario apostólico del Uruguay, hombre eruditísimo para su tiempo, naturalista eximio y orador de esmerada forma clásica; y con *Juan M. de la Sota*, autor del *Catecismo geográfico e histórico de la República*, publicado el año 1855.

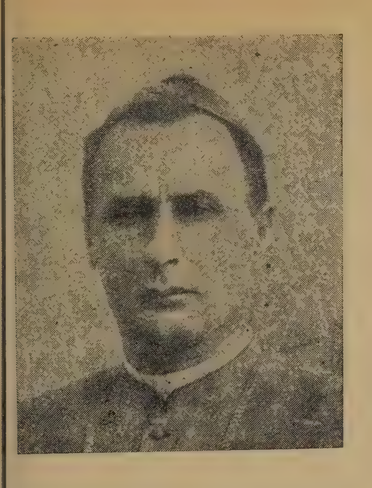
Andrés Lamas (1817-1891) es el primero que la cultiva científicamente, con prolija investigación de documentos, y en un estilo y con un criterio superior a su tiempo. (*El génesis de la revolución*, *Noticia histórica sobre el Uruguay*).

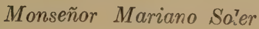
Isidoro de María (1815-1906) en forma sencilla, pero correcta, consignó con gran sinceridad sus recuerdos y los datos que le fué posible recoger de la tradición y de los documentos. Sus veinte volúmenes son un arsenal copioso sobre la colonia, la independencia y el sitio de Montevideo durante la Guerra Grande (1843-1852). (*Elementos de Historia del Uruguay*, *Anales de la defensa*, *Montevideo antiguo*, etc.).

Antonio Díaz (1818-1908) es autor de una *Historia de las Repúblicas del Plata* en doce volúmenes.

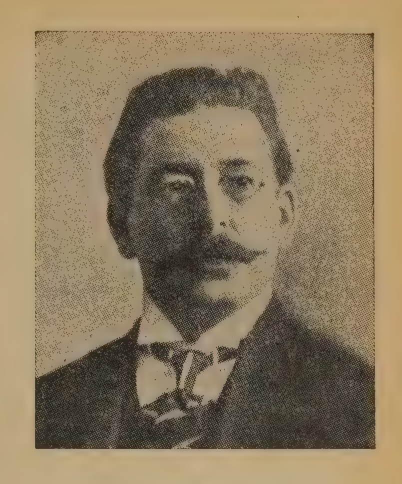
Francisco A. Berra en su *Bosquejo histórico del Uruguay* da a la historia forma más metódica y cuida más el estilo que el anterior.

Marcos Sastre (1809-1855), maestro en la Argentina, escribió allí en estilo flúido, ameno, algo rebuscado, una muy sentida y pintoresca descripción del delta del Paraná con el título de *Tempe Argentino*.





Monseñor Mariano Soler



José Enrique Rodó

Epoca Contemporánea desde (1878)

Didáctica

Además del ya citado Andrés Lamas, se distinguió notablemente como ensayista Pedro Bustamante (1824-1891), ilustre pensador y escritor eximio.

Monseñor Mariano Soler (1846-1908) primer arzobispo de Montevideo, es uno de los escritores más profundos y eruditos de América. Dotado de agudo talento, incansable laboriosidad y celo ardiente, nos legó en cien volúmenes el fruto de sus vastísimos conocimientos sobre teología, filosofía, historia, sociología, etnografía, ciencias naturales, etc. (*Teosofía*, *Viaje por los países bíblicos*, *La América precolombiana*, etc.).

José Enrique Rodó (1872-1917). Difícil será hallar en

América un escritor más castizo en el lenguaje y más artísticamente clásico en el estilo, a la manera de Fray Luis de León. Espíritu cultísimo, enamorado del ideal, predicó con irresistible atractivo la concordia y la tolerancia, pero sin adoptar ni bosquejar escuela alguna filosófica, contentándose con exhortar a una continua ascensión del alma hacia la verdad, la belleza y el bien. Aunque racionalista e influenciado por Renán, reconoce y admira la influencia bienhechora de Jesucristo y de la Iglesia Católica, hacia la cual lo atraía su indiscutible buena fe.

Sus principales obras, muy difundidas en toda América y aun en Europa, son *Ariel*, *Motivos de Proteo* y *el Mirador de Próspero*, en la que recopila algunos de sus notabilísimos estudios críticos.

Carlos Vaz Ferreira (1873), maestro de conferencias de la Universidad de Montevideo, ha consagrado grandes cualidades a estudios de pedagogía y filosofía; es en filosofía más bien investigador, erudito y crítico que creador o discípulo de determinada escuela, aunque sostuvo en su cátedra la de Spencer; en pedagogía ha tenido notables controversias defendiendo puntos de vista personales (*Moral para intelectuales*, *Lógica viva*, *Cuestiones escolares*).

Replicó a sus ideas filosóficas en *Anotaciones a la Lógica viva de Vaz Ferreira* el P. Antonio Castro S. J. (1867-1925) escritor cultísimo, filósofo y hombre de ciencia de gran solidez y amplia erudición.

En la *crítica de costumbres* sobresalió Daniel Muñoz (1850-1930) que con el seudónimo de *Sansón Carrasco*, publicó en la prensa artículos de gran humorismo y fina ironía, a las veces volteriana, en lenguaje castizo y un estilo original lleno de colorido y viveza.

Wáshington Bermúdez (1845-1913) poeta satírico y epigramático,

'arlos Maeso (1860-1912) y *Alfredo Varzi* (1874) se distinguieron como el nterior en artículos de costumbres locales.

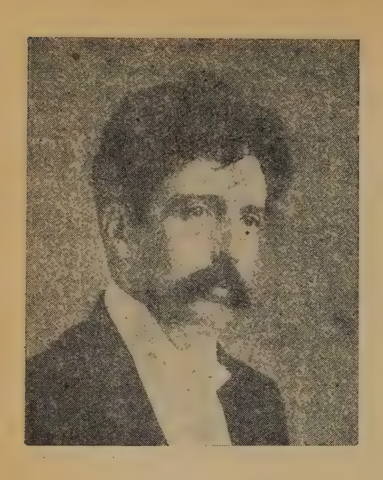
En la *crítica literaria*, los que más influencia han ejercido, generalmente enévola, pero acertada, han sido los grandes poetas *Carlos Roxlo, Sanuel Blixen* y *Víctor Pérez Petit*, el elegante y correcto prosista *Eduardo 'erreira*, el ya citado *José Enrique Rodó* y *Raúl Montero Bustamante;* os hermanos *Daniel Martínez Vigil* (1867), brillante orador y polemista, y *'arlos* (1870), erudito filólogo, educador y poeta de buen gusto; *Osvaldo 'rispo Acosta*, que con el seudónimo de *Lauxar* publicó en *Motivos de crítica ispano-americanos* profundos estudios biográficos y críticos sobre los prinipales escritores de América; *Alberto Nin Frías* (*Ensayos de crítica e histoia); Norberto Estrada* (*Nuestros novelistas, El Uruguay contemporáneo*); *Alerto Zum Felde*, poeta, periodista de ideas avanzadas, y sobre todo crítico le grandes cualidades (*Literatura uruguaya*); *Adolfo Agorio*, periodista nuy original, de gran energía y colorido; *Horacio Maldonado*, novelista, oeta, pensador de elegante estilo; *Gustavo Gallinal*, eximio orador, crítico ensayista de sólida y amplia cultura y castizo lenguaje (*Tierra española, 'rítica y arte, Letras uruguayas*); *José Luis Atuña*, profundo crítico y pensador, (*Israel contra el ángel, el Cántico*), el español *Antonio Soto*, humorista y articulista de costumbres etc.

Historia

Francisco Bauzá (1849-1899) uno de los más notables oradores del Uruguay, debe su justa celebridad a la *Historia de la Dominación Española en el Uruguay*, una de las mejores que se han escrito en América por la severa crítica de los hechos, el concepto filosófico, el método, y el lenguaje castizo y elegante.

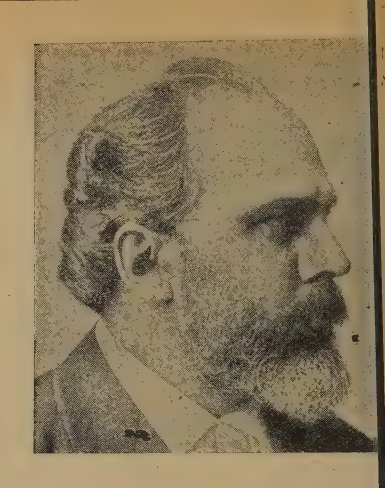
Justo Maeso con entrañable amor a su tierra y sus tradiciones, reivindicó en su obra *Artigas* la memoria del gran héroe uruguayo valiéndose de gran acopio de documentos y guiándose por un severo criterio histórico.

Carlos María Ramírez (1848-1898) notable publicista, orador y hombre público, escribió una obra semejante, inspirado por su acendrado patriotismo y agudo talento crítico.





Francisco Bauzá



Carlos María Ramírez

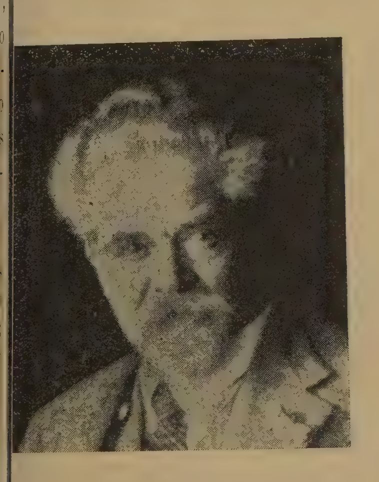
Raúl Montero Bustamante (1880) fecundo escritor; poeta inspirado, autor del vibrante *Canto a Lavalleja;* crítico benévolo, pero seguro y erudito (*Historia de la Literatura Uruguaya*); historiador laborioso y artista, que ha tenido el acierto de resucitar el pasado encarnando algunas épocas en prohombres representativos, cuya biografía le sirve de centro para describir el ambiente contemporáneo (*Ensayos*).

Entre otros escritores que se han consagrado a las investigaciones históricas, citaremos a *Víctor Arreguine* (*Hist. del Uruguay, Tiranos de América*, etc.); *Orestes Araújo* (*Hist. del Uruguay, Hist. de los Charrúas* etc.); *Luis Alberto de Herrera* (*La Tierra Charrúa, El Uruguay internacional* etc.); *Eduardo Acevedo* (*Historia económica del Uruguay, Manual de Historia uruguaya* etc.); *Hugo Barbagelata* (*Hombres de América, Páginas sudamericanas* etc.), el exaltado enemigo del cristianismo y la tradición, *Luis Melián Lafinur* (*La Historia y la leyenda); Mario Falcao Espalter*, brillante ensayista (*Del pensamiento a la pluma); Juan F. Sallaberry* S. J. notable inves-

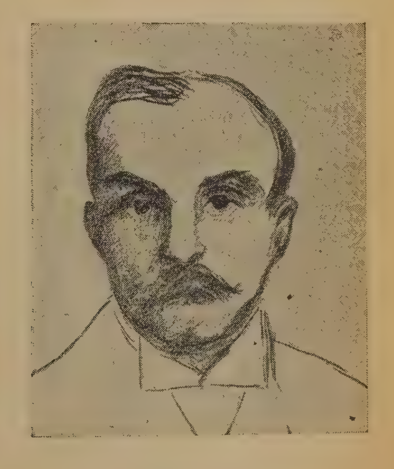
tigador y filósofo (*Los charrúas en Santa Fe*); *Pablo Blanco Acevedo, José Salgado, Gustavo Gallinal,* etc.

POESÍA

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN (1855). El crítico español Julio Cejador hace de él el juicio siguiente: «es el Bécquer americano, el poeta más intimamente lírico; pura, sincera y hondamente sentimental. Imitóle en sus primeras leyendas y en *Notas de un himno;* algo menos, merced al asunto, en *La Leyenda Patria*, donde, sin embargo, la historia no es más que una serie de motivos líricos para desahogar el poeta los sentimientos íntimos de su alma. *Tabaré*, su obra maestra, verdadera epopeya lírica o sentimental, digamos *epopeya elegíaca o becqueriana*, de América, donde no hay en su línea obra poética que le iguale, tiene por marco aquella naturaleza bravía, vistosa y ricamente pintada; por fondo, salvajes de verdad, no como los de Atala,



Juan Zorrilla de San Martín



Carlos Roxlo

y en plena acción conmovedora; y por forma poética, la natural y sencilla de Bécquer... Epopeya por cantar el fin de una raza, de la raza charrúa y del mundo americano, con elevación verdaderamente épica, lírica y elegíaca...».

Tabaré, hijo del cacique Caracé y de la cautiva española Magdalena, pierde a su madre siendo aún muy niño, pero conserva con religiosa vaguedad su recuerdo, y lo renueva vivamente al caer prisionero en San Salvador y encontrarse con Blanca, hermana del hidalgo español Don Gonzalo de Orgaz. El cacique Yamandú ataca de noche a San Salvador y rapta a Blanca: Tabaré la salva matando a Yamandú. Don Gonzalo, creyendo a Tabaré el raptor, lo atraviesa con su espada en el momento en que el heroico indio llega a San Salvador trayendo incólume a Blanca.

La Epopeya de Artigas, historia de los tiempos heroicos del Uruguay, escrita en forma de conferencias, es juzgada por otro crítico español, Angel Salcedo Ruiz, con las siguientes palabras: «es, a nuestro juicio, de los buenos libros originales, profundamente pensados y mejor escritos de que puede gloriarse nuestra lengua».

Sus obras recientes *El Sermón de la paz* y *El Libro de Ruth* son una serie de *ensayos* en forma amena sobre cuestiones filosóficas y jurídicas.

Rafael Fragueiro (1864-1914), poeta sentimental, de forma y estilo becqueriano, cantor de desengaños y pesimismos románticos, se dejó más tarde influenciar por la corriente modernista. (*Allegretto*, *Los Buitres*, *Recuerdos viejos* etc.).

Carlos Roxlo (1863-1927) es autor de una voluminosa *Historia crítica de la Literatura Uruguaya* en siete tomos, obra de gran aliento, vasta y variada erudición, algo excesiva y benévola, pero hay que tener en cuenta que su intención fué escribir una «*obra didáctica de carácter popular*»; de ahí que se extienda a veces en consideraciones estéticas, filosóficas y retóricas.

Su fama sin embargo va unida a su intensa y variada pro-ucción poética, que lo colocan entre los primeros del Uruguay aun de América. Es poeta intensamente nacional, enamorado e la naturaleza, costumbres, tradiciones y glorias de su patria; e gran fuerza objetiva, vivo colorido y armoniosa cadencia *Cantos de mi tierra, En los bosques, Flores de ceibo, El país del rébol* etc.).

Samuel Blixen (1868-1909) es el primer dramático de ran vuelo que floreció en el Uruguay, en el que introdujo el aturalismo. *Ajena* es un drama psicológico y pesimista, escrito ajo la influencia de Ibsen. En la comedia es ligero y delicado. *El Cuento del tío Marcelo, Otoño, Primavera, Verano, Invierno*).

Víctor Pérez Petit (1871) es de los más fecundos y va-iados escritores del Uruguay. Ha cultivado con éxito la crítica teraria (*Los modernistas*); la novela (*Gil*); la poesía parnasiana



en los sonetos de *Joyeles bárbaros;* el drama en todas sus forma (*Yorik*, tragedia, *La ley del hombre*, drama, *Claro de luna*, comedia *Cobarde* y *Rondalla*, dramas criollos etc.). Tanto en prosa com en verso es de estilo brillante y a menudo impregnado de acen tuado naturalismo.

ISMAEL CORTINAS (1884) ha obtenido grandes triunfos es cénicos con comedias de tendencia social y satírica (*La ros natural*, *Cosas de América*, etc.).

ALCIDES DE MARÍA, ELÍAS REGULES, OROSMÁN MORATORIO ANTONIO LUSSICH, NICOLÁS GRANADA y JOSÉ M.ª TRELLES (*E Viejo Pancho*) se distinguieron en la *poesía gauchesca*, ya ex puesta en capítulo anterior. Allí también se trató de los gran des dramaturgos FLORENCIO SÁNCHEZ y ERNESTO HERRERA.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA (1881-1925) fué gran poe-



María Eugenia Vaz Ferreira



Juana de Ibarbourou

tisa de acendrado buen gusto, forma sencilla y correctísima, que encierra un profundo sentimentalismo algo pesimista.

La malograda DELMIRA AGUSTINI, (+ 1914) derrochó altísimas dotes líricas en hondas y desgarradoras poesías, en que

ternan grandes audacias de sensualismo con vagas ansias de da superior.

JUANA DE IBARBOUROU (1895), más moderada y cándida en la esía pasional, es además una delicada escritora, enamorada del gar y de la naturaleza, que se ha distinguido sobremanera en poesía bucólica y familiar en canciones de un estro poético n natural, fresco y atrayente que en este terreno la colocan tre las más sinceras y amables poetisas.

LUISA LUISI, crítica de gran cultura y seguro criterio, se ha stinguido también en la poesía lírica.

Entre otras muchas poetisas de mérito que han seguido huella de las anteriores, han sobresalido MARÍA ELENA UÑOZ, inspirada idealista de tendencia mística (*Lejos*), QUEL SÁENZ, que en la *La almohada de los sueños* canta en gías íntimas los desengaños de la vida; MARÍA C. IZCUA DE UÑOZ que representa en su fecunda producción la poesía l hogar (*Antena de pájaros*).

EMILIO FRUGONI (1881) es igualmente poeta de gran rrección y armonía, cantor del socialismo y de la vida íntima *l eterno cantar*), y que últimamente ha imitado también la uela simbolista (*El mensaje de Mayo*). En *Poemas montevi- nos* celebra con gran variedad las bellezas y aspectos de la pital uruguaya.

En celebrar las reivindicaciones obreras con espíritu so- lista y forma declamatoria se distinguieron también ARMAN- VASSEUR y ANGEL FALCO.

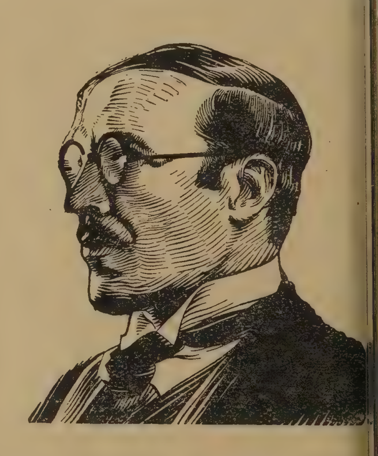
GUZMÁN PAPINI Y ZAS, como el anterior, fué primero poeta de an colorido y sensualismo, (*Himno al 19 de Abril, Mi Uruguaya* .), más tarde modernista, cediendo al imperio de la moda. también orador y autor de obras dramáticas (*Las Madres, Alma del mar*, etc.).

JULIO HERRERA REISSIG, (1873-1910) es el más notable de

los modernistas uruguayos, el más original que ha producido e castellano la escuela decadente; espíritu poderoso, muy human y compasivo, de extraordinaria fantasía y novedad, pero extra vagante y desequilibrado. En su múltiple producción poética s contienen algunos sonetos de una precisión, fuerza y originali dad no igualada, como *Sonetos vascos, La muerte del pastor El cura, El angelus,* pero en la mayoría es enorme el derroch



Julio Herrera Reissig.



Silva Valdés

de incoherentes fantasmagorías, como en *La Torre de las esfinges* (*Leyenda lunática*).

Carlos Sábat Ercasty es lírico de alto vuelo que en extensas poesías va desarrollando por temas las consideraciones que le sugieren sus vastos conocimientos, sobre un fondo de filosofía panteísta.

Fernán Silva Valdés y Pedro Leandro Ipuche, representan dignamente en el momento actual, junto con Juana de

BARBOUROU, la poesía de la naturaleza, ambos con gran espontaeidad y compenetración de la vida del campo; Silva combina in rima toda clase de versos (*Agua del tiempo, Poemas nativos, ntemperie*); Ipuche en forma más tradicional se acerca más al udo realismo de la poesía gauchesca (*Tierra honda*). Ultimaente ha llamado poderosamente la atención por la fuerza y oncisión de sus canciones criollas ELBIO PRUNELL ALZÁIBAR *Raíz Honda*).

Entre los poetas recientes se ha elevado a gran altura, desués de pasar por varias fases, EMILIO ORIBE, poeta de gran liismo, emoción y sobriedad (*La colina del pájaro rojo*); son al ontrario muy pulidos en la forma, hábilmente cincelada ENRIQUE CASARAVILLA LEMOS y EDUARDO DUALDE; soñador, inspirado y de gran variedad el malogrado joven JULIO RAÚL MENDILAHARSU. En el teatro han sobresalido el doctor FRANCISCO IMHOFF con su drama social *Cantos rodados* y JOSÉ PEDRO BELLÁN, digno continuador del teatro de Florencio Sánchez *El centinela muerto*).

NOVELA

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ (1851 1921) en estilo varonil cultivó a novela histórica, encuadrando sus tramas en épocas heroicas de la vida nacional y en cuadros de gran realismo criollo, según el método de la escuela naturalista. (*Nativa, Brenda, Ismael, Grito de gloria, Soledad, Lanza y sable, El combate de la tapera*, etc.).

CARLOS REYLES (1868) aunque influenciado por el naturalismo, es un novelista de estilo vibrante, lenguaje castizo y de gran riqueza, hábil en hilvanar la acción y crear caracteres. (*La raza de Caín, La muerte del cisne, El Terruño*, y sobre todo *El embrujo de Sevilla*).

JAVIER DE VIANA (1872-1926), perteneciente a la misma escuela, se consagró a la representación de cuadros y esce-

nas campesinas y gauchescas con gran compenetración de lenguaje y sentimientos, prolijo y pintoresco estudio de la naturaleza uruguaya y costumbres de sus habitantes, (*Campo*, *Gaucha*, *Gurí*, novelas; *Macachines*, cuentos camperos; *Puro campo*, *Pial de volcao*, etc., dramas).

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA (1874), espíritu de gran armonía y serenidad, estilista de exquisito gusto y de castizo lenguaje, ha sobresalido desde su juventud en el cuento criollo y campesino en prosa y en verso, con el arte singular de saber exhibir con gran realismo el espíritu y lenguaje populares sin salir de los límites de la más estricta corrección y mesura. (*Charamuscas*, *Cuentos del pago*, en prosa; *Camperas y serranas*, en verso, etc.).

HORACIO QUIROGA (1872-1928) ha desarrollado en numerosos cuentos cuadros y escenas del Chaco y las Misiones argentinas con una imaginación, realismo y cierta crudeza extraordinarias; la trama del relato es a menudo impresionante y tétrica.

ADOLFO MONTIEL BALLESTEROS continúa la tradición de Javier de Viana en narraciones campestres tomadas directamente del natural (*Castigo e' Dios*).

VICENTE SALAVERRI, español radicado en el Uruguay, periodista y crítico, ha cultivado también con gran mérito y realismo la novela criolla (*Este era un país*).

JUSTINO ZAVALA MUNIZ en sus *Crónicas*, traza en lenguaje algo tosco, pero enérgico y natural, escenas y tipos históricos de gran relieve.

ORATORIA

La oratoria parlamentaria se inició dignamente en los cabildos abiertos y en los primeros congresos patrios. Memorable es en la historia rioplatense el discurso pronunciado en el

Congreso del año 13 por el gran héroe del Uruguay, general José G. Artigas (1764-1850).

En la misma época sobresalieron en la oratoria política y académica el presbítero Dámaso Larrañaga y en la cátedra sagrada los franciscanos Fray Pacheco y Fray Benito Lamas.

Pedro Bustamante, formado en el estudio de los oradores ingleses, dominó con su elocuencia el Congreso de 1873, en que también brillaron Julio Herrera y Obes y José Pedro Ramírez, así como en el de 1887 Aureliano Rodríguez Larreta, Manuel Herrero y Espinosa y los ya citados Carlos María Ramírez, Francisco Bauzá y Juan Zorrilla de San Martín.

En la oratoria académica, además de algunos de los anteriores, figuraron Monseñor Soler, Juan Carlos Blanco y Manuel Otero.

Ultimamente han sobresalido Luis Alberto de Herrera, Dardo Regules, Joaquín Secco Illa, Hugo Antuña, Juan Andrés Ramírez, Eugenio Martínez Thédy, Carlos M.ª Prando, Emilio Frugoni, etc.



Artigas

ANTOLOGIA

Las fiestas mayas

(Bartolomé Hidalgo)

¡Ah, fiestas lindas, amigo!
No he visto en los otros años
Junciones más mandadoras,
Y mire que no lo engaño.
El veinticuatro a la noche,
Como es costumbre, empezaron.
Yo vi unas grandes colunas
En coronas rematando;
Y ramos llenos de flores
Puestos a modo de lazos.
Las luces como aguacero
Colgadas entre los arcos,
El cabildo, la pirame,
La rècoba y otros laos,
Y luego la versería.
¡Ah, cosa linda! un paisano
Me los estuvo leyendo,
Pero ¡ah, poeta cristiano,
Qué décimas y qué trovas!
Y todo siempre tirando
A favor de nuestro aquel.
Luego había en un tablao
Musiquería con juerza,
Y bailando unos muchachos
Con arcos y muy compuestos
Vestidos de azul y blanco;
Y al acabar, el más chico
Una relación echando
Me dejó medio... quién sabe.
¡Ah, muchachito liviano,
Por Cristo que le habló lindo
Al *veinticinco de Mayo!*
Después siguieron los fuegos,
Y cierto que me quemaron,
Porque me puse cerquita,
Y de golpe me largaron
Unas cuantas escupidas
Que el poncho me lo cribaron.
A las ocho, de tropel
Para la Mercé tiraron
Las gentes a las comedias;
Yo estaba medio cansao
Y enderecé a lo de Roque:
Dormí, y al cantar los gallos
Ya me vestí; calenté agüa,
Estuve cimarroniando,
Y luego para la plaza
Agarré y vine despacio:
Llegué, ¡bien haiga el humor!
Llenitos todos los bancos
De pura mujerería;
Y no, amigo, cualquier trapo,
Sino mozas como azúcar;
Hombres, eso era un milagro
Y al punto en varias tropillas
Se vinieron acercando
Los escueleros mayores
Cada uno con sus muchachos
Con banderas de la patria,
Ocupando un trecho largo:
Llegaron a la pirame
Y al dir el sol coloriando,

Y asomando una puntita...
¡Bracatán! los cañonazos,
La gritería en tropel,
Música por todos laos,
Banderas, danzas, junciones,
Los escuelistas cantando;
Y después salió uno solo
Que tendría doce años,
Nos echó una relación...
¡Cosa linda, amigo Chano!
Mire que a muchos patriotas
Las lágrimas les saltaron.
Más tarde la soldadesca
A la plaza jué dentrando,
Y desde el Juerte a la iglesia
Todo ese tiro ocupando.
Salió el gobierno a las once
Con escolta de a caballo,
Con jefes y comendantes
Y otros muchos convidaos,
Dotores, escribanistas,
Las justicias a otro lao,
Detrás la oficialería
los latones culebriando.
La soldadesca hizo cancha
y todos jueron pasando
hasta llegar a la iglesia...
....

La Madre Africana

(Francisco Acuña de Figueroa)

I

¿Y así, cruel pirata, así te alejas,
Robándome tirano
Los hijos y el esposo? ¿Así inhumano
En desamparo y en dolor me dejas?
¡Ay! ¡vuelve, vuelve! En mi feliz ca- [baña,
Donde te dí acogida,
¡Ve cuál me dejas como una débil [caña
Del huracán violento combatida!

II

Vuelve, entrañas de fiera,
Que por mi mal viniste;
Llévame a mí también, y al menos [muera
Con mis prendas amadas... Mas, ¡ay [triste!
Ya no espero ablandar tu pecho duro
Con lamentos prolijos:
Tú no sientes amor, ni tienes hijos!

III

¿Y es posible que el sol resplande- [ciente
Que ostenta esa bandera
Llegue a estas playas por la vez pri- [mera

A autorizar un crimen tan potente?
¡Oh globo celestial, que esplendoroso
Dominas en las cumbres,
Oscurece tu luz, y al monstruo odioso
Sólo sangriento y con horror alum-
[bres!

IV

Mas, ¡ay! ¡que nueva pena
Descubren ya mis ojos!
He allí el arco y las flechas, que en la
[arena
Del asalto traidor fueron despojos;
¡Infeliz compañero, tú ignorabas
Que esos blancos altivos
Proclaman libertad, y hacen cautivos!

V

De esta suerte la mísera africana
Se queja inútilmente,
Mientras su nave apresta indife
[ren
El traficante vil de carne human
Y truena el bronce y su clamor
[pit
Que el clamor la consuela;
Mas el Aguila, en hombros de An
[tr
Suelta las alas, y al estruendo vue
Al punto encadenados
Los cautivos se miran,
Y al fondo del bajel desesperados
Los lanzan sin piedad, y ellos sus
[ra
Mientras que la infeliz desde la pe
Se arroja y da un lamen
Que en pos de la alta popa lleva
[vient

El hombre de importancia

(Acuña de Figueroa)

Letrilla satírica

No historia, ni poesía,
ni ciencias estudies, Fabio;
quien más charla ese es más sabio,
lo demás es bobería:
en pomposa algarabía
hable con gran petulancia;
y ya es hombre de importancia.

Organo *de la opinión*
llame a cualquier periodista
con mucho *de socialista,*
luces, progreso y fusión;
carta, y no constitución,
dirá al estilo de Francia;
y ya es hombre de importancia.

Retrógrado ha de decir,
statu quo, y *feudalismo;*
que *el siglo marcha al cinismo,*
y que *es nuestro el porvenir*;
sueño de oro ha de embutir,
y *talismán* y *elegancia;*
y ya es hombre de importancia.

Con aire de quien desprecia,
al drama más bello embista;
hable del *protagonista,*
prótasis y *peripecia,*
extasiando a Roma y Grecia
con *sarcasmo* y con jactancia;
y ya es hombre de importancia.

Elimine con baldón
a Cervantes y Mariana,
descargando su macana
desde Lope hasta Bretón
¡Anatema, maldición!
lance en esa turba rancia,
y ya es hombre de importancia.

Mutua *solidaridad,*
e impulso *emancipatriz*
son voces que harán feliz
a una *notabilidad;*
y en *misteriosa ansiedad*
haga votos por la infancia
y ya es hombre de importancia.

La *toaleta* y el *buró,*
lo de *prosaica figura,*
y el llamar *pastor* a un cura
son de un hombre *comm'il fó;*
dará *quitanzas,* mas no
recibos, que es cosa rancia
y ya es hombre de importancia.

Instaure un *comicio* y dé
garantías *a las masas,*
con facultades escasas
al que *en la poltrona* esté;
y haga *profesión de fé*
con moderna altisonancia,
y ya es hombre de importancia.

Hable en tono campanudo
al *emitir su moción*
como *hombre de corazón,*
y no *estacionario* rudo;
y en fin, sabio y *concienzudo*
charle con gran arrogancia,
y ya es hombre de importancia.

A una Flaquísima Tuerta

(Acuña de Figueroa)

Epitafio

Aquí yace Estefanía,
Flaca y aguda mujer,
Que bien pudo aguja ser,
Pues sólo un ojo tenía.

Momia, esqueleto de alambre,
En torno a sus huesos vanos
Yacen también los gusanos,
Porque se murieron de hambre.

A un Ladrón Ratero que iban Azotando

(Acuña de Figueroa)

Epigrama

Azotado por sentencia
Va ese ladrón: ¡qué ignorante!
No ha robado lo bastante
Para probar su inocencia.

Un Judío que Vendía un Santo Cristo

(Acuña de Figueroa)

Epigrama

De marfil un crucifijo
Vende el judío Absalón
En cien pesos; y un burlón,
—Eso es un robo—le dijo.—

¡Por la copia un precio tal
Pedir! eso es de usureros,
Cuando por treinta dineros
Vendiste el original.

Almas Hermanas

(Alejándro Magariños Cervantes)

Oratoria y Poesía

En prosa o verso, es una la poten-
[cia
Que arrebata las palmas del combate:
Hay siempre poesía en la elocuencia;
Hermanos son el orador y el vate.

De Bolívar la frase audaz retumba
Como el canto sublime de Tirteo,
Y en Carabobo y Ayacucho, tumba
Abre al coloso, ante su voz pigmeo!

Libre o ceñido al armonioso met
El verbo de las almas se apoder
Y a pie o sobre el Pegaso, lleva cet
El que encienda los pechos en su h
[guer

El sol del Ideal, el rayo estétic
Inundan a la par su altiva frente:
Cuanto eleva el espíritu es poétic
Cuanto llega hasta al alma es elocue
[te

No vibra con más fuerza y ardi-
[miento
Del laúd creador la íntima nota,
Que el ademán y el varonil acento
Con que el tribuno a la maldad azo-
[ta....

Así cuando genial chispa desciende
Y eléctrica sacude cuanto halla,
El pueblo—níveo alud que se des-
[prende—
Cruje, y en grito formidable estalla!

Mentiras, odios, móviles mengua-
[dos
Que interceptan la luz con velo denso
Hacia el abismo ruedan, sepultados
Bajo el aplauso popular inmenso!

En la Prensa, en el Foro, en la Tri-
[buna,
Su látigo de fuego alza tonante
La palabra, que mágica se aúna
Con el estro que vence al consonante.

En prosa o verso, es una la poten-
[cia,
Que arrebata las palmas del combate:
Hay siempre poesía en la elocuencia;
Hermanos son el orador y el vate.

Cambio consciente y orientado, siempre

(José Enrique Rodó)

Rítmica y lenta evolución de ordinario; reacción esforzada, si es preciso; cambio consciente y orientado siempre. O es perpetua renovación o es una lánguida muerte, nuestra vida. Conocer lo que dentro de nosotros ha muerto y lo que es justo que muera, para desembarazar el alma de este peso inútil; sentir que el bien y la paz de que se goce después de la jornada han de ser, con cada sol, nueva conquista, nuevo premio, y no un usufructo de triunfos que pasaron; no ver término infranqueable en tanto haya acción posible, ni imposibilidad de acción mientras la vida dura; anticiparse al agotamiento y el hastío, para desviar al alma del camino en que habría de encontrarse con ellos, y si se adelantan a nuestra previsión, levantarse sobre ellos por un invento de la voluntad (la voluntad es, tanto como el pensamiento, una potencia inventora) que se proponga y fije nuevo objetivo, renovarse, transformarse, rehacerse.... ¿no es ésta toda la filosofía de la acción y la vida; no es ésta la vida misma, si por tal hemos de significar, en lo humano, cosa diferente en esencia del sonambulismo del animal y del vegetar de la planta?...... Y ahora he de referirte cómo vi jugar, no ha muchas tardes, a un niño, y cómo de su juego vi que fluía una enseñanza parabólica.

. . . .

El Centenario de Chile

(José Enrique Rodó)

. . . .

. . . .

Hay en los recuerdos que glorificáis, junto al carácter continental, nacional; junto a lo que es gloria de América, lo que es gloria de Chile; si lo primero me ha dado pie para afirmar la unidad hispano-american la comunidad de nuestras tradiciones y nuestros destinos, este otro m impone la grata obligación de decir de la labor nacional de vuestro puel lo que sin mengua de la justicia, no podría callarse en ocasión como ésta.

Celebráis vuestro centenario con algo más que con el orgullo de los r cuerdos heroicos de que procede vuestro ser de nación; lo celebráis con orgullo de haber realizado, por la labor perseverante y eficaz, las promes y las esperanzas de vuestro glorioso abolengo de héroes.

Anhelar la libertad es un instinto humano. Tener la energía suficient para conquistarla, es hermoso y grande, sin duda, pero es todavía, una ener gía del instinto. Poseer el carácter necesario para mantenerla, arraigarla justificarla como un bien merecido, y hacerla noble y fecunda, es lo difíc y lo verdaderamente superior. Hay la voluntad heroica, la voluntad de ga nar batallas, y es un atributo de todo pueblo digno de este nombre, y todos lo pueblos de nuestra raza la tienen al par vuestro. Pero hay otro género d voluntad, disciplinada, rítmica, paciente; hay un género de voluntad qu es como la mano firme y segura de la razón: la voluntad que construye, qu organiza, que educa, que siembra, que legisla, que gobierna. Este es el gé nero de voluntad con que se edifican naciones, y éste es el género de voluntad en que os reconocemos preferentemente maestros.

Mediante él, llegásteis a constituir con anterioridad a los demás pueblos hispano americanos, una nación de orden, un organismo de nación. Durante mucho tiempo, en América, en medio de las turbulencias de nuestro duro aprendizaje de la libertad, cuando la severidad del juicio extraño, o la inquietud de la propia conciencia, nos tentaban al desaliento sobre los resultados de nuestros esfuerzos y la madurez de nuestros destinos, el ejemplo que primero acudía a nuestra mente, queriendo afirmar la aptitud de nuestra raza para la vida de las instituciones regulares, era el ejemplo de Chile.

Ninguna ocasión mejor que ésta para recordar y agradeceros ese ejem

blo. Vuestra historia es una gran lección de energía y de trabajo. Vuestro desenvolvimiento nacional tiene la ascensión graduada y armoniosa de una amplia curva arquitectónica; la serena firmeza de una marcha de trabajadores en la quietud solemne de la tarde. Diríase que habéis sabido transportar a los rasgos de vuestra fisonomía moral ese mismo carácter de austera y varonil grandeza que el viajero siente imponerse a su ánimo, en la contemplación del aspecto y la estructura de vuestro suelo: férreamente engastado entre la majestad de la montaña y la majestad del mar; sellado por la expresión de la abundancia, de la voluptuosidad o de la gracia.

Señores:

Interpretando el sentimiento de mi pueblo, yo, antes de descender de esta tribuna, os dejo aquí mis votos porque la estrella de Chile se levante en cielos cada vez más serenos; porque su resplandor ilumine glorias cada vez más puras, leyes cada vez más sabias, cosechas cada vez más opimas, generaciones cada vez más fuertes, más libres y más dichosas; y porque, concertando su luz la estrella de Chile con las demás de la constelación hispanoamericana, dentro de la armonía perenne que reposa en el amor y en la justicia, mantengan entre todas, para la humanidad de los futuros tiempos, un orden mejor, más bello, más grande, que los que el mundo ha visto formarse y disolverse en el desenvolvimiento de los siglos.

El arte quiteño

(José Enrique Rodó)

Ese pueblo era instintivo artista; conciliaba con su monacal austeridad, el sentido del color, de la melodía, y de los trabajos en que entra, como parte fundamental o accesoria, un objeto de belleza y agrado. El dón visual se manifestaba ya por el donaire en el vestir, común en el quiteño con la habilidad para elegir y casar los tonos. De lejano tiempo, florecía en la ciudad toda una escuela de pintores, la «escuela de Quito», que proveía de telas religiosas a los altares de las iglesias, los claustros de los monasterios y los estrados de las casas principales. Uno de estos pintores, Miguel de Santiago, anima la crónica colonial del siglo XVII con su existencia, mitad de turbulento aventurero, mitad de fino artista, a imagen de las del Renacimiento italiano. Había también una tradición de escultura, con sus estatuarios y plateros. La afición a lo plástico y figurativo tenía su infantil esbo-

zo popular en la muchedumbre de las toscas imágenes vestidas, que, n trando la candorosa maña del indio, comparecían en toda ocasión, para r zar la curiosidad de las fiestas y el aparato de las procesiones. Un arte me rudo daba muestra de sí en los juguetes y figuritas de talla que se labra de marfil vegetal. En Cuenca se trabajaba bien de alfarería, y se trataba licadamente el mármol y el carey. Los galones de oro, de plata y de s que se bordaban en Quito, tenían nota de primorosos; y en esa y las der poblaciones serraniegas, la mano de la mujer era hábil en toda suerte de bores y encajes. De los telares de Otavalo salían, desde el tiempo colon alfombras, colgaduras, tapices y chales de finos colores, que gozaban tendida fama. Allí mismo, los dedos del indio tejían graciosas canastillas adorno. En nuestros días, los carpinteros de Guayaquil, donde las casas de madera, lucen su natural disposición esculpiendo, sin arte adquirid con instrumentos vulgares, fachadas de hermosa apariencia. Pero el más espontáneo y difundido, es el musical. El indio es delicado músico. arpa, invención de su raza, que tiene en su rústico albergue; la flauta y vihuela que le ha comunicado el español, son dulces alivios suyos. En silencio de la noche, el viajero que, andando por caminos de sierra, p junto a la cabaña del cholo, o que, en las poblaciones, se va acercando arrabal, oye un suave tañer, que acaso se acompaña de una trova inven da o aprendida. Es música triste y querellosa; es el hondo plañir del yara la melodía que, en toda la extensión del destrozado imperio del Inca, entr a los vientos de los Andes las quejas de una raza marcada con los estign del martirio y de la servidumbre.

El General Lavalleja

(Fco. Bauzá)

El general Lavalleja no fué un estadista ni un táctico, fué sencillamen un héroe, en la acepción llana de la palabra. Como todos los héroes te el aturdimiento genial que excluye la reflexión y que sólo es grande cuan toma consejo de sí mismo en el peligro. Oficial oscuro en las postrimer de la guerra de Artigas, llama repentinamente la atención del país al ca prisionero de los portugueses luchando él solo contra un escuadrón. figura varonil se destaca por el hecho entre la multitud guerrera de su tie po, y todos presienten que aquel brazo formidable será capaz de esgrim

la espada de la República cuando suene la hora de las reivindicaciones. Y cuando sonó efectivamente esa hora, las hazañas militares del caudillo elevaron el presentimiento del pueblo a profecía y la esperanza de las multitudes a realidad.

Conozco entre sus hechos íntimos, algunos cuya sencillez aquilata el temple de su alma. Llovía a cántaros el día 25 de Agosto, cuando el general Lavalleja llegó a la casa donde le esperaba reunida la asamblea que iba a decretar nuestra libertad. En el interior de las habitaciones, la esposa del general Rivera y otras señoras, luego de saludarle y felicitarle, le instaron a que cambiase de ropas, antes de entrar al salón de actos. «Gracias, señoras, eso lo haré después que tengamos Patria»; y penetrando donde los Diputados le esperaban, saturado del lodo del camino y chorreando agua el uniforme, hizo entrega del mando a los Representantes del pueblo, que desde aquel día vincularon la Revolución a la legalidad.

La llaneza de sus costumbres, excluía todo boato en su porte, aun cuando ocupara las más elevadas posiciones. Siendo general en jefe de los ejércitos republicanos, después de la caída de Alvear, llamó a su alojamiento a uno de los jefes argentinos de más nota, y como le recibiera en traje de confianza, el aludido, que venía rígidamente enfardado, tomó pie del incidente para retirarse, declarando que esperaba un recibimiento adecuado a su categoría. Lavalleja por toda contestación, vistió su mejor uniforme, se ciñó la espada, envió a buscar nuevamente al autor del desacato, y después de escuchar de sus labios que ahora sí reconocía la persona del general en jefe y esperaba sus órdenes, le contestó con calma «La única orden que debo trasmitirle, es que marche usted arrestado por no haberme reconocido a tiempo»

Su espíritu estaba exento de aquellos rencores que envenenan la existencia, y no tenía ambiciones personales, como lo demuestra el hecho de haber servido a órdenes de sus tenientes en el período que siguió a su primitiva grandeza.

La embriaguez del peligro era su único vicio, porque héroe al fin, obedecía, como todos sus congéneres, a esa seducción brillante de las batallas, que es la ambición y el alimento de las almas como la suya.

Convulsiones políticas inherentes a un estado social incompleto, oscurecieron durante las guerras civiles la figura del general Lavalleja, pero en el fondo, siempre hubo por ella, según lo demuestra la tradición no interrumpida de los recuerdos, una viva simpatía popular. De niños hemos recogido en el hogar y en la escuela los ecos de una tradición, y hoy la for-

tificamos como hombres, frente al juicio imparcial de la posteridad que consagra.

Juicio Sobre Amado Nervo

(Lauxar) (Osvaldo Crispo A.)

Amado Nervo tiene toda su atención puesta en sí mismo. No ve mundo más que las imágenes que su alma recoge, y ella no es un esp fiel; todo lo altera y esfuma como la niebla. Hay en esta especie de ais miento reflexivo una semejanza de reclusión religiosa. Amado Nervo es enclaustrado de la vida. No es asceta ni penitente: su conciencia no abr ni la sombra de un arrepentimiento. Mira el vivir humano sin odio ni d gusto, con desengaño y tristeza. Sabe que puede existir en la tierra una fe cidad, pero no la busca ni la quiere. Sueña con esa dicha íntima, forma por la correspondencia de su alma con otra capaz de igual delicadeza y d zura. La vida es a sus ojos una tentación de felicidad que lastima y destru a los seres hechos para el amor que él quisiera...

De Palos a la Rábida

(Gustavo Gallinal)

Un camino corto conduce desde Palos hasta la Rábida cruzando un comarca donde el verdor jocundo de las viñas contrasta con el grave de l frondas de los pinos.

El venerable convento está sobre una colina, no lejos de donde se echa juntos en el mar el Tinto y el Odiel. Un aliñado jardín lo rodea. En el conve to ya no habitan los frailes franciscanos. Hay en él un hondo silencio consa grado de recuerdos. Ni aun en las viejas iglesias enlosadas de piedras fune rarias lo gocé tan augusto como en uno de sus claustros—claustro que tien uno de esos recatados jardinillos conventuales que son rincones de ensueño— y en la celda del padre Marchena, donde vetustos lienzos nos muestran lo retratos de Colón y de los Reyes Católicos.

Desde esta celda se ve el mar. Límpida y azul su llanura, soleada d sol vigoroso, parece copiar la paz infinita del cielo. En la embocadura de l

ría, cuya corriente se interna en el océano trazando en él una ancha franja verde, resbalan graciosamente algunas lanchas pescadoras.

Quienes escogieron para su apartamiento este sosegado retiro, tuvieron sin duda tan hondo como el deseo de soledad, el amor de estas grandes visiones del mar. Una tradición que sabe el itinerario franciscano por tierras de España, dice que el santo trovador de Asís visitó este convento, el primero de su orden fundado en la península. Asegura que antes ya otros hombres de otras religiones habían sentido, maravillados, la grandeza de sus dioses en la contemplación de este horizonte de mar, y elegido este lugar para sede de sus templos.

Y me acuerdo del anacoreta de Verdaguer, contemplador del mar desde un altura donde hay también un santuario, aunque no es aquella una colina como ésta, declinante suavemente en playa, sino un promontorio puesto sobre cimiento de hacinados peñascos. Es el monje un anciano a quien el Atlántico ha revelado su misterio: conoce desde las profecías antiguas hasta los mensajes que el mundo desconocido fiaba a veces a las olas para que dieran fe de su existencia. Creeríase una divinidad del océano bautizada por el poeta cristiano; en su voz suenan, en las estrofas de La Atlántida, los murmullos del olejae y los ecos de sus cóleras.

Grandeza e Infortunios de Bolívar

(Carlos María Ramírez)

Señoras y Señores: Simón Bolívar es, indisputablemente, la figura excelsa de la independencia sudamericana. ¿Cómo podría yo levantar mi débil voz a la altura de su resplandeciente esfera?

Sólo él mismo, favorecido con todos los dones del talento humano, era digno y capaz de traducir en acentos articulados la inmensa reverberación de su gloria, en cuyos rayos iba también envuelto el heroísmo de los ejércitos, la abnegación de los pueblos y los trofeos de la libertad de un mundo.

Aquiles de una nueva Ilíada, tuvo la rara fortuna de ser su propio Homero por las proclamas con que fanatizaba a los soldados, por las arengas con que deleitaba a las ciudades, por los mensajes con que aleccionaba a los Congresos y aun por la vasta correspondencia epistolar en que trazaba los rumbos de la cruzada americana a sus egregios compañeros de armas

esparcidos desde el mar de las Antillas hasta las vertientes andinas d Plata.

Contemplemos a Bolívar en la más alta cima de su gloria, cuando cubierto con los laureles de la libertad de Nueva Granada y Venezuel tiende las alas de su genio hacia las regiones del Sud, buscando presa de l dominadores de América hasta en los lindes de la antigua Capitanía de Ch le y dentro del antiguo virreynato de Buenos Aires. ¿Quién se sentiría c paz de igualar la simplicidad homérica de las palabras inmortales en q el grande hombre, al volver a Bogotá, condensa el relato de las hazañas victorias que ha deslumbrado al mundo? Escuchadlo:

«¡Colombianos! Cinco años ha que salí de esta capital para march a la cabeza del ejército libertador desde las riberas del Cauca hasta las cun bres argentinas del Potosí. Un millón de colombianos y dos repúblicas he manas han obtenido la independencia a la sombra de nuestras bandera y el mundo de Colón ha dejado de ser español. ¡Tal ha sido nuestra ausen cia!»

Entre los compañeros armados del grande hombre... ¡ah! ¡no lo diga mos hoy con ímpetus de orgullo, sino con quebrantos de melancolía, entr los compañeros armados del grande hombre había también orientale ¡Y era en 1825! El ruido de nuestras cadenas llegaba hasta Bolívar. El pri mer grito de nuestros héroes conmovió su corazón. Divisaba campos d gloria en las márgenes del Uruguay y anhelaba volar hacia ellos... Ofre ció su espada al Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata y pidió permiso al Congreso de Colombia para venir a estas regiones... N preguntéis por qué no pudo Bolívar completar su heroica odisea; pero de cidme... aquel general argentino que ha ido a Potosí para saludar al Liber tador en nombre de nuestros pueblos, ¿no es Carlos María Alvear? Y Al vear, decidme, ¿no ha recogido allí, de las manos de Bolívar, un rayo de Boyacá, de Carabobo o de Junín, para hacerlo vibrar más tarde en las quebradas de Ituzaingó?

Yo quisiera detenerme aquí al recordar la vida de Bolívar. He podido contemplarlo envuelto en un manto de luz, triunfante, ebrio de felicidad... ¿He de resignarme ahora a verlo arrebatado por una nube de duelos y tristezas que todavía arrancará lágrimas a la historia?

Bolívar ya ha libertado a la América; pero no le es dado organizarla. Desvanecido el primer impulso con que los pueblos secundaron el genio de los combates, todo se vuelve contra él.

Tabaré

(Juan Zorrilla de San Martín)

Canto Cuarto

VI

El indio Yamandú yáce en el suelo
En los ojos y el alma
ene la noche; su salvaje risa
stá en sus labios para siempre helada.

Quién es ese otro, pálido y convulso,
que entre la hierba se alza,
espués que, entre los dedos, ha es-
[trujado
e Yamandú, el cacique, la garganta?

Quién escuchó, en el fondo de la selva
temida de los talas,
l grito de la virgen española,
indefensa y esclava?

Quién sino él? De pie, junto a la niña
que inmóvil ve a sus plantas,
omo si el soplo de un ensueño frío
or sus hinchadas venas circulara,

l indio Tabaré mira el cadáver
de Yamandú, y a Blanca
ue, cual visión dormida en la male-
[za,
l resplandor de su blancura irradia.

Es él, es Tabaré, que hasta aquel
[bosque
llevado fué por una fuerza extraña,
y, al despertar de su sopor, en brazos
de la cruz de la selva solitaria,

sintió muy cerca, entre el rumor con-
[fuso
de ramas agitadas,
el grito de la virgen española,
de Yamandú bajo la horrible garra.

Saltó, como mordido por el aire;
saltó, y en la garganta
del indio Yamandú clavó las manos,
que sacudió con fuerza extraordinar-
[ria,

hasta sentir la muerte entre sus
[dedos
crispados por la rabia.
Dejó el cuerpo del indio estrangulado
Se alzó... miró... la virgen allí es-
[taba.

. . . .

XIV

Vamos con tus hermanos: no me hie-
[ras,
el indio no te odió;
tú lo has seguido siempre, derraman-
[do
en sus venas dolor;

Tú te has llevado el sueño de sus no-
[ches,
y el fuego de su hogar,
las alas de sus flechas, y la fuerza
de su arco de urunday.
Vamos con tus hermanos. A su bos-
[que
el indio volverá,
a morir con su raza, y con los fuegos
de su salvaje hogar».

La voz del indio suena como un can-
[to;
como suenan las auras
en los bosques del Hum, cuando las
[sombras
que durmieron en él se desparraman.

Blanca lo escucha, como se oye el eco
de canción olvidada,
que, en ráfagas, acude a la memoria,
sin que la voz acierte a recordarla.
. . . .

Canto Sexto

II

Sólo sobre una loma, separado
del bosque de espinillos,
está un ombú, de los que allí parecen
para medir la soledad nacidos.

En el tronco del árbol apoyado,
de pie, mudo y sombrío,
los brazos sobre el pomo del montan-
[te,
y con los ojos en el suelo fijos,

Don Gonzalo de Orgaz, que todo
[bosq
en vano ha recorrido,
y ha traspuesto las lomas y barran
sin hallar de su hermana ni un ve
[g

con la noche en el alma y en la fren
comprime de su espíritu
la tempestad siniestra, que se arr
[
de su ira y su dolor en el abismo
. . . .

«—¡Un indio!
—¡El indio!
—¡Por el bosque! ¡Vedlo!

—¡Dónde! grita Gonzalo,
los encendidos ojos revolviendo..
—¡Atraviesa aquel llano!
—¡Llega al soto!
¿Lo veis? ¡Es él!...
—¡Es Blanca, vive el cielo

IX

Por allá, entre los árboles,
apareció un momento
Tabaré, conduciendo a la español
y en la espesura se internó de nuev
. . . .

Grito de rabia y júbilo
lanzó Gonzalo al verlo,
y, como empuja el arco a la saeta,
de su ciega pasión lo empujó el vért
[go

Los ruidos de su arnés y de sus armas,
al chocar con los árboles, se oyeron
internarse saltando entre las breñas,
y despertando los dormidos ecos.

Han seguido al hidalgo
el monje y los soldados. Allá adentro
se va apagando el ruido de sus pasos;
el aire está y los árboles suspensos...

Un grito sofocado
resuena a poco tiempo;
tras él, clamores de dolor y angustia
turban del bosque el funeral silencio..

. . . .

XI

Cuando al fondo del soto
el anciano llegó con los guerrero,
Tabaré, con el pecho atravesado,
yacía inmóvil, en su sangre envuelto.

La espada del hidalgo
goteaba sangre que regaba el suelo;
Blanca lanzaba clamorosos gritos...
Tabaré no se oía... Del aliento

de su vida quedaba
un extertor apenas, que sus miembros
extendidos en tierra recorría,
y que en breve cesó... Pálido, trému-
[lo,

inmóvil, Don Gonzalo,
que aún oprimía el sanguinoso acero,
miraba a Blanca, que, poblando el
[aire
de gritos de dolor, contra su seno

estrechaba al charrúa,
que dulce la miró, pero de nuevo
tristemente cerró, para no abrirlos,
los apagados ojos en silencio.

El indio oyó su nombre,
al derrumbarse en el instante eterno.
Blanca, desde la tierra lo llamaba;
lo llamaba, por fin, pero de lejos...

Ya Tabaré a los hombres
ese postrer ensueño
no contará jamás... Está callado,
callado para siempre, como el tiempo,
como su raza,
como el desierto,
como tumba que el muerto ha aban-
[donado:
¡Boca sin lengua, eternidad sin cielo!

XII

. . . .

El sol entre los árboles
ha dejado su adiós más lastimero,
triste como la última mirada
de una virgen que muere sonriendo.

Cuelgan, entre los árboles del bosque
tules amarillentos;
cuelgan, entre los árboles, los últimos
lampos de luz, como sudarios trému-
[los.

Cuelgan, entre los árboles del bosque,
largos crespones negros;
cuelgan, entre los árboles, las som-
[bras,
que, como aves informes, van cayendo

La luz y las tinieblas en los aires,
batallan un momento;
extraña y negra forma cobra el bos-
[que...
la noche sin aurora está en su seno.

Y, cual se oyen gotear, tras de la llu-
[via,
después que cesa el viento,
las empapadas ramas de los árboles,
o los mojados techos,

brotan del bosque en que el calla
[gru
está en la densa oscuridad envuel
ya un metálico golpe en la armadu
del capitán o de un arcabucero;

ya un sollozo de Blanca, aún abraza
de Tabaré con el inmóvil cuerp
o una palabra, trémula y solemn
de la oración del monje por los mue
[te

Inauguración del monumento a Artigas

(Juan Zorrilla de San Martín)

....El alma de los pueblos es su historia, su abolengo. Hay puebl *hijosdalgos*, de solar conocido. Leamos hoy de nuevo, a la luz de este s de justicia, ¡oh hermanos en la Patria!, nuestra limpia ejecutoria.

Por ese Artigas, efectivamente, hemos llegado los orientales a la cau generatriz de nuestra vida colectiva, de nuestra patria uruguaya. La ju gamos grande, la más grande de todas (la sola del tamaño de nuestro c razón), porque por él podemos hacernos, sin incurrir en jactancia, la pr gunta que debe proponerse todo pueblo para tener conciencia de sí mism ¿Ha tenido realmente mi patria una misión privativa y diferencial ent las demás? ¿Para qué ha servido? ¿Qué es lo que ha dado y puede d a la civilización, a la libertad y al progreso humanos? ¿Qué habría habi de menos si ella no hubiese existido?

Preguntémonos, señores, para dar relieve a nuestra grande afirmació preguntémonos qué habría habido de menos en el mundo, si no hubie ocurrido la independencia democrático-republicana de América, de todo continente. Las contestaciones, como relámpagos, acuden a la memor desde los cuatro vientos. Hoy, precisamente, las miradas del mundo, también las esperanzas, están puestas en América. El mundo atribulado s refugia en la democracia de que América nació. Todo lo demás parec haberse derrumbado «a su propia pesadumbre».

Pero preguntémonos en seguida qué habría habido de menos en la in

dependencia de Américo si ese Artigas no hubiese existido en la española, Artigas y su pueblo, Artigas y sus pueblos, mejor dicho, todos los que él acaudilló y animó de su espíritu, y creyeron en su palabra. . . . .

Artigas es estrella de la gran constelación que llena nuestro celeste hemisferio austral; ha llegado más tarde, porque viene de más lejos, de la región más próxima a la de *las causas o las madres*. El es, entre sus iguales de América (y lo son todos sus héroes), el más próximo al pensamiento arquitectónico; a la fuerza creadora que imprime su sello a la revolución del mundo nuevo. . . . .

Eso es todo Artigas: la fe en el pueblo americano, en la materia cósmica, en el *sagrado fango* con que, según Esquilo, el rebelde Prometeo modelaba las estirpes, y con que América construyó su casa propia. Y eso es democracia; eso es la América a que hoy se refugia el mundo: la casa hecha de barro vivo, de la misma tierra, amasada con sangre y secada al sol.

Para eso vivió, señores, ese hombre Artigas; por eso murió en el silencio de que lo hemos sacado, y que es ahora aclamación; en la soledad de que lo hemos traído, y que ahora es multitud.

Ese es el hombre que creyó en el pueblo americano, cuando el pueblo era misterio; el que lo amó, y lo respetó en sus atributos esenciales, y lo vió bueno, cuando el pueblo no era amable; el que salió su fiador, cuando el pueblo americano era insolvente; el que cargó con sus deudas, y aun con sus culpas y sus oprobios, cuando el pueblo era indefenso. Todo pecado popular era pecado artiguista en aquel tiempo; todo menosprecio al pueblo, caía sobre la cabeza de ese Artigas, el solitario, el sembrador, sin doblegarla. . . . .

Héroe autóctono, primitivo, como los de Homero, como los de Ossian o del Romancero español, brotó espontáneo al influjo de la tierra y del cielo americanos. Que jamás pisó otra tierra, ni respiró otros aires. En su silueta histórica se confunden la realidad y la leyenda que dan el equilibrio marmóreo, el de la verdad y la belleza, la sola realidad. Mitad centauro americano, y mitad hidalgo español de clara estirpe y buena educación; apacentador a caballo de ganados salvajes y de hombres fieros, como los héroes de la Ilíada, hijos de diosa y domadores de caballos, llevaba desde niño, en el zurrón, la piedra que el pastor israelita recogió en el torrente; caballero de un mandato, un corcel sin patria pasó una vez a su lado y le ofreció la grupa, para llevarlo a libertar la princesa cautiva, la desconocida, la entrevista. . . . .

Artigas amó con predilección a los pueblos americanos, a los que acogieron a su bandera en primer término, a los occidentales del Urugu: a ese pueblo de Buenos Aires, el héroe anónimo que, el 25 de Mayo 1810, tocó a rebato en la torre de su Cabildo; pero, si él repelió las ag siones del despotismo, odiando al déspota, jamás odió a pueblo alguno; amó a todos, sin una sola excepción.

Nos dijo eso también en forma lapidaria; nos dejó su frase, no mer memorable que las otras, y que debemos recordar en sus serenidad: «*Los déspotas, no por su naciôn, sólo por serlo, han de ser objeto de nu tro odio*».

El odio al déspota de un pueblo, más que separarlo, lo vincula a víctima, al mismo pueblo oprimido....

....

Habéis hecho bien, ¡oh pueblos hermanos del universo que habéis v nido a acompañarnos hoy! Habéis hecho bien en venir a compartir nuest alegría y nuestra gloria. Los orientales os agradecemos conmovidos vuest noble compañía; os la agradecemos envanecidos. Pero habéis hecho bie En parte alguna podrá hablarse de fraternidad entre los pueblos, con m yor sinceridad que al lado de ese hombre bueno. Lo fué, señores; en s manos no hallaréis una mancha de sangre, ni una mancha de oro; veréis en su frente una sola nube de rencor. ¡Hombre bueno! Sus pens mientos, con ser grandes, lo fueron menos que sus virtudes; antes q soldado, fué educador, maestro, padre.... Vivió pobre, habiendo sido ric murió muy pobre.... Lo enterraron de limosna.

Y es llegado el momento de nuestra gratitud, hermanos en la Patri llegado el de nuestra esperanza. Artigas amó a los pueblos, a todos l pueblos; a los americanos, en los que él veía a una sola familia, con pr dilección. Pero entre todos ellos, entre todos los del mundo, nos amó nosotros; nos amó con pasión, y.... ¿me permitiréis la palabra? nos qui con ternura. ¡La patria de los orientales, el patriotismo de los orientale el genio, el honor de los orientales!.... Eso decía.......................

Sólo Dios lo llena todo, y lo compenetra, y lo sostiene. Yo no diría la verdad, toda mi verdad, que os debo en esta hora de sol, si no dijera que es eso lo que está vibrando en mi alma, en mi silencio, en l lejanías a que os he conducido; en las infinitas lejanías: mi acción de gr cias a Dios, porque me ha permitido ver llegar este día, que he espera la vida entera; toda ella, lo mejor de mis horas y de mi sangre está fu

dido en ese bronce sacro, y quisiera ahora resonar, como bronce, en las palabras de mi boca.

Los cielos cantan. Canta la naturaleza, y suena el canto en las alturas, entre las viejas constelaciones navegantes: Gloria a Dios en ellas, en todas las alturas: en el cielo, en la tierra, en los abismos. Y en ese monumento en que, porque resplandece su presencia, su poder y su designio, veremos siempre el paladión y prudente fortaleza de la patria que aclamamos; en ese que dejamos ahí, como lo quiso Homero: sobre el alto promontorio, en la cumbre de la colina. Será visto desde lejos, desde la tierra y el mar, por los hombres que hoy viven y por los hombres futuros.

Y en él lo seremos nosotros, el pueblo del Uruguay, visto, al fin, por sus iguales, tal cual lo vió en sus visiones el constructor heroico: *contento*, es decir, *contenido*; contento con su generoso patrimonio de tierra y sol; con ser el depositario, para sí y para todos cuantos lo reclamen como propio, de ese mote del viejo escudo, que es dignidad y justicia, serenidad, amor.... amor, sobre todo, la sola fuerza creadora y conservadora de los orbes y de los pueblos, la sola reguladora del ritmo del universo y sus divinas armonías: CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO.

ANDRESILLO

Fragmento

(Carlos Roxlo)

. . . .

Así pasó del huérfano,
la dolorosa infancia!
¡La infancia de Andresillo un condenado
de que el Dante no habla!

III

Una noche de invierno, triste y fría
noche de lluvia sepulcral y opaca.
Andrés enfermo, pero alegre y ágil,
volviendo a su prisión cruza una plaza.
No es fácil que le peguen; ha vendido
cuanto quiso vender, y aun cuando se halla
con fiebre y muy cansado, sólo el frío
de la lluviosa noche le acobarda.

De pronto oye un sollozo; es una niña

huérfana como él; como él oleada
del fango, de la sombra y compañera
de oficio y correrías.—¿Qué te pasa?
¿Por qué lloras?—le dice, y sollozando
la pequeñuela exclama:
—¡Que no pude vender todos los nú-
[meros,
y me van a matar!—¡Mi pobre Paula!
¿También a ti te pegan?—¡Es por eso
que tengo miedo de volver a casa!—
—¿Cuántos números tienes?—Andrés
[dijo.
—¡Ocho!—responde la pequeña. ¡Oh
[santa
compasión del insecto por el átomo!
Andresillo infeliz la frente baja,
compra los ocho números y sigue
el camino que lleva a su morada,
calculando los golpes que le esperan,
llena de angustia el alma,
¡mientras que de rodillas en la noche,
sobre las nubes pardas,
la madre de la niña sin ventura
de gratitud y de dolor lloraba!

VI

Llegó Andrés a su cueva; vió en lo
[obscuro
el gastado jergón de húmeda paja,
y sobre tosca fuente, junto al fueg[o]
el humo de las viandas.

—¡Si te queda algún número, a l[a]
[calle!—
la mujer le gritó.—¡La noche es mal[a]
y no pude vender!—con ronco esfuer[-]
[zo
del niño balbucea la garganta
ya llena de sollozos.—¡A la calle!
¡A dormir en los bancos de la plaza!—
—¡Estoy enfermo y la ventisca sopla!
—¡A la calle, repito!—Y la giganta
hecha una furia de cabellos rojos
dejó al niño y la sombra cara a cara.

Lo que el niño y la noche se dijeron
es un misterio aún; tal vez el alma
enternecida de la pobre madre
sobre el niño tendió las leves alas.
Lo cierto es que al venir el nuevo día
los quinteros que entraban
en la ciudad, rigiendo adormecidos
con mano floja, las carretas tardas,
¡le vieron con asombro
en el umbral obscuro de la casa,
lívido, inmóvil, azulado, muerto,
a la confusa claridad del alba!

GRECIA

(Víctor Pérez Petit)

¡Siglos de oro y de nieve, de mirto y de laureles,
poblados por las sombras de deidades complejas;
el aire azul palpita con enjambres de abejas,
y en la tierra hay la huella de combates crueles.

Destilan las estrofas cual panales de mieles;
corren las columnatas en marmóreas parejas,
y hay en las albas frentes de las estatuas viejas
el resplandor eterno de sus nobles Apeles.

La grandeza de Troya un anciano recita
junto a la fuentes claras sombreadas de pomas.
Un esclavo sombrío evoca a Prometeo.

Y en tanto el Academo sobre el alma medita,
cual alegre teoría de nevadas palomas,
alzan su vuelo blanco las naos del Pireo.

La Calle en la Tarde

(Emilio Frugoni)

Desciendo hacia la costa. El día ha madurado
y es ya una tarde de oro viejo con rojas manchas,
que cubren una parte del cielo, como anchas
hojas de flor de loto sobre río encantado.

De la jaula de piedra de un colegio se evaden,
como pájaros ebrios de gozo, los chicuelos
y por mi lado cruzan en vibrantes revuelos
con los que la balsámica paz del ambiente invaden.

La calle con su dulce tranquilidad de aldea
siente, como un hervor de burbujas, la infancia
que corre, salta, grita y también se pelea
y en todo pone una deliciosa inconstancia.

Comienzan a animarse en todas las esquinas
los almacenes, donde entre un humo de pitos
parroquianos, que beben y discuten a gritos,
se sacuden la triste niebla de las usinas.

Van brotando las luces como capullos de oro
ardiente en la penumbra de algunos interiores,
y en humildes comercios se ve a los mostradores
y a los escaparates descubrir su tesoro.

Llego a la costa. Un faro su mirada encendida
intermitentemente nos arroja distante.
Es un puño que se abre y se cierra en seguida
y, cuando se abre, muestra en su palma un diamante.

LA ÉGLOGA DE LA ESTANCIA

(Guzmán Papini)

Entre una polvareda jubilosa
juega el galgo ardillesco en el camino;
una clueca esponjada está a la ociosa
sombra de siesta de un dormido pino.

En la tina doméstica, espumosa
lejía innova de blancura un lino;
y prologa, en su lana generosa,
labor de agujas un cordero fino.

El corral abastece su clientela
de palomas, que en tímida cautela
hasta él descienden por el grano ami-
[go.

Y el mayordomo en ademán cris-
[tiano,
saluda el cielo, al levantar la mano
para tirar hacia el corral el trigo.

A LAVALLEJA

Fragmento

(Raúl Montero Bustamante)

. . . .

Mirad cómo desfila
Al pie del monumento
Esa visión que vive en mi pupila:
Al frente va el guerrero,
¡Aquel de Sarandí!... pueblo, con-
[templa
Su silueta de luz... transfigurado,
Erguido en los estribos se incorpora:

¡Es la visión gloriosa del pasado!
Brilla sobre su frente
Toda una libertad, toda una aurora,
Todo un sacro poema sobrehumano,
Y está en sus labios el vibrante grito:
«¡Carabina a la espalda y sable en
[mano!»

¿Lo reconoces, pueblo?... si es el
[mismo

ue está en tu corazón... si es el pa-
[triota
ue redimió a tu madre del abismo,
el abismo sin luz de la derrota;
l que vive en tu propio pensamiento
tu fe y tus ensueños enardece,
l héroe aquel del santo juramento
ue en el fondo de tu alma resplande-
[ce,
l viejo, cuyo nombre misterioso
uestros labios de niño pronuncia-
[ron
unto con las primeras oraciones
ue escalaron el cielo;
quel de las canciones,
l coplero gentil de los bastiones,
quél de las historias del abuelo?

Pueblo, míralo bien, lleva en tu al-
[ma
mpresa la figura del guerrero,
se jirón de gloria
rrancado a la historia
fundido en el bronce duradero.
o lo olvides jamás, desde su solio
l la senda que sigues ilumina,
l preside tu marcha hacia la cumbre
póstol que camina
uiando a la cansada muchedumbre.

En las horas sin luz del desaliento'
Cuando la noche venga,
Cuando la patria, muda se detenga
E incline la cabeza pensativa
Soñando en la venganza,
El soplará en su frente la esperanza,
Y otra vez se alzará, fiera y altiva.

¡No lo olvides jamás! desde su glo-
[ria
Con sus ojos de luz, te está mirando;
Es un astro que alumbra
La silenciosa noche de tu historia.
Cuando se quede solo,
Cuando el día, muriendo en Occi-
[dente,
Deje su beso en la bronceada frente;
Cuando, pueblo, disperso en los ho-
[gares
Repitas los cantares
De este día feliz, en que mi acento
Vibra inspirado al pie del monumen-
[to,
¡Recuérdale de nuevo!
¡Vuelve a evocar su gloria legendaria!
¡Ten en su sombra tus recuerdos fijos!
¡Y enséñale a tus hijos
A confundir su nombre,
Con los nombres de luz de la plegaria!

Mi Tapera

(Elías Regules)

Entre los pastos tirada,
omo una prenda perdida,
en el silencio escondida,
omo caricia robada,
ompletamente rodeada
Por el cardo y la flechilla,
Que, como larga golilla
Va bajando a la ladera,
Está una triste tapera
Descansando en la cuchilla.

Allí, en ese suelo fué
Donde mi rancho se alzaba,
Donde contento jugaba,
Donde a vivir empecé,
Donde cantando ensillé
Mil veces el pingo mío,
En esas horas de frío
En que la mañana llora,
Cuando se moja la aurora
Con el vapor del rocío.

Donde mi vida pasaba
Entre goces verdaderos,
Donde en los años primeros
Satisfecho retozaba,
Donde el ombú conversaba
Con la calandria cantora,
Donde noche seductora
Cuidó el sueño de mi cuna
Con un beso de la luna
Sobre el techo de totora.

Donde resurgen valientes,
Mezcladas con los terrones
Las rosadas ilusiones
De mis horas inocentes,
Donde delirios sonrientes
Brotar a millares ví,
Donde palpitar sentí
Llenas de afecto profundo,
Cosas chicas para el mundo,
Pero grandes para mí.

Donde el aire perfumado,
Está de risas escrito,
Y donde en cada pastito
Hay un recuerdo clavado;
Tapera que mi pasado
Con colores de amapola
Entusiasmada enarbola,
Y que, siempre que la miro,
Dejo sobre ella un suspiro
Para que no esté tan sola.

COSAS DE VIEJO

(José A. Trelles)

¿Que por qué ando yo ansina, como enojao y triste?
¿Pa qué querés saberlo, mi linda flor de ceibo?
Los días del verano, que son pa'l mozo auroras,
son tardes melancólicas pa los que van pa viejos.

Pa yo poder contarte la historia de mis penas,
tendriá que dir dispacio pialando mis recuerdos...
¡Dejálos qu'el olvido los ate a su palenque,
que yo pa dir guapiando, ya no preciso d'eyos!

Más bien, cebá un amargo de los que tú acostumbras
pa despuntar el vicio... para dir haciendo tiempo...

¡Quién sabe si, algún día, sin oirlo de mis labios,
no sabés por qué peno!

Pero hoy, tuavía es temprano pa qu'esa cabecita
que pide pa adornarse la roja flor del ceibo,
comprienda que se pueden hayar sobre la almuhada
tristezas que nos ahugan, en vez de lindos sueños...

¡Cebá, cebáme un mate, que yo, pa entretenerte
te vi'a contar un cuento.
que aunque es todo él mentira,
tal vez se te haga cierto:

«Era como vos moza y era como vos linda,
y como vos tenía por ojos dos luceros,
ande se achicharraban de un corazón las alas,
del corazón de un gaucho que se miraba en eyos.

Era un cantor y pueta d'esos que en la guitarra
ponen en vez de cuerdas sus delicaos nervios,
y cantan en sus «décimas» bravuras de los héroes,
y penas en sus «tristes», y amores en sus «cielos».

Eya tuvo al principio, pa'l payador amante,
en los ojos ternuras y en la boquita besos...
¡Eran como palomas que van buscando el monte
pa hacer entre los sauces el nido de sus sueños!

Dispués... «¿Sabés, mi china, qu'está lindo tu mate?
Más lindo que mi cuento;
no des guelta a la yerba; seguí, seguí cebando,
pa ver si se me apaga la sé que estoy sintiendo...

Dispués... « «¡Oigále el duro!
¿Sabés que no me acuerdo?
Mirá, sacá esa astiya que'está haciendo humareda...
Me yoran ya los ojos...; prestáme tu pañuelo...

El Alba

(Julio Herrera y Reissig)

Humean en la vieja cocina hospitalaria
los rústicos candiles... Madrugadora leña
infunde una sabrosa fragancia lugareña;
y el desayuno mima la vocación agraria.

Rebota en los collados la grita rutinaria
del boyero, que a ratos, deja la yunta y sueña.
Filis prepara el huso. Tetis, mientras ordeña,
ofrece a Dios la leche blanca de su plegaria.

Acongojando el valle con sus boatos nocturnos,
salen de los establos, lentos y taciturnos,
los ganados. La joven brisa se despereza...

Y, como una pastora en piadoso desvelo,
con sus ojos de bruma, de una dulce pereza,
el alba mira en éxtasis las estrellas del cielo.

La Viejecita

(María Eugenia Vaz Ferreira)

Allá por el camino, triste y cansada
la viejecita viene con paso lento,
cantando con voz queda, como un lamento,
el antiguo estribillo de una balada,
Aunque muere en sus labios ya la tonada,
aunque es como un suspiro débil su acento,
concentrando en la estrofa su pensamiento
ameniza lo rudo de la jornada.
Mas de pronto se nubla su faz serena
y calla ¿qué recuerdo le causa pena?

Su semblante se enciende de honda tristeza
y un sollozo se escapa de su garganta,
que es la nota apagada con que ella empieza
la balada más triste de las que canta.

A una Cruz

(Delmira Agustini)

Cruz, que ofrendando tu infinito [abrazo
Cabe la silenciosa carretera,
Pareces bendecir la tierra entera
Y atarla al cielo como un férreo lazo!

Puerto de luz abierto al peregrino
A la orilla del pálido camino!...
Vibre en el Tiempo la sagrada hora
Que a tu lado viví, cuando el gran [broche
De nácar de la luna abrió una noche
Que pareció una aurora!...

La luna alzaba dulce, dulcemente
El velo blanco, blanco y transparente
De prometida del Misterio; el Cielo
Estaba vivo como un alma!... el velo,
El velo blanco y temblador crecía
Como una blanca y temblorosa nata,
Y la tierra inefable parecía
Un sueño enorme de color de plata!
Fué un abismo de luz cada segundo,
El límpido silencio se creería
La voz de Dios que se explicara al [Mundo!

¡Cómo cayó en tus brazos mi alma herida
Por todo el Mal y todo el Bien: mi [alma,
Un fruto milagroso de la Vida,
Forjado a sol y madurado en sombra,
Acogíase a ti como a una palma
De luz en el desierto de la Sombra!...

Y la armonía fiel que en mí mur- [mura
Como una extraña arteria, rompió en [canto,
Y del mármol hostil de mi escultura
Brotó un sereno manantial de llan- [to!...

Así lloré el dolor de las heridas
Y la embriaguez opiada de las rosas...
Arraigábanse en mí todas las vidas,
Reflejábanse en mí toda las cosas!...

Y a ese primer llanto, mi alma, una
Suprema estatua, triste sin dolor,
Se alzó en la nieve tibia de la Luna,
Como una planta en su primera flor!

Sol Fuerte

(Juana de Ibarbourou)

Desprende una tristeza aherrojante y extraña
ese lento desfile de entoldadas carretas,
por el ocre camino que cruza la campaña,
plana, árida y seca.

Ni un árbol, ni una loma, ni la mancha sombría
de un monte, en derredor.
Las carquejas se enroscan bajo el fuego del día
implacable de sol.

Parece que el planeta estuviera vacío
y que van a una cita misteriosa y suprema
esas lentas carretas que cruzan el camino
bajo este sol que quema!

Crepúsculo

(*Epicedio*)

(Luisa Luisi)

Sobre el cielo malva y rosa de la tarde que fallece
Gime el viento su sollozo de tristeza abrumadora;
Y el cadáver impalpable de la tarde palidece
Sobre el féretro suntuoso que de púrpura se dora.

Un cortejo de enlutadas nubes hoscas y opresoras
Lentamente se disloca;
Y a lo lejos invisibles y ululantes plañidoras
Siguen mustias a la muerte desgarrándose la boca

Y el cortejo de enlutadas va extendiendo sus crespones
Como una ala gigantesca;
Como un ala que cobije funeraria los blandones
Encendidos en la hoguera principesca,

Mientras doblan las campanas,
Y sus notas vagas, lentas y lejanas
Acompañan el silente
Catafalco que se hunde lentamente
En el vasto y misterioso cementerio del poniente.

Romance de mi infancia

(Fernán Silva Valdés)

I

Pueblo Sarandí del Yí
acollarado a mi infancia,
en tu borroso recuerdo
tengo, patente, mi casa:
un caserón primitivo
con sus tejas coloradas
atado por un sendero
al gran árbol de la plaza.
Mi padre siempre escribiendo
en hojas inmaculadas;
mi madre con la costura
toda rodeada de hilachas;
a negra cebando mate
en una gran calabaza;
un mulato me mecía
entre dos tragos de caña;
y para mi boca niña,
para mi boca paisana,
no había más caramelos
que el canto de las calandrias.

II

Tenía que salir cantor
de las cosas uruguayas
quien tuvo padres y abuelos
criollos en cuerpo y en alma;
y vivió en un pueblo gaucho
varios años de su infancia,
y tuvo por digno ayo
mulato de aquella laya,
y tuvo por caramelos
el canto de las calandrias.

Campo

(Emilio Oribe)

Sacra cosecha en la opulenta loma
reciben rudos hombres sin fatiga.
Sube de la labor un acre aroma
por los maizales de apretada espiga

Se acumula el maíz, en inefables
días de otoño, lentos de trabajo...
¡Rubios cilindros, gemas incontables
llevad, hacia el granero, valle abajo...!

¡Cantad, como en el goce de las siegas!
¡Cantad, como en los días de las bodas...!
Si no están con vosotros diosas griegas,
tenéis la Voluntad: ¡vale por todas!

¡Las espigas dejad en la alquería,
y venid; que el Poeta quiere daros,
para premiar vuestra labor del día,
las manos llenas de racimos claros!
...Pues él también con trabajar sonoro,
halló en su corazón semilla de oro...

¡Traedme vuestros vasos, campesinos
de la agreste geórgica natal,
para verter los vinos
de mi parra estival!

Tienen los patios de la casa vieja,
olor a uvas, fuerte y penetrante:
uvas de carne lúbrica y bermeja,
uvas de las paganas libaciones,
uvas claras y bellas cual diamantes...

¡Venid, que aquí sobre el sutil rastrojo.
exprimiré con emoción fraterna,
todo mi corazón—racimo rojo—
en vuestra copa rústica y eterna...!

La muerte del caudillo

(Carlos Reyles)

Al frente de la horda, desnudo—como en sus mocedades—de brazo pierna; sujeta la melena por ancha vincha y en la diestra la lanza legendar iba el caudillo, arrogante y ceñudo, como un guerrero bárbaro. El viento

›artía la luenga y nívea barba en dos, a modo de alas de gaviota que se ;itaban sobre sus hombros recios. Tres soldados marchaban inmediata ıente detrás de él conduciendo cada uno de tiro un pingo lustroso y tusado on primor: eran los *créditos* del coronel. Estos aprestos criollísimos del viejo ınceador, que alardeando de patriota despreciaba la táctica y la indumenta- ia de los militares europeizados, enardecían a su gente y la preparaban para l alarde heroico.

. . . .

. . . .

Algunos lo denostaban, otros lo habían reconocido y, admirados de su ıdómito valor, le gritaban que se rindiese; pero él no hacía caso; parando on la lanza diestramente las boleadoras que le arrojaban, huía hecho un villo sobre el lomo del caballo. De tiempo en tiempo, cuando se veía muy cosado, revolvíase como un toro furioso, y se abría camino dando y reci- iendo golpes. En aquellos supremos instantes de sonambulismo heroico, intiendo las embriagueses del peligro y la locura del matar, sólo pensaba n no caer prisionero, en morir peleando, según la fiera tradición de su raza. ıa misma sangre caliente que le corría por el rostro y le mojaba los labios,) enardecía como si bebiese un licor de fuego. «¡Salvajes! ¡Ladrones! ¡van ver cómo muere un criollo!» se decía, viendo sin espanto al contrario, con xaltación bélica, los grupos de milicos que le salían al encuentro por todas artes. Un tiro de bolas le arrancó la lanza de la mano; no le quedaba arma inguna. El tordillo daba signos de fatiga; los enemigos lo rodeaban. Enton- ɔs Pantaleón, adelantándose a la muerte, tarda en venir, pasó de industria ›do el pie a través del estribo, y golpeándoles la boca en són de burla a ıs perseguidores, gritó ¡Viva la revolución! y se dejó caer. La soldadesca, spantada, sentó los caballos; hasta los más desalmados sintieron los escalo- 'íos del horror: el cuerpo del caudillo, arrastrado en veloz carrera, fué re- otando sobre el suelo hasta quedar convertido en una masa informe.

En aquel trágico momento aparecía el sol por detrás del monte, y las ırretas subían los agrios barrancos del otro lado del río.

Visión de Oro

(Javier de Viana)

Al llegar al límite del campo, antes de pasar la última portada, Don 'atricio desmontó y púsose a contemplar dolorosamente la comarca.

La masa rugosa del cerro Calvo aparecía al frente; a sus plantas, jun-

to a un regato, un gran molle alzaba su cabellera azulada; más arriba, la faz lampiña de la gran mole granítica, y luego en los picos sucesivos en las ramazones de los «talas», y de las «espinas de cruz», y de los «som de toro», y más lejos todavía, en las suaves curvas de las lomas y en la tr quila superficie de la «laguna gaucha», enceguecía el mismo resplan azul, como si en todas partes se reflejase el inmenso toldo azul calde por el sol de Enero.

¡Todo azul!... Una lluvia suave y alegre de luz azul, que era como regocijo, como una promesa de infalibles recompensas para los que am creen y esperan, varones fuertes frente a la tierra pródiga. Y luego ven el sol de la tarde, y todo resplandecería con el baño de orgullo glori hebras de oro en las flechillas de las colinas; oro macizo en las asper rocosas; oro líquido en las lagunas; arborescencias de oro, flores de oro, flejos dorados hasta en los lomos del laborioso caballo, hasta en la fre del buey venerable, hasta en los flancos inflados de la res fecunda.

¡Todo oro...! el oro regio; el oro coronario, el oro cobrizo, el placer cuerpo y el deleite del alma, el triunfo, el fruto del árbol de la vida, el fr conquistado con rudos afanes, el fruto ganado brava y noblemente!...

Insaciable en su contemplación, los labios entreabiertos, los bra apoyados sobre el recado, nublado el rostro por una mortal tristeza, el p sano esperaba la presentación del maravilloso espectáculo.

Lentamente iba descendiendo el sol y, a medida que bajaba, las tin azules cedían el puesto al esmalte dorado.

En lo más alto, los cerros se vestían con túnicas de oro vivo, de tibar, mientras en los bajíos el vello fino de las hierbas, estremecido con suave rozar de la brisa vespertina, semejaba un oleaje cobrizo. Y los tro de arroyo, columbrado desde la altura, producían la ilusión de gigantes crisoles llenos de metal precioso en fusión. El pelaje de los vacunos te reflejos áureos, mientras el vellón de las ovejas diseminadas en el lla atraía con su color suave y pálido del oro viejo...

Pero donde el triunfo se imponía completo, tumultuoso, avasallador, allá lejos, en el occidente incendiado, donde el divino metal corría a chorr llenando las hondonadas, alfombrando los esteros, revistiendo los bosques subiendo hacia el cielo en grandes penachos ígneos...



PARAGUAY

Epoca Colonial

Gloria del Paraguay, no menos que de la Argentina donde se han citado, son los grandes escritores misioneros, cuyas obras geográficas, históricas y científicas tanto ilustraron aquella época, los *PP. Montoya*, *Lozano*, *Guevara*, *Peramás*, *Cardiel*, etc., a los cuales hay que añadir el incomparable apóstol y mártir paraguayo P. *Roque González de Santa Cruz*, llamado el *Demóstenes guaraní* por su dominio de aquella hermosa lengua y el gran ascendiente que ejercía sobre las tribus indígenas con su elocuencia.

Epoca Independiente

De época reciente son todos los autores de nota que ha producido el Paraguay, pues la prolongada dictadura de medio siglo fué poco propicia al desarrollo de las actividades literarias, lo mismo que la terrible guerra que arruinó después aquella heroica república.

Poesía

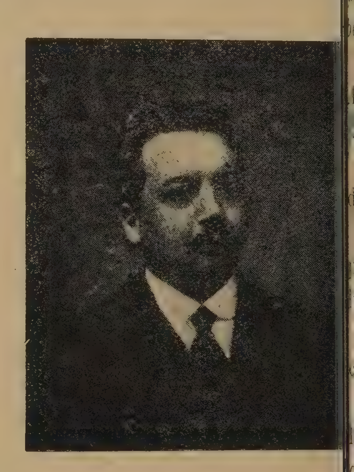
Natalicio Talavera fué en aquella lucha tremenda [el] Tirteo paraguayo, enardeciendo con sus cantos patrióticos [el] valor indomable de aquel pueblo.

Enrique Parodi con acento lastimero entonó sobre l[as] ruinas y sepulcros sentidas y hondas elegías, y levantó la po[s]tración de sus conciudadanos con cantos de aliento y esperanz[a].

Juan E. O'Leary es uno de los grandes poetas paraguayo[s]



Juan E. O'Leary



Fulgencio Moreno

vibrante de patriotismo, ha celebrado en armoniosas estrofa[s] y robusto estilo, temas de cuadros, costumbres y asuntos na-cionales, siendo además uno de los más cultos prosistas de s[u] patria. (*Itá-Itabé*, *Anhelo*, *Salvaje*). Con el acertado título *Nues-tra Epopeya* ha publicado últimamente una serie magnífica d[e]

discursos y ensayos, en que con grande y sostenido lirismo pone de relieve el verdadero significado de los hechos culminantes y el incomparable heroísmo del pueblo paraguayo en la guerra contra la Triple Alianza.

ALEJANDRO GUANES es otro de los inspirados vates paraguayos, de forma correcta, gran sentimiento y variados temas en sus hermosas leyendas y poesías. (*Salve, patria*; *Recuerdos*) en que palpita con profunda emoción y variados matices el alma apasionada del pueblo paraguayo.

El presbítero MANUEL GAMARRA se distingue por la energía y por la perfección de la forma en sus poesías *Curupayty*, *Libertad y Progreso*.

IGNACIO PANE además de odas patrióticas *A la Patria*, *Al héroe de Curupayty*, *El Bombero*, compuso una sentida composición que lo ha hecho muy popular: *La mujer paraguaya*.

OTTO MIGUEL CIONE, dramaturgo y periodista, es autor de la interesante novela romántica *Lauracha*.

MANUEL ORTIZ GUERRERO es un elegíaco íntimo, lleno de pasión y desenfado, que otras veces se eleva a un vago idealismo melancólico.

GUILLERMO MOLINAS ROLÓN se distingue por la perfección de la forma, la energía y las reminiscencias clásicas.

ELOY FARIÑA NÚÑEZ representa las nuevas corrientes de la poesía, siendo muy notable su *canto al Centenario de la Independencia*.

PABLO MAX INFRÁN es, como el anterior, un poeta de gran cultura, preocupado de la influencia del arte, que cincela con docto artificio la expresión y forma métrica.

Escritores en Prosa

Entre los escritores en prosa que han figurado dignament por sus estudios políticos e históricos o por su elocuencia puede citarse entre los más ilustres y conocidos el insigne diplomátic Fulgencio Moreno, los eminentes estadistas, los expresidente Manuel Gondra, Manuel Domínguez y Cecilio Báez el historiador liberal Blas Garay, el activo político y elocuent orador José Segundo Decoud, los eruditos investigadore históricos Juan Silvano Godoy y Natalicio González y e eminente y sólido orador José Gugliari, actual presidente d la república.



Río Paraná

ANTOLOGIA

Ocaso y aurora

(*Monólogo*)

(Alejandro Guanes)

Era la tarde... La densa
ombra sus alas tendía
le gigante cuervo. El día
ollozaba con la inmensa
risteza de su agonía.

Mortaja resplandeciente
en que iba a hundirse su frente,
intos en morada lumbre,
respones del occidente
e ataban de cumbre en cumbre.

Como deshecha mesnada
prófuga y ensangrentada
por los senderos agrestes
le la sierra iban las huestes
le la Patria destrozada,

que esculpieron en la historia
venciendo sin par laceria,
hechos de eterna memoria;
en su redor la miseria
formaba nimbos de gloria.

. . . .

Y aun con aliento, altanera,
por la escarpada ladera,
trasponiendo los breñales
y recios caraguatales
de la abrupta cordillera,

iba la hueste patriota
en inefable delirio
tras de su bandera rota
a beber la última gota
del cáliz de su martirio.

¡Triste instante que el olvido
jamás aleja de mí,
el del ocaso encendido
en que a mi hermano querido
el postrer abrazo dí!

. . . .

II

¡Piedad, Señor! tu siervo
pobre despojo humano,
a hundirse va en la sombra
de arcana eternidad:
¡la sombra de las sombras!
No volverá mi hermano.
Acógelo en tu seno:
¡Piedad, Señor, piedad!

. . . .

Depón el ceño y mira
exánime, maltrecho,
un pueblo vigoroso
que tu hálito creó:

rasgadas las entrañas,
dilacerado el pecho:
arpón envenenado
su corazón hirió.

El pecho más nefando,
la mano más proterva,
perdón hallaron siempre
y amparo en tu bondad.
¡Piedad para la Patria!
¡Piedad para tu sierva!
¡Piedad para los huérfanos!
¡Piedad, señor, piedad!

III

Pálida luz de topacio
se cierne por los crespones
de lóbregos nubarrones
que bogan por el espacio
desgarrados en jirones.

¡Noche de la adversidad!
Pasó por fin... y clarea
la aurora en la inmensidad:
¡Qué tristemente alborea
después de la tempestad!

. . . .

¡Lo merece el pueblo fuerte
que, en holocausto a la suerte,
dió su sangre gota a gota,
gallardo hasta en la derrota
y abnegado hasta la muerte!

¡Y surgirá! Ya incisiva
su luz del oriente arranca,
y en el espacio se aviva
resplandeciendo en la blanca
frente de la Patria altiva.

. . . .

A la luz del nuevo día
se colmarán, Patria mía,
de albas flores tus laureles,
de opulencia tus vergeles,
tus hogares de alegría.

Si por tu gloria la grana
de tu sangre diste ufana,
altiva hasta perecer,
será el pueblo de mañana
digno del pueblo de ayer.

. . . .

Yo haré un hogar. La dulzura
que de mi pecho se explaya,
arrullará su ventura
con la infinita ternura
de mi alma de paraguaya...

De sus cortinas de grana
forma la aurora una ojiva:
guirnalda airosa engalana
la frente de la mañana:
¡salve, Madre rediviva!

La mujer paraguaya

(Ignacio A. Pane)

Nació como el dulcísimo gorjeo
de la avecilla que en la selva canta,
como surgiera Venus del Egeo,
como la luna surge y se levanta.

Por el campo al correr, donde aura [leve
sus flotantes cabellos desunía,
a la palma gentil, cuando se mueve
con sus verdes penachos, parecía.

Para sus ojos fúlgidos y bellos,
locos de amor del corazón salvaje,
le dió el rocío matinal destellos
y el negro *ybapurú* le dió ropaje.

Los trinos del zorzal la saludaban
al acercarse a la callada umbría,
y su moreno cutis refrescaban
los hálitos del suelo en que vivía.

Y cuando el eco del cañón hispano
rugió en el monte y resonó en el valle,
a la sombra del árbol más lozano
lució su esbelto, su flexible talle.

. . . .

Y el altivo león de glorias tantas,
honor de la nación de los Pelayos,
doblegó la cerviz... ¡le vió a sus plan- [tas
la reina de los bosques paraguayos!

Su negra y abundante cabellera
regó piadosa el agua del bautismo:
así la virgen de Yací hechicera
aprendió la virtud del cristianismo.

Y el ósculo de amor que en su me- [jilla
puso el bravo guerrero castellano,
el monte repitió..., en su fresca orilla
apareció el atleta americano.

Ella arrulló en su seno, que ciñera
la negra pluma del ñandú brillante,
a los hijos del godo, en la ladera
del verde Tacumbá con voz amante.

Ella les dió el honor inmaculado
del noble descendiente de los Cides,
ella les dió el espíritu esforzado
del indio guaraní para las lides.

Por ella, en fin, del bosque en la [espesura,
al paraguayo, orgullo de la historia,
la sangre de Guarán le dió bravura,
la sangre de Pelayo le dió gloria.

II

Cuando después de siglos esta tie- [rra,
ya sola y dueña de su gran destino,
se levantó a una voz para la guerra

y de las glorias emprendió el camino:
cuando cundió en dominios paragua-
[yos
la furia del cañón y la metralla,
cuando, seguida de mortales rayos
sonó doquier la voz de la batalla:

esta misma mujer, patria sibila,
más noble Elena de la nueva Iliada,
el valor inspiró siempre tranquila,
hermosa en su altivez, nunca doma-
[da.

Ella fué la vestal que el patriotis-
[mo
siempre encendió con su palabra ar-
[diente,
faro de intensa luz que al heroísmo
condujo al paraguayo combatiente.

. . . .

III

También cuando ya el joven y el
[anciano,
el hijo, y el hermano, y el esposo
cayeron para siempre..., y en el llano
reinó de los sepulcros el reposo,

ella emprendió la vuelta, con el pecho
por las patrias nostalgias oprimido,
y en vano escudriñó en su hogar
[deshecho
el antiguo lugar del sér querido.

. . . .

Mas nada la abatió, pues de la rr
[
de la nueva Salem, antes poten
al infante salvó, luz vespertina
del sol de las batallas esplenden

Y en la orilla otra vez del patr
[rí
de sus labios cayó, gota por gota,
acerbo, pero fúlgido, el rocío
de la leyenda de una patria rota.

Ella puso en el ánima sencil
del hijo de esta patria, todo el duel
de un lustro de grandeza sin mancill
de un lustro de desgracia sin consuel

Y, como un tiempo, entre la noch
[oscur
de que nació la paraguaya historia
con sangre de Guarán le dió bravura
con sangre de Pelayo le dió gloria

Dió entonces al atleta american
sobre la lava del volcán que incendia
el supremo valor de un espartano
la sublime virtud de una Garmendia.

¡Es esa la mujer que nadie imita!
¡Es esa la mujer que todos aman!
A su presencia el corazón palpita..
porque entusiasmo y porque amor
[la inflaman..

Dulce canción que del hogar emana,
ira vital que mece nuestra cuna,
ella nuestra madre o nuestra her- [mana,
ella nuestro amor, nuestra fortuna.

Es toda corazón, ternura y *gracia*
arca fiel de virtudes guardadora;
fulge igual en la dicha y la desgracia;
en el ocaso es luz, sol en la aurora.
. . . .

EL ALMA DE LA RAZA

(Juan O'Leary)

(*Fragmentos*)

¡La raza guaraní...! ¿Qué queda de [ella
obre su tierra amada?
Qué de esa estirpe que reinó orgullo- [sa
esde Orinoco al Plata?

¡Restos dispersos de la gran familia
un en los bosques vagan,
un en su inmensa soledad alientan,
van como fantasmas!

Son como un espectro redivivo
ue de la tumba se alza,
ara arrastrar su horrible pesadum- [bre,
cruz de su desgracia.

La selva compasiva los acoge
su secreto guarda,
en su seno de madre se confunden
us quejas y sus lágrimas.

Son los vencidos, que en vivir se [obstinan
tras la cruenta batalla,
para cruzar errantes por su tierra
y ser en ella parias...

¡Pero no son la raza vencedora
que de Orinoco al Plata
guarde en el ritmo, aún, de su lengua- [je,
la luz de una alborada!

¡La raza guaraní pasó...! tan sólo
sigue viviendo su alma,
su alma gigante, que es el *alma mater*,
¡el alma de la Patria!
. . . .
. . . .

De su estirpe no queda sino un eco
en su heredad llorada:
el eco de su lengua en que palpita
algo como un destello de su alma.

¡Y aun flota el camalote
sobre las ondas claras,
y el yacaré medita en las riberas
y cantan en las selvas las calandrias!

¡Aun el tigre y el puma
por los boscajes andan,
y aún el *chajá* vigila en el estero
y grita el *chiricote* en las cañadas!

Todos existen en el suelo hermoso
donde alentó la estirpe soberana.
¡Ay! Sólo ella se perdió en la sombra
de la noche más larga!

. . . .

Sus fuegos apagados no convocan
a las tribus lejanas,
ni el humo de su hogar, sobre los [montes
al cielo se levanta...

¡Todo aún existe en su heredad [perdida;
tan sólo de su raza
no queda sino el eco de su lengua
y algo como un destello de su alma!
. . . .

¿Qué fué del indio triste,
encarnación del alma de la raza?
Mirad. Sobre la arena que ha pisad[o]
la huella se conserva de su planta.

Penetrad de la selva
en las mismas entrañas,
y le veréis marchar meditabund[o]
como aplastado bajo enorme carga.

Y cuando en la espesura
salvaje, enmarañada,
se pierda a vuestra vista, de su llant[o]
escucharéis la nota soterrada.

Y aun más, cerrad los ojos,
bajad a vuestra alma,
y veréis su visión pasar de nuev[o]
bajo la luz triunfal de la mañana

Que es allí donde vive
lo que perdura de la muerta raza:
los acentos postreros de su lengua
y algo como un destello de su alma.

Ytororó

(Juan E. O'Leary)

Volvemos a encontrarnos reunidos en un sitio evocador. Ayer sobre las trincheras de Curupayty, después en las lomas Valentinas, hoy en Ytororó..
. . . .

Y vosotros mismos, ¿acaso no estáis viendo en este momento lo que no pudieron haceros ver las crónicas más minuciosas de nuestra guerra?

Estáis en Ytororó. Y es como si estuviérais en la misma batalla que aquí se librara. Una gran clarovidencia ilumina vuestra mente, vuestros ojos

recen en potencia, vuestro oído se ensancha y el mismo paisaje parece ctificando sus contornos, dando lugar a una escena que se inicia y va desrrollándose con una nitidez maravillosa.

¿No es verdad que oís el tronar del cañón?

¡Son los imperiales que llegan!

Es Caxias que ha tomado posición allá, arriba, en aquella suave altura ue domina el puente. Y mientras su artillería truena, van llegando los cueros enemigos. ¡Cuántos, Dios mío! Llenan el callejón, se pierden de vista. Son innumerables!

Y ved aquella columna que va penetrando en aquel camino, con rumo al Este. ¿La veis? Es Osorio, que va a cortar nuestra retirada.

¿Qué hacen, entretanto, nuestros soldados acurrucados allí, al pie de uente, sin dar señales de vida?

¿Los véis, amigos míos?

Al frente de ellos está el primer general de nuestro ejército, que hace inco meses triunfó en Acayuazá, el que poco antes triunfó en Isla Tayí, l hombre de Tatayibá y de Tuyutí, el heredero glorioso del vencedor de Curupayty, a quien esperan todavía los fulgores de Avay, los laureles de bytimí, las palmas de Rubio-ñu... ¡Es el general Caballero, en quien la atria ha puesto su última confianza!

¿No veis cómo flota al viento su rubia cabellera, cómo fulgura al sol su arga barba de oro y cómo chispean sus ojos azules? Más que un arcángel e exterminio parece un efebo del Atica, aprestándose a disputar el triunfo n una fastuosa olimpíada. Su serenidad le da la tranquila belleza de una estatua griega, alzándose sobre un magnífico escenario. Y en él va a reviir uno de los héroes más admirables de la antigua Grecia. Defendiendo el aso del desfiladero de Ytororó, va a renovar la hazaña de Leonidas, reprouciendo el sublime sacrificio de las Termópilas. No tiene sino tres mil uinientos soldados y ocho pequeños cañones para hacer frente a treinta nil enemigos y más de cuarenta cañones rayados. No cuenta sino con un uñado de compañeros, mal armados, casi extenuados por las privaciones. Pero esos hombres forman un solo inmenso corazón y saben al menos poré causa van a morir. Defienden su hogar, defendiendo su patria. Y esta o es poca ventaja sobre los que vienen de las fazendas brasileñas a remahar sus cadenas, muriendo por un Emperador esclavócrata que les mantiene n oprobiosa servidumbre. Así se explica la confianza con que parecen esperar a victoria los que al pie del puente están viendo cómo va a precipitarse obre ellos la negra avalancha enemiga. Les alienta un solo ideal. Están

sugestionados por el patriotismo. Son ciudadanos, no recuas de esclavos r vidos por el terror. No pueden sucumbir.

Mirad, la batalla va a empezar.

El cañón ha terminado su obra. Ahora habla el clarín. Su grito im rativo ordena el asalto. Y la vanguardia imperial, engañada por nues silencio, avanza a ocupar el puente. Ese que llega es el Comandante V porto. Mas ved cómo retrocede aturdido, bajo el inesperado fuego de nu tras tropas. Su batallón se ha dispersado entregándose a la fuga. Pero ya acercan nuevos batallones, los acaudilla el Coronel Machado, que cae sol el fatídico puente. Sobre su cadáver pasan sus compañeros. Y bajan m batallones. Han llegado a nuestros cañones más avanzados. Nuestros artiller rodeados por todas partes, se baten como tigres... ¡Ay! mirad cómo ola enemiga parece ahogarles... Pero no, allí está Valois Rivarola, allí es nuestra caballería. ¿Cómo resistir al ímpetu de semejantes centauros? L brasileños retroceden, cruzan el puente, huyen de nuevo.

El cauce del arroyo está repleto de muertos. Sus aguas están tintas sangre.

¿No veis a Caxias allá, arriba? El viejo marqués está furioso. No compre de su derrota. Todo le resulta inverosímil. Su buena estrella parece ecli sarse. Pero no puede ser. Tiene que triunfar. Ese, a quien ordena que ca gue, es el General Gurgao. Acaudilla una división de infantería. Pero Gu gao no tarda en caer. Ese que le reemplaza es el primer técnico enemig es el intrépido general Argollo Ferrao. Miradle sucumbir también a Argol y retroceder a sus soldados. Los rechazos se suceden. Caxias está ya dese perado. No le quedan sino doce batallones de la reserva. Ese, a quien c dena que se ponga al frente de ellos y tome el puente, cueste lo que cueste, el general Bittencourt. Y ahí viene, al frente de sus tropas, protegido p un bombardeo infernal. Se acercan ya al puente. Pero ved cómo funciona nuestros cañones y cuán eficaz es el fuego de nuestra infantería... No, r van a pasar. Ya titubean, van a retroceder.

¿Quién es ese que llega a la carrera, gritando «que le sigan los que sc brasileños?» Es Caxias. No puede resistir. Ha procurado, inutilmente, im pedir la derrota, saliendo al encuentro de los que huyen, apostrofándolo castigándolos con su espada.

¡Y son tres asaltos fracasados! Ante aquella ignominia, quiere morir, es imposible triunfar. Pero ni morirá ni triunfará, porque estáis viendo qu es un poco tardío tan enérgico alarde. Caballero ha tocado retirada despué de la última huída de los imperiales, sintiendo que se aproxima Osorio

su retaguardia. Pero para complacer al Marqués, que se empeña aún en pelear, se detiene un momento y espera a la briosa caballería riograndesa. He ahí el choque..., y la final dispersión de los brasileños. Puede ya alejarse. La batalla ha terminado. Caxias modera su enojo y se queda allí, en medio de más de tres mil de sus soldados caídos, sin pretender seguir a los paraguayos...

¿Es acaso un cuadro ficticio el que ha desfilado ante nuestros ojos? Creedme que no. Es la realidad de las cosas muertas, palpitando en el recuerdo, reproducida por la naturaleza.

En adelante podréis decir que habéis estado en Ytororó y que habéis presenciado la batalla

Creed al poeta., amigos míos, cuando os cuenta que. sentado sobre las ruinas del Coliseo, sintió llegar hasta él, en el silencio de la noche, el rumor del circo, y vió reproducirse las escenas sangrientas de otra edad.

Creed al campesino ingenuo que en los días de tormenta oye en las orillas del Bellaco los ecos clamorosos de la gran batalla, como si los muertos despertasen periódicamente a la vida, para seguir matándose en un duelo interminable.

....
....
....

Arenga

(Solano López)

«Soldados:

Mis esfuerzos para el mantenimiento de la paz han sido estériles. El Imperio del Brasil, poco conocedor de vuestro valor, y entusiasmo, os provoca a la guerra: la honra, la dignidad nacional y la conservación de los más caros derechos nos mandan aceptarla.

En recompensa de vuestra lealtad y largos servicios, he fijado mi atención sobre vosotros, eligiéndoos entre las numerosas legiones que forman el ejércitito de la República, para que seáis los primeros en dar prueba de la pujanza de nuestras armas, recogiendo el primer laurel que debemos añadir a aquellos que nuestros mayores pusieron en la corona de la patria y en las memorables jornadas de Paraguarí y Tacuarí.

Vuestra subordinación y disciplina, y vuestra constancia en las fatig me responden de vuestra bravura y del lustre de las armas que a vuest valor confío. Soldados y marinos: Llevad este mismo voto de confianza vuestros compañeros, que en nuestras fronteras del Norte han de unirse vosotros, y marchad serenos al campo de honor; y recogiendo gloria para patria y honra para vosotros y vuestros compañeros de armas, mostrad mundo entero cuánto vale el soldado paraguayo»

El Mariscal Solano López

El hombre de acción

(Natalicio González)

Hay en Solano López no sé qué de indomable energía e indestructib terquedad. Existe algo de metálico en su estructura.

Escribe Herrera:

«La tragedia y el romance recogerán la figura de este soldado forrad en acero, que hizo vibrar el alma del mundo con el espectáculo de su pa triotismo antiguo. «Parece que en su voluntad brama el rayo».

Y Blanco Fombona:

«El desfigurado Mariscal López, hombre magnífico y potente, acero oro, es una de las más férreas voluntades, una de las llamas psíquicas de má lumbre y lucimiento, uno de los ya más resistentes y deslumbradores d que la historia humana tenga noticia».

Ni a Herrera, ni a Fommbona se oculta la contextura metálica de héroe. Parece una creación esquiliana. Una sombría fatalidad envuelve su persona, le persigue por doquier. Su voluntad se subleva, vibra en los con trastes, se multiplica, se enciende en llamaradas magníficas, lucha sin des canso contra la porfiada adversidad de su destino, y la energía sobrehumana de este semidiós airado domina por momentos las fuerzas ciegas de la Na turaleza, burla la derrota, y el rostro iracundo se ilumina con la luz de la victoria. Corrales, Boquerón, Curupayty... se llaman esas victorias hurta das al infortunio.

No descansa un solo instante. Hace brotar soldados de la nada, impro visa ejércitos y cuando el enemigo lo cree ya aniquilado, sorprende al mundo con nuevos milagros. Su pueblo lo idolatra y él a su pueblo.

Posee una fe ciega en las superiores virtudes de su raza, y el poder ada vez mayor del enemigo no influye en la firmeza de su espíritu. «La uerza numérica y los recursos, escribe en las postrimerías de la lucha, unca se han impuesto a la abnegación y bravura del soldado paraguayo, ue se bate con la resolución del ciudadano honrado y del cristiano, y se bre una ancha tumba en su patria antes que verla ni siquiera humillada».

Solo, imperturbable, firme como su voluntad en medio de la tormenta, u actividad deslumbra y marea. A todo acude, todo lo sabe. Manda abor-lar acorazados en canoas, improvisa fortificaciones inexpugnables, y a la ombra de la noche construye trincheras en el propio campamento del ene-nigo estupefacto.

«Solano López, en defensa de su país, dice Blanco Fombona, se volvió n demonio, como Bolívar de 1813 a 1819».

Artigas en el Paraguay

(Fulgencio Moreno)

Las divergencias transitorias tienen que pasar, ya van pasando. La his-oria dejará un día de ser campo de apasionadas polémicas para ser verda-leramente historia; la solidaridad moral y económica afirmará el acerca-niento de los corazones, y entonces los pueblos de esta gran zona conti-ental, unidos por el respeto mutuo de sus tradiciones y de sus glorias, se entirán verdaderamente hermanos, así como se creyeron enemigos cuando, l repartirse la gloriosa herencia de la raza, desencadenaron sus fatales an-agonismos en el drama turbulento de la consolidación nacional.

Y bien, señores, nosotros que fuimos ruidosos protagonistas de ese lrama, y tuvimos tal vez más que ninguno nuestro lote de esfuerzos, congo-as y sacrificios, no hemos podido olvidar, nunca hemos ovidado al prócer riental, compañero de nuestros próceres en sus campañas iniciales por las Misiones y en los ensueños de una Patria grande;—alma de aquellas muche-lumbres de que surgió «Andresito», el bravo guerrero guaraní que sostuvo on fe inquebrantable el pabellón de Artigas, viendo en él quizás la reden-ión de su raza, y que como el negro Louverture, el campeón de la redención lominicana, murió de tristeza en obscura prisión, con el pensamiento cla-vado en las verdes lejanías de la patria ausente.

Nunca lo hemos olvidado. Ni ¿cómo podía suceder eso, cuando su vida

estuvo constantemente vinculada a la nuestra, es parte de nuestra pro historia? Vivió entre nosotros treinta años, no como un extranjero, sino co el viejo veterano, cuya suerte queda librada al cuidado de la Nación. M riano Roque Alonso, ex-cónsul de la República, que en cierto modo f también nuestro libertador, porque nos libró de la anarquía militar, no go de mayores consideraciones, y hasta tuvo una pensión más modesta.

Ahora sabemos ya el secreto de muchas de esas cosas. Sabenos que viejo guerrero nos tuvo un hondísimo afecto, que antes nadie había sosp chado: vinculó a esta tierra, con firme voluntad, todo ese largo crepúscu de su vida, no queriendo salir de aquí al llamado de nadie, ni al llamado la Patria, ni al llamado de la gloria; y sólo se dispuso a partir cuando cre que peligraba el Paraguay, y se ofreció a acudir a la frontera en defen de nuestro suelo.

Esa persistente voluntad fué a modo de un testamento que el Paragu ha respetado. Sus restos inanimados quedaron también entre nosotros, y, si no quedaron por mucho tiempo, es porque se los llevaron los orie tales. Era una herencia que no les podíamos disputar.

Canto Secular

(Eloy Fariña Núñez)

. . . .
«¡Paraguay, Asunción!», murmura
[el labio;
y la visión del paraíso bíblico
hace entornar los párpados y puebla
la retina de pompas tropicales.
Una tierra de sol y de silencio,
de plátanos, naranjos y perfumes,
donde el invierno es primavera riente
y sin cesar florecen las potencias
húmedas y vitales de Deméter
en desbordante plenitud de vida
y en henchimiento pródigo de savia.
O una selva total, densa y sonora,
con gratos claros para los ensueños
y para los vaivenes de la hamac
O un naranjal sin término, que inu
[c
de blancura la cámara suntuosa
de la noche del trópico en que brilla
con resplandor intenso las estrella
como en la protonoche.
O un pájaro polícromo y parlant
de cola abierta en forma de abanic
de pico rojo, de penacho de oro
y con pintas azules en el pecho.
O una escena geórgica arrancad
del opulento texto virgiliano.
O un cuadro colonial de suaves som
[bra

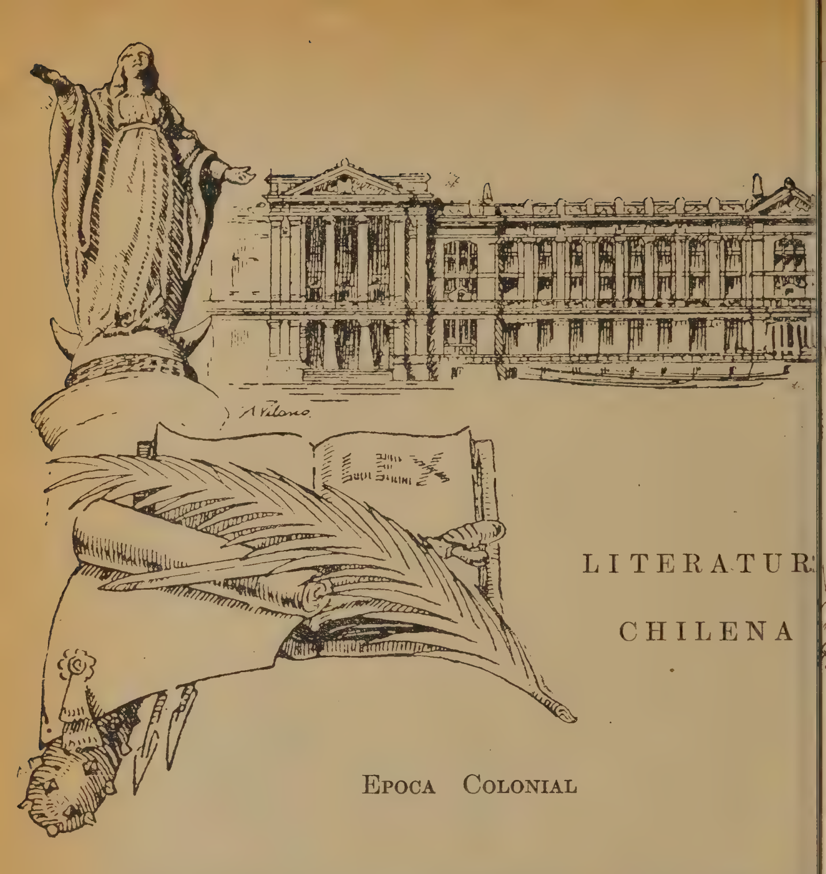
con su plaza, su iglesia, su Cabildo,
sus carretas inmóviles, sus mozas
con cántaros, y, en fin, toda la vida
de las generaciones precedentes.

. . . .

Cuidemos con amor la lengua ma-
[dre,
el guaraní rudimentario y dulce,
formado de susurros de la selva,
de cantos de aves, de rumor de fuen-
[te.
Lenguaje pintoresco y primitivo,
contemporáneo de remotas épocas,
en él el lazo primordial del hombre
con las obscuras fuentes de la tierra,
se manifiesta con mayor relieve;
en él los sentimientos son más hondos
las voces del querer son más cordiales
y las melancolías son más trágicas.
Con la plasticidad característica
de las lenguas primarias y concretas,
y la armonía imitativa, propia
del monosilabismo balbuciente,
el guaraní murmura, brilla, canta,
relampaguea, llueve, truena, ríe:
es el acento mismo de las cosas;
es la vértebra misma de los seres,

. . . .





LITERATURA CHILENA

Epoca Colonial

Aunque la más alejada de la metrópoli, y la más aislada de las colonias españolas de América, no faltaron a Chile centros de instrucción, como los colegios y universidades pontificias de los Dominicos y Jesuítas, los seminarios de Santiago e Imperial y más tarde la universidad de San Felipe, erigida en Santiago por Ortiz de Rozas en 1747.

Ercilla con su *Araucana* y el chiileno Pedro de Oña con el *Arauco Domado* ilustraron con gloria desde sus comienzos la recién fundada nacionalidad.



LA ARAUCANA

LA ARAUCANA es el mayor timbre de gloria de la épica clásica castellana. Tiene la grandiosidad de la epopeya en todos sus elementos, menos en la originalidad de la concepción y unidad de la trama, pues la intención del autor fué seguir el curso histórico de los hechos. Su autor D. ALONSO de ERCILLA Y ZÚÑIGA (1533-1594) fué un noble guerrero castellano, que vino a Chile en la expedición de D. García Hurtado de Mendoza, tomó parte en la guerra de Arauco, en la que demostró gran valor

y prudencia, pero habiendo tenido un lance personal, fué desterrado por su jefe, de quien parece se vengó privándolo de la gloria de ser el protagonista del inmortal poema que había ido escribiendo entre los azares de la guerra, y que publicó en Madrid, en tres etapas.

Fuera de la voluntaria falta de unidad de acción y de protagonista; de la inoportunidad y difusión de algunos episodios como las batallas de San Quintín y de Lepanto; del poco esmero en la versificación de algunas partes, la Araucana es un poema rico en bellezas literarias, digno de gran elogio y de imitación. Entre las más eminentes y universalmente reconocidas se pueden enumerar:

1) la veracidad y realismo de sus *descripciones*, tomadas del natural con tal viveza, que es fácil actualmente irlas recorriendo a través del territorio, a pesar de los cambios de nomenclatura.

2) *La característica* de los personajes, en lo que pocos lo han superado. Los héroes indios tienen marcadas e inconfundibles fisonomías: astucia y prudencia el anciano *Colocolo*; fuerza y resistencia sobrehumana el gigantesco *Caupolicán*; sagacidad y denuedo el animoso *Tucapel*; penetrante inteligencia y amor patrio el indomable *Lautaro*, etc.

3) *Los discursos* de los héroes acaban de caracterizarlos: corresponden exactamente a la índole que el autor señala a cada uno y son modelos del género en el plan, oportunidad y energía.

4) Las *comparaciones* recuerdan las de Homero por la brillantez y apropiada adaptación al objeto.

La versificación es sonora y el estilo flúido, pero a menudo desigual y a veces vulgar en la expresión



Argumento de la Araucana

En los primeros doce cantos se hace una descripción de Chile, de los araucanos y de su historia y costumbres antes de la colonia. En los veinticinco restantes se narra con gran realismo la lucha formidable de los dos pueblos. Para apaciguar la discordia de los caciques, que impedía la unión y victoria, el anciano cacique Colocolo propone la prueba del tronco para elegir el caudillo supremo. Triunfa Caupolicán que sostiene el tronco tres días. Los españoles son derrotados por Lautaro y se retiran a Santiago, pero, recibidos refuerzos, reaccionan; derrotan y matan a Lautaro, toman prisionero y ejecutan a Caupolicán, y continúan su avance victorioso hasta el mar de Chiloé, de donde vuelven triunfantes a la Imperial.

Arauco Domado

El *Arauco Domado* del poeta chileno Pedro de Oña (1570-1645), imitación y continuación de la Araucana, pretende completar la obra de Ercilla dando a Hurtado de Mendoza el papel

de protagonista, de que aquél lo habría privado. Aunque inf rior al modelo, escrito como por encargo y con grande apremi contiene algunas partes verdaderamente inspiradas. Escrib también un poema sobre San Ignacio de Loyola titulado *I nacio de Cantabria.*

El Purén indómito del capitán FERNANDO ALVAREZ D TOLEDO, aunque escrito en octavas reales, carece de mérit literario; es más bien una crónica rimada sobre la sublevació de araucanos en que pereció el gobernador Martín García d Loyola.

El dominico P. LÓPEZ recuerda a Quevedo por sus versc chistosos alusivos a acontecimientos contemporáneos.

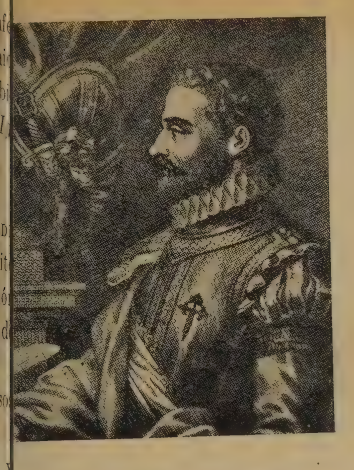
El maestro de campo FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA BASCUÑÁN (1682) en el *Cautiverio feliz* narra en forma novelesc el que sufrió él mismo entre araucanos. Es obra interesant adornada con poesías, pero recargada de digresiones.

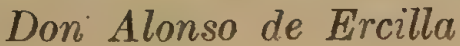
HISTORIA

PEDRO DE VALDIVIA (1510-1569) en sus cartas puede decir se que deja consignados los primeros datos fehacientes sobr la historia de Chile.

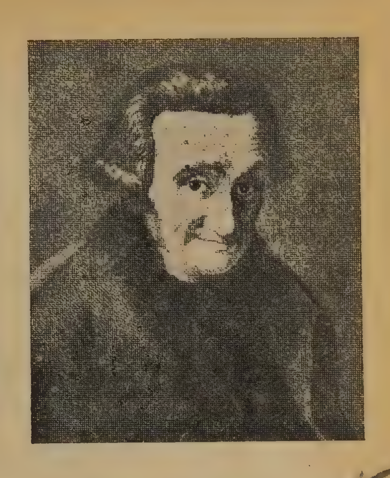
EL PADRE ALONSO OVALLE S. J. (1601-1651) es un model de estilo clásico en su *Historia y relación del Reinado de Chile* obra de gran autoridad y de gran mérito para su tiempo. *La Historia General de Chile* del P. DIEGO ROSALES S. J. (1605-1677) se lee con gran interés por el gran número de datos sobre las costumbres de los indios y sus guerras con los españoles, y por lo ameno y fácil del estilo.

EL ABATE IGNACIO MOLINA (1737-1829) jesuíta chileno, desterrado con los demás jesuítas por Carlos III en 1768, se





Don Alonso de Ercilla



Abate Molina

stableció en Bolonia, donde publicó la *Historia geográfica, atural y civil de Chile*, el *Ensayo sobre la Historia Natural de hile y la Historia Civil de Chile*, todas ellas muy notables por su asta erudición y teorías científicas, en que se adelanta a su iempo.

Menos valen, aunque de relativo mérito, las historias escritas por sus ontemporáneos *P. Miguel Olivares* S. J. (1674-1770), (*Historia civil, mitar y sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del Reino de Chi-*) y *P. Felipe Gómez de Vidaurre* S. J. (*Historia de Chile*)

DIDACTICA

Entre las múltiples obras escritas por los misioneros sobre las lenguas ndígenas sobresalen las *gramáticas y diccionarios araucanos* de los PP. *Anrés Febres* y *Luis Valdivia.*

El *P. Manuel Lacunza* (1731-1801) escribió sobre el fin del mundo y omentando el Apocalípsis una obra atrevida y original titulada *La venida el Mesías en gloria y majestad.*



Epoca Revolucionaria (hasta 1842)

El gobierno independiente creó en 1813 el *Instituto Nacional*, refundiendo los tres colegios y el seminario, y estableció una imprenta, en la que se imprimió *La Aurora*, primer periódico chileno, cuyo director fué Fray Camilo Henríquez. Poco después dos insignes extranjeros dieron poderoso impulso a la naciente literatura, el venezolano *Andrés Bello* y el español *José Joaquín de Mora.*

Fray Camilo Henríquez (1769-1825), natural de Valdivia, religioso de la congregación de la Buena Muerte, educado en Lima, volvió a Chile en la época revolucionaria. Escritor patriota y entusiasta, desplegó infatigable actividad en difundir la cultura y sostener el ambiente de la independencia nacional, con un lenguaje y estilo conformes a la época y con un espíritu

beral bebido en los autores franceses del siglo XVIII. Para lo fundó, dirigió y en gran parte redactó *la Aurora de Chile.* ntre sus obras literarias de propaganda patriótica figura en imera fila el drama romántico *Camila*, dotado de interés y da en la acción y en el diálogo, pero impregnado de un ideasmo algo falso, aunque muy acomodado a la manera de la scuela romántica de su tiempo.

Emigrado con Carrera después de la retirada de Rancaua, volvió más tarde y fundó un nuevo periódico *El Mercurio e Chile.*

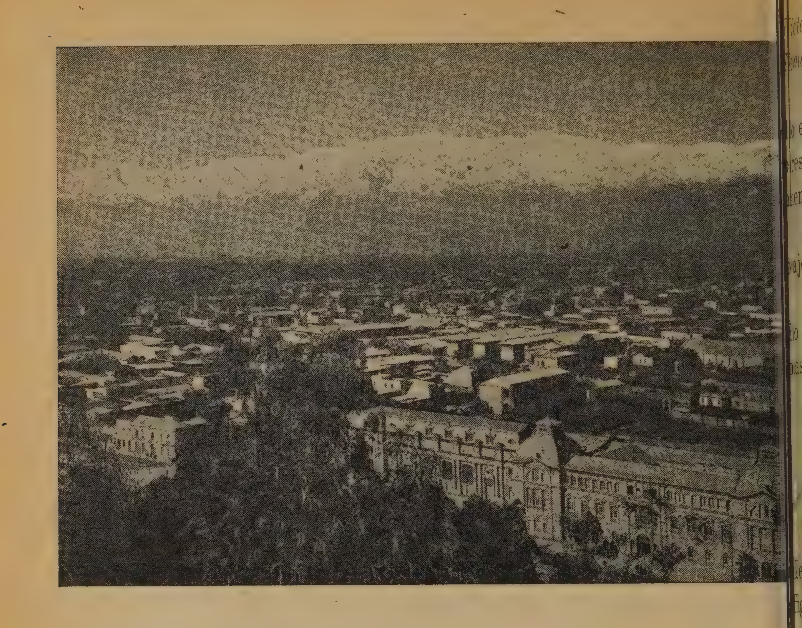
DON ANDRÉS BELLO fundó el *Colegio de Santiago*, y con su oderoso talento, su vastísima cultura e incansable tenacidad é durante treinta años el centro y apoyo de casi todo el moviiento literario de Chile, su segunda patria. Fué el primer recr de la Universidad y autor del Código Civil (1)

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA (1783-1863), desterrado de Esaña, estableciόse en Santiago en 1828, donde fundó el *Liceo e Chile* y redactó la *constitución liberal del año 28.* Sus ideas vanzadas lo obligaron a ausentarse a Bolivia, desde donde desgó su encono en insultos contra Chile. Las *Leyendas españolas* s lo mejor que ha quedado de su pluma.

MERCEDES MARIN DEL SOLAR (1804-1866) ilustra dignaente esa primera etapa de la vida nacional con sus correctas inspiradas poesías clásicas, en que celebra con entusiasmo orias patrias, o asuntos íntimos con gran ternura, como en el *anto a la muerte de Diego Portales.*

MANUEL SALAS (1754-1841), hombre benemérito de la atria por su extraordinaria actividad en promover el progreso acional, dejó consignadas sus ideas y proyectos en multitud e memorias escritas con naturalidad y sencillez.

(1) V. las obras de D. Andrés Bello en la Literatura Venezolana.



Epoca de Restauración (desde 1842)

El año 1842 señala un cambio y vigoroso renacimiento li-terario, fruto de la intensa labor que venían ejerciendo Bell[o] y Mora, y provocando por las polémicas que sostuvieron en [la] prensa algunos insignes escritores argentinos, Sarmiento, Al-berdi, Vicente López, y el uruguayo Juan Carlos Gómez, em[i]grados durante la tiranía de Rozas. Sarmiento llegó a declara[r] que en Chile no podía haber poesía por falta de ideales y d[e] formación. La respuesta nacional fué una extraordinaria efer-vescencia y emulación, que dió por resultado la formación d[e] la *Sociedad Literaria*, cuyo organizador y primer presidente fu[é]

ictorino Lastarria, y cuyos órganos de publicación fueron el *emanario Literario* y *El Crepúsculo.*

En las columnas de éstos y en el *Certamen Literario* celebra-o en 1843 fué tal el número y la calidad de las composiciones resentadas, que Sarmiento juzgó razonable retractarse públicaente de su primera aseveración.

El mismo año 1843 fué inaugurada la *Universidad de Chile* ajo el rectorado de D. Andrés Bello.

En aquel año quedó así dado el prímer impulso al fecun-o movimiento literario de Chile, que se ha sostenido vigoroso asta nuestros días.

Poesía

60

Salvador Sanfuentes (1817-18), diplomático y político, egando a ser dos veces ministro de Instrucción Pública, es la gran gura poética que produjo el movimiento del año 42. Supone un iérito extraordinario para su época, y señala una nueva etapa en literatura chilena; es gloria suya indiscutible su amor patrio, u cariño por las cosas y tipos chilenos, el interés que a veces abe infundir en sus narraciones; defecto de la época romántica s su afición a las escenas y desenlaces sangrientos y espeluz-antes. La versificación es armoniosa, aunque poco escogida; l lenguaje enérgico, pero poco esmerado y a veces vulgar. *'l Campanario* es el más correcto e interesante de sus largos oemas novelescos, (*La laguna de Renco*, *El bandido*, *Ricardo y ucía o la destrucción de la Imperial*, etc.).

Hermógenes Irisarri (1819-1886) digno discípulo de Be-o por la corrección, atildamiento y casticidad del lenguaje, ué un poeta de nota, excelente traductor de los románticos ranceses e inspirado poeta original (*Himno a la Virgen*, *a San*

Martín, al sol de Septiembre). En prosa clásica escribió artícul de crítica e historia y dirigió la publicación de la *Galería de hom bres célebres de Chile.*

Guillermo Matta (1829-1899) es lírico abundante y vig roso, aunque a menudo incorrecto y prosaico. De ideas mu avanzadas, fué apóstol del volterianismo, (*Himno de guerra de América*).

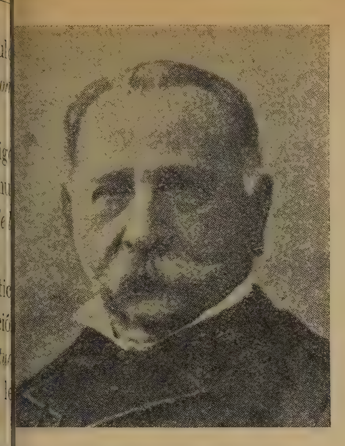
Guillermo Blest Gana (1829-1905) fué poeta románti y melancólico en *Primeros versos*, más moderado en su colecció *Armonías*, en la que van incluídas *Adiós a Chile, Oh juventu* soneto *a la Muerte* etc. Escribió también novelas, dramas y le yendas.

Domingo Arteaga Alemparte (1835-1880), orador parl mentario de estilo brillante, tradujo en verso el primer libro d *la Eneida*, y varias obras románticas de Víctor Hugo y Lord By ron. Fué también poeta original de gran corrección, como en s *Oda al amor* en estrofa manzoniana.

José A. Soffia (1843-1886) es un poeta fecundo, pero pro saico y desaliñado; satírico de gran ironía; entusiasta en las com posiciones patrióticas, tierno y delicado en la poesía sentiment (*Cartas a mi madre, Las dos hermanas*). Es este un delicado poe mita romántico, cuyo escenario pone el autor en Colombia donde fué escrito y donde es muy popular.

Martín José Lira (1835-1867) escribió también poesía de gran mérito, impregnadas de ternura y melancolía.

Eusebio Lillo (1826-1910) fué uno de los jóvenes entu siastas de la reacción del año 42. Desterrado largo tiempo e Bolivia y Perú después de la revolución del 51, actuó más tar de en la política como ministro de Balmaceda, a cuya caída s retiró a la vida privada. Es el autor de la *Canción Naciona Chilena* y otras poesías patrióticas; participa como los ante riores de las características románticas de su tiempo; es llamad





Eusebio Lillo

Eduardo de la Barra

«el poeta de las aves y de las flores» por su delicadeza y sus asuntos favoritos (*El junco, La violeta*).

Eduardo de la Barra (1839-1900). A la caída de Balmaceda emigró a la Argentina, donde vivió largo tiempo ejerciendo cargos en la Instrucción Pública, y publicando allí algunas de sus obras más notables.

Es autor de eruditos estudios filológicos y de métrica castellana, como la reconstrucción de la hoja perdida del *Cantar de Mío Cid*, la original fusión en un solo poema y en metro uniforme de diversos poemas medioevales relacionados con el Cid, obra variamente juzgada, pero de mérito indiscutible. Espíritu de gran cultura, luchador de ideas avanzadas, es poeta más original y de más amplitud que los precedentes y que poseía un gran dominio del lenguaje y de la técnica del verso. (*Poesías líricas, Rimas chilenas* (*becquerianas*), *Micropoemas*, imitaciones de Campoamor, etc.).

Luis Rodríguez Velasco (1839-1919), fué *el cantor de la patria* durante las guerras del 66 y del 79 en poesías de robusta entonación. Sobresale también en temas de la vida de hogar,

expresadas en forma interesante y amena. (*La Unión Americ na, Los héroes de Iquique, Visita a la casa paterna*).

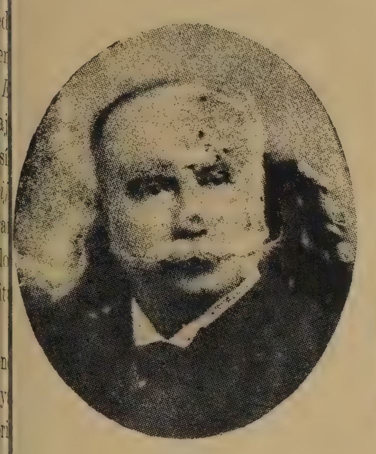
CARLOS WALKER MARTÍNEZ (1842-1905) insigne y nob paladín de la causa de Dios y de su patria, caballero sin mie y sin tacha, fué también un cultísimo hombre de letras, que e sayó los más variados géneros: la historia (*Diego Portales,* *dictador Linares*), la leyenda (*El proscrito*), artículos de via (*A través de la América del Sur, Cartas de Jerusalén*), la poes narrativa (*Romances Americanos*), la poesía popular (*El Hi del pueblo, La vuelta a la patria*, etc.) y la dramática con el gra acierto de escoger temas de la historia nacional y desarrollarl con bien urdida trama, patriotismo sincero y razonado, espírit y lenguaje lleno de varonil dignidad (*Manuel Rodríguez*).

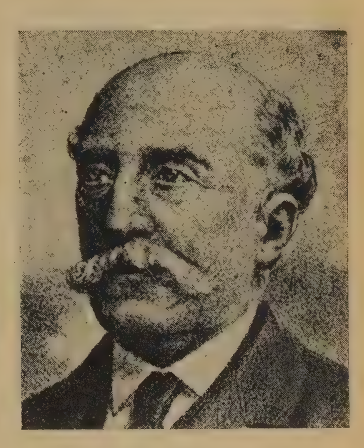
El presbítero ESTEBAN MUÑOZ DONOSO (1844-1906) tier la gloria de haber escrito en los tiempos modernos una epopey al gusto de los antiguos. *La Colombia*, cuyo tema es el descubr miento de América, es un poema netamente clásico, escrito e armoniosos versos endecasílabos libres y en lenguaje poético rico de frases, comparaciones e imágenes, que recuerdan la ma nera del siglo de oro. Sigue cuidadosamente la técnica de aquell modelos sin excluir el uso de la máquina cristiana con interver ción de ángeles y demonios. Este cerrado clasicismo há sido l causa principal de que la crítica moderna se haya mostrado veces injusta en la apreciación de este hermoso poema, que tant honra a la literatura chilena.

PEDRO NOLASCO PRÉNDEZ (1833-1907) pedagogo y diplo mático, fué poeta de gran facilidad y no menos cultura, verso sonoros de enérgico estilo y entonación, de contextura algo decla matoria, a la manera del argentino Andrade a quien parece trat de imitar (*Siluetas de la histor a*).

CARLOS PEZOA VELIZ (1879-1908), representa en Chile l lira de tema popular, la compenetración de los sentimientos d la clase trabajadora, expresados en forma artística. Su estilo e

eno de animación y fantasía, adornado de frases y figuras uy personales y en vibrante forma métrica (*El amor de la mbre*, *Pancho y Tomás*, *Juan Pereza*).







Carlos Walker Martínez *Alberto Blest Gana*

FRANCISCO CONCHA CASTILLO (1855-1928); entre sus estuios críticos mencionaremos su discurso de recepción en la Acaemia sobre *La Poesía chilena;* sus poesías se coleccionaron con s título de *Al vivir* y *Escenas líricas*.

ABEL GONZALEZ (1879-1930) en *Tierra chilena* ha publiado una selecta colección de primorosas composiciones en que mpea el más acendrado amor a los tipos, escenas y costumres nacionales.

Luis Barros Méndez (1905) fué un poeta ecléctico, de buen gusto y coecta forma, autor de primorosas poesías (*Expansiones*) en que canta los ás elevados y bellos ideales de un alma profundamente cristiana, como en inspirado poema *La Virgen del boldo*.

Enrique del Solar (1844), hijo de la gran poetisa chilena, fué digno hedero de las cualidades estéticas de su madre, como pone de manifiesto en s novelas y sus poesías, llenas de delicado sentimiento (*Dos hermanas*, *ıs bodas de Andalién*, etc.).

Entre los poetas actuales no afiliados a las escuelas mo dernas y que podrían llamarse *clásicos* o *eclécticos*, sobresalen lo siguientes:

Julio Vicuña Cifuentes (1865), autor de *La muerte d Lautaro*, tragedia heroica en verso: *Poesías americanas*, tradu ciones de las del poeta brasileño Gonçalves Días; *Cosecha d Otoño*, poesías originales; estudios del *folklore* chileno: *Mitos supersticiones*, *La coa*, *Romances populares y vulgares*.

Samuel A. Lillo (1870), además de su obra didáctica *L teratura Chilena*, entre su vasta producción poética merecen c tarse *Canciones de Arauco*, los poemas *La Concepción*, y *L Escolta de la bandera* y los cantos líricos *Chile heroico, a la Am rica Latina, a la Lengua Castellana, a Vasco Núñez de Balboa* et Su última colección *Cantos filiales* ha sido premiada por la Aca demia Española.

Diego Dublé Urrutia (1877) es lírico y descriptivo en las poesías conte nidas en la colección *Del mar a la montaña* y en *Fontana cándida; An tonio Orrego Barros* (1880) ha publicado poesías de sabor popular, a l manera de los poetas gauchescos: *Alma criolla*, y en el mismo estilo drama trágico *La marejá;* el presbítero *Abel Arellano* (*Ecos de gloria*) e clásico tradicional, *Bernardino Abarzúa*, capellán castrense, es además d poeta delicado, un escritor humorístico, de chispeante vena. *Francisco Do noso* (1896) (*Myrrha*) es poeta ecléctico que ha participado de la influenci de las nuevas corrientes, y es también crítico original de vasta erudició (*Al margen de la poesía*).

Poetas Modernos

A las nuevas escuelas, aunque con gran variedad, según e vaga e indecisa la doctrina y los límites de las mismas, se puede referir los siguientes escritores:

Pedro Antonio González (1863-1903) que inicia el movi miento a imitación de Rubén Darío, pero conservando siempr su propia personalidad, y comprendiendo el valor de l

ueva escuela sin caer, como otros, en extremos absurdos. Es e hondo sentimiento en la poesía íntima, de gran energía en ıs composiciones filosóficas de tendencias liberales. *El Monje,* ı más célebre, encierra en el fondo un determinismo malsano una implícita negación de la Providencia.

LUIS FELIPE CONTARDO (1880-1923) presbítero, insigne rador sagrado, fué también un eximio poeta, de forma correcsima, de profunda inspiración, saturada de ternura y optiıismo (*Cantos del camino*).

MANUEL MAGALLANES MOURE (1878-1924) poeta de honda ıspiración, unas veces sencillo, profundamente sentimental, intoresco cantor de la naturaleza (*Facetas, Matices*); otras riginal, extraño, enigmático (*Maese Salomón, Madre mía,*) y en ue, siguiendo la corriente modernista, gusta de quebrar el tmo y cortar artificiosamente el verso (*La Jornada*).

Poetas de honda inspiración y espíritu filosófico fueron AUGUSTO WINTER (1868-1930) a quién ha dado celebridad su preosa poesía *La fuga de los cisnes*, CARLOS MONDACA (1881-1928) *Recogimiento*) y ALLAN SAMADHY (Higinio Espíndola) (*Horas erdidas*).

De los *actuales* que pertenecen o participan de las escuelas modernas, ıtre los menos jóvenes y de quienes puede suponerse que ya han definido ı tendencia literaria, citaremos los nombres de *Antonio Bórquez Solar* 874) (*Laudatorias heroicas*); *Ernesto Guzmán* (1877) (*El árbol iluminado*); *Miguel Luis Rocuant* (1877) (*Brumas*); *Jorge González Bastías* (1879) *Poemas de las tierras pobres*); *Víctor Domingo Silva* (1882) (*Hacia allá*); *erónimo Lagos Lisboa* (1883) (*Yo iba solo*); *Pedro Prado* (1886) (*Los páros errantes*); *Francisco Contreras* (1887) (*Luna de la patria*); *Daniel de Vega* (1892) (*Al calor del terruño*); *Carlos Préndez Saldías* (1892) (*Luna ueva de Enero*); *Angel Cruchaga Santa María* (1893) (*La ciudad invisible*); *edro Sienna* (1893) (*La caverna de los murciélagos*); *Augusto Iglesias* (1895) *Francisco de Asís*); *Jorge Guzmán Cruchaga* (1896) (*Agua de cielo*); *Vinte Huidobro*, que reclama para sí la iniciación del *creacionismo*, etc.

Entre las poetisas figuran *Graciela Sotomayor de Concha* (*Un recuer de amor*, drama); *Elvira Santa Cruz Ossa* (Roxane), (*Flor silvestre, novel* *Aída Moreno Lagos* (*Dolidamente*); *María Monvel* (*El remanso del ensueñ* *Ana Neves* (*Sutilezas*), y sobre todo *Gabriela Mistral,* seudónimo de *L cila Godoy,* cuyas poesías por la honda emoción y fuerza de su lirismo han colocado entre las primeras poetisas modernas. (*Desolación*).

Teatro

En la poesía dramática a los ya citados han de añadirse *Carlos Be* (1815-1854), hijo de Don Andrés, que inició el teatro artístico con *L amores del poeta,* drama en prosa, que a pesar de su escaso mérito tu gran resonancia al ser representado en el año 1842; *José A. Torres A* (1828-1864)) obtuvo igualmente gran éxito de circunstancias con su entusia ta drama patriótico en verso *La Independencia de Chile; Daniel Calde* (1855-1892) con el drama pasional y romántico *El Tribunal de honor;* *A tonio Espiñeira con Amor y Patria; Víctor Torres Arce* (1847-1885) (*Los a amores*); *Ricardo Fernández Montalva* (1866-1899) (*La mendiga*); *Rom Vial* (1883-1897) y *Juan Rafael Allende* en la comedia.

En los últimos años ha sobresalido *Armando Moock,* cuyas obras se r presentan con gran éxito en Buenos Aires (*Pueblecito,* de costumbres chi nas, *La serpiente, Yo no soy yo*); *Nataniel Yáñez Silva,* notable crítico y e sayista, ha cultivado el teatro social y psicológico (*El musgo, El huracá Espérate, corazón*). También han obtenido éxitos teatrales el inspirado p ta y publicista *Daniel de la Vega* (*Cielito, El bordado inconcluso*), el notab novelista *Mariano Latorre* (*La sombra del caserón*), *Alejandro Flores,* act de sus propias obras (*La comedia trunca*). Recientemente obtuvo un éxito r sonante la comedia de costumbres *Mamá Isabel,* obra de *Luis Pizarro* *Francisco de Borja Cifuentes.*

El teatro criollo está representado por *Antonio Acevedo Hernánd* (*Por el atajo, La canción rota*) que expone con gran realismo escenas de vida del pueblo.

En el teatro festivo *Gustavo Campaña Gandarillas* y *Pedro J. Malbr* han escrito en colaboración y estrenado en poco tiempo con gran éxito m de veinte sainetes y juguetes cómicos (*Blanco, azul y rojo, Una famil sincera, A última hora*).



Novela

Alberto Blest Gana (1830-1920) es en tiempo y en mérito el primer novelista de Chile y uno de los mejores de América. Es autor netamente nacional, que ha sabido observar minuciosamente la realidad de las cosas, tipos y costumbres de su patria, y reproducirlas con arte admirable en sus múltiples novelas, modelos de interés, colorido, resurrección del pasado, y escritos en lenguaje y estilo correcto y elegante. *Durante la Reconquista*, *Martín Rivas*, *El loco Estero*, *El ideal de un calavera* son las novelas en que más campean dichas cualidades.

Sin llegar al modelo, participaron de su ejemplo algunos dignos imitadores: *Daniel Barros Grez* (1834-1904) (*Pipiolos y pelucones*, *La Academia política literaria*); *Vicente Grez* (1843-1909) (*Marianita*, *La dote de una joven*); *Liborio Brieba* (*El capitán San Bruno*, *los Talaveras*); *Federico Gana* (1867-1926) (*Días de campo*); los propagandistas anticlericales *Martín Palma* y *Ramón Pacheco*.

Baldomero Lillo (1867-1923) en sus dos series de narraciones *Sub terra* y *Sub sole* se clasifica entre los mejores narradores americanos por el realismo y el sentimiento con que en forma sobria y expresiva describe y compadece los sufrimientos de las clases minera y labradora.

Daniel Riquelme (1857-1912) activo periodista, es autor de cuent y escenas de costumbres, escritos con gran ingenio y gracia, como los co prendidos en sus colecciones *Chascarrillos militares* y *Bajo la tienda.*

Cultivaron también la novela y el cuento muchos de los autores ya tados en la poesía y didáctica. *Entre los actuales* citaremos los nombres *Luis Orrego Luco* (1866) (*Casa grande, El tronco herido*); *Emilio Rodrígu Mendoza* (1873) (*Vida nueva, Remansos del tiempo*); *Joaquín Edwards Bell* (*El roto, Un chileno en Madrid*); *Eduardo Barrios* (1884) (*Páginas de u pobre diablo, El Hermano Asno*); *Tomás Gatica Martínez* (1883) (*El am de Juan Nadal*); *Jenaro Prieto* (1889) (*El Socio*); *Sadi Zañartu,* (189 (*La sombra del Corregidor*);*Augusto D'Halmar* (*Juana Lucero*); *María Lui Fernández de G. Huidobro* (*María del Carmen*), y *Egidio Poblete* (*La av nida de las acacias*).

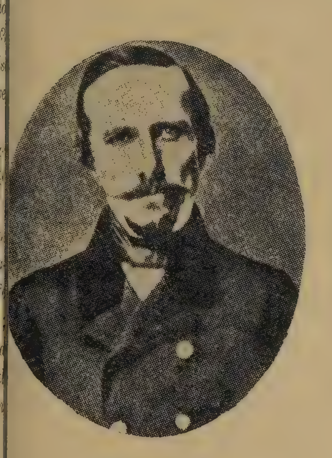
En la novela corta, el cuento y narración popular: *Javier Vial Sol* (1854) (*Tapices viejos*); *Mercedes Vial de Ugarte; Aurelio Díaz Meza* (187 (*Leyendas y episodios chilenos*); *Rafael Maluenda* (1885) (*Los ciegos Fernando Santiván,* (1886) (*La Hechizada*); *Mariano Latorre* (*Cuent del Maule, Cuna de cóndores, chilenos del mar*); el presbítero *Julio Ra mírez* (1889) (*Del mar y la sierra*); *Carlos Acuña* (1889) (*A flor d tierra*); (*Inés Echeverría de Larraín*) (Iris) (*Cuando mi tierra nació Marta Brunet* (*Montaña adentro*); *Berta Lastarria Cavero* (*Leyendas de l colonia*); *Salvador Reyes* (*El último pirata*); y en nuestros días *Manue Rojas* (*Hombres del Sur*); *Luis Durand* (*Tierra de pellines*), y *Joaquín Ortega Folch* (*Betsabé*).

Didáctica

La difusión de ideas en lenguaje artístico ha tenido lugar en gran parte desde las columnas de la prensa. Casi todos los grandes escritores han colaborado en mayor o menor escala en el periodismo.

José Victorino Lastarria (1817-1888), natural de Rancagua, hombre de extraordinario aliento y actividad, profesor, ministro, diplomático, magistrado, ejerció toda su vida una acción preponderante sosteniendo con gran pasión las ideas más atrevidas y avanzadas. El fué el alma del movimiento literario

del año 1842, fundador de la *Sociedad Literaria* y sus portavoces *El Semanario* y *El Crepúsculo*. Cultivó casi todos los géneros y fomentó los estudios históricos y eruditos, pero su apasionamiento y sectarismo merman el valor de muchas de sus obras. (*Historia Constitucional de Chile, Influencia social de la conquista*) *Los Recuerdos Literarios*, en forma de memorias muy



José Joaquín Vallejo



Joaquín Díaz Garcés

personales y tendenciosas, son una serie de cuadros y retratos de escenas y personajes de su tiempo.

Francisco Bilbao (1823-1865) fué el más enérgico y exaltado compañero de Lastarria en su propaganda contra el cristianismo, la que inició desde los veinte años con su estudio «*La sociabilidad chilena*» publicado en El Crepúsculo.

José Joaquín Vallejo (1811-1858) por seudónimo *Jotabeche*, es el gran escritor satírico de Chile, quizá el primero de América. Aseméjase a Larra, pero sin participar de su pesismismo y misantropía, antes se adivina siempre en él un alma

buena, que simpatiza con la misma sociedad cuyos defectc zahiere para corregirlos, y conserva siempre un inalterable bue humor y espíritu jovial a través de sus incomparables artículc de costumbres.

VICENTE PÉREZ ROSALES (1754-1841), en *Recuerdos de pasado* dejó consignados con gran sinceridad y colorido un serie de acontecimientos de su época y de su vida aventurera

MANUEL BLANCO CUARTÍN (1822-1899), gran conocedor d la lengua castellana, que manejaba con gran facilidad, compus pocas, pero muy bellas poesías, y en prosa es uno de los escritore más castizos de América. Ingenioso y punzante polemista en l prensa, provocó una famosa controversia con su célebre estudi «*Lo que queda de Voltaire*».

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE (1834-1882), natural de Con cepción, colaboró en varios periódicos y revistas, sobresaliend por su gran sagacidad y elegancia, cualidades que puso de ma nifiesto en los retratos de los personajes militantes de su tiemp descritos en su famosa obra «*Los constituyentes de 1870*». Junt con él y con cualidades similares colaboró en la prensa su hermano, el poeta ya citado Domingo Arteaga Alemparte.

ISIDORO ERRÁZURIZ (1835-1898) hizo sus estudios en Alemania y Norte-América; apasionado político y revolucionario desterrado por disensiones de la lucha, fué en la prensa un polemista temido, vigoroso y de acerada ironía. En su juventud cultivó la poesía manifestándose poeta fácil e inspirado, aunque poco pulido. En la oratoria figura entre los más brillantes y vehementes de Chile.

RAFAEL EGAÑA (1851-1922) escritor fecundo y popular, de lenguaje castizo, estilo ameno y variado, además de sus notables artículos de costumbres, cultivó el género narrativo (*Los mártires del rancho*, *Leona*, *María*), la literatura crítica y consagró

gran parte de su vida a la prensa periódica con grande aceptación del público.

ZOROBABEL RODRÍGUEZ (1839-1901) conservador y clásico como el anterior, ensayó gran variedad de formas literarias; orador y controversista, escribió también una famosa novela *La Cueva del loco Eustaquio*, y publicó el primer *Diccionario de chilenismos*, ardua y patriótica tarea en que pronto lo imitaron el presbítero CAMILO ORTÚZAR, ANÍBAL ECHEVERRÍA REYES, el filólogo alemán LENZ, FIDELIS DEL SOLAR, y por fin el eruditísimo escritor, verdadera gloria de Chile MANUEL ANTONIO ROMÁN, Vicario General de Santiago, cuyo diccionario honra la literatura hispánica por aunar en él la más sólida filología con la elegancia y dominio de la lengua. JUAN P. SALAS ERRÁZURIZ, erudito filólogo, es autor de una magistral traducción en verso del teatro de Esquilo.

JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS (1878-1921), espíritu de amplísima cultura y exquisito gusto, estilista que supo unir una gran concisión y fuerza con una chispeante vivacidad, fué batallador y temible en la polémica; articulista de costumbres dotado de una fuerza satírica que recuerda a Larra y a los humoristas ingleses; autor de leyendas y narraciones históricas nacionales de gran poder de evocación, y de una novela de costumbres *La voz del torrente*, de lo mejor que en su género se ha escrito en Chile. *Páginas chilenas* y *Páginas de Angel Pino* son colecciones de algunos de sus mejores artículos, cuentos y leyendas.

En los estudios filológicos, cultivados en Chile con una solidez y constancia de que no hay quizá ejemplo semejante en ninguna otra región de lengua castellana, han continuado esa gloriosa tradición, entre otros muchos, algunos ya citados, *Enrique Nercasseau Morán*, *Miguel Luis Amunátegui Reyes* (1863), (*Don Andrés Bello* y el *Derecho Civil*), el alemán *Federico Hansen*, el franciscano *P. Raimundo Morales* (*Críticas y discursos*) y el presbítero *Francisco Cavada* (1859) (*Literatura chilena*).

En la crítica literaria han sobresalido casi todos los anteriores, cuyos nobles ejemplos continúan actualmente en la prensa muchos e insignes escritores, entre ellos *Pedro Nolasco Cruz* (1859), *Misael Correa Pastene* (1870), *Eleodoro Astorquiza* (1884), *Armando Donoso* (nuestros poetas), *Nataniel Yáñez Silva, Manuel Vega, Hernán Díaz Arrieta, Juana Quindos de Montalva, Arturo Torres Ríoseco* (1887) (*Precursores del Modernismo*), el presbítero francés *Emilio Vaïsse* (por seudónimo *Omer Emeth*), *Eduardo Solar Correa* (1891) (*Idioma Patrio*) y *Aliro Carrasco* (1894) (*Letras Hispano Americanas*).

En la didáctica filosófica se han señalado *Jorge Huneeus Zegers* (1835-1889) autor de la magistral obra jurídica *La Constitución ante el Congreso*, el *P. Zoilo Villalón* S. J. con su profundo *Tratado Teológico-Legal de Justicia*, el presbítero *Rafael Fernández Concha* con las sólidas y eruditas obras *Filosofía del Derecho y El hombre en el orden sociológico; Alberto Edwards Vives* autor del notable estudio histórico-crítico *Fronda Aristocrática*; en nuestros días el *presbítero Julio Restat* con su monumental obra de propaganda *Dios ante la Filosofía y la Ciencia y Roberto Peragallo* autor del notabilísimo estudio *Iglesia y Estado, Ricardo Dávila Silva* (1873) (*El Neoplatonismo*), *Francisco Araya Bennet* (*Hispanismo*), *Enrique Molina* (1871) (*Filosofía Americana*), *Luis David Cruz Ocampo* (1890) (*La intelectualización del arte*) los hermanos *José* (1861) y *Paulino Alfonso* (1862) fecundos y eruditos publicistas.

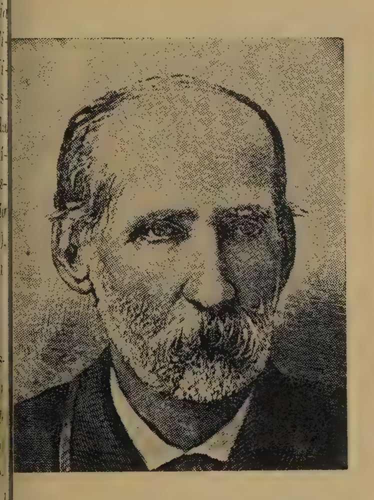
En la prensa han sobresalido también como agudos satíricos en cuestiones políticas y sociales *Rómulo Mandiola, Rafael Egaña* (1851-1922), poeta y novelista; *Vicente Reyes* (1835-1918); *Justo Arteaga Alemparte* (1834-1882) de gran sagacidad y elegancia, como en los retratos de «*Los Constituyentes del año 1870*»; *Rafael B. Gumucio* controversista de impecable y castizo estilo; *Juan Rafael Allende* (1850-1909), autor de poesías satíricas y heroicas durante la guerra del Pacífico, *Joaquín Walker Martínez*, dotado de acerada pluma e indomable energía; *Roberto Huneeus Gana* (1867-1929) crítico y poeta.

Entre los actuales *Carlos Silva Vildósola, Augusto Orrego Luco, Roberto Huneeus Gana, Luis Rafael Gumucio, Jenaro Prieto, Ismael Edwards Matte,* etc.

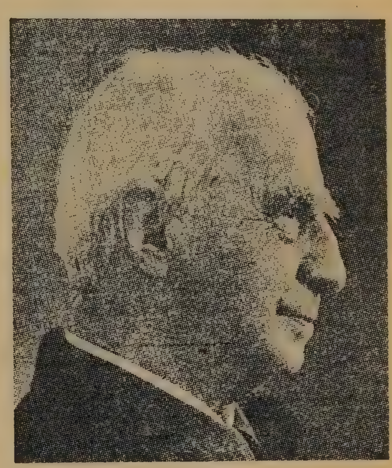
Historia

Los estudios históricos, casi reducidos en la época anterior a meras memorias universitarias, adquirieron posteriormente un desarrollo extraordinario, y presentan los nombres de algunos de los más eminentes historiadores de América.

El presbítero José Ignacio Víctor Eyzaguirre (1817-1883) sobrino de Diego Portales, fué el fundador del célebre



Miguel Luis Amunátegui

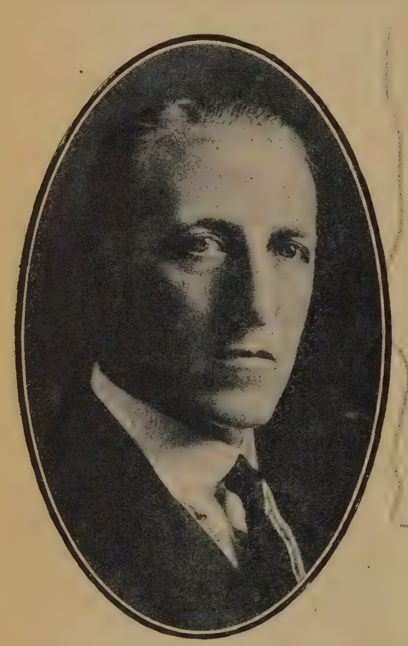


Monseñor Crescente Errázuriz

Colegio Pío-Latino Americano de Roma, y como historiador, además de su *Historia política, eclesiástica y literaria de Chile* nos legó dos obras que han sido traducidas al francés: *Los intereses católicos en América* y *El Catolicismo en presencia de sus disidentes.* Fué además orador de gran vuelo, justamente apre-

ciado dentro y fuera de su patria. Es de los chilenos que má han contribuído a dar a conocer y apreciar a Chile fuera de su fronteras.

Miguel Luis Amunátegui (1828-1888), notable profesc y político de alta actuación, candidato a la presidencia, escribi constantemente en colabora ción con su hermano Gre gorio (1830-1899). Ambc son beneméritos de la histori patria por su paciente labo investigadora, riqueza d citas y honradez crítica. So más científicos que artistas pero de lenguaje correctc castizo y esmerado. (*Histori política y eclesiástica de Chile Biografías de chilenos célebres El descubrimiento y conquista de Chile, La dictadura d O'Higgins* etc.).



Carlos Silva Vildósola

Diego Barros Arana (1830-1907)) representa en la instrucción pública una influencia que, si bien muy inferior, recuerda la de Andrés Bello, aunque de espíritu diametralmente opuesto, pues su labor fué siempre anticristiana. Proverbiales fueron su constancia y laboriosidad; compuso gran número de excelentes manuales de estudio, muy apreciados dentro y fuera de Chile. Pero su fama de escritor va especialmente unida a su monumental *Historia de Chile*, escrita en estilo correcto, pero monótono y poco expresivo, obra de gran aliento

y prolija investigación, pero en la que su espíritu sectario menoscaba a menudo la imparcialidad, y cuya veracidad pierde de valor a medida que avanza la crítica serena.

RAMÓN SOTOMAYOR VALDÉS (1830-1903) *en su Historia de Chile durante cuarenta años* (1831-1871), esto es, la época de la preponderancia conservadora, sólo pudo llegar hasta el año 1841, pero esos cuatro tomos bastan para calificarlo de eminente historiador por el acopio y crítica selección de los documentos, la objetividad de la narración, la severa imparcialidad, a pesar de su amor a la causa que patrocinaba, por el método, la claridad y lo esmerado y elegante del estilo.



José Toribio Medina

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA (1831-1886) tomó parte en las revoluciones del 51 y del 59. Desterrado, viajó largo tiempo por varios países de Europa y por Norte-América, acopiando datos para la historia. Fué más tarde intendente de Santiago, que a él debe buena parte de sus adelantos edilicios. Ardoroso patriota, enamorado de las glorias y tradiciones nacionales, es historiador de una facilidad y fecundidad asombrosa, cuyo repertorio alcanza a ciento sesenta volúmenes; de un estilo brillante, lleno de atractivo, aunque poco correcto. Poco severo en la crítica y documentación, sus obras históricas tienen algo de épico y novelesco. (*El ostracismo de los Carreras, El ostracismo de O'Higgins, Vida de Don Diego Portales, Album de las glorias de Chile* etc.).

Entre los autores nacionales que aún viven, citaremos por su ya larga y definitiva labor la venerable figura del arzobispo de Santiago, MONSEÑOR CRESCENTE ERRÁZURIZ (1839), autor de obras históricas, en que la investigación y el arte se han unido para constituir una verdadera y minuciosa resurrección de la época descrita, como en *Seis años de Historia de Chile* (1598-1605); *Orígenes de la Iglesia chilena* (1504-1603) etc.

JOSÉ TORIBIO MEDINA (1852-1930) prodigio de investigación histórica, de una fecundidad tal que ha escudriñado no sólo la historia de Chile, sino la de toda América y aun de España como lo deja consignado en cerca de un centenar de tomos publicados.

Entre otros de reciente actuación han figurado: Monseñor *Carlos Silva Cotapos*, obispo de Talca (*Historia Eclesiástica de Chile, Vida del obispo Rodríguez Zorrilla*); *Gonzalo Bulnes* (1851) (*Historia de la Guerra del Pacífico*), *Valentín Letelier* (1852-1919) (*La evolución de la historia*), *Jorge Huneeus Gana* (*Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*), *Domingo Amunátegui Solar* (1860) (*Historia de la Conquista y Colonia de Chile, Bosquejo histórico de la Literatura Chilena*). *Ricardo Salas Edwards* (*Balmaceda y el parlamentarismo en Chile*), el *P. Félix A. Cepeda C. M. F.* (*Flores de América, América Mariana*); *Tomás Thayer Ojeda* (1877) (*Santiago durante el siglo XVI, Las antiguas ciudades de Chile, Los Conquistadores de Chile*) etc.

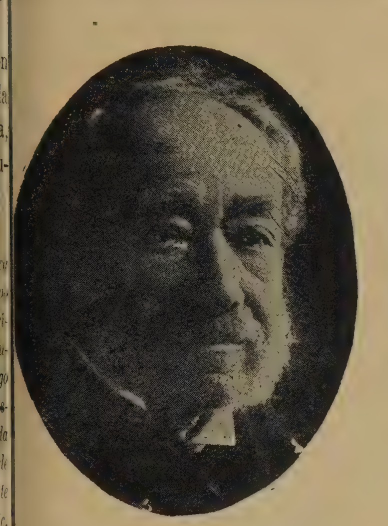
ORATORIA PARLAMENTARIA

En la oratoria política se han distinguido por su elocuencia un gran número de los hombres más influyentes en la marcha de la república.

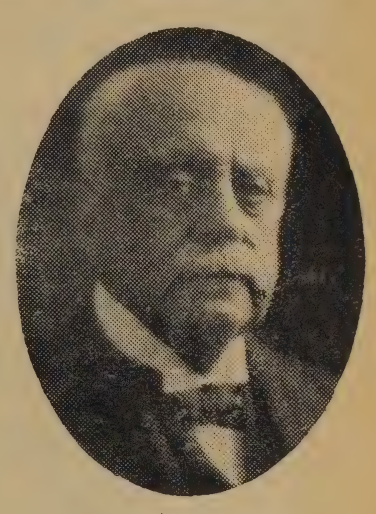
Entre los más elocuentes y brillantes pueden numerarse: ANTONIO GARCÍA REYES (1817-1855) por su estilo rápido, atrevido y apasionado; el Presidente JOSÉ MANUEL BALMACEDA (1840-1891) dotado de gran energía y exuberancia de forma; CARLOS WALKER MARTÍNEZ (1842-1905) de un valor, honradez

y entusiasmo proverbiales, incansable defensor de la causa católica; Isidoro Errázuriz (1835-1898) fogoso y grandilocuente como el anterior, y como él, luchador y dominador de multitudes.

Entre los oradores de forma menos brillante: el Presidente Manuel Montt (1809-1880) más raciocinador que elocuente;



Abdón Cifuentes



Ventura Blanco Viel

Manuel Antonio Tocornal (1817-1867), de estilo moderado, pero muy lógico y convincente; Ambrosio Montt (1830-1899) de forma atildada y elegante; Eulogio Altamirano (1836-1905) cuyos períodos cadenciosos dan cierta solemnidad a su estilo; Julio Zegers (1833-1918) a quien caracteriza cierta agudeza ingeniosa y a menudo irónica; Marcial Martínez (1831-1918) más notable aun en el foro que en el parlamento por su fuerza, lógica y sobriedad de estilo; Máximo Lira (1845-1916) de acera-

da dialéctica, unida a una gran mesura y buen gusto; ENRI-QUE MAC IVER (1845-1922) orador de gran dominio por su se-renidad, corrección y lógica; ABDÓN CIFUENTES (1836-1928) de larga y benemérita actuación política en defensa de los dere-chos de la Iglesia y de las libertades públicas; VENTURA BLAN-CO VIEL (1846-1930), digno compañero del anterior en la luch- por el bien, tan notable en la oratoria parlamentaria como e- la académica, siempre en forma correcta y de gran armonía.

Entre los que aún figuran y han sobresalido por su elocuencia merece- citarse *Juan Agustín Barriga* y *José Ramón Gutiérrez* entre los de idea- conservadoras, y *Santiago Labarca, Eleodoro Yañez* y el ex-presidente *Artu-ro Alessandri* entre los de doctrinas liberales.

ORATORIA SAGRADA

Grande es en Chile el número de los prelados y sacerdote-

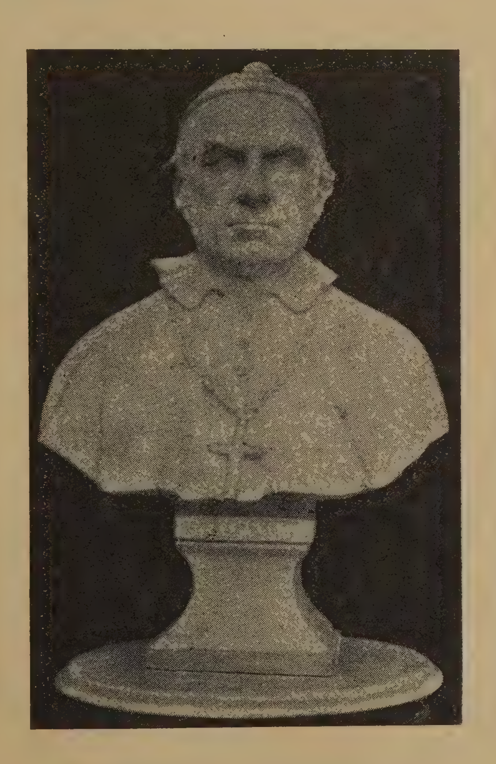


Iltmo. Sr. Ramón Angel Jara

eminentes que han sabido añadir a la verdad el esplendor del arte literario.

JOSÉ HIPÓLITO SALAS (1812-1883) obispo de Concepción, fué dentro y fuera de Chile un elocuente oráculo del cristianismo por su sólida doctrina, variedad y dominio del auditorio, que puso de manifiesto hasta el mismo Concilio Vaticano.

RAFAEL VALENTÍN VALDIVIESO (1804-1874), arzobispo de Santiago, se caracteriza por la lógica de su razonamiento y la sobriedad del estilo.



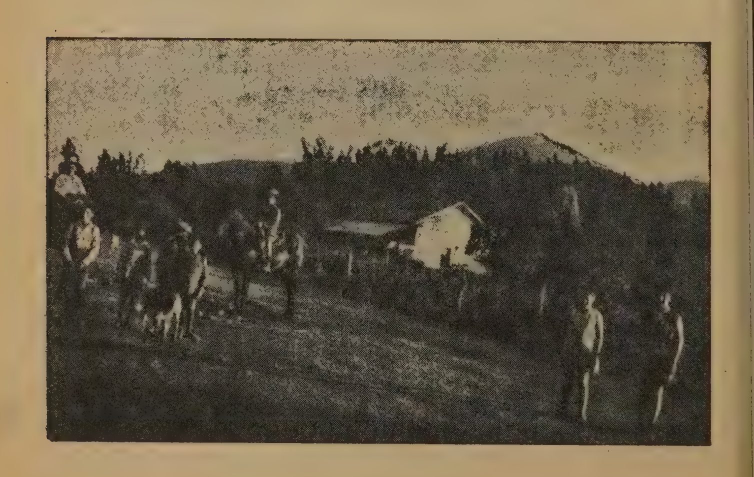
Rafael Valentín Valdivieso

Mariano Casanova (1833-1898), su sucesor, por la unción sagrada, la elegancia, el profundo conocimiento de la Biblia y la extraordinaria fecundidad.

Ramón Angel Jara (1852-1917), obispo de La Serena, es el más grandilocuente de los oradores chilenos, el que más ha dado a conocer y estimar a su patria en el Viejo Mundo. De vasta cultura, sólida doctrina, alma apasionada, arrebataba los auditorios con su brillante y patética dicción. Distinguióse de un modo especial en los sermones de circunstancias y elocuciones patrióticas.

Joaquín Larraín Gandarillas (1822-1897), obispo auxiliar de Santiago, poseía igualmente una elocuencia avasalladora, aunque de forma menos pulida.

Rayaron también muy alto en el púlpito, ilustrando la divina doctrina con sus notables facultades poéticas *Rodolfo Vergara Antúnez* (1848-1914), *Esteban Muñoz Donoso* (1844-1906) y *Clovis Montero* (+ 1929); *Francisco de Paula Taforó* (1817-1889) se distinguió más por la unción y fantasía que por la solidez y corrección.





ANTOLOGIA

«La Araucana»

(Ercilla)

Introducción

No las damas, amor, no gentilezas
caballeros, canto enamorados,
las muestras, regalos ni ternezas
amorosos afectos y cuidados;
as el valor, los hechos, las proezas
aquellos españoles esforzados
e a la cerviz de Arauco no domada,
sieron duro yugo por la espada.

Cosas diré también harto notables
de gente que a ningún rey obedecen;
temerarias empresas memorables
que celebrarse con razón merecen;
raras industrias, términos loables
que más los españoles engrandecen;
pues no es el vencedor más estimado
de aquello en que el vencido es repu-
[tado.

Suplícoos, gran Felipe, que mirada
esta labor, de vos sea recibida,
que de todo favor necesitada,
queda con darse a vos favorecida;;
es relación sin corromper, sacada
de la verdad, cortada a su medida,
no despreciéis el dón aunque tan po- [bre
para que autoridad mi verso cobre.

Quiero a Señor tan alto dedicarlo
porque este atrevimiento lo sostenga
tomando esta manera de ilustrarlo
para que quien lo viere en más lo [tenga;
y si esto no bastare a no tacharlo,
a lo menos confuso se detenga
pensando que, pues, va a Vos dirigido
que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo cria- [do,
que crédito me da por otra parte,
hará mi torpe estilo delicado,
y lo que va sin orden, lleno de arte;
así de tantas cosas animado,
la pluma entregaré al furor de Marte;
dad orejas, Señor, a lo que digo,
que soy de parte de ellos buen testigo.

Chile, fértil provincia, y señalada
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa;
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida.

Es Chile norte a sur de gran l[...] [gu[...]
costa del nuevo mar, del Sur llama[...]
tendrá del este al oeste de angost[...]
cien millas por lo más ancho toma[...]
bajo del polo antártico en altura,
de veinte y siete grados prolonga[...]
hasta do el mar Océano y Chile[...]
mezclan sus aguas por angosto se[...]

Y estos dos anchos mares, que p[...] [tend[...]
pasando de sus términos, juntarse,
baten las rocas y sus olas tienden,
mas esles impedido el allegarse;
por esta parte al fin la tierra hiend[...]
y pueden por aquí comunicarse;
Magallanes, Señor, fué el primer ho[...] [h[...]
que, abriendo este camino, le d[...] [nomb[...]

Canto II

Retrato de Caupolicán.—Su Triunfo en la Prueba del Tronco

Ufano andaba el bárbaro conten[...]
de haberse más que todos señalad[...]
cuando Caupolicán a aquel asient[...]
sin gente a la ligera había llegad[...]
tenía un ojo sin luz de nacimien[...]
como un fino granate colorado:

ero en lo que en vista le faltaba,
la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
rón de autoridad, grave y severo,
nigo de guardar todo derecho,
pero, riguroso y justiciero;
cuerpo grande y relevado pecho,
bil, diestro, fortísimo y ligero,
bio, astuto, sagaz, determinado,
en cosas de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
nque no sé si todos se alegraron:
caso en esta suma referido
r su término y puntos le contaron.
endo que Apolo ya se había escon-
[dido
el profundo mar, determinaron
e la prueba de aquél se dilatase
sta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfia,
e causó esta venida entre la gente;
ál se atiene a Lincoya, y cuál decía
e es el Caupolicano más valiente:
uestas en favor y contra había,
os sin apostar dudosamente
cia el oriente vueltos, aguardaban
los fébeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba
nubes a bordar de mil labores,
a la usada labranza despertaba
miserable gente y labradores,
a los marchitos campos restauraba
frescura perdida y sus colores,
larando aquel valle la luz nueva,
ando Caupolicán viene a la prueba.

Con un desdén y muestra confiada
asiendo del troncón duro y ñudoso,
como si fuera vara delicada
se le pone en el hombro poderoso:
la gente enmudeció maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
la color a Lincoya se le muda,
poniendo en su victoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
y a toda prisa entraba el claro día;
el sol las largas sombras acortaba,
mas él nunca descrece en su porfía;
al ocaso la luz se retiraba,
ni por esto flaqueza en él había;
las estrellas se muestran claramente,
y no muestra cansancio aquel valien-
[te.

Salió la clara luna a ver la fiesta,
del tenebroso albergue húmedo y frío,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo, lóbrego y sombrío:
Caupolicán no afloja de su apuesta;
antes con nueva fuerza y mayor brío
se mueve y representa de manera,
como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos ejidos
la esposa de Titón ya parecía,
los dorados cabellos esparcidos
que de la fresca helada sacudía,
con que a los mustios prados floreci-
[dos
con el húmedo humor reverdecía,
y quedaba engastada así en las flores
cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faetón sale corriendo
del mar por el camino acostumbrado:
sus sombras van los montes recogien-
[do
de la vista del sol, y el esforzado
varón el grave peso sosteniendo
acá y allá se mueve no cansado,
aunque otra vez la negra sombra es-
[pesa
tornaba a parecer corriendo apriesa.

La luna su salida provechosa
por un espacio largo dilataba:
al fin turbia, encendida y perezosa,
de rostro y luz escasa se mostraba;
paróse al medio curso más hermosa
a ver la extraña prueba en qué para-
[ba;
y viéndola en el punto y ser primero,
se derribó en el ártico hemisferio;

y el bárbaro en el hombro la gran
[viga
sin muestra de mudanza y pesadum-
[bre,
venciendo con esfuerzo la fatiga,
y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
tendido había los rayos de su lumbre,
y el hijo del Leocán en el semblante
más firme que al principio y más
[constante.

Era salido el sol cuando el enorme
peso de las espaldas despedía,
y un salto dió en lanzándole disforme
mostrando que aun más ánimo tenía.
El circunstante pueblo en voz con-
[forme
pronunció la sentencia y le decía:
«Sobre tan firmes hombros descar-
[n
el peso y grave carga que tomamo

El nuevo juego y pleito defini
con las más ceremonias que supie
por sumo capitán fué recibido
y a su gobernación se sometiero
creció en reputación; fué tan temi
y en opinión tan grande le tuvier
que ausentes muchas leguas d'él te
[blab
y casi como a rey le respetaban.

Canto III

Discurso de Lautaro

«¡Oh ciega gente del temor guiad
¿A dó volvéis los generosos pech
Que la fama en mil años alcanza
Aquí perece y todos vuestros hech
La fuerza pierden hoy jamás viola
Vuestras leyes, los fueros y derech
De señores, de libres, de temidos,
Quedáis siervos, sujetos y abatid

Mancháis la clara estirpe y d
[cenden
Y engerís en el tronco generoso
Una incurable plaga, una dolenc
Un deshonor perpetuo, ignominios
Mirad de los contrarios la impote
ci

La falta de aliento y el fogoso
Latir de los caballos, las ijada
Llenas de sangre y en sudor bañada

No os desnudéis del hábito y cos-
[tumbre
Que de nuestros abuelos mantene-
[mos,
Ni el araucano nombre de la cumbre
A estado tan infame derribemos;
Huíd el grave hierro y servidumbre;
Al duro hierro, osado pecho demos;
¿Por qué mostráis espaldas esforza-
[das
Que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria
Que el ciego y torpe miedo os va tur-
[bando,
Dejad de vos al mundo eterna histo-
[ria,
Vuestra sujeta patria libertando;
Volved, no rechacéis tân gran victo-
[ria
Que os está el hado próspero llaman-
[do;
A lo menos firmad el pie ligero
A ver cómo en defensa vuestra mue-
[ro».

Canto IV

Combate

Los caballos en esto apercibiendo,
Firmes y recogidos en las sillas,
Sueltas las riendas y los pies batiendo
Parten contra las bárbaras cuadrillas
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz a Dios del cielo
Hacen gemir y retemblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento;
No bastaron las armas enemigas
Al ímpetu español y movimiento,
Que los nuestros rompieron por un
[lado
Dejando el escuadrón aportillado.

A un tiempo los caballos volteando
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando,
En alto ya desnudas las espadas
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enastadas.,
Puestas en contra de la airada gente,
A que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos
Los otros a vencer acostumbrados,
Son causa que se aumenten los heri-
[dos
Y que bajen los brazos más pesados;
De llamas los arneses encendidos,
Con gran fuerza y presteza golpeados
Formaban un rumor que el alto cielo
Del todo parecía venir al suelo...

Como si fueran a morir desnudos,
Las rabiosas espadas así cortan,
Con tanta fuerza bajan golpes rudos
Que poco fuertes armas les importan,
Lo que sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan
En furor encendidos de tal suerte
Que no sienten los golpes ni aun la
[muerte...

Antes de rabia y cólera abrasados,
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan;
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebi-
[llan,
Ruedan las rotas piezas y celadas,
Y el aire atruena el són de las espadas.

Canto XXXIV

Suplicio de Caupolicán

Llegóse él mismo al palo donde ha-
[bía
de ser la atroz sentencia ejecutada,
con un semblante tal, que parecía
tener aquel terrible trance en nada,
diciendo: «Pues el hado y suerte mía
me tienen esta suerte aparejada,
venga, que yo la pido, yo la quiero,
que ningún mal hay grande si es pos-
[trero».

Luego llegó el verdugo diligente,
que era un negro gelofo, mal vestido,
el cual viéndole el bárbaro presente
para darle la muerte prevenido,
bien que con rostro y ánimo paciente
las afrentas demás había sufrido,
sufrir no pudo aquella aunque postre-
[ra,
diciendo en alta voz desta manera:

«¿Cómo? ¿Qué? ¡En cristiandad y
[pecho honrado
cabe cosa tan fuera de medida,
que a un hombre como yo tan señala-
[do,
le dé muerte una mano así abatida.
Basta, basta morir el más culpado
que al fin todo se paga con la vida
y es usar deste término conmigo
inhumana venganza, y no castigo.

«¿No hubiera alguna espada aquí
[de cuantas
contra mí se arrancaron a porfía
que usada a nuestras míseras gargan-
[tas
cercenara de un golpe aquesta mía?
Que aunque ensaye su fuerza en mí
[de tantas
maneras la fortuna en este día,
acabar no podrá que bruta mano
toque al gran general Caupolicano»

Esto dicho, y alzando el pie dere-
[cho
aunque de las cadenas impedido,
dió tal coz al verdugo, que gran tre-
[cho
le echó rodando abajo mal herido:
reprehendido el impaciente hecho,
y él del súbito enojo reducido,
le sentaron después con poca ayuda
sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante,
por más que las entrañas le rompiese
barrenándole el cuerpo, fué bastante
a que al dolor intenso se rindiese:
que con sereno término y semblante
sin que labio ni ceja retorciese,
sosegado quedó, de la manera
que si sentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados,
que prevenidos para aquello estaban,
treinta pasos de trecho desviados,
por orden y despacio le tiraban:

y aunque en toda maldad ejercitados
al despedir la flecha vacilaban,
temiendo poner mano en un tal hom-
[bre
de tanta autoridad y tan gran nombre.
Mas fortuna cruel, que ya tenía
tan poco por hacer y tanto hecho,
si tiro alguno avieso allí salía,
forzando el curso le traía derecho;
y en breve sin dejar parte vacía
de cien flechas quedó pasado el pé-
[cho,
por do aquel grande espíritu echó
[fuera,
que por menos heridas no cupiera.
Paréceme que siento enternecido
al más cruel y endurecido oyente
deste bárbaro caso referido,
al cual, Señor, no estuve yo presente:
que a la nueva conquista había par-
[tido
de la remota y nunca vista gente;
que, si yo a la sazón allí estuviera,
la cruda ejecución se suspendiera.

Arauco Domado

Fragmentos

(Pedro de Oña)

Ya con soberbios altos alaridos,
estrépito confuso y ruido espeso,
el pérfido escuadrón cerrado y grueso
asalta los bastiones guarnecidos;
los nuestros al asalto apercibidos,
con orden y valor en contrapeso
del excesivo número contrario,
resisten al encuentro temerario...
Del muro los impelen y rebaten
con duras picas y ásperas espadas,
unas a botes y otras a estocadas,
a cuyo ronco són los montes laten;
mas ellos como rocas a quien baten
las ondas por el cierzo reforzadas,
no sólo tienen fuerte en esta guerra,
mas por el aire van ganando tierra.

El uno gateando por su lanza,
el otro a la contraria bien asido,
arriban al palenque defendido
y al peligroso fin de su esperanza;
quién luego su membrudo cuerpo lan-
[za
por el lugar de gente más tupido,
y quién sobre el bastón ñudoso y
[grueso
sustenta de la guerra todo el peso.

Mas, ¿quién podrá pintar á Tuca-
[pelo
de pie sobre la cerca y palizada,
en medio de la gente amontonada,
soberbio despreciando tierra y cielo,
armado un peto doble de su abuelo,
y una marina concha por celada,
con que la maza en mano se rodea,
y haciendo campo el bárbaro cam-
[pea

A cuál de un golpe solo el cuerpo [muele,
a cuál con otro deja sin sentido,
a cuál del muro abajo sacudido,
hace que a su pesar sin alas vuele;
nada le queda allí que no lo asuele
su brazo de infernal furor movido,
por donde hacia la parte que lo cala
retira, lleva, arrolla y acorrala.

No lleva con paciencia don Felipe,
¡oh! justa indignación de sangre no- [ble
que tanto golpe el pérfido redoble,
sin que él también alguno participe;
y no queriendo que otro se anticipe,
se va para él tan fuerte, como un ro- [ble,
firme la espada rígida en la diestr,a
y el acerado escudo en la siniestra.

El indio con la dura maza en alto
y atrás el pie derecho lo recibe;
aguarda el español que la derribe,
para, salvando el cuerpo, entrar de [un salto;
mas de destreza el bárbaro no falto
al enemigo intenso se apercibe,
tirando el primer golpe blandamente,
a fin de segundalle fácilmente.

Aciértale: mas ved si fué tan blan- [do,
pues dándole en el canto del escudo
y haciendo el caballero lo que pudo,
se lo llevó dos pasos trompicando;
tras él entró, la maza levantando
para el segundo golpe, y fué tan cru- [do,
que si lugar el nuestro no le hiciera
muerto a sus pies el indio se le diera.

Ya llueve el indio, flechas en la pla- [za
graniza sobre el fuerte piedra dura
ya dellas la formada nube obscura
al claro cielo encubre y embaraza;
ya el dardo arrojadizo desembraza
rompiendo la región sutil y pura;
ya calla el mar furioso y bravas on- [das
al estallido espeso de las hondas.

Ya el español a fuerza de tronidos
hace temblar el monte y la trinchera
ya el seco polvorín relampaguea
ya se disparan rayos encendidos;
ya el cielo y aire están obscurecidos
ya no hay debajo dellos qué se vea
si no se ve, que es vista dura y fuerte,
la temerosa imagen de la muerte...

En medio del estruendo y batería,
enhiesto sobre el muro, entre su gente
parece aquel magnánimo y valiente,
aquel insigne joven don García;
cual suele parecer al medio día
a vueltas de agua un sol resplande- [ciente,
o como cuando el cielo está nublado
se ve por él un arco atravesado.

Su cuerpo bello armaba por de fue- [ra
un blanco y limpio arnés de temple [fino,
y por de dentro al alma un diamanti- [no

que al ímpetu de un monte resistiera;
brotaba por su rostro y la cimera
más luz que el sol en medio su cami-
[no,
bastante a que mirándole de frente
se deslumbrase el bárbaro insolente...

Solícito por todas partes anda,
en todo se interpone, a todo atiende,
y aunque en furor colérico se encien-
[de,
con gran reportación ordena y manda;
a quien la mano muestra floja y blan-
[da,
con apretar la suya reprehende,
y en el que con mayor esfuerzo lidia
engendra generosa y justa envidia.

Con soberano estilo y modo grave
anima a su escuadrón en tal estrecho,
y sobre el alto dicho pone el hecho,
cosa que en un sujeto apenas cabe;
y menos cabe en mí que los alabe
faltándome la voz, el canto, el pecho,
si no me presta el cielo para tanto
voz nueva, pecho nuevo y nuevo
[canto.

Cautiverio Feliz

(*El rescate*)

(Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán)

Al descubrir el sol sus hebras de oro, a los veintinueve días de Noviembre, día del ínclito mártir San Saturnino, y víspera del señor y glorioso apóstol San Andrés, llegamos a los muros del fuerte de Nacimiento, con bandera de paz de un lienzo blanco que en una caña brava habíamos puesto, para que yo en las manos las llevase; y habiendo dejado las armas que traían como distancia de una cuadra, nos acercamos todos a la contramuralla que tenía el fuerte de maderos tupidos y bien fijos en la tierra; y dentro estaba la muralla de otros más gruesos y fuertes postes y maderos, y por de dentro sus festones y parapetos, sus cubos y baluartes en las esquinas, con sus piezas de artillería que barrían los lienzos de la fortaleza.

Con esto nos arrimamos a las puertas de la contramuralla, y con gran regocijo las abrieron y el capitán y cabo de la fortaleza advirtió a Mollbunante que apartasen sus caballos de los muros, porque habían de disparar la artillería y hacer la salva a mi recibimiento; desviáronlos luego los que estaban a caballo, llevando de diestro y por delante los de los caciques que en mi compañía estaban, y al entrar yo por las puertas y salir

los caciques prisioneros, después de habernos abrazado con notable regocijo de los unos y de los otros, dieron una muy buena carga de mosquetería y, arcabucería, y al fin de ella hicieron la salva con las piezas de artillería que en los cubos estaban para la guarnición de todo el fuerte.

Salieron los caciques rescatados, y yo me quedé dentro entre los míos, después de haber con súplicas y ruegos recabado con todos mis amigos que aguardasen el barco que para el rescate de mi compañero Diego de Zenteno traía a Licanante y algunos géneros de ropa que repartirles, que con gusto se dilataron aquel día.

Quedéme con los nuestros, como he dicho, y no sé cómo significar el gusto y placer que manifestaron en lo común aquellos pobres soldados, abrazándome los unos y los otros, cuál por los brazos y cuál por las piernas, unos por delante y otros por la espalda, dándome infinitos parabienes, y yo con lágrimas en mis ojos de alegría, no les acertaba a hablar palabra, y muchos me miraban con ternura por verme lastimado y en diferente traje del que solía tener en mis propiedades; pues me veían descalzo de pie y pierna, con unas mantas largas por vestido sobre las carnes no acostumbradas a aquel traje. Entramos dentro de la fortaleza, dejando con llaves las puertas de la contramuralla y encontrando con el cura y vicario de aquella plaza, que a la puerta salía a recibirme, nos fuimos todos juntos a la iglesia, donde con rendidos corazones alabamos a nuestro Dios y Señor, y le dimos infinitas gracias, cantando las letanías a la Virgen Santísima y otras devotas oraciones, y yo postrado en aquel suelo repetí algunos versos del santo profeta rey, agradecido a tamaños beneficios, diciendo: ¿con qué podré recompensar tantos favores, tantas mercedes y tan grandes misericordias como las que ha usado liberal conmigo el Señor de cielos y tierra?

Descripción de Santiago de Chile

(P. Alonso de Ovalle, S. J.)

Hace muro a este feracísimo valle de Mapocho por la parte del Oriente la cordillera nevada (que se ve toda blanca de nieve en el invierno y a manchas en el verano), y al Poniente la cuesta y ásperas montañas de Poangue, Carén y Lampa (cuyo pie podemos decir que calza oro fino, por ser de tan subidos quilates el que se halla en las ricas minas que hay en todo él; de que sacó mucho cuando se labraban), ni está desmantelado por los lados,

porque por las bandas del Norte y Sur le rodean otras montañas, que aunque no son tan levantadas, como la cordillera, son lo que bastan para correspondencia, que por todas partes cerca este valle.

En este valle, dos leguas de la cordillera, a la orilla del río Mapocho, crió Dios un cerro de vistosa proporción y hechura, que sirve como de atalaya, de donde a una vista se ve todo el llano como la palma de la mano, hermoseado con alegres vegas y vistosos prados en unas partes, y en otras de espesos montes de espinales, de donde se corta la leña para el común uso de la vida humana. Al pie de este cerro que es de moderada altura, y tendrá de circuito poco más o menos de dos millas, hallaron los castellanos poblados gran suma de indios, que, según refieren algunos autores, llegaban a ochenta mil; y pareciendo al gobernador Pedro de Valdivia, que supuesto que los naturales de la tierra, habían poblado en este lugar, sería sin duda el mejor de todo el valle, le elijió para fundar, como lo hizo, la ciudad de Santiago a 24 de Febrero de 1541, la cual está 34° de altura y danle de longitud 77.°, distante del meridiano de Toledo 1980 leguas.

La planta de esta ciudad no reconoce ventaja a ninguna otra; y la hace a muchas de las ciudades antiguas que he visto en Europa, porque está hecha a compás y cordel, en forma de un juego de ajedrez; y lo que en este llamamos casas, que son los cuadros blancos y negros, llamamos allí *cuadras*, que corresponden a lo mismo que decimos en Europa *islas*, con esta diferencia, que estas son unas mayores que otras, unas triangulares, otras ovadas o redondas; pero las cuadras son todas de una misma hechura y tamaño, de suerte que no hay una mayor que la otra, y son perfectamente cuadradas; de donde se sigue que de cualquiera esquina, en que un hombre sa ponga, ve cuatro calles: una al Oriente, otra al Occidente y las otras dos e Septentrión y a Mediodía; y por cualquiera de ellas tiene la vista libre sin impedimento hasta salir al campo...

Por la banda del Norte baña a esta ciudad un alegre y apacible río, que lo es mientras no se enoja, como lo hace algunos años, cuando el invierno es muy riguroso y llueve, como suele, porfiadamente cuatro, ocho y tal vez doce y trece días sin cesar: que en estas ocasiones ha acontecido salir por la ciudad y hacer en ella muy grande daño, llevándose muchas casas. Para esto han fabricado por aquella banda una fuerte muralla o tajamar, donde quebrando su furia el río, echa por otro lado y deja libre la ciudad.

De este río se sangra por la parte del Oriente un brazo o arroyo; el cual dividido en otros tantos, cuantas son las cuadras que se cuentan de Norte

a Sur, entra por todas ellas de manera que a cada cuadra corresponde una acequia, la cual entrando por cada una de las orientales, va atravesando por todas las que se le siguen a la hila; y consiguientemente por todas las calles transversales, teniendo en estas sus puentes, para que puedan entrar y salir las carretas, que traen la provisión a la ciudad; con que no viene a haber en toda ella, cuadra ni casa por donde no pase un brazo de agua muy copioso, que barre y lleva toda la basura del lugar, dejándolo muy limpio: de que también se sigue una gran facilidad en regar las calles, cuando es necesario, sin que sean menester los carros y otros instrumentos que se usan en otras partes; porque no tienen sino sangrar la acequia por la calle, lo que basta para que salga un arroyuelo que la riega y alegra en el verano con gran comodidad, sin ningún gasto. Todas estas acequias desaguan al Poniente y salen a regar mucha cantidad de huertas y viñas que están plantadas por aquella parte; y la agua que sobra, pasa a regar los sembrados, o vuelve a la madre, que es una gran comodidad para todos. No beben de esta agua que pasa por las casas, sino los caballos y demás animales domésticos; porque aunque de suyo es muy buena, como pasa por tantas partes, no va ya de provecho para la gente; y así la traen para esto del río o de los pozos, que la dan muy buena y muy fresca: y los que quieren beberla más regalada, se proveen de los manantiales y fuentes que hay muchas en la vecindad y comarca, regaladísimas y suavísimas.

Las calles de esta ciudad son todas de una misma grandeza y medida; y tan anchas, que caben muy holgadas en ellas tres carrozas juntas: tienen todas de la una banda y de la otra, sus calzadas de piedra, y el espacio intermedio queda libre para el trajín de las carretas. Una calle sola hay muy ancha, que tendrá de espacio como cuatro o cinco de las ordinarias, y podrán caber juntas unas doce o quince carrozas. Esta quedó al lado del Sur; y corre de Oriente a Poniente, desde el principio hasta el fin de la ciudad, de manera que entrambas salidas las tiene al campo, y así es muy larga: llámase ésta la Cañada. Y aunque al principio no pasaba de allí la ciudad ni se extendía más adelante, ha ido creciendo ésta de manera, que se ve hoy esta cañada cercada de huertas y edificios del uno y otro lado; y la iglesia de S. Lázaro que está en ella, y me acuerdo yo cuando se veía fuera de la ciudad, la cogen hoy dentro muchas cuadras, que se han fabricado más adelante; de manera que viene a estar ya en buen paraje.

Es esta cañada absolutamente el mejor sitio del lugar, donde corre siempre un aire tan fresco y apacible, que en la mayor fuerza del verano salen los vecinos que allí viven a tomar el fresco a las ventanas y puertas de la calle:

que se añade la alegre vista que de allí se goza, así por el trajín y gente ue perpetuamente pasa, como por las salidas que hay a una y otra parte, y una ermosa alameda de sauces, con un arroyo que corre al pie de los árboles, esde el principio hasta el fin de la calle; y el famoso convento de S. Fran- isco, que está ilustrando y santificando aquel sitio, con una famosa iglesia e piedra blanca, hecha de sillería y una torre al lado, de lo mismo, tan alta ue de muy lejos se da a la vista a los que entran de fuera: es de tres cuerpos on sus corredores, y remata el último en forma de pirámide: es muy airosa, de lo alto de ella se goza por todos lados de bellísimas vistas, que son de randísimo recreo y alegría...

Carácter de los chilenos

(P. Alonso de Ovalle S. J.)

Los naturales (que nacen en esta ciudad), son por lo general de buenos genios y habilidades, así para las letras en, que se señalan mucho los que dan a ellas, como para otros empleos. Son naturalmente más inclinados la guerra que a otros; y así hay muy pocos que se apliquen a la mercancía los que no se dedicaron desde niños a los estudios, o aplicándolos sus padres, o se inclinaron y comenzaron con tibieza o desgana este ejercicio, fácil- ente le dan de mano; y en sonando la caja o la trompeta, se inquietan de anera, que no paran hasta asentar plaza de soldados; porque les agrada ás la libertad de la milicia que la sujeción y disciplina de las escuelas.

Son notablemente inclinados a andar a caballo; y he visto muchas veces ue para acallar a un niño, que apenas comienza a andar, no hay medio mo ponerle sobre un caballo; y así salen famosos jinetes, y muy diestros, ertes y sueltos en ambas sillas; y es común opinión y experiencia conocida ue en la guerra vale más para la caballería uno de la tierra que cuatro que engan de fuera. Han probado bien esta verdad en el discurso de tantos años, mo ha que dura la de aquel reino.

Son naturalmente liberales, compasivos y amigos de hacer bien a to- os; y los que los saben obligar, honrándolos y tratándolos con la cortesía y speto debido, son dueños de sus voluntades; y los muchachos llevados por en son muy dóciles y fáciles de persuadir; pero si quieren llevarlos por mal, uerden la manta, y lo hacen peor; y así tenemos hecha experiencia en uestros estudios y escuelas, que se obligan más a estudiar, procurándolos

llevar por motivos de honra y suavidad, que por vía de rigor y asperez (*Relación del Reyno de Chile*, lib. v. cap. 2 y 4).

Costumbres de los Indios en la Guerra y en la Paz

(Diego de Rosales, S. J.)

En derribando en la guerra los indios a algunos de los enemigos, abalanzan luego a él, y más si es capitán o persona de importancia, y co gran presteza le cortan la cabeza y luego la levantan en una pica, y se atr pan los que están más cerca a cantar victoria con ella. Y causa tan gran de mayo al enemigo el oír a los contrarios cantar victoria y el ver la cabeza d algunos de los suyos enarbolada, que todos paran y cesan de pelear, tenién dolo por mal aguero y por señal de que todos han de morir si porfían e pelear, y asi sólo tratan de huír y ponerse en cobro.

Y aunque sean ellos muchos, y el montón de los que se paran a cant victoria con la cabeza pocos, no se atreven a acometerlos por más encarn zados que estén. Y los victoriosos, en cualquiera parte que estén peleand en oyendo cantar victoria a los de su ejército, siguen la victoria con granc esfuerzo y confianza de que ya es suya, y al mismo paso se desaniman lo contrarios.

El romance que en estas ocasiones cantan es tristísimo, y mucho má el tono, que solamente el oírle causa melancolía y desmayo a los contrario Y en él les dicen: «Como ya el león hizo presa en sus carnes, y el halcó o neblí cogió aquel pajarillo, que se animen los leones a despedazar a lo corderos, y los neblíes vuelen con ligereza tras los pajarillos y despedace sus carnes». Y con estas metáforas hacen ostentación de la valentía de s ejército, que es de leones y de halcones y neblíes generosos, y el del contra rio de temerosos corderillos y pajarillos cobardes. Y con esto hacen tembla la tierra, sacudiendo todos a un tiempo con los pies en el suelo; y entrete jiendo las lanzas y haciendo ruido con ellas, dan voces al enemigo mote jándole de cobarde y diciéndole que venga por la cabeza de sus soldados de su capitán, que si todos ellos son tan valientes como aquel, no debe de ser soldados ni valientes, sino mujeres y cobardes. Diciendo esto, les vue ven a acometer y seguir el alcance, porque después de oír cantar victoria siempre se ponen en huída, o porque les han muerto la cabeza o por el des mayo que les causó la que vieron enarbolada y por el aliento que causó a lo contrarios el buen suceso.



Zoología Chilena

El Cóndor

(Juan Ignacio de Molina)

El cóndor, *vultus griphus*. La voz cóndor, con que se denomina univer
mente un buitre tan desproporcionado y enorme, se deriva de la lengua
rulera, porque los chilenos llaman manque a este pájaro, que es, sin con
dicción, el mayor que sostienen los aires. Linneo le da diez y seis pies de
vergadura; pero los mayores que yo he visto no tenían más que catorce
es y algunas pulgadas. Su cuerpo, mucho más grueso que el del águila
al, está vestido de plumas negras, a excepción de la espalda, que es total-
ente blanca. Adórnale el cuello un collar de una pulgada de ancho, y for-
ado de plumas levantadas y blancas; en la cabeza no tiene más que una
pecie de pelo corto y bien fino; los ojos son negros, con el iris de color rojo
rdo; el pico que tiene cuatro pulgadas, es grueso y corvo, negro por la
se y blanco hacia la punta; las guías de las alas tienen por lo común dos

pies y nueve pulgadas de largo, y cuatrc líneas de diámetro; los misn tienen diez pulgadas y ocho líneas de largo, pero las canillas no tienen n que unas seis pulgadas; y en cada pie lleva cuatro dedos robustos; el detrás es de casi dos pulgadas de largo, con una sola articulación y una rra negra que mide once líneas; el de en medio tiene tres articulaciones y largo son cinco pulgadas y diez líneas no contando la garra, la cual es cor blanquizca y de veintidós lineas de largo, y aunque son algo más cortos otros dos dedos, están armados de garras no menos robustas. La cola este pájaro es entera y pequeña con proporción a la gran mole del cuerp la hembra es menor que el macho, y de color pardo; no tiene collar que jamos descrito, pero lleva en la cabeza un penacho o pequeño copete.

Los cóndores hacen sus nidos en las faldas más ásperas de los mont sobre las rocas que salen fuera de la tierra, donde ponen dos huevos blanc mucho mayores que los de las pavas, sirviéndoles por lo común de susten la carne de los animales que encuentran muertos o que matan ellos mism haciendo las veces de lobos, que no se conocen en Chile.

La Existencia de Dios

(Mercedes Marín del Solar)

¡El universo es Dios!—dice el im- [pío
Que otro tiempo dijera—¡Dios no [existe!—
De humana corrupción gemido triste,
De la frágil razón hondo extravío.

La luz, la tierra, el sol, el monte, el [río,
El prado que de flores se reviste,
El aire, el ancho mar, Tú los hiciste,
¡Oh Señor! con tu inmenso poderío.

Pero toda esta gran naturaleza
A sí misma se ignora y al pote
Autor de sus arcanos y bellezas.

Sólo al hombre, sér libre, intelige [t
Dios reveló su nombre y su grand [za:
¡Y el necio huye de Dios, ciego y d [ment

A la Muerte

(Guillermo Blest Gana)

Seres queridos te miré sañuda
Arrebatarme, y te juzgué implacable
Como la desventura, inexorable
Como el dolor, y cruel como la duda.

Mas hoy que a mí te acercas, fría, [muda,
Sin odio y sin amor, ni hosca ni afa- [ble,
En ti la majestad de lo insondable
Y lo eterno, mi espíritu saluda:

Y yo, sin la impaciencia del suicida
Ni el pavor del feliz, ni el miedo [inerte
Del criminal, aguardo tu venida;

Que igual a la de todos es mi suerte,
¡Cuando nada se espera de la vida,
Algo debe esperarse de la muerte!

A mi Madre

(Domingo Arteaga Alemparte)

De la calma el contento
Sobre tu faz en vano, madre mía,
Esfuerzas sin aliento;
Llegó la hora sombría
Nuncio de duelo, fin de mi alegría.

Tiembla tu labio mudo,
Anúblanse tus ojos, palidece
Tu semblante y un nudo
Tu garganta entorpece,
Que va a decir: ¡adiós! y desfallece.

¡Cuál resuena en el alma
Ese breve tristísimo sonido!
Del oceano en la calma
Pavoroso rugido
Con que preludia el huracán temido!

Ya en tropel proceloso
Los recuerdos se agolpan a la mente:
Y a su soplo impetuoso,
Desátase inclemente
Dentro del corazón, borrasca ardien- [te.

La lumbre de tus ojos
No volverá a brillar como solía,
Cuando en nubes de enojos
La fortuna sombría
Mi fatigada frente obscurecía;

Ni tornará en mi oído
A resonar tu acento de dulzura
Cuando vague perdido
En opaca espesura
De afanoso pensar, que me tortura.

Mañana al despertarme
Con sus rayos fantásticos la aurora,
¡Ah! no vendrá ya a darme
Tu voz encantadora
El matinal saludo, bienhechora.

Solitario y callado
Contemplaré del sol el curso ardiente,
Desde el monte nevado,
Donde álzase esplendente,
Hasta caer dormido en occidente,

Y en pos vendrá la noche,
De misterio y vapores mensajera,
Y en su plateado coche
Recorrerá la esfera
La luna, de los tristes compañera,

Y su fulgor dormido
Las cenizas aun tibias alumbrand
Del hogar bendecido,
Me encontrará callando,
De mi dicha las ruinas contempland

Todo parte contigo:
Las alegrías de hoy y los albores
De tanto ensueño amigo,
De recuerdos traidores
Los escombros me quedan y dolore

¡Pero tú, madre mía,
Tú no me olvidarás! ¡Del patrio suel
Que mi alma tanto ansía,
Enviaráme tu amoroso anhelo
De una memoria el celestial con
[suelo

Epitalámica

(Andrés Matta)

Al brillo del alba que el cielo decora,
el mirlo y la rosa se hablaron de amor;
cargado de esencias soplaba el am-
[biente,
brotaba la fuente
con dulce rumor,
y ya a los reflejos del sol del poniente
un nido formaban el ave y la flor.

Formando está el nido con mirtos
[nardos
con hojas y plumas de vario color,
¡Que nunca lo hieran el rayo violent
ni el buitre sangriento,
ni el plomo traidor!
¡Y mientras el mirlo levante su acent
despida la rosa su prístino olor

Riqueza

(J. A. Soffia)

El soberbio palacio el rico mora,
derrama el oro y pedrerías luce;
bello cristal las galas reproduce
de su regia mansión deslumbradora.

Mas la ambición su espíritu devor
cada goce un tormento le produce,
y es tedio su vivir, por más que aguce
sus lisonjas la turba aduladora.

¡El bardo es más feliz!... Sin otra [sombra
que la que le brinda el árbol, en el sue- [lo
nada su mente ni su vista asombra.

Todo lo tiene; el plácido arroyuelo
calma su sed, las flores son su alfom- [bra
su amigo Dios y su esperanza el cielo.

Las Dos Grandezas

(Eduardo de la Barra)

I

La Rábida

A la puerta de un convento
golpea un pobre mendigo;
el sol, el hambre y el viento
lo baten, y pide abrigo.

Lleva un hijo pequeñuelo,
pálido y triste el semblante;
por él pide suplicante
pan a los hombres y al cielo.

Ha sonado la campana,
y un monje con voz serena:
—Aquí hay abrigo y hay cena—
les dice;—os iréis mañana.

—Cena busco y buen abrigo—
contesta meditabundo.—
¡Llevo en mi cabeza un mundo
y un humilde pan mendigo!

—¡Al cielo alzad la oración,
alzad al cielo los ojos!—
clamó el monje; y vió de hinojos
ante la cruz a Colón.

II

El monasterio de Yuste

Sutiles neblinas las sierras envuel- [ven,
el viento silbando sacude los pinos,
de nieve cubiertos están los caminos
y el lobo a lo lejos se siente aullar.
Cruzaba el viajero con paso seguro
la senda sinuosa que lleva al conven- [to,
y llega y exclama:—¡Por Dios, que [un asiento
más alto que el mío yo vengo a bus- [car!—

Abrieron los frailes.—¿Quién sois? [—le preguntan.
—Un hombre que busca corona de [espinas,
corona de gloria con flores divinas,
en vez de la suya que mucho pesó.
—¿Tuviste los dones que el mundo [apetece?
—Riquezas y glorias mi reino tenía...

El sol en mis tierras jamás se ponía...
¡Yo soy Carlos V, mi imperio pasó!

III

Así con dolor profundo
la misma puerta tocaba,
el que iba en busca de un mundo
y el que un mundo abandonaba.

Y en el sagrado recinto,
libre de humana ambición,
hubo pan para Colón
y paz para Carlos V.

A los Héroes de Iquique

(Luis Rodríguez Velasco)

I

El sol que con sus rayos anuncia la mañana
De firme sobre el puesto la viene a iluminar...
La nave tan querida despierta siempre ufana,
Sintiendo en sus costados los besos de la mar.

Audaz dominadora sobre enemiga rada,
Emblema inmaculado de inmaculado honor,
Tendida a todo viento, soberbia y descuidada
Flamea su bandera de hermoso tricolor.

Los iris matutinos su púrpura y su gualda
Le ofrecen orgullosos con rica profusión,
Porque la nave aquella se llama la «Esmeralda»
Y esa bandera hermosa de Chile es el pendón.

II

¡O vencedor o muerto! se dijo convencido
El bravo de los bravos, el genio del valor;
¡O vencedor o muerto! ¡ninguno fué vencido!
¡Por eso es muerto el uno y el otro es vencedor!



La débil «Covadonga», reliquia de otra gloria,
Allí a la «Independencia» con furia ve surgir,
Y audaz la cañonea y alcanza la victoria,
Y al niño aquel gigante perdón llega a pedir!

En tanto la «Esmeralda» no ceja en la batalla;
El «Huáscar» la persigue con bárbaro tesón,
Y en vano mar y tierra la acosan a metralla;
¡No hay mano que allí pueda rendir el pabellón!

Sus mástiles flaquean, se rompen sus costados,
Con su espolón de acero la quiere el monstruo hundir...
Y se hunde y al hundirse, su gente y sus soldados
Con vivas a su patria saludan al morir.

Y Prat el generoso, radiante de coraje,
De rayo la mirada, de acero el corazón,
Revólver y hacha en mano se lànza al abordaje,
Y muere, y hace al monstruo temblar de humillación.

III

Espíritu grandioso de patriotismo ardiente,
De bíblico heroísmo sublime exaltación,
Visión generadora de genio omnipotente,
De santa apoteosis profética intuición.

¿Qué no tuvo aquella alma de glorias inmortales?
¿Qué siglos alumbrarse vió de su suerte en pos?
¿Qué amor de patria crea las fuerzas colosales
Que hacen que un hombre mártir se vuelva un semidiós?

La fábula ha creado Anteos y Titanes
Que el universo entero con estupor miró...
Y entre ellos, y entre todos los altos capitanes
Igual podrá haber uno; pero más grande no!

¡Con él todos sus héroes! Impávido Serrano
Lo sigue al abordaje lanzándose también;
Y cae con sus bravos al plomo del peruano,
Porque el chileno lucha de a uno contra cien!

Y ya la heroica nave se va despedazando,
Quedando a flote apenas un trozo de tablón,
Y en él está Riquelme que se hunde disparando
El último cartucho del último cañón!

IV

¡Oh patria! deja el llanto correr por tus mejillas
Que lágrimas son esas de gratitud por él,
Mientras la historia misma se pone de rodillas
Para ceñir su frente con su mejor laurel!

¡Oh patria! en esa sangre tus fuerzas hoy renacen
Para afianzar tu pura, tu santa libertad...
¡No pueden ser vencidos los pueblos donde nacen
Los bravos como Condell, los héroes como Prat!

Cristo Señor del Universo

(Carlos Walker Martínez)

No muere Dios, ni su palabra pasa!
Lo que su mano en el misterio escribe,
es fuego ardiente que a la tierra abra-
[sa,
sojuzga al tiempo y en lo eterno vive.

Habló Daniel: la humilde piedreci-
[lla
que desgajó la tempestad del monte,
hirió de la Visión los pies de arcilla
y cubrió cuanto abarca el horizonte.

De honor al vicío, a la virtud de in-
[sulto,
rindió tributo la razón pagana:
fué el *credo* del altar del nuevo culto
la redención de la conciencia humana.

En la playa salvaje y solitaria
hace eco al mar que entre las rocas
[gime
del Profeta de Patmos la plegaria,
y al punto nace otra visión sublime.

Se oyen sonar los cánticos triunfa-
[les
y a saciar corre, contemplando el cie-
[lo,
el alma de los siglos inmortales,
la sed inquieta de su inmenso anhelo.

El Juez Supremo sobre nubes de
[oro
como ascendió, desciende; lo circun-
[da
de arpas aladas el rumor sonoro
y nimbo augusto en resplandor lo
[inunda.

¡Se acerca el fin! En dicha agrade-
[cida
la Humanidad sus lágrimas convier-
[te
y se levanta el templo de la vida
sobre la oscura noche de la muerte.

Se apaga de los gritos de la guerra
el agrio són que mueve a la venganza
y un voto de expansión surge en la
[tierra
de fe, de caridad y de esperanza.

Las turbias ondas que el infierno
[azota
mueren en la impotencia de su saña,
y el Iris puro en los espacios brota
y en dulce paz al pensamiento baña.

Cambia en reja de arado al corvo
[acero
de los pasados odios el olvido;
pacen juntos el lobo y el cordero
y abre sus puertas el Edén perdido.

¡Sus puertas!... que cerró con tris-
[te llanto

una mujer culpable y desgraciada...
las vuelve a abrir en holocausto santo
de otra mujer la sangre inmaculada.

Sus profundos arcanos el misterio
rompe en los brazos de radiante glo-
[ria
y de Sión el poderoso imperio
ciñe el laurel de universal victoria.

Un solo dogma en los altares brilla,
y en su unidad la adoración del hom-
[bre
ante la Cruz doblega la rodilla
sin excepción de raza, ni de nombre.

Con el presente el porvenir se anu-
[da,
y así la ley de la expiación termina
después de siglos de contienda ruda
entre el pecado y la piedad divina...

¡Arriba! ¡generosos corazones!...
Meditad con amor lo que está escri-
[to...
¡Cristo en la tierra es Rey de las Na-
[ciones!
¡Cristo en el cielo es Rey de lo infi-
[nito!

Portales

(D. Carlos Walker Martínez)

I

Muy triste ha sido siempre el destino de los hombres notables de América: casi sin excepción, la vida de todos ellos ha tenido un terrible desenlace. Bolívar, la primera figura de nuestro continente, muere perseguido, abandonado de los suyos en la miseria, en el rincón oscuro de una isla apartada; Itúrbide, el soldado más ilustre de Méjico, en un cadalso; Sucre, el virtuoso vencedor de Ayacucho, en una indigna celada bajo el puñal del asesino; San Martín, el vencedor de Maipú, en el extranjero y en el olvido; Linares, el brillante regenerador de Bolivia, en el destierro; Carrera, nuestro bravo campeón de la independencia, fusilado; O'Higgins, en el solitario retiro de un ostracismo implacable; Arboleda, apuñaleado por la espalda de la manera más cobarde; y últimamente, García Moreno, la figura más hermosa de nuestros días, cae asesinado en medio de las calles de Quito por orden y con el dinero de las logias; pero, ¿a qué continuar ese largo y triste catálogo de víctimas y verdugos?... Estallan en el pecho, al recuerdo de tan ilustres nombres y tan nefandos crímenes, los sentimientos más en-

ontrados de indignación y de pena que pugnan para ocupar el lugar de la anquila severidad de la historia.

Pero escrito está que los libertadores de los pueblos han de ser márres; y ello es lógico, porque no se comprende la redención sin el sacrificio! ortales, no se escapó a la regla general. Sacrificado en aras del deber, suımbió víctima de su virtud y patriotismo en una infame celada; y fué en pequeña ciudad de Quillota, convertida desde los primeros meses del año 7 en cuartel general de las fuerzas destinadas al Perú, donde tuvo lugar el elito, y su autor el coronel del regimiento Maipo, don José Antonio Viaurre.

. . . .

Dos oficiales vinieron entretanto, hablaron al oído a Florín y se alejaon rápidamente. A juzgar por su actitud, sus palabras secretas y su vuelta ıstantánea, traían sin duda alguna orden superior. Pareció dudar un tan- Florín, llamó al sargento Espinosa y lo mandó á la columna: volvió éste no ıucho después, se acercó a su jefe y le dijo algo que parecía como la conrmación de las órdenes anteriores. En la declaración rendida posteriorıente por el mismo Florín, sostiene éste que esos misteriosos secretos eran ealmente órdenes de muerte contra el ministro Portales de parte de su coonel Vidaurre. Pero, fueran o no, tales como él las declara y las niega éste, l hecho es que inmediatamente después de la brevísima conversación con l sargento, se adelantó Florín hasta el birlocho y gritó estas palabras: Baje el ministro».—«Vengan dos hombres a bajarme», replicó éste, que con os pesados grillos en sus pies y la debilidad natural a la falta de alimento urante tantas horas, no se sentía con fuerzas para descender por sí mismo.

Arrancáronle de su asiento los soldados y lo llevaron a cuatro varas de istancia.

Allí, de pie, sin decir una palabra, ni exhalar un ¡ay! recibió seis tiros y ayó al suelo revolcándose en su sangre.

. . . .

Los crímenes siempre tienen ciertos secretos que no es fácil penetrar el todo: no faltan nunca razones más o menos fundadas para absolver o ondenar. La posteridad fallará sobre este punto histórico más tarde; que or lo que toca a la opinión pública de la época en que se desenvolvieron stos sucesos, ella no absolvió a Vidaurre.



LA COLOMBIA

Chile

(Esteban Muñoz Donoso)

«Es hermosa región, y separada
De todo el mundo está. De Dios ben-
[dita
Es esta tierra; majestad, belleza
En ella prodigó feliz Natura;
No hay en sus aires pestilentes mias-
[mas,
No cae el rayo ni huracán la azota,
No cruza el tiburón sus mansos ma-
[res,
Ni hay en sus bosques homicidas, fie-
[ras,
Ni reptil venenoso, ni en sus ríos
De puras aguas el caimán se aduer-
[me;

Tierra feraz que brotará los frut
De climas varios y de opuestas zo
[nas.

No apartaba Colón sus grandes o
[jo
De la alta cordillera. «Aquí los Ande
(Continúa Gabriel) su excelsa mole
Quebradas y planicies, rocas, hiel
Con imponente majestad desplegar
Es tanto su espesor que bien d
[vece
Chile cabría en su anchurosa bas
¿Admiras ese cono diamantino
Que ciñe a su cintura gigantesc

Cándida gasa de perenne nube
Y columna parece de los cielos?
Es el rey de los Andes, Aconcagua;
Cual león dormido guardará su cum-
[bre
El más alto volcán y excelso pico
Del mundo de Occidente».
En larga fila
El ejército sigue de colosos
Hasta invadir las olas que se abra-
[zan,
De los dos oceanos, en el Cabo.

En cordones que suben y descien-
[den
En variado, sublime laberinto
De enhiestes cerros, verdes hondona-
[das,
El Andes caprichoso se dilata
Tras uno y otro valle deleitoso.
Hay hondos lagos y a la vez excelsos,
De do bramando se desata el río
En chorros de diamantes, o en pla-
[teadas
Cataratas altísimas. Los bosques
Surgen del fondo de quebradas ne-
[gras,
De el arroyo murmura, y van vistien-
[do

La inmensa mole hasta la cinta ar-
[gentea
De nieve perennal. Los avellanos
De lindas formas y cambiantes fru-
[tos,
De las andinas faldas se enamoran
Y huyen esquivos los frondosos va-
[lles;
Los canelos, el roble y el alerce
Y los piñones de sin par belleza,
Con las cimas igualan las honduras;
El amoroso «coile» y el «copihue»
En un estrecho abrazo se entrelazan;
Aquel racimos de su frutos brinda,
Este guirnaldas de preciosas flores.

. . . .

A la Estatua de la Quimera

(Pedro Nolasco Préndez)

¡Salve, Maestro! tu numen tiene la nota eólica.
¡Cuán tumultuosa, cuán formidable tu inspiración!
Dócil el mármol a tu atrevida forma simbólica,
Quimeras forjas que desesperan a la razón!

¡Qué de pasiones allí se empujan con fuerza mágica!
Febril conjunto de desengaños e idealidad,
La ilusión muestras deslumbradora, con forma trágica,
Nunca vencida por los encantos de la verdad.

Es tu Quimera con sus sorpresas, un grupo armónico:
En ella luchan fe y desengaño, dulzura y hiel:
Tiene el encanto, las maravillas del arte jónico,
Que has evocado con la pujanza de tu cincel.

Tú profundizas en el abismo, como un oráculo:
Das al martirio del alma humana fulguración;
Y con las musas del arte reinas en el cenáculo
Y allí te embriagas en una orgía de inspiración.

¡Salve, Maestro! tiene tu numen como el crepúsculo
Savia fecunda y exuberancias de resplandor;
Unes al monstruo de ciego instinto, de fuerte músculo,
La dulce virgen a quien arrullan notas de amor.

El Amor de la Lumbre

(Carlos Pezoa Véliz)

Junto a las grutas de las quebradas
Donde las aguas alborotadas
Charlan de asuntos sin tón ni són,
Hay una casa de corredores
Donde hay palomas, tiestos con flo-
[res
Y enredaderas en el balcón.

Es una casa de tres ventanas
Donde la madre luce sus canas
Como argumentos de algo gentil,
Y unos modales llenos de gracia
Que hacen más grave la aristocracia
Del aire místico y señoriil:

Si fueran cosas de tiempo antiguo,
Más de una oda de metro exíguo
Hubiera escrito Fray Luis de León
Sobre la dama de blanco pelo,
Sobre las dichas que allá en el cielo
Tendrán los buenos de corazón.

Y en verdad digna es de verso y
[prosa
La blanca mesa, la blanca loza,
De porcelana de albo matiz,
Los cuchicheos, los ténues corros
Y el agua alegre que salta a chorros
Por una enorme llave matriz.

¡Es una dicha que causa pena!
La broma alegre, la charla amena
Y allá en el piano, la, si, do, re...
Los besos largos, las risas claras
Y el titineo de las cucharas
Sobre las blancas tazas de té.

Unos comentan el cuento charro;
Otro que piensa fuma el cigarro
Mirando el humo subir, subir...
Hace proyectos mientras bosteza
Y ve en las brumas de su pereza
Cosas alegres del porvenir.

La madre cose; la joven piensa;
La chica enreda su oscura trenza;
Los grandes hurgan temas de amor.
Y allí, a la larga se ponen tristes,
El más alegre cuenta unos chistes
Que a todos ponen de buen humor.

Las flores mustias pueblan la mesa
Y las bandejas de plata gruesa
Y las cajitas donde hay café,
Y mientras hace sus buenas onces
La chica dice con pena: ¡entonces
Allá se moja mi buen papá!

Cuando en las noches hay aguacero
Niños y gatos junto al brasero
oyen «La lámpara de Aladín»
Cuentos de negros dichos en bromas,
Niñas que un hada volvió palomas
o gigantones con piel de espín.

Suenan las doce; la madre reza,
Hay en los cielos mucha tristeza;
Abajo un vaho sentimental
Mientras que enfermas de hipocon-
[drías
Cantan las ranas sus letanías
Allá en la orilla de un manantial.

Sueñan los niños que allá en la
[gloria
Hay una inmensa preparatoria
Donde Dios hace de preceptor,
Y que en la clase de traje blanco
A cada uno pone en el banco
Una cometa con un tambor.

La Divina Locura de Cervantes

(Julio Vicuña Cifuentes)

Yo venero a Cervantes y amo a Don Quijote. Amo su divina locura, que procede, no de herencia morbosa, ni de amenguamiento de fuerzas, sino de exaltación de ideal, de intensidad de anhelos, de olvido de la realidad ambiente por total inmersión del espíritu en el bello mundo creado por la fantasía.

Amo esa locura, sin la cual no se conciben los genios ni los santos.

«¡Señor, estás loco!» decía el Doctor de la gracia, el iluminado obispo de Hipona, conmovido ante la grandeza deslumbradora del Redentor. «¡Señor, estás loco!» repite en nuestros días el poeta de *Sagesses*, en uno de sus raptos de encendido misticismo; y ni San Agustín ni Verlaine quisieron

decir una herejía, sino expresar su admiración ante una sublimidad que no comprendían y que los abrumaba.

Divina locura fué sin duda la que inspiró al Dante su triple visión de la vida extraterrena; divina locura la que dictó a San Juan de la Cruz aquellos versos que parecen escritos para ser cantados por ángeles, según la expresión del gran Menéndez y Pelayo; y divina locura es todo lo incomprendido y admirado, todo lo que deslumbra y ciega.

De esta divina locura estuvo también poseído Cervantes cuando escribió su obra inmortal; pero Cervantes no aparece en ella, sino que se oculta tras la figura colosal de Don Quijote, a quien infunde sus pensamientos y presta sus palabras. Desconocen esto los que en todo tiempo han querido ver en el glorioso manchego la caricatura de una persona a quien Cervantes aborrecía. ¡Curiosa manera de odiar habría tenido aquel insigne maestro de la vida! ¡Peregrino odio el suyo: odio que enloquece por exaltación de los sentimientos que más honran al hombre; odio que acaricia, odio que ennoblece, odio que inmortaliza!

No; Cervantes no quiso representar en el protagonista de su obra imperecedera, ni a Carlos V, monarca extranjero a quien tal vez no amaba; ni al Duque de Lerma, que sólo desdén y lástima podía inspirarle; ni al gran Lope de Vega, de quien tenía ingratos recuerdos; ni siquiera al modesto hidalgo de Esquivías, que pretendió frustrar el logro de sus amores.

No; Cervantes amaba a Don Quijote, y por eso le dió la bondad ingénita de su alma, la elevación de sus pensamientos, su acendrado amor a la justicia y la divina locura en él latente. Loco le hizo atravesar la vida, y sólo le devolvió el juicio en la hora postrera, para significar que el hombre no puede sobrevivir al fracaso de sus ideales.

En la Tierra de los Volcanes

(Samuel Lillo)

Sentados sobre un banco de la vieja posada
los viajeros oímos la leyenda ignorada
del viejo campañista. Bajo los robledales
y las tupidas murtas cantaban los raudales
de la verde corriente del Rahue sonoroso,
que, con sus notas graves, abría el silencioso

santuario de la tarde, mientras sobre el boscaje,
enfrente de nosotros, como rey del paisaje,
humillando altanero las sierras del contorno,
alzábase el penacho del gigantesco Osorno.
Con su sombrero aludo, doblado el poncho al hombro,
hablaba el campañista, despertando el asombro
de los oyentes, mientras, como un fiel compañero,
se apoyaba en sus piernas un gran perro leonero

. . . .

Un día en que nervioso llenaba mis faenas,
sentí como el siniestro zumbar de cien colmenas
que fué creciendo pronto, semejante al oleaje
que golpeara las peñas de una costa salvaje.
Después de breve tregua, caravanas de carros
invisibles molieron los ásperos guijarros
y como si subieran en misteriosos vuelos,
con roncas explosiones asordaron los cielos.

A los montes cercanos, inquieto alcé los ojos
y ví al Calbuco oculto por nubarrones rojos,



y mientras lo miraba, su cumbre entre la bruma,
partida en dos, alzóse, cual la boca de un puma
abierta hacia la altura, lanzando por instantes
entre ardientes resuellos, torbellinos llameantes.

Y ascendió desde el cráter un humo negro y denso
como el tronco de un roble con un ramaje inmenso
que se abrió en las alturas; mas como si cesace
la fuerza impulsadora, se tronchó por su base
el tronco de repente, y el ramaje un momento
pareció una bandera movida por el viento.

Como si alguna mano turbara ocultamente
en las profundidades su linfa transparente,
grandes manchones de agua cenagosa y oscura
emergían a trechos del lago en la llanura,
y los barcos ocultos en la mansa ensenada
ya no se aventuraban en la onda alborotada.

Tiñóse el firmamento de matices verdosos,
la luz palidecía, los pájaros medrosos,
revolando en bandadas, buscaban un asilo
en el rincón más hondo del boscaje tranquilo
o entraban en los ranchos piando tristemente,
como pidiendo auxilios a la miedosa gente.

Pensé en mi hogar querido tan cerca del volcán,
y silbando a mi perro, montado en mi alazán,
con rumbo a la montaña por la agria carretera
que va bordeando el lago, partí en veloz carrera;
pero rauda una nube caminaba sombría
a mi encuentro, cambiando ya en noche el mediodía
sus negras alas para cubrir la tierra entera.

Pasaba en la penumbra como una tolvanera
que aumentaba el espanto sobre la carretera.
Cruzaban las mujeres con los niños en brazos,
llenando con sus gritos quebradas y ribazos

y, en la vera del bosque, relinchos y balidos
anunciaban los piños de animales perdidos.

. . . .

. . . .

Mi puebla antes alegre callaba como muerta:
quebrados los manzanos y guindos de la huerta,
sepultados los cuadros de flores y hortalizas
bajo un espeso manto de lodo y de cenizas,
y en el paraje donde se alzara antes mi nido
sólo un montón de escombros el perro enardecido
a remover se puso ladrando tristemente.
Así escarbé lo mismo la tierra locamente
y encontré los dos cuerpos: la madre contra el pecho
aun oprimía a su hija con un abrazo estrecho,
como si defenderla todavía pudiera
entre las convulsiones de su angustia postrera.

Arreglé los dos cuerpos en la cabalgadura
y, tirando la bestia, retorné a la llanura.
Rompió sus cataratas el cielo despiadado
sobre el mísero grupo que bajaba callado;
al golpe de las aguas trocóse de repente
el lecho del camino en un turbio torrente,
cuyas ondas revueltas corrían impetuosas
azotando con furia mis piernas temblorosas.

Bamboleábase a ratos al paso vacilante
del caballo la muerta, vuelto arriba el semblante;
yo contemplaba mudo con doloroso espanto
correr sobre su rostro la lluvia, como un llanto
callado que brotara de sus ojos abiertos,
que aun guardar parecían, en sus cristales muertos,
las horribles visiones que esa noche sombría
a atormentar vinieron su bárbara agonía.

El perro aulló en la noche rasguñando las puertas
del rancho en que velamos a las míseras muertas.

Después que las sacamos con rumbo al cementerio,
oyóse varias noches, en medio del misterio
de las calladas sombras, su trágico alarido
que sonaba en los campos, como el triste gemido
de alguna voz humana, ronca y atormentada,
que sollozara el nombre de una persona amada.

Al sonar la postrera frase del campañista,
inquieto clavó el perro sobre su amo la vista
y al sentir sus sollozos, irguióse de repente
y vuelto a la montaña, lanzó un grito estridente,
un aullido fúnebre que, bajando hacia el río,
repercutió en los montes y alarmó al caserío.
Después oyóse sólo de Rahue la corriente
que hacia el mar caminaba cantando dulcemente.

El Mar del Alma

(Francisco Concha Castillo)

Risas y lágrimas son
Como el placer y el pesar,
Flujo y reflujo de un mar
En perpetua agitación.
Tiene nuestro corazón,
Siempre en activo desvelo,
Por oleaje su anhelo;
Ilusiones, por espuma;
Tristes recuerdos por bruma;
Soñadas dichas por cielo.

Como en el piélago mismo,
Más de algún germen fecundo
Guarda el alma en lo profundo
De su inexplorado abismo:
Tiene, como él su espejismo
De humana felicidad;
Y en pos de la tempestad
Que los conturba igualmente,
Surgen, la idea en la mente,
Y el sol en la inmensidad.

Quien quiera cruzar la vida
Con inmutable bonanza,
Arránquese la esperanza
A su pensamiento asida;
Y, pues no sufre el que olvida,
Destierre de su memoria
Ensueños, amores, gloria,
Fantasmas de la existencia,
Y aniquile su conciencia
Que es el ara expiatoria.

Pero ya que es vano intento
Eludir la suerte amarga,
Y en la vida, corta o larga,
Es forzoso el sufrimiento,
Llene nuestro pensamiento
Algún ideal divino
Que nos guíe en el camino,
De la humana desventura
Y nos alumbre la oscura
Profundidad del destino.

Y siga el dolor llorando,
Mientras sin pompa ni estruendo
Sigue la virtud sonriendo
Y la caridad amando:
Sigamos con él luchando,
Mientras no deje de haber
Una verdad que creer,
Una dicha que esperar,
Un santuario y un hogar,
Un amor... y una mujer.

En el Fondo del Lago

(Diego Dublé Urrutia)

Soñé que era muy niño, que estaba en la cocina
Escuchando los cuentos de la vieja Paulina.
Nada había cambiado: el candil en el muro,
El brasero en el suelo y en un rincón oscuro
El gato, dormitanto. La noche estaba fría
Y el tiempo tan revuelto que la casa crujía...
Se escuchaba a lo lejos ese rumor de pena
Que sollozan las olas al morir en la arena,
Y a intervalos más largos esos vagos aullidos
Con que piden auxilio los vapores perdidos.
Nosotros, los chiquillos, oíamos el cuento
Sentados junto al fuego, y como entrara el viento
Por unos vidrios rotos, su frente medio cana,
La vieja se cubría con su chalón de lana.

Era un cuento muy bello:
Tres príncipes hermanos
Que se fueron por mares y países lejanos
Tras la bella princesa que la mano de una hada
En un lago sin fondo mantenía encantada.
El mayor, que fué al norte, no regresó en su vida;
El otro, que era un loco, pereció en la partida;
Y el menor, que era un ángel por lo adorable y bello,

Llegó al fondo del lago sin perder un cabello...
Allá abajo, en el fondo, vió paisajes divinos,
Castillos encantados de muros cristalinos
Y en un palacio inmenso, de infinita belleza,
Encerrada y llorando vió a la pobre princesa.
Se encontraron sus ojos, se adoraron al punto
Y lo demás fué cosa de poquísimo asunto,
Pues al verlos tan bellos como el sol y la aurora,
El hada, que era buena, los casó sin demora.

....

—Así acabó la historia de aquella noche... El gato
Se despertó gruñendo, desperezóse un rato
Y se durmió de nuevo. Zumbó la ventolina
En el cañón, ya frío, de la vieja cocina...
Se levantó un chicuelo y sin hacer ruido
Enhollinó la cara de otro chico dormido...
Yo, me quedé soñando con el príncipe amado
Por la bella princesa, con el lago encantado
Y también con los tristes y apartados desiertos
Donde duermen los huesos de los príncipes muertos...



¡Viva España!

(Abel González G.)

Al Infante Don Fernando

Alteza: desde un rincón
de mi chilena montaña
con un grito—¡Viva España!—
llegue a vos esta canción:
es grito del corazón
de mi sierra montaraz,
que hoy vibra en rapto vivaz
del uno al otro picacho,
al ver el blanco penacho,
de vuestro casco de paz.

De Chile la pampa ardiente
su corazón ya os abrió,
y aunque seco, de él brotó
de afecciones un torrente;
era la pampa inclemente
con sus calicheras duras,
mas de entusiasmo y ternuras
vibró ante vos su regazo,
y os estrechó en un abrazo
de maternales blanduras.

Después cruzasteis el mar,
aquel que bajo este sol
para España un español
siglos ha vino a buscar;
y ¡Viva España! el cantar
fué que os rimaron las olas,
y, acaso, un instante a solas
en vuestro bajel soñando,
os dijísteis suspirando:
—¿Voy por aguas españolas?—

Llegásteis luego a las radas
y a las urbes populosas,
entre ovaciones grandiosas,
como regias clarinadas:
y surgió a vuestras miradas
de Chile el valle sereno,
y de su fragante seno,
como una plegaria a Dios,
un ¡Viva España! alzó a vos
cada corazón chileno.

Tan sólo la sierra erguida,
la andina y la costanera,
faltaba en Chile que os diera,
Infante, la bienvenida;
de fieros riscos ceñida
su torva frente mirad;
pero, aunque es hosca, escuchad
cómo hoy os siente y se ablanda
y a mí me dice y me manda
con voz de madre: —¡cantad!—

¡Cantad! me dice, entre tanto
que para veros se empina,
y yo, cual tordo que trina,
mi acento hacia vos levanto:

el alma vibra en mi canto,
el alma de mi montaña:
oíd la voz de la entraña
de mi sierra y de su grey:
—¡Viva España y su gran Rey,
y vos, Infante de España!—

La Custodia

(Francisco Donoso, Pbro.)

En los templos radiantes, bajo el sacro cimborio,
entre guardias de cirios y cortejo de flores,
entre hosannas angélicos y entre humanos clamores,
soy el trono del Rey que juzgara el Pretorio...

Soy la envidia del sol porque soy ostensorio.
El proyecta las sombras que son mudos dolores,
agoniza en las tardes con sangrientos fulgores,
y derrumban las noches su palacio ilusorio;

mientras yo, que en orientes de espíritu fulguro,
en astro milagroso, con Dios, me transfiguro,
y en las manos ungidas soy un sol que bendice;

y en los palios que anuncian la blanca epifanía,
piadoso como el lienzo de la fiel Berenice,
¡yo nimbo la faz pura del Dios Eucaristía!

Pentálogo

(Pedro Antonio González)

I

La Pintura

—Yo soy la hermosa y opulenta Reina
que viste de flotantes arreboles,
y que sus bucles peina
bajo un nimbo de soles.
Yo hago brotar de las hirvientes lin-[fas,
bajo la tenue bruma,
inmaculadas ninfas
con túnicas de espuma.
Es el pincel mi cetro soberano.

Yo llevo como norma
la visión del arcano,
el ritmo de la forma.
Es el éter azul mi vasto imperio.
Besa las orlas de mi regia gasa,
desde el hondo misterio,
cada estrella que pasa.
Llevo en mi frente que arde
y en mi pupila que sonríe y llora,
la sombra de la tarde,
los rayos de la aurora...

II

La Escultura

—Yo soy la Reina de brillante clámi-
[de
y de pálido rostro pensativo.
Es la eterna pirámide
mi trono primitivo.
En mi culto se alternan
las edades veloces,
y sus frentes olímpicas prosternan
los Genios y los Dioses.
Yo soy ante la aurora,
bajo el cielo infinito,
resurrección sonora,
grandiosa apoteosis de granito.
Es mi cetro el escoplo.
Es mi nimbo la yedra.
Yo hago, bajo mi soplo,
bullir el bronce, palpitar la piedra.
Bajo el éter que oscila,
me saluda el gran Sol desde el Orien-
[te:
llevo la majestad en la pupila;
llevo la eternidad sobre la frente...

III

La Música

—Yo soy la Reina de celeste cuna
que en el misterio de las noches solas,
en un rayo de luna
se columpia en las olas.
Con el alba sin tules
y el pálido crepúsculo converso.
Yo tengo alas azules.
Yo lleno con mi soplo el universo.
Yo alzo hasta Dios, en mi ondulante
[giro,
la escala de mis sones.
En las auras suspiro;
rujo en los aquilones.
Soy undívaga fibra.
Soy clarín de batalla.
Soy ósculo que vibra.
Soy cólera que estalla.
Soy como los querubes:
vuelo con raudos, luminosos rastros,
más allá de las nubes,
más allá de los astros.
Sé todo lo que encierra
la estrella melancólica.
Yo no soy de la tierra.
Yo soy la misteriosa Reina eólica...

IV

La Poesía

—Yo soy la Reina mágica que labra
el oro de la idea,
y en el carro triunfal de la palabra
sus águilas pasea.

Yo lanzo hacia lo lejos,
con mi fúlgido cetro de topacio,
cascadas de reflejos
que inflaman el espacio.
Mi carro cristalino
la excelsa cumbre del Olimpo salva,
y esmalta su camino
con las perlas del alba.
Cuando baten al viento mis corceles
sus raudas crines bellas,
florecen los laureles,
florecen las estrellas.
Yo describo sin calma
fantásticas eclípticas.
Yo hago brotar del alma
alas apocalípticas.
Cuando a mi soplo ruge
la formidable tempestad del verso,
con estrépito cruje
sobre su eterna base el Universo...

V

La Razón

—Cesen ya vuestras odas.
Adoradme y amaos.
Yo soy la luz. Sin mí, vosotras todas
sois pálidos fantasmas. Sois el caos.

Estrellas en la Sombra

(Luis Felipe Contardo Pbro.)

Amo, Señor, tus sendas, y me es suave la carga
(La tocaron tus hombros) que en mis hombros pusiste;
Pero, a veces, encuentro que la jornada es larga;
Que el cielo ante mis ojos de tinieblas se viste;

Que el agua del camino es amarga... es amarga;
Que se enfría este ardiente corazón que me diste,
Y una sombría y honda desolación me embarga
Y siento el alma triste; hasta la muerte, triste!...

El espíritu débil y la carne cobarde,
Lo mismo que el cansado labriego, por la tarde,
De la dura fatiga quisiera reposar...

Mas, entonces me miras... y se llena de estrellas,
Señor, mi obscura noche... Y detrás de tus huellas,
Con la cruz que llevaste, me es dulce caminar...

Mío, Pero no Mío Solamente

(Manuel Magallanes Moure)

Hay en mi huerto un árbol que planté por mi mano,
que regué diligente,
que cuidé con ternura de verano a verano.

«—¡Arbol mío, árbol mío!», con amor le decía;
y al pensar que era mío, amarlo más creía.

«—¡Yo te planté, yo mismo;
y eres mío, eres mío!», clamaba mi egoísmo.

Pero un día, un buen día,
penetraron en mi alma las voces silenciosas
con que hablan las cosas...

Y oí a la húmeda tierra, blanda, maternalmente,
decir con voz riente:
«—¡Arbol mío, árbol mío!»

Y oí al agua piadosa que se embebe en el suelo
renunciando a la gloria de reflejar el cielo,
decir en su muriente y humilde murmurío:
«—¡Arbol mío, árbol mío!»

Y oí al viento que azota los frondosos ramajes,
lanzando a todo vuelo sus canciones salvajes,
aullar con su acento penetrante y bravío:
«—¡Arbol mío, árbol mío!»

Y oí al rayo de sol que en el follaje brilla
transparentando el húmedo verdor de su atavío,
decir, ¡oh, maravilla!:
«—¡Arbol mío, árbol mío!»

Y la oscilante abeja, mensajera de amor,
beso alado que va de una flor a otra flor,
y el pájaro que teje su nido en el umbrío
refugio de las ramas, decían: «—¡Arbol mío!»

Y al oír esas voces, inefable ternura
me bañó el corazón, reseco de amargura.
Y una límpida onda de amor fué traspasando
las sombras de mi vida interior, como cuando
la tibia luz del sol desciende al agua en calma.

Y hubo paz en mi alma.

La Carreta

(Manuel Magallanes Moure)

Por el camino interminable y blan-
[co
bajo el fuego del sol; por el camino
que los vetustos álamos protegen
con sus ramajes largamente erguidos,
va la tarda carreta dando tumbos
y rechinando, como un monstruo
[herido
que fuera lentamente, lentamente,
arrastrando a lo largo del camino
el enorme dolor de su agonía.

Trémulos van los bueyes, abatidos
en la contemplación del blanco suelo
que rozan con sus húmedos hocicos,
cuya baba, ahilándose, dibuja
en el polvo arabescos infinitos.

Y ante las bestias mudas—siempre
[mudas
en su eterno tormento—entristecido
como sus bestias y como ellas mudo,
el carretero marcha pensativo,
contemplando las huellas que dejaron
los que antes que él cruzaron el ca-
[mino.

A la sombra de un sauce, cuyos
[brazos
musculosos subían retorcidos
en actitud desesperada, el triste
convoy cesó de andar.
A un ronco grito
del carretero, los cansados bueyes
se detuvieron, y en señal de alivio,
alzaron sus cabezas taciturnas
en una brusca sacudida, que hizo
crujir el yugo prolongadamente.

Me acerqué al carretero. El, dis-
[traído,
levantaba los brazos, sosteniendo

a pica de colihue. Un cigarrillo
umeaba colgando de sus labios.

Era un viejo aquel rudo campesino
era un atormentado por la suerte.
Me refirió sus desventuras. Dijo
ue venía del fondo de los campos
n marcha a la ciudad. Llevaba al
[*niño*
—y era dulce la voz del buen la-
[labriego—
noribundo de un mal desconocido,
iba a dejarlo al hospital del pueblo.

Entonces advertí un leve suspiro
oloroso, surgiendo desde el fondo
e la inmóvil carreta. Allí, tendido,
on los ojos cerrados, con el rostro
álido y angustiado, estaba *el niño*,
n mozo de veinte años. De su boca,
l aliento escapábase en silbidos.
Cuando, al fin, mis miradas se
[apartaron
de aquel penoso cuadro, encontré fi-
[jos
en mí los ojos de labriego, y nunca,
nunca podré olvidar el infinito
mirar de aquellos ojos, que tenían
algo del dolor mudo e incisivo
que hay en los ojos de las bestias,
[cuando
ven fulgurar la hoja del cuchillo...

Por el camino interminable y
[blanco
bajo el fuego del sol, por el camino,
la pesada carreta fué alejándose...

Sobre los campos de maduro trigo,
flameaba el sol alegremente, y era
como fiesta de luz el áureo brillo
de las fecundas sementeras.
Lejos,
gemían tristemente los chirridos
de la carreta en marcha...



Los Pájaros Errantes

(Pedro Prado)

Era en las cenicientas postrimerías del otoño, en los solitarios archipiélagos del sur.

Yo estaba con los silenciosos pescadores que en el breve crepúsculo elevan las velas remendadas y transparentes.

Trabajábamos callados, porque la tarde entraba en nosotros, y en el agua entumecida.

Nubes de púrpura pasaban, como grandes peces, bajo la quilla de nuestro barco.

Nubes de púrpura volaban por encima de nuestras cabezas.

Y las velas turgentes de la balandra eran como las alas de un ave grande y tranquila que cruzara, sin ruido, el rojo crepúsculo.

Cuando comenzaron a cruzar sobre nuestros mástiles, oímos sus voces y vimos sus ojos brillantes que de paso nos echaban una breve mirada.

Rítmicamente volaban y volaban unos tras los otros, huyendo del invierno, hacia los mares y las tierras del norte.

La peregrinación interminable, lanzando sus breves y rudos cantos, cruzaba, en un arco sonoro, de uno a otro horizonte.

Insensiblemente, la noche que llegaba iba haciendo una sola cosa del mar y del cielo, de la balandra y de nosotros mismos.

Perdidos en la sombra, escuchábamos el canto de los invisibles pájaros errantes.

Ninguno de ellos veía ya a su compañero, ninguno de ellos distinguía cosa alguna en el aire negro y sin fondo.

Hojas a merced del viento, la noche los dispersaría.

Mas no; la noche que hace de todas las cosas una informe obscuridad, nada podía sobre ellos.

Los pájaros incansables volaban cantando, y si el vuelo los llevaba lejos, el canto los tenía unidos.

Durante toda la fría y larga noche del otoño pasó la banda inagotable de las aves del mar.

En tanto, en la balandra, como pájaros extraviados, los corazones de los pescadores aleteaban de inquietud y de deseo.

Insconsciente, tembloroso, llevado por la fiebre y seguro de mi deber

ıra con mis taciturnos compañeros, de pie sobre la borda, uní mi voz al ɔro de los pájaros errantes.

El arpa de Dios

(Gabriela Mistral)

El que llamó David el «Primer Músico», tiene como él un arpa: es ı arpa cuyas cuerdas son las entrañas de los hombres. No hay un solo omento de silencio sobre el arpa ni de paz para la mano del Tañedor ar-ente.

De sol a sol Dios desprende a sus seres melodías.

Las entrañas del sensual dan un empañado sonido; las del justo son un ·mblor de cristal; y las del doloroso, como los vientos sobre el mar; tienen ıa riqueza de inflexiones. La mano de Tañedor se tarda sobre ellas.

Cuando canta el alma de Caín, se trizan los cielos como un vaso; cuan-ɔ canta Booz, la dulzura hace recordar las altas parvas; cuando canta Job, conmueven las estrellas como una carne humana. Y Job escucha el río ɘ su dolor vuelto hermosura...

El Músico oye las almas que hizo, con desaliento o con ardor.

Y nunca calla el arpa; y nunca se cansa el Tañedor, ni los cielos que es-ıchan.

El hombre que abre la tierra, sudoroso, ignora que el Señor al que a ·ces niega, está pulsando sus entrañas. Solo el místico lo supo, y de oír esta ·pa rasgó sus heridas para cantar infinitamente en los campos del cielo.

La Oración de la Maestra

(Gabriela Mistral)

¡Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre ɘ maestra, que Tú llevaste por la Tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza ɜa capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca ɘ mí este impuro deseo de justicia que aun me turba, la mezquina insinua-ión de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incompren-ión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que es *carne de mis carnes*. Alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarle en ella clavada mi más penetrante melodía para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renunciar a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corro de niños descalzos.

Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

¡Amigo, acompáñame! ¡sosténme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, el que supo harto de soledad y desamparo. Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana a mi escuela. Que no lleve a mi mesa de trabajo los pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo, y suavízamela más en la caricia. ¡Reprenda con dolor, para saber que he corregido amando!

Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Que envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la Tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos de costado a costado!

Decálogo del artista

(Gabriela Mistral)

I. Amarás la belleza, que es la sombra de Dios sobre el Universo.

II. No hay arte ateo. Aunque no ames al Creador, lo afirmarás creando a su semejanza.

III. No darás la belleza como cebo para los sentidos, sino como el na-ural alimento del alma.

IV. No te será pretexto para la lujuria ni para la vanidad, sino ejercicio ivino.

V. No la buscarás en las ferias ni llevarás tu obra a ella, porque la Be-eza es virgen y la que está en las ferias no es Ella.

VI. Subirá de tu corazón a tu canto, y te habrá purificado a ti el rimero.

VII. Tu belleza se llamará también misericordia, y consolará el cora-ón de los hombres.

VIII. Darás tu obra como un hijo, poniendo en ella tu sangre de mil ías.

IX. No será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso que te ncienda para la acción, pues si dejas de ser hombre o mujer, dejarás de er artista.

X. De toda creación saldrás con vergüenza, porque fué inferior a tu ueño.

San Martín

(Antonio Bórquez Solar)

. . . .
. . . .

¿Habéis visto la brava carrera del rodado,
el alud de peñascos, desde la cumbre en flor?
Rebota dando saltos en los flancos y aristas
de las rocas macizas, con ímpetu feroz.
Saltando ruge y rueda la escarpadura ingente
de la gran cordillera, de bastión en bastión,
levanta torbellinos de rocas y pedruscos,
asuela, ruge, y mata con ruido atronador.
Se diría que es toda la misma cordillera
que huyendo se desploma con una furia atroz;
que es un furioso río de piedra que se lanza
en un torrente inmenso de una devastación.
Así se precipitan como un gran cataclismo



San Martín y los suyos. El gran Libertador
en su corcel de guerra que en escarceos marcha,
por su firme apostura se parece a un dragón.
En los campos azules de su bandera mírase
la estrella de mi patria y el argentino sol.
Brillan las tercerolas en el alud que rueda,
sables y culebrinas, en potente fulgor.
Soldados de mi patria, descendientes de toquis,
(Caupolicán, Lautaro, los abolengos son)
en un Jordán de sangre con un bautismo rojo
haréis la patria libre y conquistaréis un sol.
. . . .

Chilenos y argentinos, hermanos por la sangre,
en luchas y heroísmos por la emancipación,
debiéramos unidos marchar hacia el Destino
con la estrella de Chile junto con vuestro sol.

Abierto ya está el surco que espera la simiente
que lucirá mañana su mágica eclosión.
Los padres de la patria nos dieron el ejemplo;
sigámosle de nuevo y avancemos los dos.
Unidas nuestras fuerzas haremos maravillas,
fecunda toda empresa y de más noble valor;
unidos nuestros brazos que encumbren la bandera
y América que siga de nosotros en pos.
Que caiga la muralla de bloques berroqueños
que puso entre nosotros incógnito erupción,
así como cayeron oyendo los clarines
los muros formidables que alzaba Jericó.
Y canten los dos mares Atlántico y Pacífico
eternamente juntos, con resonante voz,
la gloria de la raza, los triunfos del trabajo,
la fuerza y la razón!

Elegía

A mi Madre

(Carlos R. Mondaca)

Fragmento

Cristo te dijo: Sigue mi camino.
—Y fué la santa ley de tu destino.

Abrázate a la cruz de mis amores!
—Y te abrevaste en todos los dolores:

Tu vida fué más pura que una es-
[trella:
Dios se miraba reflejado en ella.

Tu pensamiento era como una
[fuente
Que manara de Cristo eternamente.

Tu carne enrojeció bajo el cilicio;
y te vistió de blanco el sacrificio.

Te coronó de rosas el Señor;
Y te ciñó de espinas el Amor.

Al Pie de la Bandera

(Víctor Domingo Silva)

¡Ciudadanos!
¿Qué nos une en este instante, quién nos llama,
encendidas las pupilas y frenéticas las manos?
¿A qué viene ese clamor que por el aire se derrama
y retumba en el confín?
No es el trueno del cañón,
no es el canto del clarín:
es el épico estandarte, es la espléndida oriflama,
es el patrio pabellón,
que halla en cada ciudadano un paladín.

¡Oh, bandera,
la querida, la sin mancha, la primera
entre todas las que he visto! ¡Cómo siento resonar
no en mi oído, sino dentro de mi ardiente corazón,
tu murmullo,
que es alerta y es arrullo,
tu murmullo, que es consejo en la tertulia del hogar,
y que en medio de las balas es rugido de león!

¡Cómo siento que fulgura, con qué ardores,
la gloriosa conjunción de tus colores,
flor de magia, hecha de fuego, de heroísmo, de ideal!
¡La bandera!... La soñamos inmortal,
con su blanco, con su rojo y con su azul, en que descuella,
perla viva y colosal,
esa estrella
arrancada para ella
al océano de luz del cielo austral!
....

¡La bandera! ¿Quién olvida
que ella ha sido como una hada para nuestra edad florida?

¿Quién, al verla que a pleno aire se levanta,
no la advierte como un alma enamorada de la vida?
¿De qué trémula garganta,
en los grandes días patrios, se escapó una nota sola,
a que no haya respondido,
como el eco más sentido,
la bandera que tremola

en lo alto del madero carcomido
de la escuela, del cuartel o del torreón?
¿Qué muchacho, entre la gresca vocinglera
de Septiembre, malamente disfrazado
de soldado,
no ha jurado
convertirse en héroe patrio y defensor de su bandera
hasta el último jirón?
. . . .

¡Ciudadanos!
Que no sea la bandera en nuestras manos
ni un ridículo juguete, ni una estúpida amenaza,
ni un hipócrita fetiche, ni una insignia baladí.
Veneremos la bandera
como el símbolo divino de la raza:
adorémosla con ansia, con pasión, con frenesí,
y no ataje nuestro paso, mina, foso, ni trinchera,
cuando oigamos que nos grita la bandera:
—¡Hijos míos! ¡Defendedme! ¡Estoy aquí!...

Ofrenda a Jesús

(Daniel de la Vega)

Jesús Nazareno, tú que los querías,
tú que los buscabas, tú que defen-
[días
las blancas mañanas de sus alegrías,
tú que a tus hermanos siempre les
[decías:
«Dejad a los niños que venga a mí»,
toma este florido rayito de luna,
carne de mi carne, sin mancha nin-
[guna,
candorosamente dormida en su cuna,
Jesús Nazareno, te la entrego a ti...

Te pido que nunca la dejes perdida
en las fragosas aguas de la vida.
Está por tu propia sangre redimida.
¡Jesús Nazareno, te la doy dormida!
Su corazoncito también está así...
Su madre ha querido que te la dé ple-
[na:
tómala así humilde, tómala así buena,
tómala, Maestro, por ella y por mí...

Su madre ha querido que te la dé
[plena.
Haz que sea dulce, haz que sea buena
haz que sea un rayo de luna serena
sobre las angustias de nosotros dos...
Yo quiero que sea su fe la más viva,
yo quiero que sepa mirar hacia arriba
con hambre de altura, de lumbre, de
[Dios...

Tómala, Maestro, tómala inocente,
quiero que te rece fervorosamente,
y que en las mareas de su vida ardien-
[te
ame humildemente, ame dulcemente,
todas esas cosas que su padre amó...
Y tú, Jesús, déjale esas ilusiones,
esas alboradas, esas devociones,
esas alegrías, esas oraciones,
esas inquietudes que he perdido yo...

Señor Jesucristo, es mala la vida...
Señor Jesucristo, la fe está perdida,
la esperanza muerta, muerta la ilu-
[sión...
Tú, Jesús, apártala de nuestros abro-
[jos,
y quema sus labios y alumbra sus
[ojos
con el Evangelio de tu corazón...

Toma este florido rayito de luna;
es rosa de sangre, sin mancha ningu-
[na;
Jesús Nazareno, tómala en la cuna;
ella me ha pedido que te la dé así...
Es luz de nosotros, es luz de mi vida.
Tómala, Maestro, ¡te la doy dormida
Tómala, Maestro, ¡por ella y por
[mí!

Casa de los Abuelos

(Juan Guzmán Cruchaga)

Casa de los abuelos, casa ruinosa y santa,
casa oscura y dormida con alma de convento,
un jardín de violetas y una fuente que canta
burlándose del rezo sentimental del viento.

Casa de los naranjos, casa triste y oscura
de mis primeras penas y mis recuerdos viejos,

todavía en tus patios resuena la voz dura
y enferma de la anciana que me daba consejos.

Todavía resuena sobre los corredores
el andar suave y lento de los seres queridos
que de ti se alejaron, casa oscura y dormida.

Todavía perfuman santamente tus flores,
todavía se escuchan cuentos de aparecidos:
«Esta era una princesa que pasaba la vida...»

Batalla de Rancagua, Referida por un Soldado

(Alberto Blest Gana)

Al amanecer principiaron a repicar las campanas para anunciar que iban a venir mi General en Jefe y su hermano don Luis, con la tercera división a socorrernos. Más tarde se oyó una gritadera en la torre de San Francisco, y todos empezaron a decir que ya llegaba el socorro. ¡Buena cosa el gusto grande que todos teníamos! A los que les quedaban cartuchos empezaron a tirar de lo bueno a los godos. En eso nos llevamos más de una hora, hasta que avisaron los que estaban de centinela en la torre de San Francisco, que las tropas que se habían divisado se volvían para atrás. ¡Aquí fué la aflicción otra vez, cuando ya nos creíamos victoriosos! ¿Para qué hablar, pues, de los reniegos que todos echábamos? No se oían más que *ajos* por todas partes, contra los cobardes que nos abandonaban así a la muerte. Los godos no perdían tiempo en el intertanto, porque habían prendido fuego a las casas que estaban cerca de las trincheras, y todas empezaban a arder. Las calles se habían puesto como un infierno, llenas de humo que dejaba ciego. Entonces oímos una corneta del lado de los godos. «Parlamentario es ése», dijimos todos, y luego divisamos un oficial con dos soldados, que venían por la calle de San Francisco, y traían bandera blanca. El abanderado Ibieta, de nuestra trinchera, que tenía un brazo bandeado, levantó para arriba la bandera negra con el otro brazo, y todos gritamos: «Nadie se rinde, ¡Viva Chile!» Y les hicimos una buena descarga con los últimos cartuchos que nos quedaban.

. . . .



Entonces, mi general O'Higgins, que había visitado nuevamente las trincheras, mandó que llevasen todos los caballos a la plaza. Los godos se habían puesto más atrevidos, viendo que casi no les contestábamos al fuego. Cuando se llenó la plaza de caballos, mi general gritó que montase a caballo todo el que pudiese, y que nos abriéramos paso por medio del enemigo. Todos querían montar de juro, y en un abrir y cerrar los ojos, no había caballo sin su jinete. Como yo le tuve que dar el mío a un oficial, mi mayor me dijo: «Monte a las ancas, asistente, el alazán nos puede llevar a los dos; y, si nos voltean, moriremos peleando».

Al oír estas palabras, Robles volvió a pasear su mirada, llena de orgullosa satisfacción, sobre todos los oyentes.

—¿No fué así, mi mayor?, preguntóle a Cámara.

—Así, fué, asistente, siga no más.

—Mi general O'Higgins mandó, entonces, juntar las mulas que habían

raído las cargas. Otros habían preparado la trinchera que daba a la cañada, ara dejarnos salir. Por ahí echaron las mulas, que se soltaron a correr y a orcovear, rabiosas que estaban con la sed, y detrás de ellas mandó mi general, todavía le oigo la voz: «¡A la carga, muchachos!», y todos gritamos: ¡Mueran los godos! ¡Viva Chile!», y echamos a correr como celajes. De bale quisieron los godos sujetarnos, porque nos llevábamos todo por delante. Ii mayor le dió un caballazo a un oficial que le hacía la puntería con una istola, desde a caballo también, y lo echó a rodar por el suelo con caballo todo. «Superior el alazán, mi mayor» que le dije. «El alazán es como su mo, que no conoce el miedo», que me contestó mi mayor, y daba topazos los godos de a caballo, como si estuviera en la vara de una chingana, ni nás ni menos. Así, peleando, llegamos a la cañada, sin que pudieran sujearnos. Con el ruido de los tiros parecía que más se animaba, porque iba de os primeritos. Cuando de repente, como que se pára y mi mayor le mete spuelas y le grita: «Adelante, alazán tostao, primero muerto que cansao». Y el alazán, como si entendiera, ¿no echó a correr otra vez, pues? junto con todos los que no habían caído, porque quedaron montón en el suelo, con las lescargas que nos hacían los godos. En menos de un cuarto de hora, ya los godos nos habían perdido de vista y les dejamos la polvareda no más. «Ya estamos salvados», que dije yo a mi mayor, cuando ¿no se pára de repente el alazán y se pone a temblar? Entonces, yo dije a mi mayor: «Algo tiene el alazán, mi mayor». «Seguro que algo tiene, apiémosnos». Los dos saltamos al suelo, y todos los demás siguieron galopando. Cualquiera habría pensado que la bestia no esperaba más que nos bajásemos para caer al suelo. Al tiro, se le doblaron las piernas como yuyo, y se echó de lado, siempre temblando. ¡Qué había de ser, pues! si le habían pegado un balazo en el encuentro y le salía la sangre como río!

El Mar de los Chilenos

(Mariano Latorre)

Al amparo de viejas velas, cangrejas húmedas de Chiloé o cuadras parchadas del Maule, he cruzado tu salvaje soledad, mar de los chilenos, y he bebido tu hálito salobre, hermano del puelche de las nieves y del acre aliento de los pehuenes.

Mar de Chile, inmenso y virgen, que no hendieron griegos mascarones,

ni supo de velas de púrpura ni de gavieros expertos, sino de balsas de cuero o trenzadas velas de totora, pero bebió el alma multisonora de los vientos primitivos.

Piraguas de centenarios troncos, rápidos bongos de las islas o canoas de cuero de los mares australes, fluctuantes como el pensamiento de sus pilotos, rompieron tus olas, huyendo del trueno, bajo la cabalgata de las nubes; y vientos de aventura, desde el otro extremo del mundo, empujaron las velas rapaces de los piratas de Inglaterra y Holanda, trágicamente incorporados a la leyenda del mar chileno.

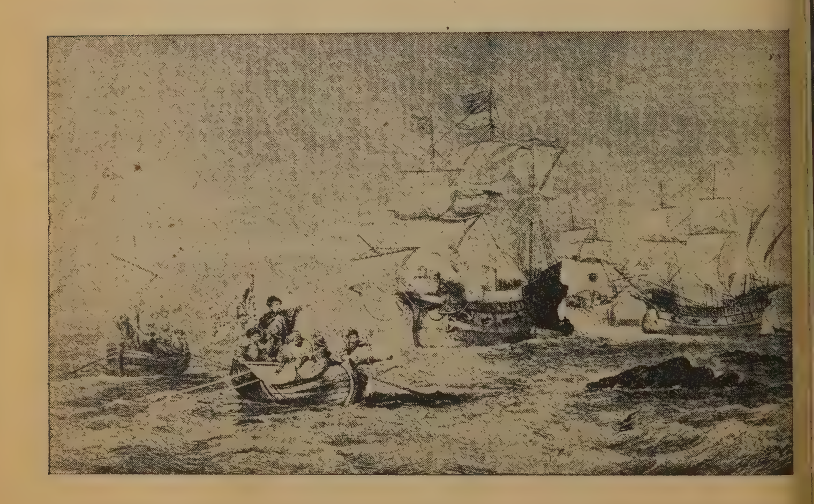
Mar del Norte, hijo del sol, cuya verde entraña se torna nieve espumosa al romperse en los grises acantilados, muros del desierto ubérrimo. Mar rayado por el vuelo negro de los yecos y el pestañeo de las garumas y roto por la daga de las albacoras.

Mar del centro de Chile, blanco de gaviotas, hirviente de congrios atigrados, de robalos de plata y cabinzas de ojos sajones. Mar de los viejos pescadores. coloniales, ingenuos y supersticiosos.

Mar amigo de la cordillera que baja en las venas de sus ríos, empapados de altura, a teñir el verdor de las olas de azules transparencias.

¡Mar del Maule, destrozado como un cristal en las aristas de las peñas, forradas de algas, erizadas de moluscos como cascos muertos!

Del corazón de tus cerros bravíos, tierra hecha piedra, bajan las rodas



e roble en carretas minúsculas, y sobre ellas, el serrano mudo, piedra hecha arne, vuelto marino ante el estupor del mar nunca soñado, heroico en la aña que acaba de empuñar como en la mancera de sus viejos arados de ualle.

Mar de Chiloé, extraviado entre islotes de esmeralda, espejo ávido de as selvas oscuras, de los verdeantes papales y de los villorrios grises, sumisos n torno a un campanario de madera. Mar amado del gran mar que en las iolentas crecientes, tarde y mañana, derrama su sangre salobre en la pa-iva quietud de los canales.

Una mortaja de niebla espesa arrebuja en los inviernos los cerros ate-idos y las aguas muertas, donde navega el Caleuche, hinchadas de aire las elas espectrales y su casco acribillado de luces: allí la imaginación del chi-ote, niebla y estupor, inmortalizó a los ahogados, a los piratas vencidos, a odos los que murieron en lucha con el mar.

Lanza de oro, el sol quiebra en los estíos tu cristal hecho ascuas y va a eñir, empapado en sangre de auroras o en púrpuras de arreboles, la coraza le las centollas, dormidas en la penumbra del remanso submarino.

La paleta de ciprés del huilliche partió, en lejanas edades, tu espejo dor-mido, ebrio de cielo, y era en manos del indio de las islas, la aleta de un lobo le mar; hoy, la vela ávida de viento y la caña triunfadora.

¡Maulinos y chilotes, marineros del mar chileno, duros como los cerros y ágiles como las olas, vuestra es el ala del viento y vuestra el alma del mar!

Mares del sur, blanqueados por la nieve de antárticos plenilunios, ma-res de frías corrientes, ceñidos de ventisqueros y de islas, por donde cruzan a la deriva témpanos errantes, trozos de polo y donde asoman su lomo las ballenas, pedazos de continentes.

Mar de los alacalufes y de los lobos bramadores, cuna de los vientos del polo que rompen el vuelo vencedor de los albatros y obligan al pingüino rey, inmovilizado en el hueco de las peñas, a apretar su huevo gris, en un trágico gesto de defensa, contra su pecho de seda, envoltura tibia de su co-razón.

Al amparo de viejas velas, cangrejas húmedas de Chiloé o cuadras parchadas del Maule, he cruzado tu salvaje soledad, mar de los chilenos y he bebido tu hálito salobre, hermano del puelche de las nieves y del acre aliento de los pehuenes.

El Tupungato

(J. V. Lastarria)

Una tarde, a la caída del sol, bajábamos en la posta del Desaguadero, desde donde yo esperaba divisar las cordilleras. A medida que el astro descendía en un horizonte brumoso, se dibujaba allá en los cielos un domo inmenso, un hemisferio, que parecía más bien una ilusión de óptica. Era el Tupungato que estaba velado por la bruma de la tarde y que empinaba su cabeza sobre el horizonte opaco, como si estuviera pendiente del firmamento y separado del mundo. Con el crepúsculo, se elevaron nuevos vapores que ocultaron aquel portento, dejándome una anhelante y religiosa impresión. ¡Ya había entrevisto a mis queridos Andes!

Al otro día hice el camino en una constante ansiedad, divisando por momentos algunas cimas nevadas cuando los árboles y el polvo lo permitían. Pero, en la mañana siguiente, desde el Ramblón a San Martín, el espectáculo era imponente, pues la vista abarcaba una dilatadísima extensión de la cadena de los Andes.

¿Qué es la vista de los Alpes, desde Clarens, en comparación de la de los Andes, desde la despejada campaña de Mendoza? Allá ha podido Byron lanzar esta exclamación, cuya religiosidad admira Michelet: «Lo que aquí se siente de lo grande, de lo sublime, del amor universal». A la vista de los Andes, el alma enmudece, la palabra no asoma a los labios, porque la impresión que se siente no tiene lenguaje.

Una inmensa cadena de brillantes colosales cruza el horizonte a la altura de los cielos hasta donde puede alcanzar la vista, del austro al septentrión. Las líneas circulares y suaves del cerro de Tupungato contrastan con los angulosos picos de las sierras de las Vacas y con la caprichosa punta del Aconcagua, que, más atrevido que todos, se remonta a la región del éter, mostrando el último esfuerzo que la tierra ha hecho para alcanzar a los dominios del sol. Por el sur se prolongan, hasta perderse de vista, los esbeltos cerros, los bultos de apilados picos, figurando el conjunto de las torres de una ciudad aérea las curvas sinuosas que, ora se remontan, ora descienden, dibujando de plata el azul de la atmósfera.

¡Salve, portentosos Andes! ¡Al fin vuelvo a vuestros brazos, a sentir el halago de vuestras brisas! ¡Salve, generadores de la vida, que distribuís los climas y los vientos, el calor y el agua, que formáis los valles templados



e las mieses y las ardientes hoyas del café, el ananá y la chirimoya! ¡Sois ı imagen del infinito, centro de poesía y de verdad, que habéis afrontado ›s siglos de una eternidad, siempre jóvenes y bellos!

La Política

(Jotabeche)

(Fragmento)

¿Por qué llamarían política a los asuntos de gobierno? En mi entender, sto es una ironía muy picante, una burla que se ha querido hacer de la ıstitución más seria fundada por los hombres, un sarcasmo al fundamento e las sociedades. Desde que leí el Catón Cristiano, me hicieron entender or política todo lo respectivo a una buena crianza, finos modales, gracias

caballerescas, cortesía, etc. Cuando veía a un hombre que, por dar la acera a cuantos encontraba, se metía en los barriales; cuando otro saludaba formando un arco con su cuerpo, y describiendo semicírculo con el sombrero, tomado con el pulgar y el índice de la mano derecha; cuando me hacían notar a un señorito, que al hablar quería lamer tanto sus palabras que llegaba a silbar con mucha gracia; cuando solía sufrir mi mano los apretones y sacudimientos afectuosos de un nuevo amigo que me presentaban, siempre oí decir: este caballero es muy político; qué político es este caballero; da gusto tratar con un hombre tan político como éste, etc. Pero en los gobiernos, el político, es todo lo contrario. ¡Yo no sé qué clase de crianza han recibido los hombres de estado! En primer lugar, se llama hombre de mucha política el que mantiene dos o tres periodistas pagados con fondos nacionales, para que digan desde una hasta ciento a cuantos tienen el descomedimiento de no agradar a su señoría. La política gubernativa permite, pues, que los hombres se cubran de desvergüenzas, no sólo en medio de la calle, sino en medio de la nación y del mundo entero..

El 21 de Mayo. La prosperidad de Chile

(Blanco Cuartín)

Sin tener los tesoros de Méjico ni del Perú; sin contar con la extensión de tierra en que se ahogan nuestros vecinos allende los Andes; sin los recursos naturales que a muchos otros pueblos de nuestro origen favorecen estérilmente, nuestro Chile se ha levantado hasta una altura que llama necesariamente la atención de Europa y de la gran República del Norte.

En las tareas de la paz ¿qué nación sud-americana ha ido, decimos, tan lejos, por igual camino?

En Copiapó resonó, primero que en parte alguna de nuestra América, el eco ronco de la locomotora; el telégrafo también nos lisonjeó con sus silenciosas comunicaciones ante que a ninguno de los países hermanos. En instituciones políticas tenemos una constitución, que, si no perfecta, porque no hay obra de este género que lo sea, es un monumento que honrará siempre la memoria de los grandes estadistas que la trabajaron. Nuestros códigos ahí están asimismo patentizando, no sólo la cultura intelectual de la

ación para quien fueron escritos, sino las elevadas miras de los que han anejado el timón de los negocios públicos.

«Ninguna nación sud-americana, decía hace poco «la Independencia elga», ha ido tan lejos como Chile en instrucción pública. Admira, verdaeramente, que un país de escasos recursos, de reciente data en la vida de s pueblos libres, haya podido de un salto colocarse inmediatamente deás de nosotros, y sin que para ello le haya sido necesario pasar por crisis olorosas y hasta cierto punto indispensables dentro de la lógica de los rogresos humanos.»

Y así ha sido en efecto: hemos progresado a pasos gigantescos y sin deostrar un solo síntoma de perturbación en el orbe establecido; hemos acliatado instituciones que podríamos llamar exóticas, y nuestro suelo, feundo para toda buena semilla, las ha recibido y fomentado como propias. emos por fin, obtenido cuanto podíamos desear, atendida nuestra situaón, en orden a adelantos morales, políticos, económicos y sociales, y nada e todo ello nos ha costado un desengaño, un remordimiento.

Viene la guerra, y nuestro pueblo, que no conocía más armas que el rado y el combo, se estremece de horror ante el espectáculo de la patria, uspendiendo sus pacíficas labores para entrar de lleno en la vida de las venturas bélicas. ¿Qué va a ser de Chile, exclama, sin el trabajo de sus ijos? Un momento después, a esta repugnancia por la guerra sucede el ntusiasmo, que, inflamándose a medida de las provocaciones de nuestros dversarios, concluyó por hacerse una pasión irresistible de gloria.

Los triunfos alcanzados por nuestra marina y nuestro ejército lo han a elevado a todos los vientos.

Entre tanto, es preciso recordar, y recordar con lágrimas en los ojos, a os que primero se inmolaron por la patria eclipsando con su denuedo antiguo cuantas leyendas ha ideado el amor propio nacional para eternizar a sus éroes.

Hoy, pues, debemos bendecir los nombres de Prat, Serrano, Uribe, Riquelme, Aldea, etc., etc., y al demandar para ellos a Dios el premio debido sus sacrificios, hacer el juramento de imitarlos, ya que no en sus hazañas, n su amor a Chile, que fué el alma de su gloria, y es lo único que puede manenernos firmes en el camino de la vida.

Una Figura de Antaño

(Joaquín Díaz Garcés)

Contaba Don Pedro Castro que en cierta ocasión lo perseguían unos bandidos con verdadero ensañamiento. El corría a pie, saltando cercas, murallas, acequias, y los bandidos detrás, sin aflojar un punto. Llegó un momento supremo en que Don Pedro Castro se detuvo espantado al borde de una quebrada. Un chorro de agua caía al abismo y se perdía en la obscuridad. Allí no era posible saltar, menos aún retroceder, y entre tanto los bandoleros avanzaban hasta alcanzarlo.

—En ese momento decía—dando con el gesto, con la voz y con la acción, enorme interés a su aventura—en ese momento tuve una inspiración. Me santigüé y me bajé rápidamente por el chorro hasta poner los pies en el fondo de la quebrada...

—¡Bah! —interrumpe alguien—pero también bajaron por el chorro los bandoleros.

—¡No, señor! ¡Qué iban a bajar! No sería yo quien soy, ni me llamaría Pedro Castro, para servir a Uds. por muchos años! Junto con llegar al suelo de la quebrada, saqué mi cuchillo y corté el chorro de un golpe.

Pero ninguna anécdota de don Pedro Castro se ha guardado con más respeto que la fuga de su loro, que él contaba con colores vivísimos.

—Lo idolatraba—decía a sus amigos—era un loro que parecía una persona. Cuando me acercaba a la jaula, me saludaba con una venia elegante, y al tocar la oración se santiguaba con una patita. Tenía además una memoria sorprendente, porque llegó a aprender el Ave María y la rezaba de un tirón, sin equivocarse jamás. Un día el loro se me escapó dejando mojada la jaula con sus lágrimas. Seguramente había sido la suya una tiernísima despedida.

Pasaron los días. Era una tarde de enero, luminosa, clara, dormida. Don Pedro Castro estaba sentado en el corredor de su casa contemplando el paisaje de campo que se extendía delante de él, cuando sintió un extraño rumor que venía creciendo gradualmente por los aires. Puso el oído alerta; aquello debía ser sobrenatural, se escuchaba en el aire un rosario coreado: una voz alta, una voz de soprano llevaba el coro, y cien, mil voces, respondían al unísono.

Don Pedro Castro saltó de su asiento, corrió al medio del patio, y fijó

s ojos en el azulado espacio. Pero, ¡oh sorpresa! una enorme bandada de ros avanzaba en caprichosa formación. Al frente de todos reconoció a su ro, a su querido loro, que decía con voz robusta y clara: «Dios te salve aría» etc... y el loro respondía inmediatamente... Santa María, madre de os, ruega por nosotros pecadores»...

El loro ingrato suspendió de punto su aéreo rosario y mirando hacia la rra exclamó con voz entrecortada:

—Adiós, don Pedro Castro, adiós!

Y la bandada se alejó por los aires, haciendo sentir sobre los campos ı extraña plegaria.

Otra vez llegaba don Pedro Castro a su fundo, donde estaba su familia ırmada por la tardanza. Iba de Santiago escoltando una partida de mu-. Para explicar su demora, debida no sabemos a que aventura, se obligó zurcir una historia.

Había hecho alto al llegar a Curacaví, en un zapallar, donde soltaron mulas y se tendieron los arrieros a dormir. Al almanecer las mulas ha-ın desaparecido, y la consternación de todos fué enorme.

Sin embargo, se sentía apagado el ruido de la campanilla de la «madrina», que quería decir que no estaban muy lejos.

«Dos horas llevábamos—decía el «poeta» de esos tiempos—de dar vuelta busca de las mulas, cuando de repente casi me fuí de espaldas por la rpresa. Un zapallo enorme había a mi lado, y de adentro salía el rumor la campanilla y los pasos de las mulas». Era, un zapallo hueco, dentro l cual se habían metido las mulas buscando qué comer».

No sabemos si desde entonces data llamar «zapallos» a las mentiras masiado grandes, a esas que no caben bajo el modesto calificativo de apas».

Don Pedro Castro mintió hasta la última hora de su vida. «Dejo a mis os doscientas mil ovejas», decía en una de sus cláusulas testamentarias.

Y en el instante de lanzar su último suspiro dijo al religioso que lo istía:

—¡Qué chasco se van a llevar mis herederos!

Muerte de Guenchupalla

(Crescente Errázuriz)

Después de tres noches de marcha, «amanecióle una legua del río Boroa y tres de donde solía estar poblada La Imperial».

Se proponía dividir su campo García Ramón en tres porciones de cien hombres cada una y, abarcando la comarca por diversos lados, apoderarse de cuantos indios se encontraran, y libertar a los cautivos, o canjearlos después por los prisioneros que se cogiesen. No llevó, sin embargo, a efecto su plan; porque en las cercanías de Boroa descubrió recientes rastros del paso de una caballería, y temió que los enemigos supiesen ya su llegada, y, hallándose preparados, le fuese funesta la división de las fuerzas; de acuerdo con los capitanes, resolvió seguir a la cabeza de toda la división hacia las tierra del cacique Guenchupalla, cuya captura constituía el principal objeto de la jornada. Llegaron sin encontrar un solo hombre hasta un cuarto de legua de ella, y allí dió orden el Gobernador al Maestre de Campo General D. Diego Bravo de Saravia de que con cien hombres escogidos se dirigiese a rienda suelta hasta las habitaciones del cacique y viese si había o nó alguna junta de guerra.

Hallábase Guenchupalla con su hermano D. Alonso y algunos indios completamente ajenos al peligro que corrían, cuando llegó a sus oídos el tropel de los cien hombres de Bravo de Saravia. Creyó, por de pronto que serían los amigos por él dejados en Lumaco con el encargo de comunicarle la salida de los españoles; pero muy luego conoció su equivocación y la inminencia del peligro. No había tiempo de prepararse a la defensa, y ordenó a sus compañeros que se dispersasen, a fin de obligar a los españoles a dividirse en su persecución, y aumentar así las pocas probabilidades de salvar; él se puso la cota, cogió la lanza, y se dirigió a una ciénaga, donde no era fácil que entraran los caballos a perseguirlo.

Como lo pensaba Guenchupalla, dividiéronse los asaltantes para cazar a los fugitivos; pero ello no le valió al cacique para salvarse: hostigado de cerca por algunos españoles, volvió cara y en un paso estrecho comenzó a defenderse y aún a atacar con denuedo; un capitán reformado, Luis de Toledo Navarrete, antiguo sargento mayor del fuerte Yumbel, apuntándole con su escopeta, le intimó rendición; o bien pensara el cacique, como después lo creyeron los españoles, que si no le hacía fuego Toledo Navarrete era «por falta de cuerda» encendida, o estuviese resuelto a morir en la demanda haciendo al enemigo el mal posible, sin inmutarse por la amenaza, continuó dando a sus adversarios furiosas lanzadas; disparó Toledo su escopeta, y tan certero fué el tiro que Guenchupalla, herido de muerte, tuvo apenas tiempo antes de expirar para decir con orgullo a sus enemigos: «A Guenchupalla habéis muerto, españoles».

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga

(Juan Agustín Barriga)

Señores:

La ciudad de Santiago, que al pie de esas montañas y en el centro de ste valle consagrado por el recuerdo de hazañas y sacrificios inmortales, ındaron hace tres siglos vuestros abuelos, recibe hoy agradecida, y acepta omo suyo, para eterna recordación de los venideros, este hermoso monuento que la colonia española ha querido ofrecerle en testimonio de su adheón caballerosa a la celebración del Centenario Nacional.

La estatua que habéis erigido a don Alonso de Ercilla tiene, señores, n la ocasión presente, un alto y profundo significado. Antes que al ilustre ındador de Santiago, que es el padre y fundador de la familia chilena, abéis elegido con admirable instinto al poeta soldado que, a impulsos de na misma inspiración, cantó las glorias de la raza araucana y los heroicos sfuerzos de la nación conquistadora, símbolo augusto de la unidad históica de la patria, al través de las luchas del pasado y la varia corriente de uestros destinos en la historia política de las naciones.

¡Poeta y soldado! poeta de la acción y soldado aventurero en los campos e lo ideal, don Alonso de Ercilla representa y encarna en su varonil figura l tipo clásico del caballero español, en aquel siglo extraordinario y fecundo n grandes acciones, como en ingenios inmortales. . . . .

. . . .

Su instinto guerrero y generoso le hizo abandonar otras empresas más áciles bajo los cielos más benignos, y las dulzuras enervadoras de la zona ropical. Vino a buscar la guerra donde la guerra era más difícil y la victoria nás insegura; vino a buscar la gloria donde la gloria era esquiva y exigente n sacrificios de toda suerte; vino a pelear con los hijos de la selva virgen y ı probar su esforzado brazo con esa gente

> «Tan soberbia, gallarda y belicosa
> Que no ha sido por rey jamás regida,
> Ni a extranjero dominio sometida».

El alma chilena se reconoce en esta imagen del poeta soldado; y, si España le cuenta entre los maestros de la poesía castellana, nosotros le

tenemos y le honramos a justo título como el verdadero fundador de la literatura nacional. Su efigie inmortalizada en bronce, se alza desde hoy como símbolo elocuente de las glorias y los sacrificios que nos fueron comunes; él enseñó a los hijos de España, acentos que Voltaire encontraba dignos de Homero, las energías de esta raza que sólo esperaba la luz de la fe y el consorcio de la sangre castellana para fundir con ambas el sér moral de la futura nacionalidad chilena. Y hoy que la madre patria viene a asociarse, magnánima como siempre, al regocijo del pueblo chileno en el acto conmemorativo de su independencia, ella también nos habla y en su severo lenguaje de bronce recuerda al hijo los sacrificios de la madre. Porque España, señores, no vino a América en furtiva expedición para volver al continente europeo cargada con el botín de la victoria. Ella nos dió su sangre, su fe, su tradición, sus leyes, y su lengua incomparable, que un ilustre poeta de la Francia contemporánea llamaba digna de hablar con Dios. Junto con sus audaces capitanes nos envió sus admirables misioneros, y cuanto en ella había de grande y generoso, nos lo dió sin tasa ni medida.

Y, cuando se habla de la decadencia de la raza latina y se juzga superficialmente la condición material y política de España en los tres últimos siglos, es deber nuestro recusar los juicios interesados de la leyenda histórica y atestiguar por ella, ante el tribunal de la historia legítima y verdadera. Dieciséis repúblicas que, orgullosas de su nombre y de su raza, se sientan al banquete de las naciones civilizadas, hablan hoy por el pasado de la Madre Patria, con la viril elocuencia de los hechos inapelables; y a la augusta matrona que nos dió el sér y nos formó en su regazo y nos encaminó en los primeros pasos de la vida ¿quién fuera osado a pedirle cuentas y llamarla a juicio, porque no es hoy la reina de las naciones como en los días de su primera y esplendorosa juventud?

Señores, hace tres siglos que en estos campos, hoy fértiles y poblados, reinaba todavía el alto silencio de la selva primitiva, turbado apenas por el paso inseguro y cauteloso de los primeros conquistadores. Trabáronse aquí rudos combates y las montañas resonaron con el grito legendario de los tercios españoles, al que respondía en el valle y en la sierra el agudo clamor de las huestes araucanas.

Mas hoy, señores, al pié de este monumento que recuerda las luchas del pasado y las glorias comunes del futuro, os pido que en vez del histórico grito de guerra, españoles de Chile y chilenos de España, lancemos juntos el grito que brota espontáneamente de nuestros corazones: ¡Viva España! ¡Viva Chile!

La lengua castellana

(Juan Agustín Barriga)

La lengua de Castilla no necesita defensa... Desde lo infinitamente ;rande hasta lo infinitamente pequeño, desde las altas lucubraciones de la netafísica hasta el humilde inventario de la realidad prosaica y positiva, donde quiera que vaya el pensamiento humano, habrá de seguirlo y expre-arlo todo con la misma docilidad y la misma eficacia, esta lengua admirable [ue bien pudiera decir de sí propia lo que dijo el Dante de su divino poema: *al quale ha posto mano e cielo e terra*». Como limpio raudal brotó del alma astellana a su contacto con la dura realidad de los tiempos medioevales; ruzó los campos de la historia, transformada en épica leyenda por siete iglos de lucha incesante y encarnizada; fué reflejando en su variado curso as mil vicisitudes sociales y políticas que precedieron a la formación defini-iva de la nacionalidad española; corrió alegre por aldeas y ciudades, for-nando coro a la expresión del regocijo popular en las fiestas de los caballeros, as farsas de los juglares y las músicas y bailes de la muchedumbre alboroza-la; dió fresco asilo y rumores propicios a la meditación en los claustros ve-ierables donde vivían refugiadas las ciencias y dictaban sus lecciones los más insignes maestros de la elocuencia y la poesía castellanas; entróse fur-iva por tierra de maleantes y lugares sospechosos; enriqueció sus caudales on el ameno trato y la profunda experiencia del sutilísimo Berganza; an-luvo luego en peligrosa compañía con el señor Monipodio y con los peores v más desaforados sujetos de la hampa rufianesca; salió de allí para purifi-carse al aire libre de las montañas y los valles aromosos, y después de besar piadosamente los sagrados muros de las viejas catedrales, hízose manso y humilde arroyo para llegar hasta los huertos carmelitas, donde las flores conversan con las estrellas del cielo, y juguetean las brisas con las olas de los ángeles invisibles.

El Partido Católico

(Abdón Cifuentes)

Su Señoría protesta contra el nacimiento y la vida del partido que lla-ma clerical o católico, de ese partido que trabaja por afianzar el imperio de

la religión en las conciencias, que trabaja por el triunfo de la civilización cristiana en las instituciones de los pueblos, de ese partido, en fin, que ama, respeta y defiende lo que la Iglesia Católica ama, respeta y defiende.

Debo comenzar haciendo una declaración solemne. Pertenezco a ese partido; pertenezco a esa generación nueva que se siente feliz con su fe, llena de vida y de esperanza; que se siente orgullosa con su afecto y veneración hacia la Iglesia; que ha aprendido, en las profundas y perseverantes meditaciones del estudio, a rendir culto austero a la verdad y a quemar valerosamente el ídolo de su propio orgullo y los demás ídolos del paganismo moderno.

Nos llamáis clericales. ¡Muy bien! Veneramos al clero. Ese es nuestro deber. Nos llamáis ultramontanos. Perfectamente. Esos mellados sarcasmos de un volterianismo caduco, son para nosotros títulos de gloria. Pertenezco a ese partido que lleva por bandera esa bandera inmortal izada en el Calvario para salvación y ventura del linaje humano!

Y digo que esa bandera es mi gloria, porque no hallaréis en parte alguna otra bandera más heroica y gloriosa que la del catolicismo. Después de 19 siglos del más recio y nunca interrumpido batallar, sólo dos cosas quedan en pie para ella: el combate y la victoria. Volved la vista durante esos siglos a todos los tiempos y a todos los lugares, y en toda la prolongación de los primeros y en toda la inmensidad de los segundos, decidme ¿dónde está la escuela, la sociedad o el partido cuya bandera cuente en maravilloso conjunto, ni los siglos, ni los sabios, ni los héroes, ni las virtudes, ni los triunfos que la bandera católica? ¿Quién que respete la virtud y ame la gloria no respetará y amará la enseña gloriosísima del Mártir del Gólgota?

Esta es la bandera, ésta es la escuela y el partido que el señor diputado por Chillán detesta porque esa escuela cree en verdades absolutas, como los dogmas. Cierto, esa escuela cree en verdades absolutas; así en el orden metafísico esa escuela cree en la verdad absoluta: *Dos y dos son cuatro*. Su Señoría protesta contra esa verdad, porque es una verdad absoluta. Así en el orden físico esa escuela cree en la verdad absoluta: *El todo es mayor que sus partes*. Su Señoría protesta contra esa escuela que cree en esta verdad absoluta. Así en el orden moral aquella escuela cree en la verdad absoluta. *El hijo debe honrar a su padre y a su madre*. Su Señoría protesta todavía contra el monstruo de esa escuela que cree en la verdad absoluta.

¡Para ideología, basta! Para aberraciones, sobra! Su Señoría pedía la

muerte de ese partido ultramontano porque es intolerante. No debe permitirse la existencia de ese partido clerical, porque nos traería las hogueras de la Inquisición, ha dicho su señoría. ¡La Inquisición! Esto probará a las Cámaras que los tiempos de los brujos, que evocan apariciones de ultratumba no han pasado. No es la Inquisición la que resucitará mañana. Lo que no es necesario que resucite porque existe y vive es el Cismático, verdugo de la Polonia; es el protestante, verdugo de la Irlanda; son los demagogos, verdugos de los pueblos que apenas consienten a los adversarios la gracia de respirar el aire de la patria.

El Gobierno ha tolerado que nazca ese partido: he ahí el crimen del Gobierno. Sí su Señoría hubiera sido gobierno, habría como Herodes, degollado en su cuna al recién nacido; como los Romanos, habría encerrado a los católicos en las catacumbas. Ya ve su Señoría con cuánta indiscreción nos descubría la flaqueza de su pregonada tolerancia. Ya ve su Señoría que no son los inquisidores, que son los herodianos y los fariseos los que vuelven!.

La Cruz Roja y la Caridad

(Fragmento)

(Ventura Blanco Viel)

¡Qué bien se respira en estas espléndidas manifestaciones de la caridad cristiana!

¡Cómo se ensancha el corazón al contemplar los encantos que acumula el arte, la virtud, el talento y la belleza, puestos al servicio del pobre y del que llora! ¡Qué palabras bastarían para reflejar, siquiera, en bosquejo pálido, los sentimientos que agitan las almas en los días que atravesamos, al contemplar el cuadro triste y consolador a la vez, del que sufre y muere en brazos de la caridad, que le alivia y abre el cielo!

Es altamente honroso para nuestra sociedad el movimiento en que se encuentran empeñados los socios de la Cruz Roja, a la sombra de cuya blanca bandera hallan un puesto de honor, porque es de sacrificios, todos lo que sienten el noble estímulo del bien.



Monumento al Ejército de los Andes (Mendoza)

Borrad por un solo momento la caridad, y la sociedad desaparecerá a irresistible sacudimiento de la desgracia y del hambre, armados en guerra contra el egoísmo y la riqueza.

La Cruz Roja, obedeciendo a estos sentimientos del corazón, ejecuta una obra de levantado patriotismo, enseñando al pueblo, que en Chile impera, como soberana, la ley de la caridad. Es ella la que hace huír del frío egoísmo, que condena la pobreza porque le desagrada, y del socialismo que hace de la miseria su arma de combate contra la sociedad.

Yo no puedo estimular al trabajo a las repetadas señoras que me oyen sin recordar que cometería una tarea tanto más difícil cuanto que son ellas las que nos dan el ejemplo en la hora de la labor común.

Las señoras de Santiago saben que la vida es sólo dichosa cuando es útil, y que en nada pueden gastar mejor los tesoros de la bondad que guardan en sus corazones, que en beneficio de los pobres, de la desgracia anónima, sin esperar siquiera el agradecimiento. Y para tranquilidad nuestra, sabemos que ellas no son avaras de esos tesoros.

Sabemos que en Chile abundan las almas que viven consagradas a aliviar y socorrer las miserias humanas y que parecen dominadas por la sed insaciable de abnegación y de sacrificios.

Son ellas las que espiritualizan la vida sacrificándose en aras del dolor.

Sea que viváis en el mundo de los recuerdos o de los castos amores; sea que alentéis bajo tosco sayal o en medio de los salones, para ejemplo y enseñanza de virtud, ¡almas benditas! que Dios os premie!

¡Yo os admiro y os bendigo!!

Inauguración del Templo de Maipú

(Monseñor Ramón Angel Jara))

. . . .

Cómo aceptó la Reina del Carmelo aquel homenaje de la Patria, no soy yo quien debe decirlo en este instante. El testigo ocular, señores, está aquí delante de nosotros.

¡Extenso llano, que el 5 de Abril de 1818 vísteis acampar aquí a los ejércitos de Osorio y San Martín, que, como gladiadores romanos, se disponían a sucumbir sobre la arena, contadnos las proezas militares de nuestros

ínclitos soldados! Risueñas colinas que visteis tremolando al viento y enlazadas las banderas chilena y argentina, y en medio de ellas, como llamarada sangrienta, la enseña roja de la muerte! repetidnos los hurras con que reciben nuestras tropas aquella orden del día del bravo San Martín: «testigo el sol que el triunfo será nuestro; y un viva a la Patria será el grito del combate»..

¡Lejanas cordilleras, que como mudos gigantes contemplabais la batalla más reñida de la Indepeddencia americana, reproducid el ronco estampido de los cañones con que Borgoño v Blanco Encalada bordaban de fuego la línea enemiga! ¡Campos y hondonadas que os sentisteis estremecer por los cascos de nuestros caballos, decidnos, si podéis, cuántas vidas segó el sable pavoroso de Bueras, cuando reflejando el sol del medio día, fulguraba como rayo de muerte, hasta caer exánime el brazo que lo empuñaba! ¡Lomas, quebradas, por donde subían, se desplegaban y caían sobre el enemigo, como alud de bayonetas, las huestes colmadas por Las Heras y Alvarado, por Freire y Bustamante, por Balcarce y O'Brien, por Thomson, Quintana y tantos otros ilustres capitanes! ¡Narradnos los episodios sublimes de su valor desesperado! ¡Sitios memorables donde San Martín, viendo flaquear la izquierda de nuestras tropas, lanzó al medio su reserva; repetidnos aquella arenga con que enardeció a las tropas recordándoles el socorro de María, y marcando con la punta de su espada el lugar en que habría de alzarse el templo prometido! ¡Abríos de nuevo, senderos lejanos por donde apareció como iris de alegría en las horas decisivas del combate, el salvador de la Patria en Rancagua y Chacabuco, el Director Supremo, Don Bernardo O'Higgins! ¡Mostradlo de nuevo, manando sangre de su brazo la herida de Cancha Rayada. y seguido de un puñado de valientes milicianos, correr al encuentro del heroico San Martín!

¡Tierra bendita que fuisteis regada con sangre de mil víctimas queridas, cuyos cuerpos mutilados no era posible recoger en el combate, reveladnos sus últimas plegarias y sus postreros adioses! ¡Cuadro grandioso de la batalla de Maipú, disipad la densa nube del humo que os envuelve, y mostradnos al Cóndor de Chile que ya remonta su vuelo, llevando rota para siempre la cadena de nuestra ominosa esclavitud, y dejando al pie de nuestra bandera desangrado y muerto al potente león del coloniaje!... ¡Glorias, honor y bendición a la Madre poderosa del Carmelo! gritó el ejército vencedor, y ¡gloria, honor y bendición a la Patrona de nuestras armas! siguió repitiendo de un extremo a otro la Nación agradecida. ¡Tú eres la Judit de nuestro pueblo; tu brazo nos ha salvado; tuya es la gloria, y tuyos son nuestros laureles!» ¡Oh María, bendita seas!

Como el pueblo de Israel cantaba a la orilla del Mar Rojo la destrucción de sus enemigos, así entonó Chile sus himnos de gratitud a la Virgen del Carmelo. Cantemos al Señor, porque su diestra nos ha salvado; él ha sido nuestra fortaleza y ha sepultado al enemigo de su pueblo, repetían bajo las bóvedas del templo los hijos ya libres de este suelo. Y a semejanza del caudillo de Israel, los Padres de la Patria se dieron prisa para echar los fundamentos de este santuario consagrado por un voto a perpetuar el recuerdo de la misericordia de María.



El Cristo de los Andes

VOCABULARIO

abur o **agur,** interj. de despedida.
aceña, molino harinero.
acucia, diligencia.
adarga, escudo ovalado.
adunar, juntar.
aflato, aliento.
afollar, soplar con fuelle.
agave, pita.
agostar, secar con el calor.
airón, penacho.
alacalufe, Amér., animal marino.
alar, alero.
albacora, Amér., pez-espada.
aleta madero de la popa.
álgido, glacial.
aljófar, perla.
alma mater, lat., escuela o centro en que uno se ha educado.
almete, pieza del casco.
alminar, torre de las mezquitas.
almogávares, ciertos guerrilleros de la Edad Media.
alquitara, alambique, aparato para extraer la esencia de un líquido.
alud, masa de nieve que se desprende de los montes.
anagógico, sentido místico.
Anáhuac, meseta central de Méjico.
ananá o **ananás,** planta y fruto de la piña de América.
ánsar, ave palmípeda.
antípoda, habitante de un sitio de la tierra diametralmente opuesto.
aportillar, romper una pared.
aquilatar, apreciar los quilates del oro, id. los méritos de una persona.
Ariel, ídolo, ángel malo.
arnés, armadura.
arrebujar, envolverse con la ropa.
arúspice, sacerdote pagano agorero.
asfodelo, planta liliácea de flores blancas.
aspado, en forma de aspa o cruz.
atezado, de color negro.
aula, sala de un centro de enseñanza.
autóctono, originario del país en que vive.
avizor, que avizora o acecha.

bagazo, residuo que queda cuando se exprime un fruto.
bagual, indómito.
balaje. Rubí de color morado.
baladro, alarido.
balandra, barco velero de un solo palo.

baqueano o **baquiano, Amér.**, práctico de caminos y atajos.
báratro, infierno.
bardo, poeta de los celtas.
bastión, baluarte; fortificación triangular.
basto, parte de la montura o albarda.
bayo, pelo blanco amarillento de los caballos.
behetría, pueblo que elegía libremente a su señor.
belfo o **befo,** de labio grueso, labio de caballo.
beleño, planta narcótica.
Belona, diosa de la guerra.
berroqueño, piedra de construcción.
besana, labor del arado.
bibí, planta liliácea.
bichoco Amér., viejo.
bifronte, de dos frentes.
birlocho, carruaje ligero.
bohío, Amér., cabaña de madera y ramas.
bongo, canoa india.
bordona, cuerda gruesa de la guitarra.
breñal, paraje de **breñas** o tierra quebrada con malezas.
brezal, sitio de **brezas** (arbusto).
bridón, caballo con brida , id. brioso.
broquel, escudo pequeño.
burilado, grabado a **buril.**

calamaco, tela de lana.
caleuche, barco fantástico del mar de Chiloé.
Calibán, protagonista de «La Tempestad» de Shakespeare.
caliche Amér., salitre en bruto.
camalote, planta acuática y flotante isla flotante formada por las mismas.
cambá, Amér., negro.
cangreja, mar., vela trapezoidal.
cantizal, terreno con cantos o piedras.
capellar, estandarte.
carao, o **guamo,** árbol que se planta para dar sombra al café.
caraguatá, Amér., planta textil del Río de la Plata.
carancho, ave de rapiña
carona, pieza de la montura.
carqueja, planta medicinal.
carrizo, planta cuyos tallos sirven para cielos rasos.
castro, latinismo, campamento.
cataclismo, trastorno.
cauda, cola de capa consistorial.
ceiba o **ceibo,** árbol de flores rojas
centolla, especie de cangrejo de mar
cimarrón, Amér., animal doméstico que se torna salvaje, mate amargo.
cimarronear Amér., tomar mate amargo.
cimborio o **cimborrio** cuerpo cilíndrico que sostiene la cúpula.
cinismo, desvergüenza.
cisión o **escisión,** división de partidos.
clangor, poét., sonido de la trompeta o clarín.
clavicordio, instrumento musical de cuerda, horizontal y con teclado, origen del piano.
Clío, musa de la Historia.

coile o **cóguil, Amér.,** fruto silvestre de Chile.
colihue, Amér., planta gramínea de Chile.
copihue, Amér., flor liliácea de Chile, roja o blanca.
coma, lat., cabellera.
combo, Amér., mazo.
comicio, acto electoral.
cominero, afeminado.
comisura, punto de unión de los labios.
corchete, alguacil o ministro inferior de justicia.
coronario, oro de muchos quilates.
coruscante, poét., brillante.
coso, sitio cerrado para torneos y lidias de toros.
cruento, sangriento.
cuja, bolsa de cuero asida a la montura para sostener la lanza.
culebrina, pieza de artillería larga y de poco calibre.
chajá, ave zancuda de gran talla.
chamal, Amér., manta india.
chambergo, Amér., sombrero blando.
charrúa, indios del Uruguay.
chingana, Amér., centro de diversión popular.
chirimoya, fruta tropical.
chiripá, Amér., pieza de tela que pasando entre las piernas, se asegura por delante y detrás en la cintura.
cholo, Amér., mestizo.
chúcaro, arisco.
churriador, Amér., bromista.
chuza o chuzo, palo con punta de hierro.

daguerreotipo, fotografía fijada en metal.
deriva mar., abatimiento del rumbo.
desjarretar, cortar las piernas por el jarrete o corva.
dilacerar, desgarrar.
dogal, soga de atar caballerías.
dombo o **domo,** cúpula.

enarcar, arquear.
engallar, (de gallo) ponerse erguido.
enhorquetarse, ponerse en forma de horqueta u horcón.
entena, mar., percha encorvada en que se enverga una vela latina o triangular.
envión, amer., empujón.
espaldar, parte posterior de la coraza.
espectral, relativo al espectro.
espejismo, ilusión óptica que hace ver en el horizonte invertidos los objetos.
espín, puerco-espín.
esplín, mal humor.
esquinela o **espinillera,** pieza de la armadura que cubre la espinilla.
estigma, marca en el cuerpo, mala fama.
exidio, destrucción.

fada, hada.
Faetón, hijo del Sol.
falconete, cañón largo y estrecho.
falerno, vid o vino de Falerno.
febeo, de Febo, Apolo o Sol.
flechilla, planta gramínea silvestre.

follón, flojo.
Freya, mit., diosa del amor.
fronda, espesura del bosque.
fulo, Amér., demudado.
furtivo, a escondidas.

Gades, Cádiz.
galpón, Amér., edificio rural para depósito de productos.
gárrulo, que habla o canta mucho.
gavia, mar., vela del mastelero mayor.
gayo, alegre.
gélido, helado.
gelofo, negro de Senegambia.
gorguera, antiguo adorno del cuello, de tela plegada.
gorjal, parte de la armadura que defendía el cuello.
gramal, terreno con grama.
grímpola, banderola larga y estrecha terminada en punta.
guadual, sitio poblado de **guadúas**, especie de bambú.
gualdo, amarillo.
guardilla, habitación contigua al tejado.
guedeja, melena.
guirindola, copete.
guzla, instrumento de una sola cuerda.

hampa, vida de rufián.
hipocondría, abatimiento nervioso.
Hipocrene, fuente consagrada a las musas.
hogaza, pan grande y rústico.
hortense, de huerto.
hualle, arbol maderable de Chile.
huilliche, canoa.
Hum, río Negro (Uruguay).
hurgar, remover.
husma, acción de **husmear** o rastrear.
Imer, mit., el mar.
indiano. En España el que vuelve de América con fortuna.
índigo, añil, azul.
ingente, grande.
insumirse neol., sumirse, hundirse en la tierra o en el agua.
intuír, neol., ver por intuición, con gran claridad.

Janto, río de Troya.
jarcia, aparejos de un buque.
jocundo, alegre.
Jove, Júpiter.
laceria, miseria.
laque, Amér., boleadora.
lares, mit., dioses del hogar, el hogar.
lechuguino, petimetre pedante.
ledo, alegre.
lentisco, mata de flores amarillas.
linfa poét., agua.
lirondo, limpio de cosas extrañas.
lividecer, ponerse **lívido** o amoratado.
liza, campo de lidia o torneo.
logogrifo, enigma.
luengo, largo.
lunático, medio loco.
Luso, mit., hijo de Baco.
lustro, espacio de cinco años.
lloronas, Amér., espuelas.

macachín, planta semejante al trébol.

macana, Amér., maza, mango de arreador, tontería.
maceración, acto de **macerar** o ablandar estrujando.
madeja, manojo de hilo.
majo, el que afecta desenvoltura.
malojo, **Amér.**, planta de maíz.
malón, irrupción de indios.
mancera, esteva, parte del arado.
manchego, de la **Mancha**.
marabú, cigüeña grande de Africa.
mareta, movimiento de las olas.
marjal, terreno pantanoso.
martinete, mazo movido por agua o vapor.
mascarón, cara fantástica.
mástil, palo de un barco.
mejorana, hierba de flores blancas.
minarete, torre de mezquita.
miraje, **gal.**, espejismo.
mitón, guante sin dedos.
mondo, limpio de cosas extrañas.
mosquear, espantar las moscas.
mote, sentencia breve.
mulita, Amér., armadillo pequeño comestible.
múrice, **poét.**, color púrpura.

náyade, ninfa de los ríos y fuentes.
neblí, ave de rapiña parecida al halcón.
nenia, canción fúnebre.
nimbar, rodear de **nimbo** o aureola.
nopal, cactus.
Odín, dios principal de la mitología germánica.
ombú, árbol corpulento y frondoso del Río de la Plata.
ominoso, de mal agüero.
onces, **chil.**, merienda.
oquedad, espacio vacío de un cuerpo sólido.
Orga, **neol.**, Orco, infierno mitológico.
oriflama, estandarte de los reyes de Francia.
ormesí, tela de seda.
ostensorio, **neol.**, custodia.

paca, mamífero roedor.
padrón, lista de los vecinos.
pago, **Amér.**, el propio terruño.
palio, dosel portátil.
palmicha, palma delgada.
pampana, hoja de la vid.
pangaré, color leonado claro.
panoja, mazorca del maíz.
panoplia, colección de armas ordenadas con arte.
parcha, planta pasiflórea.
parche, tambor.
parejero, **Amér.**, caballo de uso personal.
paria, persona de casta inferior, id. despreciada en la sociedad.
parva, mies tendida en la era.
payador, **Amér.**, cantor gaucho.
pechero, obligado a pagar **pecho** o tributo.
pehuén, pino chileno.
pehuenche, tribu araucana.
perno, espacio de clavo grande de cabeza redonda.
perulero, peruano.
piafar, golpear con fuerza el caballo el suelo con la pata.
pialar, **Amér.**, echar un **pial**, o lazo a las patas de un animal.

pingo, Amér., caballo.
pingüino, pájaro-niño.
pinjante, joya.
piporro, instrumento musical de viento.
piragua, canoa india.
plástico, o plasmado, hecho de barro.
plectro, púa para tocar ciertos instrumentos de cuerda.
policromo, de muchos colores.
poltrona, silla baja de manos.
poma, manzana.
poncho, Amér., manta con una abertura para meter la cabeza.
postillón, mozo que va a caballo delante de un carruaje de posta.
prótasis, primera parte de un período.
puelche, tribu araucana, viento de la cordillera.

quicio, eje de una puerta.

rabí, sabio judío.
rapacejo, alma de un fleco trenzado.
rapante o **rampante,** dícese de un animal heráldico. con las garras abiertas.
raudo, rápido.
rebenque, Amér., látigo de jinete.
rebutido, embutido.
recamar, bordar de realce.
regato, charco.
renguiar o **renguear,** andar **rengo** o medio cojo.
resalsero, torbellino en el mar.
retroventa, deshacer una venta.
rijoso, pendenciero.
risco, peñasco alto y escarpado.
robalo, pez marino.
roda, mar., pieza curva de la pro[a]
rodela, escudo redondo.
ruginoso, mohoso.
rumbiar, Amér., tomar el rumb[o] dirección.

sabeo, de la región de Sabá.
sabuloso, arenoso.
sahumar, perfumar con humo a[ro]mático.
salmodiar, rezar o cantar salmos.
sayal, tela de lana burda.
serrallo, lugar en que los mahom[e]tanos tienen a sus mujeres.
sibila, sacerdotisa pagana que fin[gía] profetizar.
sindéresis, discreción.
sirte, bajo de arena.
sobaco, concavidad de debajo d[el] brazo en su arranque.
sobrepelliz, vestidura sagrada de li[no] blanco y de medio cuerpo.
soprano o **tiple,** la más aguda de l[as] voces humanas.
soterrar, enterrar.
sotreta, Amér., animal mañoso.
statu quo, lat., estado de cosas ant[es] o después de una guerra, u[n] tratado, etc.

taco, bocado o trago fuera de hor[a]
tacuarilla, tacuara, caña muy fuert[e]
tahúr, jugador.
talismán, imagen grabada a la que s[e] atribuyen cualidades portentosas
tamujal, sitio con **tamujos,** planta[s] con cuyas ramas se hacen escobas
tapera, ruina de rancho.

scar, quebrantar con ruido la hierba las bestias al pacer.
tuar, grabar dibujos en la piel.
rapéutica, tratamiento de las enfermedades.
rcerola, arma de fuego de la caballería, un tercio más corta que el fusil de infantería.
rmas, baños públicos de los antiguos romanos.
estaferro, el que presta su nombre en un negocio ajeno.
estera, frente de una cosa.
Thor mit., dios de la guerra.
ibar, oro fino.
iara, mitra alta del Sumo Pontífice.
ipoy, saya blanca de las paraguayas.
oqui, Amér., cacique araucano.
totora, planta cuyas hojas sirven para techar habitaciones rústicas.
tremar, tremante, arc., temblar, que tiembla.
troje, granero.
tropa, Amér., conjunto de animales en marcha.
tropilla, Amér., manada de caballos en marcha.
trotón, caballo.
trunco, truncado, incompleto.
tufillo, o **tufo**, olor.
turgente, abultado.
tusar, recortar la crin.

ubérrimo, muy abundante.
ultramontano, allende los montes, el que se opone al regalismo.
umbrío, umbroso, con sombra.
undívago o **undoso**, que ondea como las olas.
ubirapitá, árbol alto y frondoso.
urunday, id.
urutaú, ave cantora.
usina, Amér., fábrica.

Valichú, espíritu maligno.
valona, cuello grande.
valladar o **vallado**, cerco.
vate, poeta.
vellón, piel de oveja con lana.
vidente, profeta.
vincha, Amér., lienzo que rodea la cabeza.
virar, mar., cambiar de rumbo.
visos, onda de resplandor al ser herida por la luz.
vivaque, campamento.
voliar, volear, golpear en el aire.
voltario, versátil.

yacaré, Amér., caimán.
yajá, v. chajá.
yaraví, cantar indio melancólico.
yeco, pato marino de plumaje negro.
yatay, palmera.
yuca, planta liliácea de cuya raíz se saca harina.
yuyo, hierba inútil

zafiro o **zafir**, piedra preciosa de color azul.
zaino, traidor.
zopilote, especie de buitre.

INDICE

MÉJICO

CUBA

CENTRO AMERICA

VENEZUELA

COLOMBIA

ECUADOR

PERU

BOLIVIA

ARGENTINA

URUGUAY

PARAGUAY

CHILE

Págs.





